3 1761 05303383 3

4-1 + 2

MEMORIAS DE MIS TIEMPOS

45
2 C 1

PRINTED IN M

Guillermo Prieto

[illegible] n Wittmann

GUILLERMO PRIETO
(FIDEL)

MEMORIAS

DE

MIS TIEMPOS

1828 Á 1840

LIBRERIA DE LA Vda. DE C. BOURET

PARIS.
23, Rue Visconti, 23.

MEXICO.
14, Cinco de Mayo, 14.

1906

431068
2.1.45

Propiedad asegurada conforme á la Ley.

Tipografia de la Viuda de Francisco Diaz de Leon.

Esquina 5 de Mayo y Callejón de Santa Clara.

MEMORIAS DE MIS TIEMPOS

1828

I

Impresiones de infancia.—Molino del Rey.—Un describir ó sea sólo mención.—Barbacoa.—Coleadero.—Herradero.—Rifa de compadres.—Posadas.—Compadrazgos.—Rifas de santos.—Gral. Victoria.—Primer ensayo oratorio.—Viernes de Dolores.—Coloquio.—Hazañas infantiles.—La Loba de Chapultepec.—Mis padres.—Escuela de D. Manuel Calderón.—Vida íntima.—Comidas.—Costumbres religiosas del hogar.—Cuaresma.—Semana Mayor.—Procesiones. — Ejercicios. — Desagravios. — Romerías. — Posadas.—Fiesta de Indios.—Señor de Chalma.—Los Remedios.—Toma de hábito.—Cantamisa.—Mi tía Juanita.—Recuerdo de Cardoso.—San Judas.—Milagros.—Educación.—Mi tía Doloritas.—Su muerte.—Mi miedo.—Cambio de vida.—Juegos de niños.—Mi abuelo.—Teatro.—Toros.—D. Javier Heras.—Toreros célebres.—Juego de pelota.—Grandes jugadores.—Los títeres.—Mi aventura con los titiriteros.—Grito de la Acordada.—Victoria y Pedraza.—Guerrero.—Saqueo del Parián.—Emigración.—Descripción del Parián.—Anécdota de Obregón.—Rendición de Barradas.—Bustamante.—Rasgos biográficos de Guerrero.—Muerte de mi padre.—Cambios de suerte.—Orfandad.—Examen de mi saber y esperanzas.—La señora mi madre.—Descubrimiento poético.—Ensayos.—D. Joaquín Heredia y Doña Anita Zuleta.—Tertulias.—Improvisadores.—Ejerci-

cios de improvisación en la Alameda.—El barbero D. Melesio.—Fama de poeta.—Miseria.—Confidencia de dolor.—Ojeada á la prensa.—Pensador.—Bodegones.—Quintana Roo.—Entrevista.—Aduana.—Castaños.—Colegio.—Iturralde.—Casa de Quintana.—Heredia.—Zavala.—Músicos.—Beristain.—Baldovinos.—Ibarra.—Alejo Infante.—Payno.—Zozaya.—D. Carlos Medina Picazo.—D. Ignacio Pavón.—Lagartijos de la época.—Suárez.—Algara era la elegancia.—Lacunza.—Collado.—Casa de vecindad.—Colegio de Jesús.—Olaguíbel.

Agosto 2.—1886.

Suelen los autores de comedias de magia, después de agotar su imaginación en vuelos imposibles, transformaciones milagrosas, abismos que se abren para descubrir palacios encantados, enanos que danzan, brujas que se desenvainan de un saco tenebroso y aparecen ninfas seductoras, lluvias de fuego y orgías de infierno, dar cuna y remate á sus fantásticas creaciones con una vista que llaman de gloria, porque en efecto, parece descender la gloria al suelo.

Verjeles deliciosos, murmuradoras fuentes cristalinas, luz de aurora que transparenta el cielo y las estrellas, alados genios, deidades reclinadas en nubes de oro y nácar, de gualda y de topacio; y en las alturas, cantos tan melodiosos y sentidos que, arrobada el alma, flota, sueña, se encanta y deleita como desprendida de todo lo terreno; y cuando el telón cae y desaparece la visión, caemos como despeñados á la triste realidad, sintiendo tristeza y desdén por cuanto nos rodea.

He ahí el cuadro de las impresiones de mis primeros años al despertar á la vida en el *Molino del Rey*, mimado de mis padres, acariciado de mis primos y gozando mi alma con las agrestes lomas, los volcanes gigantes, la vista de los lagos apacibles y el bosque augusto de ahuehuetes, titanes de los siglos, que parecen hablar en la noche al rayo de la luna, de lo eterno y de lo sublime de sus recuerdos.

Como en fragmentos, como los pedazos sin conclusión de un gran cuadro en que muy complicadas escenas se conjeturan que debió representar, como en manuscrito precioso con unas hojas intactas y otras arrancadas, así recorro mis recuerdos tan raros, tan incoherentes, con interés tan sólo y privativo para mí, que los habría omitido si no fuera porque en consignarlos tengo placer y esto lo escribo muy especialmente para pasar el tiempo y darme gusto.

¿Y por qué no decirlo? Me complace recordarme niño, ostentando ligereza salvaje en la pelota, en la lucha en volar, en correr sobre el acueducto que atraviesa el Molino en equilibrio peligroso, como plagiando los encantos del vuelo, en precipitarme de los almeares de zacate ó montones de trigo despeñado con los otros muchachos, saliendo de esas expediciones casi etéreas cuando, no mal parado y contuso, con el *mameluco* hecho girones, un zapato extraviado y la cachucha sin revés ni derecho, convertida en un harapo anónimo.

Entre estas escenas, y desenvolviendo el lienzo, recuerdo los fervorosos rezos de la capilla; á mi hermoso

padre arrodillado ante el altar entre los peones del campo; al sacerdote *conjurando la nube de granizo*, al reverberar de los relámpagos, al retumbar el trueno en medio de nuestro asombro y postraciones.

Después vienen otras escenas pastoriles, los campos sedientos, el occidente orlado de nubes rojas, como cortinajes colgando sobre las lomas y el poético Santuario de los Remedios blanqueando en las alturas de Noroeste.

A las orillas de las milpas y trigales caminaba la procesión, con los niños vestidos de blanco llevando en andas á la Virgen; las frescas muchachas vestían de pastoras y regaban flores; las mujeres, los ancianos, los peones con sus velas en las manos ó tiestos con incienso; al fin los dependientes de la casa llevando el palio y el sacerdote revestido con su sobrepelliz y su capa reverberando de blanco y oro, cantando la letanía y respondiendo el coro de voces conmovidas....

Los herraderos y coleaderos; las comidas de *barbacoa* debajo de los árboles del bosque de Chapultepec; las mil diversiones con pretextos de *compadrazgos*, *posadas*, *rifas de santos*, etc., etc., no son para *pormenorizadas*, *porque llenarían tomos enteros.*

Descuella poderoso entre mis recuerdos, mi primer ensayo de oratoria.

Tenía yo siete años; fué el año de 1825.

Dispuso mi abuelo, el Sr. D. Pedro Prieto, un suntuoso altar de Dolores con bosque y calvario, profusión de aguas de colores, sembrados de tiestos porosos, con tri-

go, alegría, lenteja, etc., etc., banderitas de oro volador, sartas de *yoloxochitl* y manojos de trébol; á torrentes flores de chícharo, amapolas, retama, rosas, jazmines y claveles con profusión; alfombras formadas de polvo de café, salvado, arena y hojas de flores y *chichicastli;* cirios en arrobas y naranjas con banderitas de oro volador y papel picado, y en cierta perspectiva un repuesto de ollones colosales de chía, orchata, tamarindo, timbirichi, todo debido servir, según se requería, con su polvo de canela aromática, en vasos ó en jícaras doradas.

El alma de la fiesta era el sermón, y mi padre grande quiso que yo lo recitase; vistiéronme de canónigo, se preparó el púlpito, un sabio dieguino me hizo el sermón y me ensayó para decirlo.

Llegóse la noche tremenda; la concurrencia á la casa de mi abuelo era numerosa, ofició el rezo un alto personaje, el General Victoria, y se cantaron los misterios con música de orquesta.

Anunciόse el sermón. Persígnense. Dije aquello de *Stabat justa crucem Jesus mater ejus* y no era asombro sino embriaguez la que producía la miniatura de Bossuet; pero en estas ó me distraje ó que sé yo, y que el sermón se va, que tartamudeo, que quieren alentarme, que alguno ríe.... y que me suelto llorando y sollozando y desciendo entre enojos y regaños y rechifla estupenda, del púlpito.... De esa tremenda derrota nace mi poca vanidad oratoria.

Otra de mis exhibiciones infantiles fué en un coloquio.

La señora mi madre, que era muy linda, muy servicial y muy afecta á las fiestas de familia, dispuso la función: se tiraron paredes, se convirtieron las trojes en salones y se improvisó un teatro con todos sus menesteres.

Las chicas se hicieron pastoras, y pastores los dependientes. Fué designada para Virgen, Lolita, que era de mis primas la más encantadora; para Luzbel, mi tío el coronel Pradillo, arrogante mozo y caballero completo, y yo fuí San Miguel.

Había boca de infierno que arrojaba llamas, había escotillones y vuelos, había una cena de pastores de chuparse los dedos, y trajes y accesorios de enloquecer.

Tuvo la Virgen sus aficionados, las pastoras bebían los vientos porque el diablo se las llevase, y San Miguel triunfaba no sólo de Satán, sino de sus escrúpulos de niño y de arcángel.

De mis hazañas infantiles dos se han grabado profundamente en mi memoria.

Fué una entre monjas, en la *reja* ó recepción de visitas con la Madre *escucha;* sus reverencias sentadas en finos petates con sus velos sobre el rostro, el torno para la comunicación de obsequios, almuerzos y chocolates y sus bancas de palo blanco por la parte exterior para las visitas.

Yo vivía en la calle del Portal de Tejada en los altos de una vinatería que se convirtió en una especialidad por su concurrencia quimerista y deslenguada.

El balcón era mi residencia por las perversas inclinaciones de la cuidadora y la taberna mi cátedra.

Estábamos en la *reja;* mis padres me instaban para que dijese la salve á las monjitas, yo resistí huraño, alguna monja me dijo algo que me desagradó, y entonces me levanté iracundo y lancé sobre aquellas almas de Dios tal granizada de picardías de todos calibres y dimensiones, que mis padres avergonzados me sacaron del santo recinto y me vapularon de lo lindo.

La otra aventura tiene un carácter realmente místico y edificante.

Eran las confesiones de cuaresma y yo cumplía con el precepto de la Iglesia en la Encarnación.

Caía la tarde escondiéndose bajo el manto de la noche. Mi señora madre estaba con mis primas al frente del confesionario. Entre esas primas estaba Lolita mi compañera de travesuras. El resto de la iglesia estaba obscuro, solitario y silencioso viéndose á lo lejos la lamparilla de Nuestro Amo.

El padre confesor me oía inclinado á mí con severidad. Yo trémulo decía mis pecados.

—Acúsome, padre, que me robé unos quesos que le regalaron á Papá, y le achacamos el robo á la criada.

—¿Qué es eso de achacamos?

—Que me los robé yo y Lolita (en voz alta) aquella güerita que está junto á mamá.

Ya se deja suponer el escándalo, las risas, y la vergüenza de mi cómplice.

Por este estilo fueron muchas las aventuras de mi niñez.

La historia de la Loba fué el primer acontecimiento trágico que hirió poderosamente mi imaginación.

En la sección central del *Molino*, en un ángulo formado por el frente del despacho y la entrada á la habitación principal y la capilla había una fuentecita de alabastro con su atrevido chorro que esparcía al viento sus glóbulos brillantes.

Una mañana, criados y dependientes entraron al interior del despacho, despavoridos, á avisar al señor mi padre que, una Loba rabiosa acababa de pasar cerca de la fuente y se dirigía al bosque.

El tropel que entró en el despacho pedía armas para perseguir á la fiera que podía dañar á los transeuntes, que paseaban el pobladísimo bosque, que se bañaban en lo que se llamaba la alberca chica y que visitaban (no recuerdo con precisión la fecha) el jardín botánico.

Armáronse el amo, los dependientes y los criados, corrieron en seguimiento de las huellas de la Loba y una cauda de muchachos, entre los que yo iba, y aun de mujeres, siguió tumultuosa á los perseguidores de la fiera.

Entre tanto la loba se había internado en el bosque y trepado á salto hasta la cumbre, penetrando en el amplísimo corredor de cristales que daba al NE. del edificio, tosco pero grandioso que coronaba el cerro y que entonces lo habitaba sólo el guarda-bosque con sus tres ó cuatro hijas, la mayor de ocho años á lo más, y la abuelita, madre del guarda-bosque, anciana encorvada, de manos huesosas, trémula y de cabellos blancos, que cuidaba á las niñas.

D. Ignacio, que así se llamaba el guarda-bosque, constantemente estaba á la puerta del bosque con su cara gestuda, su ancho sombrero de palma, en pechos de camisa y su calzón de pana azul de tapabalazo de cuadril á cuadril y sus botones de plata del ruedo de un peso.

La Loba, al dar su último salto y penetrar al comedor, se asomó y percibió sin duda á la abuelita y las niñas que tomando sol limpiaban con polvo de ladrillo candeleros y cubiertos de peltre.

Y ya sea el natural movimiento de terror á la presencia de la fiera, ya algún grito de espanto, ya alguna tentativa de fuga, la Loba se precipitó en medio de las personas descritas, y mordía, y devoraba, y regaba las entrañas de sus víctimas entre agudos chillidos y esfuerzos inauditos de la anciana para pedir socorro.

Oyó confusos gritos D. Ignacio, corrió y saltó sobre las peñas, llegó casi sin respiración al lugar de la catástrofe cuando más rabiosa, más encarnizada, más terrible estaba la Loba; pisando á sus hijas despedazadas, se avalanzó D. Ignacio á la Loba y emprendiendo una lucha indescribible, implacable de horror y de fiereza: rodaban animal y hombre y se erguían sin soltarse; los dientes de la fiera resbalaban rechinando en los huesos de los brazos del hombre. . . .

D. Ignacio advirtió á la anciana que en la bolsa de sus calzones había una navaja. . . . la anciana la buscó pero herida, enferma y siguiendo los movimientos de la lucha, su pesquisa tardaba; al fin encontró la navaja y

la puso abierta en manos de su hijo, quien casi agobiado bajo la Loba la degolló, cayendo muerta la fiera y aniquilado el hombre en un lago de sangre, cuerpo y entrañas destrozadas.

En las últimas peripecias de esta escena, habían llegado el señor mi padre y los suyos....

Todo quedó en silencio. La vieja, con los cabellos blancos en desorden, corría de un punto á otro como una loca.... ¡Yo no sé que fué de mí! pero ahora mismo escribo lleno de horror y de terror este recuerdo.

Por fortuna estas nubes negras volaban presto al soplo del placer, bajo el cielo casi siempre azul de mis primeros años.

¡Era mi madre tan buena! era mi padre tan fino, tan sinceramente amigo de los pobres, que los peones le adoraban, y el nombre del amo era un nombre mágico que producía el contento, ahuyentaba las penas y que corría como perfume en aura mansa, produciendo bienestar y placer.

Mi hermano, mis primos y competente número de criados, partíamos mañana á mañana á caballo del Molino á México, á la escuela famosa de mi venerable maestro el Sr. D. Manuel Calderón y Samohano, calle 2ª del Puente de la Aduana núm. 14. Eramos *medio pupilos*, y regresábamos en la tarde.

Aquellas expediciones diarias nos hicieron jinetes consumados; saltábamos zanjas, dábamos cola á los caballos, formábamos circo en medio de las calzadas, lazábamos y corríamos atropellando transeuntes, deses-

perando á los criados y llevando á menudo sendos costalazos.

Yo fuí sobresaliente jinete, y tengo en mi cuerpo cicatrices que recuerdan mis travesuras.

La escuela de Calderón, 2ª del Puente de la Aduana núm. 14, sólo tenía por rival la de Chousal, eran las escuelas de la gente decente, los almácigos de los niños finos. Otro maestro D. Rafael Pérez, era de bastante reputación.

Se enseñaba con dedicación á leer y escribir, las cuatro reglas de cuentas y un poco más, y doctrina cristiana con toda perfección. Por convención particular, á algunos niños se les enseñaba dibujo por el maestro Zerralde.

Pero en las escuelas mencionadas no se daba á *componer el aro* la Noche Buena para que lo volviesen lleno de monedas, ni había divisiones de Roma y Cartago para que los muchachos se descrismasen, ni castigos como el cepo y la corma, que eran verdaderos tormentos.

No faltaba, por desgracia, la palmeta; figuraba la disciplina, y el encierro era el castigo más común.

Por supuesto, que estaba totalmente abolido el día dedicado exclusivamente á azotar, como eran los martes en otras escuelas.

La escuela estaba dividida en dos grandes secciones, ó sean la sala de lectura y el salón de escritura y explicaciones.

La sala de lectura era pequeña y cubierta de gradas

desde cerca del techo, lo que formaban cuatro cataratas de muchachos inquietos, en efervescencia, agitándose, chillando y amenazando con sus avenidas formidables.

Esta sala estaba en lo absoluto bajo el mando del Sr. D. Isidro.

Era D. Isidro un español rehacio, chiquitín y despierto, con una nariz de á tercia y unos ojos medio encarnados, la boca recogía los movimientos prontos y biliosos, su cabeza tenía levantado el cabello por el *occiput* por las sienes y sobre la frente.

Caracterizaba su traje un frac, no negro, sino tenebroso, con faldones de movimiento espontáneo.

La voz de D. Isidro era agudísima, y en sus iras la prolongaba con un *brrrr* que hacía temblar el mundo.

Por ventura inexplicable sus facultades de castigo estaban limitadas á estrujones expresivos, y á hincar, y poner en cruz á sus súbditos. Con lo cual desde la aurora eran crucifixiones por todas partes, bosques de brazos se alzaban en los aires.

Los chicos aprovechaban las distracciones del maestro y entonces eran los juegos en el suelo, era el retozo y todo lo consiguiente.

Entre tanto, se hundía el cuarto con las lecturas, ya en lloviznita, ya en aguacero, ya en tempestades; los eructos hacían zaralanda, D. Isidro bufaba, é hincaba á los chicos sobre las gradas y donde podía.

Los coros de la tabla de cuentas eran furibundos.... Don Isidro murió más protomártir que San Felipe de Jesús.

La sala de escritura era otra cosa. Buenas pinturas al fresco, papeleras corridas teniendo de trecho en trecho bien grabadas muestras de D. Torcuato Torio de la Riva, tinteros fijos y todo lo más adecuado y conveniente.

Había sus decuriones ó ayudantes que eran D. Ignacio Peñaloza, D. Gumesindo Martínez y los niños Manuelito y Pepito, hijos del Sr. Calderón.

En la antesala estaba el gran pizarrón para la Aritmética.

En el fondo del salón se veía al Sr. Calderón en una mesita pequeña descollando con notable majestad.

Era mi maestro alto y robusto, casi totalmente calvo, lo que le obligaba á usar una gorrilla negra de terciopelo; tenía sus gafas de plata sobre su nariz roma atestada de polvo colorado, y su boca pequeña y expresiva.

Vestía largo levitón, llevaba al hombro el paliacate de que se servía, en una de sus manos se percibía la tremenda disciplina calzados sus ramales con pergamino, y en la siniestra se veía una grande uña de plomo de que usaba para tajar las plumas de ave, porque entonces no se conocían las de acero.

Todo estaba en orden: las pautas y las plumas en sus palos, los botellones de tinta en mesas á propósito, en su estante el repuesto de papel, plumas y gises.

El señor maestro, aunque con parsimonia, no escaseaba los azotes, aunque jamás á raíz, y éstas eran las solas interrupciones del silencio del salón.

El maestro enseñaba allí con cierto orgullo á los

hijos de las personas más visibles de México: los Estevas, los Torneles, Goríbar, los Cuestas, los Valles, Bros, Martínez de Castro, Madrid, Rivero, Rivas, Monteverdes, García, Escobosa, Robles, Manuel y Ludovico de Castro, y otros muchos de los que muy pocos viven.

A las once en punto de la mañana cesaba todo trabajo y nos agolpábamos todos con verdadero placer á escuchar las explicaciones.

El Sr. Calderón ocupaba su asiento, los decuriones el centro, D. Isidro la turbulenta retaguardia.

Las explicaciones eran de moral, de urbanidad, de buenas maneras. en estilo llano pero florido y elocuente. El preceptor aprovechaba las reminiscencias de los cuentos, el atractivo de los juegos, el tiempo en que hablaba, los usos y costumbres dominantes.

Sabía con finísimo tacto poner en ridículo los vicios y encaminar las almas al bien obrar.

¡Qué bonito y qué sabrosamente hablaba! y cómo tenía palabritas que ó hacen cosquillas ó hacen saltar las lágimas á los ojos, y todo sin voz hueca y sin afectación, corrido como agua clara en descenso.

Era, sin saberlo yo, la gran lección oral, *hablada en niño*, penetrando sagaz en el alma con el encanto de la leyenda, con la magia del cuento de hadas.

Terminada la explicación, alegres, juguetones y felices nos lanzábamos á los corredores, y allí, el piso y el gigantón, la maruca y la tuta, la pelota, los huesos de chavacano, el trompo y el diablo y la monja.

Antes de las cinco de la tarde la invasión de nues-

tras cabalgaduras en el patio de la escuela anunciaba nuestra salida.

Ya he dado alguna idea de mi vida íntima, hasta donde puede importar, para comunicar colorido á las costumbres de mi tiempo. Me faltan, entre otros dos toquecitos ligeros, el uno que algo atañe á la importante parte culinaria y el otro que da idea de nuestra educación religiosa.

Al despertar nos esperaba, si no es que iba á sorprendernos en la cama el suculento chocolate, en agua ó en leche, sin que pudieran darse por excluídos los atoles, como el champurrado, el antón parado, el chile atole, ni el simple atole blanco acompañado de la *panocha amelcochada* ó el acitrón.

Almorzábase á las diez asado de carnero ó de pollo, rabo de mestiza, manchamanteles, calabacitas, adobo ó estofado, ó uno de los muchos moles ó de las muchas tortas del repertorio de la cocinera, y frijoles.

Veces había que aparecía en la mesa una circular ó empedernida tortilla de huevos; eran como de lance los huevos estrellados ó revueltos, y los tibios solían recomendarse á los enfermos ó á los caminantes.

Fungían como bebidas, para gente muy principal, el vino tinto cascarrón; para el común de mártires el pulque y para la plebe infantil el pulque ó el agua.

La comida entre una y dos de la tarde se componía de caldo, con limón exprimido y chile verde estrujado; sopas de arroz ó fideo, tortilla, puchero con todos sus adminículos, es decir: coles y nabos, garbanzos, ejotes, jamón y espaldilla, etc., etc.

Un chocolate entre cuatro y cinco de la tarde engañaba el apetito; algo de merienda servía como de refrigerio después del Santo Rosario, y la cena á las diez de la noche despedía á la gula con el indispensable asado con ensalada y el mole de pecho tradicional.

La parte religiosa, que era lo esencial de la vida del hogar, estaba bajo la dirección de los gobernantes de la conciencia de mis señores padres; pero cada *quisque* tenía su padre confesor, y cada confesor su jurisdicción privativa.

Pero el entusiasmo cristiano era uno, único el fin, y el anhelo se multiplicaba á proporción de que era unánime el entusiasmo por las cosas divinas.

En Enero rifas de santos y compadrazgos; en Cuaresma función los viernes, confesiones, comuniones por intención, y paseos con motivo de la *Semana Mayor* á sus procesiones.

Ejercicios, desagravios, romerías, posadas, Noche Buena, Nacimiento.... ¡¡La mar!!

Y esto pudieran apenas llamarse los artículos de fondo de las festividades periódicas; pero ¿cómo no alborotarse con la fiesta de indios y con la de la Aparición? ¿cómo no inquietarse los niños á ver las danzas de segadores, de tejedores, la conquista y el *Mitote* en la Villa de Guadalupe? ¿Cómo no expedicionar á los Remedios, ni á Tacuba para ver el Maguey milagroso y al Señor del Claustro? ¿Cómo permanecer en sosiego al anuncio de la Romería de Chalma, lugar en que se veían en el lago de una cueva, estrellas y se admiraban

las piedras en que se convirtieron dos compadres de sexos distintos que, olvidando el sacramento, se aficionaron á los picos pardos?

Con tan variadas atenciones apenas quedaba tiempo para *tomas de hábito* y cantamisas, rejas y *libertades monjiles*.... Las luces de la Merced, del Carmen, de San Agustín, de Regina eran divinas.

En mi casa todo lo dicho nos preocupaba hondamente, haciendo excursiones frecuentísimas á la parroquia de Tacubaya, ó al convento de Dieguinos del mismo pueblo, donde figuraban mis padres en primera línea como bienhechores.

Había una tía Juanita en la casa, alta, cejijunta, fornida y agria que conservaba, á pesar de su pronunciado bigote, reminiscencias de hermosura mundana, y era nuestra directora de conciencia por ser la predilección, el encanto y la admiración de toda la gente de iglesia.

A mi tía Juanita llamaban los padrecitos la *Doctora*, y ella compraba con valiosas dádivas su título y autoridad.

Un frontal para el altar y pañuelos bordados para tal predicador; una alba con deshilados y una molienda de chocolate para el prior; unos manotejos con encarrujos exquisitos, y unas peras aprensadas ó bocadillos de coco para cualquiera de nuestros confesores. ¿Cómo no había de tener prestigio mi tía Juanita?

Ella era la encargada de la capilla, cuyo culto y esplendor tenía arreglados con soberana maestría, conociendo la aplicación de las casullas y los registros del Misal.

Había encargado de cada santo y sus necesidades á primas mías (payitas preciosas y santas como el mismo demonio): á una, Señor San José, desde la vara hasta el *cacle;* á otra, San Juan de Dios; á la más avisada, San Judas Tadeo; á la más *pizpereta* y aguda, Santa Rita, dejando á la Virgen María al cuidado de mi santa madre y reservándose ella el lujo del Divino Salvador, con su aureola de rayos del sol, su estandarte rojo con cruz blanca, sus borregos á los pies y su cendal finísimo con bordados espléndidos.

Era de ver su afán por vigilar á las cuidadoras de los santos; era de asombrarse decidir sobre los calzones de San Judas y el túnico de Santa Rita, sobre las enaguas de picos ú olanes de la Virgen y el hábito de San Juan de Dios.

En los vivos aires mi tía me puso al corriente del ayudar á misa con tales agregados, arremuecos y calumnias á los latines, que Virgilio se habría desternillado de risa.

¡¡Cuánto sabía mi tía la doctora, y cómo nos enseñaba *la religión!!*

Ella nos describía con desusada elocuencia los sapos y culebras que lanzó un pecador por la boca, porque ocultó sus pecados en la confesión.

Ella sabía, como nadie, transmitir los diálogos que ocurrían entre San José y la Virgen al tratarse del niño que dejaba la garlopa por predicar, y la Virgen lo defendía porque era niño fino y no estaba para adocenarse en un oficio vil, con lo que San José ardía y la Virgen reclamaba los fueros de la gente decente.

Mi tía era íntima de San Judas y le complicaba en todas sus aspiraciones, pidiéndole desterrase á tal amigo; acortase los pasos de tal chico que le chocaba; pusiese en pobreza á tal otro que la veía con desdén y obsequiase con unas viruelas á tal buena moza que se atraía las atenciones de uno de los padrecitos.

Recuerdo que el señor mi maestro D. Joaquín Cardoso, que tiene de figurar mucho en estas memorias, me contaba de un San Judas que había en su casa, en las mismas condiciones que en la mía.

Pero aquel San Judas, lo hacía partícipe de tales diabluras, y determinaba tales iniquidades, que un día que dejaron sola la casa.... penetró en la capilla mi maestro, se encaró con el santo, le echó en cara sus indignidades y le dió tal zurra, que al regreso de la familia, encontrando al Santo desportillado y lleno de averías; se declaró que el diablo era el verdadero autor de aquella tunda, aumentando el culto del santo y haciéndole unos desagravios suntuosos.

Mi maestro tendría diez años entonces; pero añadía: «creo, que algún rencorcillo del santo hizo que desde entonces se me comenzase á conocer lo hereje.»

Por lo demás, ¡cuánto sabía mi tía y cómo creaba en nosotros un espíritu *retecristiano* de los de marca mayor!

Cómo nos encarecía los dolores de parto de San Vicente Ferrer, y las zafacocas que llevaba San Antonio Abad con los demonios.

Horas enteras pasábamos pendientes de los labios de mi tía, oyendo los diálogos sangrientos y las reyer-

tas entre la Virgen de Guadalupe y la de los Remedios: una, como se sabe, partidaria acérrima de los insurgentes, y la otra Virgen exaltadísima por los españoles.

—Necia, cacariza, le decía la de Guadalupe.

—Ordinaria, mala sangre, replicaba la de los Remedios.

—Aprende de mí, que soy generala con mi banda y mi bastón.

—Eso es porque la dicha de la fea, la bonita la desea.

Ya nos encarecía las visitas del Señor del Rebozo á la monja predilecta, desclavándose de la cruz para ir de tertulia á la celda, rehusar el chocolate, fumar su puro y aceptar, en una noche de lluvia, el rebozo de la monja, el Santo Cristo, para no pescar un constipado.

Hablando de las heroínas de la religión, nos hacía notar que Santa Catarina degolló á su propio padre, cuya cabeza ostenta á los pies, porque era hereje....

Y aquello de Santa Rosa, calumniada por el robo de una gallina y vindicación de la Santa, haciendo que las plumas de la gallina brotaran en el rostro del ladrón como una patilla, en medio de la hilaridad del juez y los espectadores.

Aquel San Roque de madera quitándose el sombrero al pasar el Papa; aquel Santo Niño de San Juan, alzando un pie para lanzar su cacle de plata á un ladrón menesteroso; aquella Virgen del Colegio de Niñas, cogiendo al ladrón de sus aretes, de una oreja, hasta entregarlo á la policía....

Nada digo de la procesión del cielo el día de Todos

Santos, en donde el que no tenía vela en la tierra salía con un dedo erguido en medio de la rechifla, ni la congoja de los muertos sin saber qué rumbo tomar hasta que le ponían cuatro velas, porque con dos solamente perdían el rumbo y no podían orientarse para llegar al lugar que tenían destinado.

Dios es lo primero, nos decía; y lo que quiere Dios sólo lo saben los señores sacerdotes..... luego bien claro se ve.... que lo que es en la tierra son los dioses los señores sacerdotes....

¡Feliz el chico que tenía su capilla para enseñarse á padre! ¡Feliz la niña que poseía una muñeca vestida de monja! y ¡feliz mil veces el párvulo que por una promesa de sus padres ó vestía de frailecito por algún tiempo, ó figuraba como alma gloriosa en una procesión, ó en un coloquio fungía de arcángel, ó, especialmente favorecido, ayudaba una misa y auxiliaba á un sacerdote al dar la comunión.

Pero cuando vivificado aquel sentimiento por la caridad, por el amor, por la ternura de los vínculos de familia descollaba....entonces ¡cuánta bondad y qué ostentación de sentimientos divinos! La consagración del sentimiento filial, la abnegación en su sencillez grandiosa y seductora, la sinceridad de la reconciliación en su purísima eficacia, la grandeza del perdón de la injuria en el heroico olvido del pasado, de rencor y de agravio....

Las galas de hoy de gimnasio y maroma, de lujo y coquetería, eran desconocidas.

El ideal de un niño consistía en que se estuviese

quietecito horas enteras, en saber un buen trozo del Catecismo, de memoria, en oficiar el rosario en las horas tremendas, comer con tenedor y cuchillo, dar las gracias á tiempo, besar la mano á los padres y decir que quería ser emperador, santo sacerdote, ó, cuando muy menos, mártir del Japón.

En cuanto á la niña, le era permitido dar sus ojitos y sus piernitas á los amigos, hacer comida con sus muñecas, ir á la iglesia con los ojos bajos, comer poco... rezar mucho y no querer jugar al merolico con sus primos; sino ser monja.

Retozos, maldades, robillos, malicias, etc., etc., tenían el poderoso atractivo de lo ilegítimo, y por la misma espontaneidad hacían progresos, cuidando, por supuesto, del tinte de falsedad é hipocresía indispensables para el bienestar de la familia.

Pero lo que creo decisivo en mi primera edad, fué la muerte de mi tía Doloritas, y quiero referirte sus incidentes, porque aun hoy me impresionan con sigular energía.

Era mi tía Doloritas una chicuela de quince abriles, tan fina, tan alegre, pero sobre todo, tan linda, que eco de flores y de celajes y de arcángeles me parece deshecho y escoria para abastecer de tintas mi paleta para pintar su belleza; luz de lucero se desprendía de su cutis, y la alegría juguetona parecía reconocer por fuentes sus sonrisas; su mirar apacible hubiera serenado una tempestad, ó producido una erupción volcánica, si ella no fuera ignorante de su magia....

Era la niña, pero transformándose en joven; eran los fuegos errantes de la pasión vistos al través de celajes divinos de inocencia y bondad.

Tía Doloritas era varonil y tierna; nos acaudillaba en los juegos; recibía nuestras confidencias infantiles; era nuestro ideal de talento y de gracia.

Para celebrar los días de un tío, sacerdote ejemplar, dadivoso y tierno, dispúsose un entremés, y se fijaron por aclamación en el «Estreno de los Locos.» Eran muchos mis primos y para todos había magníficos papeles ... El Loco Enamorado, el Jugador, el Músico, el Pintor.... Por supuesto, el custodio, superior ó capellán de los locos era, ¿quién lo duda? mi tía Doloritas, con su sombrero acanalado, su sotana, su zapato con hebilla y su media negra, su látigo *ad terroren* y su habilidad exquisita para secundar en sus manías á todos los locos y mantener el interés dramático.

Los ensayos del sainete eran en uno de los harineros de la panadería de mi padre, ó en otra panadería de mi tío, calle 1ª de Mesones, panadería llamada de Horcasitas, núm. 14, donde existe hoy una populosa casa de vecindad.

Aquellos ensayos de locos eran invasiones, tumultos, la abdicación del juicio; el verdadero triunfo de la locura; pero nosotros gozábamos, gozábamos hasta.... hasta convertirse en sobrenatural la dicha.... Mi tía irradiaba en el centro de aquellas substanciaciones de la bienaventuranza celestial.

Después del ensaye y de algún *piscolabis* apetitoso,

la concurrencia se retiraba y yo caía rendido de sueño en mi cama.

Yo dormía en un extremo de la misma recámara de mis padres, en mi catre, con sus correspondientes cortinas.

En el rincón opuesto, dentro de un ladrillo de cobre con agua se colocaba la veladora y á distancia un lienzo para que moderase la luz....

Dormía sin duda profundamente, y como en los sueños sucede, surgieron á mi rededor y ví distintamente unas personas extrañas, envueltas en sendas capas negras, con los pies desnudos y blancos como el marfil, que me hacían señas de que las siguiese; yo de una veía tan sólo la frente y un ojo, y de la otra una dentadura blanquísima. Yo seguí sin repugnancia á aquellas estrambóticas figuras, que más que andar, se deslizaban á mi frente.... las seguí, y tomé asiento en una pieza obscura frente á una ventana.... desde la que se veían distantes relámpagos. A poco percibí una luz lejana, y gente que se dirigía en tropel á la pieza donde yo estaba ...

Acercóse el grupo, y penetró en la pieza... yo reconocí el comedor de la casa de mi tía Doloritas; la luz se inclinó al suelo y en los rostros de los circunstantes reflejaba como luz de llama.

Alumbraron un bulto que estaba como envuelto en un tápalo encarnado; era tía Doloritas, derribada, inerte: pero aquella no era su fisonomía angélica; sus ojos estaban como saltados de sus órbitas....el color era re-

negrido, la nariz ensanchada, la boca negra y abultada; aquel era un monstruo .... que me hizo gritar de terror.... sin duda grité y despertaba entre los hálagos de mi santa madre y sus oraciones y su persignarme.

Cuando se oyeron.... toques precipitados en la puerta del zaguán.... el señor mi padre salió apenas embozado en su capa al balcón.

—¿Quién es? ¿qué se ofrece?....

—Yo soy, señor amo.

—¿Camilo?

—Sí, Camilo, el criado de la niña Doloritas.

—¿Qué ocurre?....

—Que la niña Doloritas se muere.... allá está el padre, yo les vine á avisar á Uds.

—Corre, vuelve y dí que allá vamos.

A pocos minutos estábamos en la casa de tía Doloritas, y digo estábamos, porque yo por nada del mundo quise abandonar á mis padres... La casa resonaba con los lamentos de dolor, y á cada paso nos sorprendían desgarradoras escenas. Mi madre, en el arrebato de su tormento, penetró en la alcoba en que estaba el cadáver, y yo, inapercibido, en pos de ella.

Y.... era mi tía Doloritas; es decir, se le sospechaba en aquellos ojos fuera de sus órbitas, en aquella boca contraída, en aquel espantoso trastorno de la fisonomía humana, y para que nada faltase para impresionarme, la ceñía al desgarre un lienzo encarnado que acentuó de un modo espantoso las reminiscencias de mi sueño ... después.... no sé lo que pasó.

Volví en mi acuerdo en mi casa rodeado de atenciones, cargado de escapularios y medallas y con un aparato tal, que realmente me trastornaba.

La sombra más ligera, el ruido más tenue me estremecían, y en las noches, que eran para mí de insomnio y lágrimas, me cercaban vestiglos, me llamaban fantasmas y veía abiertos abismos á mis pies.

Mis primos y los dependientes de la casa que acababan de verme alegre, buen jinete y bullanguero, se esforzaban por divertirme.... luego me burlaban. Mi tía Juanita entró en consulta con sus padrecitos y me echaron evangelios, y me metieron más y más en la iglesia.

El señor mi padre, lleno de congoja y persuasivo quería tranquilizarme; otras, severo, me encerraba en la capilla de donde una vez me sacaron moribundo.

Mi predilecto arrimo era mi madre, mis primas y las criadas.

Ellas inventaban juegos y recitaban versos; leían «Los desengaños de la vida» y el «Flor Santorum,» y me declamaban trozos de Lope y Calderón de la Barca, que yo aprendía de memoria, haciéndome de prestigio inmenso para las veladas y tertulias femeninas.

Mi padre, como todas sus relaciones eran de comerciantes y labradores, en el estante en que con muestras de trigo y piezas de la maquinaria del Molino se guardaba el tintero y las listas de la raya, se veía un «Periquillo,» unas «Tardes de la Granja» y unos «Viajes de Gulliver» lado á lado de las poesías de Arriaza, que eran

entonces alfojí de ternezas y maná de corazones ardientes y enamorados.

Estos libros, mi tía Juanita y sus prácticas, cuentos y chismillos de crónica y el amparo de mis primas que tenían su sazón de temporal y eterno, fueron abonos que no dejaban marchitar de todo la planta de mi infancia Los juegos de la barra y la rayuela eran mis ideales, y ni Aquiles ni Patroclo, ni Ayax ni nadie se presentaron jamás á la imaginación humana como los maromeros que se equilibraban en la reata en una silla, los que buscaban el viento en un alambre, los que dominaban el paso y contrapaso y los que vencían al mismo viento en saltos, machincuepas y cabriolas.

Por supuesto que el payaso era mi adoración.

No me faltaban inclinaciones á las travesuras, y aquello de poner un cohete en la cola de un perro, para que al chisporrotear y tronar bebiese los vientos; aquello de atar un papel á la cola de un gato para que se enloqueciese dando vueltas, ó calzarlo con cáscaras de nuez y cera, para que resbalase á cada movimiento, me era familiar, perfeccionándome en la mentira para las disculpas. Con este motivo, recuerdo á un chico del General Miñon, en quien era defecto culminante la mentira, hasta no creérsele una palabra, y constituírse en verdadera notabilidad.

Afligidos los padres del chico por aquella manía que se tornaba cada vez en más incorregible, le hicieron entender que era en vano que mintiese, porque Dios tenía determinado que cuando mentía un niño se le

parasen unos cabellos en la frente para denunciarlo.

Un día, poco antes de comer, llegó el chico sin alcanzar resuello y con muestras de terror en el semblante, diciendo que en la casa de su padre grande se verificaba un suceso horrible. No diciendo el por qué, contaba el niño que su abuelo había reñido á un criado por una falta; que el criado contestó áspero y grosero; que el abuelo le dió un bofetón; que entonces el criado había herido al anciano, que atropelló á la señora; que yacían en el comedor en medio de un mar de sangre.

El Sr. Miñon oyó el relato, y espada en mano, fuera de sí, salió de la casa; atravesó la calle, y en un salto llegó al comedor donde encontró á sus padres comiendo con la mayor calma y en la mejor armonía.

Hiciéronse aclaraciones, y volvió Miñon frenético en busca de su hijo. Estaba éste al frente de un espejo viéndose, y al verle venir, le gritó: *¡Papá, papá; venga usted á ver esto, no se me para nada por la mentira!..*

La muerte de mi abuelo, acreciendo nuestra fortuna, nos hizo transladar á México, en donde en menos que canta un gallo adquirí nuevas relaciones y se abrieron á mis ojos horizontes espléndidos.

Las tardes de los domingos concurríamos al teatro donde el «Anillo de Giges,» «Juana la Rabicortona,» «El Mágico Prodigioso» y otras preciosas comedias alternaban con el café «D. Dieguito» y otras más para la gente de pelo en pecho.

Prieto regeneraba la escena; la Montenegro daba vida «A la Vejez Viruelas,» de Bretón; la chata Munguía

recordaba sus canciones picarescas; Rocamora esclavizaba las almas con sus «Hidalgos de Medellín» y el «Trípoli;» Isabel Rendón, la Gamborino y Aguila, incendiaban los espíritus con sus zorucos, sus boleros y su baile inglés.

En cuanto á toros, acababa de ocurrír el incendio de la gran plaza de San Pablo, y eras las alborotadas auroras de Necatitlán instalado bajo la protección del comercio con D. Javier Heras, encanto de los cajones de ropa y joya y ornamento de la Tauromaquia.

Chiquitín, ágil, alegre y valiente como un Cid, D. Javier explotaba su diversión como nadie: almuerzos y meriendas, montes parnasos y palos ensebados, figurones y suertes peligrosas, todo lo aplicaba D. Javier con exquisita habilidad, desmoreciéndose por él los pollos ecuestres, siendo el bello ideal de los valientes, la adoración de las currutacas y, sobre todo, de las chinas de castor con sus puntas enchiladas.

En su circo se lucían Vicente Avila, sin rival para la garrocha; Mariano «La Monja,» como primera espada; Pajitas, como banderillero sin segundo, y hasta el «Compadrito» y «Caparatas,» héroes gloriosos de los toreros de San Pablo.

En el juego de pelota, declarado juego real como el billar y los gallos de San Camilo, se pasaban también horas agradables, y el señor mi padre, como otros parianistas, le dispensaban protección.

En el extenso cañón del juego, que mide ochenta y seis varas de la torta á la votadera, se apostaban par-

tidos valiosísimos de chacual y de guante con saque libre ó forzado, que despertaban vivo interés.

Ricos comerciantes, letrados y sacerdotes, alternaban en perfecta armonía con matanceros, artesanos y gente menuda del barrio de San Pablo.

Peritas, Echartea, el tuerto Rebul, propietario; Rodríguez, negociante rico; el canónigo Verdugo y el padre Puebla, eran los héroes de San Camilo.

Se ajustaban valiosos partidos, se servían almuerzos opíparos y nos hacíamos todos los curros para que no perdiera el juego su tinte español.

Los títeres de la calle de Venero, en donde se llevaba el arte á toda su perfección, me sacaban de quicio materialmente me endiosaban.

Aquel negrito enamorado y batallador que desenlazaba á puntapiés todas las escenas; aquel Don Folías que prolongaba el pescuezo y la enorme nariz, con asombro de los niños; aquella Mariquita, querida del Negrito, dulce con el prójimo, bailadora y gazmoña; aquel Juan Panadero que tenía ciertas inconveniencias con el público y aquellos coristas rezanderos y santurrones frente al guardián, y pícaros, fandangueros y tremendos de desvergüenza en su ausencia, eran para mí seres reales, amistades entrañables, afectos á que me habría sacrificado gustoso.

Mi influjo con los titiriteros era decisivo; se escuchaban como de oráculo mis decisiones, citando mi persona con honra y señalándome como recomendación y apología del teatro de autómatas.

El teatro que acabo de mencionar, se encontraba en la calle de Venero: los sábados en la tarde era el convite: los niños más peripuestos y de mejor presencia, paseaban, colgados de bastones lujosos, á los títeres más populares y en marcha triunfal, seguidos de una comitiva de histriones y con la música á retaguardia, recorrían las calles de Mesones, Corchero, Puente de la Aduana Vieja, etc., etc.

Mi padre se hallaba en uno de esos sábados en la casa de mi tío Agustín, entonces panadería, conocida con el nombre de «Horcasitas,» del Virrey que la estableció de resultas de un pasquín que decía:

Desde que en México estás
Se quejan malos y buenos,
Porque el pan se nota á menos
Y las desdichas á más.
Que tú la culpa tendrás,
Nadie lo mienta ni nombra
Porque tu justicia asombra;
Pero eres como el nogal,
Que á ninguno le haces mal
Pero tienes mala sombra.

Caballeros y señoritas, niños y criados, se agolpaban á los balcones al ruido de la música; la gente formaba espesa valla á la orilla de las banquetas, la corriente de sombreros, rebozos, vendimias, etc., etc., rodeaba la procesión.

Formando en ésta en primer término, íbamos marchando gravedosos, los padrinos conductores de los títeres, y en primera línea yo.

Mis padres se asomaron al balcón, y al fijarse y verme mi señora madre en puesto tan distinguido, estuvo á punto de morir de la cólera; mi padre mandó á unos criados á apearme del empleo, y yo solté llorando los títeres, marcando así mi primera derrota como hombre público.

Pero todas estas divagaciones cesaban para mí á cierta hora; entonces, tía Doloritas me reclamaba y volvía á los cuentos y á las lecturas y al culto de sentimientos de ternura, llenos de voluptuosa melancolía y de amor al ideal indefinido que siempre, sin podérmelo explicar, han preocupado mi inteligencia y mi corazón....

Un día nos despertó el estampido del cañón, las gentes corrían despavoridas, atravesaban las calles soldados con las espadas desnudas y cundía de boca en boca la nueva del pronunciamiento de la Acordada.

Infelices heridos á quienes conducían del centro á las afueras de la ciudad; mujeres como locas preguntando por sus hijos y por sus esposos; puertas que se cerraban con estrépito; cadáveres de transeuntes desgraciados, víctimas de horrendas descargas lanzadas al acaso desde las alturas.... el terror abriendo sus negras alas y meciéndose sobre nuestra hermosa Capital.

Todo lo que se sabía en el vulgo, como explicación del criminal escándalo, fué que el Presidente Victoria, que estaba en Palacio, sostenía á Gómez Pedraza, y que los yorkinos con Zavala, Gobernador del Estado de México, y Lobato, querían á toda costa que nos man-

dase el negro Guerrero, que era resacado de los viejos insurgentes. (Estas eran las mismas palabras del vulgo para explicar la situación.)

Los horrores de aquella época se prolongaban. El hambre ahogaba entre sus brazos descarnados á la población menesterosa y comenzó la gente á salir de la ciudad, como salvándose de una inundación ó de un incendio.

Aquella transformación bárbara de la Capital en campo de batalla; aquellas puertas cerradas; aquel encarecimiento de víveres; la parálisis de los negocios; la cesación del ruido del tráfico para que no se oyese sino el anuncio de la destrucción y la muerte; la falta de alumbrado; los robos repetidos.

Cuanto pasaba en mi alrededor me impresionó hondamente.

Formaba contraste el cuadro lúgubre apenas bosquejado con la alegría de los pueblos de los alrededores; guitarras y almuerzos, paseos en burro y ruidosas meriendas, hacían que el *pronunciamiento* fuera un acontecimiento feliz.

Sabido es que el escándalo de la Acordada se desenlazó solemnizando su triunfo el saqueo del Parián.

El Parián era un vasto edificio que ocupaba poco más ó menos el cuadrado que ahora tiene el nombre de Zócalo.

Por los cuatro costados tenía accesorias que daban á los cuatro vientos, de forma regular y corrida, coronadas por ventanas de hierro de vara y media de altu-

ra, indicando el piso superior destinado á los almacenes.

Las hileras de puertas sólo se interrumpían por las puertas principales que daban á los cuatro vientos y se distinguían las secciones, ocupadas por los propietarios, por los rótulos y las diferentes mercancías.

La parte interior estaba cruzada por callecitas estrechas en todas direcciones, y en el centro una manzana de cajones, que así se llamaban las tiendas todas del edificio.

Aunque el comercio casi único que abrigaba el Parián era de ropa, al frente de palacio se ostentaban, entre otras, los cajones de fierro de los chatos Flores, con su expendio de campanas, rejas, coas para labradores y municiones; viendo á Catedral, había relojerías famosas con grandes relojes de campanitas, de tórtolas y otros adminículos.

Frente al Portal de Mercaderes se ostentaba la gran Sedería de Rico, la Tiraduría de oro de Morquecho y Prieto (mi abuelo), en correspondencia con la nao de China, y los cajones de los Mecas; y del lado de la Diputación acaudalados reboceros como los Sres. Romero y Mendoza.

En el centro existían suntuosísimos cajones, como el de Izita, y otros templos de la moda, y almacén del lujo de aquellos tiempos.

El personal de estos comerciantes conservaba con rigorosa exactitud las tradiciones españolas; los amos de la más pulcra aristocracia, bienhechores de conven-

tos y casas de beneficencia, los dependientes irreprochables de elegancia y finura, bailadores famosos, tiradores de espada, buenos jinetes y gente de rumbo y trueno, aunque sujetos á las reglas casi monásticas de sus patrones.

Se aseaban temprano, cerraban el cajón á las doce para comer en comunidad, se encerraban después de la oración, cumplían con la Iglesia y acompañaban al amo á las procesiones.

De todos modos el Parián era el emporio del buen tono, el sueño dorado de las famosas entonces cotorronas, y el bello ideal de las currutacas ó catrinas, que así se llamaba á las polluelas de la época.

Sobre este emporio, sobre este templo del buen gusto, cayó el avalancha de las furias del saqueo para entronizar una invasión salvaje de robos é iniquidades.

Se rompían puertas, se regaban joyas y encajes por los suelos, se desbarataban cajas con tesoros, se herían, se asfixiaban por arrebatarse lo que cogían, y ni el delirio, ni el incendio, ni el terremoto, puede dar idea de aquella invasión, vergüenza y oprobio eterno de sus autores.

Los ladrones que saqueaban, al salir del Parián, vendían á vil precio los efectos para volver á la carga.

Las calles de la Palma, del Refugio, frente al Empedradillo y Plateros, se tapizaban con el cambray, los riquísimos paños, los vistosos listones, etc., etc.

Los autores de tantos crímenes se paseaban triunfantes entre los vítores del populacho, ébrio y desenfrenado.

Entre las anécdotas que me han contado sobre el saqueo, recuerdo una que llamó mucho mi atención.

D. F. Gargollo tenía su cajón en la contraesquina del Portal de las Flores, y allí, por su honradez y posición comercial, depositaba gruesas cantidades de particulares.

Entre estos depósitos, figuraba una talega de onzas de oro del Sr. D. Joaquín Obregón, empleado de alta jerarquía, y rico tachado de avaro acaso por la maledicencia.

En medio del tumulto del saqueo, y corriendo mil peligros, se dirigió el Sr. Obregón al Parián, deseoso de salvar su depósito; pero ¡cuál sería su sorpresa al ver, al penetrar en el cajón, que un lépero feroz se colocaba en el hombro su adorada talega, y puñal en mano se abría paso!

Obregón, no obstante, siguió al lépero que tomaba el rumbo de San Pablo; corría, corría el lépero, y Obregón le seguía por callejones y vericuetos hasta caer desfallecido perdiendo toda esperanza de alcanzarle.

Trascurrieron algunos años; nadie se atrevió á hacer reclamo, ni siquiera mención de sus pérdidas. El Sr. Gargollo se fué para España.

Cayó sombra de olvido sobre el suceso que acabo de narrar.

Un día, inesperadamente, recibió el Sr. Obregón carta de España y dentro de ella una orden para una casa de comercio de la capital, para que con su recibo le entregasen mil onzas de oro que había dejado deposi-

tadas en la casa del Sr. Gargollo y fueron robadas el tantos de Diciembre de 1828 en el saqueo del Parián.

El Sr. Gargollo, dispuso antes de morir, que á todos los que habían hecho depósitos en sus casas se les devolviese, no obstante hábersele hecho patente su ninguna responsabilidad, rasgo que por sí sólo pinta el carácter de un hombre.

Los dueños de aquellas fortunas entregadas al pillaje, cayeron, muchos de ellos, al fondo de abismos de miserias.

El señor mi padre, lo mismo que mi tío D. Manuel Rodríguez, eran dueños de cajones de ropa en el Parián, y mis primeras nociones políticas fueron adquiridas al través de aquellas fatales impresiones.

El nombre de liberal y de yorkino eran sinónimos.

El programa democrático lo reasumía la plebe diciendo:

Vivan Guerrero y Lobato
Y viva lo que arrebato.

A los que querían encarecer las existencias de la libertad se les contestaba:

No se borra con lechada
El borrón de la Acordada.

Anúblanse mis recuerdos de esta época para reaparecer una noche del año de 1829.

La ciudad despertó á deshoras de la noche al estampido del cañón, á los repiques á vuelo en todas las

iglesias, á la iluminación espléndida de la última choza y de los más levantados palacios, á los vítores, al regocijo inmenso de todas las clases de la sociedad.

«La rendición de Barradas,» gritaban, corriendo en todas direcciones los vendedores de papeles; las gentes se abrazaban sin conocerse; los tenderos, en sus puertas, destapaban botellas y brindaban con el primero que pasaba; las dianas alborotaban; los cohetes aturdían y á veces el placer se parecía al remedo de la tempestad.

En efecto, Barradas y su invasión quimérica de reconquista habían fracasado en Tampico el 11 de Septiembre de 1829, y las banderas, quitadas á los invasores y conducidas á México por los oficiales Domingo Soto, Wol, Stávoli y Beroski inclinaban el cuello en los balcones de palacio casi avergonzadas de la locura de los partidarios del trono y del altar.

Por desgracia no se sacó partido de acontecimiento tan fausto, y el general Bustamante, que surgía de la misma urna electoral que Guerrero y que fué enviado por éste con el ejército de reserva en auxilio de Santa Anna, se pronunció por el plan de Jalapa, inconsecuente é indigno de las distinciones de que había sido objeto.

En este intervalo, y una sola vez, tuve ocasión de estar cerca del general Guerrero.

Era de elevada estatura y anchos y reformidos hombros, sin corresponder sus piernas largas y delgadas á su busto magnífico; la tez morena, el cabello tosco

amontonado sobre la frente, sus ojos negros de una penetración y una dulzura imponderable, patilla pobladísima, boca recogida y sincera.

Aunque modesto, no tenían encogimiento sus maneras, y su voz tiple y desonante era lo único que repugnaba en él á la primera impresión.

Cerca de él se sentía la bondad de su alma, y tenía ciertos dejos de inocente ranchero que realmente cautivaban.

Yo le ví en la casa de mi tío, Tesorero del Ayuntamiento, que tenía cierta importancia política; se rodeó de chicuelos y nos asombró su parecer sobre nuestros trompos, nuestras chicharras y las graves consultas sobre nuestros papalotes.

Aquel carácter grave y sencillo, aquel talento que hacía olvidar su ignorancia, y aquella bondad que no le abandonó ni en el patíbulo, eran las dotes características de Guerrero.

Un pariente mío, Ticó, que fué su fidelísimo ayudante, me dió curiosos detalles que corroboran mis aserciones.

Sobre su desinterés y moralidad, quiero particularizar un hecho en que no se ha detenido, como debía, la Historia.

En 1821, al partir Iturbide á combatir á Guerrero, se le encomendaron cuantiosos caudales para embarcarlos en Acapulco. Iturbide los detuvo en su poder, faltando aun á sus compromisos de caballero con los particulares.

En los momentos de la proclamación del plan de Iguala, Iturbide tuvo que hacer una salida precipitada con sus fuerzas y dejó á Guerrero en depósito los caudales, diciéndole que en caso necesario tomase lo que fuese bastante para sus tropas.

Como se sabe, las tropas de Guerrero no podían estar en peor situación.

Viviendo á la intemperie, hambrientas, desnudas y mal armadas, eran masas de hombres sostenidas por el amor á su jefe y á su causa que sentían más de lo que pudieran razonar.

Un sombrero era como una curiosidad artística; los zapatos, artículos desconocidos; y en su *menu* cotidiano, cuando había plátanos y se bebía *tuba* se llegaba á los esplendores de Recamier.

Iturbide volvió de su expedición, y al ver el mal estado de las tropas de Guerrero, le reconvino porque no estuviesen mejor atendidas.

—¿Y el dinero que dejé á Ud?

—Ahí está.

—¿Por qué no ha tomado Ud., como le dije, para sus tropas?

—Porque me lo dejó en depósito.

—Sí, pero le dije á Ud. que tomase lo necesario.

—Bueno; pero yo de nada necesito.

—¡Ea! tome Ud. seis ú ocho mil pesos para Ud. y sus soldados.

—Señor.....recoja su dinero y no me los mal enseñe.

Guerrero devolvió el depósito á Iturbide sin haber dispuesto ni disponer de un sólo centavo.

Quisiera detenerme en la vida íntima de este héroe para hacer patentes sus altas virtudes; pero me basta lo indicado y lo que la historia refiere, para dar á conocer su alto carácter.

El funesto año de 1831 aconteció la muerte del señor mi padre, cuando apenas contaba treinta y tres años y la belleza física y las eminentes virtudes se complacían en colmar con sus dones aquella preciosa vida.

Brusca, repentina, y como por encanto, cambió mi existencia.

La muerte del señor mi padre fué instatánea. Algunos parientes muy cercanos, con su proceder, le precipitaron á la tumba. Mi madre quedó loca. De los cuantiosos bienes de mi casa se apoderaron personas extrañas.

A mi señora madre la recogió la caridad de unos tíos maternos y yo por mí, y sin amparo alguno, me refugié en la casa de unas señoras hijas de un dependiente de mi casa y que vivían honrada y pobremente de sus costuras.

En aquel cambio espantoso en que la miseria misma era un arrimo y consuelo del desamparo y de las lágrimas, mi gran sentimiento era la separación de mi madre, y mis quimeras todas tendían á mejorar mi situación.

¿Pero quién ampara así al pobre niño á quien la muerte y la locura abrían las puertas de la juventud?

Yo había salido de la escuela sin saber nada á derechas; mis padres querían dedicarme á los estudios; pero al presente se trataba de comer; mi carácter y mi físico se prestaban poco para utilizarme.

El primero era un tejido de inconsecuencias increíbles; me dejaba poseer de la alegría y me sepultaba en hondas tristezas que me hacían por intervalos taciturno y funesto. Me alborotaba un fandango y me retraía arrepentido en un templo solitario á la luz matutina y á soñar con la llama de los cirios, el humo del incienso y el canto poético del saltapared; aspiraba á otra posición, á otra instrucción, á algo que realizase mis quimeras de hombre, y volvía en mí, acompañado de los espectros de la miseria y la orfandad.

Unas veces, vagando perdido y sin que nadie me conociese en los más apartados barrios; otras, dentro de la pequeña vivienda de mis bienhechoras, aplicándome á los quehaceres domésticos, y otras, con las alegres chicas de la vecindad, sacando partido de mis cuentos y las recitaciones del coloquio famoso, pasaba mi vida.

Reservaba mis horas, como para consagrarlas á una querida idolatrada, para ver á la señora mi madre.

Pequeña de cuerpo, joven, porque apenas tendría treinta años, sus ojos pequeños llenos de ternura, con labios rojos, manantial de gracias, con su dentadura blanca, blanca como luz de claro día; con sus manecitas de niño con que imprimía en cada caricia placeres de cielo.

Ella tenía su razón perturbada y á veces no me co-

nocía: yo le llevaba dulces que me guardaba; yo hacía de una cuentecita de vidrio una joya para ponerla en su cuello; yo creaba para ella una poesía de ternura, de santidad y de lágrimas, superior á todos los ideales.

Reía á veces sin saber por qué y lloraba á menudo; sus palabras incoherentes me herían, sus movimientos lúcidos me abrían los cielos y me presentaban radiosa y divina la esperanza.

De cada entrevista salía con el alma llena de quimeras; quería ser grande, y valiente, y rico y.... pero á poco un harapo importuno era un desengaño..... y la vista de mi calzado roto el castigo de mi ambición.

No obstante, me inscribí de capense de francés en el colegio de Minería, solicité y estuve de meritorio en la comisaría general y al último en un cajón de ropa.

En los intervalos de mis tentativas de ocupación había adquirido destreza desusada en la teoría de los quehaceres domésticos, porque desde entonces mi torpeza de manos fué proverbial. Acompañaba á las niñas; para sus costuras, cintas y torzales, me reconocían por maestro; daba mi opinión sobre randas y guisos, y en los cuchicheos de crónica escandalosa no reconocía rival.

En materia de arbitrios descubrí talentos estupendos para con mercachifles y empeñeros, compras á plazo, abonos cómodos y préstamos sin garantía.

Aliado poderoso ó enemigo de los novios de las primorosas chicas de mi casa, me complicaba en todo género de intrigas asesorándome con mi barbero de la

vecindad, de gallo y guitarra, piedra de amolar y escalfadon luciente, chisgaravis y hablador como el demonio, y mi amigo íntimo por sus cuatro costados.

En las largas horas de la noche, cuando mis benefactoras con su vela al frente cosían su munición, las horas de fastidio eran espantosas.

En vano me aconsejaban recortar barajas, hacer casitas de popote, jugar solitaria ó iluminar estampas; yo era la torpeza misma de manos, me costaba sangre el intento de una puntada, desfondaba un jarro con el conato de un chocolate, convertía en hebras un aventador si me llamaban á soplar, y si á colgar un cuadro, de fijo me resbalaba con escalera y todo, haciendo trizas á San Juan Nepomuceno ó á la Santísima Trinidad.

En aquel ocio no sé por qué casualidad dí con un alto de calendarios que formaban la biblioteca de la casa, único elemento intelectual de la familia.

En aquella época, lo único que tenían legible los calendarios de la Rosa y Ontiveros, que eran los más acreditados, eran unos sonetos á la Virgen de Guadalupe, de cuyos sonetos, poco después, los de Galván eran los de mayor nombradía.

Mi lectura exclusiva fueron los sonetos, y tanto los leí y los releí, que preocupado iba recitando por la calle:

"Roba la Parca con fiereza impía," etc.

Una vez que quería recordar un soneto y no pude, hice el primer pie por mi cuenta y luego otro, y otro hasta el fin, y salté de contento porque ya sabía yo ha-

cer sonetos. Aquel fué para mí maravilloso descubrimiento.

Con tan estupendo hallazgo no cabía en mí de júbilo y no hubo otra distracción ni otro anhelo, ni más delirio que subir á la azotea, ó escaparme á los barrios y calzadas más solitarias á declamar mis sonetos.

En las iglesias, en las pulquerías, en dondequiera que pescaba un verso, lo aprendía de memoria, pero guardando profundísimo secreto sobre mi inesperada habilidad.

¡¡Ea!!.... ya tenían fórmula mis vagas tristezas, mis reminiscencias dolorosas, nacía al verso para cánticos, para plegarías, para tiernísimas confidencias con Dios; el rumor fué canto, el eco armonía, la claridad dudosa luz matutina, como que anunciaba en mi interior un mundo adorable y desconocido para mí.

Por otra parte, en la única casa que me acogían en recuerdo á mis padres y como visita mimada y querida, era en la casa del Sr. D. Joaquín Heredia, arquitecto de la ciudad, y casado con una señora joven, hermosa y llena de gracias, Doña Anita Zuleta.

La señora tenía para conmigo atenciones maternales; era el encanto de los pobres; la misma bondad y la franqueza suma.

La alegría le era característica y tenía poderosos instintos para todo lo bueno, para todo lo bello y para el aliento de todos los sentimientos generosos.

Sú esposo, el Sr. Heredia, era un viejecito delicioso, pequeño de cuerpo, desembarazado y contento que ado-

raba en mi tía, así llamaba yo á la señora, y le daba gusto en cuanto quería.

Mi tía bailaba divinamente, disponía un banquete con perfección desusada, y le llovían empeños de madrina de monjas, de bautismos y casamientos, reuniendo siempre en su elegante casa, esquina de San Felipe Neri, una selecta sociedad.

Entre las personas que á ella concurrían eran el padre Villaseñor, el Sr. Ventimilla, D. Rafael Heredia, D. Antonio Guerra Manzanares y otros improvisadores. Con cualquier motivo, formaban certámenes poéticos que verdaderamente me asombraban, más que todo, por la facilidad estupenda que tenían estos señores para improvisar.

Generalmente los ponían en pie forzado, ó una glosa difícil, y después de encerrarse en breve silencio prorrumpían y eran acogidos sus alumbramientos con entusiasmo frenético.

No obstante la opinión desastrada que afrontaban los poetas, de sucios divagados, inútiles para todo lo serio, y predestinados para la miseria y el hospital, gozaban cierta boga pedestre, y ni dejaban de figurar en los salones, ni de imperar radiosas copa en mano en los convites después de los gritos de ¡¡Bomba!! ¡¡Bomba!! para llamar la atención.

Los llamados grandes poetas tenían su categoría aparte, y á Heredia, Quintana y otros, primero se hubieran dejado sacar una muela que soltar un verso; los improvisadores de más fama eran D. José, D. Alejandro y el padre Villaseñor, de notabilísimo talento.

Del padre Villaseñor se cuenta, que estando un día en el café de Medina, esquina de la 2ª de Plateros y la Profesa, un cócora se jactaba de haber tenido la dicha de dar un beso á una señorita recatada y decente, amiga del padre.

Este no queriendo armar campaña, pero deseando defender á su amiga, le dirigió al maldiciente la siguiente décima:

"Dicha que es dicha no es dicha,
Dicha si fuera callada;
¿No le bastó ser gozada
Sino ser gozada y dicha?
¡Oh qué notable desdicha!
Es la de los hombres sabios
Que convierten en agravios
Favores y es grande mengua
Tenga desdichada lengua
Quien tiene dichosos labios.

En otra vez, D. José María Villaseñor, que como viudo llevaba una vida alegre, buscando al padre en la Profesa y le halló en el templo ocupado en que se exhumaran los restos de la esposa del hermano que le venía á buscar. Al verle el padre, y sin que transcurriese un instante, le dijo así:

Petra soy? qué te estremeces
Que cual piedra dejo el centro
Para salirle al encuentro
Sólo por que en mí tropieces.
Mucho amo tus intereses
Cuando con tales excesos
Ofrezco á tus pies mis huesos
Por si amoroso consigo
Que tropezando contigo
Evites otros tropiezos.....

Lo curioso es que acto continuo D. José María respondió con diez décimas glosando en cada una de ellas el verso del Padre su hermano.

Con este motivo recuerdo á Ignacio Ramírez que era enemigo acérrimo de los improvisadores.

Hace muchos años en un festín de la fábrica de tabacos, en el salón de cigarreras, se invitó á Ramírez para que dijese un verso, con tal tenacidad é impertinencia, que al que más le hostigaba le dijo:

¡Oh Señor! y quién me diera
Ser Sultán de este serrallo!
Y por lo bajo
Gallo!!

Con lo que dejó á su interlocutor patético!....

En vista de los triunfos de los improvisadores, y guardando mi secreto, corría á mis soledades á fingir improvisar y á felicitarme por mis triunfos.

Estos ejercicios, sin descubrirlos á nadie me hacían locuaz con las chicas de la vecindad, me procuraban amigos, me distinguían con cierta importancia entre las costureritas, viudas entretenidas, *sobrinas* de frailes, sastres *rinconetes*, músicos sueltos y curiales desvalidos que componían mi vecindad.

Pero si en la casa que me sostenía había sido de todo punto inútil, con mis escapadas á la casa de mí tía y á las calzadas y con mi vivir eterno en la Alameda, me convertí en un ser realmente gravoso.

He hecho mención de la Alameda, porque en la Alameda fué mi gran gimnasio poético.

Las juntas cívicas para el 16 de Septiembre tenían como costumbre disponer, además del templete y los adornos suntuosos de las fuentes, que se escribiesen octavas y sonetos en las puertas, ocurriendo para ello á los ingenios poéticos más esclarecidos de la época, y daban su contingente, ya el divino Tagle, ya Carpio, ya Pesado, ya Barquera, ya Amat, ya Sierra, Romo, Barrera ó Autepara, *(sic)* considerados todos como príncipes de nuestro parnaso.

Tagle y Carpio eran mis favoritos.

De Don Francisco Manuel Sánchez de Tagle es el siguiente soneto escrito en una de las puertas de la Alameda:

Trescientas veces el Zodiaco inmenso
Recorre el padre de la lumbre pura,
Mientras la Patria esclavizada apura
El hondo cáliz del dolor intenso.
Bendecida en su bello suelo inmenso
Rico para su mal y desventura,
A sordo cielo enviaba su amargura
Entre humo puro de oloroso incienso.
Inrompibles creyeron tus cadenas
E invencibles los hados, sus señores,
Eternas ella imaginó sus penas.
Pero la hora feliz suena en Dolores,
Estalla el fuego en las filiales penas
Y humo se tornan hierros y opresores.

Yo aprendía de memoria un pie de soneto ú octava y corría glosándolo en otro soneto hasta la puerta siguiente, allí tomaba un pie de una octava y seguía en mi tarea, dando así ocho ó diez vueltas á la Alameda, con

espantoso detrimento de mi mal pelaje, olvido de todo deber y adquiriendo reputación de loco por mi hablar recio, mi gesticular y mi ensimismamiento, cosa que no puedo dejar de hacer siempre que hilvano versos.

Recados y encargos, cuitas y empeños de la casa me importaban una higa, siendo puntual únicamente en las entrevistas con la señora mi madre, que era mi culto y mi deleite, y de donde me separaba siempre llorando, pero inundado mi corazón de ternura y esperanza.

Al único amigo á quien después de mil vacilaciones comuniqué mis progresos poéticos, fué á mi querido barbero Don Melesio, quien comenzó á escuchar mi confidencia de mi aptitud poética cerca de la olla reglamentaria de las sanguijuelas puestas al sol; me oyó, dudó, iba y venía inquieto ..... y cuando para dar una muestra contundente de mis adelantos improvisé un soneto tremendo, describiendo la barbería, con la guitarra, el gallo, los mechones regados en el suelo y la cortinilla encarnada de la puerta, me abrazó y besó en la mejilla, llamándome *Homero, el padre Sartorio, el Negrito poeta y el Pensador Mexicano.*

Con semejante aliento propagué en la vecindad la noticia; y las viejas jaculatorias, los jóvenes amores, los viejos, devociones ó política, todos tenían temas que comunicarme y á todos servía cariñoso. Era yo una maquinita que regaba versos diablinos por todas partes.

Las pobres señoras mis bienhechoras supieron la noticia como si se me hubiese declarado el mal de San Vito ó el vicio de beber....

—¡La hemos hecho buena; morirá en un hospital; con razón pierde la corbata y no tiene botón en ojal, ni se peina jamás y se pasea con unos ojos de loco que espantan!

Yo las llenaba de caricias, les hacía cuatro muequecitas y les disparaba una cuarteta que las encantaba; riendo entonces, sacando á luz los dulces que me habían guardado, y probándome una chaqueta ó pantalón que me habían achicado de alguno de sus parientes caritativos....¡Cómo amo en la memoria de esas adorables mujeres!....

El trabajo de las infelices, para mantener la casa, realmente las rendía y enfermaba.

Yo dormía en la reducida salita de la casa en un *colchón* que por su poca lana había perdido el nombre, y le llamaba ya *torreja*, *memela*; escaso avío, almohada única, y una sillita al lado para mi equipo, mis calendarios y una poca de agua. En ese tiempo no se conocían los fósforos ni los cerillos.

Las señoras velaban, cosiendo hasta muy entrada la noche, y lo hacían en la sala para acompañarme. El rezo ó el canto las servía de distracción en sus tareas y yo me dormía, sonriendo á la Virgen María, ó meciendo mis ensueños en las notas del Pescador, repitiendo la estrofa de Arriaza:

«No pretendas, Dios traidor,
«Que te doble la rodilla,
«Que mi bien es mi barquilla,
«Mis redes, todo mi amor.»

Una noche, las señoras creyéndome profundamente dormido, emprendieron el siguiente diálogo..... del que no perdí una sílaba:

—Bien, ¿qué haremos con él? de holgazán no puede vivir.

—¡Y al Sr. D. José María que hasta comprado le dejó el manto para hacer de él una lumbrera de la Iglesia!

—Lo único posible es un oficio.

—Ni pensarlo; con sus distracciones y con su torpeza de manos....

—Carpintero, se rompe un brazo con el escoplo; barbero, degüella á un marchante;... en un cajón ya vimos que no hizo letra....

—Y no es que nos sea gravoso; pero rompe la ropa con temeridad, y come como diez tigres.

—¡Ya ves! yo me privo del chocolate, porque él no sabe beber atole; digo que me irritan los chiles rellenos, porque él hasta tres se come de una sentada.... y como no está en nuestros secretos.... no sabe que tocamos en los tres *tlacos*.

—¡Ni qué coger!.... ¡Ni qué empeñar! ¡Ni qué vender!

—¡Pobrecito, y cómo recordará su casa!

—Dios nos ayudará.

—Soy capaz de pedir limosna antes que desampararlo....

A poco la luz se extinguió, las señoras se retiraron, y yo lloré hasta empapar la almohada en que descansaba mi cabeza; y lloré de un hilo lo que quedaba de la

noche, esperando el nuevo día .... para tomar una resolución.

El amigo único á quien podía confiar mis cuitas era D. Melesio, y esperé el momento para depositar en su corazón mis confidencias.

Como sólo uno que otro rasgo he podido descubrir de la fisonomía de mi amigo, quiero desenvolver todo el lienzo para que se conozca el retrato á su verdadera luz.

El maestro D. Melesio era simpático y cortaba por filo la edad de las pasiones borrascosas, ó sean treinta y cinco años poco más ó menos. Moreno, delgado como un cabello, con la cabeza con esmero peinada de copete y toscos rizos sobre las narices; unos ojos negros, de grandes y amorosas pestañas, bien formado cuello con su mascada de la India y su anillo corredizo, gesticulación animadísima, manos finísimas y delgadas y movimientos listos.

El amor y la política le preocupaban, y desde su edad más temprana había decidido de su suerte.

En sabiduría de mundo había llegado al extremo de relacionarse con Isabel Rendón y las monísimas Pautrets, siendo consultor y delicia de la Chata Munguía, la Gamborino y Agustina Montenegro, y en política había corrido peligrosas aventuras con los secuaces de Zerecero, los cómplices del Regidor Paz y los partidarios de *Gómez Furias*, así llamado Farías por la exaltación de sus opiniones.

Tocaba D. Melesio admirablemente la guitarra de

siete órdenes, y no desdeñaban concurrir á su barbería los maestros del arte como Bibián, el ciego Dueñas, y hasta el General Gutiérrez cuando venía de su magnífica hacienda situada cerca de Jalapa.

Pero como privaba D. Melesio, era como amigo de los *cabezones*, es decir, los hombres de talento, sobre todo si eran sus partidarios, y me parece que tengo dicho que era yorkino desastrado, admirador entusiasta de Rocafuerte y que tenía en la punta de los dedos al tío Tomás, al compadre Mateo, sin dejar de haber hojeado al Josafat, ni omitía una letra de un tomo trunco de la Moral de Holbach, que casi sabía de memoria.

Conocía el manejo de la prensa de mano como pocos; sabía rasurarse del rodete para impresiones clandestinas; quitar el olor á la tinta, escribir con tintas simpáticas; esconder en un pan un folleto; picar con alfiler un impreso para que dijese lo vedado ó expuesto, y todas las tretas, ocultaciones y fraudes aplicables al amor ó á la política, para confusión y tormento de dueñas y espías, gobiernos y padres de familia.

Había sido *cívico* y tenía sus arranques militares de perecerse de risa.

Como al fin, de la descendencia de Fígaro, á sus narraciones políticas, á sus rasgos anecdóticos, á sus detalles biográficos les comunicaba tantas variadas de crónica escandalosa, que es un dolor que no se puedan transladar al papel.

Conocía de *pe á pa* la vida del Pensador que acababa de morir el año de 1827 en la calle de Puente Quebra-

do, después de vivir en el Baño de los *Pajaritos, por el Salto del Agua;* había escrito á la mano al *Payo del Rosario* (Villavicencio) y á Enciso, autor de la *Enciclopedia de los Samenlottis;* detestaba á Dávila, escritor del *Toro*, periódico desvergonzado de grande boga en el populacho servil obsceno, y de lenguaje detestable, y no olvidaba uno de aquella multitud de libelos sobre toda clase de asuntos, que del año de 1821 brotaba como en erupción perpetua de las prensas, como desencadenándose y rompiendo el silencio de tres siglos.

Grosera, informe, rastrera la libertad de la prensa, buscaba lechones y no los hallaba, y para despertar el sentimiento dormido y para vulgarizar ideas con la reminiscencia de la costumbre, eran letanías y padres nuestros políticos, estaciones y jaculatorias, coplas de Payaso y cuentos y consejas, que era lo único adaptable á las inteligencias vulgares embrutecidas por el fanatismo.

D. Melesio explicaba todo esto á su manera; y con falta completa de criterio, colgaba milagro de libres pensadores al soldado calavera que hacía patente la vida relajada de los frailes, al que inventaba escenas de prostitución en los claustros, al que probaba con una copa de catalán al frente, que la Virgen huyó con un soldado, dando un tabardillo á Señor San José, y que Jesucristo había sido un prestidigitador inferior á Castelli, que entonces, en el teatro de los Gallos situado en la calle de las Moras, estaba maravillando á México con sus suertes.

Con cierto aplomo y con inagotables alusiones describía á Tornel, diciendo que su origen era francés y que había cambiado su nombre con el de un español en una intriga política, y que estuvo preso por liberal en la biblioteca de San Ildefonso, de donde se fugó para unirse á los independientes en Orizaba.

Sus padres habían conocido al General Bustamante gobernando en cobija; boticario en San Luis Potosí, á Arista; paseándose en un torete apenas domado en las calles de México, á D. Isidro R. Gondra, ordenándose de Evangelio, y recibiéndose de masón á Pedraza, oficial de Sierra Gorda, aprehensor de Morelos, y pasando su juventud en Querétaro con la familia Domínguez y Alvarado. En una palabra, D. Melesio podía haber escrito memorias con el desgarre de Grim y con la sal y pimienta del conde de San Simón.

En su calidad de músico, tributaba sincera admiración á Gómez, asombroso organista, y á Elízaga su rival en el piano, al negro Gollo, rey de los violinistas, y á Hermosilla que comunicaba todos los encantos de la voz humana á su dulcísima flauta y que murió loco en San Hipólito.

Por último, gastrónomo extremado, D. Melesio recomendaba los envueltos de las *cañitas* que estaban en la calle de Regina, los guisos de *las colas* en el callejón de Bilbao, *las cabezas* en los figones y pulquerías de *Nana Rosa* rumbo á la Viga, ó de tío Juan Aguirre en Santiago Tlatelolco, sin omitir el encarecimiento de pulquerías que, como *La Nana*, *Los Pelos*, *La Reta-*

ma y otras, recopilaban lo más granado de escaleras abajo de los claustros, de los cuarteles y de la curia.

Aunque me interrumpa y pierda su interés, si lo tiene esta narración, quiero describir una pulquería de aquel tiempo, ya que sin *oste ni moste* se ha atravesado en los puntos de mi pluma.

El marqués de Mancera desterró en su tiempo las pulquerías del centro de la ciudad, y las permitió en los suburbios con determinadas condiciones, vendiéndose no obstante en fondas y bodegones.

Algunas pulquerías quedaron á las orillas de la población, y á sus puertas se vendían enchiladas, envueltos, quesadillas y carnitas con salsa picante.

Pero la pulquería de rumbo y de trueno se instaló en los suburbios, como se ha dicho, siendo las más famosas, como hemos dicho, «La Nana» «Los Pelos» y «Tío Juan Aguirre.»

Figurémonos un jacalón de cincuenta varas de largo por quince ó veinte de ancho, con su caballete ó techo de tejamanil, sin más adornos ni adminículos.

Substentan al jacalón vigones perpendiculares de seis á seis varas de distancia, maceradas en la tierra y afirmadas con cimientos de piedra ó cal y canto en forma piramidal y su torta de hormigón encarnado.

Al fondo de la galera ó jacalón hay una pared blanca que á veces invadía la brocha gorda, exponiendo *al fresco* un caballo colosal con su charro ó dragón encima, una riña de pelados ó una suerte de toreo, cuando no un personaje histórico desvergonzadamente disfrazado. . . .

En un extremo de la pared solía haber un cuadro de la Virgen de la Soledad ó un Divino Rostro con su repisa al frente y su lamparita en ella ardiendo entre manojos de flores de chícharo y amapolas.

A dos varas de distancia de la pared del fondo, y dando el frente á la galera, se ostentaba soberbia una hilera de tinas de pulque angostas, abajo anchas, arriba de más de dos varas de altura, pintadas exteriormente de colores chillantes y unos rubros que ponían de punta los pelos, como *La no me estires*, *El valiente*, *La Currutaca*, *El Bonito*, etc., etc.

En la orilla de las tinas y del lado de la pared, en anchos tablones que formaban como cornisa, se veían cajetes de barro poroso, cantaritos pequeños de la misma materia, vasos de vidrio verde de más de á tercia, figurando tornillo su relieve; tinas pequeñas y manuables y barrilitos con su candado para el repartido á las casas de los amos.

Entre cajetes y vasos se percibían los tejos de bronce para el juego de la rayuela; algunos naipes, y en cazuelitas pequeñas, sal y chiles verdes para los aficionados á los aperitivos.

La espalda de las tinas fungía de aposento de los pulqueros y tenía sus sillitas bajas de tule y su angosta mesa; la cuna de algún párvulo ó algún perdonavidas de gran bigote y mechones en la cara, alguna vieja seca de ojo luciente y lengua fácil, y dos ó tres gruñendo feroces ó roncando á pierna suelta.

En los ángulos de la galera se jugaba rayuela, píti-

ma ó tuta, ó en círculos de pelados, sentados en el suelo al rededor de una frazada, se jugaba el rentoy alborotador, ó alburitos, con gallo y todo, menos palomitas.

El centro hervía entre bebedores y bebedoras, muchos envueltos en sábanas y viéndose sin velo pecho y espalda, y en las mujeres dominando la jerguetilla y el estampado en las más pobres, sin mencionar chirlos ni harapos, y en la china luciendo el castor con lentejuelas, el zapatito de raso con mancuernas, las puntas enchiladas y la pierna limpia, torneada, provocativa, sin temor de Dios.

Solía haber en lugar determinado un músico de arpa que pespuntease *el dormido*, ó *el jarabe colorado*, y entonces curiosos y bailadores formaban con sus cuerpos salón de baile.

En la parte exterior del jacalón, y pendientes de gruesas argollas de fierro clavadas en los vigones ya descritos, se veían escuálidas cabalgaduras de arrieros arrogantes, cuacos de jinetes, burros en asueto, y en el suelo y al rayo del sol, párvulos, huacales, cestos y *briagos* durmiendo la tranca.

Imposible es describir el griterío, el barullo, el tono de tumulto de la pulquería, gritos, silbidos, riñas, retozos, lloros, relinchos, rebuznos; todo se mezclaba á los cantos del fandango y al sonoro *¿dónde va lotra?* del jicarero.

A la izquierda de las tinas, y en cuarto cerrado de tablas, estaba el encierro de los decentes: dos mesitas angostas con sucios manteles y jarras con flores, ban-

cas pelonas al margen, y en el fondo un gran brasero con cabezas y carnitas, enchiladas y envueltos, mole verde ó colorado, salsa borracha y chito, tostadas y chalupas. A modo de candil, un gran manojo de ramas en el techo, suplicio de las moscas.

Aquel encierro era divino, la flor de la curia, el laurel de oro del ejército, la mística delicia de la Iglesia, la fuente de encantos del comercio, las artes y el amor, representados en letrados de nariz colorada y bastones con borlas, frailes de cerquillos alborotados, jefes y oficiales mugrosos, y baladrones artesanos ladinos y chicas de vida alegre descotadas, risueñas..... y *dealtiro* corriosas para toda clase de diversiones.

Por supuesto que D. Melesio era mi asombro, mi ideal; y si en aquella época me hubieran preguntado cuál sería la realización para mí de un bello ideal, habría designado á D. Melesio sin ningun género de vacilación.

Cuando D. Melesio valuó en su interior mis dotes poéticas, se convirtió en paternal su cariño á mí. Me procuraba libros sin criterio alguno, que yo devoraba y aprendía de memoria: un tomo del Parnaso, otro de Gerardo Lobo, otro del padre Sartorio, y á rollo comedias de Calderón y Lope, y entremeses mexicanos, como los *Remendones* dedicado á la Purísima, *la Niña en la Retreta*, loas de indios con verdaderos cataclismos de lógica y lenguaje, el *Tío Chamorro* y no sé cuántas atrocidades más.

Como comenzaba á decir, no sé en cuánto tiempo,

porque me divagué como un chico siguiendo el vuelo de una mariposa, conté á D. Melesio mi noche de lágrimas é insomnio y mi firme resolución de no vivir de la caridad de aquellas santas mujeres, después de mostrarme maternal interés.....escogitando medios para mejorar mi suerte, le pregunté:

—¿Y ahora quién manda en nuestra tierra?

—¡Toma! el General Santa-Anna, que acaba de derrotar en Guanajuato á los religioneros.

—¿Y para llegar al General Santa-Anna con quién sería bueno hablar?

—Con el dueño de la casa en que está viviendo.

—¿Cómo se llama? .

—Se llama el Sr. Lic. Don Andrés Quintana Roo, Ministro de Justicia.

—¿Qué clase de persona es ese señor? ...

—¡Oh amigo!..... ¡un grande hombre, un pozo de ciencia!

—Píntemelo Ud.

—Figúrese Ud. que á los 19 años era Secretario del gran Morelos, y á poco todo un excelentísimo señor. Y es del arma.

—¿Cómo del arma?

—Lo dicho, poeta como Ud. Figúrese Ud. un hombre de 35 á 40 años, moreno, de frente pálida, amplia, eminente, como hecha adrede para trono; de un gran entendimiento, los ojos negros y húmedos de pasión, el cabello entrecano; es caído de hombros y lleva la cabeza inclinada, anda expedito y empuña su bastón por

el medio como si lo llevase de encargo .... lo principal se me olvidaba, es lampiño y sin rastro de bigote ni cosa semejante ....

—Voy á verme con él y le impondré de mis planes.

—¡Muchacho del demonio! ¿cómo andamos ahí? ...

—Como Ud. lo oye. Como Dios me ayude, le dejo con la boca abierta.

Nada dije en la casa; esperé la noche, hice mi excursión al despoblado, al primer árbol que encontré le habilité de prócer y le conté mis cuitas .... después formaba diálogos más ó menos afectuosos, y por fin ..... me retiré riendo unas veces, llorando otras, hablando á solas en mis grandes salones que fueron siempre las alborotadas calles de San Juan.

Esperé las oraciones de la noche y fuí á estrechar la mano de D. Melesio como equivalente de bendición paternal.

Al dejarlo, no pude menos que echar una ojeada al espejo para darme cuenta de mi facha .... Estaba estupendo: mi sombrero había cobrado la forma de un armónico; mi barragán verde, de forro encarnado, era una criba y un mapa según su diversidad de colores y líneas, y mi corbata, en riña con mi camisa, pugnaba por invadir mi barba dejando al descubierto una zona de piel blanca que tenía toda la novedad de lo inesperado.

Atravesé plazuelas y calles cada vez más conmovido; crucé por la Inquisición, Sepulcros de Santo Domingo, y al llegará la siguiente esquina, el 2 del zaguán, la puerta de par en par abierta, los soldados y

el trajín me advirtieron que estaba en el punto que deseaba.

Amplísimo patio, quinqués y reverberos por todas partes, barriles con naranjos, macetas espléndidas en las alturas, y reverberando como sol, en una columna un farol sostenido por una S de fierro, con ráfagas y primores.

En el patio se encontraban las corrientes de clérigos, oficiales, próceres, lacayos y servidumbre bullanguera y ladina....

Nadie paró mientes en mí, pero á mí todos me parecían próceres y gente de coturno, y como los veía desairar á los unos, dejar á los otros con la palabra y estirarse pedantescos, volviendo la espalda á los desconocidos, atisbé á una viejecilla á quien pregunté con la mayor compostura y cortesía que me fueron posibles, por el Lic. D. Andrés.

La anciana me designó con toda precisión el departamento destinado al señor Presidente, y la pieza del corredor casi frente al zaguán, en donde era el estudio y asistía el potentado objeto de mi solicitud.

Dirigíme donde se me señaló, trémulo, palpitante, casi arrepentido de mi temeridad, como temiendo que cualquiera de aquellos feroces de sable curvo y de bigotes me aprehendiesen como á malhechor.

Avanzando y queriendo retroceder, embarrándome á la pared, llegué á la puerta del estudio que estaba medio entornada.

Toqué casi imperceptiblemente. Nadie respondió; me aventuré á espiar.

La pieza, que era amplísima, estaba casi obscura, porque un velador verde, de campana, cubría la luz alumbrando el escritorio, y marcando un gran círculo de claridad en el cielo raso.

La pieza estaba maqueada; en la extensa pared del frente de la mesa había colocados estantes de madera fina, y cristales coronados de colosales bustos de Sócrates, Platón, Aristóteles, Homero, Dante y otros filósofos y poetas.

A la derecha de la mesa ví un amplio sofá de caoba y cerda negra, á su frente una mesita pequeña sobre un riquísimo tapete.

Me fijé en la mesa central: la figura que en ella se destacaba era realmente augusta; tenía la pluma de ave en la diestra mano, la cabeza inclinada, la mano siniestra como en actitud de accionar.

La misma frente pálida y severa, tirando á cuadrada, característica del yucateco, los propios ojos. Vestía una chaqueta blanca como nieve y tenía en el hombro su *paliacate* que por manía colgaba de un hombro sobre el pecho; los cigarros se veían cerca y el indispensable braserillo de plata con brasas enterradas en ceniza para los fumadores de categoría.

Todo aquello me parecía fantástico; temía respirar, porque se me figuraba que con un soplo desparecía aquella visión.

Al fin me resolví . . . . toqué más recio.

—Pase.

Yo avancé al interior de la pieza. El Sr. Quintana

dejó la pluma, colocó su mano extendida sobre las cejas y me dijo .... Acércate.

Yo me acerqué hasta su asiento.

—¿Qué quieres, hijo? Dí tu negocio.

Entonces yo, como quien dispara una ametralladora, balbuciente y tímido al principio, después animado, al último vehemente, le conté la muerte del señor mi padre, las ingratitudes de que era víctima de parte de sus relaciones aristocráticas, la locura de la señora mi madre, mis sueños, mis aspiraciones, mi miseria y mis ultimos desengaños; pero todo esto declamando, sollozando, reclamando piedad mi acento dolorido ó haciendo partícipe á mi oyente de mis quimeras ambiciosas, llenas de fiereza y orgullo.

Quiso interrumpirme el Sr. Quintana; yo no le permití, le ví conmovido, lloró con mis penas y se levantó al fin con precipitación saliendo de la pieza y dejándome solo.

Yo no sabía lo que por mí pasaba; se me figuró que el Sr. Quintana iba á llamar á la guardia para que me pusiese preso.

No era así: el caballero penetró en la habitación de la familia y pintó sin duda mi aparición con tal colorido, que la señora y las señoritas, no contentas con el dinero que iba á pedir el Sr. Quintana, reunieron monedas nuevas y no recuerdo si algunas joyas para obsequiar á mi señora madre, y á tal punto se despertó en ellas la curiosidad, que quisieron espiar lo que pasaba entre el Sr. Quintana y yo.

Volvió el sabio á su asiento, y sin duda para que me oyese su familia me habló de mi señora madre.

Mi alma se desbordó con tal ternura; aquel sentimiento puro que tenía la santificación del dolor, á mí mismo me pareció tan bello y tan conmovedor, que me parece que algún espíritu celeste habló por mis labios, y jamás he podido recordar lo que expresé....

Dominando su emoción el Sr. Quintana, pero vibrando las lágrimas en su voz, me dijo, dándome un puñado de monedas:

—¡Ea! ¡muchacho! toma, llévale á tu mamá, socorre sus necesidades, y cuando necesites vuelve.....

No sé por qué me hirió hasta enloquecerme aquella dádiva; el frío de la limosna sin afecto; la marca de la distancia entre el mendigo y el prócer; el hasta aquí del favor;...la fórmula...la vanidad redimiéndose de las exigencias de la miseria!....

Tomé aquellas monedas, y las tiré con ira al suelo, sin saber lo que hacía.

—Señor, no haga Ud. esto conmigo. Yo buscaba un padre; yo quería un amparo que me guiase, que me indilgase, que me hiciera apreciable, sabio, querido como lo es Ud. Y me trata como un pordiosero. ¿Es Ud. un mal hombre?

El Sr. Quintana estaba aturdido...De pronto, y como quien toma un resolución, me dijo:

—Cálmate hijo, sí, porque serás mi hijo; cálmate, siéntate, serénate... Ya no te doy dinero, ¿quieres to-

mar chocolate conmigo? tómalo, hablaremos.....Pidió su chocolate.

Colocaron una servilleta albeando en la mesita del frente del sofá.

—Tú no tomas chocolate...verás te traerán dulce. Hizo seña al criado que volvió con un platón, y en él un magnífico borrego de alfeñique con sus lanas sembradas de oro volador y listones, y sus ojos de escuditos de oro.

—Sírvete.

Me serví contento el pie entero del borrego.

Había á mi frente una montaña de puchas, rodeos, soletas y mostachones.

El Sr. Quintana era muy naturalmente gracioso; yo estaba contentísimo, y ni reirme podía, porque mi boca estaba ocupada por los bizcochos.

Yo le hablaba con el mayor desparpajo; pero recordando á mi mamá, y deseando que participase de mi convite, emboscaba mis dedos y guardaba una soleta, un mostachón. El Sr. Quintana lo veía con el rabo del ojo y se limpiaba el llanto con disimulo.

—Muy bien, me dijo cuando acabamos.

—¿Cuántos años tienes?

—Quince voy á cumplir.

—¿Y tú qué sabes hacer?

—¿Qué sé hacer?....se hacer sonetos;.... y eso sí en menos de un decir Jesús.

Soltó la carcajada el Sr. Quintana.

Y para desterrar su incredulidad, tomé la pluma é

improvisé un endiablado soneto del que apenas he podido retener esta cuarteta:

"En la risueña edad de los amores,
"Cuando el vendado Dios muestra contento
"Yo sólo acompañado del tormento,
"Sufro de la fortuna los rigores."

Yo no sé cómo seguía el verso, pero sí que mi suerte estaba en un tris y que el Sr. Quintana era su arbitrio.

—Es necesario que algo sepas por ahora; y para que socorras á tu señora madre ocupándote, te daré una carta para el Sr. Castaños, administrador de la Aduana; otra te daré para el Sr. Iturralde, rector de San Juan de Letrán para que algo te enseñen. Yo te daré algunos libros, todos mis libros . . . porque eres mi hijo . . .

Salté al cuello de mi bienhechor, besé su frente y la inundé de lágrimas . . . . y tuve en él desde entonces un maestro, un bienhechor, y un segundo padre . . . .

Llevé triunfal noticias y cartas á D. Melesio; participé á mis bienhechoras mi nueva posición, y después de trámites, no para contados, instalé por mí, y asumiendo la responsabilidad de mi independencia plena, á la señora mi madre en una vivienda interior, calle de la Cerca de Santo Domingo número 11.

En la aduana, el Sr. Castaños, que era un chiquitín brioso, fandanguero, moreno, de ojos negros con grandes pestañas, y franconote, me hizo meritorio gratificado con diez y seis pesos mensuales.

En el Colegio entré cuitado á la catédra de Gramá-

tica, y no contento con tanta aspiración, me inscribí en Minería con D. Manuel Castro en la catédra de Matemáticas y en la de Inglés que ya servía Juan Palacios.

Por supuesto que mi abolengo, mi amparo y mi centro, era la casa del Sr. Quintana, que frecuentaba día á día. El Sr. Quintana me señalaba mis lecciones desde Gramática, porque yo apenas y malamente conocía á Herranz y Quiroz.

En el estudio del Sr. Quintana conocí á Rodríguez Puebla, fino al parecer; mulato, amanerado, confesando con lisura su humildísimo origen y desconfiando de cuanto le rodeaba. Mandaba por un coche, y en la puerta de su casa le decía siempre al cochero: á la plaza!.. para extraviar el juicio de sus oyentes, y en la plaza daba su dirección al *áuriga*. De puro cumplido, era severo y hasta cruel con los muchachos.

Allí ví y escuché muchas veces al grande Heredia: con su tez morena, su frente radiosa, nariz delgada, boca grande con largos dientes, su risa estridente que repelía, y su desigualdad de carácter. Nació en la Habana, tenía pronunciación semi-andaluza. Me llamaba *el escribiente.*

Muy pocas veces ví en aquel estudio á Zavala: rechoncho, moreno, de poblada patilla, ojos pequeños muy penetrantes, de hablar difícil y precipitado; no le gustaba dormir en alto, y decía que lo mejor que había escrito era sin saber lo que decía y con algunas copas en el estómago.

El Sr. Quintana redactaba entonces el *Correo de la Federación*, en que se admiran sus escritos luminosísimos sobre política, y su polémica con el padre Ochoa, autor de las *Poesías de un Mexicano* que le valieron grandes y merecidos elogios de D. Alberto Lista, y que despertaron conocimientos y estudios sobre Prosodia, que eran de todo punto desconocidos en México. Al Sr. Quintana se debió el conocimiento y estudio de la Ortología y Prosodia de Sicilia en los círculos literarios.

En la Aduana, y merced á mi Musa Callejera, unos compañeros me relacionaron con los toreros y vaqueros de más fama, porque eran gente de á caballo; otros músicos con Beristain, Balderrama y los Arsinas, guitarristas sublimes; otros con Domingo Ibarra, Alejo Infante y otros bailadores que extasiaban; y los pulcros y currutacos, con niñas decentes, sentimentales y eléctricas, que se desmorecían con la recitación de mis versos, y me hacían confidente de sus pasiones mal correspondidas, sin darme rédito alguno por la depositaría de sus secretos.

Entre esas relaciones, tres fueron tiernísimas y fraternales para mí: Manuel Payno, Casimiro Collado y José Zozaya, tipo del elegante de la época.

Manuel Payno, hijo de D. Manuel Payno Bustamante, antiguo, laboriosísimo y honrado empleado en Hacienda, servía como meritorio de la Dirección General de Rentas, cuyo jefe era el sabio jurisconsulto D. José Ignacio Pavón.

Payno, listo, travieso, buen jinete y rendido con las

damas, explotaba el nombre y las buenas relaciones de su padre, y era el dije, el contento y el ensueño dorado de miles de polluelas de poca fortuna que le elogiaban su sedoso cabello y sus grandes ojos negros.

Para todos los juegos tenía Payno rara aptitud; en el billar se lucía, en los albures de ancianas era un primor, y en el baile una verdadera maravilla.

Sus aspiraciones eran de gente encopetada: Juan de Dios Peza, los Mosos, sobrinos del Emperador Iturbide, Nacho Algara; los Suárez, Antonio y Juan, y los Peñas eran sus ideales, y se desvivía por acompañarlos en saraos y días de campo, bailes y correrías de ranchero.

Habilísimo pendolista, se hizo lugar distinguido en la oficina, y sagaz con sus jefes, le criaron excelente reputación.

La invectiva era el fuerte de Payno; transformaba un traje, sugería un peinado, y se creaba recursos, porque los de su buen padre eran escasos para vestir elegante y codearse con la alta sociedad.

Casimiro Collado tendría de doce á trece años; acababa de llegar de España (año de 1838). Era realmente hermoso, su cabello rubio, sus ojos claros, su boca perfecta, una blancura alabastrina como transparentando los tintes de la aurora.

Era Casimiro desembarazado y alegre. No obstante su escasa fortuna, tenía en la palma de la mano sus dineros á la disposición de sus amigos, y cuando hablaba, pero especialmente cuando recitaba versos, su voz cobraba naturalmente armonía deliciosa y seductora.

Casimiro recibía mis confidencias poéticas, yo las suyas. Le contaba mis cuitas. Me correspondía, abriendo ante mí su relicario de recuerdos con la pintura de su padre, abogado, sabio y austero, de voz sentenciosa y ceja poblada; pero la bondad misma, y de la montaña, con aquel orgullo y aquel retintín, y aquella grandeza que sólo saben los hijos de Santander.

José Zozaya era el tipo del galán joven de la clase media: bello de figura, esmerado en el traje, melífluo cantor que se acompañaba en la guitarra las canciones, tiernamente mimado por una tía rica de quien era adoración.

Zozaya era la deidad de las viejas á quienes complacía, para las que tenía estampas, escapularios y obsequios, con quienes discutía de guisos y fiestas religiosas, y de quienes tenía encargos de todo género.

En el colegio, nadie como Lacunza era mi asombro por su carácter y por su temprana sabiduría. Delgado, de cabeza enorme, recalcando la *rr* al hablar, frío, autoritativo y con supremo desdén por lo que no fuesen los triunfos de la sabiduría. Lacunza era en el colegio una potencia.

Comenzaba á estudiar leyes. En su acto de Filosofía se distinguió tan extraordinariamente, que el Presidente Pedraza, que fué padrino de su acto, le concedió de su peculio una pensión de diez y seis pesos mensuales que le daba D. Juan B. Lisos.

Lacunza tenía una tía que le había servido de madre. Señora de alta alcurnia, de palabra altisonante y

compasada; que fumaba purillos delgados y se embozaba como en una capa en su pañolón de lana para recibir visitas.

A la señora dedicaba Lacunza sus atenciones filiales con tal reverencia y cariño, que nos admiraba: la velaba el sueño, la curaba en sus enfermedades, era su apoyo en las calles, su compañera en el templo, su esclavo en todas partes.

¡Qué admirable era la inteligencia de Lacunza! Conocía el latín perfectamente, hablaba el francés con singular corrección, el italiano le era familiar, y si no pronunciaba bien el inglés, lo traducía con elegancia suma aun cuando se tratase de Sheakpeare ó de Sweft.

Su cuarto estaba desmantelado, pero con muchos y buenos libros. Pasaba horas enteras bocarriba en su catre, leyendo ó estudiando, sin acordarse de probar bocado, y era para él contento y halago que se le consultase sobre cualquiera materia y darle ocasión de participar de sus luces á sus amigos y compañeros.

Le encantaba el sofisma; en la discusión era su placer apoderarse de los argumentos del contrario, ampliarlos, robustecerlos, hacerlos aparecer unos instantes como triunfando.... para devastarlos de un soplo, exponiendo, entre los escombros de sus raciocinios, anonadado á su adversario vencido .... y volviéndole la espalda con indiferencia.

Había llamado la atención su canto á Tampico, hecho con motivo de la invasión de Barradas, y aunque tales antecedentes habrían podido abrirle la carrera y

relaciones políticas, se negó constantemente á toda representación fuera de su colegio, cultivando consecuente la amistad de Juan Hierro, Vicente Gómez Parada, Manuel Tossiat Ferrer y yo.

Con los elementos descritos, ya se sospechará que mi vida impulsada por mi movilidad de quince años, mi irritabilidad de coplero, mi vocación por las chinas, mi ambición de estudiante y mis decepciones de miopía, era una barahunda febril.

Recibía día á día lección del Sr. Quintana, y después de cumplida esa obligación . . . era el culto á lo contingente y lo inesperado.

Desertaba de mis rudos trabajos de oficina para instalarme en un zaguán del Portal de Santo Domingo á devorar de pie enchiladas y fritangas con amigos, dependientes de tienda de abarrotes, entre los que sobresalía Félix Cuevas, mimado y generoso; Pepe Carrascosa, españolito desalmado, maniroto y claridoso de nación, como él decía.

Me escapaba á casa á visitar á la madre enferma.

Mal y por mal cabo estrujaba mi Iriarte en el colegio sin aprender palabra; concurría á bailecitos vespertinos, en casas en que una guitarra rengueaba los compases de un walse ó de un zoruero, y de vez en cuando, toreros, coleadores y antiguos empleados de casa me llevaban en triunfo á Santa Anita, donde, bailes hirvientes, amores rabiosos, manjares incendiarios y riñas tremebundas eran toques eléctricos que vigorizaban mi organismo.

En la oficina, en la calle, en el colegio, en todas partes iba regando imprecaciones de sonetos y décimas que era un horror.

Mi observatorio de costumbres, mi lugar predilecto de estudio era mi misma casa de vecindad.

Ocupaban las viviendas principales personajes elevados por la reciente revolución que traían el pelo de la dehesa, invadían con las sillas de sus caballos el tránsito, hacían en el corredor cocina de humo, trajinaban de enaguas y zapatos enchanclados la señora y las niñas, dejaban invadir escaleras y patio á sus pimpollos, los asistentes alborotaban á todas las gatas, interceptaban el tránsito con sus retozos, escandalizaban con sus cantos obscenos, y deslumbraba de vez en cuando el señor de la casa con su bota fuerte, su casaca ricamente bordada de oro, su sable curvo de vaina de acero, su bastón con borlas y su gran sombrero de tres picos, con sus carrilleras doradas, su gran escarapela y sus plumas tricolores que cimbraban airosas en la altura de su cuerpo.

En las viviendas interiores se lucía un sacerdote ejemplar con numerosa familia, que se sabía disfrazar como el actor más consumado.

Un músico que convocaba á sus compañeros y nos armaban zambras filarmónicas de música epiléptica.

Una anciana partera con una crónica divina, misteriosa, accidentada y sembrada de secretos increíbles.

Un sastre embustero; un zapatero fanfarrón y ebrio repugnante; un impresor mártir con una mujer bachi-

llera y celosa; unas bailarinas de los grandes bailes de la Pautret con conexiones de currutacas de gran tono, humos de reinas, y miserias de pordioseras; y una beatita jamona de voz melíflua, toda enredos, calumnias, entrometimientos y chismes, era el cuadro que tenía ante los ojos, y servía como de tintas á mi futura paleta de escritor de costumbres.

El Sr. Payno, padre, que me había cobrado cariño paternal, y que era la misma bondad, se afanaba por darnos á conocer á Flores Estrada y á Canga Argüelles; nos hacía copiar luminosos informes de D. Ignacio Pavón, Canseco y D. José de la Fuente, y puso á nuestra disposición su librería escasa, pero escogida, y en que no faltaban obras literarias de mérito.

No obstante nuestras inclinaciones mundanas, leíamos de continuo, y Payno entró al Colegio de Jesús guiado por su amor al estudio.

Recuerdo que este Colegio de Jesús, á cargo del Dr. José María Luis Mora, tenía la amplia, generosa y eficaz protección del Vicepresidente en ejercicio del Poder Ejecutivo, D. Valentín Gómez Farías.

Se dotó la Dirección con cuantiosos fondos; el Colegio de Santos y la Universidad se refundieron en los establecimientos que el plan de estudios prevenía, y se entró de lleno á obsequiar las exigencias de la civilización bajo las inspiraciones del patriotismo y del progreso.

Yo iba con frecuencia al Colegio en pos de Payno, y recuerdo perfectamente al Sr. D. Fernando Batres, jo-

ven entonces de la más distinguida sociedad, catedrático de Economía Política, á que era muy afecto y en la que tenía profundos conocimientos el Dr. Mora, como lo había demostrado en su *Semanario Político.*

Alguna vez me introducía en la cátedra de Historia que daba el Sr. Lic. D. Francisco M. de Olaguíbel, joven recién llegado de Puebla, hijo de una de las principales familias de aquel Estado y la rosa de oro y el clavel de púrpura de la elegancia.

Tenía el Sr. Olaguíbel 27 años cuando le conocí; alto, rubio, de espléndida frente, ojos claros y anteojos de patillas de oro, manos aristocráticas y casi femeniles, se erguía en la tribuna, su ademán era correcto y bello, su voz dulcísima y su decir apasionado y elocuente.

Muy concurrida era la cátedra, sobresaliendo entre sus discípulos, Eulalio Ortega, Payno, y sobre todos, Guillermo Valle, favorito del maestro, quien me relacionó con él y por el que cobré y aun le conservo tiernísimo cariño.

II

Guillermo Valle.—La protección de Santa-Anna y sus aventuras.—1833. Cólera Morbo.—Escenas dolorosas.—El Dr. Barrientos.—Expulsión de españoles.—Mi tío D. Domingo Ortiz.—Portal de Agustinos.—Café del Sur.—Lanzagorta.—El Lic. Borda.—Teatro.—Amador.—La Montenegro.—Cantantes.—Juana la Rabicorta.—Músicos.—Elízaga.—Bailarines.—La Gran Sociedad.—Café de Viroly.—Bodegas de la Madama.—Pulquería.—Fonditas al aire libre.—Portal de las Flores.—San Juan de Letrán.—Ferrocarril.—Banco Oriental.—Adolfo Theodore.—Café del Aguila de Oro.—Fernando Calderón.—El Padre Arrillaga.—Mi María.—Pradito de Belén.—Amores.—Casa de D. Francisco Ortega.—Martínez de Castro.—Antonio Larrañaga.—Ignacio Rodríguez Galván.—La Aduana.—Manuel Payno.—Veranear.—Pueblos de los alrededores.—Días de campo.—Las cuadrillas.—Juan Gamboa.—Bailes y tertulias.—Baile á lo casero.—Modas.—Sayas abiertas.—Baile á escote.—Compadrazgos y posadas.—Lucha del toro y el tigre.

Guillermo Valle nació en Oaxaca, y en la época de mi conocimiento con él tendría trece años á lo más.

Su cuerpo chiquitín, su raza indígena, su aspecto socarrón y los relámpagos de gracia y talento que se escapaban de su carácter al parecer humilde, y de su as-

pecto de acólito de curato foráneo, me hicieron fijar en él mi atención y quererlo apasionadamente.

Servicial y generoso, astuto como zorra, escurridizo como anguila, oportuno como constipado á acreedor, serio con tretas, y con industrias mil para prevenir los achaques de miopía; con drogas, subterfugios y mentiras para embaucar catedráticos, disimulo de faltas y remedios á la desaplicación; Vallecito era un ideal, un tesoro, una vara mágica para estudiante de mi ralea.

La tradición inventó ó descubrió una leyenda acerca de Vallecito, que le dió para mí las proporciones de personaje legendario.

Contaba la leyenda, que en 1828 y cuando Santa-Anna invadió Oaxaca, se posesionó de San Francisco y ardía en deseo de comunicarse con Santo Domingo para seducir la fuerza, sin poderlo conseguir.

Paseábase una vez meditabundo fuera de la fortificación midiendo el suelo y arbitrando medios de conseguir su designio de comunicación.

Le seguía, sin que lo advirtiese Santa-Anna, un chicuelo de la plebe, quien le preguntó:

—Señor, ¿qué busca?

—Busco un medio de que llegue un papel ó cualquiera cosa de aquí á Santo Domingo.

El muchacho guardó silencio, quedó pensativo, desapareció y volvió á poco con un barquillo de papel pegado á una tablilla y bien equilibrado y dijo al General: aquí cabe un papel chiquito, lo pone en el caño de la agua y llega á Santo Domingo.

A Santa-Anna cayó muy en gracia la penetración del muchacho.

—¿Cómo te llamas?

—Guillermo Valle.

—Oye atento, si algún día sabes que el General Santa-Anna manda en el Palacio de México .... á toda costa ve allá, búscame, preséntate y no te arrepentirás.... Yo no te olvidaré.

Varia desde entonces la suerte del General Santa-Anna, Vallecito guardó en el fondo de su corazón su aventura; continuó en su escuela aplicándose al estudio en medio de horribles escaseces.

Un día, el menos pensado, entre repiques, salvas, músicas y cohetes, se anuncia el advenimiento de Santa-Anna á la Presidencia y á la Vicepresidencia D. Valentín Gómez Farías.

Vallecito, que así le llamaba todo el mundo, hizo balance para emprender su viaje, y no tenía en su equipaje, realizable, más que una medalla de oro de la Virgen de Guadalupe, cuyo valor sería de seis á ocho pesos.

Comenzó por desamortizar el amuleto eclesiástico, se escurrió en los mesones indagando la salida de recua para México, y al fin se puso en camino haciéndose amigo de los arrieros.

Y el chico era de tal modo jovial, tan comedido y contaba tan graciosos cuentos, que los arrieros le miraban, le mimaban, le alimentaban, le procuraban cabalgadura, y llegó á México como dueño de la recua, asesorando

á los arrieros, dirigiéndoles y fungiendo entre ellos como entidad de primera importancia.

Los primeros momentos fueron de placer, comidas y paseos con sus amigos; pero al regreso de estos, sintió toda la amargura de su situación, y sin arredrarse le buscó un remedio.

Escurrióse en palacio, se informó de la servidumbre del Presidente, y la fortuna le deparó un galopín oaxaqueño de la cocina del potentado con quien se resolvió á trabar relaciones.

Hizóse encontradizo con su futuro bienhechor, y á pocas fojas le embebía y dominaba.

Ya hemos indicado que la inventiva era el fuerte de Vallecito. Él conocía todos los pueblos, él ó sus amigos se habían encontrado en todas las catástrofes, él habia sido pariente ó favorecido ó algo de todos los deudos de las personas con quienes trataba, sabía remedios para todas las enfermedades, les atribuía á los santos milagros capaces de dejar con la boca abierta al Demonio, y tenia nociones ó suponia tenerlas de costura, guisos y un diluvio de cosas más.

Todo esto, sin una indignidad, sin una licencia, sin una estafa.

El galopín benéfico colocó á mi amigo con el cocinero, éste que era especialmente querido de Santa-Anna ofreció presentarlo al *tío* en un día que despertase su buen humor el artista culinario, con un buen huauchinango fresco, con un pulpo de guiso especial, ó con una rica ensalada de camarones.

Pero á todo esto Vallecito participaba de los banquetes diarios de los *maritornes* y los sazonaba con sus chistes inagotables.

Llegóse el día deseado de los huauchinangos y camarones, y le dijeron á mi amigo que se preparara para la trascendental entrevista.

El día de que se trata, estaba el Presidente de excelente humor. Aunque iliterato de todo punto hasta el extremo de empedrar de barbarismos su lenguaje y sin más lectura que la de la *Casandra*, tenía una conversación chispeante, animada por poderosísima imaginación y percepción clara como luz de día. Cuando estaba de broma daba cierto acento *jarocho* á su palabra que caía en gracia; sus grandes y penetrantes ojos negros persuadían más que sus palabras y sus ademanes prontos y desembarazados le hacían seductór é irresistible.

No era gastrónomo, ni menos glotón Santa-Anna; pero como gran parte de los veracruzanos afecto á la buena mesa, á hablar de guisos delicados, á encarecer las preparaciones del ostión, del robalo de manteca, del pulpo y del cazón á la yucateca.

Hablaba el héroe con dos ó tres amigos, y el cocinero entró con un plato de dedicación especial llevando en su pos al indito, nuestro conocido, portador de dos chirimoyas colosales que eran delicia de Santa-Anna.

—¡Excelente! muchachos. ¡magnífico!, merecen la gala, ¿y quién es este chico?

—Es un criadito de S. E. que quiere conocerlo, y que tiene la pretensión de contarle un cuento.

—Veamos ese cuento, dijo riendo, y comenzó el introito de rutina. Está Ud. para bien saber, y yo para mal contar, que el pan se hizo para los muchachos y el vino para los borrachos..... Este era un Rey..... ahora sigue tú.

—No señor, era un gran general que venía desde muy lejanas tierras y junto de la mar á pelear la gran ciudad de Oaxaca, que es donde yo nací.

—¡Bravo! muchacho, no le interrumpan, acércate.

Entonces Vallecito, contó la historia que conocemos con tales chistes, con pormenores tan deliciosos que Santa-Anna se levantaba del asiento, palmoteaba, y cuando terminó de hablar el chico lo levantó en sus brazos con emoción, tocó después la campana, escribió en un papel y á poco, he ahí, á Vallecito instalado con su beca en el colegio de San Ildefonso á vueltas con el *Musa Musae* y con las mismas consideraciones que si fuera el hijo del Presidente de la República.

El Sr. Farías, á quien quedó encomendado Vallecito, le dispensó paternal protección, procurándole la relación del Sr. Olaguíbel á quien se adhirió mi amigo, llegándose á contar como persona de su familia y adelantando mucho en sus estudios literarios, porque Olaguíbel poseía una librería magnífica y era muy dado á las bellas letras.

Después de muchos años quedaron como preciosas tradiciones en el colegio, las aventuras, chistes y arbitrios de Vallecito, por que la administración de Santa-Anna cayó. La reacción de 35 y 36 le sepultó en lo

más hondo de la miseria hasta lo hiperbólico y lo increíble, y Vallecito ocurrió entonces á su privilegiado ingenio para empezar su lucha por la vida.

Referíanse sus amistades con los legos dominicos que le dieron la industria de los sermones, en que blasfemó de lo lindo á dúo con mi respetable persona.

Se contaba su compra de un caballo para establecer un consultorio ambulante de los indios, cuyo caballo perdió el juicio de hambre y le encontró Valle paseándose en la caballeriza como hablando sólo, con la crin alborotada de la frente, y Guillermo le dió su bendición y libertad.

Referíame sus pactos secretos con otros chicos para fingir riñas, porque las damas, objeto de los rendidos galanteos, eran belicosas..... y como lo creían veraz se apaleaban y olvidaban el pacto, saliendo desportillado y contuso.

Contábase, con mil circunstancias, cómo Valle, de unos trozos de azúcar purificada, persuadió un invento que vendió á elevado precio desenlazándose el engaño á gritos y á sombrerazos.

Cómo solicitó un cómplice para cautivar el corazón de una estanquera á quien electrizaba en prosa y verso, y el cómplice, entusiasmado, arremetía con puchas, rodeos y conservas que hicieron quebrar la negociación del adorado tormento.

Todo lo dicho, la bondad, la gracia y el saber de Vallecito le hacían importante personaje.

A Valle debí la amistad con el Sr. Olaguíbel, que fué

mi generoso protector en todas épocas y por quien conservo recuerdos de ternura filial ¡Jamás la bondad encontró personificación más seductora que en Olaguíbel!

Vallecito conservó siempre su gracia y su gratitud á Santa-Anna.

Cuando de resultas del 6 de Diciembre de 1845 se formó causa á Santa-Anna y sus Ministros, Valle era individuo de la sección del Jurado en la Cámara de Diputados.

Las pasiones ardían, el huracán del odio á la dictadura todo pretendía arrollarlo, y se instaba á la Cámara por la terminación de la causa para apagar la sed de reivindicación que agitaba al pueblo.

Pero la causa no marchaba y se repetían las sesiones secretas para echar en cara al Gran Jurado su morosidad.

Entre los agitadores de la conclusión de la causa había un médico distinguido de Michoacán: tuerto, de arrogante palabra, carnes enjutas y actividad inextinguible; llamábase González Urueña.

Este señor diputado pidió una sesión secreta, inculpó al Gran Jurado por sus moratorias en términos vehementes, y en el colmo de su enojo dijo que no le extrañaba lo que sucedía, porque Valle era hijo de Santa-Anna y que había hecho mal en no excusarse de conocer en aquella causa.

Entonces Valle pidió la palabra.....

La Cámara quedó silenciosa como un sepulcro, Valle

se levantó grave.....guardó silencio unos momentos en medio de la atención universal y dijo:

—"La aseveración del Sr. González Urueña ya la había yo oído; pero jamás le había dado crédito por mi origen, por la fecha de mi nacimiento, por miles de circunstancias... pero ahora que lo afirma el Sr. González Urueña, dudo.....¿y quiere saber la Cámara por qué dudo?.....¿Lo permite la Cámara?.....¿Me atrevo á decirlo?.....

Una voz.....¿por qué?.....

—Porque el Sr. González Urueña tiene un ojo en el mundo y otro en la eternidad.

Estalló una carcajada universal y no hubo más remedio que levantar la sesión.

Tienen mis lectores idea de mi vida; pero les ruego no olviden tres fases: mi adoración por la señora mi madre y mis horas de lágrimas y miseria á su lado; mis paseos en barrios y calzadas, delirando, hablando sólo, lanzándome á un mundo imaginario lleno de tierna poesía, cobrando cierta vida mis ensueños, cierto acento las voces interiores de mi alma, cierta realidad mis aspiraciones indeterminadas, informes pero luminosas y puras como vuelo de estrella fatua en una noche tibia y apasible que duerme bajo el infinito.

Por último mi amor inmenso á los pobres, porque mis bienhechoras eran *costureras;* porque mi *Nana* me buscaba con afán solícito para llevarme dulces y bizcochos; porque mi *tata*, que era zapatero, al realizar su calzado llevaba á mi madre sus pobres obsequios; por-

que el niño del Molino era mimado y reverenciado; porque las costurerillas mis amigas, lloraban con mis penas, aseaban mi casa, cosían y curaban á mi madre, y cuando en un fandango me presentaban, era yo objeto de tiernas atenciones y les pagaba en alegría, en versos y expansiones todo lo que recibía de ellas en ternura y cariño.

Después del laberinto de divagaciones por que acabo de atravesar, necesito fijar la atención de mis lectores para recordarles que están reviviendo mis recuerdos de 1833.

Era el año horriblemente memorable del *Cólera Morbo*.

Había pasado la fugaz presidencia de Pedraza, de quien se dice que él mismo se concedió su licencia absoluta para dar ejemplo á generales que de nada servían.

Había visto México llenas sus prisiones y conducidos en cuerda los hombres más notables por la persecución política.

Los pronunciamientos de Escalada, Durán y Arista todo había pasado sin preocuparme.

Lo que dejó imborrable impresión en mi espíritu fué la terrible invasión del cólera en aquel año.

Las calles silenciosas y desiertas en que resonaban á distancia los pasos precipitados de alguno que corría en pos de auxilios; las banderolas amarillas, negras y blancas que servían de aviso de la enfermedad, de médicos, sacerdotes y casas de caridad; las boticas apretadas de gente; los templos con las puertas abiertas de

par en par con mil luces en los altares, la gente arrodillada con los brazos en cruz y derramando lágrimas .... A gran distancia el chirrido lúgubre de carros que atravesaban llenos de cadáveres .... todo eso se reproduce hoy en mi memoria con colores vivísimos y me hace estremecer.

¡De cuántas escenas desgarradoras fuí testigo!

Aun recuerdo haber penetrado en una casa, por el entonces barrio de la Lagunilla, que tendría como treinta cuartos, todos vacíos, con las puertas que cerraba y abría el viento, abandonados muebles y trastos .... espantosa soledad y silencio como si se hubiese encomendado su custodia al terror de la muerte.

No olvidaré nunca el doloroso espectáculo que ofreció á mis ojos una madre que acababa de expirar en un gemido postrero, con el que despertó de su sueño en la cuna á una niña bella como arcángel, que riendo y traviesa jugaba con la cabellera profusa de la madre muerta! ....

De tal manera dominaba el pánico, que se anunció que un sabio, que vivía en el Puente de San Francisco número 4, había descubierto un parche que era preservativo infalible de la epidemia; esta medicina se atribuía á un químico, D. Manuel Herrera.

La gente se agolpó de un modo tan ansioso y tumultuoso por aquel *fiat* de salvación de vida, que fué forzoso poner guardias numerosos en la casa del Sr. Herrera para evitar un desastre; pero caten Uds. ahí que el día menos pensado derrama en son de chisme, pu-

blica avisos, pega en las esquinas papeles y esparce alarmas alguien afirmando que los parches eran segurísimos pasaportes para la eternidad.

Al siguiente día de este pánico las calles amanecieron blanqueando como una terrible nevada. Eran los parches que se habían arrancado del cuerpo las gentes.

El pánico había invadido los ánimos, de manera que estaban en juego las medicinas y procedimientos más contradictorios.

A una mujer del pueblo ordenó el Dr. Alarcón una sangría; la mujer interpretó la medicina tomándose un vaso de sangría y el resultado fué magnífico; el médico pedía la sangre y ella le decía que había dejado el vaso vacío.

El Gobernador, que lo era el Sr. Gral. Martínez (*a*) *Macaco*, fulminó un bando con tremendas prohibiciones á las frutas, los figones y comestibles; en ese bando hay un anatema contra los *chiles rellenos* que escalofría.

Contaba mi maestro Cardoso, con su inagotable chiste, que atravesando un día por la calle del Espíritu Santo, vió á un cochero tendido á la larga en el pescante devorando una chirimoya que no le cabía en las dos manos. A su lado y parada en el suelo estaba su mujer.

Mi maestro, ardiendo en santa caridad, dijo al cochero:

—¡Bárbaro! ¿No vez que te suicidas? ¿No conoces que esa fruta te abre el sepulcro y te lleva á la condenación eterna?

Absorto quedó el auriga con el apóstrofe; á medida

que mi maestro hablaba, bajaba la mano, se limpiaba los labios y suspiraba contrito.

Cuando mi maestro dejó de hablar, exclamó el cochero: es cierto señor amo, no lo vuelvo á hacer; y volviéndose á su mujer continuó: Tomátela, tú, mi alma, dando á su mujer la fruta homicida.

Los panteones de Santiago Tlatelolco, San Lázaro, el Caballete y otros, rebosaban en cadáveres: de los accesos de terror, de los alaridos de duelo se pasaba en aquellos lugares á las alegrías locas y á las escenas de escandalosa orgía interrumpida por cantos lúgubres y por ceremonias religiosas.

En el interior de las casas todo eran fumigaciones, riegos de vinagre y cloruro, calabazas con vinagre detrás de las puertas, la cazuela solitaria del arroz y la parrilla en el brasero, y frente á los santos, velas encendidas.

Era una tarde del mes de Agosto. Por medida higiénica todo el equipo de la casa aun estaba en el corredor, cabalgando en sendos mecates ó reclinado en inseguras sillas. Mi hermano y yo estábamos ausentes. Mi señora madre medio paralítica cuidaba la casa.

Cuando menos se pensaba se descolgó un aguacero estupendo, corrían las canales, se inundaron las calles, y en breves instantes tomó la ciudad el aspecto de lago profundo.

Colchones, sábanas, lienzos de todo género y cobertores de todas clases se empaparon sin que se pudiese remediar.

Cuando penetré en la casa escurriendo el agua y convertidas en lagos y canales las arrugas de mi vestido, mi señora madre estaba á obscuras y sin darse cuenta de lo grave de la situación. La primera de las necesidades era tener luz, que era mucho muy árdua tal empresa, que suponía lumbre, pajuela, buen pulmón y pulso firme.

Eso de cambiarme ropa, empresa era que tocaba el imposible..... y *ante omnia* vela ó lámpara que encender.

Entre lamentos y discusiones pasó el tiempo y después de la *queda*, hora en que se cerraban al toque de la campana mayor las casas de vecindad y el comercio todo, oímos en el zaguán unos toques ya acelerados, ya débiles que nos sobresaltaron.

Era mi hermano, conducido por unas personas caritativas, gravemente atacado del cólera.

¿A quién clamar? ¿A quién acudir en aquella lóbrega noche que añadía horror á los horrores de la muerte que por todas partes nos cercaba? Casi sin luz por lo muy exigua que daba la enana y única bujía, sin lumbre en el brasero, sin ropa con que cubrir al moribundo, ni que mudarnos nosotros, veíamos aquellos ojos brillantes y hundidos, aquel color anheloso que pintaban las facciones, aquellos gestos espantosos que producían los calambres manifestados en contracciones indescribibles.

Tendimos el cuerpo de mi hermano, nos acurrucamos contra él medio desnudo, y nuestra respiración con-

gojosa fué su abrigo y las copiosas lágrimas de mi madre su sola medicina. Entre aquel sollozar y aquellas aclamaciones á la Providencia Divina cuando vibraba sobre nosotros la amenaza de muerte, el enfermo repentinamente se rehace, se incorpora, nos separa de su lado, se arrodilla y con acento sonoro y triunfal exclama: "Creo en Dios Padre."

Mi madre y yo seguimos la oración fervorosa que en mi espíritu se reproducía como un cántico de resurrección . . . .

¿Y que haya animales que me supongan *incrédulo*?

Al siguiente día esperaba yo á la entrada de Catedral al Sr. Dr. Barrientos con un disparatado soneto en la mano, alusivo á la epidemia que nos afligía.

Era el Dr. Barrientos clérigo de grandes polendas, chiquitín, afable, de ojos pequeños, pero dulces y penetrantes y hombre de suma bondad; acerquéme á él, le dije que quería que revisase mi verso, y se entró á la oficina del Sagrario con mi soneto en las manos.

Lo veía y reveía, me miraba la cara con duda extrema, y al fin me dijo:

—Ahí tienes papel y tinta, haz otro para el Señor de Sta. Teresa que saldrá mañana en procesión.

Al sordo se lo dijeron, y en menos que canta un gallo, zurcí un sonetazo de chuparse los dedos.

El Sr. Barrientos mostró gran contento, me preguntó mi nombre, me ofreció su casa y me dió para dulces, quedándose con los sonetos y siendo en lo futuro mi favorecedor.

Dos días después en todas las puertas de las iglesias con mi nombre al calce y concesiones de gracias é indulgencias estaban mis sonetos impresos, levantándome á mí, que los veía, al quinto cielo de la dicha y queriendo decir á cuantos pasaban y veían los versos: "ese Sancho Panza gracioso soy yo."

Aquella fué mi primera publicación.

Respecto á la cosa pública, que era por entonces lo menos de mi cuidado, oía como entrecortados rumores los nombres de Santa-Anna y de Farías que ocupaban alternativamente el poder, como dos empresarios de compañías teatrales, el uno con su comitiva de soldados baladrones é ignorantes, tahures y agiotistas desaliñados, y el otro con algunos eminentes liberales; pero con su cauda de masones, de patrioteros anárquicos y de gente de acción que era un hormiguero de demonios; pero eso sí, cada uno con su Virgen de Guadalupe y su plan de regeneración entre cuero y carne.

Las escenas, resultados de la expulsión de españoles aun se sucedían, desgarrando el corazón de las familias, mutilándolas, sembrando por todas partes el duelo y la consternación.

En mi familia y bastante allegados había varios españoles; uno entre todos, noble y generoso sobre toda ponderación, vino al país oliendo á brea, casi sin calzado y con la guitarra al hombro cantando la *cachucha* y el *trágala;* se enamoró de una parienta mía de opulenta fortuna, formó caudal inmenso á fuerza de tra-

bajo y de talento y su casa fué un manantial de caridad y de ternura para los pobres.

Español de pan, pan; vino, vino, con su estribillo de *taca* y *barraca*, solazándose en el juego de pelota, comiendo bacalao y gazpacho, bebiendo *Cascarrón ó de la Rioja;* tenía su corazón en la mano y nunca un infortunio que llegara á su conocimiento dejaba de tener consuelo, prodigándolo con las lágrimas en los ojos y soltando cada mala palabra que escarapelaba el cuerpo.

A la noticia de su partida se llenó su casa de gente menesterosa, de sus dependientes y peones del campo y de indios, que eran sus compadres, sus amigos y favorecidos.

El, lleno de angustia se despedía de todos; los niños se abrazaban de sus rodillas, y querían besar sus manos los indios que le amaban.

Sólo llevó consigo y dejó arreglado lo muy preciso para su subsistencia, dejando su caudal á establecimientos de caridad del país, con excepción de tres mil pesos con que mandó hacer y transportar una campana colosal para su pueblo, campana que no pudo soportar la raquítica torre de su aldea de la montaña.

La expulsión de españoles fué una medida á todas luces bárbara y ruinosa para el país.

Estos cuadros, las prisiones llenas de personajes eminentes como Bustamante, Molinos del Campo, etc. etc. la prensa haciendo en estilo vehemente sus revelaciones sobre la conducta del clero, el despertar al análisis de sus intrigas y *cábalas* traidoras, y el cólera cirnién-

dose como un buitre sobre la capital llena de terror, formaban un conjunto que no puede traducir en palabras mi imaginación.

Los pocos momentos de desahogo que me dejaban mis aperreados estudios, la oficina, la curación de mi madre y atenciones de mi casa, los abandonaba como al acaso, *para flotar* como yo mismo decía, entre mis instintos callejeros, mi amor á la poesía, el cultivo de las graves relaciones de mis maestros y de las monjas amigas de mi mamá que eran mi delicia, por su mismo encogimiento y disonancia en el resto de mis relaciones.

Había entonces en el Portal de Agustinos un cafecito característico que se llamaba *Café del Sur* y aquel formaba como la crema, la sinopsis y la exposición perpetua de lo que había de mejor y más granado de nuestra sociedad.

Era una pieza como de ocho varas en cuadro con sus dos puertas al portal, su gran farol entre las dos puertas y en uno de los vidrios el rubro de *Café del Sur* con letras encarnadas.

Entre el humo espeso de cigarros y puros que obscurecía la pieza, se distinguían mesillas pequeñas de palo ordinario pintadas de pardo con su cubierta de hule con tachuelas de latón, y sus sillas de tule al rededor, de las llamadas entonces de peras y manzanas.

En el fondo de la pieza se percibía el despacho en un desmantelado armazón y su mostrador competentemente provisto de vasos y copas, charolas de hoja-

lata, un gran tompeate con azúcar, azucareras á guisa de marmajeras, y en hileras simétricas, roscas y bizcochos de todas clases, sin confundirse con tostadas y molletes que eran panes de más privilegiado consumo.

La concurrencia era consecuente con aquel pobre aunque pretensioso mueblaje.

Militares retirados y en servicio, tahures en asueto, vagos consuetudinarios, abogados sin bufete, politiqueros sin ocupación, clérigos mundanos y residuos de covachuelas, sacristías, garitos y juzgados civiles y criminales.

No faltaba de vez en cuando su fraile silencioso en una mesa retirada, ni su grupo de payos, con el señor de calzoneras y botonadura de plata, la señora con su rebozo de Tulancingo y su enagua de indiana inglesa, seis nenes arrodillados en las sillas, la criada separada de la mesa entre canastos y envoltorios y dos ó tres canes consentidos, azorados de verse en tan extraño lugar.

Al rededor de las mesillas centrales se veían los tertulianos más perennes, clasificándose por sí los concurrentes según su categoría, relaciones ó gustos, bien políticos, bien literarios, bien militares, bien de pura crónica escandalosa, ó ancianos charladores apologistas de su tiempo, que resfrescaban sus recuerdos con sendos tragos de catalán puro.

Ved aquella mesita: En ella lleva la palabra el Sr. Palacios Lanzagorta, hijo de uno de los ilustres compañeros del Sr. Cura Hidalgo; vedlo con su sorbete des-

lustrado, pálido, desdentado, medio torcido, de ideas avanzadísimas, entusiasta por Farías y sus disposiciones sobre votos monásticos, diezmos y plan de instrucción publica.

Secunda sus ideas un Lic. Borja, repugnante y mugroso, con un labio plegado por una cicatriz adquirida en las guerras del callejero amor.

Ese licenciado blasfema y arremete contra frailes, monjas, mayordomos y cofradías, ensalzando á Zavala, poniendo por los cielos á Rocafuerte, y citando á cada instante á Voltaire, á Pigault-Lebrun y á D'Alambert.

Desamortización, tolerancia de cultos, milicia cívica, libertad de comercio, todo se discutía entre contradicciones y aplausos exagerados, oyendo la mayoría con la boca abierta á los *cabezones*, como se llamaba á los hombres de talento.

Otra mesilla era de literatos en que solía llevar la voz un capitán Antepana, apuesto y fino, sincero admirador del divino Tagle, de Fray Manuel Navarrete, de Couto, y Carpio.

Mantenían la discusión el capitán Amat que sabía de memoria las poesías del Padre Ochoa y de Barquera, Sierra y Rosso y un Sr. Pérez Rivas que era un *alfolí* de chistes, anécdotas y particularidades mil de improvisadores estupendos, desde los Villaseñores hasta Ventimilla, Rafael Heredia y Guerra Manzanares Antonio.

Aquella mesilla del rincón aloja á la gente de trueno; se habla allí de valientes y calaveras; toreros y gente de teatro; músicos, cantantes y bailarinas; jugadores de

pelota y tahures arriesgados; se voceaba en son de guerra; se daban palmadas en la mesa, y de vez en cuando volaba una charola ó una silla sobre la cabeza de los interlocutores.

¿Pero cómo no embobarse oyendo las hazañas de Pepe Miñón, cuando colgó á un lego importuno de su balcón y lo subía y lo bajaba entre las risas universales?

¿Quién dejaba de aplaudir á Félix Merino, cuando llevó la máscara de monjas y frailes á la misma casa del Provisor?

¿Quién no describía con colores brillantes la zambra de Barberi en la procesión de Tlatelolco?

Cuando se hablaba de toros, se asistía á una revista concienzuda en que figuraba en primer término, como picador, el atlético Vicente Avila, del chusco compadrito, no obstante faltarle tres dedos de una mano; de Mariano (la Monja) largo y angosto como riel moderno; de *Caparatas*, alborotador y valiente, y sobre todo de Don Javier Heras, gachupincillo rico, aficionado á los bichos, que disponía toros de once y jamaicas, montes parnasos y palos ensebados, y que acabó por hacerse el creador y el empresario de la Plaza de Necatitlán.

Allí, por supuesto, que se agotaba ese *frasisismo* delicioso de volapiés y trascuernos, de capa larga y muletilla corta y de todo ese riquísimo vocabulario del arte de Pepe-Hillo, de Blanco y de Cúchares.

Más facultativo tenía que ser el círculo de gente de teatro, no sólo por precederle una tradición magnífica en que figuraban Luciano Cortés, Prieto y Garay, sino

porque Moratín había despertado el buen gusto de la comedia, porque Prieto era consumado actor y porque Amador y la Agustina Montenegro poseían dotes eminentes que ni el mismo mal gusto que las desfiguraba podía hacerlas despreciables.

Amador era persona de distinguida familia, de presencia gallardísima, había hecho buenos estudios y tenia modales finísimos, recitaba los versos con dulzura encantadora: yo recuerdo que ciertas décimas *de la Vida es Sueño* de Calderón siempre las repetía por instancias del público tres y cuatro veces.

Agustina era pequeña de cuerpo, regorda y chata, con los ojos más divinos que puede soñar capense enamorado. Representaba «A la Vejez Viruelas,» de Bretón, á las mil maravillas.

Respecto de cantantes, los primeros albores de la ópera habían destronado totalmente á la Chata Murguía y á Rocamora, y sólo ciertos apasionados empedernidos seguían ensalzando *La Patera*, *Los Hidalgos de Medellín* y *El Trípoli*.

Todavía, lamiéndose los bigotes, repetían los viejos la tonadilla que decía:

«Los muchachos de estos tiempos
Son como el atole frío....
Perdidos de enamorados
Y el estómago vacío.»

O la otra que cantaba Rocamora:

«Las muchachas de estos tiempos
Son como las aceitunas:
Las que parecen más verdes
Suelen ser las más maduras.»

Aun quedaban defensores de los coloquios y pastorelas, y sobre todo de las comedias de magia.

Aquella vista de teatro en *Juana la Rabicortona* era primorosa; todos los palcos con sus muñequitos de movimiento muy apuestos y muy al natural, y cuando el caso lo requería, mil figuritas con sus sombreros, abanicos y pañuelos se ponían de pie, agitaban las manos y saludaban á la milagrosa *Juana* que atravesaba el foro en marcha triunfal.

Aquello era de perecerse de júbilo y asombro; los chicos palmoteaban y se salían de sus asientos haciendo cabriolas, y la concurrencia aplaudía enloquecida de contento.

De otro género, pero verdadero y profundo, era el asombro producido por la Pellegrini y por Castillo, por Murati, canoro y melodioso como un ruiseñor; de Galli, que, aunque en su decadencia, era aventajadísimo y consumado como actor, y de todos los precursores de la grande Opera que vino con la Albini el año de 1836, que importó en México D. Joaquín Patiño y organizó D. Manuel E. Goroztiza.

Los filarmónicos del grupo que me ocupa no dejaban de citar, cuando el caso lo requería, á Gómez y á Elízaga, organistas y pianistas ilustres; á Salot, que infundía á la trompa acentos angélicos; á Siméon Vivian que convertía en arrullo la charla del clarinete; á Hermosilla, que remedaba en la flauta el cascajear del labriego y el requiebro de la tórtola, á Goyo y Caballero, violinistas, que fueron admiración de los maestros europeos.

Los bailarines tenían amplísimo campo para sus charlas, no sólo por tratarse de maestros de gran mérito, como el bicho Morales, Águila, Isabel Rendón y la Gamborini, sino porque los *grandes bailes* de la Pautret produjeron una verdadera revolución; los periódicos revolvieron diccionarios y archivos para estar desde el baile de David frente al aria; las bandurrias poéticas se hicieron rajas y el vehemente Heredia, en inspirado acento, inmortalizó las gracias de la María Pautret, revistiendo con los encantos de Frinea á la Tersípcore Francesa.

Tan sabrosa plática que tanto se presta á los episodios de la crónica escandalosa, como los próceres cortejos en aquella época de actrices y bailarinas afamadas, paseos, días de campo, y discípulas de los grandes maestros de baile que se lucían en el *bolero* y en el *baile inglés*, eran sucedidas por las relaciones de partidos de pelota de *chacual* y guante en el dilatado juego de San Camilo, en que brillaban Peritas y el tuerto Echartea, hombres del bajo pueblo, y competían con ellos capitalistas como Rebul, personajes como Irizarri y el canónigo Verdugo; y Reverendos padres como el padre Peralta de San Agustín, sin olvidar ni al cacarizo Torres, ni á mi tío D. Manuel Rodríguez, opulento comerciante de ropa.

De todo esto y mucho más se hablaba y discutía en el *Café del Sur*, sin dejarse de sazonar los variados platillos de las conversaciones con cuentos picarescos y llenos de sal y pimienta, para los que se pintaban Pé-

rez Palacios y el agudísimo Diego Correa, el padre Orcillez y Villavicencio, que escribía con el nombre de El *Payo del Rosario.*

No cesaba, entretanto, el trajín de los criados mugrosos, desaseados, con enmarañados cabellos, mangas de camisa remangadas, delantales con bolsones en que sonaban las cucharillas del café, y sus útiles en las manos, ni cesaba un punto el ruido huecoso de las fichas del dominó, del que tenían cuidado de apartarse los grandes jugadores de ajedrez ó de damas, entre los que sobresalían Cariglón, Rodríguez y algún barbero ó boticario.

Los periódicos en el café circulaban en corto número, pero tenían gran voga: «El Demócrata,» «El Fénix,» «El Mono» y algún otro. Quedando recuerdos vivísimos de «El Toro,» «El Quebranta Huesos» y los folletos que redactaba D. Francisco Ibar, que escribía, lo mismo que Dávila, el autor del «Toro,» con ponzoña de alacranes y sangrientísimas personalidades.

Al autor de «El Toro» lo conocí: llamábse D. Rafael Dávila, y tenía por sobrenombre *rata parida.* Era alto de cuerpo y enjuto de carnes, pálido al extremo, frentón, de pobladas cejas y ojos negros hundidos provocativos y brillantes; era escaso en palabras y parecía poseído de mal humor constante.

Cuando hablaba era incisivo y gracioso, salpicando de anécdotas y estaciones de crónica escandalosa su conversación.

En resumidas cuentas, el cafecito era un gran libro

y el primer motivo de reflexiones profundas de la sociedad que percibía desconocido y como entre bastidores.

La «Gran Sociedad,» que se encontraba como ahora, en la esquina del Espíritu Santo, extendiéndose hasta la calle del Coliseo, era de D. Diego Ramón Somera, y el que llamaremos hotel, estaba dividido en cuatro secciones, que eran café, billares, nevería y hospedaje; este último departamento ofrecía la particularidad de tener colchones, útil desconocido en mesones y posadas comunes.

«La Gran Sociedad» era lugar de cita de la gente más acomodada, como comerciantes, ricos, empleados de categoría, jefes del ejército, hacendados ociosos, tahures de renombre, que se mezclaban sin escrúpulo con cómicos y danzantes; caballeros de industria y niños de casa grande, como se les llamaba, holgazanes y prostituídos.

En los billares los campeones invencibles eran Gallo y Royuela.

El café de Veroli, hoy *Café Inglés*, hacía competencia á «La Gran Sociedad.»

Había otros lugares muy concurridos, y eran las fondas ó figones que ofrecían dos grandes divisiones: uno como externos ó plebeyos, pero en los que se mezclaban sin distinción toda clase de personas; otros centrales en que se solía guardar mayor circunspección.

Los primeros solían estar en barrios apartados, al abrigo de una pulquería famosa, como «Las Cañitas,»

«Los Pelos,» por San Pablo; junto al «Diamante,» fonda situada en la calle de Regina; «Nana Rosa,» por el paseo de la Viga, y «Tío Aguirre» en las inmediaciones de Santiago Tlatelolco.

Las otras eran fondas centrales, como la del callejón de Bilbao; «Las Colas,» en la calle de Cordobanes, y el famoso «Arzobispado» de la calle de las Damas, que era nocturna y atraía gran concurrencia por sus sabrosísimos *peneques* y sus pulques curados ó confeccionados con piña, tuna, almendra, apio y otros brevajes. Al director de escena de esa fonda le llamaban «Don Frijoles.»

Había otra fondita puramente nocturna, con aspecto de excusado, pero característica; era la fondita de la guardacasa del teatro; piecesita sucia y desmantelada, con su brasero casi á la entrada, su candil de aceite, sus mesas angostas como mostrador y sus bancos de palo blanco.

La fondita se llamaba de «La Madrina,» que era una vieja encorvada, de piel de nuez y enmarañado pelo; pero lista, bullanguera y desvergonzada como ella sola.

En aquella fonda sólo se servía pollo asado con ensalada, chiles rellenos, mole y unos frijoles refritos en cazuelillas pequeñas y como con dedicación especial.

En aquel tugurio, entre humo y firme olor de cochambre y apreturas, se veían gentes de trueno, encopetados personajes, místers y próceres, en la más estupenda concordia, y de allí se servían cenas á algunas señoras

de los palcos, que daban bonitamente la espalda al público en los entreactos y engullían de lo lindo, presentándose de nuevo en sus asientos, como si dijéramos, lamiéndose los bigotes.

El populacho vil tenía sus fondas ó comedores al aire libre en el callejón de los «Agachados,» en el tránsito de Portacœli y Balvanera, y allí gente sucia y medio desnuda, en cuclillas ó de plano, hervía al rededor de cazuelones profundos, con piélagos de moles, arvejones, habas, frijoles y carnes anónimas é indescriptibles, no para recordadas por los racionales.

Pero lo característico para dar conocimiento del populacho de México, populacho salpicado de frailes y y soldados, toreros, calaveras y niños *alegres* de la gente rica, eran las pulquerías situadas en los suburbios, como «La Nana,» «Los Pelos,» «Don Toribio,» «Celaya,» etc.

La pulquería era realmente un extenso jacalón de tejamanil, en forma de caballete, de treinta varas de largo por catorce de ancho, sostenido por vigones que tenían base ó sustentáculo de piedra.

Tres de los lados de este jacalón daban al aire libre, y en el fondo había un respaldón triangular donde tenía su asiento la negociación.

En uno de los lados de este triángulo estaba formado un gran cuarto de gruesos tablones, con mesas corridas y asientos, y cerca de la puerta, con vista al gran salón, el puesto de la *enchiladera*.

Al pie del triángulo ó gran cabecera que hemos des-

crito, se levantaban tres ó cuatro tinas de pulque, pintarrajeadas en su exterior y condecoradas con nombres propios como «La Madre Venus,» «El de los Fuertes,» «Fierabrás,» etc., etc., dominando las tinas; tendidas repisas en que había vasos verdes y de pepita, cubos de palo, cajetes y cántaros porosos.

El suelo del salón, de pura tierra, se hallaba perfectamente pisoneado, terraplenado y apto para jugar rayuela, con los macizos *tejos* de bronce que se usaban entonces para el efecto, y para jugar *tuta* y la *pitrina*, que exige el riego de monedas por el suelo.

A los pilares se ataban los caballos de los concurrentes ecuestres y solían á los mismos sujetarse gallos que atronaban con sus gritos el recinto.

Hombres, mujeres, chicos, matanceros, toreros, frazadas, esclavinas, barraganes y chaquetas, se revolvían formando remolino inquieto, en que el grito, la injuria, la desvergüenza, la carcajada y la blasfemia, brotaban sin cesar, alimentando el fervor cajetes, vasos y tinas del licor embriagante de Xochitl.

Al rededor de la enchiladera se agolpaba aun más inquieta la abigarrada concurrencia.

Pero lo supremo, lo tormentoso, lo matizado de todos los colores, el gran mosaico popular, se reservaba para el cuartito de tablas; el músico y el capellán de tropa, el fraile copetón y decidor, el ranchero ladino, el lépero resabioso y tremendo, el puñal y la daga, la bandola y la baraja; en una palabra, todos los útiles para el desempeño fácil y entusiasta de los pecados capitales.

Se cantaban canciones obscenas, se jugaban albures con barajas *floreadas*, se hacía campo á las bailadoras del *dormido* y *del malcriado;* en una palabra, se daba gusto Satanás en aquel conjunto privilegiado por su estimación y cariño.

Lucían entonces para el militar los deslumbradores entorchados y las pintorescas charreteras; el fraile lucía los pañuelos de puntas de chaquira hechos por las delicadas manos de las hijas de confesión; el juez ostentaba su bastón con borlas; los catrines sus vuelos encarrujados y sus dolmanes con alamares; los charros sus cueros ricamente bordados, y las chinas sus encarnados castores sembrados de lentejuelas como estrellas, sus puntas enchiladas y sus zapatitos color de esmeralda, con mancuernas de oro y palabaja á raíz de la piel de piñón.

Había también sus fondas ó bodegones al aire libre en el Portal de las Flores, bajo los arcos del portal, consistentes en una mesilla con su mantel, de dudosa pureza; su farolillo de papel, platos y vasos, y los manjares y sus accesorios en golosa exposición; en uno de los extremos de la mesa había un anafe con lumbre, coronado de una cazuela enorme en que armaba escándalo perenne la manteca.

Al lado de la manteca estaba estacionado, con su delantal de brin, su sombrero de palma y las mangas de la camisa remangadas, el pregonero despachador, socio ó propietario de la portátil negociación, clamando en son de canto continuamente: «Chorizones, pollo, fiam-

bre; pasen á merendar... Un vaso de pulque de piña.»

Los concurrentes y consumidores se sentaban en el quicio de las puertas, ó en petates tendidos en el suelo; allí engullían, carcajeaban y tenían solaces de banquete, no sólo la gente humilde y de baja clase, sino el medio pelo presuntuoso, los payos pudientes y los ricachos no envanecidos con una caprichosa fortuna.

Solían acaso verse en algunas esquinas, colosales ollones con una luminaria al costado, despidiendo chufas, sirviendo la cavidad de la olla de horno de pasteles y empanadas, que también anunciaba un tiznado y enmarañado vendedor, gritando desaforadamente:

«¡A cenar!.... ¡A cenar! Pastelitos y empanadas. ¡Pasen, pasen á cenar!!....»

Los gustos alternaban á veces, y servían de estribillos á viejos indecentes que eran la delicia de la *gente del bronce.*

El colegio, en mi calidad de alegre y desplanado capense; la aduana, en mi categoría de meritorio despavilado y ladino; la calle, con mi investidura de trovador callejero, eran las tres faces de mi aperreada existencia, que bien podía tacharse de pobre y aventurera; pero de ninguna manera de monótona.

El rector de mi colegio (San Juan de Letrán) era el Dr. D. José María Iturralde, personaje de gran representación política. tenido por sabio y hombre de gran elasticidad para el manejo de los negocios mundanos, no obstante estar ordenado de evangelio, es decir, graduado de sacerdote.

En esa época estaba cuasi ciego; pero eso no le impedía fomentar é introducir estudios mucho más avanzados que los de los otros establecimientos.

Atendíanse las ciencias matemáticas, la lógica de Condillac; pero como texto, el derecho natural de Harens; allí sostuvo sus primeras campañas contra la suspicacia clerical, enseñado por D. Juan J. de la Garza, en 1850, cuando aun no se recibía de abogado.

Desgraciadamente la parte administrativa del colegio no tenía los mismos connatos de adelanto, ya porque la escasez del erario arreciaba, ya porque el corazón del rector era combustible como el fósforo, y hospitalario como héroe de cuento árabe, tratándose del bello sexo.

Aquella inclinación y la falta de vista, hacía que las ovejas de aquel pastor no se le alejasen, como exigía la gravedad de su cargo de director y ejemplo de la juventud.

El ajuar de salones y cátedras era desastrado; los útiles para la enseñanza eran inenarrables; no se conocía ni una esfera, ni una máquina eléctrica ni por un ojo de la cara; y por supuesto que han quedado como típicos de la época, aquellos fideos que culebreaban aislados en lagos de grasa; aquellas carnes que rebotaban en el plato como hule; aquellos frijoles que pedían á la caoba su color y dureza.

Y no obstante lo que apunto, y en materia de desgobierno y desbarato, me callo; tenía mi colegio cierto viso de civilización adelantada, cierta propensión al

cultivo de la buena literatura, cierta tendencia á las discusiones políticas, en el sentido liberal, y sobre todo, ciertos colegiales notables por su talento y erudición que lo hacían un establecimiento realmente progresista.

Y ahora que de progreso se trata, recuerdo que en uno de los días de ese año de 1833, y pasando por la calle de Zuleta, me llamó la atención un grupo de gente que se apiñaba curiosa á la puerta de un amplio zaguán, y mirando para un gran patio; penetré con trabajo, y quedé sorprendido á la vista de una maquinita pequeña con figura como de cilindro con ruedas que recorría sola, y como por milagro, el cuadrado de rieles puestos en el suelo del patio. Era el ferrocarril acabado de descubrir en Inglaterra, y traído á México en miniatura, no recuerdo por quién. ¿Quién había de presumir siquiera la revolución estupenda que iba á operar aquel juguete en la humanidad?

El perpetuo deterioro de mi equipo, mi exagerado orgullo, ó lo que me atraían y entretenían las costumbres del bajo pueblo, me llevaban por barrios y vericuetos, por los lugares más apartados y desconocidos de la sociedad.

Muy mal parada y desatendida está la pobrecilla Sultana de los lagos, como llaman los poetas; pero en aquella época ofrecía en sus barrios espectáculos bárbaros y repugnantes.

No hay colores para pintar por la parte Oriente *aquel Juil*, *aquel Puente del Pipis*, aquellos alrededores

de la Candelarita, con sus ciénagas inmundas, sus prados de verde yerba, con sus hombres tendidos en ella y reclinados en las faldas de sus mujeres, entre lluvias de harapos ó parodiando insolentes á nuestros primeros padres; aquella Espalda de la Soledad de Santa Cruz y avenida de la Santa Escuela.

Al opuesto lado, la lóbrega plazuela de Mixcalco, con su triste tradición de los ahorcados.

Zanjas rebosando inmundicia, anchos caños sembrados de restos de comida, ratas despachurradas y algún can sacando los dientes, muerto, reventado por la cabalonga; muladares, ruinas de adobe.... en medio de un llano; San Lázaro con su capilla humilde y sus enfermos carcomidos, y dejando sus huesos al descubierto con sus ojos espantados ribeteados de encarnado.

Siguiendo al Norte: remolino de callejones, casucas en fuga, puertas enanas, ventanas maliciosas con atolerías obscuras llenas de humo, con el envigado casi flotando en aguas pútridas; mujeres medio desnudas sobre el metate, muchachos en cueros vivos gateando ó arrastrándose, jaurías de perros sarnosos, hambrientos, era como la degradación del aduar.

Avanzando, estaban los alrededores de la capilla de Manzanares, que hizo célebre Garatuza, y la encrucijada de «Pita Azul,» nidos del tifo, escondite de los hijos sacrílegos y confidente de los amoríos de los Reverendos padres de la Merced; todo ceñido ó limitado por las acequias con sus curtidurías pestilentes, sus puen-

tes, sus depósitos de frutas y verduras, sus canoas y chalupas, sus indias enredadas, sus indios desnudos y su idioma musical y quejoso, perdiéndose entre los gritos y desvergüenzas de regatones y cargadores.

Solían interrumpir la monotonía asquerosa de esos vericuetos, ya un pleito de gallos, ya un juego de *pítima* ó *rayuela*, ya un *pico* de pilluelos desertores de la escuela, ya el roncar de un marrano dichoso, ya el pastar de un caballo tísico ó de una vaca escuálida en una rinconada.

Apenas recordaban, en aquellos hacinamientos de especie humana, las existencias del trabajo, algún zapatero con la espalda al viento, gran rosario atravesado bajo el arca, espeso mechón de cabellos colgando sobre la frente, su banquillo tripié, su mesa mugrosa con la herramienta y el trasto del engrudo, su perro pleitista y su jarro de pulque al lado.

Ó un tejedor echado de bruces sobre el telar, ó un fabricante de sillas de tule, sentado en el suelo con un formón apoyado en el dedo gordo del pie, formando esas sillas cuya grandeza hemos admirado en el Café del Sur.

Había en esos laberintos casas de vecindad con sus amplios patios, distinguidos ya con una higuera, ya con un granado ó varios floripondios; sus arriates con mastuerzo, chícharo y albahaca; en los aires, flotando en varios tendederos, calzones y camisas desgarrados; en los suelos petates desbaratados y.... demás, en la puerta un gallo, en el interior perro y gato, en el fon-

do una lamparilla ardiendo á la Virgen de la Soledad, á San Juan Nepomuceno ó á San Antonio, divinidades que la *brillaban* en materia de milagros.

Lo que descollaba como característico en este barrio, era la célebre *casa de las inditas* en sus fronteras, y cuando dejando á un lado los callejones del Armado y otros, no existía la amplia calle de la Verónica, ni la fábrica de gas, ni tantas otras cosas que han cambiado la fisonomía de aquellos rumbos. *La casa de las inditas* merece descripción especial, y me propuse hacerla después cuando la visité y estuve en unión de Ignacio Ramírez, mi hermano y mi querer, en la época que nos propusimos escribir «Los Misterios de México,» tarea de que prescindimos por razones que sabrá el lector.

La gente de esos barrios, que no se puede decir que vestía, porque no se debe calificar el harapo de vestido, hacía gran consumo de los estampados de Barrón y de Iglesias, de los rebozos y paliacates; senos descubiertos en toda su amplitud, hombres en calzoncillo y con medio cuerpo desnudo.

La jerguetilla para el trabajo, el castor para la provocación y el lujo, el sombrero de paja grosera para los pobres, el de "panza de burro" para marcar el primer grado de civilización.

Solían atravesar aquellas calles chinitas de zapato verde de raso y banda de burato, camisa descotada con randas y chaquira: pero ya era la querida de un cómico ó de un prócer; ya persona que tenía título re-

ligioso, como la *Guardiana* ó la *Priora;* ya muchachas del "ganado bravo," las que ahora, con el progreso intelectual y científico, se han llamado "hetairas y horizontales."

Por aquellos tiempos absorbió la atención y enloqueció á México el anuncio de la ascensión aereostática de Adolfo Teodore.

Hiciéronse lenguas los periódicos, explicando el prodigio; en bandadas corría la gente á procurarse boletos. Madama Adela, modista única de cierta nombradía, reformó su taller, y zargas y encajes raros y puntos riquísimos engalanaban los mostradores, ofreciendo con las joyas todas las magnificencias del lujo.

En los alrededores de la Plaza de San Pablo, lugar en que debía verificarse la ascensión, se improvisaban barracas y jacalones para fondas, pulquerías y vendimias.

En los edificios vecinos á la gran Plaza, se veían amplísimos toldos de brin y de lona, bajo los cuales se distinguían hileras de sillas, bancas y gradas, que ocupó gentío inmenso, convirtiendo en salones las azoteas.

El día señalado ofrecía un conjunto encantador.

Gradas y lumbreras, cuartones y tendidos hormigueaban de gente que parecía precipitarse en cataratas verdaderas desde las alturas.

La función estaba citada para las once de la mañana; en el centro de la plaza, y en un cuadrado de vigas, estaba el aereonauta, rubio, delgado y de mejillas encendidas; había en el suelo un hornillo y se levantaba

más alto que la plaza un monstruoso globo encarnado que tambaleaba perezoso, recibiendo el gas, y se bamboleaba preso en su red inmensa á impulso del viento.

En la extensa plaza brillaban las hermosas con sus tocados de pluma; sus perlas y brillantes en el cuello, sus vestidos de punto ó de tela riquísimos.

En gradas y palcos lucían los vistosos uniformes de militares, los fracs áridos color de pasa y verdes con botones dorados, de los paisanos; hábitos y mantas, trajes talares de colegiales y trajes de *payos*, cortesanos con sus *cueros* bordados de oro y plata, sus chalecos blancos y sus calzoneras de paño riquísimo.

La propagación del traje negro, la ropa hecha, la uniformidad de las importaciones, han robado sus preciosos matices á esas reuniones, que realzadas por nuestra luz vivísima, animadas por gritos de vendimias y dándoles alegría las músicas marciales, eran encantadoras.

La inflazón del globo no llegó á verificarse por más que se hicieron prodigios. Los empresarios dieron orden de que nadie saliese, lo que puso en familia á la concurrencia; pero después asomó su cara el fastidio, se hizo sentir el hambre, y el sitio fué atroz. El contrabando aprovechó la ocasión: valía una naranja un peso, y un peso un cucurucho de almendras.

Los pollos insolventes como yo, pasaron increíbles agonías.

Por fin, el globo no subió, la gente se retiró mohina y Adolfo Teodore, después de bien silbado y de arrojar

sobre su globo cáscaras y basuras, tuvo que esconderse para no ser víctima de la ira del pueblo contra el volador.

El café de «El Aguila de Oro,» en que no había fijado la atención, y era el emporio, el palenque y el receptáculo de los escoceses, ardía con las noticias del pronunciamiento de Cuernavaca, la venida de un nuevo congreso, la dictadura de Santa-Anna y poco después su campaña de Zacatecas.

Entonces oí hablar por primera vez de D. Fernando Calderón, poeta ya afamado, que, como coronel de guardia nacional, se había portado heroicamente en la acción de Guadalupe, de la que salió mortalmente herido de un machetazo en el cráneo que mucho le hizo padecer.

Como á pesar de mis inclinaciones poderosas de *dolce farniente* y á la sociabilidad, la mano helada de la pobreza me despertaba de mis sueños, no solo asistía puntual á mi oficina, sino que estudiaba con afán y me procuraba pequeños arbitrios, porque como *otra Belice* era un objeto privilegiado de la codicia de *los ingleses*.

Estas diligencias para cubrir el presupuesto, me llevaron como escribiente al estudio del padre D. Basilio Arrillaga, personaje prominente del partido clerical y verdadero oráculo para las decisiones eclesiásticas.

Era el padre Arrillaga hombre de más de cincuenta años cuando le conocí; alto, blanco, rosagante y de ojos negros y mundanales.

Fungía, entre otros encargos, como capellán de Santa Brígida; poseía una riquísima biblioteca; era su palabra fácil, apasionada y campanuda, y su erudición realmente asombrosa.

Distinguíame con particular afición, me hacía leer la Biblia y los Santos Padres con asiduidad inverosímil, y era de ver mis saltos de la casa del sabio jesuíta á la de mi bienhechor Quintana Roo, donde Heredia, Zavala, Rodríguez Puebla y otros, olían á azufre á legua y dejaban sin cara en que persignarse á San Constantino y á Gregorio VII, á San Ignacio de Loyola y á San Pedro Arbués.

Algunos versos que publiqué en «El Sol» y «El Cosmopolita» con motivo de la frustrada ascensión de Adolfo Teodore, renovaron mis relaciones con la alta sociedad que me había favorecido y me hacía flotar entre las tertulias de Goñi, Angulo, Lombardo, Echeverría, del Lic. Pérez Rivas, Heredia, Bonilla y los Generales Parres, Gutiérrez y otros, y los bailecitos caseros de vivienda interior ó de barrios lejanos del centro, y las Profesiones y Cantamisas á que me indilgaba el Padre Arrillaga.

¡Oh, cuán lindo es el despertar del sentimiento en el alba de la vida! ¡Oh, cuán hermoso y bello es el campo de luz que deja caer el ángel de la niñez al besar piadoso la frente del joven que le vuelve la espalda deslumbrado con la hermosura de la mujer!

En ese año de 34 conocí á mi María idolatrada, á la María de mi alma. . . .

Fué para mí como una aparición; la ví como aque-

lla estrella de mar que deja la tempestad sobre una roca, de que habla Víctor Hugo.

Todo lo que sentía en mi alma de luminoso, de tierno, de perfumado y santo, encontró forma en la fisonomía de aquella niña .... sobre cuyo nombre caen ahora después de cincuenta años mis lágrimas, mis bendiciones y mis besos..... .....

Voy á narrar este acontecimiento, por la influencia decisiva que tuvo en mi vida.

Entre los paseos populares que en aquella época tenían gran boga en la Pascua de Espíritu Santo, era el paseo de Belén, ó, más propiamente hablando, del *Pradito de Belén.*

El teatro de este paseo campestre era un extenso potrero vecino de Belén de las Mochas y de la Santa Casa de Ejercicios, rompiendo la continuidad de tan santos lugares una cerca de jacales miserables que parecía como guareciéndose de la intemperie á la entrada de la llanura, formando calle.

Las vacas y las cabras y borregos, con inesperada cortesía, se aislaban al extremo del potrero, dejando el campo libre á los paseantes, que eran en gran número.

Fecundos matrimonios con numerosa prole, y la señora diciendo con su aspecto *suma y sigue;* los chicos con sus papelotes ó *palomas.* Artesanos, empleados de poca fortuna, niñeras, sacristanes y *peladaje* arriscado con sus guitarras y bandolones, arpas y dulzaina para armar fandangos al aire libre.

Había sus catrines cazadores, disfrazados con sendos

jorongos y anchos sombreros, en pos del amor barato; colegiales que se hacían los filósofos con sus esclavinas de bayeta, calzado bolsudo y su descuadernado equipo, reclinados en la verde yerba, siendo de advertir, que ni un árbol, ni una planta, ni un arroyo interrumpían la tersura del verde tapiz.

Vendedoras de tamales de chile, de dulce y de capulín; *tapabocas y bollitos de á ocho*, cajones con ponteduros, pinole ó garbanzos tostados, charamuscas y muéganos, hacían invitar al apetito y al gusto de la infancia; maromeros con sus pitas, toros de cuero, monitos de vidrio que arrojaban agua ó ciertos pequeños cilindros de badana con una abertura chillona y coronados por un periquito de barro, que era un primor.

En bandadas los muchachos, afectos á la igualdad, invadían los praditos, y aquellas eran carreras y machincuepas, juegos y riñas.

De modo que en ciertos momentos, los papelotes volando, los músicos alegrando el viento, los bailadores desporrondingándose de alegría, los vendedores pregonando sus vendimias y los chicos y los canes saltando y correteando, daban aspecto animadísimo al cuadro decorado en lontananza por nuestras inmensas cordilleras del Oriente y el Sur, nuestros volcanes, nuestros lagos y nuestras pintorescas arboledas.

Por supuesto que yo me desmorecía por semejantes fiestas; así es que, dejar la aduana, mal comer y partir como flecha al *Pradito*, lo hacía en menos de lo que diera un estornudo.

Era el segundo día de la fiesta: con mi inseparable capotillo, leve como gasa y casi transparente; mi Chantreau bajo el brazo, descuadernándose; ligero, riente y rico de bienestar y alegría, atravesé la ciudad y me encontré en las calles de San Juan, donde se percibía por los papelotes, borregos y grupos de familia, la afluencia de gente animadora del *Pradito.*

La calle de San Juan, con sus recauderías y vendimias en las esquinas; su tránsito de lavanderas, artesanos y chicas flotantes; sus carnicerías y boticas, sus pulquerías y figones en gran número, siempre fué de mi predilección.

Caminaba saludando cariñoso al médico Torices en su balcón; *á los chatos Flores*, ricos propietarios del barrio; á D. Pablo Córdova, circunspecto mayordomo de San Juan; á D. Mariano Lis, boticario sin segundo, y á las chicas y amigos para quienes era un terrón de ámores.

Había llovido; la acera oriental de la calle, con sus puertecitas como cuevas, sus balcones al alcance del brazo y sus atolerías sucias y desmanteladas, estaba intransitable; la banqueta llena de lodo, angosta, de no caber cómoda más que una persona, y con las losas flojas y desequilibradas, hacían el camino intransitable.

Aun no se levantaba airosa la casa esquina de las Vizcaínas, que hoy llama la plebe *seis de copas;* aun no se desplegaba la balconería que da la espalda al Callejón de San Ignacio, cuartel general de pecados mortales, ni el baño de Tumbaburros abría sus amplias puertas á la gente de piedra y tendedero.

Caminaba bobeando y viendo para todos lados, cuando llamó mi atención en uno de los balcones de sobre la Panadería de San Juan, una niña de doce años á lo más, que daba á una colosal muñeca que tenía en el brazo, cuenta de lo que se veía en la calle: yo me fijé en ella, y viéndola, viéndola, perdí el equilibrio, trastravillé, abrí los brazos y caí, regándose como chorro las hojas de mi Chantreau.

Corrido y amostazado alcé la vista, y la chica con su muñeca reía tan ingenuamente, tan de buena gana, que desarmó mi cólera.

Sin vacilación, y por un movimiento maquinal, me senté en el suelo, y con el mayor desparpajo reuní las hojas de mi libro, las ordené y apreté la pasta infiel; pero esto en medio de las risas de la chica, correspondidas por mí con la más sincera alegría.

Era la niña de hermosas facciones, de dentadura que hacía luz cuando desplegaba los labios, y de unos ojos negros y brillantes, sobre todo lo imaginable en punto á expresión de ternura.

Seguí mi camino; pero aquella aparición, aquella impresión, fué para mí profunda é imborrable.

Indagué curioso, y supe que se trataba de una niña de opulentísima fortuna que residía frecuentemente en una de las haciendas de su padre, quien retraído con las preocupaciones de la riqueza, el apartamiento campestre y cierta aspereza intolerante unida á la temprana edad de la niña, recibiría pésimamente al coplero desdichado, quien sembraría de espinas, con sus galan-

teos, la senda feliz que pisaba la señora de sus pensamientos.

Desde entonces, aunque seguí flotando á merced del oleaje de mi caprichosa fortuna, en mis horas de angustia y amargura me parecía ver un punto luminoso que brotaba en aquella tiniebla que irradiaba y se extendía vaporoso y celeste y que me descubría aquel semblante risueño, como una esperanza cierta de venturoso porvenir.

Desde entonces aquel recuerdo era para mí como un oratorio escondido y silencioso al que me retiraba reverente á tener mis conferencias con una divinidad desconocida y piadosa, á poner sobre su altar cuanto mi inteligencia producía de más aromático y divino: era aquel recuerdo como una altura desde donde abarcaba horizontes deliciosos y recreaba mi mente con el *mirage* de otra existencia, aérea, ideal, fantástica y angélica!

La aparición risueña, yo la dictaba de lo más perfecto que podía concebir en mi espíritu, y sin saberlo yo, nacía en mí ese ideal divino sin el que las más altas aspiraciones del hombre son rastreras y sin el que la poesía muere en su tallo sin colorido y sin aroma.

Desde entonces un elemento puro de bien y de grandeza tuvo forma delicada y bella á mis ojos, que se me aparecía en las sendas peligrosísimas que recorría, señalándome bienhechora el buen camino.

Comenzaron los osos. La chica se cuidaba bien poco de mis asiduas centinelas; los vecinos curioseaban,

las muchachas de mi conocimiento reían, y como la casa de la niña era casa de comercio y los dependientes canes celosos que guardaban su entrada, no era fácil ocurrir á su aguador condescendiente, ni á mercachifle codicioso, ni á vieja contemporizadora, ni á vehículo alguno para comunicar mis ansias.

Me decidí á escribirla.

Mis lecturas bíblicas, mi ingenua admiración por los místicos, mi pasión por el modo de decir de Heredia, hacían del mío un estilo tan parabólico, tan exagerado y conspicuo, que me da vergüenza acordarme de aquella primera carta.

En fin, la escribí; esperé á que se cerrara la negociación, púseme resuelto al pie del balcón, pedí un hilo conductor de mi carta..... y así comenzaron mis primeros amores.

Tan luego como se percibió papá suegro de mis solicitudes, después de llamarme poetilla y trapiento, de augurar que moriría con un plato en la barriga en un hospital, etc., etc., el día menos pensado se llevó á la familia á la hacienda, como para saldar cuentas bruscamente.

He ahí que yo en menos que canta un gallo fingí en mi magín un castillo feudal con su señor come gente y rabioso, sus vasallos serviles, y yo me gradué de trovador sentimental con la lira entre las manos al pie del alto muro, entonando las endechas más tiernas y sentidas al resplandor de la luna y al murmurar quejoso de las ondas apacibles del lago.

Sea como fuere, el deseo de contraponer á la bestial riqueza de mi adorada, algo de alguna valía, me hizo estudiar más asiduamente literatura y buscar el contacto de los periodistas, con la esperanza de que mi nombre llegase alguna vez á los oídos de María.

La fortuna me deparó ambas oportunidades.

Luis Martínez de Castro me presentó en una reunión de literatos y poetas en ciernes, y no recuerdo quién en el mundo periodístico.

Vivía entonces en la calle de las Escalerillas núm. 2 el Sr. D. Francisco Ortega, distinguido literato, hábil periodista y versificador fácil y correcto.

Inmaculado en su manejo como hombre y empleado público, se hacía muy respetable como ejemplar padre de familia.

Tenía cinco hijos: Eulalio, Francisco, Aniceto, Lázaro, Crescencio, y una niña Isidorita que, andando el tiempo, fué digna esposa del Dr. Lucio; era la familia un ramo de inteligencias preciosas, y un alhajero de joyas de virtud.

El Sr. Ortega y la señora su esposa se habían consagrado con religioso empeño á la educación de sus hijos, y para crearles atractivos dentro de su casa misma, les había procurado una mesita de billar y otras distracciones, como la música. Con sagacidad benéfica había atraído á su casa jóvenes que cultivaban con aprovechamiento las letras y, por último, había establecido una imprenta en los bajos de la casa, para que sus hijos aprendieran ese arte: de suerte que deste-

rrado el ocio, con encantos el trabajo, la amistad con su pureza, la música con sus seducciones, y con la amabilidad y sabiduría la señora y el Sr. Ortega, concurrían con el mejor éxito al perfeccionamiento de la educación de los chicos.

Formaban la amena tertulia de la casa de Ortega, Luis Martínez de Castro, que murió como héroe en Churubusco; Antonio Larrañaga, que entonces á los diez y seis años comentaba á Tácito, asombrando á los mas eruditos; un joven Silva, elocuentísimo, que fué después sacerdote; Ignacio Rodríguez Galván, obscuro dependiente de su tío el librero D. Mariano Galván y que, advenedizo, me santificaba y corregía para hacerme digno de mis amigos.

Martínez de Castro era hijo de un probo Magistrado de la Corte de Justicia, honra de nuestro Foro y hermano de Petrita Martínez de Castro, esposa del Mayorazgo Guerrero, reputado como joya de la alta sociedad mexicana.

Martínez de Castro tendría entonces diez y seis años; era bajo de cuerpo, ancho de espalda, de ojos saltones y nariz roma, escaso en palabras, reservado y discreto, de moral severísima, pulcro en su vestido y sus palabras, estudioso y lleno de bondad para cuantos le trataban.

Había estado en la escuela conmigo; aprendió matemáticas, con aprovechamiento, con D. Manuel Castro, y era orgullo de su maestro D. Juan Palacios, en cuanto á la posesión perfecta del inglés.

Y aquel carácter que parecía concentrado y repelente, y aquel joven delante del cual no nos atrevíamos á dar suelta á la sin hueso con las desviaciones permitidas á la edad, era no obstante sarcástico, festivo y juguetón con la pluma, dándose después á conocer por los artículos humorísticos, entre los cuales el titulado *Don Pomposo Rimbomba* le granjeó una reputación elevada, y caracterizó á D. José Mª Tornel, ministro de Santa-Anna.

Larrañaga era chiquitín, cabezón, pálido, nariz de pico de águila. Tenía un barragancillo verde y un sorbete desmesurado como para corregir y aumentar su exigua humanidad.

Leía sin descanso, y sabía mucho y fundamentalmente. Su familia, de tradiciones muy aristocráticas y piadosas (Flores Alatorre), bien habría querido verlo un Santo Padre de la Iglesia; pero aquel carácter era muy independiente y muy resuelto: entró al Colegio de Jesús, se apasionó de Olaguíbel, de Couto, de Mora y de Farías, devoró á los enciclopedistas, á Voltaire, á Rousseau y compañía, remató para él y su espíritu la revolución francesa que sabía de memoria, se identificó con sus hombres y se impuso á los liberales más avanzados en ideas, cuando apenas tendría quince años.

La caída de Farías lo tenía como loco; asistía á las discusiones de la Cámara, y desde la galería desmentía á los diputados serviles, lanzándole del recinto los policías.

Muchas veces, de resultas de una de esas discusio-

nes, caía en cama y en ella pedía, en medio de sus dolores, papel y tinta para contestar al diputado que le había producido el derrame de bilis.

Formaban contraste en aquella naturaleza raquítica, sus gigantescos planes políticos y sus proyectos de transformación social, como él decía.

Larrañaga murió muy joven, murió despedazado por su cerebro, murió como caen esos muros que se levantan sobre las raíces de árboles gigantescos que los cuartean, y derriban el obstáculo á su desarrollo y engrandecimiento.

Hagamos que dé su grito de *presente*, en esta revista, Ignacio Rodríguez Galván.

Era nativo de Tizayuca, poblacho del rumbo de Pachuca, dotado de tres monumentos que, si no le daban celebridad alguna, le valieron el nombre y los honores de pueblo.

Estos tres monumentos eran una iglesia que servía á las mil maravillas para esquilmar y embrutecer á los indios. Tenía tienda en que el chinguirito hacía el principal papel y las atarrias y aparejos figuraban entre los comestibles; y una pileta con agua salobre para gentes y bestias, á la que llegaban ansiosas, y se retiraban haciendo gestos los consumidores.

El aspecto de Ignacio era de indio puro, alto, de ancho busto y piernas delgadas no muy rectas, cabello negro y lacio que caía sobre una frente no levantada pero llena y saliente; tosca nariz, pómulos carnudos, boca grande y unos ojos negros un tanto parecidos á los de los chinos.

Era Ignacio retraído y encogido, y solía interrumpir su silencio meditabundo con arranques bruscos y risas destempladas y estrepitosas.

Entró como dependiente á la casa de su tío D. Mariano Galván, en su librería del portal de Agustinos; aseaba y barría la librería, hacía mandados y cobranzas, y por su aspecto y pelaje parecía un criado.

El tío le alojó en su casa en su observatorio astronómico, de suerte que sus primeras relaciones fueron con los astros y con el infinito. Acaso alguna idealidad de las obras de Rodríguez refleja estas primeras impresiones.

En la librería había tertulia perpetua de literatos chancistas, clérigos de polendas, como el Dr. Quintero, Moreno Jove y otros, y poetas como Couto, Carpio, Pesado y alguno más.

La discusión sobre libros y asuntos literarios impresionaron á Rodríguez, que no leía sino que devoraba los libros, sobre que llamaban la atención los parroquianos de Galván.

Por sí, y con trabajo asiduo sobre toda ponderación, emprendió el estudio del francés, del italiano y del latín, y se proveyó de una erudición asombrosa en escritores y poetas españoles.

En esa época dominaba la escuela romántica. *Han de Islandia* nos hacía dormir con los ojos abiertos, y la *Torre de Nesle* nos conducía al arrobamiento de la admiración y el entusiasmo.

Rodríguez se lanzó de bruces á la escuela románti-

ca, y su vestido y su larga cabellera, su andar trágico y sus paseos solitarios, lo constituyeron en un tipo estrambótico de esa escuela.

Sus gustos, sus modales, su conversación, se resentían de su pasión romántica; pasaba de las lágrimas á las risas, del heroico caballero al bufón, del trovador enamorado al rústico intolerante.

Lamentaba, como el gemir de Satán, las roturas de sus zapatos; se quejaba, como Dido, de las distracciones de la lavandera, y las escaceses las veía como obras de su mal sino y como predestinación al infortunio y la desesperación.

Después de mucho leer y estudiar reservado y recóndito, escribió varios versos que remitió á un periódico de Veracruz con el nombre de *Isidoro de Almada*, entre los cuales había unos *al Buitre*, que llamaron la atención.

Ensayó también un drama que se titulaba el *Precito*, en que ángeles y demonios, monstruos y vestiglos, frailes y chinas, reyes y mendigos andaban á las vueltas, y en que los *trancos*, no actos, abarcaban infierno, cielo y tierra en desastrada confusión.

Pero estos ensayos nadie los sabía ni sospechaba siquiera. Rodríguez asistía á la casa del Sr. Ortega como un chico estudioso y de excelentes cualidades, no obstante su susceptibilidad y extravagancias.

Al ver tan aventajada concurrencia en su casa, el Sr. D. Francisco nos dió algunas lecciones de latín y de literatura, llevando á nuestras reuniones, de cuando

en cuando, al Sr. D. Manuel Carpio, que era visita constante de la casa.

Nosotros, para nuestro solaz íntimo, creamos y redactábamos un periódico manuscrito titulado *Obsequio á la amistad*, en que había artículos llenos de verba de Eulalio Ortega, versos míos, poesías muy bellas de un Sr. Ximeno, dependiente de la imprenta, y que jamás quiso figurar como literato; artículos satíricos de Martínez de Castro y estudios de Orozco y Berra.

Si por el lado literario las cosas presentaban risueño aspecto, por mi oficina las cosas se pusieron castaño obscuro.

Eran mis jefes D. Joaquín Lebrija, Administrador; D. Ignacio de la Barrera, Contador, y D. Mariano Domínguez, Tesorero, con licencia para desempeñar una magistratura en la Corte de Justicia, supliendo sus veces D. José Luis Rojas.

El primero, alto, rosagante, carundo, de risa franca y desenfado, simpático, humano y generoso.

El segundo, delgado, arrogante, de imaginación vehemente, lleno de erudición, burócrata honrado y severísimo, y el tercero, hombre de obscuros antecedentes, pero rimbombante y pretensioso, pelo levantado, pecho saliente y de gran prosopopeya en las acciones y palabras; los causantes le pusieron por apodo *el Moro Babú*, que correspondía á su porte y á su importancia.

La oficina era un extenso y amplísimo salón con mesas laterales, sin departamentos para los jefes, y la Tesorería una quiebra para mesas separadas, y en el

fondo del salón una virgen de Guadalupe de tamaño colosal, con sus velas ardiendo.

Las mesas de *pases* y la del *viento* eran tumultuosísimas: en la primera, arrieros, carreros, tenderos de abarrotes, pelones bruscos y desvergonzados, corredores, etc., y en las segundas, introductores de semillas, paja y ladrillos, indios burreros, etc., con sus familias, sus chicos llorones y sus canes retozando como en su casa.

Tenían aquellas secciones más aspecto de panaderías ó carnicerías que de oficina; veíanse en un bosque de brazos los documentos aduanales: había sus gritos y sus chanzas .... y la mar!

Aquellos causantes, después de detenidos, registrados ó magullados en la garita, después de dejar allí la prenda muchas veces consistente en su único abrigo, de pasar la noche en el mesón ó al raso en una plazuela por estar cerrada la oficina, iban á pasar por una carrera de baqueta de trámites que hacía la impaciencia consiguiente.

En la mesa más importante del Viento me encontraba yo con otros compañeros.

Y ya sea mi carácter escurridizo, ya mi velocidad en escribir, ó ya lo que se quiera, mis dimes y diretes le hacían notable, al extremo de cambiarme dándome la encomienda de llevar unos libros en la Contaduría.

Entonces se puso en evidencia mi aptitud para los números; mis distracciones entonces eran frecuentísimas; mis excursiones á la *Confrontación*, situada en el entresuelo, donde solíamos almorzar de lo lindo, dejan-

do que reventaran los *paganos*, como llamábamos á los causantes, y entonces eran sumas erradas y partidas suprimidas; pero sobre todo, mi poca aptitud de hacer asientos monótonos y operaciones maquinales, me hicieron pernicioso como tenedor de libros, al extremo de consultarse mi separación de la oficina, lo que fué un golpe mortal para mí.

El Sr. Lebrija desempeñaba por entonces el Ministerio de Hacienda; pero en esa ocasión guardaba cama por enfermedad.

En mi tribulación solicité hablarle, le impuse de mis cuitas, y, después de quedar un tanto pensativo, me dijo:—He, serénate, no correrá la consulta—Siéntate en un lado de mi mesa, recibe los papeles que vengan, y te espero todos los días para que me des cuenta. Serénate, no aflijas á tu madre.....ya veremos. Pero esto dicho con tono tan paternal y con tanta dulzura, que yo salí de la entrevista como un aleluya.

El Sr. Barrera, que obraba comprometido por mis diabluras, pero que era bueno y sin hiel, se conformó con lo acordado, y yo sin grande enmienda me preparé á mis nuevas tareas.

A los dos días de mi entrevista, subí cargado de papeles á dar cuenta, y logré hacerlo tan á gusto de mi jefe, que se hizo lenguas en mi elogio. Me ordenó que comiese con él—que comía muy bien, como buen veracruzano—y que me pusieran en el despacho mesa separada.

A los muy pocos días estaba encargado de su co-

rrespondencia—redactaba informes; se me concedió una gratificación—y hube cierto rango, muy rebajado por mis excursiones á la calle, mis amistades con los otros empleados de mi jáez y mis excursiones á los corredores de la parte alta del edificio, que eran tránsito de amas de llaves, nodrizas y pilmamas, costureras, recamareras y visitas de las familias de los jefes.

Era mi amistad predilecta por ese entonces Don Manuel Payno, hijo del inmaculado empleado Don Manuel Payno, eminentísimo en conocimientos sobre hacienda, de modestia suma y dechado de altas virtudes.

El Sr. Don Manuel fungía como vista en la aduana, aunque por su saber estaba lleno de delicadísimas comisiones y figuraba muy alto entre las eminencias fiscales, como Don José Ignacio Pavón, Don José de la Fuente, Don Agustín Ruiz, Alamán y Mangino.

Manuel Payno era meritorio de la Dirección General de Rentas; su buena letra y su expedición para los negocios, así como su finura general y el influjo de su ilustre padre, le hacían estimable en la oficina, y su buen decir, su amabilidad y talento le abrían campo en la buena sociedad.

Era Manuel de color apiñonado, de cabello negro y sedoso, de ojos hermosos de sombría pestaña; esmerado en el vestir, pulcro en sus maneras y de plática sabrosa y entretenida.

Pero lo que llamaba la atención, eran ciertas excentricidades que le hacían singular en extremo.

Jugaba con las señoras ancianas á la baraja, les ha-

cía suertes á los chicos y era la admiración y el encanto de las polluelas.

Leía y estudiaba con su padre y sus jefes; disponía tertulias y frascas con jóvenes de buen tono de su tiempo, como Juan Peza, Nacho Algara, los hermanos Suárez, los Peñas y otros, y siempre tendiendo á penetrar en los círculos aristocráticos y negociantes ricos. Manuelito Payno era citado como el adorno de las reuniones selectas.

En la casa del Sr. Lic. Domínguez, que era, como se ha dicho, Tesorero de la Aduana, había frecuentes y escogidas tertulias; allí jugaban malilla ó tresillo los señores formales; y las polluelas, ó cantaban y bailaban ó jugaban á juegos de prendas, ó disponían un día de campo, ó preparaban posadas, rifas de compadres, lotería ú otras diversiones con el mayor primor.

Paynito, ó era tallador en el montecito, ó pregonaba los cartones en la lotería con toda su sal y pimienta, llamando al 8 los anteojos de Pilatos, al veintidós las palomitas, al 90 el viejo, etc., con alusiones á la concurrencia que hacía desternillar de risa á los más encopetados y circunspectos caballeros.

Cada lunes y martes, con diferentes objetos de su advocación, recorría desde la sonrisa platónica hasta los preliminares del suicidio, y cuando en lo íntimo narraba sus aventuras con desgaire ingenuo y con naturalidad inimitable, nos tenía lelos de admiración por aquel talento que preludiaba al narrador inimitable.

Payno me llevó á su casa, me sentó á su mesa, me

participaba de sus escasos fondos, y me presentó á su padre, quien me acogió con tierno cariño, haciéndome leer y releer á Canga Argüelles, la ordenanza de Intendentes, Ripia de Rentas reales, los muchos y buenos informes de D. Ignacio de la Barrera sobre alcabalas, y, por fin, me recomendó con el Sr. Pavón, quien tenía real importancia como sabio y como digno y levantado en el cumplimiento de sus deberes de Magistrado y de Director general de Rentas.

Pero no obstante mi buena expectativa de empleado, el tipo del empleado viejo me calosfriaba, y estaba con una soga á la garganta las horas de oficina, siendo festejosísima mi reunión á los capenses, mis coplas y mis relaciones *de compromisos* en la frente y tuniquillos de carranclán, así como mis ensueños con las de peinetas, de pico ó de gajos, las de mangas abultadas y zapatitos de raso chino y media de seda.

El tipo del empleado viejo, como decía, el presentado como modelo, el digno vástago de Unzueta y Bandolan, hasta hoy me espeluzna.

Pongámosle por nombre Decomiso.

Era un señor de piel apergaminada, cara larga, ojos hundidos tras largas cejas, cabello ralo que dejaba ver el carril de la calva sujeto con una peinetilla de carey y un simétrico nudito sobre la frente.

En la parte superior de la mesa estaba la gran papelera coronada con tintero, oblera y marmajero; un trapillo para limpiar las plumas y una ampolleta de vidrio verde para que se remojasen.

En el suelo había una salea para los pies, una bacinilla y hueco separado para colocar un canasto cuando el caso lo requería.

Después de bien lavado D. Decomiso con agua tibia y su poquito de aguardiente, y de desayunarse con chocolate de Ambriz y rosca de manteca, se dirigía á la misa de 8 al altar del Perdón, asistiendo al Santo Sacrificio hincado sobre su extenso paliacate.

Dirigíase á su oficina, donde se presentaba al portero para que le apuntase la hora de entrada; antes de sentarse coloca su sombrero en la pared en lugar á propósito, sobre un pliego de papel pegado al muro con obleas; sacude la mesa y la rueda en que se sienta, abre la papelera, donde campea falsa, regla y cortaplumas, lacre, goma en polvo para las raspadas y una manga de brin para resguardar el brazo derecho de los percances del trabajo.

Nadie como D. Decomiso para la observancia de todas las formalidades, el cuarto margen del oficio con la ceja para la costura, el expediente con sus fechas y referencias, sus cuatro puntadas, gaza y ñudo. La inserción con sus comillas correspondiente, la antefirma, etc.

No olvidaba, ni por todas las nueve cosas, á quién correspondía el título y el tratamiento y *sobre todo* los conductos para no salvarlos y ponerse en ridículo.

Era de verlo cuando hacía un informe de empeño, poner sobre la papelera un cuadro de madera con su tafetán verde para interceptar la luz, hundido entre los

tomos de Arrillaga y de la ordenanza de intendentes ó Pinilla, lince para descubrir contrabandos.

El punto de partida de su juicio, era que todos los comerciantes son ladrones, y que el mejor empleado es el que más creces procura al fisco, aunque sea dejando en cueros vivos á los causantes, con ó sin razón.

La pauta de comisos era su idolatría; le llamaba su ratonera, porque el infeliz que caía en ella por la más leve omisión, podía contarse con los muertos.

Tenía odio contra los comerciantes; se le figuraba que traicionaba á la patria si les concedía la razón, aunque la tuvieran.

Una vez que se le consultó sobre los derechos de unas sardinas que se habían corrompido, opinó con sutilísimas razones que debía pagar el aceite que contenían las latas; otra vez que derritió en los almacenes de la oficina el azúcar una gotera, opinó que se cobrase como melaza la azúcar á medio derretir, y un nombre, una letra confusa, una coma, eran bastantes para consultar la pérdida del efecto y el vehículo que lo conducía.

Aquel cerebro tenebroso, en que como en bodega sucia y llena de estorbos existían los recuerdos del Virreinato, las doctrinas de la inquisición que graduaba de herejes á los contrabandistas, los fallos del tribunal especial, etc., era un hervidero de acusaciones y maldades barnizadas, con el amor á los intereses públicos, el celo por el buen servicio y las creces del exhausto erario. En las reformas burocráticas Decomiso era un astro de primera magnitud.

A cada momento interrumpía sus informes para encomendarse á San Matías ó San Juan Nepomuceno, estampas que tenía al reverso de su papelera y á las que profesaba especial cariño. Se me olvidaba decir que tenía en perpetuo movimiento sus instrumentos de sacar lumbre: piedra, yesca y eslabón, y que estaba envuelto en una nube de humo, porque fumaba sin cesar.

Daba tregua á sus tareas con la llegada del almuerzo; la papelera alzaba su tapa y en su fondo lucían los bocaditos sabrosos, los frijoles compuestos, las tostadas y otros primores inventados ó solicitados por la gula.

Se deja entender que no faltaba su botellón de pulque y su vaso colosal.

Repleto el anciano y medio dormitando siempre en su asiento, recibía la visita de algún subalterno que le hablaba de los toros ó de la comedia; que le entretenía con alguna relación de festividad eclesiástica ó que le proponía, ya una cuenta como enigma; ya la descifración de un jeroglífico, ya un letrero que se leía lo mismo al revés que al derecho, como *dábale arroz á la zorra el Abad*, ó la lectura de los versos á la Virgen de Guadalupe hechos con figuras *Dedos esferas osa grada aurora. La grata Trinidad os muestra reina.*

En estas y las otras daban las tres y se retiraba nuestro héroe á comer y á dormir la siesta, cada día más perezoso, más feliz y más bruto; eso sí, con su conciencia tranquila, aunque le debían la ruina muchos desgraciados.

Volviendo á Payno, se me pasó decir que su primera

educación de niño fino, la piedad de la Sra. Cruzado su mamá, y otras circunstancias, lo endilgaron á la Iglesia y figuró como pajecillo del Sr. Obispo Belaunzarán, el mismo heroico padre que contuvo enérgico y sublime el degüello de Guanajuato, enfrenando con su palabra elocuente y su actitud resuelta la ira brutal del sangriento Calleja.

Aunque el temprano siervo de Dios, hablo de Payno, colgó la sotana por incompatible con su sensibilidad para con el sexo hermoso, conservaba cierta compostura, cierto encogimiento y cierta literatura mística que era el encanto de las mamás; de suerte que Payno no era solicitante sino solicitado, introducido en las intimidades, y de una intimidad y de una boga increíble con las polluelas. Ya volveré á ocuparme de Manuel Payno.

Donde se gozaba en toda su sencillez pulcra de la buena sociedad mexicana, era en la temporada de verano en que se transladaban al campo familias distinguidas; recibían numerosas visitas, se ordenaban almuerzos y cabalgatas, paseos en burros y meriendas, se jugaban alegres juegos á la luz de la luna, y tenía cien mil pretextos el niño ciego para cosechar ilusiones, ensueños, contentos y goces celestiales.

San Angel era considerado como el centro de placeres que ofrecía mayor animación, y, en efecto, pudo contar temporadas deliciosas.

San Angel, como se sabe, es un laberinto de verjeles,

de huertas de aguas cristalinas, de lomeríos pintorescos y paisajes deliciosos; domina el Valle de México y se perciben aéreas arboledas, las torres y bóvedas de la Parroquia y el Carmen y sus edificios blancos y alegres en medio de las verdes milpas, y los visos de oro de sus riquísimos trigales.

Tenía y tiene dos grandes plazas el pueblo: una, la de San Jacinto, hoy poblada de árboles; otra, de los *licenciados*, porque cuatro eminencias del foro poseían las principales casas.

Los pueblecitos que rodean San Angel, son ramos de flores, cestos de frutos, tibores de perfumes, nidos de aves canoras, de encantadas mansiones de delicias.

Tizapán, con sus bosques sombríos de manzanos; Chimaliztaca, con sus indios comedidos y sus jacalitos entre flores; el Cabrío, con sus árboles gigantes y sus cascadas saltando espumosas sobre las rocas volcánicas, sus chocitas en que se vendían quesos y panochitas de leche, la cañada con sus altos muros de enredaderas, mimosas y campánulas, y otros mil sitios de solaz y recreo, atraían año por año concurrencia escogida y numerosa.

Desde los preliminares de la temporada tenían encantos indescriptibles.

Carros en que caminaban de cabeza las sillas; amontonados los colchones y tambaleando biombos y roperos; en alto los plumeros; acurrucados los baúles, y encubiertos los útiles no destinados á la luz pública.

Coches ómnibus con sus cuatro mulas, su cochero

insolente y su sota comunicativo, encerrando una población de chicos, de ancianos, de perros, trompetas y tambores.

Los niños en gran lance campestre, con sus sombreros jaranos y sus calzoncritas de botonadura de plata; las niñas adoptando el rebozo popular sin dejar de lucir sus caracoles; los ancianos con gruesos bastones y sombreros de palma; las ancianas con sus zorongos presuntuosos y sus canastitas con sus novenas, su linimento, su álcali, su opodeldoc y su agua cefálica, articular y de hormigas para los lances imprevistos; los criados atareados en sus cocinas, entre cestos y maletas, llevando el borrego del niño boca abajo y dando alaridos en la cabeza de la silla.

Pero toda la comitiva, riendo y charlando, entablando diálogos con los apuestos jinetes que hacían caracolear sus caballos, escoltando el coche y circulando el jerez, los mamones, las puchas y rodeos, del coche á los caballeros y de ellos á los criados y gente agrupada, que daban tumbos en los carros pereciéndose de risa.

¿Quién es capaz de pintar con su peculiar colorido un paseo en burros? ¿quién una merienda al margen de un riachuelo bajo los sauces? ¿quién un almuerzo en Tizapán con sus mesas tendidas bajo los árboles, con los manteles albeando, los cristales reverberando con el sol, las damas vestidas de blanco y coronadas de rosas, los bailadores como revolando entre las flores y viéndose por los claros del bosque de manza-

nos, ya el edificio de la fábrica de papel, que remedaba el Castillo feudal; ya la cascada precipitándose espumosa y radiante; ya las llanuras, arboledas y acueductos, y en el fondo realzándose en su cielo purísimo la ciudad inmensa con sus torres y miradores, las bóvedas de sus numerosísimas iglesias, sus lagos y volcanes magníficos.

Pero lo más notable y lo de más poderosa seducción para mí, era que, no obstante las pretensiones aristocráticas muy vivas en la época, á pesar de la desigualdad de fortunas y ser mucho menos comunicativa aquella sociedad, era fórmula, axioma y precepto decir: *en la Garita se queda la etiqueta*, y con tal salvaguardia y sin la falta más leve á las conveniencias de la más fina educación, alternaba la gran dama con la rancherita y acogía afable á la indita de quien se hacía comadre; los personajes platicaban con los notables del pueblo, con arrieros y jardineros, y tenían su lugar en las reuniones el hacendado y el ministro, el barbero y el sacristán, el rancherito remilgado y el reverendo carmelita que solía participar de su sabroso arroz de leche y de sus empanadas famosas á los bienhechores de su santa Comunidad.

En las noches eran puntos de reuniones animadísimas las casas de la Sra. Vallejo, de Domínguez y de Cela, de D. José Rivera, de la Sra. Zozaya, de los hermanos Suárez y más tarde de Valencia y Bocanegra.

En esa casa se jugaba malilla y tresillo, se ponían juegos de prendas, se cantaba y bailaba. Sin faltar al-

gún comedido que pusiera un montecito para los señores, lo que era trasportar, sobre todo, á las ancianas, al quinto cielo de la felicidad.

Allí, y en cierta casa que no quiero recordar, era donde se oía invocar á los ojos de Santa Lucía para hacer propicio al dos de oros; allí se apostaba al tres en recuerdo de la Santísima Trinidad, y se clamaba á Santiago para que no retardase el caballo, ó á los dolores y gozos para el siete, ó para el rey, al Santo Rey David.

Payno en esas tertulias era divino, y como le adornaba verdadera gracia y sumo desinterés y finura, era Manuelito por aquí, Manuelito por allá, y él: mamita, peloncita, esposa y otros dictados de sabrosa familiaridad.

En Tacubaya, Mixcoac, Nonoalco, Coyoacán, San Jerónimo, etc., se repetían las mismas escenas, sin olvidar la deliciosa estancia de Goicoechea con sus jardines encantados y su matrona llena de grandeza, de gracia y talento.

En una noche de luna se reunían tres ó cuatro chicos de buen humor; se procuraban á toda costa unos burros, unos músicos y mi respetable persona, é íbamos de puerta en puerta, excitando, con mis versos improvisados que cantaban los músicos, al paseo, á las chicas, á la condescendencia á los papás, y al regocijo á la turba infantil.

La llegada de las aguas destruía aquellas encantadoras temporadas, y los amantes del placer encontra-

ban consuelo en bailes y tertulias que no escaseaban por cierto.

Entonces estaban en todo su auge las cuadrillas en los grandes salones. Ese baile hacía uno ó dos años lo había importado de Europa Juan Gamboa y lo secundó para su propaganda Salvador Batres, jóvenes que eran joyas de la sociedad de México.

Juan Gamboa descendía de la distinguida familia del oidor de este apellido: era muy elegante y hermoso; personificaba en su pureza las modas parisienses. La madre de Gamboa era un tipo de lujo, de buen trato y de despreocupación en cuanto á usos y trajes, y el padre muy fino y comunicativo; tenía gran fama su mesa, y se contaba, entre sus títulos, ser autor del injerto que produjo la *pera gamboa*, dando realce á sus cualidades personales su empleo de Director del Montepío. Con motivo de un opúsculo en que quiso probar que todo lo podía el dinero, aludiendo á que era cojo, le compusieron la siguiente cuarteta:

Si tanto puede la plata,
si es tanta su suficiencia,
Manuel, haz la diligencia
que te enderecen la pata.

La aparición de las cuadrillas fué un acontecimiento trascendental; sufrieron derrota completa los walses gravedosos que sucedieron al del *Amor* y á las *boleras* que como el Minuet, *el ole* y el *campestre* quedaron relegados al teatro y desaparecieron con las vistosas con-

tradanzas de figuras, tormento de los ingenios pedestres.

Es de advertir, que, en materia de bailes, había una división completa, acentuada con las enaguas y la chaqueta y las calzoneras por una parte, y los túnicos, tocados y guantes por la otra.

En la primera se bailaban jarabes, y sonecitos como *el dormido, el perico, el malcriado, el aforrado tapatío.* En el segundo, walses y cuadrillas, sin desdeñar el intermedio la *petenera*, que llegaba perfumada con las brisas de Veracruz y el liquidámbar de Jalapa, ó el Oudú que se prestaba al lucimiento de cuerpos airosos y de figuras provocativas. Pero en la mayor parte de los bailes, se aislaban las parejas, no había comunicación, la mayoría de la concurrencia quedaba en expectativa silenciosa, divididos hombres y señoras, con las ancianas durmiendo y los cócoras á la puerta.

Las cuadrillas son populares, convierten en actores á los concurrentes; mientras unas parejas bailan, las otras platican, admiten gente de todas edades y condiciones y encubren paridades que dejan al descubierto los otros bailes.

Por regla general, el que quiera en México distinguir á la primera ojeada un baile de gente bien educada y uno de cierto pelo, fíjese un momento: si la gente platica, ríe ó se comunica, es gente fina. El bailador de cierto pelo toma el baile como por tarea, suda y se afana como leñando ó dándole á una bomba; al descansar se ensimisma, arregla su corbata, adopta posturas académicas, ve al techo y se ajusta los guantes; ella compo-

ne su tocado, ve al espejo y hace inventario de los trajes y adornos de las que provocan su envidia.

De todos modos, las cuadrillas fueron la gran revolución de los salones y llevaron al pináculo del renombre á Gamboa, Batres, Dávila, Cazarín, Nacho Peña, Algara, Arrangóiz, los Escandones y otros jóvenes elegantes.

Primero, sólo se bailaban Cuadrillas francesas y lanceros, y después se variaron las figuras y hubieron persas, griegas, mexicanas y no sé cuántas más.

Explicándolas todas perfectamente con su parte histórica y sus requisitos esenciales, publicó un cuaderno mi amigo D. Domingo Ibarra, que era solicitado con ahinco por todos los adoradores de Terpsícore.

Había en abundancia bailes caseros, y los de *escote* comenzaban á hacerse de moda entre los *pepitos* de escasa fortuna.

El baile casero, el característico de la clase media, era el de vivienda principal ó interior de la casa de vecindad, y se formaba con motivo de natalicio, cantamisa ó llegada de pariente foráneo.

Figurémonos una casita con su pequeño corredor, con su suelo encarnado y sus paredes pintadas al fresco con arboledas, lagos con sus ánsares, cazadores y parejas en pláticas sabrosas; el corredorcito estaba lleno de macetas con *manto de la Virgen, chinos* y *rosas;* pendían de su techo jaulas con zenzontlis, gorriones y canarios, y lo adornaba un aro con vidrios que sonaban con el viento.

En la sala pequeña con friso vistoso y guardapolvo, se admiraba en la pared del estrado ya una Dolorosa, ya la Virgen de Guadalupe, ya un Eterno Padre con su mundo en la mano, ya un San Juan Nepomuceno con la lengua en ídem.

Eran de rigor por lo menos dos nichos en las rinconeras con su Divino Pastor y sus borreguitos primorosos, ó una Purísima con su resplandor y su vestido blanco y azul, bordado en la casa con especial devoción.

Completaban el adorno camapés con guardapolvo, silloncitos de tule, un petatillo con ribetes de orillo y escupideras de hojalata ovaladas y hechas criba en la tapa.

Las damas, por regla general, vestían carranclán ó muselina, usaban peinetas de olla de gafos ó de teja, y calzaban mahón ó raso con restirada media de seda ó hilo.

En los jóvenes comenzaba á iniciarse la raya abierta, el pantalón de boca de clarín y fraquecito con botón dorado.

La concurrencia era por demás heterogénea y peculiar. La parienta cercana de la condesa y el hijo sacrílego del comendador, la niña beatita con vocación de monja y el vástago de los héroes de la Acordada, cuyo padre, curtidor, se hizo rico con el saqueo y se hombreaba con Pepe del Río y con Farías. El fraile director de conciencia, y el militar retirado que contaba con sus pelos y señales la acción de Arroyohondo y la batalla de Peotillos.

Era no sólo permitido, sino que amenizaban mucho esas funciones, un tocador de vihuela como Dueñas, Garduño ó Simón Vivian, un chistoso que representaba con dientes de cáscara de naranja, un niño que remedaba la flauta, enclavijando las manos, ó una polluela que cantaba *El susurro del viento* ó la *pose* con exquisito primor.

La gente de la vecindad acudía, circulaban platones con puchas, rodeos y queso, pasaban de mano en mano copitas con rompope y con licores; los papás llevaban á sus chicos en los brazos, las mamás *sanfaçon* daban el pecho á sus rorros, bailaban sus jarabes los criados, y se servía en lo privado al sacerdote su cena con su pollo asado, su mole y sus frijoles gordos para no interrumpir su método y dejar sin misa á los fieles.

En cuanto el baile á escote, era otra cosa.

Se promovía por lo común entre gente de escaso presupuesto, pero alegre y de temperatura erótica; subalternos hasta de ochocientos pesos, hijos de Marte, hasta tenientes; colegiales hasta primer año de leyes; alumnos de Esculapio, hasta practicantes de San Juan de Dios ó de San Pablo; dependientes de cajón de ropa, hasta diez y seis ó veinte; y tenderos recién venidos con la bendición paternal de Marañón, Portillo ó D. Lucas de la Tijera.

Escurríanse en estas reuniones con facilidad suma algún hijo de casa grande atrasado y perdulario, ó un sobrino de cura, votador de dinero y arriesgado, ó al-

guna zurrapa de la curia, asesor oficioso de drogueros, de matrimonios desastrados y de jóvenes seducidas.

Este enjambre de chicos de buen humor atisba, y descubría al fin una anciana de media vida, con hijas atrancadas en la virginidad de puro feas, afecta á zurcir voluntades, y con un marido dulce y alegrón que había resignado en manos de su adorada mitad las riendas del gobierno.

Conseguidos los empresarios y el salón de baile, se fijaba día, se señalaba el número de contribuyentes y el escote..... y á gozar.

En esas tertulias se confeccionaban compadrazgos y Posadas, excursiones á Santa-Anita é Ixtacalco, paseos en burro y meriendas de tamales y atole de leche. En ellas se comprometían las rifas de camisas con deshilados y randas preciosas, y se ajustaban matrimonios..... y demás por aquello de que "la mujer y la gata es de quien la trata," y que "la ocasión hace al ladrón" ó de que "al arca abierta el justo peca."

Estas tertulias periódicas podían llamarse de dos vistas, de un lado el baile, las caravanas y los obsequios de sangría, anicete, ponche y rodeos, y del otro, celos y jaquecas, nervios y cuchicheos, reticencias de papás, y crónica y chismes de viejas santurronas, de lenguas que acomodaban malicias y delaciones como granos de dinamita en las profundidades del secreto y de los escrúpulos de conciencia.

Los bailes de escote que se disponían en las Academias de baile como de Espino, de Marchena, etc., tenían

otro carácter y no aluden á ellas las descripciones anteriores.

Abro en este lugar un largo paréntesis para que en él quepa y macolle un recuerdo, que no viene al caso, intempestivo y escurridizo probablemente, equivocado é intruso; pero que me surge, me subyuga y al que no puedo resistir.

Ni reconoce encadenamiento ni le encuentro fecha cierta, y sin embargo ó lo pongo aquí ó no puedo seguir. Hace el efecto en mí que una mosca terca en la punta de mi nariz, ó que un cabello atravesado en los puntos de mi pluma, ó que el desesperado chillar de un rorro cuando busco anheloso un consonante que no puedo encontrar, ó cuando da en chirriar un carro cuando quiero seguir con delicia las armonías de una cajita de música.

Este hecho, que no puedo recordar con exactitud á qué época pertenece, es el de la famosa lucha *de un Torito mexicano contra un tigre africano.*

El empresario de la Plaza de Toros de San Pablo, hombre despabilado y de recursos, como ahora se diría, se halló, cuando menos se lo pensaba, un tigre de deveras con su piel pintada y sus ojos de llama; sus afiladas garras y su rugir feroz.

Y el que había agotado las corridas de galgos y liebres, que había soltado á los toros buldogs tremendos para solaz de la multitud, que era sin par para *huehuenches* en burro y á pie, palos ensebados, barriles y suertes mortales, se encontró un tesoro con poder anun-

ciar con inaudito escándalo la lucha del toro y el tigre.

Como un reguero de pólvora recorrió la noticia los barrios todos de la ciudad, y lo mismo en la escuela que en el taller, lo propio en las oficinas que en las sacristías, se altercaba, comentaba y predecía la noticia y el éxito probable de la lucha.

En el centro de la plaza de toros se construía con afán desusado una jaula circular de vigones enormes enterrados en el suelo y ligados con cables y cadenas; la jaula se comunicaba con el toril por un pasadizo cubierto y que ofrecía toda clase de seguridades.

El entusiasmo de la gente no conocía límites, se inventaban estampas y llovían versos; puestos y vendimias se contruían en la exterior de la plaza y alcanzaron precios fabulosos los boletos de las localidades más incómodas y plebeyas.

El empresario no pudo resistir á que se expusieran los luchadores á las miradas del público ansioso en los departamentos respectivos.

Con la tropa conveniente y el orden más estricto, recibieron los personajes del duelo forzoso el culto público de la capital.

Aquellas entrevistas, aquella contemplación de las fieras produjeron efecto singular.

Crearon partidos, despertaron simpatías vivísimas ya por el toro, ya por el tigre, convirtiéndose, sin saberse cómo, en remedo de insurgentes y gachupines, como un duelo entre Calleja y Guerrero, y aquello fué una gloria.

Cada fiera tuvo su cohorte que daba cuenta de su po-

sición, del estado de su salud y de su tristeza y alegría. Al toro mexicano los *léperos*, á su modo, se esforzaban por hacerle comprender que le estaba encomendada la honra nacional.

Las chinas encomendaban á Dios al torito, y si hubieran podido le habrían llenado de estampas y escapularios.

Los altercados entre la gente del bronce terminaban en riñas feroces, como si se tratase de discípulos de los futuros guerreadores.

Llegóse por fin el gran día: en las gradas, lumbreras y tendidos, se presentaban las hileras como macizas; como por bloks centelleaban millares de ojos, se destacaban figuras en todas actitudes, se balanceaban del tendido bustos y piernas, en el sol, entre toldos, paraguas y sarapes colgados para modificar sus ardores.

Y en la sombra, levitones y calzoneras en primer término, y ascendiendo, plumas, entorchados y encajes, joyas y sedas hasta rematar con mosaicos de tápalos de riquísimos colores.

La inquietud era febril y la música hacía surgir sus acentos metálicos de entre voces que como que los sofocaban con poder tangible y material.

Los diez mil espectadores parecía que se habían convertido en estatuas al cesar la música.

El tigre, sea porque no tenía conciencia de su papel, sea por lo bien hallado que se encontraba en aquel espectáculo, sea porque con imprudencia se le condenó á rigoroso ayuno, estaba tristón y meditabundo. . . .

El toril se abrió, y atravesó rápido el pasadizo descrito el toro más listo, más hermoso y simpático de cuantos había producido la famosísima hacienda de Atenco.

A la entrada á la jaula se admiró al bicho en su soberbia belleza: cuernos pequeños y relucientes, orejas inquietas, ojos de fuego, ancho y chino morrillo, flexible lomo, cola azotadora. La multitud, al verlo, prorrumpió en tempestuosos aplausos.

El tigre vió con desprecio la llegada de su adversario; pérfido y como dormitando dejó pasar al toro; pero de repente un rugido espantoso y un salto tremendo anunciaron al terror de los bosques de Oriente; el tigre cayó sobre un lado del toro trepado sobre él enterrandole sus garras, haciendo brotar sobre su negra piel chorros de sangre. . . .

Rengueaba moribundo el noble toro, mientras los ojos del tigre despedían llamas y embarraba su hocico con siniestro gruñido con la sangre de su víctima.

La música clamoreaba no se qué de feroz alegría. La multitud abandonó sus puestos sin que se le pudiera contener, cercó la jaula y alentaba al toro con gritos, con súplicas y con ardientes lágrimas.

El toro parece que comprendio. . . . y por un esfuerzo terrible, inexplicable, súbito y. . . . acaso pudiera decir sublime, se sacudió impetuosísimo, desencajó al tigre de sobre sus lomos, lo derribó, y rapidísimo. . . . más rápido que el más veloz relámpago, hundió una, y diez, y mil veces sus aceradas astas en el vientre del tigre, regando sus entrañas por el suelo y levantando

después su frente que aparecía radiosa con aquella inconcebible victoria.

La erupción del entusiasmo entonces causaba terror: era el derrumbamiento de un mundo, era la mar en su furor más pronunciado y terrible: lloros, gemidos, aullidos, alaridos espantosos hacían temblar la plaza.... las cabezas formaban oleajes, el estampido de millares de voces no se semejaba á nada humano y conocido.

Sin saber cómo ni de dónde aparecieron flores y listones que caían como ráfagas de lluvia sobre el toro, al que le decían piropos, le tiraban besos, lo querían retratar;.... y el toro sangrándose....parecía un monarca, no por otra cosa, sino por la silenciosa majestad con que recibía los homenajes de su pueblo....

Una reunión considerable de personas se acercó al empresario pidiendo le permitiese pasear en triunfo al toro que había elevado tan alto el nombre mexicano. Se accedió, y entonces un paseo triunfal que no habrían desdeñado los Emperadores Romanos, se verificó, exhibiendo al toro entre vivas, músicas y cohetes por el espacioso barrio de San Pablo, mansión, palenque y teatro de glorias de la flor y la nata de la gente de bronce.

Algún tiempo después de este suceso, se veían en muchas pulquerías, cuadros al fresco representando la lucha descomunal del Torito Mexicano y el Tigre Africano.

III

Colegio de Letrán.—Callejón de López.—Lacunza.— Su cuarto.— Conversaciones y confidencias.—Lecturas.—La Academia de Letrán.—Juan Lacunza.—Ferrer.—Joaquín Navarro.—Quintana Roo.— Carpio.— Don Manuel y Don Alejandro.— Pesado.— Rodríguez Galván.— Ignacio Ramírez.— Aguilar y Marocho.— Munguía.— Fernando Calderón.—Juan N. Navarro.—Alcaraz. —Tornel.— Gorostiza.—Collado.—Taller de Villanueva.—Mis relaciones con Fernando Calderón.—Reflexiones sobre la Academia.—Costumbres y obras originales —Aduana.—Un ladrón que se denuncia.— Descripción de la Aduana.— Sus labores.— Edificio.—Dolores y gozos.—El empleado viejo.—Vida alegre.— Café de Véroly.—Ribot.—Requena.—Tola.— Cela.— Cartucheras al cañón.—Calaveradas.—Vinatero ó Gregorito.—Los frailes.—La Iglesia y sus bienes.—Fiestas mundano-religiosas — Especulaciones, intrigas, educación.—El Tata Padre.—Monjas y milagros.—Literatura mística.—Los conventos.

El Colegio de San Juan de Letrán, de que tantas veces he hablado, era un edificio tosco y chaparro, con una puerta cochera por fachada, un connato de templo de arquitectura equívoca y sin techo ni bóvedas, que pudiera pasar por corral inmundo sin su careta eclesiástica y unas cuantas accesorias interrumpidas con una casa de vecindad, casucas como pecadoras con

buenos propósitos, que parecían esperar la conclusión del templo para arrepentirse de sus pecados.

La espalda del edificio, era como hoy el Callejón de López en su parte más amplia porque tenía entrada obscura y sucia de embudo y se dilataba bajo las inteligentes miradas de la ventanería de las celdas ó departamentos del Colegio.

Ya entonces el Callejón tenía la boga escandalosa que hoy le da fama y le acreditaban hetairas de gran renombre, sin irrupciones bruscas del extranjero á esa socorrida *industria* nacional.

Había la gran diferencia, de que en vez de retretes con techos de seda y cortinajes; en vez de consolas, burós, espejos, lámparas, mesas de nogal y sillones, había paredes descascaradas. Un santo con su lamparilla ardiendo; el brasero á la puerta, la cama escondida; estampas de colores chillantes representando escenas de Atala y de Guillermo Tell; soldados recortados á tijera, pegados á la pared con engrudo, alternando con avisos de toros; sillería de tule y mesilla de palo blanco con manchas de grasa, tinta y cicatrices de cortapluma, con jarros ahumados y botellas. Solía alguna maltratada guitarra protestar contra tanta miseria y abandono, ó algún tocador ó renovado tinajero dar idea remotísima de los encantos del hogar. Con vigas podridas, húmedas, sin luz, con furias desmechadas por sirvientas, y mujeres desvergozadas por matronas, tales eran aquellos antros de degradación.

El colegio, en el interior, estaba dividido en dos ex-

tensísimos patios de todo punto desguarnecidos, ruinosos y sombríos.

En el centro del primero había una gran fuente; limitaba uno de sus lados la alta pared del templo, soberbia para jugará la pelota; al opuesto lado, una galera, con estrechas ventanas como de macheros, con angostas bancas de palo blanco y toscas mesas con chorrones de tinta, sus pautas y plomos, su cántaro con tinta y su olla con agua negruzca, con su jarro de hojalata, estaba la escuela primaria.

El segundo patio era propiamente un corral con sus caballerizas inmundas y un antro negro, pestilente, donde en medio del humo se percibía una harpía jorabada y harapienta que era la cocinera; cocina que de sólo imaginada habría producido un ataque nervioso á Brillat de Savary. En un costado de ese patio había una higuera en la que tuvieron mis colegas sus primeras nociones de gimnasio.

En los corredores de la parte superior del primer patio había salones para las cátedras, y el cuarto del Rector que era un *pandemonium* de libros y sillas de caballo, trastos y santos, la capita azul para las aventuras amorosas y la caja de hojalata que encerraba la gran borla de doctor y la beca que lucía con garbo en toda clase de solemnidades.

En el pasillo para el segundo patio estaba la biblioteca, materialmente enterrada en el polvo, con los estantes desbaratados y cortinajes de telarañas sobre sucios vidrios de las ventanas; había sus cátedras y

dormitorios, y en uno de los ángulos un callejoncito como vaina, obscuro y puntiagudo que remataba con tres cuartos. En uno de ellos vivía el Sr. Lic. D. José María Lacunza.

Frente levantada, hermosos ojos negros, grueso y patilludo, cuello apenas saliente de su ancho pecho y robustos hombros, actitud reflexiva, hablar sonoro, redoblando la erre de un modo particular. Su traje descuidado, pero sin poderse tildar de soso ni de sucio.

Su cuarto, que propiamente podría llamarse celda, con sus altas ventanas, sus desnudos ladrillos y su cancel en la puerta, estaba totalmente tapizado de libros, sin más claros que el que ocupaba una angosta mesa que sería calumnioso llamar bufete, y en un extremo de la pieza y en el opuesto un catre aislado y como llevado con carácter provisional á aquel lugar. Completaba el ajuar una mesilla de palo blanco, y en ella, ó provocando, ó atestiguando el apetito del dueño, una portavianda de hojalata y un cántaro poroso con agua pura. En esa mesilla solían hacer sus sacrificios á la gula los retoños de las siete partidas y del Conde de la Cañada, tertulianos de Lacunza.

Lacunza era hijo de un próbido y distinguido magistrado, conocido por algunos opúsculos y poesías subscriptas con el anagrama de *Can-Azul*. Huérfano, lo mismo que su hermano Juan, en edad muy temprana, quedó bajo el amparo de su tía Doña Guadalupe Blengio, que era el tipo más acabado de la matrona colonial.

Era pequeña de cuerpo, de hundidos labios y ojos vivísimos; su zorongo con su punta, su tosco pañuelón de abrigo cruzado en el pecho, su purillo delgado en la boca y su andar expedito y desembarazado.

Esta venerable señora fué la madre de los Lacunza; los cuidaba y mantenía, los doctrinaba y mimaba con inagotable ternura.

José María Lacunza fué ejemplar en su gratitud para su bienhechora. No obstante hacer vida de anacoreta en el Colegio, no pasaba día que no fuese á besar la mano de su tía, y cuando ésta se enfermaba, Lacunza la curaba, le daba sus baños de pies y la mimaba, y este tratamiento lo mismo fué cuando era un simple colegial que cuando ocupó las más altas dignidades del Estado.

En el Colegio se distinguió Lacunza desde sus primeros estudios, y su acto de filosofía fué un verdadero acontecimiento. Fué padrino del acto el Sr. Pedraza, quien quedó tan complacido de los talentos y de la sabiduría del joven actuante, que cuando terminó el acto le dió como gala, en una tira de papel que arrancó á un periódico, una orden para que D. J. B. Sisos, encargado de la casa de Adone Hermanos, le suministrase una mesada de diez y seis pesos hasta que concluyese su carrera.

Siguió Lacunza sus estudios, se dedicó á las ciencias naturales por sí mismo, supliendo con mil trabajos sus instrumentos de física y su laboratorio químico; aprendió sin maestro varios idiomas, entre ellos el

inglés que poseía con rara perfección, y se dió á conocer en literatura con una oda sobre la invasión de Barradas, que le valió justísimos aplausos.

Una memoria prodigiosa, una palabra fácil y elocuente, una perseverancia en el estudio que rayaba en tenaz y viciosa: tales eran las dotes de Lacunza.

Daba ó suplía las cátedras todas del Colegio con sorprendente aptitud, citando páginas y renglones en cualquiera de ellas para sus réplicas ó controversias.

Afeaban este hermoso talento dos defectos capitales. El primero, cierto amor al sofisma que todo lo embrollaba; cierta sutileza, cierto tornasol de argumentación que, fomentado por el amor propio y el hábito autoritativo, le valieron el título de «Cubiletes,» porque en las discusiones tal parecía entregarse á juegos de prestidigitación.

El otro de sus defectos era la frialdad: ni el amor levantó jamás tempestades en su corazón, ni la ambición le arrebató un minuto de sueño. Contento con su vida monjil y sus pocas necesidades, la codicia para nada le preocupaba, y su tía y su hermano sabían más que él lo que necesitaba y lo que ganaba.

En las grandes cuestiones hacía de su cerebro un pizarrón, en el que planteaba un problema que seguía inflexible é invariable sin que le envanecieran los triunfos ni le arredrasen las derrotas.

En la discusión se complacía en robustecer, levantar y dar apariencias indestructibles á los argumentos de su adversario y luego los deshacía fácilmente, los

volvía espuma y humo, sin efectarse, sin jactarse, como desbarata un niño un palacio de naipes.

Resultado de uno de esos problemas fué su activísima participación en la paz de los Estados Unidos, lo mismo, estamos ciertos, fué en la cuestión del Imperio. Problemas matemáticos equivocados, sin odio y sin amor, sin tener en nada su individualidad en los resultados de esas operaciones.

No creía en nada; la consecuencia era cuestión de método: hacía el bien porque le parecía lógico, el mal lo explicaba por las leyes de la gravedad.

Su gran pasión fué la lectura; devoraba libros que daba miedo, pasaba tres y cuatro horas boca arriba con un libro en las manos, como de piedra, sin dar señal de vida, más que al voltear las hojas.

Tenía poquísimos amigos, entre ellos Iturbe y Vicente Gómez Parada; no obstante su retraimiento, su trato en público era agradable; guardaba, como Lerdo, todas las fórmulas de la buena sociedad, y cuando sus discípulos ó conocidos le consultaban sus dudas, se complacía sinceramente en estudiar con ellos y resolverles sus dificultades. En cuanto á lo que se llama mundo, Lacunza era un niño. . . .

Delgado como una caña, pálido, de ojos de relámpago y movimientos rápidos y nerviosos, boca bien hecha pero con dentadura trunca y podrida, voz melíflua, risa franca, Juan N. Lacunza formaba, en mucho, contraste con su hermano.

Gran jugador de pelota y billar, compartiendo su

tiempo entre el estudio, los juegos y el teatro, tan pronto asombraba en un informe de la Corte, como llevando la bolea en la pelota ó deleitando con sus versos, sus chistes y sus simpáticas maneras en el teatro de los Gallos á Cayetana la «Manitos» y las aprovechadas discípulas de Isabel Rendón y Joaquina Pautret, que estaban entonces pintando en el ocho.

Juan Lacunza era á José María en las reducidas proporciones de este cuadro, algo parecido á lo que Juan de Molendino y al Arcediano, en la célebre novela de «Los Misterios de París.»

Otro concurrente asiduo al cuarto de Lacunza era Manuel Toniat Ferrer, de veintidós á veinticuatro años, rubio, de ojos azules, silencioso, sentimental y melancólico. Como los Lacunzas era abogado, contemporizaba con Juan y amaba con adhesión apasionada á José María.

Su padre fué el ilustre Lic. Ferrer, sacrificado impíamente por Venegas en odio á su gran talento y á las ideas liberales que profesaba.

De educación femenil delicada y piadosa, al lado de personas caritativas, de quienes era ídolo, su carácter era dulcísimo y sus inspiraciones poéticas, no son hijas de la inspiración y del pensar profundo, eran como emanaciones delicadas que se exhalaban espontáneas del caliz de su corazón.

Era Manuel tímido como una paloma y modesto como la violeta; sonreía como declarando su poca valía, su habla tenía un sonido casi quejoso, y se hacía notar

por cierta manía de golpear de la respiración en la nariz.

El último de los cuatro tertulianos era yo, á quien de sobra van conociendo los lectores como si les hubiera nacido en la palma de la mano.

Los cuatro personajes (vamos, ¿y por qué no les he de llamar personajes?) fueron los cuatro fundadores de la famosa Academia de Letrán.*

Ahora vamos á decir cómo se formó la dichosa Academia.

Concurrían á hora determinada los nombrados, al cuarto de Lacunza, y tan de su gusto era la tertulia, que éste se daba traza para que no lo distrajese ocupación chica ni grande.

Arrellanábase en su sillón, con su levita café de trabajo, en que reía insolente uno que otro chirlo con licencia absoluta; ni había gorrito, ni pantufla, ni nada del uniforme de bufete, como hoy se estila.

Juan con su saquito gris, Ferrer y yo con nuestros sendos barraganes. Todos con nuestros rollos de versos en los bolsillos; Lacunza J. M. se contoneaba; leía gravedoso y pausado, leía v. g. su composición *A las Estrellas.*

"Como se precipitan piedra á piedra
"los muros de los viejos monumentos,
"tal de mi corazón los sentimientos
"van falleciendo ya.

* José María y Juan N. Lacunza, Manuel Tonat Ferrer y Guillermo Prieto.

Después de leer el autor la composición, pedíamos la palabra para hacer notar sus defectos, y á veces aquella era una zambra tremebunda.

Por estricta mayoría se aprobaba ó se corregía la composición. Tenían ostensiblemente aquellos ejercicios literarios el aspecto de un juego; pero en el fondo, y merced al saber de Lacunza, los nuestros eran verdaderos estudios dirigidos por él las más veces. Con el pretexto de una imitación de Herrera ó de Fray Luis de León, disertaba sobre la literatura española; otras, presentando alguna traducción de Ossián ó de Byron, hablaba sobre la literatura inglesa, y nosotros, para no quedar desairados, con varios motivos *la brillábamos* dando nuestros saludos á Goethe y Schiller, ó yéndonos á las barbas á Horacio y á Virgilio.

Más de dos años duraron los ejercicios, encerrados en las cuatros paredes del cuartito de Lacunza; pero algo se trasporaba de nuestras tertulias, y un tanto nos aguijoneaba el deseo de procurarnos otros amigos inficionados de la propia maletia de las copias.

Una tarde de Junio de 1836, este deseo no se por qué tuvo mayores creces, y resolvimos valientemente establecernos en Academia que tuviera el nombre de nuestro Colegio, instalándonos al momento y convidando á nuestros amigos, siempre que tuvieran nuestra unánime aprobación.

Y diciendo y haciendo, nos pusimos en tren de inauguración, pronunciando el discurso de apertura Lacunza J. M.

No sé cómo pasaron las cosas, que estando los mismos comensales, sin cambiar de sitio y sin incidente nuevo, cobró el auditorio cierta compostura y el orador tales ínfulas, que aquel fué un discurso grandilocuente, conmovedor, magnífico.

Terminado el discurso, entre abrazos y palmoteos, parecía dirigirnos el jarro de la agua de la mesita vecina miradas de frío desengaño.....

—Falta el banquete, dijo Juan; hagamos una requisición de bolsillos.....

La colecta produjo real y medio.

Era necesario desechar el licor y los bizcochos.

Convenimos en la compra de una piña y en aprovechar algunos terrones de azúcar que esperaban envueltos en un papel el advenimiento del café.

Rebanóse la piña, se espolvoreó sobre ella el polvo de azúcar y..... el banquete fué espléndido, amenizado con ruidosas improvisaciones.

A la sesión siguiente de la Academia ya figuraron en el cuarto de Lacunza, Eulalio M. Ortega, Joaquín Navarro y Antonio Larrañaga. De estos chicos sólo á Navarro no he dado á conocer.....

Los fundadores nos habíamos pronunciado contra todo reglamento: se dictó como ley fundamental, no escrita que el que aspirase á socio presentara una composición en prosa ó verso y que echa la aprobación de la candidatura fuera lo bastante para la admisión.

Leída la composición, su autor le nombraba defensor y se entregaba al debate.

El presidente debía ser el que hubiese tenido mejor calificación en sus composiciones presentadas con un mes de anterioridad, y debía durar la Presidencia un mes, llamando para su Secretario al primero que le ocurriese.

Entre los primeros que presentaron composiciones aspirando á pertenecer á la Academia, descolló Joaquín Navarro, colegial de Letrán que concluía sus estudios y se disponía á abrazar la carrera de médico.

Era Joaquín Navarro un chiquitín cabezón, rubio, de piernas cortas y desmesurado busto, facciones toscas, boca grande y piel salpicada de barros.

Sus movimientos inquietos, su andar precipitado, su palabra atropellada y autoritativa, y la animación que daba su talento á sus discursos y facciones, le hacían muy notable.

Su lógica era poderosa, y la corrección con que hablaba, tan notable, que mil veces los taquígrafos enviaron á la imprenta sus discursos sin una sola enmendatura.

Joaquín hacía versos por condescendencia ó vanidad, sin cuidarse del asunto ni del éxito; era un talento práctico, como ahora se diría, muy capaz de honrar la escuela de Spencer ó de Mill, sin que tales genios le hubiesen pasado por las mientes.

Navarro era consumado ideólogo, y nos sorprendían sus estudios filológicos por lo profundos y trascendentales.

En las discusiones nos obligó al estudio de esas ma-

terias desconocidas cuasi por los literatos; extendía sus excursiones á la prosodia, de que se había ocupado Quintana Roo por primera vez en su célebre polémica con el padre Ochoa,[1] haciendo mención de esa polémica D. Alberto Lista, con honra para Quintana; y en psicología apenas tuvo competidores después, en Quintana, Cardoso y Carpio.

Navarro era liberal exaltado; después de su recepción de médico, que fué brillantísima, sus estrechas relaciones con Cardoso y Farías, le llevaron á la Cámara y á la oficialía mayor del Ministerio de Hacienda, que desempeñó con rara aptitud y probidad. Navarro es el verdadero autor de la ley de 30 de Noviembre, notable por sus ideas sobre crédito público.

Fogosísimo Joaquín, parece que reñía al discutir; intrépido se abalanzaba á sus adversarios como diestro batallador, y cuando se serenaban las tempestades de su naturaleza sanguínea, era dulce, amante, juguetón servicial y excelente amigo. La muerte prematura de Navarro, víctima de una erisipela fulminante, hundió en la consternación á sus amigos y numerosos partidarios.

En una de las tardes, tristona y lluviosa por cierto, llamó á la puerta de la Academia un viejecito con su barragán encarnado á cuadros, con su vestido negro, nuevo y correcto, y su corbata blanca, mal anudada, y un sombrero maltratado con la falda levantada por detrás.

1 No habrá aquí un error? creo se trata de Lloreda. Véase el «Registro Yucateco.» N. L.

Era penoso el andar del anciano; su cuerpo notablemente inclinado. Tez morena, ojos negros muy expresivos y brillantes, y una frente verdaderamente olímpica y llena de majestad.

El viejecito tocó la puerta, y sin más espera se entró de rondón en el cuarto y se sentó con el mayor desenfado entre nosotros, diciendo:

—Vengo á ver qué hacen mis muchachos.

La Academia se puso en pie y prorrumpió en estrepitosos aplausos que conmovieron visiblemente al anciano..... El nombre de Quintana Roo, que tal era nuestro visitante, fué pronunciado por todos los labios y por aclamación irresistible fué elegido nuestro presidente perpetuo.

El júbilo por este nombramiento fué tan ardiente como sincero; nos parecía la visita cariñosa de la Patria.

Quintana á los diez y nueve años fué el consejo y el espíritu levantado del gran Morelos; rico con los sentimientos más puros y benéficos; astro de la pléyade en que brillaban espléndidos los nombres de Zavala, de Cos, de Justo Sierra y de otros esclarecidos políticos; escritor elocuentísimo que dió á conocer en el extranjero los principios de la guerra de independencia, haciendo decir á Blanco White que donde había pensadores como Quintana era imposible la esclavitud; con una aureola novelesca por sus amores con Leona Vicario, heroína encantadora de la guerra insurgente; honrado, sabio, modesto, y con una llaneza que transparentaba la bondad y la finura: tal era nuestro presiden-

te, que con voz trémula de emoción, aceptó su merecido puesto.

Era Quintana distinguidísimo latinista, y su conversación estaba matizada con citaciones de Cicerón, de Horacio y de Virgilio.

Él mismo había pulsado la lira con brío desusado, celebrando las glorias de la Patria; él había prorrumpido en entonación épica al fin de la guerra:

«Renueva, oh musa, el victorioso aliento
«con que fiel de la patria al amor santo,
«el fin glorioso de su acerbo llanto
«audaz predije en inspirado acento.»

En sus escritos sobre minería, en su polémica sobre las formas de gobierno, en su correspondencia con Benjamín Constant con motivo de las libertades de la prensa, el Sr. Quintana fué un monumento de gloria patria y un astro de primera magnitud en nuestra literatura naciente.

En los labios de Quintana, las narraciones de nuestra independencia eran encantadoras; desentrañaba con naturalidad suma los móviles de nuestra emancipación, señalando los talentos guiadores, las inconveniencias de opinión de los instruídos á medias, el poder mágico de los instintos sobreponiéndose á todas las teorías, el fondo de bondad, de amor y redención entre patriotas de distintas posiciones, de diversos grados de instrucción y de categorías que descendían de lo más alto de la civilización para confundirse con la barbarie en medio del desorden.

Fascinaba Quintana cuando hablaba de patria.

Me refería en su casa una noche, las vísperas de la instalación del Congreso de Chilpancingo.

—Morelos, me decía, era un clérigo fornido, carancho, moreno, de grande empuje en el andar y movimientos, de voz sonora y dulce.

La estancia en que estábamos era reducida y con un solo asiento; en una mesilla de palo, blanca, ardía un velón de sebo que daba una luz palpitante y cárdena.

Morelos me dijo:

«Siéntese usted, y óigame, señor Licenciado, porque de hablar tengo mañana, y temo decir un despropósito; yo soy ignorante y quiero decir lo que está en mi corazón: ponga cuidado, déjeme decirle, y cuando acabe, me corrige para que sólo diga cosas en razón.»

Yo me senté, proseguía Quintana: el Sr. Morelos se paseaba con su chaqueta blanca y su pañuelo en la cabeza; de repente se paró frente á mí y me dijo su discurso.

Entonces, á su modo, incorrecto y sembrado de modismos y aun de faltas de lenguaje, desenvolvió á mis ojos sus creencias sobre derechos del hombre, división de poderes, separación de la Iglesia y del Estado, libertad de comercio, y todos esos admirables conceptos que se reflejan en la Constitución de Chilpancingo y que apenas entreveía la Europa misma á la luz que hicieron los relámpagos de la revolución francesa.

Yo le oía atónito, anegado en aquella elocuencia sencilla y grandiosa como vista de volcán; él seguía, yo me puse de pie..... estaba arrobado..... Concluyó magnífico y me dijo: Ahora ¿qué dice usted?

—Digo, señor... que Dios bendiga á usted (echándome en sus brazos enternecido), que no me haga caso ni quite una sola palabra de lo que ha dicho, que es admirable....

—Vaya un Licenciado disparatero, dijo Morelos; y yo quedé asombrado de lo que le habían inspirado su talento y su gran corazón (porque realmente era poco instruído) á ese inmortal caudillo de nuestra independencia.

El mismo efecto que en mí, produjo al siguiente día el discurso de Morelos, en el seno del Congreso, añadió Quintana.

En su trato familiar era Quintana llano y chancero. Le decía en su casa á uno... —¿Usted gusta de tomar algo? por ejemplo: resuello.

—Presento á usted al Sr. Dr. Licéaga, que curó á una gran parte de los que murieron del cólera.

Cuando obligó Santa-Anna á los Magistrados de la Corte de Justicia á que usaran bandas moradas... un soldado le saludó en la puerta de Palacio: —Adiós mi general.

—Sí, del Papa, contestó sonriendo Quintana.

Carpio y Pesado entraron por nuestras puertas como dignos representantes de la literatura clásica.

Estatura regular (plagio de filiación de soldado), frente alemana y calva con un rosquete de cabello sobre la región frontal, ojos azules, apacibles y melancólicos, ropa holgadísima: frac, pantalón azul y chaleco blanco;

continente grave, el cuello como embutido en su ancha corbata blanca. El habla clara y sentenciosa, con un acento especial. Tenía la manía de alzarse de la pretina los pantalones constantemente, cuando estaba de pie.... Tal era el Dr. D. Manuel Carpio.

Sapientísimo médico, tenía conquistada su gloria científica; pero ni de élla ni de su gran mérito literario se envanecía.

Creyente ilustrado y sincero, trascendía su inspiración al perfume divino de la fe cristiana, y en su trato formaban sus virtudes como aureola á su bondad íntima.

En su trato era cortés, pero callado y poco expansivo, formando contraste con su reserva y con su imperturbable seriedad, los dichos agudos y los epigramas saladísimos, que como á su pesar é inconscientemente se escapaban de sus labios.

«Todo lo sabe Don Luis....
¡Como que estuvo en París!

—

Tres ejércitos cabales
de soldados y oficiales
á formar la Europa va.
Que no piense en generales,
porque esos irán de acá.

—

Con h el arte de herrar
tiene Galván Don Mariano:
sin ella digno sería
del Congreso Mexicano.»

Estos epigramas que constan en sus obras, los disparaba sin esfuerzo en la conversación.

Un día le consulté sobre no sé qué asunto importante.

Ya le diré á usted ... Guillermo, ahora tengo una *federación* de ideas en la cabeza, que no me deja pensar.

Un médico pedante me veía un día la garganta en unión del Sr. Carpio....

—Ni duda, dijo el médico, es.... laringitis.

—Vea usted bien, señor Doctor, es *adentritis*, replicó Carpio.

La poesía sublime y grandilocuente le arrebataba: á Homero profesaba amor especial; Píndaro le enajenaba, y los líricos españoles eran objeto especial de su culto, con especialidad Rioja y Fr. Luis de León.

Todos estos conocimientos estaban como bordados y realzados en su cerebro, sobre un fondo de esplendor religioso y tintes de caballerosidad de la edad media.

Pero Carpio aspiraba á producir por sí, se transportaba á su ideal propio, y entonces, en vuelo atrevido recorría las civilizaciones antiguas, y las revivía al soplo de su maravillosa erudición.

La Cena de Baltasar, las Ruinas de Babilonia, pueden dar testimonio de mi dicho. Con qué grandilocuencia exclama en esta última composición:

«Así acabó la reina de las gentes,
«harta de orgullo y de placeres harta,
«como acabó la espléndida Palmira,
«la sabia Atenas y la dura Esparta
«cuyas bellezas el viajero admira.

«Tal vez, tal vez en tiempos venideros
«los sabios de los siglos más lejanos
«irán á ver de Londres opulenta
«los restos entre inmóviles pantanos;
«y en sus inmensas plazas y en sus calles
«pastarán las ovejas y los bueyes,
«y anidarán las aves solitarias
«en los grandes palacios de sus reyes.»

Su misma pulcritud y su corrección misma, perjudicaban la espontaneidad de Carpio; su buen juicio era un gendarme que no dejaba movimiento libre á sus aptitudes poéticas.

Escribía generalmente sus versos en las noches lluviosas y para matar el fastidio, en una piececita larga y angosta que se halla en la cabecera de su sala (calle 2ª de Mesones).

Se proponía consonantes inencontrables, se detenía horas y días hasta hallar un epíteto adecuado, dejando el claro de la palabra ó del verso entero, hasta ajustarlo á su gusto.

Había composiciones que dejaba pendientes, del tiempo de aguas de un año para el tiempo de aguas de otro, en que no salía de casa. Parece que sus musas esperaban el ruido de las canales para visitarlo, como solíamos decirle de broma.

D. Mariano Galván era el único que tenía el secreto de despertar su perezosa musa, obligándole á que le hiciera cada año una composición para su calendario.

Carpio era generoso y consecuente con sus amigos, y tierno, ternísimo con su familia; el desinterés lo llevaba hasta la imprudencia, y se contrariaba de que le

supieran los muchos rasgos de caridad que hacían preciosos sus cuidados para los infelices.

Las ciencias médicas le debieron mucho, y fué de los que con Durán, Escobedo y otros, pusieron los fundamentos de la Escuela que tanto honra á México en el presente.

A Carpio le cupo la gloria de iniciar la revolución médica moderna, con pretexto de combatir el sistema de Brousais.

Couto Don Bernardo, Pesado y Don Francisco Ortega, eran sus amigos predilectos.

Con Ortega quiso establecer en Puebla, en 1821, una Academia, auxiliado por su hermano D. Alejandro, que era filósofo y literato eminente.

Y.... aquí una divagación.

Don Alejandro era el tipo más original que puede imaginarse. Digo original conforme al criterio de hoy; pero comunísimo en su tiempo.

De aquellos colegiales chanceros y abandonados que señalaban su libro con una tortilla ó quitándole la correa á un zapato; que llevaban á su dama de regalo una *torta compuesta* en la bolsa del levitón acabado de estrenar; que para estudiar buscaban un rincón apartado para sentarse en el suelo y que nadie les importunase; que se zurcían un pantalón con trapo de color dudoso y que hacían fungir un cordel de atadero á la mejor de espadas.

D. Alejandro pasaba todos sus ratos de ocio en una barbería de frente á su colegio, tendido á la bartola,

teniendo sobre el pecho un guitarrón soberbio, que pulsaba divinamente.

Pero D. Alejandro era teólogo eximio, jurisconsulto profundo, matemático eminentísimo, y no tenía rival en ciencias naturales; conocía como muy pocos, el griego, el hebreo y el latín, y, entre bromas y chanzas, era maestro de niños, consultor de sabios, y asombro de los hombres de letras.

D. Alejandro influyó muy poderosamente en la educación de D. Manuel, á quien mucho amaba.

Su carácter festivo ha dejado en la tradición numerosas anécdotas.

Le preguntaba una vez en los corredores altísimos del Colegio, un colegial muy tonto: —Si cayera yo de aquí al patio, ¿qué me sucedería, D. Alejandro?

—Según, hijo; si fuese de cabeza.... nada.

Porfiaban unos colegiales hacia dónde quedaba la Capilla del Señor de los Trabajos, situada al Poniente de Puebla.

—Allí, allí, decía señalando al Oriente el más lerdo, doblando el brazo.

—¡Bárbaro! dijeron todos....

D. Alejandro dijo: Tiene razón. Este siempre apunta con el codo.

Carpio, por su natuleza, era aristócrata; pero un aristócrata ideal, es decir, los grandes señores con su esplendor, sus hazañas, su magnanimidad y sus vicios, le entusiasmaban; pero, al tocar la realidad en sus re-

laciones con nuestros ricos, se aislaba, y se encerraba en su aislamiento.

Hablaba mal y difícilmente, impacientándose de su tarda expresión. Pocas veces, aun en los cuerpos deliberantes, usó de la palabra, aunque era muy solicitado su consejo en los más importantes negocios.

Carpio D. Manuel nació en Cosamaloapan en 1790.

Aquel apuesto caballero de ojos azules, cabello levantado sobre una hermosa frente, nariz afilada, un tanto curva, boca preciosa con dentadura blanquísima, y porte ligero, franco y simpático...., ese es D. José Joaquín Pesado.

Su voz era musical y dulcísima, aunque cierto dejo nasal la acentuaba.—¿Cómo va, Príncipe?—Era el saludo á sus amigos.

A primera vista parecía el político y el hombre entregado á los negocios, como entendido cosechero de tabaco.

Algunos políticos le juzgaban liberal exaltado, por sus escritos en la *Oposición* que redactó en unión de Olaguíbel, de Couto y de Ortega, y por sus relaciones con Farías, Mora y otros prohombres de la Administración de 1833. Otros le juzgaban veleidoso y poco fijo en sus ideas, sobre todo cuando fué Ministro de Don Anastasio Bustamante. Pero aquí me estoy ocupando preferentemente del poeta.

Sea su natural timidez, sea su espíritu contemporizador, sea su vastísima lectura y su admiración por los clásicos, Pesado era realmente esclavo de la forma. Su

refinada pulcritud le encadenaba, y cierta desconfianza de sí mismo le inclinaba más á imitar y traducir que á exponer frutos de sus huertos.

La lectura incesante de los Santos Padres y de los místicos, hacía que en sus conversaciones mismas se notasen giros que despertaban recuerdos de David, de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz.

Pero lo que sin duda le impresionó profundamente en sus primeros años, hasta amoldar á ello sus composiciones y su vida intelectual, fué la historia del pueblo judío. La sabía de memoria y la comentaba identificándose con sus glorias, engrandeciéndose con sus profetas, tronando con Isaías, gimiendo con Job, balanceándose voluptuoso en el Cántico de los Cánticos, y entonando himnos bélicos en las luchas de los Macabeos.

Había descubierto bellezas en los libros de Ruth y Débora, que nos dejaban atónitos.

Entre Pesado y Carpio habían construído una Jerusalén de cartón y corcho, en las piezas interiores de la casa de Pesado (calle del Angel), con sus calles, sus templos, sus piscinas, sus huertos, y cuantas particularidades pueden imaginarse; y cuando Pesado hacía explicaciones, asombraba su elocuencia, su erudición y la naturalización de aquellos santos lugares.

Palpaba uno que él estaba en la convicción de haber visto el templo de Salomón, de haber sentido sobre su piel las auras del huerto de los Olivos, y de haberse sentado solitario y silencioso á las orillas del Mar

Muerto, dejando correr sus lágrimas por el aniquilamiento de Sión.

La verdad de estos sentimientos se ve en sus traducciones de Isaías y los Salmos, y tanto se dió á estos ejercicios, que la invectiva en Pesado, es hija las más veces de la condescendencia con la costumbre y no de la inspiración.

Antes de estos dos poetas, con excepción de Navarrete y Tagle, ni entre los copleros del virreinato, ni en la Arcadia, ni en otra parte alguna, se encuentran inspirados vates, porque el grande Heredia que tanto merece es una gloria cubana, y Couto, Barquera, Ximeno, y algunos otros, apenas pasaron como estrellas filantes por el cielo de las concepciones poéticas.

Y sea porque aun los ingenios se contaminaban en las aulas con el mal gusto de los siglos XVII y XVIII, sea porque encontraban estrechos horizontes en la imitación de los poetas españoles en las fatales épocas las del gongorismo ó por lo que se quiera, Carpio mismo, Pesado, Tagle y Navarrete, cometían faltas garrafales de prosodia y de métrica, de que se corrigieron en la Academia de Letrán, á la que se debe sin duda, la regeneración literaria de México, ó, mejor dicho, los primeros vagidos de su emancipación.

Pesado elegía los asuntos de sus composiciones, los estudiaba y los maduraba con toda conciencia.

Se sentaba á escribir en un bufete limpio y ordenado, con sin igual compostura y limpieza, tenía gallarda le-

tra y sus manuscritos podían pasar de sus manos á la imprenta sin corrección alguna.

Escribía y consultaba á sus amigos, adoptando sus correcciones.

De esta suerte, Couto en su célebre *Salmo:* «En un sauce ludibrio del viento,» substituyó la octava de Pesado, con la que dice:

«Los levitas oyeron de noche
Dentro el Sancta Sanctorum augusto,
De terror penetrados y susto,
Pasos varios huyendo en tropel.
Y una voz que les dice:—Salgamos
Presto, presto del techo inseguro.
¡Ay del pueblo, del templo, del muro,
Ay de tí, desdichada Salem!»

Pesado la adoptó, embelleciendo con ella su magnífica traducción.

La prosa de Pesado, es fluída, armoniosa y castiza, y en su novelita intitulada *El Inquisidor de México*, hay descripciones tan encantadoras como la siguiente. Se habla de la feria de Jalapa con motivo de la llegada de la flota:

«La diversidad de concurrentes daba mayor animación al cuadro y entre la variedad de trajes y figuras, eran de ver los indios de ambos sexos cuyas formas bien compartidas, tez bronceada y cabellos lacios y negros, resaltaban notablemente, con sus blancos vestidos de algodón. Y para que ningún matiz faltase á esta reunión de castas y figuras, se hacían notar no pocos

esclavos negros como azabache, galanamente vestidos y con collares de plata, en que según la costumbre de aquel tiempo estaban grabados el precio del esclavo y el nombre de su dueño.»

«Por último, las varias diversiones que allí había, daban no poco que atender al que quisiera observarlas. En una parte, mantenía la pelea de gallos en un silencio maravilloso á la multitud; ni una palabra, ni una respiración fuerte se escuchaba, mientras los bravos combatientes se disputaban el triunfo; mas apenas la voz del pregonero declamaba la victoria de uno, con las palabras de estilo de: *se hizo grande* ó *se hizo chica la pelea*, cuando resonaban los acentos de la música y comenzaban con más ó menos animación, mil controversias acerca del lance que acababa de acontecer. En otra, apostaban no pocas personas, gruesas sumas en los juegos de azar. Quiénes pescaban en el río, quiénes paseaban en los bosquecillos vecinos. Y en tanto el indio mesurado al son del harpa, del tamboril y el *teponaxtle*, bailaba adornado de plumas y con sonajas en la mano, la grave danza de Moctezuma, ó armado de espadas y toscos broqueles de madera, remedaban con grosera pantomima en otro baile marcial, las batallas más notables de la Conquista.»

La influencia benéfica de Pesado y Carpio en la Academia consistió en el ejemplo que nos supieron dar de modestia, de decoro y de admiración del ajeno mérito.

Laureados por la estimación pública, distinguidos entre las más notables eminencias, llenos de honores

y en elevada posición social, no sólo se mezclaban y confundían con nosotros, sino que escuchaban nuestras observaciones y adoptaban muchas enmiendas con sincera humildad.

Yo de mí, sé decir, que cuando comparaba mi insignificancia con la valía de aquellos grandes maestros, cuando oía á Pesado decir á Joaquín Navarro: dicte usted Príncipe, dicte usted para poner este mejorcito, ó cuando Carpio le decía una vez á Fernando Calderón: «No mintamos,..... yo en mi vida tendré la admirable facilidad de usted....» cuando yo presenciaba esos actos de modestia, digo, sentía que la vanidad es una excrecencia que nace y se desarrolla en las naturalezas débiles y dañadas.

La concurrencia á las sesiones de la Academia era cada vez mayor, presentándose sucesivamente Eulalio Ortega con su *Netzula;* Larrañaga con su *Lucero de la Tarde;* D. Francisco Modesto de Olaguíbel, á quien conocemos; D. Joaquín Cardoso con un discurso magnífico sobre la insurrección; Munguía, y Aguilar y Marocho, el uno con su estudio sobre Abelardo, el otro, con una disertación sobre Bossuet.

Hablaré especialmente de la recepción de estos tres, de la de Rodríguez Galván y de la de Ignacio Ramírez, indicando muy someramente los ingresos de Fernando Calderón, Ramón Alcaraz, Juan Navarro, Casimiro del Collado, Tornel, el P. Guevara, Gorostiza y otros que dieron justo renombre á las letras mexicanas.

Enjuto de carnes, y de color amarillo de cera el cu-

tis, pecoso, escurrido, casi vulgar era Munguía. Tenía aspecto como de enfermo recién salido del hospital.

Los que le conocían nos contaron que era hijo de un pueblecillo humilde de Michoacán; que había ido á Puruándiro en calidad de dependiente de una tienda mestiza; que en ésta le conoció casualmente el gran Obispo D. Juan Cayetano Portugal, quien le impartió su protección poderosa, llevándole al Colegio de San Nicolás, donde hizo progresos asombrosos, y puso el pie en el sendero que debía llevarlo á los triunfos que obtuvo después.

Enriquecido con brillantes y sólidos estudios, dado á conocer en literatura por sermones elocuentísimos y estudios gramaticales de gran valía, se creía que venía á México con el objeto de seguir la carrera del foro.

Ignacio Aguilar, enteco, todo arrugas, con una nariz puntiaguda que danzaba sobre una boca ancha é insolente, cuello plegado que parecía quebrarse, y ojos pequeños, observativos y burlones, revelaba en sus palabras más insignificantes un talento de primer orden, tan claro como bien cultivado.

Munguía gustaba de las relaciones íntimas, en cuyo seno era expansivo y amable, notándose desde luego en su trato, como dos personas diferentes: una de antes y otra de después de las comidas. Esto dependía de su penosísima enfermedad de estómago. Digería muy difícilmente, y en ese período estaba flatoso y de mal humor; se desabrochaba el vestido, le agobiaba la modorra, buscaba la soledad y le irritaba la contradicción.

En las mañanas, ¡cómo nos encantaba con su erudición y con su verba! ¡cómo nos parecía increíble que en todos los ramos del saber humano hubiese acumulado tan caudaloso saber!

Su constante encierro, su perpetuo estudio, y sus hábitos de catedrático, le hacían un hombre sin mundo y de marcada insuficiencia para los negocios. Era disputador y susceptible como un colegial malcriado.

Aguilar era más de rumbo y trueno; se filió entre los liberales, y Cardoso y Otero fueron sus amigos predilectos. Cultivaba la sátira Aguilar con mucho éxito, y era naturalmente gracioso. Sus versos son fáciles y sonoros; y los hechos á Juan José Baz con motivo de los sucesos del Jueves y del Viernes Santo de 1857, son acabado modelo de chiste intencionado y de galanura poética.

La entrada de estos caballeros á la Academia, aumento el depósito de erudición religiosa, ya muy rico con los conocimientos especiales de Carpio, Guevara, Ortega, Pesado y otros que podrían llamarse, sin exageración, lumbreras del Cristianismo.

Sin anuncio, sin ruido, y como caído de las vigas, apareció una tarde de sesión un pliego dirigido al Secretario de la Academia, es decir, al primer chico que había á las manos el Sr. Quintana, y á quien hacía fungir de tal.

Abrióse el pliego en medio de la más grande curiosidad, y Lacunza José María leyó su contenido.

Era una oda, en la que se figuraba el autor hundido

en un calabozo obscuro, y que tendía los brazos á unos que llevaban antorchas en las manos; pero, impotente para hacerse escuchar, é inmovilizado por sus grillos, se restituía á la obscuridad, que en su despecho, creía merecida.

La versificación era trabajosa y brusca, el sentimiento ternísimo, las imágenes vivas y aspirando á una novedad muy cercana á la extravagancia. Trascendía la oda á la escuela romántica, pero indudablemente revelaba un ingenio superior.

Después de un reñidísimo debate, en el que por primera vez se pronunciaron los nombres de Dumas y Víctor Hugo, y vimos relucir los aceros de clásicos y románticos, nos comisionaron á Lacunza y á mí para contestar al poeta anónimo, y ambos en un abrir y cerrar de ojos, presentamos la siguiente cuarteta, que fué aprobada:

«A la voz de los cantos y dolores
nuestra alma en tierna comunión responde:
si hoy el mérito tímido se esconde,
la gloria un día le ornará de flores.»

A la sesión siguiente se presentó Ignacio Rodríguez Galván, con su gran capa azul, su sombrero en la mano, su raya abierta en el negro cabello, sus dientes sarrosos, su mirada melancólica y tierna, sus piernas no muy rectas, y su conjunto desgarbado y encogido.

Entró deshaciéndose en caravanas; le abrazamos, y tomó asiento, escupiendo sin cesar, y con unas manos

grandes, gruesas y mal hechas, que no tenía quietas un momento.

Leyó Rodríguez una composición fantástica, al través de cuya bruma se percibió la llama de un amor delicadísimo y apasionado, á una actriz modelo de virtudes, que era la rosa de oro del Teatro Principal.

Ramírez tuvo un *debut*, como ahora se dice, mucho más interesante.

Pero yo, para hablar de Ramírez, necesito purificar mis labios, sacudir de mi sandalia el polvo de la Musa Callejera, y levantar mi espíritu á las alturas en que conservan vivos los esplendores de Dios, los astros y los genios.

Una tarde de Academia, después de obscurecer, percibimos, al reflejo verdoso que comunicaba á la luz, el velador de la bujía que nos alumbraba, en el hueco de una puerta un bulto inmóvil y silencioso, que parecía como que esperaba una voz para penetrar en nuestro recinto.

Lo vió el Sr. Quintana, y dijo: adelante!

Entonces avanzó el bulto, y con una claridad muy indecisa vimos acercarse tímido á la mesa del Presidente, un personaje envuelto en un capotón ó barragán desgarrado, con un bosque de cabellos erizos y copados por remate.

—¿Qué mandaba usted?

—Deseo leer una composición para que ustedes decidan si puedo pertenecer á esta Academia.

—Siéntese usted.

Sentóse Ramírez junto al Sr. Quintana, y entonces, dándole de lleno la luz en el semblante, le pudimos examinar con detención.

Representaba el aparecido 18 ó 20 años. Su tez era obscura, pero con el obscuro de la sombra; sus ojos negros parecían envueltos en una luz amarilla tristísima; parpadeaba seguido y de un modo nervioso; nariz afilada, boca sarcástica. Pero sobre aquella fisonomía imperaba la frente con rara grandeza y majestad, y como iluminada por algo extraordinario.

El vestido era un proceso de abandono y descuido: abundaba en rasgones y chirlos, en huelgas y descarríos.

En el auditorio reinaba un silencio profundo.

Ramírez sacó del bolsillo del costado, un puño de papeles de todos tamaños y colores; algunos, impresos por un lado, otros en tiras como recortes de molde de vestido, y avisos de toros ó de teatro. Arregló aquella baraja, y leyó con voz segura é insolente el título, que decía: *No hay Dios.*

El estallido inesperado de una bomba, la aparición de un monstruo, el derrumbe estrepitoso del techo, no hubieran producido mayor conmoción.

Se levantó un clamor rabioso que se disolvió en altercados y disputas.

Ramírez veía todo aquello con despreciativa inmovilidad.

El Sr. Iturralde, Rector del Colegio, dijo:

—Yo no puedo permitir que aquí se lea eso; este es un establecimiento de educación.

Y el Sr. Tornel, Ministro:

—Este es un cuarto en que todos somos mayores de edad.

—Que se ponga á votación si se lee ó nó, dijo Munguía.

—Yo no presido donde hay mordaza, dijo Quintana, levantándose de su asiento.

Iturralde:

—No se hará aquí esa lectura.

Tornel:

—Se hará aquí ó en la Universidad.

—Ó en mi casa. dijo D. Fernando Agreda, que asistía como aficionado.

Cardoso:

—Señor Doctor: no le ha de costar á Dios la silla presidencial esa lectura. . . .

—Eso será un viborero de blasfemias.

—¡Triste reunión de literatos, exclamó el P. Guevara, la que se convierte en reunión de aduaneros, que declaran contrabando el pensamiento; y triste Dios y triste religión, los que tiemblan delante de ese montón de papeles, bien ó mal escritos!

—Que hable Ramírez.

—Que sí. . . . que no. . . . que hable! que hable!

Se hizo el silencio, y después de un exordio arrebatador, y como calculada divagación, pasó en revista el autor los conocimientos humanos; pero revestidos de

tal seducción, pero radiantes de tal novedad, pero engalanados con lenguaje tan lógico, tan levantado, tan realzado con vivo colorido, que marchábamos de sorpresa en sorpresa, como si estuviéramos haciendo una excursión al infinito por senderos sembrados de soles.

Astronomía, matemáticas, zoología, el jeroglífico y la letra, y el dios....

Y todo esto sin esfuerzo, resonando la trompa épica de lo sublime y el tamboril de los pastores de Virgilio; empleando el decir fluído de Herodoto, ó la risa franca y picaresca de Rabelais.

A las exclamacianes de horror y de escándalo se mezclaban palmadas, gritos de admiración y vivas entusiastas.

El Sr. Quintana, muy conmovido, ponía su mano sobre la cabeza de Ramírez, como para administrarle el bautismo de la gloria.

La discusión se abrió, y si se hubiera dado á la prensa formaría época en la historia del progreso intelectual de México.

¡Qué erudición de Carpio y Pesado! ¡qué tersura de dicción, qué lógica, qué poderosa palabra la del Doctor Guevara! ¡qué destreza, qué irradiación, qué flexibilidad admirable en el decir de Lacunza! ¡Cuánto talento de Eulalio Ortega!

Ramírez á todos replicaba: unas veces sabio, las más insolente y cínico.

Iturralde le argüía que la belleza de Dios se veía en sus obras.

—De suerte, replicaba Ramírez, que Ud. no puede figurarse un buen relojero jorobado y feo....

Sabía de memoria los griegos y latinos; Voltaire y los enciclopedistas le eran familiares, especialmente D'Alambert, á quien profesaba veneración.

Exagerábale Guevara el amor á la patria.

—Sí, señor, de ese amor nos han dado ejemplo los gatos....

—¿Qué le gusta á Ud. más de México? le preguntaba Tornel con énfasis.

—Veracruz, respondió; porque por Veracruz se sale de él.

La composición de Ramírez era visiblemente un pretexto para hacer patentes sus estudios de muchos años, y como á su pesar, se traslucía su jactancia de malas cualidades que no tenía, fué aceptado con entusiasmo y cariño, aun por los que se presentaron con el carácter de enemigos.

D. Fernando Agreda ofreció á Ramírez su amistad, y puso recursos á su disposición.

Cardoso, que tenía la cualidad preciosa de admirar y ensalzar el ajeno mérito, se convirtió en el panegirista de Ignacio, y fué de sus amigos más constantes y consecuentes, y Olaguíbel expedió su recepción de abogado, y le nombró su secretario en el momento de tomar posesión del Gobierno del Estado de México.

En cuanto á mí, le quise con entrañable ternura y admiración sincera, uniéndonos desde el primer día, haciéndonos inseparables, participando en común de

nuestras penas, triunfos y miserias, y bebiendo yo, —tan insaciable como desaprovechado,—los raudales que brotaban de su inteligencia privilegiada.

A Ramírez se le ha juzgado con justicia como gran poeta y como gran filósofo, como sabio profundo y como orador elocuente, y Ramírez era en el fondo la protesta más genuina contra los dolores, los ultrajes y las iniquidades que sufría el pueblo.

En política, en literatura, en religión, en todo era una entidad revolucionaria y demoledora; era la personificación del buen sentido, que, no pudiendo lanzar sobre los farsantes y los malvados el rayo de Júpiter, los flagelaba con el látigo de Juvenal y hacía del ridículo la picota en que á su manera les castigaba. Pero para esto necesitaba un gran talento, un corazón lleno de bondad y una independencia brusca y salvaje sobre toda ponderación.

Ramírez nació el 23 de Junio de 1818, en el pueblo de San Miguel de Allende.

En los antecedentes de su padre, insurgente, y en las lágrimas de su madre, virtuosísima señora, aprendió Ramírez el amor á la libertad y el odio á la tiranía.

Las avanzadas ideas y la honradez inmaculada del padre de Ramírez le llevaron al Gobierno de Querétaro, que desempeñó con habilidad y pureza, y, á la caída de Farías, su familia fué envuelta en una cruel persecución.

No sé por qué trabacuentas fué á ocultarse Ramírez en el convento de San Francisco, donde conoció ínti-

mamente la vida de los frailes, en todos los pormenores de sus especulaciones místicas y su prostitución, y al mismo tiempo, encerrado en las librerías, adquirió desde entonces asombrosa erudición.

Prefería entre sus estudios serios los de historia natural, y se empeñaba en ensayar su aprendizaje en la pintura, en la que nunca hizo letra; pero en la que adquirió un gusto exquisito.

Esta clase de estudios hizo que le declarase al señor su padre su decisión de seguir la carrera de médico.

Colegial obscurísimo de San Gregorio, con relaciones de colegiales muy pobres, de pintores desconocidos y de frailes alegres, Ramírez se dió á conocer en San Gregorio por sus talentos, sus blasfemias y sus sangrientos epigramas contra los doctores, los grandes políticos y los colegas que le chocaban.

Para fomentar su pasión por el estudio, se convirtió en concurrente asiduo de la Biblioteca de Catedral, donde un padre Cortina le cobró especial cariño, fungiendo como dependiente gratuito del establecimiento, y devorando el departamento de libros prohibidos, los cuales aprendía y comentaba con singular acopio de erudición.

En el taller de D. Santiago Villanueva, pintor callejero, pasaba las horas enteras Ramírez.

Villanueva era un viejecito chiquitín, coloradito, de motas blancas que no cabellos, en los carrillos y en el occiput, de ojos retozones y penetrantes, largo chaque-

tón, pantalones en menguante, y zapatones de vaqueta grosera.

Pero el viejecito tenía un genio admirable; traducía con suma destreza las ideas de Ramírez, y se empapó en el espíritu de la buena caricatura, como lo prueban muchos de sus preciosos bocetos.

Villanueva fué quien pintó los lienzos de San Francisco que representan la pasión del Señor, lienzos en que se notaban rasgos de verdadero genio.

El taller era un cuarto destartalado y mugroso, con un caballete acuñado con ladrillos; veíanse por todas partes Cristos y Madonas, estudios varios pegados á la pared y varias mesitas en las que había regados carboncillos y esfuminos, entre tortas de pan, jarros, canastas y preciosas estampas romanas.

Al taller de Villanueva concurrían músicos como Salot y el negro Beristain, los escultores Rosetes, el P. Rosete, gran pulsador de harpa, algunos curiales y políticos como Pepe del Río, Zerecero, D. Hipólito Rodríguez y otros, porque D. Hipólito *era como la retostada* en materia de libertad y herejía.

Versos picarezcos, anécdotas color de hormiga, crónica escandalosa, mordelona y con puntas, ensueños de arte, *quites* á la pobreza, y cuanto se bulle, tenía lugar en aquel taller, menos lo tonto y lo dañado de corazón.

Allí asistía Ignacio, siempre serio, reservado, triste, como abstraído de la conversación, rompiendo la nube de su retraimiento relámpagos de saber, de gracia, ó de sátira, que dejaban absortos á los circunstantes.

Pero Ramírez no era comunicativo, y «por eso—decía él—por feo y pobre, me echaron de la casa de mis primeros amores.»

Esos amigos dieron á Ramírez conocimientos especiales en todos los figones de la capital, obsequiándole frecuentemente con almuerzos y comidas.

Como la mayor parte de los que cultivaban la sátira, era Ramírez susceptible en extremo, y en lo íntimo pasaba de la chanza al reproche con suma frecuencia.

De sensibilidad exquisita y exagerada, conociendo su propia susceptibilidad, no sólo ocultaba en lo más íntimo de su alma sus afectos, sino que aparentaba lo contrario de lo que sentía, como temiendo exponer al sarcasmo á los objetos de su culto reverente.

Jamás hablaba de sus padres, de su esposa, de sus herhermanos y parientes. Pero los que estábamos á su inmediación nos cercioramos de su ternura inmensa para sus deudos.

Sin embargo, tenía máximas como ésta:

«Cuando se habla mal de todas las mujeres, exceptúo á mi madre para justificar mi procedencia.»

Adoraba á su esposa, y decía:

«La sonrisa de la mujer que nos ama es una flor en la punta de una daga.»

Era la honradez misma y escribía:

«La conciencia es el resultado del humor con que uno amanece.»

Y esa fanfarronería de perversidad, ese artificio que nadie pudo explicar satisfactoriamente y que le gran-

jearon mortales enemigos, descarrilan la crítica cuando se ocupan de él sus biógrafos, y falsean los puntos de partida del buen juicio para poner en su luz verdadera su talento, su carácter y sus virtudes eminentes.

Porque Ramírez no era un juglar que hacía de sus palabras un juego para fomentar el libertinaje; no era el chistoso de cantina que expende sus chistes para que se le aplauda copa en mano.... no señor: Ramírez era serio y reservado, conceptuoso y poco expansivo; en sociedad parecía como la caja que encerraba otro ser dentro del que todos veían. Sus chistes eran rápidos, inesperados, como la chispa que salta de una máquina eléctrica por un choque casual.

No obstante, sus salidas eran tantas, tan incisivas, y se vulgarizaban con tal rapidez, que ofuscando hoy mismo todo criterio se cree que la facción dominante de su fisonomía moral, era el sarcasmo ó el chiste.

Así sucedió á Quevedo, á quien nadie recuerda como teólogo insigne ni como orientalista eminente, á la vez que sus chistes agudos, sus anécdotas picarescas y sus letrillas retozonas y punzantes están en la boca de todos.

Los cuentos y las salidas de Cardoso absorben su fama, y de muy reducido círculo es conocido el distinguidísimo latino, el literato insigne, el escritor correctísimo y elocuente y el sabio político que instruyó en las más nuevas doctrinas del derecho constitucional á los políticos eminentes precursores y autores de la Constitución de 57.

Volviendo á Ramírez, se entregó á los estudios médicos cor ardor, y la botánica formaba sus delicias.

Sus estudios médicos le hicieron concurrente perpetuo al panteón de Santa Paula, abierto por entonces al público, y que el cuidado de D. Vicente García lo tenía convertido en un verjel encantador.

Una tarde paseábamos en el panteón, observamos en uno de los ángulos más retirados á un hombre sentado frente é una mesita de palo blanco, descubierto, y con un cráneo y varios huesos sobre la mesa. Tenía una botella al lado y un vaso.

Examinaba con mucha atención los huesos cuando nosotros nos acercamos ansiosos á reconocerle.

Era un hombre rubio y pelón, fornido y ancho de espaldas, de ojos azules y de unas manos blancas como la nieve y muy cuidadas.

Nos acercamos, y el hombre con mucha cortesía nos invitó á tomar vino.

Ignacio emprendió conversación con aquel caballero, quien se mostró tan complacido de escucharle que no obstante que era brusco y de pocas palabras le invitó á tomar asiento, le ofreció su amistad, y quedaron á partir un piñón. El caballero de quien acabo de ocuparme era el celebérrimo Doctor Jecker, hermano del banquero que tanto figuró después en la historia de la Intervención.

Á este Doctor puede llamarse sin exageración el padre de la cirugía en México. Escobedo siguió sus huellas, promovió el establecimiento de cátedras, etc., y co-

locó la ciencia en esa vía en que han recogido sazonados frutos, cirujanos de inmortal renombre.

La amistad de Jecker empeñó á Ramírez en estudios anatómicos y osteológicos realmente admirables.

Dejemos á Ramírez en marcha para Toluca con Olaguíbel, y no olvidemos que hemos hecho tan solo una incursión fuera de la Academia de Letrán, del brazo de Ramírez.

Ven acá, Fernando muy amado de mi corazón, que ahora sigues tú.

Ahí le tienen Uds., grueso, ancho, chaparro, desgarbado, casi vulgar, con aspecto de vendedor de sarapes ó de cueros de chivo.

Entrecano, con una patilla de columpio que alargaba y encallejonaba su rostro picado de viruelas, nariz roma y labios gruesos que dejaban al descubierto unos dientes grandes y renuentes á una arreglada conformación, Fernando habría pasado por feo en grado heroico, sin la mirada de sus ojos garzos que iluminaba y embellecía su fisonomía, haciéndola dulce y simpática por extremo.

Un sombrerillo blanco, tendido, una polvosa levita verde, unos zapatos bajos excéntricos y un bastoncillo de Pepito: he ahí pintiparado á Fernando, á la luz de veintisiete primaveras que entonces le iluminaban (1837.)

Nació Fernando en Guadalajara, según hoy se ha demostrado plenamente, y no en Zacatecas, como hasta ahora han dicho sus biógrafos; pasó en aquella ciudad sus primeros años, yendo en seguida á Zacatecas; á pesar

de los cambios de su vida conservaba en su voz el dejo tapatío, y en sus aficciones la predilección por aquella tierra del canto y de las flores, uniéndola á la franqueza y á la sinceridad de la gente minera.

Aunque de noble prosapia, Calderón,—puesto que fué heredero del título de Conde de Santa Rosa,—amaba con pasión á la plebe estudiantil, y, con su Nebrija bajo el brazo, andaba en bureos, siendo objeto de sus solaces los ensayos teatrales, compartiendo sus afectos la parte literaria del teatro, y, ainda mais, las actrices y bailarinas de suyo afectuosas y codiciadas, no sólo de los jóvenes estudiantes, sino de los señorones más encopetados y circunspectos.

La condición pecuniaria de Calderón era bonancible; así es que sus relaciones con el mundo de las bailarinas se estrechaban, y no era extraño verle capitaneando la *claque* de una actriz buena moza, ni andar de seca en meca en pos de una espada ó de un casacón bordado, para un actor favorito.

De esta manera Alfieri ó Wattel andaban á las vueltas con Moratín, y el futuro letrado abría paréntesis á las Siete Partidas para declamar con énfasis un trozo apasionado del Duque de Rivas, con admiración de los cómicos.

Porque es de saber que Fernando era turrón de amores en el teatro, franco, condescendiente, compasivo, servicial, y de una alegría comunicativa y discreta, que se propagaba, seducía, y desterraba las sombras del mal humor con su chiste y sus gracias. Favorecía los ensueños de las pollas, atizaba la gula de los viejos, deja-

ba caer su sal y su pimienta en los chismes y devociones de las viejas, y tenía su bolsillo abierto para aliviar las penas que llegaban á su conocimiento.

Su familia tuvo que residir por algún tiempo en una de sus haciendas (La Quemada), propiedad de su padre, y Fernando la acompañó.

La soledad del campo, sus aficiones y la tentación de formar una compañía dramática con sus primos y los dependientes de la hacienda, le hicierón pensar seriamente en escribir un drama ó comedia.

En la sala de la finca, después del rosario y de la cena, se sentaba el padre de Calderón, y á su lado la señora su madre.

A Fernando le llamaban frecuente á que les leyera alguna cosa, para matar el tiempo, y si la lectura era divertida, primos y primas rodeaban la mesita en que Calderón leía.

Calderón ya tenía escrita su comedia de «Reinaldo y Elena» y esperaba una ocasión de darla á conocer.

Sin anuncio previo, y como si se tratara de un libro indiferente, una noche llevó Calderón su comedia.....

El fuego con que leía, su declamación esmerada, y el entusiasmo del auditorio dieron realce á aquella producción.

Fernando no se pudo contener, y dijo que aquella comedia era suya.

El papá se levantó mohino diciendo que aquélla era la causa del atraso del autor, quien turbado y lleno de vergüenza recogía su manuscrito, cuando las primas

rogaron, la mamá se interpuso, y el viejo, refunfuñando, tomó asiento para seguir oyendo.

Entonces Calderón leyó con más ó menos esmero; llegó un pasaje de tiernos sentimientos filiales, la voz del autor temblaba; la mamá llena de orgullo sollozaba, y el padre, vencido y subyugado, se echó en brazos de su hijo, previniéndole severo que no volviese á distraerse de sus estudios con aquellas futilezas.

Esta fue la gràn confirmación de la vocación dramática de Fernando.

Después de algunos años pasó Calderón de Guadalajara á Zacatecas, donde fijó su residencia, figuró en el partido exaltado, singularmente favorecido por el Sr. García y las personas más eminentes de aquel rico Estado, y fué herido en la acción de Guadalupe por las fuerzas de Santa-Anna que lo invadieron, desatando sobre él terribles venganzas.

En esas circunstancias, y por esos motivos vino Calderon á México á mediados de 1836.

Le precedía la reputación de algunas obras dramáticas de mediano mérito y una colección de poesías líricas, dada á conocer por D. José María Heredia en un periódico literario que publicaba, y en el cual había censurado algunos defectos de Calderón; pero hacía justicia á su ingenio y le presentaba como joven de grandes esperanzas.

Por aquel entonces había, como ahora, una alacena en el ángulo de los portales de Mercaderes y Agustinos, —hoy, en la alacena, se expenden puros y cigarros,—

en la que, en calculado desorden, había catecismos y pizarrines, Gramáticas de Herranz y Quiroz, tablas de multiplicar, estampas de santos, cuentos y Romances, Lavalles y Ordinarios de la misa, en la mejor compañía de periódicos acabados de imprimir y folletos de ruidosa actualidad.

El propietario de la alacena era un señor amable y caballeroso, con su *sorbete* de á media vara, su chaquetón de indiana amarilla, su chaleco blanco, y sus manos limpias, y que atendía ligero y complaciente á los marchantes.

Nariz prominente y corva, ojos hundidos y discretos, boca recatada y sonriente, tez morena clara, y algo de clerical en su aspecto.

Las muchas relaciones de Don Antonio, y la puntualidad y el agrado con los que á todo el mundo servía, hacían de la alacena depósito de encargos, oficina de negocios, arca de secretos, estuche de crónicas, aparador de encomiendas, recurso de tahures, y Lonja, hasta de corretajes para conseguir la salvación eterna; pero el rasgo más característico de aquella alacena, era el de expendio de noticias de todo género; y así como entre los aztecas solía haber un lugar á propósito para charla, que se llamaba *Mentidero*, así en aquel tiempo el mentidero era la alacena de Don Antonio, que veía agrupados á un lado del mostradorcillo, sombreros acanalados y charreteras, sorbetes y birretes.

Los elegantes llamaban á la alacena *La Puerta del Sol*, para recordar á Madrid.

Don Antonio, en constante movimiento, vendía gises y rectificaba noticias, contaba pliegos de papel ó contaba dinero á la vez que daba su voto sobre los párolis de un jugador ó la paliza ruidosa de un periodista, ó el efecto producido por un elocuente sermón del Dr. Ormachea.

Entre esas gentes y en aquel sitio, percibí al paleto de levita verde, á quien los cien trompetas de la fama llamaban el poeta Calderón.

Hablaba sabroso, reía con desgaire, y por angas ó por mangas dirigíase su conversación al teatro, que era su pasión dominante.

Frecuentemente concurría á la casa de su tía la señora María de los Angeles de Zozaya, hermosa matrona, cuya tertulia se componía de notabilidades artísticas y literarias, lumbreras del foro y personajes eminentes en la política.

El Sr. Zozaya ocupaba rica posición y tenía bastante influencia como letrado. Su esposa era su idolatría, y su esposa, alegre, expansiva, accesible á los más tiernos afectos, voluble y caritativa, con recursos de magia irresistible para los hombres, y seducciones para las jóvenes y las amigas, Mariquita Zozaya se revelaba siempre entre los rayos purísimos de sus acciones misericordiosas.

La maledicencia misma sucumbía y callaba cuando se hablaba del excelente corazón de aquella mujer adorable.

Como decía, su tertulia la formaban el inteligente

juez Pouchet, el más hábil y conocedor de los letrados en materia criminal; Barrera, poeta de salón, entonces muy en voga; y entre los jóvenes sobresalían: por su gentileza, Gamboa; por su chiste, Algara; por sus cuentos salados, Diego Correa; por su elegancia, Juan Roo, D. José More, y los hermanos Peña y Barragán, manirotos, valientes y cumplidos caballeros con damas y galanes.

Constantemente se proyectaban en aquella casa bailes, paseos, excursiones al campo, banquetes y cantamisas; porque es de advertir que no faltaban Reverendos y Canónigos en la tertulia, y que aquella señora, como las grandes damas de la época, era tan bien aceptada en los conciertos y saraos como en unos santos ejercicios, ó cumpliendo promesas edificantes en Guadalupe ó en la Soledad de Santa Cruz.

Calderón era el encanto de aquella tertulia, ya por sus talentos, ya por su carácter dulce y condescendiente, ya por sus aptitudes sobresalientes para los juegos de prendas, bailes y suertes de prestidigitación, á que era afectísimo.

Mi presentación á Fernando en la alacena de D. Antonio fué fría, porque algo le preocupaba en aquel momento.

Por esos días me había refugiado con la señora mi madre, moribunda, en una vivienda interior de la calle de los Gallos, de patio empedrado y caño descubierto, escalera torcida y falla de peldaños, chicos desnudos, mujeres en cinta, vecinos lisiados, canes

roñosos, farolillo de buche de pescado, en las noches, remendón aguardentoso y desvergonzado en el zaguán, durante el día.

Mi sueldo eran diez y seis pesos; mi amparo un estudiante de medicina tan en la *chilla* como yo, y mi esperanza.... la grandeza de mi fe.

El insomnio me procuró relaciones íntimas con la miseria y la tiniebla.

En una noche de congoja infinita, se me presentaron unas señoras muy respetables, señoras de la vecindad á quienes debía favores, mostrándome á un rico, precisamente á las doce de la noche, en las puertas de las Capuchinas.

Decían las señoras, y era cierto, que al sonar la esquila del convento, cuando entraban las monjas á coro, si se daban tres golpes en la puerta de la iglesia, las santas monjas consagraban á Dios sus oraciones por el remedio de la necesidad que representaban los hermanos afligidos.

Lleno de gratitud acepté la invitación.

Por el camino, con una señora de confianza hablaba de mis penas, de mis congojas, y de la imposibilidad completa en que me hallaba de transladar á la señora mi madre á Tacubaya, como lo tenía ordenado el médico.

Describiendo mis tormentos á mi acompañante, le pintaba las horas en que, en medio de un ataque espantoso en que el dolor parecía despedazar á mi buena madre, cuando con el aliento, con el llanto, y con

los gestos de la desesperación la llamaba á la vida, volvía en sí delirando, risueña, llamando á mi padre como en sus días felices, ó cantando con voz dulcísima alegres canciones cuando tenía empapadas en lágrimas las mejillas. . . .

Alguien nos escuchó: yo quise volverme; pero la calle estaba solitaria y no se percibía sino la masa de sombra de los que íbamos para la iglesia.

Pocos días después de esta escena, atravesaba la calle de Capuchinas, y me pareció que me veía con fijeza un hombre chaparro, moreno, bien peinado y bien vestido, medio abierto de piernas y con un enorme puro entre los labios, que arrojaba plumeros de humo.

Fijéme en aquella figura un tanto pretensiosa y suficiente, y el hombre me llamó.

—¿Ud. es D. Guillermo Prieto?

—Sí, señor. . . .

—¿Un joven que hace versos?

—Servidor de Ud.

—Pase Ud.

Entró, se coló tras del mostrador, sacó una talega, y á mi vista deslumbrada contó doscientos pesos, que yo vi como una columnata fantástica de plata.

—Tome Ud. eso; es de Ud.

Yo no sé lo que fué de mí, ni cuántas cosas pensé. Corrí á las tiendas, hice arreglos, alquilé coche, tomé casa en Tacubaya, y en la tarde volví triunfal á la mía á transladar á mi madre al pueblo mencionado, seguro de que se había salvado su vida.

Repuesto de mi sorpresa y reprochándome mi aturdimiento, procuré indagar el origen de aquella lluvia de pesos bajada de lo alto, que había hecho mi felicidad.

Después de muchas indagaciones supe que la persona que me había llamado era D. Ildefonso del Castillo, dependiente principal de una gran casa de comercio, guatemalteco recién llegado y de muy pocas relaciones.

Era cierto que mi padre había manejado un caudal opulento, y que entonces no eran raras las restituciones sigilosas; pero por mil circunstancias llegué á persuadirme de que se trataba del auxilio de una persona generosa que deseaba ocultar su nombre.

Un segundo y un tercer auxilio, recibidos con suma oportunidad y las mayores atenciones, porque el señor Castillo me había cobrado especial cariño, hicieron que mi curiosidad se despertara de un modo incontenible, y un día que recibí dinero, me acomodé á buena distancia del tenedor de libros, y ví: «Al señor Lic. D. Fernando Calderón, para D. Guillermo Prieto.».....

Mi conmoción fué indescriptible.... Yo, que había visto con indiferencia á Calderón; yo, que en mi interior le había calificado de frívolo; yo, que por pedantería y suficiencia (no por envidia, que jamás la he conocido), no había ensalzado suficientemente el mérito del poeta y las acciones heroicas del patriota.... yo, debía á Calderon la vida de mi madre!

En ese intervalo Calderón se había presentado en la Academia, leyendo, corregida, su *Rosa marchita*, que ya conocíamos.

Al siguiente día de mi descubrimiento, me dirigí á la casa de Fernando, para manifestarle mi reconocimiento profundo y tratar de hacerle el pago de sus dineros.

Vivía Fernando en la calle de San Andrés, en una casita de *plato y taza* que tenía en la puerta el rótulo de *Amoladuría*, rótulo que glosó Calderón con inagotables chistes.

El *plato y taza* quería decir una accesoria para la calle y dos cuartitos en alto, á los que se subía por un caracol incomodísimo.

En la accesoria vivían en holgura dos criados vestidos de cuero, con sus sombrerotes, y su ajuar eran sillas de montar.

Pregunté por Calderón; le dieron aviso, y me dijeron que subiera.

La primera de las piezas estaba con luz, y sólo ví en ella una mesa grande con papeles y vestidos.

La segunda pieza estaba casi á obscuras, recibiendo la luz por un mezquinísimo postigo del balconcito.

Yo le conté mis relaciones con Castillo, mis amarguras; le aclamé con sincera ternura mi bienhechor, y le hable de los términos en que había de pagarle.

Oyó Calderón, con fisonomía entre dulce y socarrona, mi relación, y me dijo:

—¿Cuánto tiene Ud. de sueldo?

—Diez y seis pesos mensuales, como meritorio gratificado de la Aduana.

—¡Valiente sueldo! ¿Y cuánto me abonará Ud?

—Ocho pesos....

—Ya estaremos grandecitos cuando acabe el pago.

Cierto acento de frialdad; aquel lenguaje que se parecía al de los usureros con quienes yo trataba, no sé en fin qué me hirió, me acobardó, despedazó mis ilusiones.... Tenía un nudo en la garganta, contenía raudales de lágrimas....

No comprendía yo que aquello lo hacía Fernando por oirme hablar.

—¿En qué términos hago la obligación?

—En los que Ud. guste;—dijo Calderón vistiéndose,—todo depende de las garantías.

—¿Quiere Ud. pagarés de otros empleados?

—No, Sr. Prieto, porque estarán á la misma altura.

—¿Del Tesorero?

—Tampoco; Ud. no goza de sueldo: *gratificación.*

Nos acercamos á la mesa, y se sentó Calderón.

—Acabemos, pues....—dijo—tomó la pluma y escribió unas cuantos palabras.

—Vea Ud.—me dijo con un tono de voz que nunca olvidaré;—vea si le convienen mis condiciones.

Yo leí.... releí y me eché en sus brazos, llamándole: hermano mío, hermano de mi corazón, y anegado en lágrimas.

El papel decía:

«Si me das el dulce nombre de hermano, habrás satisfecho con usura el corto servicio que me debes.

«¿Aceptarás esta condición de tu hermano Fernando?»

. . . . . .

El soldado de la libertad, imitación del *Pirata* de Espronceda, fué la primera poesía que leyó Calderón en la Academia con el carácter de nueva producción de su ingenio. Poco después leyó *El sueño del tirano.*

Ambas poesías, fluídas, sonoras, y de versificación correcta y castiza, tuvieron gran resonancia y celebridad por las circunstancias.

Santa-Anna se había apoderado de la presidencia de la República, y desde sus primeros pasos se había vuelto cruel, desordenado y vengativo, encendiendo poderoso descontento.

Las dos composiciones de que hablamos se convirtieron en obras de circunstancias: la una se traducía como un grito de guerra contra la tiranía; la otra como su merecido suplicio.

De la aceptación de esas dos composiciones nació la idea de que Calderón no debía dedicarse sino á la poesía lírica, cuando él calentaba en su cerebro las creaciones del *Torneo*, de la *Vuelta del Cruzado*, de *Ana Bolena*, etc.

Calderón de nada de eso se cuidaba; hacía versos como *hacía resuello*, sin darse cuenta ni fijarse regla, en la conversación, hablando á solas, escribiendo, interrumpiendo una carta con una cuarteta ó con un so-

neto. De ahí nace su fluidez incomparable, su naturalidad inverosímil.

Calderón no tenía mesa ni escritorio adrede; en su casa ó en la del Lic. Beltrán, tenía sus manuscritos, y cuando más animada estaba la tertulia con gritos de muchachos, risas de muchachas y carreras de perros, se quitaba en un rincón chinelas y calcetines, metía los pies en agua fría, mandaba traer sus manuscritos, y escribía, escribía abstraído del bullicio, sin borrar ni una sola letra.

El manuscrito de *Ana Bolena*, que fué de mi propiedad, tenía sólo dos versos tachados, y eran como veinte plieguitos de papel azul, de los que se usaban para cartas.

También se le encarecía el cultivo de la poesía lírica, por sus dramas. Pero es de advertir, que su lirismo es el lirismo de Calderón y de Lope; lirismo del que no estuvieron exentos ni Tirso de Molina tan cuidadoso, ni el mismo Moreto, modelo de corrección dramática; y Calderón era hijo neto de esa escuela, aunque carecía de las dotes dramáticas de los anteriores, con cuyas obras se educó.

Calderón era muy medianamente instruído, y poco estudioso; los asuntos de sus dramas los sacaba de la primera novela que caía en sus manos.

De *A ninguna de las tres* tomó el canevá para bordarlo á su manera con los caracteres de la sociedad en que vivía, porque era singularísima en él la sutileza de observación, la rectitud de juicio y la penetración de

resortes del gran mundo, en su carácter bondadoso, alegre y aparentemente insubstancial.

Y este es el lugar á propósito para marcar las diferencias entre la poesía de Calderón y la de Rodríguez Galván.

El primero todo lo debía á la naturaleza y la fortuna; la alegría á su bienestar; lo caballeroso á sus tradiciones; sus rasgos de gran señor á los personajes que le rodeaban; la inspiración y la bondad á Dios.

Calderón era expansivo, alegre, maniroto, sin hiel.

Rodríguez era hijo del dolor y del estudio; había dejado su tierra en la pobreza, y se había dedicado á trabajos de sirviente de librería, habiendo hallado motivos de consuelo en aquéllos que como muebles reclamaban su ocupación.

Aislado, triste, con sus confidencias con los astros, con grandes escaceses hasta para comprar calzado, indio excéntrico; todo era en él adquirido: educación, modales, manera de decir.

Reir, para Rodríguez, era un esfuerzo como el que hacemos para toser.

Tales circunstancias hicieron que Rodríguez simpatizara con la escuela que se decía de los desheredados y de los infelices; la escuela creadora de Quasimodo y del poeta Gringoire.

Rodríguez se ocultaba para hacer sus versos, porque le habría perjudicado su reputación de poeta.

Para Calderón esa reputación era un título que le mantenía con brillo en la alta sociedad.

Por eso Calderón es más ruidoso; Rodríguez más profundo: el uno más popular, el otro más apasionado y más tierno: en el uno se perciben acentos heroicos; en el otro, á veces, rugidos salvajes.

En un baile, Calderón era una delicia; Rodríguez un contrasentido. El uno era capaz de marchar con la frente radiante al sacrificio. . . . el otro era capaz de sufrirlo con la impasibilidad sublime de Cuauhtémoc.

Reflexiónese detenidamente en esos dos caracteres, y se harán juicios acertados sobre sus composiciones.

A su vez, y conforme me lo hayan dictado mis recuerdos, haré mención de los demás miembros de la Academia, que aunque muy ilustres é influentes, se señalaron más bien y pusieron en relieve su personalidad en los movimientos políticos. Por ahora me permitiré hacer algunas ligeras reflexiones sobre la Academia de Letrán, para que se vea que no exagero en manera alguna su importancia, considerándola como una de las fuentes—acaso la más notable—de la literatura mexicana.

Es cierto que no pueden citarse genios de primer orden como Shakspeare, Calderón, Cervantes, Byron, Goethe y otros astros de primera magnitud, de otras naciones. Pero mucho fué que por la primera vez, de un modo científico y concienzudo se abrieran discusiones, se expusieran doctrinas y se fijaran principios, ó ignorados completamente, ó como sepultados en las librerías de algunos sabios.

La pintura tristísima que hace el Sr. Pimentel en su

precioso libro intitulado «Historia crítica de las ciencias y de las letras en México,» es exactísima: sermones de obscuridad incomprensible, versos místicos en los que hay, á veces, verdaderas blasfemias; salutaciones á los monarcas que se sucedieron en España; frías imitaciones de los poetas latinos ó españoles; tal era el vasallaje de las letras, hasta que, á principios del siglo actual, Navarrete y Tagle aparecieron como circuídos de una aureola feliz para las letras.

Cierto es que el *Pensador*, Mora D. José M. Luis, Quintana y otros, marcan un período notable; pero más bien en lo político, y de ello me ocuparé á su tiempo, aunque tengo hechas indicaciones, á mi juicio importantes, al hablar de la revolución de 1833 y de D. Valentín Gómez Farías.

Carpio, Pesado, Calderón mismo, incurrían en groseras faltas de prosodia, y como nuestro modo de hablar no correspondía á las reglas, teníamos trabajo para dividir la pronunciación en vocales que no formaban diptongos, incurriendo en faltas aun más graves.

El descuido de la instrucción primaria era grande, el estudio del latín muy preferido y acreditado; resultando de todo, que hombres públicos de altísima talla y doctores con borlas de todos colores, escribía abrazo con *h*, como el tipo de la *Gallina Ciega*.

Las discusiones de la Academia nos obligaron á estudiar á Sicilia, á Salvá y á otros gramáticos, y tuvieron otra corrección las producciones poéticas y literarias.

El *Zurriago*, periódico que redactaba el erudito conde de la Cortina, de la escuela de Hermosilla, aunque escrito sin elevación, sin gusto, y sin filosofía ni buena educación, nos dió provechosísimas lecciones que, aunque nos irritaban, rebajaban las pretensiones del amor propio y nos abrían los ojos para seguir los buenos modelos.

Antes, la crítica, con raras excepciones, degeneraba en polémicas de desahogos y groseras personalidades de que quedan lamentables recuerdos.

La Academia tuvo aún más alta significación, democratizando los estudios literarios y asignando las distinciones al mérito, sin distinguir ni edad, ni posición social, ni bienes de fortuna, ni nada que no fuera lo justo y elevado.

Y era natural. Nacida la Academia de cuatro estudiantes sin fortuna, y entrando indistintamente en ella próceres y sabios que cedían su puesto á meritorios de oficina, dependientes de librería y vagabundos como Ramírez, se verificaba espontánea una evolución en la que el saber, la luz, la inspiración, y el genio, alcanzaban noble y generosa supremacía.

Tampoco reunión de esta clase había tenido antedente en México.

Pero, para mí, lo grande y trascendental de la Academia, fué su tendencia decidida á mexicanizar la literatura, emancipándola de toda otra y dándole carácter peculiar.

Los folletos políticos y los poemas patrióticos die-

ron el primer impulso á aquella tendencia que aparecía como intermitente desahogo de la mañera de ser. Alguna oda de Tagle, los cantos de Ortega D. Francisco, y de Lacunza, ó *La batalla de Tampico*, ya tuvieron más formales aspiraciones; pero realmente no pueden mencionarse como características.

No así en Letrán; que aunque había sus imitadores, sin plan y sin premeditación, se procuraba exponer flores de nuestros verjeles y frutas de nuestros huertos deliciosos.

Pesado en su novelita intitulada *El Inquisidor de México*, Pacheco en su *Criollo*, Ortega en *Netzula*, Rodríguez Galván en su *Moza*, en su *Manolito el Pisaverde*, en su *Privado del virrey*, Calderón en su *Adela*, y yo en mi *Insurgente*, en varias odas y en romances, nos referíamos: Pesado á los horrores de la Inquisición, Pacheco á la condición degradante de los criollos en México, Ortega á los aztecas, Rodríguez, Calderón y yo, á nuestras costumbres, cuyos cuadros me había yo atrevido á exponer al público en el *Domingo*, periódico que redactábamos Camilo Bros y yo, pronunciándonos contra los vicios de la educación clerical y de los sistemas de estudio.

Como se ve, esta faz, hasta cierto punto autoritativa, que presenta la literatura, merece detenido estudio.

La Academia, ó más propiamente dicho, Rodríguez Galván, publicó tres tomitos con el título de *Año nuevo*, en 1837, 1838 y 1839, que quedaron como recuer-

do de los trabajos literarios que he recorrido, y que tendrán su importancia el día que se quiera emprender fundamentalmente el estudio de la literatura nacional.

Después de recorrer los encumbrados ideales que he procurado describir, caía como despeñado á mis tareas aduanales, mis jefes y mis compañeros de oficina. —No queda más remedio que zabullirse con resolución en aquel mar de prosa porque al fin ocupa un lugar en mis recuerdos.

La aduana era naturalmente plebeya, pero plebeya como la viruela, como el cardo, como el mosquito que espanta el sueño; yo le encuentro cierta semejanza con la red y la ratonera, con la trampa y con la Inquisición. Pero la aduana podía decir como el Don Donato de Bretón: «tengo dinero.»

Así es que en las prerrogativas oficiales, en las aspiraciones de altos personajes á las jefaturas en sus conexiones con el rico comercio, la aduana rayaba á grande eminencia y era de muchísima importancia su intervención en los negocios. El gran movimiento de mulas y carros, entrando y saliendo por las puertas de entrada y salida; los montones de tercios que se abrían y cerraban en los patios amplísimos al ruido aturdidor de cuñas y martillos; el tumulto de cargadores rodando barriles y transportándolos; los vistas con sus guías en las manos confrontando facturas, examinando efectos y disputando con amos y dependientes, y la

multitud que á la oficina penetraba de indios, indias, arrieros, dependientes de tiendas y cajones, portadores de dinero, etc., todo hacía de aquellas oficinas la mansión del ruido, la estancia del trajín, la guarida de la fatiga y el remedo del tumulto, de la inundación y del incendio.

La grande oficina tenía á la entrada un gigantesco cancel que daba paso á un ancho salón de 40 varas de largo, con barandillas y mesas con sus papeleras á los lados, y en el fondo una imagen colosal de la Virgen de Guadalupe, á la que ardían constantemente dos ó cuatro velas.

En la pared izquierda del salón se destacaban tres grandes puertas de los tres departamentos más importantes de la oficina: la Administración, la Contaduría y la Tesorería. Cada uno de estos departamentos tenía su fisonomía particular: lujoso y con sillones el primero, silencioso y como substraído á todo trajín el segundo, y el tercero tumultuoso, con el ruido de los pesos, los atropellos de los causantes, los contadores de dinero con sus mandiles en el mostrador y sus cargadores y criados de confianza ladinos é insolentes.

Las mesas que decoraban el salón marcaban los distintos ramos y operaciones del despacho: «Mesa de Pases,» «Mesa del viento,» «Mesa de Abonados,» «Mesa de efectos del país,» de «Liquidaciones,» de «Libros,» etc., etc.

Las mesas de Pases y del Viento eran escándalo é insurrección perpetua: á la primera acudían en tropel

los viajeros, que, listos para marchar, desde las cuatro de la mañana esperaban en todo tiempo hasta las nueve á que se abriera la oficina. A la segunda los introductores que dejaban prenda en la garita y que acaso habían pernoctado en Mexico con gravámenes inmensos porque la oficina se cerraba á las dos de la tarde. ¡Ay del infeliz que mostraba impaciencia! ¡Ay del distraído que olvidaba quitarse el sombrero reverente!

Mientras los causantes bramaban, los empleadillos de tres al cuarto se engolfaban en una disputa sobre el mérito de Chucha Moctezuma ó Palomera, bailarina una, gracioso el otro, ó en recitar unas coplas, ó en recoger un escote para unas *chalupas*, ó remedar á los jefes é imitar sus firmas.

Á menudo desaparecían dos ó tres empleados que iban á almorzar y entonces armaban plaza los indios pacientes hasta el regreso de sus servidores.

Á la mesa del Viento se agolpaban queseros, maiceros, intruductores de piedras, vigas, ganados, etc.; la tarifa era voluminosa, las cuotas variadísimas, la urgencia del causante la misma, y la holgura y cachaza de los empleados la propia. Solía haber sus altercados provocativos; no faltaban rancheritas de dentadura blanca, pecho saliente que humanizaran á los canes del fisco; pero tratándose del tesorero, era forzoso esquilmar y exprimir al contribuyente so pena de los anatemas de la superioridad, manía que aun subsiste.

Una borrada ligera, un rasgo de pluma acusado de

sospechoso, una entrerrenglonadura, eran pretexto de una demora, ó un proceso, ó motivo de ruina para un infeliz. Invento de maldición y tortura puede llamarse á la alcabala; pero los que se interioricen en sus trámites, los que puedan valuar sus extorsiones, su ineficacia, sus delatores y verdugos, tienen que contarla como una de las mayores calamidades de un pueblo.

En la Contaduría residían los doctores de la ley, los encumbrados oficiales que dictaminaban en los negocios de contrabando. Parece que los veo: calvos, con sus anteojos de plata á la punta de la nariz, las plumas de ave junto al hondo tintero de plomo, su escupidera al lado, su zalea en los pies. ¡Qué talentazos aquéllos! Tenían en las puntas de los dedos á Baudolon y á Unzueta, á Ripia y á Pinilla, la Ordenanza de Intendentes, y, sobre todo, la Pauta de Comisos, obra magna en que dieron sus pinceladas D. Ignacio de la Barrera, D. Manuel Payno y Bustamante y D. Manuel María Canseco, y como el busilis de aquella sabiduría era el reparto del contrabando, los doctores eran personas de mucha sindéresis y mucha letra menuda, concluyendo siempre sus pareceres con decir: «V. S. decidirá con sus superiores luces ó su conocida justificación.»

Por supuesto que el punto de partida de los doctores para emitir sus pareceres, era que todos los comerciantes son ladrones, y con esta conclusión subentendida no hay juicio imparcial posible, equívocos y retruécanos, susceptibilidades y acechanzas, esgrima

de covachuelistas cavilosos, llenos de crueldad y mala fe; mezclas de tejidos de lana y seda en que se valuaba todo como seda; un aguamanil con un relojillo de pipiripau que se graduaba de reloj de lujo; una estera con un florón que se cuotizaba como alfombra; un lienzo con un frunzón caracterizado de ropa hecha, y lo que es más, declaradas maleadas unas sardinas, pero sujeto el aceite en que venían al impuesto, y duplicar ó triplicar la cuota del papel porque pesaba más por causa de la aduana.

Las represalias eran las consecuentes con la extorsión, y he ahí una lucha de robos, de estafas, de mentiras é indignidades sin cuento.

No puedo darme á derechas razón de dos acontecimientos que se conservan en toda su integridad en mi memoria, de tal manera que reaparecen con todos sus perfiles y accidentes al menor soplo de mis recuerdos. Helos aquí:

Los oficiales de categoría de mi oficina eran integérrimos, no obstante la escasez de sueldos, lo tardío de *la escala* y el tanteo á que se prestan disimulos, aforos y liquidaciones.

Pero como donde menos se piensa salta la liebre, y nadie diga zape hasta que no escape, cierto empleado de antecedentes purísimos, pero hundido en la desesperación por la enfermedad mortal de un hijo, se confabuló con cierto poderoso comerciante para un fraude, y marchó viento en popa el negocio, corriendo por todos los trámites oficiales hasta el momento de la veri-

ficación del pago y expedición de las tornaguías. Sólo faltaba la firma del Administrador que casi sin ver la ponía en esos documentos que habían pasado por varias comprobaciones.

El causante confabulado estaba en la Administración, la guía en la mesa, el Jefe pronto á firmar, cuando derribando silla y mesa con estrépito, derramando el tintero, regando papeles, se precipitó como un loco el empleado á quien he aludido y con la fisonomía descompuesta y voz penetrante y destemplado grito.... ¡No firme Ud., señor, no firme Ud.! Va Ud. á autorizar un robo.... Yo soy el ladrón!.....

El empleado cayó gravemente enfermo, y descubierto el fraude quedó arruinado el comerciante. Aun viven dos ó tres testigos de esta horrible escena.

El otro de los recuerdos que he señalado me atañe muy personalmente, y en toda regla debía omitirlo en cualquiera otro escrito que no tuviera el carácter de éste. ¡Es tan estorbosa la propia personalidad! Pero las memorias ¿qué son si no almacenes de estorbos?

La parte superior, los entresuelos y patios interiores de la Aduana eran habitados por familias y sirvientes de todas categorías, y así como los ratones de despensa esperan la cesación del tránsito y el ruido para entregarse á sus solaces y apetitos, lo mismo brotaban las gatas por corredores, escaleras, tránsitos y vericuetos del vastísimo edificio de la Aduana.

La costurerilla que iba á cotejar una muestra ó á traerse un carrete para su tarea, la pilmama pastorean-

do chicos saltantes y rejegos, llorones, pleitistas, la gata que pedía licencia para comprar zapatos, la cocinera, que terminado su trabajo, llevaba á su casa el sobrante no escaso de la comida, las visitas de señoras formales, que en son de rosario, de tejido ó de *hebra pendiente*, iban en pos del chocolate de las casas de los jefes; todo este concurso tenía su chiste para meritorios y empleadillos de baja ralea, presos en la oficina de Pases hasta las cinco de la tarde. Yo era de esa falange, y mi natural propensión á mis estudios de costumbres, me hizo buscar el contacto de resabrosas garbanceras, retobadas pilmamas y suculentas cocineras, habitadoras de aquellas regiones. Mi propensión formó escuela, tuve discípulos, prosélitos y cómplices, y á poco andar, aquella Aduana era una maravilla en esto de cuchicheos, trompadas y alegrías.... Los jefes estaban fritos con aquel desorden; los gatos celosos, los maridos hoscos y amenazantes, y las quejas brotaban en todos los tonos imaginables.

Con tan atendibles antecedentes ordenaron los Jefes, para ponerme en quietud, que me transladase á la mesa de los Tenedores de Libros, haciendo aparecer mi castigo como honrosa distinción.

Los primeros días los superiores me traían en las palmas de las manos, y estaban conmigo al partir un piñón. Pero á muy poco tiempo mis amigos, espantados de pronto con la gravedad de mis funciones y las fisonomías de ahuyenta pájaros de mis superiores, fueron acercándose poco á poco á mi bufete de versista, fo-

mentando mi decidida vocación de terciar en amores y zurcir y remendar voluntades.

Componía un epitafio para un niño que se tragó un soldadito de plomo con todo y fusil.—Hermano: amánsame á esa ingrata que está que se pirria por el sobrino del cura.—Para Conchita en sus días.—El hurto de una liga;—y por aquí disparo una cuarteta, por allá suelto una décima, más allá perjeño un soneto ó tejo y urdo una carta que arrojaba chispas. Entretanto descuidaba el Diario, las cuentas corrientes bailaban la zandunga con Varios á Varios, y el Haber y Debe vagaban como unos desesperados entre endechas, quejas y sátiras derramadas á troche moche.

En un día de Corte de Caja se hicieron sensibles mis atrocidades, las cuentas no se podían desembrollar, hubieron inculpaciones y dicterios; tomaron las cosas hasta proporciones alarmantes sobre la conducta de los Cajeros, y la Contaduría, implacable, consultó mi separación de la oficina.

Es de advertir que mis hojas de servicio eran excelentes en cuanto á el romaneaje, de mi probidad y talentos; pero en la parte reservada había una nota traidora que me acusaba de poeta, calificación que se oía en las alturas burocráticas como enfermedad vergonzosa ó vicio incorregible.

Mientras duraba la resolución de la consulta de la Contaduría, quedaba en suspenso y realmente hundido en amarguras.

Por fortuna mía era Administrador de la Aduana

Don Joaquín Lebrija, veracruzano, de clarísimo talento y excelente corazón, frente calva, carrillos carnosos, un sí es no es colgantes, ojos pequeños, dentadura blanquísima, rolliza papada y un conjunto franco, abierto y bondadoso. Me propuse acudir á él para implorar su protección; estaba enfermo aunque sin guardar cama, y no habia tenido participio en mi desventura.

Me acogió piadosamente mi jefe, por supuesto que no eran comunes sus ideas con los otros pedazos de prosa vil contra los poetas.

—Mala, malísima partida te han jugado las musas, güero ¿qué haré yo contigo?

—Usted sabe señor mi situación; sabe usted que soy el sostén único de la señora mi madre y que ya tengo un castigo terrible con verla sufrir.

Inclinó la cabeza el jefe, yo esperé mi sentencia como un reo.

Alzó los ojos y me dijo:—Mira, encárgate por ahora de mi correspondencia y de darme cuenta para acordar.... ya veremos; que te pongan una mesa en la sala.

La enfermedad de mi bienhechor era la gota, porque como buen veracruzano, era no sólo gastrónomo, sino perito en la confección de pulpos y camarones, robalo y huachinango, salsas y potajes que daban hambre cuando él, en sus lecciones orales, los saboreaba.

Aquella fisonomía paternal, aquella risa franca, aquella verba juvenil me alentaba y me dediqué á mis nuevos trabajos con ahinco.

A pocos días, no sólo llevaba la correspondencia con

expedición y soltura, sino que aventuré algunos informes, puse acuerdos y redacté minutas, llenándome de aplausos mi favorecedor.

¡Oh! y con cuánta delicia sabía yo que mi jefe muy frecuentemente exclamaba:

—«Eso de medir talentos y valuar aptitudes como lo hacen las hojas de servicio, es una barbaridad; vean ustedes á ese muchacho, lo han despedido de la Contaduría por inepto y es hoy mi desempeño; se puede decir que es el Administrador.»

Cuando sin saberlo yo, ni sospecharlo siquiera recibí un oficio con su aguilota correspondiente y la firma del Ministro de Hacienda, en que se me ascendía, y se me asignaban funciones de secretario del administrador, con una gratificación, mi júbilo fué inmenso, sin que la más leve sombra le obscureciera, porque yo, cerca del Sr. Lebrija, era el abogado y *valedor* de mis compañeros. Respecto á garbanceras y regocijos, puse respetuosa distancia, no por arrepentido, sino por acobardado por mis infortunios.

Este fué mi primer percance poético, repetido después en todas las faces de mi vida.

No quiero pasar adelante sin hacer notar, que en los informes sobre mi injustificable conducta, se pasaba y se me disculpaba, por la edad, todas mis diabluras; pero en llegando á lo poeta se enturbiaba el agua y no había conmiseración.

Los empleados viejos, los covachuelistas de tomo y lomo me ponían por modelo á un V. M. G., cuya foto-

grafía quiero escribir, para dar idea del empleado de mis tiempos.

D. M. pisaba los talones á las sesenta navidades: era entrecano con prominente furia, cutis de pergamino amarillento, ojos grandes y abotagados, boca contraída en el centro, cuello largo, anguloso, con ciertas pretensiones de arrogancia y ciertos toques de barba de melodrama.

Levantábase mi modelo entre siete y ocho de la mañana, con su bota reluciente de pico trozado, su pantalón de tapabalazo y su corbata de collarín de terciopelo que agarrotaba y mantenía erguido su cuello.

Había tomado, al levantarse, unos tragos de cocimiento de ruibarbo para apaciguar la bilis.

Para desayunarse se ponía holgado chaquetón de indiana, mientras cepillaban el alto sorbete y el imperdonable fraque negro oliendo al chinguirito y al agua de romero que servían diariamente para su purificación.

Sentado á la mesa, con el gato sobre ella y su perrillo al pie, tomaba *el de caracas* con *huesitos de manteca de la Santa Fe* ó casa de Ambrís (calle de Tacuba), su pequeño vasito de leche y su agua purísima dejada al sereno para regalo del consumidor.

Sólo interrumpía D. M. acto tan importante, para enviar atento una sopa de su chocolate al loro querido, que desde su estaca atronaba los vientos chillando el Santo Dios y tocando la trompeta.

Terminado el desayuno, llamaban á Dª Duvige, digna

consorte de M., quien le hablaba de usted, para que le abriese la raya y le batiese la furia.

Cepillados escrupulosamente frac y sombrero, doblado con esmero el paliacate en la bolsa del costado, tirante y bastón en mano se dirigía D. M. al altar del Perdón á la misa de ocho y media, que no tardaba ni más ni menos de los veinte minutos que reza el ritual.

A su entrada en la oficina, con el sombrero puesto, veía con el rabo del ojo que le apuntase el portero en la lista *de horas de asistencia*, y se dirigía á su mesa.

Era esta un mueble tosco y macizo con su carpeta verde, engalanada con una águila amarilla hecha con no se qué mixtura y ondas y pajaritos de pésimo gusto en las orillas; al frente de la mesa, esperaba ancho sillón con su cojín de gamuza y en el asiento sobrepuesta una piel de tejón, muy recomendada por la higiene de la vida sedentaria.

A la derecha del sillón, á conveniente altura, se veían unos pliegos de papel pegados con oblea, y un clavo en el centro, aparato que servía de percha.

Arrellanado D. M. en su sillón, abría la enorme papelera que ocupaba el centro de la que era almacén de todos los útiles, y relicario precioso de todos los primores burocráticos de D. M.

Veía la luz primero una especie de tabique pequeño de tafetán verde para interceptar la vista y modificar la luz. En seguida un enorme tintero de plomo de forma circular, un poco de tinta con su palillo sucio y sus algodones para que se conservara negra la tinta:

una ampolleta de barbero, con agua, depósito de las plumas de ave tajadas de distintos gruesos para carátulas, letras mayúsculas y escritura corriente; una bandejilla de hojalata llena de marmaja, su oblera de latón con su tapa; en una palabra, *el recado* de escribir descansando en un tapete de hule, inseparable del trapo con que se limpiaban las plumas. En el opuesto lado tenían asignados sus lugares el cortaplumas, las reglas anchas y las cuadradas, la *falsarregla*, barrillas de lacre, un cuadrito de hule para borrar líneas de lápices, una botellita con polvos de goma para las raspaduras, y en un papelillo clavada una aguja gorda rodeada de hebras de pita para coser los expedientes.

El reverso de la papelera lo coronaban dos estampas enormes. Una de la Virgen de los Dolores, otra de S. Juan Nepomuceno con su lengua en la mano, abogado de la honra.

Para comprender el interior de la papelera, serían necesarios un plano, un inventario, una guía, una brújula y un Cicerone. Allí se encontraban remedios para los callos y botiquín para los ataques repentinos; allí tarifas para abreviar las operaciónes del despacho, compases y tijeras, bizcochitos y dulces de monjas, una redomita con jerez superior y una cajita con polvo colorado para descargar la cabeza; por supuesto que no faltaba en aquella abreviatura de almoneda, ni un soneto á la Virgen, ni un convite de toros ó teatro, ni una invitación para una cantamisa.

Arreglado el escritorio, se arrellanaba fatigado en su

sillón y cercenaba la curiosa bolsita de terciopelo con la piedra, la yesca y eslabón para saborear su purito de á ocho, que era su delicia.

Acudían á ese tiempo varios compañeros, y se ponía á discusión el sermón, ó la comedia, la corrida del domingo próximo, etc., con su sazón de crónica escandalosa y sus cuentecillos colorados.

Al lado de la mesa solía verse instalado un meritorio con su cartera de papel al frente, toda borrajeada, mechudo y encogido, de chaqueta de *indiana* y pantalón de piel de tusa, de zapatón ladeado y espinilla al aire libre.

Este muchacho santurrón y taimado, paloma con el jefe, tigre con los causantes, era la víctima de Don M., pero la víctima se vengaba haciendo su caricatura y publicando sus poridades.

Durante los preliminares de instalación y la charla de saludo, los interesados bufaban, el chico hacía caretas ó copiaba versos, y no había más remedio que esperar.

A las once de la mañana, y cuando apenas acababa de tajar su pluma Don M., llegaba la criada con la canasta y la portavianda del almuerzo.

Alzábase la tapa de la papelera, se tendía la servilleta, se aprestaban el salero, la botella de pulque y el vaso, el pocillo con la salsa de jitomate, la tacita con dulce de tejocote, y se almorzaba sirviendo la garbancera tiznada y ladina, que tenía muy avanzadas sus relaciones con el meritorio.

Terminaba el almuerzo, que solía durar más de una hora, con la tostada de ordenanza ó con un taco de pan con sal.

A las dos de la tarde cesaba el despacho para el arreglo de las mesas de contabilidad; á las dos y media comenzaba Don M. á limpiar ó recoger los útiles, y á las tres en punto, jadeando y de mal humor, volvía á su casa después de haber dado cumplido lleno á sus deberes.

Don M. había sido pésimo estudiante en sus primeros años; pero había *echado* toda gramática, y era el verdadero secreto de su elevación unida aquella circunstancia á su intransigencia en aquello *del cuarto margen, gaza y tres puntadas* para expedientes y distinciones exactas de registros, minutas y tocas.

En su conversación sembraba orgulloso aquellos latines de *amicus amica veritas*, *inteligencia pauca*, *timebunt gentes*, *qui polis capeat*, *prisves es esse*, *finis coronat opus* y otras lindezas que son para algunos como el floreo del talento y que tanto alucinan y deleitan á los que menos las entienden.

Las lecturas de Don M. le hacían citar al país de las Monas y los viajes de Gulliber, algo de los viajes de Anquetil, avanzándose hasta á ensalzar las cartas del Filósofo Rancio y los sermones del padre Avila. Para con la gente de respeto y con sus íntimos, no era extraño á las zanganadas de Pigault Lebrun ni desconocidas las aventuras del Baroncito de Faublas. Con este capitalito de erudición, sus relaciones con sacerdotes

notables por su saber y santidad y su carácter de Cochero de Nuestro Amo, no le faltaba ya el albaceazgo, ya la administración de las casitas de una viuda rica; ya la liquidación de una testamentaría.

Había sido iturbidista hasta la médula de los huesos, y en cuanto á sus creencias políticas, decía que *era mueble de traspaso*, que él servía á quien le mandaba y que el empleado no debía tener opinión.

Pero ya es tiempo que dejemos á D. M. que juegue su malilla con el Padre Vicario de la Parroquia vecina y su barbero, y que salgamos de esa maquinaria de extorsión y retroceso que se llamaba y se llama Renta de Alcabalas.

No obstante el hábito y mis pocos años, me impresionaban hondamente los indios infelices que dormían á la intemperie y casi desnudos porque no podían sacar la prenda; los comisos en que eran jueces y parte los empleados; los robos con el nombre de extravío de ruta con oficial destino; la mancha, el descuido castigados con la confiscación; la lucha entre la codicia y la astucia, la fuerza y la mala fe y la competencia de las infamias de los unos con la ley en las manos y el pillaje de los que sabían emplear con habilidad el soborno.

Por mi dicha pasaba como por entre espinas por estas desabridas y aun amargas ocupaciones, y al reasumir mi soberanía, me encontraba ágil, alegre, listo para todo género de diabluras.

Es hoy, y sinceramente no puedo explicarme el ar-

dor, igualmente febril, con que corría tras de los placeres, la bulla y el escándalo, y la pasión al estudio á que consagraba mis vigilias, y me hacía solicitar sediento y apasionado las lecciones de humanidades de Quintana Roo, las de derecho de Iglesias y las científicas de Ramírez.

Entre breñales y flores se abría como aislada la religión de mis primeros amores; se alzaba con majestad mi culto á la patria y se escuchaban, como arrullos aves lejanas al caer de la tarde, mis recuerdos de niño y el amor de mi madre; y no le pongo aquí el señora, como debía, porque me parece que con esa reverencia la alejo de mi corazón.

El Café de Veroly era por entonces el punto de cita de la moda; militares briosos, abogados parlanchines, tahures manirrotos, cómicos, niños finos, galanes amartelados y periodistas «que podían,—como decía Sancho,—llevar un púlpito en cada dedo.»

La parte superior del edificio era casa de huéspedes como hoy, con angostos corredores que daban al patio. Éste era, y es, cuadrado; el conjunto estaba cubierto por un techo de cristales.

En el patio, bajo los corredores y rincones había distribuídas mesillas redondas descansando en tripiés de fierro y calculadas como para cuatro personas y sobre ellas, á trechos largos, se veían grandes depósitos de ceniza con brasas ó braseros de lumbre para encender cigarros y puros.

En el fondo del salón se encontraba el despacho con

el mostrador lleno de bizcochos, y charolas para servir, con tostadas y molletes, el café y el chocolate, y no escaseaban copas y botellas para servir á los marchantes pasajeros catalán y licores.

Había mesas de ocupación permanente, de jugadores de dominó y de ajedrez. Entre estos últimos figuraban Carugthon, D. Manuel Rodríguez, y sobre todos, Leandro Mosso, destrísimo también para el billar y para los juegos de cartas.

A las mesas de dominó se agolpaba gran número de cócoras, cruzándose anécdotas picarescas, crónicas.

En una mesa imperaba Pancho Rebot, llamado familiarmente el Manco Rebot, marino simpático, calavera seductor, moreno, mofletudo, altivo, limpia dentadura, con una conversación sembrada de anécdotas, salpicada de malas palabras y sazonada de chistes divertidos. Á su alrededor brillaban los calaveras de su jáez y militares de cierta instrucción y nombradía, de la escuela de Requena, de Tola, de Cela y de Iniestra. Había, como suele en estos grupos, *Nenes:* así se llamaban á los pollos aprendices de hombres de mundo, pedantes, desgarbados y ridículos.

Uno se hacía admirar, porque teniendo cinco queridas, á todas dió cita para determinado lugar, previniéndolas antes vistiesen del mismo color y se presentasen de la misma manera.

Otro provocaba la hilaridad relatando su fuga de una dulcería en que un airado marido le quiso matar y que al huir tropezó con un caldero de miel, que le

bañó completamente, sin saber por dónde ir ni dónde esconder su pegajosa desventura.

Aquel, para encarecer su ingenio, refería que estando pobrísimo y con una querida exigente, la invitó en las vísperas del día de su santo á que se reclinase en su pecho donde la dama se durmió; entonces la echó de sí, la injurió, la inculpó de haber dicho ternezas á un rival, y verificó el más económico y triunfal de los rompimientos.

Un militar explicaba el origen del dicho *cartucheras al cañón*, del modo siguiente:

El coronel D. Juan José Andrade era el tipo del militar antiguo, moreno, negro bigote retorcido sin pretensión, pecho saliente, andar desembarazado, poco comunicativo y rigidísimo hasta la exageración en materia de disciplina. La familia toda tenía el propio tipo y D. Juan contaba que el general su padre, habiendo dado orden para que no llegasen coches á la entrada de un teatro, el cochero se creyó facultado para quebrantar la orden: el centinela, que tenía la consigna, marcó el alto; el cochero insistió, alegando el nombre del general; el centinela, atento á la orden, repitió la prohibición; el cochero se dispone á atropellarlo; el centinela atraviesa con su bayoneta una de las mulas, y paró el coche: entonces el general salta del coche, gratifica y manda se ascienda al soldado, castigando severamente al cochero.

Pasaba un día revista D. Juan José, y para probar el estado de instrucción de sus soldados, les mandó el

ejercicio de *once voces;* una de ellas era «cartuchos al cañón,» pero equivocándose D. Juan, gritó: *¡cartucheras al cañón!* Unos no hicieron caso y vaciaron sus cartucheras; pero otros se quedaron con la cartuchera en la boca de los fusiles.... D. Juan los vió severo. Uno de ellos, señalando la cartuchera y la boca del fusil, le dijo:

—Mi coronel, no cabe.

—*¡Quepa ó no quepa!* el que manda no se equivoca.

Y esto ha pasado como tipo de la infalibilidad militar.

En un corrillo de viejos verdes, se referían, ya los ingeniosísimos robos de Garatuza, ya las chispeantes coplas del Negrito poeta, ya las rarezas del actor Luciano Cortés que pasaba horas enteras en el Mercado, estudiando actitudes, costumbres y lenguaje de los léperos; ya los agudísimos dichos de la güera Rodríguez; ya explicando el *Vinatero*, invención de Garmendia, que después tomó el nombre de *gregorito*, y que me viene en gana contar á mis lectores.

Se elegía un payo bilioso y atrabancado de escaso chirumen, de quien con anterioridad se indagaba vida y milagros. Se le convidaba á tertulia ó paseo nocturno, y al retirarse los concurrentes, alguno proponía echar un trago de despedida.

Se había señalado de antemano el local á propósito para el vinatero, que debía ser en esquina, no habitado en las noches, como pulquería, carnicería ú otro comercio cualquiera. Invitado el payo para la supuesta vinatería á tomar un vasito de catalán ó de *rompope*, se colocaba la

concurrencia en una parte del ángulo de la esquina mientras en el otro se colocaba muy cautamente el cócora encargado del «Vinatero» y que se suponía en el interior de la tienda.

(Se acerca el grupo y uno toca la puerta).

—El fingido vinatero tose repetidas veces, y haciéndose gachupín terco:

—¿Quién va? ¿qué se ofrece?

—Una botella de catalán, unos vasos, una botella de rompope—levántese usted.

—Pues sabe usted que no me pega la gana—vayan alante.

—Hombre, sea usted buen amigo.... Vea usted que vengo con personas de respeto.

—¿Y qué me dan respeto cuatro borrachines desvelados?

—¿Cómo borrachines? ¡insolente! aquí está D. Manuel de la P. de la Hacienda del Grillo.

—Bonito pícaro.... ¡Serenao bruto!

—¿Cómo andamos hay? clamaba el payo. Usted no me conoce.

—Como si lo acabara de desensillar—La madre fué así, el padre asado, él un redomado pillo, ladrón, que vive de su mujer.....

El diálogo se enciende, llueven las desvergüenzas, puños y piedras retumban en la puerta, el payo está fuera de sí y sin sentido, deserta la concurrencia hasta quedar solo el ranchero, en espera de su ofensor para beberle la sangre.

Amanece Dios, llega el carnicero ó pulquero con las llaves....el ranchero queda estupefacto al encontrar la accesoria vacía.... .y saber que le han jugado un «Vinatero.»

Sin segunda mira política, ni religiosa, extraño aquí á toda tendencia, sin pizca de interés de filosofar ni de meterme en camisa de once varas, diré que dejando en su buena opinión y fama á las lumbreras de la Iglesia, no había tesoro de placeres, ni mina de delicias, ni océano de encantos y satisfacciones comparables á los manantiales de contento que encerraban las buenas relaciones con los frailes, y más particularmente con ciertos frailes.

Y esto no lo digo sólo por los capítulos, tomas de hábitos, bendiciones de casas y haciendas, que eran alfolíes de fandangos, motivos de suculentos comelitones, etc., todo en ejercicio del Santo Ministerio, sino por las condiciones peculiares de cada sacerdote y el oficio que desempeñaba.

Y si bien los frailes mendicantes, pastoreaban las almas sin grandes emolumentos, eran en cambio más variados, ya en plata, en son de mandas y misas, triduos, novenarios, desagravios, retiros, panegíricos y otros sermones; ya en especie, como chocolate riquísimo para el consumo diario, ya jaleas y cajetas para regalo de la mesa, ya la cecina ó el borreguito de aguinaldo; ya, por último, la caja de oro para rapé al predicador, la purera riquisima ó la cigarrera de plata, oro y chaqui-

ra, el pañuelo bordado, las medias y monteras. En cuanto á los frailes ricos era otra cosa: eran imposiciones é hipotecas, administradores y mayordomos, eran las más grandes, más pingües y más opulentas posiciones del país, veneros de fortunas mundanas, resorte positivo de poderosísimas influencias, secreto del fervor *religioso* de las potestades del Estado y palanca con que movía á su antojo la máquina social el clero venerable que tenía en sus manos las llaves del cielo y del infierno.

Pero en lo pedestre, y desde el punto de vista de desenfadado escribiente de oficina, volviendo á mi tema, los frailes eran mi gran tesoro de distracción y gustos.

Y era natural, las relaciones que se emprendían á la sombra de un fraile mendicante, llevaban aparejada la advertencia del voto de pobreza, y como los tipos más prestigiados solían tener el hábito roto y las manos sucias, el cabello descuidado y el rostro sin afeitar, circunstancias que solían alegarse como indicios de santidad y de sabiduría, un mozalbete mal vestido y peor perjeñado, era casi motivo de simpatía para las ovejas hambrientas del rebaño de San Francisco ó de Nuestro Padre San Agustín.

Por otra parte, y con independencia de las cualidades religiosas, aunque siempre realzadas por ellas mismas, había frailes que eran verdaderas notabilidades de todos géneros, y podían acreditarlo, ya un reverendo tocador de harpa, que era una maravilla, ya un agus-

tino que lloraba canciones, capaces de ablandar peñas; ya valientes como los franciscanos SS., ya busca pleitos y endiablados como cierto Mercedario de calzoneras y estoque, sombrero á la maldito y pistola de arzón, reata y caballo que ponía las patas delanteras sobre cualquier mostrador de pulquería en que su Paternidad quería apagar la sed.

Entre las familias de muchos Reverendos se notaba bienestar y repetición de *frasquitas* caseras; todas por supuesto con su barniz de devoción, y sin abandonar el Santo temor de Dios.

En Enero, rifas de Santos: en la urna se depositaban los nombres de todos los del Calendario, y si sacaba la cédula, se tenía por patrono todo el año.

Febrero.—Carnestolendas: retozos de cascarones y disposiciones de penitencia.

Marzo.—Suntuosos altares de Viernes de Dolores, paseo de las flores, comuniones.

Abril.—Semana Santa; y ya los novenarios y maitines, las fiestas de los Angeles y Santiago, y Santa Ana, las de la Candelaria en Tacubaya, el Señor del Claustro en Tacuba, las muchas de Guadalupe, la Romería de Chalma, la de Ameca, del Señor del Sacromonte, etc., etc.

Todo, sin contar fiestas particulares de capillas, iglesias y conventos.

En esas casas de familias eclesiásticas se adornaban albas, se lavaban y encarrujaban corporales, se emprendían obras magnas de bordado de paños de cálices, velos y vestidos de las imágenes.

De contado que el amor trascendía á incienso, y había sus comercios, sus cambios de afectos, así como sus rencillas y celos entre guardianas y predicadoras, confesoras y miseros que no había más que pedir.

Lo íntimo de esta sociedad era corrupto é insoportable.

Sin pretender aplicaciones para evitar los escollos, ya del cinismo, ya de la hipocresía, consagrado mi corazón y hecha motivo de mis ensueños de ternura María, creía no sólo compatibles sino naturales é inocentes mis frecuentes divagaciones con el amor flotante, y puedo asegurar que esos amoríos de temporal y eterno, de entrevistas de cielo y de infierno que permiten arrobamientos y retractaciones, éxtasis, místicos y tempestades de culpa y arrepentimiento, son deliciosos. Un rizo guardado en una bolsita de reliquias, objeto de la veneración de una suegra en ciernes, recalcitrante; un *ora pro nobis* intencional, con los ojos lanzando llamas.... Un arrepiéntase usted y pérdoneme el mal ejemplo; pero provocativa y revolucionaria... Una cesación de toda manifestación mundana, toda la Cuaresma, para obtener generosa revancha el Sábado de Gloria, goces son estos casi celestiales.

En estos amores lo verdaderamente incitante y subyugador, es el tránsito inesperadó, repentino y explosivo de la atmósfera polar del sosiego místico á la candente de la pasión erótica. La transformación de la beata pudibunda y escrupulosa con un corazón bordado y su cinta de hija de María, en la joven resuelta

que no teme arrostrar peligros, ni quebrantar voluntades, ni sacudir todo yugo, y en un momento dado, baja los ojos, acorta los pasos y se inclina hasta besar la tierra, ante la imagen de la Virgen, con edificación de toda la parentela que exclama: «Es una Santa.»

Las personas formales hablaban frecuentemente y con desastrado criterio de los predicadores, y más especialmente de sus manías, de los confesores más ó menos escrupulosos, pues los había *tenderos* que sólo sabían decir *¿qué otra cosa?*, ríspidos que prohibían novelas y caracoles, y de *manga ancha* para quienes eran puñados de anises los más graves pecados mortales....

Penetrando bajo ese bosque de arbustos de santidad con perfumes de infantil inocencia, ¡qué zarzales de intrigas y vilezas! ¡qué víboras de delación y de espionaje! ¡qué complots tenebrosos cubiertos con el sigilo de la confesión!

La sistemática conducta para crear en la niña de la casa una vocación por el estado perfecto, fomentándolo con las muñecas, monjas, las visitas á las madres y más tarde aprovechando la fealdad, la madrastra imprudente, el amor traicionado ó los bureos del papá viudo.

El acecho á la vieja acaudalada para estrecharla á su confesor, regalarle rosarios de Jerusalén, medidas del Señor de Chalma ó medallas de la Virgen, ceras de *Agnus* y Santo *Lignus;* rezos con indulgencias y estampas milagrosas, la perspicacia de espiar y dar avi-

so del peligro de muerte para el hacendado, noticias de su testamento, con herencias, misas y limosnas, todo esto se urdía con rara habilidad en las casas frailera.

No se alentaban odios, pero se rezaba á San Judas Tadeo para que no volviese á la casa un importuno, ó se desterrase á quien servía de estorbo; no se deseaba mal á nadie, pero había sus rezos á propósito para que Dios acortase los pasos del novio antipático, del marido obstáculo y del hijo exigente; no se difamaba á ninguna persona; pero se pedía á Dios por la conversión de una alma en peligro, y con ese carácter, la maledicencia y la calumnia hacían su agosto, se envenenaba el reposo de una familia con una delación en el confesionario y se esquivaba cualquiera responsabilidad con el dictado de la conciencia.

«Lo primero es Dios y luego el alma» y con esa muletilla se rompían vínculos, se atropellaban los fueros de la naturaleza, se autorizaban verdaderos crímenes.

En muchísimas familias dominaba el director de conciencia, y como era comitente, donde había director, quedaba suprimida toda autoridad, excepto la suya. La casa, la comida, el sueño, los paseos, la educación de los hijos, los pedidos de novia, todo obedecía á la influencia del encargado del bien de las almas.

La familia entera se esforzaba, sin desmayar un instante, en agasajar á *Tata padre* con encargos pecuniarios de misas y limosnas; camisas, pañuelos, calzado, libros, caballos y colocaciones á hijos sacrílegos, parientes de baja ralea y personas de estimación, entre

los que se solían contar tahures, galleros y pillastres de marca mayor.

Con estos elementos bastardos, con esos factores intrusos, con esos vicios internos, con ese conjunto falso, vicioso y corrosivo, el alma entera de la sociedad estaba matada, sin apercibir nadie el horrendo crimen de los falsificadores y traficantes con lo más sagrado de la creencia y lo más puro de la virtud.

Pero la mezcla de místico y de ridículo, en ninguna parte aparecía, con más vivos colores, que entre las monjitas.

Prescindo de describir las relaciones oficiales de las altas dignidades de la Iglesia con las altas dignidades del Convento: sus ceremonias, sus falsías, sus favoritismos para colocaciones de capitales, obras de caridad, etcétera. Desisto resueltamente á describir al mayordomo, ejemplar edificante en el templo, flexible, escurridizo, diplomático y pícaro especulador; con sus escurpones por la política, sus intimidades con la usura y sus ardides para las vocaciones santas y las confidencias de las madres de Dios.

No dirigiré la luz de mi linterna á las categorías de *Madres graves* y *Reverendas*, plebe de monjas, niñas y criadas... nada de eso, más superficial y breve será mi tarea... y es mucho decir, porque la pluma se me salta de los dedos, para pintar con vivo colorido, el *torno* y la *puerta*, la *sacristía* y el *coro bajo*, á la *madre escucha* silenciosa como una sombra y á la *Maestra de Novicias*, de labios hundidos, bigote cerdoso,

biliosa, felina é implacable con la menor falta de sus subordinadas.

No es posible, detallando este bosquejo, descender á traducir el lenguaje peculiar de aquellas jaulas de seres humanos, endilgados á una bienaventuranza convencional, con sus milagros, sus lecturas y sermones, sus leyendas edificantes ó terríficas, su lenguaje conventual y sus relaciones con el mundo secular y frailesco ó sus íntimas luchas con el enemigo malo.

En punto á milagros, los propalaban de modo de hacerles competencia á los más maravillosos de las *Mil y Una Noches* ó los cuentos azules de Laboulay.

Ya era la estatua de San Roque, olvidada en el Vaticano, quitándose el sombrero para que se recordase su canonización; ya el ángel vengador de Santa Rosa de Lima, haciendo que á su calumniador del robo de una gallina, le brotasen las plumas de la gallina en los carrillos, como una poblada patilla, trayendo sobre él el enojo y el ridículo. Ya se mostraba en Balvanera una mano negra como impresa con hierro candente, como tarjeta de un condenado que daba cuenta á un amigo de su mala fortuna. Ya era el Santo Niño de San Juan desnudándose de un catle de plata para socorro de un devoto; ya un burro que se arrodillaba al pasar Nuestro Amo, ya un siete de oros que se convertía en la prisión del Aposentillo para espantar á unos tahures que se atrevían á jugar en Viernes Santo.

Las leyendas místicas que hacían competencia á los milagros, eran divertidas sobre toda ponderación. Figu-

raba en ella el Señor del Rebozo, llamado así por el abrigo que le procuró la monja á quien visitaba para que no se acatarrase; no le iba en zaga la frustración de la prueba de adulterio convirtiendo Señor San José en flores para su altar los manjares y trastos en que le llevaban el almuerzo á un querido, y lances dramáticos como el que sigue, con el que pondré término á este edificante registro de maravillas místicas.

Es el caso que una linda morena de ojos negros, pestaña remangada y corazón de Dios te ampare, se entregó al amor por partida doble, porque para todo había en aquel cuerpecito salado. Debió sentir el marido el tufillo del agravio y saltó como demonio, armándose de puñal vengador y jurando que no le había de dejar echar *sobrecostura* á *su pañuelo.* Pero el irritado y sagaz marido no contaba con la huéspeda, es decir, no contaba con que su Pepitilla era devota rematada de Señor San José, cuya Santa Imagen tenía á la entrada de la casa, y cada vez que recibía visita *extra-oficial*, decía al Santo Patriarca, llena de Santo Patriarca.... «Cuídame; en tí confío, divino Patriarca.»

No obstante esta recomendación, el marido tenaz y obstinado en su acecho de los adúlteros, vió al querido penetrar en su casa, y verlo, desenvainar la tremenda daga, recorrer á saltos la escalera y penetrar á la sala, fué obra de un instante....., Penetró frenético..... en el medio de la sala, de pie, inmóvil, con su túnica verde, su capa amarilla, sus ojos dulces y apacibles le dijo con voz sosegada y cortés.....

—¿Qué se ofrece caballero?.....

—Cómo qué! ¿quién es usted?

—Soy Señor San José que vine á visitar á la señora (por supuesto el amante había desaparecido).

Cayó de rodillas el marido..... llamó á la esposa, ofreció asiento á la visita..... y prometió al Santo entrar en ejercicios para arrepentirse de sus sospechas.

.....

Ya se ve todo lo que tiene de monstruosa la tercería de los Bienaventurados en aventuras semejantes á esta.

En cuanto á lecturas, ¿quién no conoce á la Madre Agreda y al padre Parra, al *Flox Sanctorum* y Soledades de la Vida? Respecto de oraciones recordaremos la admirable lógica del trisagio cuando dice:

Y como el demonio ufano
Huye de terror y espanto.
Ángeles y Serafines dicen Santo, Santo, Santo.
Pues en los riesgos del mundo
Nos cubrís con vuestro manto.
Ángeles y Serafines dicen Santo, Santo, Santo.

De los sermones podrían escribirse tomos enteros, conteniendo verdaderas blasfemias en el pésimo gusto del siglo diez y siete y en lo más imponderable de cuanto tuvo presente el padre Isla para su inmortal *Fray Gerundio.*

Aunque siento que se espesa mi tinta y se hace pesada esta parte de mis memorias, no quiero dejar de hacer reminiscencia de dos ó tres piezas de oratoria

sagrada, á pesar de haber hecho sabio y profundo análisis de esta literatura, mi amigo venerable y erudito, el Sr. Dr. D. Agustín Rivera en su obra preciosa titulada: *Filosofía en la Nueva España.*

Un celebérrimo padre dieguino decía en un sermón de Cuaresma, como dirigiéndose á su auditorio: «Tunantes, despejen ustedes la puerta; quítense de esas puertas donde os conduce una curiosidad diabólica; canalla!....» Así debería haberse dicho á la chusma judaica que se agolpaba á las puertas de Pilatos, sedienta de la sangre del Justo en expectativa de la sentencia de aquel maldito!

Otro fraile en un Viernes Santo:

«En el nombre del Padre y del Espíritu Santo Amén..» Señores ¿qué es esto? ¿he olvidado el modo de signarse del Cristiano? ¡Sacerdote infeliz! En el nombre del Padre y del Espíritu Santo ¿y el Hijo? ¡Ay de mí; el hijo ha muerto y de los muertos no hay quien se acuerde..... Yo sí, mi Dios! yo sí, y vengo á inclinarme ante el sagrado misterio de tu muerte.

¡Esto es delicioso!

La correspondencia de confesores y monjas, los versos y regalos, las conversaciones de puerta y reja, todo estaba saturado de un líquido de hipocresía que se filtraba en lo más íntimo.

Las aplicaciones de los libros místicos á las relaciones mundanas, eran de espantar. Respecto á confianzas y musa festiva, las suciedades fungían como desvergüenzas picarescas, y si fuera mi escuela positivista,

yo relataría versos nauseabundos, que pasaban por chistes y se conservan aún en obras impresas de hombres eminentes como el padre Sartorio y el esclarecido vate fray Manuel Navarrete; y en este punto la degeneración y el mal gusto llegaban al punto que se cambiaban estatuitas en actitudes inconvenientes, hechas de plata, y en vez de platones se elegían trastos, aunque nuevos, fabricados para usos viles.

Pero eso sí, para dar un barniz pulcro á la conversación y á las relaciones con criadas, mandaderos, etc., era usual una *especie de argot* particular en que se encerraban bienhechores, amigos y gentes relacionadas con el Convento.

A los huevos se les llamaba *blanquillos*, á los chorizos *unos trás otros*, á los pechos *pantallas*, á la bacinica *arete*, á la morcilla *amor en su silla*, y así por el estilo.

Algunos conventos se distinguían por alguna particularidad, y ésta era fuente de renombre y motivo de atracción particular.

Regina, tostadas; San Jerónimo, calabazates; Santa Clara, suero; San Lorenzo, alfeñiques; San Bernardo, pastas y jaleas; la Concepción, empanadas; etc., etc.

Había en el interior de los conventos, remedos de las fiestas religiosas como posadas, pastorelas, paseos, etcétera, y de estos holgorios sacaba pingües gajes el Mayordomo, y los padrecitos buscas muy legales y lucrativas.

Pero estos y otros muchos gastos, se justificaban

con la bienaventuranza de las madres, los éxtasis de la madre Alanís, las prohibiciones para milagros, las tundas del demonio á las santas, los chascarrillos de los duendes y las finezas de los divinos esposos, que eran unas imágenes del Niño Dios, objeto de verdaderas atenciones y cuidados como persona viva y dotada de todas las cualidades que el común de los mortales.

No quiero terminar sin aludir á la más imponente de las ceremonias monjiles ó sea su despedirse del mundo real y entrada en ese mundo de superstición, falsía y embrutecimiento, bello ideal del bello sexo de mi patria, durante trescientos años.

Tengo manifestado que para los creyentes sinceros, para aquellos que dominando los sentimientos naturales ó exaltada la imaginación ó exaltada la creencia le creían dentro un mundo espiritual de luz y amor de música y ventura, los goces debían ser inefables, la edificación completa y el ejemplo al mundo edificante.

Creer y creer sinceramente en la comunicación con lo divino y lo eterno, en que la sublimidad del Eterno nos inunda y perfecciona, en que para llegar á esa perfección el dolor es auxiliar, la pobreza escala, mérito el llanto y victoria espléndida la muerte, que perdía su nombre para llamarse *tránsito*, todo esto, repito, aunque la filosofía lo pudiera llamar locura y la razón extravío, tenía verdaderos encantos celestiales en lo que pudiera llamarse el alma de aquella sociedad. Tiempo es de ocuparme de la Profesión.

IV

Profesión de Monjas.—Patiño.—Gorostiza y la Opera.—Operistas. — La Pautret. — Bailes. — Recuerdo antiguos. — Tonadillas. — Canciones y Tiranas.—Cantantes y actrices célebres. —Chata Munguía.—Teatro de los Gallos.—Montegrinos y Capuletos.—La Castelani.—Carnaval.—Máscaras obscenas.—D. Quijote y Sancho Panza. —Rodríguez y Calderón. — Guerra del francés.—Muestras extranjeras.—Guardia Nacional.—Villamil. —Gaona.—Rincón.—Labastida.—Godínez.—Títeres del Puente Quebrado.—Vivienda de la clase media.—Comedias.—Trajes.— Madame Adela.—Modistas.—Vestidos de hombre y mujer.—Géneros.—La China.—Jacales.—Miseria.—Lo lépero.—El lépero. —Ojeada política. —Corro D. Justo.—Muerte y funerales de Barragán.—Escuela de medicina.—Dr. Liceaga.—Escobedo.— Jecker.—Becerril.—Guapillo.—D. Miguel Muñoz.

Concluído el rigoroso período del noviciado, y después de prácticas y ritualidades íntimas que no conocí lo bastante para puntualizarlas; vistos cohetero, repostero, etc., todo con la asesoría del padre confesor y bajo la dirección de las madres graves, se anunciaba y disponían los tres días de la Libertad.

Engalanábase á la novicia con traje mundano que

reverberaba de lujo y donaire, compitiendo en joyas y composturas padrinos y madrinas. Se procuraban carruajes elegantísimos con mulas de gran precio, y cocheros y lacayos vestidos con lujo peculiar.

El gran tren, la monja paseante, los padrinos, que eran regularmente personajes de categoría, y los curiosos que corrían en pos de los coches, hacían de estos monjíos acontecimientos de sensación.

En las casas visitadas recibían á la monja futura con flores y agasajos, y al retirarse, en el peto ó corpiño del vestido se le colocaba simétricamente una florecilla de listón con escuditos de oro, de suerte que cuando eran muchas las visitas, hacía visos y resplandores el pecho, que no había más que pedir.

Paseos, teatros, conciertos, comidas, todo se brindaba á la monjita, y en todas partes se celebraba la partida del mundo pecador por el camino real de la bienaventuranza, que era el convento, sin pico más ni pico menos.

Llegaba por fin el día de la profesión; el templo resplandecía como con un incendio producido por cirios, bujías, lámparas, blandones y candelabros, brillantes candiles de cristal que reproducían el iris, alegres jaulas con pájaros cantores, flores y arbustos deliciosos.

Las bancas de la iglesia, sólo para señores muy decentes, se forraban de terciopelo carmesí con galones de oro y el escudo del convento ó cofradía propietaria del adorno.

El pavimento de la iglesia tenía alfombra en más de

una mitad, y allí se colocaban las señoras de saya y mantilla, guantes y abanicos, sentadas en el suelo, y en la viga desnuda y plebeya, mujeres del pueblo con su descoco característico y su prole indómita y llorona.

Pero al tocar el fondo de la Iglesia, tras de las espesas rejas de fierro del *coro bajo*, se obscurecía visiblemente en la tiniebla y á la luz de cuatro ó seis cirios de llama cárdena y amarillenta de chisporreteo lúgubre, se levantaba negro é imponente el sarcófago con el ataúd, representación tremenda de la muerte. Al rededor del túmulo, como evocaciones de la tumba, como sombras, se percibían bultos negros en formación severa, y la mente suponía cadáveres á los que se concedía momentos de vida para enseñar á aquella alma destinada al aprendizaje del aniquilamiento y el suicidio.

Cuando el ritual lo requería, se iba verificando, enmedio de horripilantes ceremonias y de oraciones capaz de hacer extremecer el bronce, el despojo de las galas mundanas, siendo para las damas, la más imponente, la cortada del cabello, pues al caer las trenzas profusas al suelo corrían lágrimas, y la víctima pálida y transfigurada tenia algo de terrible y de cadavérico que ponía espanto en el alma. Después se le colocaba en un ataúd y se cantaba el responso en medio de un silencio que helaba de espanto.

Repito que prescindo de todo comentario.

De escenas por el estilo de las descritas, lleno de contrición y conciliando á la manera de los beatos, lo

temporal y lo eterno, me escurría á un ensayo de teatro donde los chistes de la Duoreville, el desenfado de la Platero, el garbo de Chucha Moctezuma, la modestia pudibunda de Soledad Cordero, la tirantez de Salgado y la caballerosidad y finura de Valleto, me reconciliaban con el mundo.

Pero entonces, como he dicho en otra parte, ocupaba la atención pública, y llevaba hasta el frenesí á los *dilletanti*, la planteación formal de la ópera con la compañía traída á México por D. Joaquín Patiño, á expensas y bajo la dirección de nuestro Ministro en Inglaterra, Bélgica y Alemania, D. Manuel Eduardo Gorostiza.

A este eminente personaje lo ha dado á conocer suficientemente la historia: liberal decidido en España y actor de los acontecimientos de 1812 y 20 en España, como hábil diplomático; la literatura, como rival de Moratín, y la gratitud nacional como héroe de Churubusco; pero de lo que no sepa yo que se haya mencionado detalladamente, es de la pasión frenética, tenaz, incontenible que tenía Gorostiza por el teatro, no sólo en la parte literaria sino en la vida de bastidores, con sus chismes é intrigas, sus chistes y sus tempestades de celos, sus contrastes, sus artificios y peripecias mil.

En medio de las más complicadas atenciones del hombre de Estado, saltando sobre los guarismos de la finanza ó sobre los peligros de la guerra, D. Manuel á cierta hora se embozaba en su capa, se hacía tres dobleces en su coche y al teatro.

Era Don Manuel medio corcovado de resultas de un bayonetazo que recibió en el pecho en la guerra de España; su frente hermosa llena de arrugas bajo su rizada melena abultada y cana, ojos penetrantes y de apacible mirar, dentadura desmesurada, al extremo de doblar su labio superior y hacer imperfecta la pronunciación de su palabra.

Pues bien, esta persona que tenía bien poco de agradable y de simpatica á primera vista, luego que hablaba se operaba en él una transformación sorprendente: si en el consejo era sabio y en el disertar elocuente; si flexible y sagaz en una negociación diplomática; si enérgico y resuelto en la defensa de la patria y sus fueros, como lo mostró cuando fué Ministro en los Estados Unidos, su conversación familiar era un manantial de chistes, de cuentos, de epigramas picarescos, de anécdotas preciosas, de suerte que los chicos le seguían, los viejos se deleitaban con su conversación y las mujeres ambicionaban su trato con mucha preferencia á los más elevados próceres y á los jóvenes más distinguidos de la alta sociedad.

Las tretas de teatro, lluvias y truenos, las tramoyas y disfraces que ilustraba, las lecciones sobre declamación y acción eran codiciadísimas, era maestro de las Aro y Castañeda, bienhechor de Pautret y familia, compadre de unos, padrino de otros, amigo de *Hoja de lata* el apuntador, y amparo de los hijos de los autores difuntos, con su bolsa y su corazón siempre abiertos para los desgraciados.

Don Manuel trajo á México la Compañía que se llamó de la Albini, y de las conversaciones de los cronistas de bastidores pude sacar en limpio lo siguiente:

Antes de 1821, en el caos de los recuerdos de los viejos, atravesaban como luces fosfóricas, *follas*, sainetes y tonadillas, estas últimas como fin de fiesta, concertándose parejas de canto y de baile.

En cierto momento dado se alzaba el telón, aparecían regadas y barridas las tablas del escenario, decorábase la escena con vista de sala, y en su fondo, en sillas de plebeyo tule, músicos de bandolón y bajo con sus chaquetas de indiana, sus pantalones de cotona y su zapatón vaquetado.

Entre esas tonadillas se conservaron por mucho tiempo «La Tirana,» que tenía por estribillo los versos de

Tiranita
Del mundo, primor,
Que eres un potaje nuevo
De chorizo y macarrón.

O *La Cazadora*. Tirana también con estas coplas:

Me incomoda que usted venga
A quererme cortejar;
Relojes de sol no quiero
Porque apuntan y no dan.

La graciosa actriz Josefa de la Torre cantaba la tonadilla del *mal modo de pensar*, que es fama dejaba con un palmo de nariz á Oidores y Virreyes.

En la tonadilla de los Petrimetres se encuentra la siguiente pintura de los lagartijos de la época:

«Los petrimetres y usías,
Por lo regular despiertan:
A las once los que ayunan
Y á las nueve los que almuerzan.

Se levantan de la cama
Con la ropa blanca ó negra,
Unos de cofia ó de gorro,
Y otros con muchas melenas.

Dan unos cuantos paseos
Por la sala ó por las piezas,
Y á un espejo grande ó chico
A perfilarse comienzan.

Se lavan las manos,
Se estiran las medias,
Se rizan y empolvan
Muy bien la cabeza.

El corbatín ancho,
Todo se lo aprietan
Por sacar colores
Y tapar las breyas.

Se visten del todo,
Se sacan las vueltas,
Y muy resoplados
Luego salen fuera;
Y van por las calles
Muy de fachendas.

Paran luego en las tienda
De Mari-Blanca,
Donde entran reales mozas
Con reales caras;
Y de este modo,
Clavan allí las niñas
A muchos tontos.

Terminaremos estas citas con una copla del *Minuet de los Deseos:* (Suena la música).

Por donde el pájaro vuela,
Quiere el cangrejo correr,
Y la carga de un camello
Pretende el burro también.

Las valentías del león,
Quiere el gusquillo tener;
El macho quiere ser hembra
Y la hembra macho ser.

Y hay algunos que lo logran,
Porque suele acontecer
Que á unos sobra y á otros falta
Yo no sé qué.... no sé qué....

Posteriores á estas tonadillas fueron el «Trípili,» los «Hidalgos de Medellín,» la «Patera» y otras canciones y tonadillas que hicieron la reputación de *la Amada plata*, *la Chata* Munguía, Rocamora, Maldonado y otros. Así como en el baile esclavizaban voluntades y producían incendios de deseos, el Bicho, la Gamborino, la Isabel Rendón, y por los años que recorren estas memorias, la Torre-blanca, la Chucha Moctezuma, Alejo Infante y Castañeda, después actor muy celebrado.

Aquí se hace para mí irresistible la tentación de enjaretar la historia de la ópera; pero son de tal manera truncos mis datos y de tal modo confusos mis recuerdos, que sólo á saltos, por intermitencias y como quien dice, jugando á la gallina ciega, aventuraré mis

recuerdos por si quedare un grano de acierto entre la mucha paja que han dejado los tiempos en mi majín.

Ya hemos llevado de la mano á la infancia del arte, hemos asistido á esas escenas inocentes casi serenas de familias en que quedaba, como última vela del tenebrario, la Santa Marta.

Aun se llevaban en esa época meriendas á los palcos, aun entraban los caballeros al patio, doblaban sus anchas capas y se sentaban sobre ellas en las butacas, repartiéndose aparte los cojines que eran gajes de los acomodadores; aun se hacía descender del techo, antes de comenzarse la comedia, un inmenso haro de hojalata con lámparas de aceite, macilentas y cárdenas, y aun veían de pie, en el mosquete, alborotadores del bajo pueblo, objeto predilecto de los cómicos que aspiraban al aura popular.

De una manera desapercibida y, como si se tratase de una improvisación, se transformó el antiguo Palenque de Gallos de la calle de las Moras en teatro, en que muy en breve tuvieron grande auge pastorelas y coloquios, vuelos y tramoyas, dándole popularidad extrema Castelli, prestidigitador milagroso que hacía una tortilla de huevos en un sombrero y sembraba lechugas que crecían y se convertían en ensalada á la vista de los espectadores.

En ese teatro, en 1827, apareció García, padre de la

Malibrán y de la Usardot; de su garganta brotó el balbutir de la música moderna.

En 1831, anunciando Primavera, gorgeó, cortando los aires, bellas y alegres las primeras bandadas de aves canoras, y vimos, como en embrión, realizarse los sueños *de los dilettanti* al pronunciar con entusiasta encarecimiento los nombres de la Pellegrini, ligera, delgada, airosa y de ojos lindísimos; á Galli, anciano á quien al parecer sostenían en la juventud las alas poderosas de su talento artístico; á Sirleti, elegante y simpático, á la Masini y otros que formaban un proyecto de ópera en forma. Con efecto, esos actores pudieron organizar la representación de *Doña Inés de Castro; Ricardo, Corazón de León* y alguna otra ópera que no recuerdo, del repertorio de Rossini.

¡Oh! pero el año de 36, desde los anuncios tuvieron tal pompa, se revistieron de tantos encantos las biografías de los principales artistas, que la expectativa fué llena de ansiedad y como el presagio de goces celestiales.

Como indicamos, la Compañía aparecía formada por Gorostiza, fungiendo de su segundo *ó alter ego* D. Joaquín Patiño, de grande inteligencia y de privilegiada aptitud para el negocio que manejaba.

Las lujosas casas que se alquilaron para los actores, los riquísimos equipajes que remitieron, las lámparas, muebles, trajes de coristas y la renovación del teatro y el escenario, todo hacía esperar, como un acontecimiento extraordinario, el estreno de la *nueva ópera.*

Figuraban en esa Compañía como actrices y actores principales, Marcela Albini, la Cesari, la Pasi, Moutreror, Tomassi, Murati, Spontini y varios otros de menor renombre.

Era la Albini poco airosa y de fisonomía beatífica y monjil, obesa, carnuda, de ojos pequeños y restirados hacia las sienes, nariz pequeña, dientes blanquísimos y boca grande y expresiva.

El talento de la Albini era clarísimo, su voz admirable, su tacto artístico, su conocimiento de la escena y sus recursos dramáticos sin igual.

Representando, su transformación era completa, sus actitudes esculturales, su gesto elocuentísimo, su interpretación de las grandes pasiones, perfecto.

Murati era la ternura melodiosa; la Cesari la gracia cantante, la Passy la tórtola hecha mujer.

Con estos elementos, con una escena perfectamente servida por hombres bien aleccionados, con útiles para la representación flamantes y adecuados, y, por último, con una orquesta á cuyo frente se hallaba como primer violín Pepe Chávez, que sorprendió por su habilidad y desembarazo al mismo Rossi que vino á dirigirla, el éxito fué completo, las ganancias de los empresarios pingües y la posición de los actores excelente, pues nuestra más culta sociedad les abrió sus puertas y era codiciada la amistad de actrices y actores por las personas de mayor categoría.

La casa del Sr. Gorostiza, calle del Hospicio de San Nicolás, era el punto de reunión de la flor y la nata

del mundo artístico, y allí recibían el talento y las gracias un culto verdaderamente cordial y generoso.

La *Norma* hizo furor; la Albini se posesionó del trágico sublime para encadenar la admiración y hacerse dueña de todos los corazones. Lágrimas, flores, vítores, coronas, todo cayó como lluvia de oro á los pies de la privilegiada actriz.

Mi lira prorrumpió en unos versos que repitieron, por las circunstancias, los lagartijos como fórmula de su entusiasmo por Mariella.

«Tu dulce, tu grato, tu mágico canto
«Enciende mi encanto, mi tierna emoción:
«Rival de las gracias, de amor precursora,
«Ya se oye sonora tu angélica voz....»

Aunque la tal composición á la Albini no valía una higa, ellos me sirvieron de pasaporte para entrar en intimidades teatrales, y entré como apasionado *attaché* del mundo *dilettanti*, tomando parte en las confidencias de las prima donas, caprichos nerviosos de los tenores, bravatas de los bajos, y rejuego, despergenio, amor, vino y vida borrascosa de figurantas y coristas.

Montedescos y Capuletos fué por entonces la manzana de la discordia del teatro.

Esos viejos ricachos y lujuriosos de las primeras butacas que se declaran familia de las actrices, con sus grandes anteojos para no perder gesto ni facción; esos *cabaliere servente* de las matronas, husmeadores de las bailarinas, protectores de las ratas de bastidores, armaron la campaña contraponiendo la Cesari, moza guapí-

sima de ojos verdes, nariz roma, esbelta y fornida, á la Albini en el reparto de la ópera.

Encendiéronse las pasiones, se desataron tempestades de chismes, cundió la claque y se convirtieron las tablas en Campo de Agramante.

Encarnizados partidarios se alistaron en uno y otro bando: la flor y nata del foro, de la gloriosa carrera y de la Iglesia, y aparecían entre los caudillos diputados y ministros, llevando en alto la bandera soberbia de la Cesari, D. José Gómez de la Cortina, Gobernador del Distrito.

Dentro y fuera del teatro llovían disputas y palizas, serenatas y encerradas, siendo un extra precioso de la ópera esta sucesión de sainetes humorísticos.

D. José Gómez de la Cortina, después Conde de la Cortina y de Castro, noble calavera educado en España y literato distinguido como crítico y erudito, acaudillaba, como hemos dicho, el bando de la Cesari, y embrolló las cosas de tal modo, que tomaron las proporciones de cuestión política, habiendo cada noche en el teatro escándalos de padre y señor mío.

Algunos actores de reconocido mérito refaccionaron en esta época la boga de la ópera, cobrando todo su esplendor con la llegada de la Castelani Giampietro, Boceti, tenor muy distinguido, y Tomasi, bajo profundo que alcanzó señalado favor del público.

La Castelani puso en boga el Teatro de los Gallos, llamado así por haber servido el local de plaza de gallos, formada por cuenta de la Real Hacienda en 1798, des-

pués de haber habido plazas en la calle del Bautisterio de Santa Catarina y callejón de la 1ª calle de Mesones.

En cuanto al verso, puede decirse que fué la época de 1836 á 40 del dominio pleno de Bretón; se animaron por comparación sus tipos cómicos: se recitaban sus lindos versos de memoria y se convirtieron sus chistes en frases familiares.

Salgado, Valleto, la Duvreville, la Platero, fueron los intérpretes felices del autor español, y aunque deficientes decoraciones y vestuarios, aunque al arte escénico no había llegado la regeneración que se operaba en España en esta época, puede decirse que tuvo muy marcados adelantes el teatro.

La Pautret, que había encantado con sus bailes, que arrancó aplausos entusiastas á la lira de Heredia, que convirtió en recuerdos voluptuosos Terbaldo y Dorlesea, Napoleón en Egipto y otros bailes, cedió coronada de lauros, su puesto á sus hijas Joaquina y Aurora que salieron á la escena protegidas por el nombre y la estimación que dispensaba el público á Gorostiza.

Alborotando conciencias, escandalizando ancianas y sembrando inquietudes en el corazón de las familias, por aquellos tiempos aparecía como triunfante el carnaval, hasta poco antes sumido entre los anatemas de la Iglesia y el desprecio.

Como en toda sociedad hipócrita y oprimida, el carnaval fué un *fiat* de licencias, un motivo de solaces de

gente circunspecta y de sacristía, y un salvo-conducto de diabluras de todo vicho que aspiraba á los goces mundanos, conservando reputación inmaculada.

Pero por lo mismo que las restricciones habían sido tiránicas y que aun el libertinaje aspiraba á los títulos de rumbo y de trueno, hubo máscaras que representaban monjas descarriadas, frailes prostituídos y santos en orgía: se atribuían, acaso sin motivo, estos desmanes á oficiales del Ejército como Mantea, Miñón, Barberi, Garmendia, Téllez y otros que daban el tono á la alta sociedad de entonces. El populacho seguía estas huellas, y charros de cutis de sombra parda, tacones torcidos, pantalones con valenciana de hilachos, parodiaban entre gritos y contorsiones aquellos cuadros.

Irritado el deseo con los atractivos de la careta y deseosos de evitar los peligros de una irreflexiva publicidad, se formaron grupos ó reuniones de máscaras, se vestían caprichosamente, contrataban su música de bandolones, bajo y flauta, y llevaban la comparsa á una casa particular (previo discretísimo aviso al dueño) casa que se iluminaba, en la que se servía cena ó refresco y en que se bailaba con la desazón de los lances y chascarrillos de los máscaras.

Corrieron los tiempos; las comparsas se organizaron; ya no eran vestidos de papel ni de cucharas, ya no panaderos y léperos, eran parejas con ricos vestidos de fantasía, descendiendo los trajes de moros, de chinos y las caretas de monos, perros y figurones á la ínfima plebe.

Los *dandys* adoptaban traje de marineros ó de jarochos, ó de caballeros de la edad media, ó de trovadores y templarios, derramando chistes y donaires, vertiendo polvo de oro y perfumes sobre las damas y excitando la curiosidad dentro de los límites de la decencia.

Entre estos *jugadores de careta* se distinguían Pepe Calderón, Fernando Urriza, Diego Correa, Juan Peza y otros jóvenes llenos de gracia y de talento.

El dominó no había aparecido aún; su tiesura monacal, su inanimada y casi funesta inmovilidad, era, ó desconocida ó desechada en la buena sociedad.

Máscaras y comparsas, como hemos dicho, se solazaban en las casas particulares, conservándose por mucho tiempo memoria de las recepciones en los grandes salones de las Casas de Moneda, habitada por el Sr. Lic. D. Bernardo González Angulo; las del General Barrera, contratista de vestuario, esquina del Reloj y Cordobanes, donde hoy se encuentra la Lotería Nacional. Barrera, en uno de esos años, dispuso una comparsa de Reyes, formada con los hombres más notables de la época, y las del Sr. General Valencia en el Mirador de la Alameda, que tenían un carácter más popular, aunque la elevada posición del General las hacía lujosas y distinguidas.

Las fiestas callejeras del Carnaval se reducían á retozos más ó menos groseros, con el pretexto de quebrarse cascarones de tízar, de salvado, de miel y aguas pestilentes; y entre la gente bien educada, lanzar flo-

res, aguas de olor y *agasajos*, consistentes en fracciones pequeñas de papel de colores, mezcladas con partículas de oro volador.

Había entre el populacho desfiguros horribles, cuellos pelados de sombra parda, zapatones á raíz de la piel y modales zurdos y ordinarios.

En el paseo, á que era de rigor que concurriese la ciudad entera, alegre y vestida de gala, había sus carretelas vistosas con sus damas coronadas de plumas y llenas de encajes, caballeros fantásticos con vistosos arreos, y comparsas que bromeaban en su tiple característico y con su algazara estrepitosa.

De esas comparsas particulares y representaciones callejeras, conservo dos recuerdos.

Veamos el primero:

El General D. Manuel Andrade, en su hermosa casa, calle del Puente de Monzón, recibió una suntuosa comparsa. Luz, flores, mujeres, engalanaban á porfía el salón en que cascos y plumas, cucuruchos de polichinelas, chambergos y gorros, como que se mecían en el oleaje compasado de las damas.

Multitud de máscaras discurrían aquí y acullá, dando sus cargas, excitando la hilaridad ó perseguidos por curiosos. Numerosos criados circulaban con grandes charolas repartiendo bizcochos, helados y licores, y todo era animación y contento, cuando atropellando gente, imponiéndose con sus modales, aturdiendo con sus gritos y llamando vivamente la atención su traje bordado de oro y sus cascabeles, apareció un más-

cara que sabía la vida y milagros de todos, les disparaba sátiras picantes á muchos, y excitó de tal modo, que en cierto momento reinó el silencio, y todos estaban pendientes del máscara grotesco.

Y no obstante la osadía de este personaje, sus modales eran mirados y decentes; en las bromas se contenía en ciertos límites, y como que observaba mayor recato al acercase á los hombres.

Algún calavera, excitado por las bromas del máscara, le cercó con sus brazos y quiso forzarlo á que se descubriese; pero éste, ligerísimo como un relámpago se encogió, se sesgó, se escabulló, y de un salto, abriendo resueltamente el piano, tocó, y tocó admirablemente, de arrebatar, de enloquecer, de avasallar y endiosar á la concurrencia.

Sentado al piano el máscara, su compostura, sus manos de marfil, su señorío, inducían á creerlo una señorita distinguida, y cuando dejó de tocar, los aplausos, las atenciones y las delicadezas le formaron una verdadera ovación.

En varios concurrentes fué poderosísima la impresión que produjo el máscara, aumentándose desde que se comenzó á dudar de si era hombre ó mujer, por las contradictorias manifestaciones que hacía.

Espiando sin duda algún momento que le pareció oportuno, el más cara abandonó el salón, seguido á lo lejos por una jauría de adoradores. Atravesó calles y plazuelas; apareció y desapareció en el laberinto de callejones de Camarones, Chiquihuiteras, San Antonio

y Delicias; penetró por el Puente del Santísimo y, al fin, rendido, se introdujo, siempre seguido de sus amantes, en la peluquería de D. Gabino Medina, calle del Coliseo. Sus perseguidores quedaron á la puerta. Entró el máscara, se bajó la capucha descubriendo el más perfecto cuello y el pecho y la espalda alabastrina. Los admiradores lanzaron una exclamación de asombro.... después hizo caer sus bucles y sus rizos, y se descubrió risueña la cara barbuda del pianista Centroni.... Llovieron sobre él los improperios y cayó el telón.

El otro episodio á que me refiero, lo forma una ocurrencia de Fernando Calderón y de Ignacio Rodríguez Galván.

Los amigos de que voy á ocuparme son harto conocidos en México por sus talentos poéticos, por su erudición y vasta literatura.

Jóvenes ambos: alegre y abierto de carácter el uno; el otro, aunque taciturno y encogido, condescendente y amartelado, se querían entrañablemente y eran inseparables.

Ocurrióse á Fernando la idea de vestirse de máscara y de que lo acompañase Ignacio; pero no era para ellos hacer unos máscaras insulsos y pazguatos como todos los máscaras de munición.

Determinó Fernando vestirse de Sancho Panza, con toda la propiedad posible, y caracterizar á Ignacio de Don Quijote, aprovechando su estatura, sus piernas largas y delgadas y su busto levantado y bien hecho.

El famoso yelmo de membrino, la grande lanza, el

color cetrino, los ojos negros y penetrantes, el cuello largo y acanutado, el Rocinante flaco y rejerego.... y en cuanto á Sancho, su frente angosta, su nariz roma, su boca grande y abierta, su prominente abdomen, sus piernas cortas y su conjunto casi cuadrado, animado todo por su mirada taimada con sus ribetes de maliciosa.... El conjunto era perfecto y podían llamarse el rocinante y el pollino, Don Quijote y Sancho, cuatro personajes de una comparsa interesante.

Al principio pasaron como inadvertidos entre la multitud de gente, de carruajes, caballos y máscaras que se dirigían al paseo, seguía el populacho á la pareja persiguiéndola con cascarones y chanzas groseras. Algunos conocedores del libro inmortal de Cervantes, se dirigieron á Don Quijote y le oyeron parlar en un castellano antiguo, tan atildado, fluído y correcto que no pudieron contener su admiración. Dirigiéronse á Sancho y fueron tan abundantes y oportunos sus refranes, tan agudos sus chistes y llenas de tanta sal y gracia sus respuestas, que llovían aplausos; se propagaba el interés por los máscaras; se hizo escogido y pulcro el círculo de admiradores, y vivas sin cuento y aplausos sin medida llovieron sobre el ilustre Manchego, simpático amante de Dulcinea del Toboso.

Rodríguez conocía el castellano antiguo como nadie en aquella época, y Calderón se sabía de memoria el Quijote, de ahí es que caracterizaron sus personajes, al punto de suspenderse la circulación de coches y caballos, cesar el ruido, enmudecer la música y formar

un espectáculo lleno de interés con los dos personajes de que nos ocupamos.

La autoridad que estaba en el paseo, mandó algunos policías para que custodiasen á los actores de aquella escena y cuidasen el orden. Tal disposición aumentó la curiosidad, y el buen orden atrajo á las señoras.

Entonces fué de ver la exquisita galantería de Don Quijote, su reverencia religiosa á la hermosura y su rendimiento y cortesía con las damas. No le fué en zaga Sancho, quien parecía estar departiendo en la casa de los Duques con los más cumplidos caballeros ó naturalote ¡pero tierno con Aldonsa Lorenzo!

Ni agasajos, ni súplicas, ni amagos, fueron bastantes para descubrir á los queridos personajes, quienes por mucho tiempo guardaron rigoroso incógnito, dejando una impresión imborrable entre la gente de la época.

El auge en que por entonces disfrutaron las máscaras, se explayó en el teatro, donde el lujo, el talento y las gracias se dieron cita para los bailes de «Vieja,» de «Piñata» y «Fantasía.»

El más notable de éstos fué sin duda el preparado y dispuesto por los hermanos Miguel y Leandro Moso, ornamentos de la juventud dorada, con el prestigio de su parentesco con el Emperador Iturbide.

El teatro reverberaba como una ascua de oro; en los palcos, cubiertos de ramos y de flores, se ostentaban Hadas, Sultanas, Odaliscas, Reinas y damas de hermosura histórica, avasallando la seda y los encajes, os-

tentando guirnaldas y plumas, vulgarizando las piedras y formando el conjunto una grandeza olímpica que se perdía en lo ideal y lo maravilloso.

Entre las primeras damas figuraban, por su belleza, las Sritas. Villanueva, las Escandón, las Osio, Lola y Trinidad, las Cubas, las Echeverría, la Obregón, la lindísima Luz Zozaya, y en promesas de amor y de ensueño, Javiera y Rosario Echeverría, Marianita y Victoria Tornel, Conchita Lizardi, Panchita Agüero, esposa después del General Prim. Formaban cortejo á ese Olimpo de deidades, jóvenes apuestos con vestidos bordados, espadas, gorros, cascos y plumas.

Peña y Barragán y Peza, Juan Roo y López, Escandón, Jáuregui, Gamboa, Badillo, Icaza, lucían sus trajes de Templarios, de Sultanes, de Peregrinos, Trovadores y de todo lo más poético y seductor de la historia.

Las invasiones de ebrios y gente ordinaria al teatro, alejaron á la buena sociedad de él, y comenzó muy lentamente la marcada decadencia de las máscaras.

Preocupando vivamente los ánimos, se anunció la guerra de Francia (1837 y 38) conocida vulgarmente en el público con el nombre de la *Guerra de los pasteles.*

En muy corto intervalo de tiempo se había cambiado la forma de Gobierno y ejercido el poder Supremo Santa-Anna, Corro Don Justo, y Don Anastasio Bustamante.

Lo menos de mi cuidado eran los estudios políticos y los cambios de decoraciones palaciegas.

Se sabía que la causa de la guerra fueron reclamaciones injustas y exorbitantes, á tal punto, que figuraban miles de pasteles, y tan poco justificadas, que después de satisfacerse, según los tratados de paz, hasta el último reclamo, sobraron doscientos mil francos que no había aplicación que dárseles.

Pero en aquellos felices tiempos era sabido que un ministro extranjero venía al país como á tierra de salvajes; le rodeaban especuladores, ávidos y desvergonzados, generalmente hacían contante y sonante su afecto, y le obligaban á que reclamase al Gobierno; el Gobierno resistía... y entonces el Ministro, furibundo, amagaba con una escuadra... Entonces era la tribulación de los diplomáticos y de las casas fuertes... y se acababa por ponernos en bien con la Nación amiga... porque al fin, como que pagábamos, éramos muy civilizados... El Sr. Juárez fué quien primero tuvo la gloria de acabar con esta humillante corruptela.

Mientras en lo diplomático se adoptaba un lenguaje templado y melífluo en lo ostensible, se creaban cuerpos de guardia nacional. Se habilitaban de cuarteles claustros, en el convento de la Merced, San Francisco, etc., y se entronizaba «La Ponchada» con todo su despergenio y con todos sus accidentes cómicos.

Yo, que no tenía cara en que persignarme, y que, como coplero pedestre, eran mi ajuar mi Chantreau y mi barragán, me alisté en un regimiento de caballería,

de que era coronel D. Joaquín Escandón y en el que se había alistado todo lo más rico y elegante de nuestra sociedad.

Sirvióme de pasaporte para la admisión en aquel cuerpo, una marcha que hice contra los franceses, plagada de disparates, pero respirando odio contra el proceder inicuo del gobierno francés.

Además, en la distribución de premios de San Juan de Letrán, había pronunciado el año anterior una oda que se dignó elogiar el sabio D. Bernardo Couto, con notable benevolencia.

¡Oh, qué vida tan deliciosa la del militar de chanza! Diarios y suculéntos almuerzos, expediciones y cabalgatas, músicas en la puerta del cuartel, visitas de las personas más distinguidas á los compañeros de armas.

Por supuesto que en lo substancial del servicio aquello no tenía pies ni cabeza; pocos dragones tenían caballos, y los rancheritos dandíes no se avenían á maltratar sus caballos; las fatigas las hacían gentes á quienes pagábamos las guardias, reservándonos el arrastrar el sable, la patrulla por las calles centrales y la guardia en paseos y lugares concurridos. Á cierta hora, el capitán estaba en visita y el cabo cuarto en el billar; el abanderado bufaba porque había recibido tremendas calabazas y no había relevo porque se había marchado con fusiles y todo, media compañía al paseo de Iztacalco.

Á pesar de todo lo dicho, en esa época y en ese cuerpo tuve mi bautismo de fuego, y voy á referir las cir-

cunstancias para que se mida la importancia de mis aptitudes bélicas.

Los franceses ocupaban nuestras aguas; las contestaciones diplomáticas se convertían en más agrias, aunque por desgracia tuvieron desenlace fatal por las concesiones indignas del gobierno de Bustamante. Todo hacía presagiar un rompimiento próximo y terrible. Se sucedieron los ejercicios y los acuartelamientos, y á su sombra los banquetes y placeres de los jóvenes.

El coronel anunció, por fin, el primer ejercicio de fuego, después de adiestrar á los soldados en la *carga de once voces*, á toque de caja y por carretilla, como se decía en el argot de cuartel.

Yo en todos los ejercicios dejaba pasar las voces sin hacer caso; me mordía las manos la cazoleta, dejaba olvidada la baqueta en el cañón y me sumía á la hora de las maniobras comprometidas. Pero no había remedio: el ejercicio de fuego iba á verificarse y yo no había soltado un tirito en mi vida, no siendo el menor de mis temores formar en primera fila, por el concepto que me merecían mis compañeros de armas. Preocupado con tal idea, me ingenié y dispuse las cosas de modo que marchase en primera fila un venerable boticario, de andar majestuoso y continente marcial que se la daba de soldado viejo y fogueado.

Llegamos al Ejido: el ejercicio era pie á tierra; la concurrencia de caballos y coches era numerosísima. Nos formamos en batalla, se abrieron las filas, sonaron

los toques de atención.... tan, tan, ¡muerdan cartuchos! ¡Ceben! ¡Cierren! etc., ¡al hombro!.... ¡presenten!... (aquí el corazón me saltaba de sobresalto) ¡apunten!.... Cerré los ojos.... y dije dentro de mí viendo al boticario: ¡Jesús te ampare!.... Cuando abrí los ojos, el boticario se levantaba del suelo mal parado y contuso: le había quemado sus bucles abultados y quería comerme.... Al volver al cuartel esperando un arresto ó cosa semejante, me encontré con que me habían hecho sargento... para que no volviera á tirar más.... Ya se verá que fuí un bruto en no haber seguido la gloriosa carrera de las armas, en que logré tan fácil como inesperado ascenso.

El desembarco de los franceses, la prisión de Arista, el combate, la pérdida de la pierna de Santa-Anna y su brillante manifiesto á la Nación, preocuparon vivamente los ánimos.

El manifiesto era obra del Sr. Lic. Villamil; estaba muy hábilmente escrito, rebosaba en sentimientos nobles y generosos y hería profundamente la sensibilidad del pueblo, envaneciéndose de haber derramado su sangre por una patria tan tiernamente amada de su corazón.

En los salones, en los cafés, en las plazas; en medio de la gente que se agolpaba, se leía el manifiesto en medio de las lágrimas que borraban los recuerdos de San Jacinto y hacían renacer el entusiasmo por el héroe de Tampico.

Los nombres de Rincón, de Gaona, de Labastida, de

Godines y de otros, se pronunciaban con admiración y reconocimiento, refiriéndose que á Gáona los mismos oficiales franceses le condujeron, cargando su camilla, al hospital, en testimonio de estimación; y Godines, que mutilado de un brazo y una pierna, entre las ruinas del Caballero Alto de Veracruz, rehusaba rendirse, se le tributaron espléndidos honores.

El populacho tradujo á su modo la guerra, y voy á dar idea de cómo se interpretó en una representación de títeres en el teatrito del Puente Quebrado, de que era director D. Vicente Aduna:

Era un galerón obscuro y desmantelado, con sus rasgones en el adobe y sus desperfectos en las negras vigas, sin pavimento ni pintura, con bancas desnudas, cajones colosales de madera, llamados palcos, y un tendido, á que formaban fleco hileras de pantorrillas desnudas, los días ó mejor dicho, las noches de función.

Un solo candil de hojalata chinguiñoso y mal alimentado, cuatro albortantes con velas de sebo, una música que remedaba á las mil maravillas el chillido, el aullido, el alarido, el rechinar y el golpeo del batán, eran el ornato del espectáculo, y su complemento la concurrencia más heterogénea, más inconcusa, desigual y abigarrada del mundo.

La escena nos es conocida.

Representa el teatro un espeso bosque que parece desierto; cruzan de vez en cuando chillones con cachuchas, y gesticulando horriblemente, unos monos repelentes de interminables colas. Sale el Negrito, per-

sonificación de la Patria, con sus calzoneras, espada y sombrero con tóquilla tricolor... los monos se agrupan, uno se adelanta...

El Negrito, creyéndole el demonio, exclama:—«De parte de Dios te digo que me digas qué quieres.»

—Que me pagues mis pasteles, dice el mono.

—Ven por la paga... Alza entonces la bandera tricolor que ha estado oculta, y cambia instantáneamente la escena; es el Castillo de San Juan de Ulúa, son nuestros soldados, y es el mar con la escuadra francesa... Se agitan las banderas, suenan tambores y clarines, y se empeña un tiroteo de cohetes escupidores, cámaras, etc., que convierten en un caos la galera. El pueblo toma parte en el combate con una gritería de los demonios, palmadas, patadas y golpeo en bancos y palcos...

Los franceses avanzan, ya se acercan, ya apagan nuestros fuegos, ya cantan victoria. El Negrito, que ha estado infatigable, embiste, mata, empuña la bandera y se abre paso hasta lo más alto de la fortaleza.... Allí se arrodilla... hace la señal de la cruz y grita... ¡Ah! María Santísima de Guadalupe!... El foro se ilumina entonces de luz de bengala, y entre una lluvia de oro y estrellas, en medio de las lágrimas del entusiasmo, rodeado de arcángeles, desciende la Virgen. Los monos corren, se embarran en el suelo, tiran los fusiles en medio de la rechifla; las dianas, los vítores y las palmadas.... Canta la música.

¡Ay Veracruz, Veracruz!
¡Ay Veracruz infeliz,
Qué susto le dió Santa-Anna
Al almirante Baudín!

Antójaseme en este momento hacer una descripción, lo más detallada posible, de una habitación de persona de la clase media de mis tiempos.

Habían pasado los tiempos de los canapés de tripe y las pantallas, los baldoquines y tibores. Ahora se inauguraba otra época, y mientras las importaciones europeas se instalaban poco á poco en los grandes salones y en las alcobas protegidas por Compañón y otros negociantes, la clase infeliz permanecía adherida al *petate* y al *tlecuitl*, y en la clase media se verificaban renovaciones parciales, conservándose mucho de lo colonial y de lo indígena.

Supongo una vivienda principal de casa de vecindad con su empinada escalera, su corredor á la entrada, su sala, recámara, comedor y cocina, con su heregía de azotehuela y su excusado como posdata minúscula de la habitación.

En el corredor, no faltaban, colgando, jaulas de canarios, zenzontles ó gorriones, aros de hojalata con tiras de vidrio que sonaban con el aire, y no eran raros los pájaros disecados ó las ardillas.

En un rincón del corredor, veíanse limpias y bien plantadas colosales tinàjas con barniz encarnado, y la destiladera fresca, porosa y brindando refrigerios.

El suelo era de solera, pero pintado de encarnado con un compuesto de azarcón, tierra roja, y no sé qué más; pero le daba al piso cierta frescura y alegría muy agradables.

No era raro hallar en el corredor pinturas al fresco, que representaban, ya el bosque y el Castillo de Chapultepec, ya el paseo de la Viga con su canal y sus canoas con músicos y cantadores, ya un coleadero con sus toros ligeros y sus rancheros balanceándose para coger la cola.... Unas veces disparatadas estas pinturas, otras pasables, siempre eran muy del agrado de propietarios y visitas.

El ajuar de la sala, en lo general, era de sillas y canapés de tule, pintados de verde ó color de café, llamados de *pera* y *manzana*, por tener esas frutas doradas en el respaldo. Al pie de los canapés se veían escupideras de hojalata de figura oval con sus tapas de simétricos agujeros, y fungiendo de alfombra, ó más bien dicho, margen ó tapete, un petate pequeño ribeteado con orillo.

En el medio de las paredes de la sala, en rinconeras y mesillas adecuadas, eran de rigor altos nichos de cristal con imágenes de la Divina Pastora, la Divina Infantita, de Nuestra Señora de los Dolores, á la que ardía constantemente una lamparita de aceite; de la Virgen de la Concepción, sin faltar, por supuesto, un Santo Cristo de Guatemala, rodeado de milagros de plata con su auténtica respectiva y sus doscientos días

de indulgencia concedidos por los Sres. Madrid ó Belaunzarán.

En lo alto de las paredes lucían cuadros de la Santísima Trinidad, San Juan Nepomuceno, abogado de la honra: Señor San José con su Niño en los brazos y el beato San Sebastián de Aparicio, con los bueyes arrodillados á su frente.

Era de rigor en una de las rinconeras el braserillo con ascuas cubiertas de ceniza para encender los cigarros.

En la recámara eran características las cortinas, formando cuadro varillas de fierro, la cama de madera fina, la pileta de agua bendita, un sillón para uso exclusivo de las personas graves, y sillas pequeñas de tule. Las cómodas y baúles para la ropa hacían un papel importante, siendo el perchero sólo para el señor de la casa.

A la entrada del comedor, servía á la concurrencia un aparato fijo en la pared, constante, de un depósito de agua y un receptáculo más abajo, con su llave el primero, la toalla al lado y una jícara con el jabón de la Puebla, el zacate fino ó estropajo, y un tezontle pequeño para que los interesados se rasparan los dedos del humo del cigarro.

La cocina, por pobre que fuera, tenía en sus paredes labores, rúbricas y caprichos formados con ollas, cazuelas, comales, flores hechas con aventadores y cucharas y juguetes, todo guarnecido con cenefas y labrados de colorines que le daban aspecto vistoso.

El gran barril para el agua era mueble importantísimo, tan importante, como el aguador en su línea que no es poco decir; y la arandela que era para el alumbrado nocturno.

El lujo de curiosidades y chucherías, y se me olvidó pintarlo á tiempo, se ostentaba con suma curiosidad en el tinajero que debimos haber colocado al lado de las destiladeras del corredor.

El tinajero ostentaba los vasos de Pepita, y las dulceras de cristal, la lindísima loza de Sajonia y de China, los trastecitos de Tzintzuntzan, los perritos y venados, muñecos de Tonalá, los jarros llamados de Guadalajara, las chucherías de yesca y carbón, las figuritas de camelote de Oaxaca, jícaras y guajes de Michoacán y Tepalcingo y otros juguetes en las paredes que descendían desde el techo, formando fajas, círculos, ondas y márgenes al tinajero.

Sólo las familias de cierta posición tenían tinas de baño, aunque solían usarse ya de hojalata, ya de palo forradas de plomo, teniendo por complemento la calentadera con sus tres tubos con sus tapas, siendo el mueble esencial y á veces el motivo de que el baño fuera un verdadero escándalo en la familia, por el acarreo del agua, el transporte de la lumbre, las quemadas y la humareda no pocas veces causa de peligrosos encarbonamientos.

En una casa como la descrita, era común que figurase el buen chocolate de *tres tantos* (uno de canela, uno de azúcar y uno de cacao) sin bizcocho duro ni

yema de huevo; el champurrado para los niños y, de vez en cuando, café con leche con *tostada* ó *mollete*. Hacían compañía á los líquidos los bizcochos de Ambriz, los panes y huesitos de manteca del Espíritu Santo presentándose de vez en cuando á lisonjear la gula las hojuelas, los tamalitos cernidos y los bizcochos de maíz cacahuatzintle. El final del desayuno eran sendos vasos de agua destilada.

Cuando acudían visitas á las once de la mañana era forzoso obsequiarlas: si eran señoras, con vinos dulces como Málaga, Pajarete ó Pedro Ximénez, sin faltar en una charolita puchas, rodeos, mostachones, soletas, etc., y sus tiritas curiosas de queso frescal. El sexo feo se las componía con ríspido catalán, llamado judío, porque no conocía las aguas del bautismo.

En las comidas resaltantes para las festividades de un congreso de familia, compuestas de las matronas más expertas en el arte culinario, se ostentaban:

Las sopas de ravioles y la de arroz con chícharos, rueditas de huevo cocido y sesos fritos.

La olla podrida, era la insurrección del comestible, el fandango y el cataclismo gastronómico, la cita dentro de una olla de las producciones todas de la naturaleza.

Encerrábanse en conjunto carnes de carnero, ternera, cerdo, liebre, pollo, espaldillas y lenguas, mollejas y patas; en este campo de agramante se embutían coles y nabos, se introducían garbanzos, se escurrían habichuelas, se imponían las zanahorias, campeaba el

jamón y verificaban invasiones tremendas, chayotes y peras, plátanos y manzanas en tumultuosa confusión; hasta creíase percibir entre el hervor y el humo, rodajas de espuela, relojes y ramas de árbol, facciones humanas truncas y gesticulaciones fantásticas de monstruos abortados por la locura.

La olla podrida se apartaba en dos grandes platones para servirse; uno de los platones contenía carnes, jamones y espaldillas, patitas y sesos, en el otro la verdura con todos sus accidentes, y entre los platones, enormes y profundas salseras de jitomate con tornachiles, cebollas y aguacates y salsas de chile solo ó con queso y aceite de comer de Tacubaya ó los Morales.

El plato de olla podrida podía constituir por sí solo un banquete, y un gastrónomo no experto habría necesitado un manual ó guía para penetrar en aquel laberinto sorprendente.

La llenura, el hartazgo, la beatitud del boa, se encontraba en primera en ese plato privilegiado.

En los guisados había predilecciones caprichosas: como pollo en almendrado, con pasas, trocitos de acitrón y alcaparras; pichones en vino y liebre, ó conejo en pebre ó con salsas.

El turco, la torta cuajada, la torta de cielo, los patos en cuñete, tenían sus lugares de honor, lo mismo que los guajolotes rellenos y los deshuesados, obra maestra de las cocineras de la alta escuela.

En los festines de familia ó de alguna confianza, ha-

cían con aplauso sus apariciones el mole poblano de tres chiles, el de pepita ó verde y los famosos manchamanteles con sus rebanadas de plátano y sus gajitos de manzana.

Lo espléndido, lo musical y poético, eran los postres: los encoletados voluptuosos, la cocada avasalladora, los cubiletes y huevos reales, los zoconoxtles rellenos de coco..... la mar!..... el éxtasis!..... la felicidad suprema.... Frutas, zapote batido con canela y vino, garapiña, etc., etc.

Después de dar gracias y de levantar los manteles, fumaban los señores mayores (que me reventaban) y se les servía salvia, muitle, cedrón ó agua de yerba buena para asentar el estómago.

Esto era, por decirlo así, la realización del ideal.

La vil prosa de la alimentación diaria era el chocolate de oreja y el atole, el anisete á las 11, y en la comida una sopa de pan, arroz ó tortilla, un lomo de carne anémica escoltada por unos cuantos garbanzos, salsa de mostaza, perejil ó chile, y principios en que fungían con aplauso el rabo de mestiza, los huevos en chile, los chilaquiles, las calabacitas en todos sus apetitos variantes, los quelites, verdolagas y huauzontles; nopales, las tortas de papas, de coliflor, pantallas y las carnitas de cerdo. Alegraba la comida la miel perfumada con cáscara de naranja, y servía como de digestivo una tortilla tostada que se hacía astillas entre los dientes. El frijol popular, el frijol, amigo de los desheredados, el frijol, refrigerio del hambriento, el frijol patrio, ocu-

paba el puesto de honor y se le solía adornar con cebolla picada, con queso, con ahuacate y salsa para que sonriera la gula en la mesa más humilde. El oficio de limpiadientes lo desempeñaban en general los popotes, con excepción de uno que otro personaje que usaba el oro con un rascaoídos en el opuesto lado.

El mole de pecho, un lomo frito prófugo del puchero, si acaso con dos ó tres hojas de lechuga y el parraleño amable, componían las cenas de los mártires numerosos de la clase media.

En la clase más infeliz los tres amigos del pobre (maíz, frijol y chile) hacían el gasto, lisonjeando el apetito el nenepile, el menudo, tripa gorda y otros ascos y espantos de cualquier estómago racional.

Se hace un verdadero salón de carnaval mi cerebro cuando pretendo coordinar, cronológicamente hablando, modas y trajes de las épocas á que me estoy refiriendo, ya porque muchos permanecieron estacionarios, ya porque los cambios se hacían muy lentamente, y ya porque un accidente cualquiera convertía en efímeras ó arraigaba los usos de la manera más caprichosa.

En esta confusión sólo puedo decir que pasaron para el gran tono las épocas de los encajes, de las macedonias, de los tápalos chinos valiosísimos; de la manga corta ó guante de brazo, para dar lugar á capotas y chales y tocados con perlas, *tembleques* de piedras preciosas y plumas, quedando en pie, dominando las ruinas, como diría Horacio, la saya y la mantilla de riquí-

simo trapeo y la mantilla blanca para espectáculos y paseos.

En el calzado siguióse ostentando el proverbial lujo de las mexicanas; el exclusivo era el bajo, sin que se presintiera ni de lejos este botín masculino, recuerdo del soldado y del colegial de poca fortuna.

El zapatito bajo de raso negro era el zapato aristocrático y el de mahón negro lo adoptaba gustosa la pollita recatada.

Las pollas y damas afectas á las transgresiones constitucionales, gastaban zapatos de raso verde ó café; pero el zapato bajo era como engaste ó marco de la rica media calada de la patente, de la media lisa y en menor escala de la limpísima media de hilo de Escocia, algodón....

Duplicando los consumos, alarmando cortadoras, porque eran muy contadas las modistas (Mad. Adela y después Virginia Gourgues), apareció triunfal el túnico *ampón* que debía su ser á las enaguas de armar, las mangas de farol y la peineta de olla, que fué seguida de la de uña, gajos, tres potencias, etc.

Aquello fué un horror. La indiana, el carranclán, la musolina, la seda misma, sucumbieron á la moda y era el ideal lo esférico, el mundo, no sé qué de bombástico y estupendo. Entre la reunión monumental de tres esferas, bajo un semicírculo altísimo aparecía una fisonomía náufraga, perdida entre los flecos ó los tirabuzones, porque no quedaba sino uno que otro recuerdo de los caracoles.

Las entusiastas secuaces de la moda solían llevar colgadas al cinto seis ó siete enaguas de armar, todas bien tirantes y almidonadas, de suerte que al andar formaban un ruido como de ramazon sacudida por el viento, y los faroles se agitaban sobre el pecho y el rostro de modo que en el baile sufrían verdaderas cachetinas los danzantes.

Los señores graves, aferrados en sus recuerdos, vestían luengos levitones, altos sorbetes, y sus capas redondas, adicionadas las de lujo con un enorme cuello de nutria que servía de abrigo, respaldo y almohadón de la cabeza.

Grande consumo tenía el paño, pero el pantalón de casimir era el preferido; así como para los pollos el frac verde ó azul de botón dorado y en el pollo vulgar la *piel de lusa*, reemplazo ventajoso de la coletilla y de la cotona.

El calzado era por regla general la bota entera ó el borceguí, surtiéndose los pollos *mal comidos*, *del brazo fuerte* ó sea de los zapateros ambulantes que vagaban por las calles llevando cabalgando en el brazo su mercancía.

En los abrigos masculinos se habían hecho más sensibles los cambios: al capote y la esclavina los había de sterrado de *ciertopelo* el carricle aristocrático, color de haba, con sus respectivas degradaciones entre los pobres, y al carricle lo había condenado al lacayo, el barragán que se hizo popular y aprohijó y reconoció como de su propia familia á la talina y al capote dragón.

Alegrando las almas, sosteniendo la bandera de la tradición apasionada y bella como en un centro luminoso de amor y poesía, se destacaba la china con su salero y su zandunga, con su *currucú* de ternezas y con su desenfado de real persona.

Hela ahí.... Vedla con su color de piñón que remeda al celaje de la tarde al morir el sol; con sus ojos muy negros medio cerrados por el ensueño, mientras sonríe en sus labios la promesa y vuela incontenible el beso.... vedla con su camisa descotada y llena de randas, como jaula mal segura que impide el vuelo de dos tortolitas.... y no véais más.... si tenéis en algo vuestra salvación.

Finísimo lienzo, como indicamos, cubre su pecho y redondea con bordados preciosos de chaquira el nacimiento de su torneado brazo; ciñe su cintura ancha faja de burato con largos flecos que se abren y derraman sobre sus cuadriles; comienza la garbosa enagua con el corte de seda verde lustrosísima, y corona y sostiene el castor encarnado y negro cuajado de lentejuelas con sus golpes de listón sencillo cayendo sobre una bambalina de ondas, de encajes, repulgos y primores de la enagua interior, blanca como los ampos de la nieve; detiénese respetuoso el encaje al principiar la soberana pantorrilla, como gritando atrás á la curiosidad impertinente y abandonando á la admiración mundana un piececito de crema de carne humana, breve como el suspiro, sensual como el contacto de la hoja de rosa en los labios, engastado en un zapatito color bronceado de raso ó ta-

filete, con tres mancuernas, para señalar el empeine y su enfranje para poner en relieve la perfección de aquellas *faiciones de la China*.

Pero todo esto es nada si se compara con la *morfiza* de retrechería y de endivida que se traspora, trasciende y encanta del carácter, del amor y de la sal y pimienta de la criatura.

El bajo pueblo, que vivía en los alrededores y en algunos puntos centrales de la ciudad, guardaba condiciones de miseria que por fortuna hoy nos parecen de todo punto increíbles.

Veíanse jacales de indios en Tarasquillo y los alrededores de Santiago Taltelolco, Tepito y Santa Clarita, la Viga, San Antonio Abad, etc., etc.

El muro de caña y adobe, á veces el techo de paja ó tejamanil, el *tlecuitl*, una olla con agua. En el jacal de lujo un petate...

Los muros desnudos, los perros sarnosos, la llaga, la momia ambulante y seres deformes, como jorobados, rostrituertos, patizambos y epilépticos....

El hombre era como una ficha de dominó de seis y blanco, piel en la parte superior y calzon de manta; la mujer con un lienzo de lana corto flotando sobre pecho y espalda ..... enredada en un lienzo que al recogerlo podía hacerse bailar á la interesada como un trompo.

El lépero, generalmente hablando, como para caracterizarse de pura sangre, ha de ser mestizo, bastardo, adulterino, sacrílego y travieso, entendiéndose que más

que picardía debe haber chispa ó ingenio en el magín y más que tendencia al crimen, inclinación á lo villano; pero éstos caracteres llagando el ingenio despejado, la aptitud para acciones generosas, el valor temerario y rasgos de gratitud realmente notables, todo sobre un fondo de amor á la holganza, de fanatismo y de simpatías poderosas por el robo, la embriaguez y el amor.

La leperita es limpia y hacendosa, heroica en el amor; feroz en el celo; sufrida en la miseria; sublime en la abnegación y en el peligro fanática, madre tierna y con volubilidad increíble hasta lanzarse á la locura si la acompañan la pasión y la alegría, ó al martirio si se lo exigen la ingratitud de la persona amada ó el capricho nacido del deseo de venganza ó la soberbia. El desinterés de la china es sobre toda ponderación.

Lo lépero, para mejor darme á comprender, lo constituye el carácter moral, siendo un verdadero accidente el ejercicio, el oficio, la posición y las circunstancias en que se encuentre.

Lo lépero es como lo cancanesco, que consiste en la intención picaresca, en el movimiento lascivo, en el gesto intencional ó desvergonzado; es ladino el lépero y se adapta á las maneras de la gente abatida; cuanto más mal intencionado y rencoroso se muestre, mas sumiso, propende á la incredulidad y á la mofa de lo religioso, y los legos, los sacristanes y la gente de iglesia son su delicia; odia al gendarme y al soldado, al criado doméstico *ó gato* ó mantenido, es hábil artesa-

no, pero flojo, estafador y amigo de la vagancia y el juego.

El amor, el pulque y la riña absorben su existencia; para el primero necesita de la mujer legal y la querida; para lo segundo, los amigos; para lo tercero cualquier rato es bueno, y la cárcel *no le impone* aunque ve de reojo y con dolo á los soplones, los escribas y *los plumarios* de los juzgados.

En el asalto, en el asesinato tenebroso, en la conspiración meditada y sombría no entra el lépero jamás.

Mi maestro me decía con razón: al lépero no se define ni se explica; se le sorprende en un acto cualquiera que le caracteriza: *un ladrón*, acaso puñal en mano, le despoja á uno de su reloj: *el lépero* le pisa un callo como inadvertidamente, y mientras uno se lamenta él desaparece con la prenda.

Un ladrón empeña una prenda robada ó la rifa en el juego; un lépero llama á uno aparte y con misterio le ofrece un anillo, haciendo creer que es robado, y resulta falso el anillo.

En el lépero hay mucho de rastrero; pero le enamora el ingenio, le subyugan los hombres de cacumen y de *indinidad.*

—¿Cómo ha podido usted robarse esas cucharas del café? le preguntaba un juez á un lépero.

—Como me dijeron los de la casa que allí tomaba uno lo que quería... tomé las cucharas sin agravio de *naide.*

En los versos populares, en la canción callejera es

donde más especialmente se acentúa esta faz de la inteligencia del lépero.

La mujer es una pera
Que en el árbol está dura:
Cuando se cae de madura,
La coge el que no la espera
Y goza de su hermosura.

—

Querer á una, no es ninguna;
Querer á dos es bondá:
Querer á cuatro y á cinco
Es gracia y habilidá.

—

Soy de calidá de gallo
Que en llegando á lo macizo,
Me vuelvo *santo postizo*.....
Después, que la parta un rayo
Por los favores que *mihzo*.

—

Qué bien dijieron los sabios
Al voltear la hoja tercera:
¡Oh qué tontos son los diablos
Que esperan que uno se muera
Para vengar los agravios!

—

¡Adiós! me despido, ingratas:
Me alejo de vuestro trato.
¡Ay qué indinas son las ratas
Que quieran comerse al gato!

Y en medio de las contradicciones de este carácter, que con tan confusas líneas hemos querido bosquejar, el lépero es valiente: odia la ingratitud y la perfidia

con sus *aparceros*, se precia de desinteresado y es muy raro que delate al cómplice y que abandone al amigo en la desgracia.

En su mente se agita el caos. Supersticiones bestiales, torcidas máximas morales, ideas obtusas de libertad y derechos, confabulaciones para el robo con los santos y santas.... la mar! Pero lo típico de esta confusión lo vamos á ver patente, andando los tiempos en la época de la Reforma.

Con frecuencia he visto establecer paralelos y comparaciones entre el curro andaluz y el lépero mexicano, y aunque se insiste en encontrar rasgos parecidos, yo creo que en mucho se ha modificado el tipo español debido á los muy diferentes medios de desarrollo de los dos originales.

El manolo es, según lo que he leído, alegre, fanfarrón, enamorado y manirroto, supersticioso y burlón, de imaginación ardiente y apasionado de la hipérbole y el epigrama; le carga el señorito, pero acata las clases; odia á los extranjeros y no se mete en la política platónica sino cuando algún personaje le hace el enemigo de su gente.

El lépero mexicano, mestizo casi siempre, es afecto á los placeres ruidosos; pero se retrae, atiza el júbilo y tiende su red interesado; se finge sumiso y hasta vil con su enemigo mientras no se le puede emparejar: entonces, repentinamente se vuelve insolente y le mata; adora en las mujeres, pero pocas veces se *acuartela* con una. Se aviene perfectamente con la mance-

bía y si se casa tiene su aquella y la otra sin amar la vida de familia, y siendo su encanto la *calle* y los *valedores*.

Valiente con inteligencia clara, con aspiraciones á la riqueza; á poco que se civiliza, entra á la política y se codea con las personas distinguidas. Así se opera la metamorfosis del lépero. Repugna la traición, ama á la madre, respeta á la mujer *legal* y tiene rasgos de gratitud nobilísimos.

El manolo es más ingenioso y más inofensivo; el lépero más concentrado y más peligroso. De un lépero puede brotar un héroe. De un manolo ó curro se forma un tipo inmortal, como Manolito Gázquez.

De 37 á 40.

Tomemos resuello, cambiemos equipo y tendamos la mano á nuestra memoria para que nos conduzca á los palacios y academias, á las mansiones de los próceres, á los modestos gabinetes de los sabios y á las tertulias en que todas estas entidades se mezclaban delineando las facciones de nuestra sociedad.

Como acaso me dificultara el benévolo lector, aunque no era de todo extraño á la epidemia política que nos ha invadido hace tantos años, no obstante que en México se ha modificado cierto refrán que dice: «de médico, poeta y politiquero, quien no sabe vale cero,» y á pesar del roce académico con gente de espada y con próceres del gran teatro del mundo, me importa-

ban una higa los cambios políticos y las peripecias palaciegas, conforme con mi importancia de escribiente y mi vida airada de capense. Así es que veía pasar á lo lejos y como figuras de sombra chinesca á D. Justo Corro con su beatífico semblante y su comitiva de santurrones graves y circunspectos, y á D. Miguel Barragán, elegante, fino, caballeroso, que había figurado honrosamente en la capitulación de Ulúa, que había refinado en sus viajes por Europa sus conocimientos y modales, y cuya muerte fué universalmente sentida.

La enfermedad del Presidente Barragán puso en acción los adelantos médicos, y la gente ensalzaba la sabiduría y las nuevas curaciones que se planteaban.

Apenas murió el Sr. Barragán y anunció el cañón tan funesto acontecimiento, se transformó el hoy Salón de Embajadores de Palacio en *capilla ardiente*, tapizada de negro paño y cubiertos balcones y puertas, de modo que la luz rompía un muro de tinieblas.

De trecho en trecho se colocaron magníficos altares vestidos de negro y oro y altos blandones con robustos cirios en cada uno de ellos. En esos altares por tres días se estuvieron diciendo misas constantemente y en el del fondo se oían cantos mortuorios.

En el centro de la pieza y en medio del piélago de luz se veía el ataúd del cadáver.

El difunto Presidente vestía riguroso uniforme; á su semblante le había comunicado animación el artificio, y parecía que sus ojos de esmalte imponían silencio y ordenaban recogimiente religioso á la concurrencia.

Sus ayudantes, con sus espadas desnudas, le custodiaban como estatuas de sombrero de tres picos, charreteras y bota fuerte.

Aquel era el primer espectáculo de su género que veía México independiente.

La facultad médica de México venía reluchando y dando tumbos por establecerse desde 1833. Bajo la presidencia del Dr. Gral. D. Casimiro Licéaga, patriota eminente y grande amigo de los liberales más ameritados.

Sin hogar ni asiento pasaron los hijos de Esculapio del convento de Betlemitas al del Espíritu Santo; de allí á San Ildefonso, donde tuvo nombre de Escuela de Medicina; en menos de un periquete dió un salto á San Juan de Letrán, donde parece que perdía el fuero y se refugió en San Hipólito, donde por fin se organizó.

Los grandes fundadores que al fin realizaron los proyectos de Licéaga, Escobedo, Carpio y Benítez, fueron D. José Ignacio Durán, D. Ladislao de la Pascua, D. Leopoldo Río de la Loza, D. Francisco Ortega, D. Miguel Jiménez y no recuerdo quiénes otros más.

En ese padrón científico y patriótico señalaba la gratitud pública verdaderas eminencias, hombres de saber y de virtudes que dieron sólido cimiento á los adelantos que ha hecho la medicina en México.

Escobedo, por ejemplo, era un hombre al parecer brusco y adusto, de color moreno, sienes deprimidas, ojos hundidos y pómulos salientes, hablaba escuchándose y tenía actitudes gravedosas y teatrales.

Aquel hombre, repelente á primera vista, era un manantial de ternura inagotable. Apenas se reservaba lo preciso para una decente subsistencia y todo lo demás lo distribuía entre los pobres, pero tan en silencio, tan sin ostentación, tan ignorado de los propios beneficiados, que era realmente una delicia seguir sus pasos Alentaba á los estudiantes y les daba lecciones y libros; siempre serio, siempre monosilábico y áspero.

Cuando vino Jecker, eminentísimo cirujano, asistió Escobedo á una de sus operaciones, sondeó su saber y solicitó ser su discípulo, desnudándose de todo amor propio, haciendo que diese una cátedra en la Escuela y fundando bajo bases sólidas y fructuosas el estudio de la Cirugía.

Espíritu levantadísimo, hombre lleno de fe en el porvenir, reservado á la ciencia, alma enérgica para ver en cualquier obstáculo un motivo para templar el espíritu y renovar su esfuerzo, y sobre todo personificación del sentimiento de amor á los que sufren, Escobedo es un lucero que reverbera en primer término en el firmamento de los bienhechores de México.

A su casa no sólo asistían estudiantes aventajadísimos como Lucio, Pascua y otros, sino amigos de su persona y estudiantuchos como yo, quien veía en el señor Escobedo un verdadero benefactor por los favores que hacía á mi desamparada familia.

Río de la Loza era otro de estos obreros estimables de la ciencia: alto, delgado hasta extralimitarse de flaco, piel amarilla, ojos hundidos, actitud doliente; le

veo con su capa con cuello de nutria, disertando en la cátedra de química con especial estimación.

También veo á Jecker con su pelo rubio, con sus manazas rechonchas y acolchonadas, sus ojos azules, su cuerpo obeso pero listo, y cierto desparpajo de tendero que era una admiración.

Pero en las operaciones se transformaba, su mano era levísima, su bisturí parecía con inteligencia propia; para él era como de cristal el cuerpo humano y sus triunfos era el último que los apreciaba sin orgullo ni jactancia. Francote, un sí es no es desvergonzado entre amigos y santo en su caridad, en su paciencia y su amor á los pobres.

Era buen bebedor sin que su cerebro padeciese, y cuando se le obstinaban las irritaciones que padecía, se daba baños de uno y dos días, diciendo: esta sí es la mayor frescura del mundo.

Habían pasado los tiempos del protomedicato y del Dr. Febles, de Cancino y Setina, de Becerril y de Guapillo; estos dos últimos tipos realmente populares con sus igualas en los principales conventos de monjas y sus entradas á las prisiones.

Ya se había abolido la mula tradicional y el anillo indispensable. No obstante, Becerril en el barrio de Mesones, y Guapillo en el de la Pila Seca, eran como dos puertos en que se salvaban los enfermos pobres.

Becerril era médico ecuestre, de montura y escudero; cabalgaba con su frac azul de botón dorado, su gran sorbete y su chicote para arrear al paciente jamelgo.

Sus visitas duraban tres horas; le decían tata los niños, y él soltaba cada latín, que dejaba tirrios á sus pacientes....

«¡Cuando, cuando se deshabite ese vientre, cantaremos la victoria, decía á las casadas jóvenes, y con esto quedaban hechas aleluyas!»

Guapillo era un hombrecillo de poco más de vara de alto, pero tan ancho de pecho y tan deforme, que parecía un sapo, erguido en dos pies.

Frente que pudiera llamarse tira, ojos que podían cubrirse con dos monedas de á cinco centavos, una nariz que le obligaba á tender el brazo para sonarla y un fleco de barba de pasamanería; he ahí al doctor. Al hacer cualquiera exclamación, los músculos de su rostro se contraían, y eran un verdadero fandango sus facciones.

Por supuesto, la espalda toda era una joroba fenomenal, un Popocatepetl de carne y hueso.

Al mirar aquel conjunto, apenas se podía concebir que fuera un alhajero de ciencias, una arca de bondades y un relicario, ó más bien dicho, un manantial de chistes, de donaires, de anécdotas y de antídotos poderosos contra el fastidio.

Era buen gastrónomo; su bolsa estaba abierta para todo el mundo.

Una vez asaltaron su casa los ladrones, y despechados de no encontrar el botín que codiciaban, en vez de dar tortura á Guapillo, descolgaron de la pared un bandolón, y le dijeron que si no bailaba el *Jorobante*,

(sonecito que se bailaba con jorobas postizas) le matarían.

Hicieron círculo los ladrones.

Pespunteó el bandolón y vino el canto:

«En la esquina de Palacio
Mataron un jorobado,
Y en la joroba tenía
Un zopilote parado.

Meramente
Jorobante.
Tipi....tipi....tipi....tante.»

Este último verso se acompañaba de figuras grotescas, chistes y cabriolas.

El doctor desplegó en esto tanta gracia y tan buen humor, dijo tantos chistes, y se captó con su talento el ánimo de los ladrones... que le dejaron en paz... y á pocos días le plagiaron para darle un banquete, pedirle perdón de las ofensas, y ofrecerle sus personas y servicios.

Pero en esa galería médica, ningún personaje llama mi atención como Don Miguel Muñoz, padre del ilustre Dr. D. Luis Muñoz, fundador también de la Escuela de Medicina.

No salgo garante de la exactitud verídica de lo que voy á referir; transmito solamente la tradición tal como corría y propagaba en los labios del vulgo.

Por los años de ocho ó nueve vino á nuestra leal ciudad de México Don Francisco Javier Balmis, in-

signe propagador de la vacuna, y persona de alta y merecida categoría.

Para cumplir el Sr. Balmis su cometido, trató de ue prender relaciones con la gente del pueblo, los curas y las personas influyentes en los barrios, y se fué á vivir á la calle del Rastro, muy adecuada para su objeto.

En estas cavilaciones llegó el domingo, y mandó llamar al barbero más inmediato para que le afeitase, arreglase el pelo y lo pusiese como nuevo.

Atinaron á llamar al Fígaro más afamado de las inmediaciones, personaje con establecimiento rumboso en que no faltaba ni el yelmo de mambrino, ni el escalfador, ni la piedra de amolar, ni el gallo atado á la calza y con el maíz al frente.

El Fígaro era listo y desembarazado, de nariz puntiaguda, como lesna, ojos pequeños, desmedrado y enjuto de carnes, boca pequeña y como recogida con esfuerzo en sus extremos, y mano suave, ligera y expedita.

El Fígaro entabló conversación con el Sr. Balmes, quien le halló tan sesudo, tan instruído en cuanto podía convenirle y tan adecuado para su objeto, que le hizo su secretario, su confidente, y al fin su amigo predilecto, y no podía por menos: Don Miguelito era amigo del cura, compadre del Notario, padrino del tendero, consultor de la chimolera, depositario de los secretos del señor Conde, y ministro sin cartera de todos los círculos de gente de valía en el barrio.

El barbero en aquella época no sólo tenía la investidura que su nombre indica, sino que era el precursor del dentista, el que ponía ventosas, levantaba cáusticos y daba las *unciones* de Mercurio, todo con carácter oficial; pero en lo extraoficial recibía consultas de jóvenes maltratados por el amor, vírgenes desahuciadas por la fortuna, ancianos en liquidación de achaques viejos, hijos de familia en conflicto y sacerdotes celosos de disfrazar sus resbalones mundanos.

Cada día cobraba el Sr. Balmis más alto concepto de su confidente; le facilitó libros, le dió lecciones, y en menos que se los cuento, elevó al rango de cirujano romancista á el hábil barberillo de la calle del Rastro.

Muñoz, con superficialísimos estudios, guiado por su talento clarísimo, se dedicó á observaciones propias y aplicaciones, á nuestros hábitos, á nuestras costumbres, elementos de vida, etc., no obstante ser su título de puro cirujano romancista.

Las más costosas medicinas las simplificaba ó las suplía, desnudándolas de la tecnología científica; los preceptos higiénicos los difundía entre los indios más ignorantes, y desterraba con su ejemplo y con sus prácticas la multitud de errores y procedimientos bárbaros para los partos y curación de enfermedades.

Sus estudios sobre la alimentación del pueblo, tortitilla, frijol, pulque, chile, era preciosísimo, así como el aprovechamiento de yerbas, aguas termales, etc., dirigiéndose por la tradición azteca.

El desdén con que veían al antiguo sacamuelas los grandes doctores, la timidez natural que tenía el Sr. Muñoz, desligado de toda relación, hicieron que no escribiese lo mucho y muy bueno que hubiera podido.

No obstante, en las grandes juntas á que solía concurrir el Sr. Muñoz, había un momento que impulsado por la energía de sus conocimientos, hablaba, triunfaba de sus rivales y aparecía muy superior á sus émulos.

Rompiendo con la rutina, guiado por su instinto, iluminado con la adivinación del genio, introdujo en la curación del tifo, de las heridas y de la tuberculosis, innovaciones que después ha confirmado la ciencia como verdaderos aciertos.

El espíritu de caridad hacía de Muñoz no sólo el médico, sino el sacerdote, el amigo y amparo de los pobres, resignándose con su mala educación, su mugre, sus ingratitudes y sus hábitos salvajes.

Su fama se extendía. Aplicóse á las curaciones de los ojos, y el día menos pensado apareció inventando un aparato con el que abatía las cataratas, invento que produjo efectos que se vieron como maravillosos.

Poco tiempo después de esto, perdió Santa-Anna la pierna, defendiendo á Veracruz (1838). Se encerró en su estudio Muñoz, y por sí y sin libros, sin modelo, construyó una pierna, tan perfecta, con tan finos resortes, con muelles tan flexibles adecuados y dóciles, tan ligera, al mismo tiempo que fuerte, que excitó la admiración de los sabios y de los mecánicos y el obsequiado, con que era entonces Presidente de la República, la

usó con preferencia á las piernas mejores que le remitieron de Europa.

Realmente el Sr. Muñoz era un genio; pero la ignorancia y la envidia dejaron sin vigor las alas con que elevándose hubiera conquistado renombre inmortal.

Muñoz tenía la conciencia pero la convicción de su ignorancia. Así es que dedicó toda su atención á la educación científica de su hijo Luis, honra por su sabiduría y virtudes de la Escuela de Medicina.

V

Médicos.—Boticarios.—Botica.—Estudiantes de medicina.—Botica de Peñúñuri.—Confusión de recuerdos.—El Corpus.—Sastres militares.—Zapateros.—Tertulia de ancianas.—Revista social.—Educación de hombres y mujeres.—Costumbres.—Casa grande.—Mesa de malilla.—Fr. Pingajo.—Burrifacio.—Hipócrita.—Barrera.—Abelardo.—Bisbís.—Magdaleno Contingencia.—Academia.—Años nuevos de 38 y 39.—Amores de Rodríguez. D. Bernardo Couto.—Caldera en el Teatro.—Temblor de Sta. Cecilia.—Translación de los restos de Iturbide.—Virgen de los Remedios.—Las luces.—Cantos populares.—El jarabe.—El Dormido.—Sonecitos.—La Petenera.—La manta.—El gato.—Perico.—Zorcico.—Baile inglés.—Valse del amor.—Contradanza.—Canciones.—La Poo.—El ámbar.—El susurro.—Los enanos.—El astillero.—El atole.—El Guajito.—El Borrachito.—El Palomo.—Severiana.—El Durazno.—Las Balmas.—El Bulaquito.—El Aforrado.—La Tuza.—El Muñeco.—El Telele.—El Tapatío.—Los patos.—El palito.—La cachucha.—La maroma.—El hacha.—Chistosos de estrados.—El cuándo.—El ciego de los palitos.—Pastorelas y coloquios.—La Política.—Explicación de José Valente Baz.—Los periódicos.—Lima de Vulcano.—Civilización.—Academia de Letrán; decadencia.—Basadre.—Zelaeta.—Cardoso.—Manero.—Alpuche.—El Coronel Yáñez.—Castro.—Muerte de D. Ramón Rayón.—Posadas.—Recuerdos.

Muy curioso y muy rico de enseñanza sería un cuadro completo que abrazase la reseña científica de la

medicina en aquellos tiempos y su práctica en el vulgo, cuando la vieja, el curandero y el santo milagroso entraban en serias competencias en que solían salir tan magulladas y llenas de averías, las ciencias, la moral, las buenas costumbres y la religión misma.

Yo recuerdo sólo los famosos componedores de huesos que á tirones curaban torceduras y luxaciones, los medicamentos subrepticios contra las enfermedades ocultas, las habas de San Ignacio, atole del Padre Verdugo, pepitas para la solitaria y yerbas exquisitas para orina, entuertos, cáncer y mal de corazón.

Recuerdo á la estupenda partera entrometida, ignorante y audaz, tal como la describe Periquillo, con su tenedor bausán y su silla semicircular, y recuerdo la pompa, la alegría y el manantial de recursos para el médico el día de la purga, medicina, aviso de que quedaba terminada la curación, y era día de chiqueos al enfermo y galas al médico, consistentes en escuditos de oro en las casas ricas, en grande abundancia.

El médico de mi barrio era un tahur incorregible, y el día que Birján le volvía la espalda, purgaba á sus enfermos á troche y á moche, así podía tener los Camilos á la cabecera en artículo de muerte.

A los enfermos se les enfloraba la mesa y se les servían anisitos y panal de rosa para acompañar el agua.

Por lo demás, la propina del *matasanos* era el *peso tirante* dado á una criada de confianza para que al despedirse el médico, como á excusas, y en el portón de la casa lo pusiese en manos del doctor.

Contaban, con este motivo, que la criada de una *casa grande* cambiaba por menudo el peso, mermándole medio real, un día faltó la criada y dieron al médico el *peso duro*, él devolvió medio—¿qué quiere decir esto, le preguntaron?—Que esto es lo que recibo diariamente, y estoy conforme ...

En el cuadro á que acabo de aludir, debería figurar con cierto realce la botica y el boticario de mis tiempos. Ya no como indicante científico ni mucho menos, ya no como giro mercantil sino como vivac de estudiantes veleidosos y diablinos, como punto de reunión de médicos populares y desocupados, y como suplencias pedestres de la medicina en consultas íntimas, casos fortuitos y necesidades repentinas. Hablaré de la botica de que era yo tertuliano.

Aquel estudiante de medicina que se familiarizaba con los muertos, y se valía de ellos para chascarrillos y travesuras que asombraba y espantaba á su familia y relaciones con llevar en el bolsillo un gargüero deshebrado, un ojo reventado ó una oreja en conservación perfecta, que mostraba á las veteranas del sexo estampas tremebundas del mundo interior del cuerpo humano. Este estudiante, á quien ya en el tercer año se le hacían consultas y recetaba audaz en los barrios escondidos y en el pueblo de indios cercano; este chico, siempre sin un centavo, pero consultor de seductores, ídolo de las viejas y arca de los secretos pecaminosos de sus amigos, era un diamante precioso para la crónica y para la charla.

Por supuesto, el boticario llevaba la batuta de la char-

la y solía aclarar paradas con una sola alusión á su ejercicio.

—¡Excelente persona.... yo no le quise despachar sin receta unos polvos que la comprometían.

—¿Ve Ud. ese santurrón intolerante?.... pues consume más azogue que el que da el almacén.

—Yo se lo que le digo W.... si vieran la receta de esta mañana para la respetable señora Marquesa....

Y cada medicina era una delación, una intensidad, un desengaño, que ponía en duda virtudes eminentes, alumbraba tramones y podía citarse como cuerpo de delito ó como indicio vehemente de las poridades menos sospechadas por el común de los mortales.

En esto de suplencias y *quid pro quos*, era nuestro amigo un lince aunque dieran por resultado que engordasen los perros con la cabalonga que expendía y resultaran cómicos y grotescos los suicidios en que se complicaba con sus drogas.

En un extremo del mostrador despachaba sus consultas; le llevaban niños tísicos, granos obstinados, dedos incurables y chicas de dudoso diagnóstico y.... aquello era una gloria!

Mientras nosotros, los tertulianos, si hacía calor, tomábamos alipur con nitro; si frío, un *fajo* alcohólico, y si soplaba viento de broma y expansión, elíxir de garuz ó cosa semejante.

Por lo demás, el negocio era magno; había un puñado de yerbas que daba un quinientos por ciento, y era tal la excelencia del capital, que contaban que en una

diversión anunciaron á un boticario que su casa se quemaba y que el propietario dijo muy fresco: *como no se queme el pozo poco se pierde.*

Por lo demás, las boticas eran, generalmente hablando, sucias y fétidas, no faltaba su almirez enorme ni su amoldador de píldoras; pero en punto á laboratorios químicos, apenas se contaba el del profesor Vargas, á quien los chicos le decían Varguncio, el de Don Leopoldo Río de la Loza y algún otro.

El *botamen* y los útiles eran de mala clase y no se tuvo idea de verdaderas mejoras sino hasta después de 1840 en Dionisio, Frizac, Gumesindo Mendoza; y últimamente Kaska, Tinoco, Patiño y otros han dado nuevo ser á los establecimientos de farmacia.

Había en las boticas de mis tiempos la piadosa costumbre de dar medicinas gratis á los pobres, mientras duraba el toque de ánimas á las ocho de la noche. Entonces eran los pedidos de ungüento amarillo para un grano, agua cefálica para las muelas, tripa de judas, aquilón gomado, cuernecillo para alumbramientos, cuerno de ciervo, flor de granado; sin que dejara de obsequiar el galante farmacéutico á las muchachas bonitas y los niños con trocitos de azúcar cande ó con codiciados tamarindos con un puñito de alhucema para zahumar la ropa ó unos trocitos de muitle, salvia para evitar el insulto á un abuelo.

Por último, el boticario era al médico lo que el dependiente de juzgado ó tinterillo al licenciado.

Recibía consultas, enderezaba entuertos, se inicia-

ba en secretos, disfrazaba deslices, y el niño chico y la niña con sueño y desgano, la esposa estéril, el fraile destanteado y el tenebroso beato, tenían su tesoro en las confidencias y drogas del boticario.

De la botica al colegio, del colegio al fandango, de allí á los libros graves y á las discusiones de los sabios, de un salto á la charla de bastidores, de otro á la academia ó á los salones aristocráticos, para despenarse en el figón de barrio ó en el velorio del populacho soez. Esta era mi vida.

De ahí es, que cuando quiero fijar mis recuerdos, pasan á mis ojos como en baile carnavalesco y fantástico, arrebatados en carrera vertiginosa por compases eléctricos, grandes damas, guerreros, chinas, frailes, toreros, cómicos, músicos y danzantes, y todos ellos como que corren en los aires y se borran en una lontananza lejana y llena de tinieblas.

Lo que lucho por caracterizar y no acierto cómo, es la fisonomía de aquella sociedad heterogénea, formada de secciones completas, pero sin relacionarse con las demás que formaba conjunto á lo lejos y de cerca se componía de lo más discímbolo, por ejemplo: el español con caudal ó empleo y protección de España y el español antiguo en México, postergado, aunque rico, con sus ínfulas de conquistador. El hijo de español aborreciendo al advedenizo que le quitaba posición social y porvenir; las castas, residuos de todas las miserias y todas las impurezas en las que tenía abrigo el hijo sacrílego y el adulterino, el morisco y el judaizante

y los indios explotados por todos, embrutecidos, degradados, objeto de explotación del fraile y del rico. De esto depende, que así como las cuentas sueltas de vidrio forman imprevistas y preciosas figuras en un caleidoscopio, así las forman estos elementos enumerados, con la diferencia de que en este caleidoscopio que yo finjo, las figuras que aparecen son monstruosas, deformes y rebeldes á toda descripción lógica y racional.

Por esta causa, y muy independientemente del espíritu de partido, se trata de estudiar la influencia del sentimiento religioso en México, porque las raíces de la sociedad, su desarrollo, sus anomalías, están empapadas en sus aguas, crecen y se desarrollan en su atmósfera, influyen en su vida y constituyen en lo intelectual y en lo físico un modo de ser inconsciente y anárquico.

La gran función de Nuestra Santa Madre Iglesia era el Corpus.

Con mucha anticipación al solemne día se aumentaba el tráfico en cajones de ropa y talleres, mesones y casas con huéspedes.

Tendíase por todo el gran trayecto por donde debía marchar la procesión, un ancho toldo de lona que sombreaba el centro de las calles y corría desde el costado occidental de Catedral por las calles de Tacuba y Santa Clara, daba vuelta por las calles de Vergara y se dirigía por la Profesa y calles de Plateros á la puerta principal de la Basílica.

Las calles todas que recorría la solemne procesión

se adornaban lujosamente; de las canales, que entonces eran exteriores, pendían gallardetes y bandillas; en los balcones se colgaban profusas cortinas blancas, ceñidas de listones blancos, azules y escarlata; de acera á acera y á cortos trechos se suspendían cordeles de que pendían lienzos, tápalos, pañuelos, frutas y palomas y regaban el suelo flores y hojas color de oro de Cempoaxochitl que formaba tapiz verdoso y alegraba la vista.

En la calle de Tacuba, en la de Santa Clara, Vergara y Plateros, se levantaban grandes *posas* en que hacía parada la procesión para los cánticos eclesiásticos.

Las *posas* eran suntuosos altares improvisados al aire libre con sus ornamentos de oro y sus brocados riquísimos, grandes blandones de plata, colosales cirios y un espejo para que sirviese de respaldo á la custodia, llenándose las gradas del altar con macetas exquisitas y naranjos sobre la alfombra próxima al altar.

Al llegar la procesión á cada *posa* tocaban alto los clarines; el sacerdote, portador de la custodia, la depositaba en el altar, acudían músicos y cantores y se entonaban himnos en medio del entusiasmo religioso.

Pegadas á las paredes se colocaban sillas, y en los zaguanes amplios se armaban gradas para la concurrencia, en la parte exterior de los balcones también se colocaban asientos, entre macetas, floreros y espejos. El conjunto era de lo más animado y pintoresco, constituyendo antes y después de la procesión un paseo delicioso en que circulaban millares de vendimias, ju-

guetes y refrescos, proclamadas en todos los tonos y encarecidas en todas las instancias.

La multitud de gente, la variedad de trajes, la diversidad de tipos y el aire de fiesta de contento y zandunga que á todo comunicaba vida, hacían de la solemnidad de Corpus uno de los espectáculos de mayor grandiosidad y atractivo.

El repique atronador de las campanas, el ronco estampido de los cañones y el vibrar de los clarines anunciaban la salida de la procesión.

Rompían la marcha soberbios batidores en los arrogantes caballos con jinetes, con sus morriones y espadas, sus carabinas terciadas á la espalda y sus barbas postizas que los ahogaban; pero que según los sabios en cosas de guerra, les daban gallardía y severidad.

Las escuelas municipales y gratuitas, las parroquias con sus cruces altas y ciriales, las cofradías con sus atributos, recuerdos de los antiguos gremios, los *hospicianos* con sus uniformes desgobernados y ridículos, los Trinitarios vestidos de escarlata, los Padres Franciscanos con sus hábitos azules, los Dominicos de blanco y negro, los padres Mercedarios, blancos como nieve, los siervos Carmelitas con el color de su nombre, los Agustinos copetudos y listos .... todos bajo sus estandartes, con sus velas de arandela encendidas, sus mosqueteros los más y algunos sus flores.

Era de verse aquel claustro de doctores con sus capas de seda con mangas y sus grandes bonetes en que estaban las borlas, de un color los médicos, de otro

los teólogos, de otro los jurisperitos y los filósofos. Los *utroque juris* tenían una distinción especial.

Cerraban la prolongada y numerosa comitiva hileras de caballeros de la más distinguida sociedad, con sus fracs negros ó de color y botón dorado, diamantes en las pecheras de las camisas, borceguíes de punta trozada y bastones con puño de oro y borlas, si el personaje representaba autoridad. En último término, en hileras simétricas y llenas de compostura se veían multitud de sacerdotes revestidos con sus albas de anchos encajes y sus casullas blancas con galones y bordados de oro.

Como la gran comitiva iba en hileras, veíase despejado el centro de la calle ocupándolo multitud de niños vestidos de ángeles con sus alas blancas y sus penachos de riquísimas plumas, almas gloriosas con profusos velos de punto blanco, indios con sus huacales preciosos y su imitación perfecta del natural é inditas con sus huipiles y malacas, y niños vestidos de frailes muy monos remedando graves, acaso, á los autores...de su disfraz; todos estos niños llevaban canastillos ó charolas llenas de flores que iban derramando alegres por toda la carrera de la procesión y la Tarasca ejecutando farsas indecentes.

El centro lo ocupaba bajo tendido palio con varas de plata que sostenían próceres eminentes, el sacerdote conductor de la custodia que era un sol en su reverberación de piedras preciosísimas, regalo de un minero Borda, de Tasco, dueño de la casa esquina de San Francisco y calle del Coliseo.

Detrás del Divinismo marchaba la comitiva civil, y en primer término descollaba el Presidente de la República entre plumas tricolores, sombreros de tres picos, entorchados, espadas y banderas. Esta segunda sección la cerraban los coches de Nuestro Amo, con sus cocheros que eran condes, duques y altas dignidades, vistiendo ese día con extraordinario lujo y llevando sus sirvientes al estribo.

Las músicas militares, los cuerpos de artillería, infantería y caballería y la multitud que se agolpaba ó se retiraba en oleaje, completaban el cuadro que cobraba animación inexplicable con los repiques, las músicas, el sonido de los clarines, los gritos de las vendimias, el flotar de gallardetes, cortinas y banderas, y el gentío que revestía la calle, se derramaba en balcones y ventanas y coronaba las azoteas bajo inmensos paraguas azules, colorados y verdes.

La afluencia de foráneos, las confecciones de trajes para las fiestas, las compras de objetos varios para las cuelgas, las invitaciones para ver las procesiones que querían decir refrescos, banquetes, conciertos y bailes, etc., activaban el comercio de una manera benéfica, difundiendo el bienestar y el contento en todas las clases sociales.

Los sastres militares hacían sus cosechas en unión de tiradores de oro que les suministraban galones, entorchados, charreteras.

Estaban al sepultarse en el olvido los Cienfuegos y los Gómez; acababa de pasar la preponderancia de Ti-

jera de Burguichani, célebre por sus carricles y sus pantalones aclarinados; italiano alegre y simpático, que mezclando malamente palabras de su idioma natal, de francés y de español desfigurado, se formó un idioma especial que cobró el nombre de lengua de Burguichani. Había ya enaltecido el oficio Lucas Balderas, sastre patriota, honradísimo y hábil, que hecho inspector de milicia cívica, descansaba de sus fatigas militares con la medida y la tijera, complaciendo fino y alegre á sus numerosos parroquianos.

Ahora las sastrerías de buen tono estaban instaladas en la calle del Refugio, y una que otra en la del Espíritu Santo y Plateros.

En la primera se veía al portugués Acuña con su clientela de oficiales y gente de trueno; á Lorcini, cuya esposa traía con los cascos trastornados á los *lagartijos* de la época; á Nevramont, liberal para el crédito á los necesitados; á Campardon, instalado ya en el Portal, conservando su preponderancia en trajes y arreos militares, y á Togno, cuya esposa era la modista sin rival y una especie de sacerdotisa de la elegancia y el buen tono.

La moda, aunque menos voluble y exigente que hoy, que la frecuencia de las comunicaciones, los periódicos *ad hoc* y el aumento de sus secuaces la hace más escrupulosa, era notable.

Usaban los catrines una especie de frac redondo, con el pecho abultado y duro, como con armazón de fierro; las mangas tan estrechas, que en la parte inte-

rior, se abrían y se sujetaban á la sangradera con botones pequeños de metal; los botones dorados del frac eran poco más grandes que un peso.

El pantalón era estrechísimo, y tenía adherida la polaina con botones á la orilla del pie; por supuesto, que los tirantes no faltaban bajo el chaleco, que apenas llegaba á la mitad del pecho, completando el figurín ancha corbata de terciopelo, atada con hebilla, y un peinado, que sin destronar la furia, anunciaba la raya partida.

Los hermanos Legorreta, llamados los Vizcaínos, eran los zapateros de más renombre.

Rinconeli, es decir, el sastre acomodaticio y condescendente, existía. Estaba en todo su auge Leoncito, como sastre de calzoneras y trajes de charro, y aun no había invadido la ropa hecha los dominios de San Homobono con escándalo del oficio y vergüenza y horror de los recuerdos de los gremios.

Suele acontecer, atravesando las inmensas llanuras del Norte de nuestro país, que repentinamente se disparan en encontradas direcciones caudalosos remolinos de polvo, que barriéndose, retorciéndose, levantándose y derramándose, borran las distancias, confunden los objetos, dislocan los paisajes, y hay un momento que parecen flotar y revolverse en el espacio, árboles y sembrados, chozas y montañas, que contemplamos como acometidos de un vértigo; así me invaden al ha-

cer este alto en mis recuerdos, tradiciones y memorias, cosas de vidas sabidas ó con insubstancialidad pasadas, historias y consejas, milagros y encantamientos.

Tal por ejemplo: de una tertulia de ancianas devotas, favorita de la señora mi madre, en que se lucía un enamorado jubilado y un Bun Bun de la época de la insurgencia; una solterona nerviosa y de mal genio, de ojo de pájaro, cuello de canuto y color de hoja seca de nogal, en que galleaba una mercadela, que podía borlarse enachaques de crónica escandalosa con su válgame Dios y su vara de lástima, y en que con sus gestos y su elocuente silencio todo lo reprobaba; una viejecita ayunadora y escrupulosa con sus sospechas de silicio, y sus arranques de éxtasis en la oración mental, aunque golosa y entrometida; de esas tertulias, digo, sobrenadan en mi mente los cuadros de la aurora boreal y de las muertes de Dongo en la calle de Cordobanes, el coche de lumbre que recorría desde la Viña hasta las calles del Estanco Viejo; la llorona que atravesaba gimiendo desde la calle de la Buena Muerte hasta el Canal de la Viga, y los espantos del callejón del Muerto, y la casa de Aldasoro, cerca del Paseo de Bucareli.

Los duendes y las brujas hacían su papel interesantísimo en las tertulias que describo; algunos de los primeros, escurridizos y traviesos; las segundas implacables, cabalgando por los aires en sus escobas, y descendiendo á chupar la sangre de los niños.

No es para valuada la riqueza inmensa de milagros, ni la supuesta intervención de ángeles, muertos y de-

monios en los actos todos de la vida, porque aquello era un mar de cuentos, un infinito de profanaciones, de chismes y de embustes.

Respecto al primer punto era para llenar tomos enteros las travesuras de la Virgen de los Remedios y los chascos que les pegaba á Juan Bernardino y familia; ellos por aprisionar la imagen, y la Virgen por escaparse y encaramarse en el maguey prodigioso, que fué como el corazón de su famoso templo.

Aquella mano negra que dejó cierto condenado en Balvanera, á aguisa de tarjeta para escarmiento de pícaros; aquel San Roque de palo quitándose el sombrero al pasar el Papa, pidiéndole su canonización; aquella Virgen de la Candelaria atrapando al caco de una oreja mientras éste quería despojar á la imagen de sus aretes de diamantes; aquel Señor de Regina, resistente á la curación de las heridas que le hicieron unos judíos en un día que les pedía el cuerpo bronca; aquel San Vicente Ferrer con dolores de alumbramiento; aquel San Juan Nepomuceno con la lengua entre el pulgar y el índice, predicando el secreto; un San Antonio que derramaba lluvias de milagros, y en las pinturas, un burro arrodillado ante la custodia; un pecador arrojando sapos y culebras por la boca en castigo de los pecados que se habían ocultado al confesor.... y en esa atmósfera y con esas sombras se creía alimentar el espíritu cristiano y hacerse las almas dignas de la bienaventuranza.

Como es de suponerse, lo más preponderante y pres-

tigiado en esa tertulia era la crónica de los sacerdotes y sus familias, chismes de sacristía y de conventos, púlpito y confesionario, y mandas piadosas, penitencias, expiaciones, etc.

Había entre las familias clericales verdaderas coadjutoras de curas y capellanes, que sabían preparar los paramentos, según lo prevenido, para santos mártires; misas de panegírico, de difuntos, etc., etc., y era un encanto ver á esa entidad femenina abreviar trámites, cuidar del acetre, graduar el incienso y tener á raya á acólitos y cantores.

El sacristán, dulce y expansivo, sabía las horas que cada padre se sentaba á confesar ó decía misa, sus relaciones, sus hábitos, los regalitos que eran más de su agrado y el altar que prefería para celebrar. Ese personaje era quien procuraba los mejores lugares en las funciones, quien regalaba medallas prodigiosas, y quien, dándose sus escapadas en lo mundano, advertía á la niña de la aparición del novio ó de la inesperada presencia del marido, todo con un tercerillo en las manos ó unas vinajeras por llenar, ó unos amitos para darlos á encarrujar á una china tan fervorosa en lo temporal como en lo eterno.

Por más que apurara mi caletre y poseyera á la vez las gracias de la musa infantil y los donaires de la plática sabrosa de la mujer de talento, no daría ni remota idea de las confidencias de las señoras doctas sobre exámenes de conciencia y pecados que los niños consultaban, levantando cada falso testimonio á la doctri-

na que temblaba el mundo, tanto más si era la guía el Padre Jaen ú otros por el estilo, que son como manuales para aprender todo lo indecente y lo debido ignorar.

—Mamá, ¿he cometido yo esto del abigeato?

—Según, hijo: si has estado fuera de la iglesia, no. Porque la mamá estaba en la inteligencia que el abigeato (que es el robo de bestias) era una cosa como sacrilegio...

Y era lo de los padres de mal genio y los que hablaban de modo que los que rodeaban el confesionario se impusieran de los secretos más íntimos.

Entre los oradores, figuraban, como ya hemos dicho, Ormaechea y Moreno, Rincón y Fray Angel, así como el Padre Hernández y el señor Obispo Madrid que tenía gran grupo de admiradores.

Se remedaban en el círculo á los padres Tali y Abolafia que, en la cátedra del Espíritu Santo, cantaban y dialogaban como los amantes ó hacían las contorciones de las coquetas, sin olvidar al cándido padre Pérez, alma de Dios, que pronunciaba la *r* por *l* y decía lleno de santo fervor:

—¿Qué cleían Uds. que hacía la Vilgen cuando la Anunciación del ángel? ¿qué tendlía en la mano? ¿un abaniquito como Uds? ¿una novelita culiosa? ¿un dije de estos que codician las jóvenes?.... Nada de eso, tenía una calabelita, glandísimas blutas, pala pensal en la muelte.... y por el estilo, se formulaban críticas sobre oratoria Sagrada, y pasaban, con el disfraz de santidad, verdaderas blasfemias.

Si tomaba la palabra la anciana ex-bella, la ex-rica, la de noble estirpe en su florida juventud, cortejada por nobles y acaudalados mayorazgos, y oidores sesudos, mimada por lumbreras y potestades de la Iglesia, rosa de oro de los festines, ornato y gala de los bailes, edificación de templos, y encanto de espectáculos y paseos, conservado aún el caracol vergonzante y la tenacilla de oro para fumar cigarros de á once finos, era como asomarse á las intimidades de la gente de sangre azul é iniciarse en sus más imperceptibles poridades.

Ella pintaba al varón titulado entre frailes y tahúres chalanes y mujerzuelas perdidas, derrengándose en un coleadero, apadrinando al hijo del torero, del cómico, etc., ó contrayendo relaciones extraoficiales tan llenas de peligros como dispendiosas.

Pintaba con admirable verdad de coloridos la doble faz de estos tipos ceremoniosos y afiligranados en su trato, con los grandes sus iguales, é ignorante, obsceno, soberbio y caprichoso con sus inferiores; ella, por último, juntaba la transformación de joven libertinaje y viejo rezandero, con sus camándulas, sus hijos bastardos y su sumisión á los frailes.

En cuanto á la niñez y su comercio con las monjas, descubría curiosas poridades; tenía su muñeca vestida de monja, su perrito faldero y su bastidor para bordar. A pocas se permitía la escritura, y el maestro de baile y la maestra de piano *forte*, que las más veces era ronco monacordio, que eran como preparativos para entrar en el gran mundo.

El ocio más completo, el desdén más absoluto á la *gente baja*, la idea más arraigada de que la mujer, al casarse, era la víctima, perdía su libertad y renunciaba al estado perfecto de virgen que la llevaba al cielo; y una ignorancia tal, que en tertulias, y en rezos y viacrucis se elegía una entre cien para que leyera, porque á las demás se les avergonzaba.

La casa era un primor: casa con cadena para la hora de comer. En el salón imágenes de Guatemala y cuadros con marcos de plata, tibores de China opulentísimos, sillas de alto respaldo con asiento escarlata de Macedonia, espejos de Venecia y un gran candil con ondas de almendras, flecos de canelones y candeleros de cristal.

Se alumbraba la sala con esperma; había sus tapetes frente al estrado, y era el pavimento un maque reluciente de púrpura con su cenefa de flores sobre fondo color de tierra.

En muchas casas el respaldo de la sala era un altar magnífico, y cuando no había altar, el baldoquín y las pantallas eran el principal adorno.

Cambiaron mucho esas decoraciones con la independencia; el sofá y los sillones tomaron posesión de las salas, cobraron grandes proporciones los espejos, los floreros en grandes capelos y los relojes de mesa anunciaron el lujo, y los hermosos cuadros constituyeron un adorno de buen gusto y riqueza.

Entonces comenzaron á superponerse capas sobre el

terreno antiguo y nacieron contrastes de que quedan rastros inequívocos.

Y no obstante tanta grandeza, en el trato común, en la comida, por ejemplo, se notaba atraso lamentable. Los ricos hacendados daban solaz á sus estómagos é interrumpían la rutina de la sopa austera, del puchero tradicional y el principio pretensioso, con los guayabates de Morelia, los acitrones de Guadalajara, la rica cecina, los quesos de la Barca, la cajeta de Celaya; la salvia, el muitle, la manzanilla, eran, y con muy señaladas distinciones, le *gató* del *dessert*, contando, por supuesto, con el catalán judío, el cascarrón refrigerante y las copitas de anisete de Mayorca.

Trajes y muebles correspondían á este teatro.

Los chicos con sus mamelucos de una sola pieza abrochados por detrás, lo que los mantenía en secuestro rigurosísimo; los jóvenes con sus esclavinas y capas; los señores con levitones largos y holgados, y las pollitas con su zapato de seda, su túnico de alto talle y su manga corta, hasta que un soplo vivificador trajo la ancha enagua, la manga de farol, la crinolina y las peinetas de olla, de gajos, de picos y de teja, borrando por completo aros y armadores, túnicos de medio paso y lágrimas de Fernando, dejando en pie y triunfante á la mantilla, los caracoles y los tirabuzones.

Si el que tomaba la palabra era el cesante hijo de Marte, entonces se escuchaban las hazañas de Balderrama y del Conde de la Cadena; se imponía uno de la habilidad del Marqués de Vivanco, la severidad de D.

Juan José Andrade, el arrojo temerario de Miñón, la serenidad de Bustamante, la conversación monosilábica de Parrodi, la tirantez de Cela y la hidalguía y finura de Requena.

En la pieza contigua á la tertulia jugaban malilla en una pequeña mesita rodeada de circunstantes silenciosos, é invadida de vez en cuando por las damas de la vecina estancia, el reverendo padre gerente de la casa, con su gran copete y su papada de columpio; el mayordomo de las monjas Floridas, chaparro, hablantín y cuentista, con su reloj de repetición y su cadena colgante sobre el lado derecho del vientre; un enjuto curial de dedos largos y ojo penetrante, y un gachupín cerrado con sus manazas de belludos dedos, medio tumbado sobre la espalda, diciendo dichajos á las criadas y cayendo en gracia por ser muy dadivoso y muy campechano y muy sufrido con sus deudores. Carteábase la malilla, se llevaba la cuenta con fichas de marfil, *el alcalde* guardaba el *plato* y de cuando en cuando se interrumpía la malilla para echar *un chilito*, es decir un albur, convocándose á las ancianas, los pollos y las pollas que se apuntaban y hacían sus cálculos y labores como los más aguerridos soldados de Birján.

En esa mesa solía hablarse de la política, celebrando el mayordomo las ejecuciones sangrientas de Bustamante, la derrota de Moctezuma en el Gallinero y las prisiones á los herejes yorkinos: hablaban con admiración del gran Alamán, como que era su casa un convento con su oratorio y su padre Director Rodrí-

guez Puebla; llamaba la atención el gran Molinos del Campo, entre los jurisconsultos; el Dr. Arrillaga entre los eruditos, por su sutileza, y sus amores el Lic. Conejo, por sus tretas Barrera, por su mundo Puchet, por su desembarazo y prosopopeya Tornel y otros políticos de vista disolvente que formaron después variados é inconsecuentes cuadros en nuestra vida histórica.

Solía descolgarse en la amena tertulia Fr. Pingajo, fraile alegre y despreocupado, glotón y fresconote que reune todas las voluntades, avasallaba y destrozaba desde la vieja cocinera y la maritornes de seno levantado y pierna redondeada y maciza; pulsaba diestramente la vihuela de siete órdenes, y cantabá las boleras del *Pajarito* y las del *negro Charamusquero*, intercalando en las primeras el silbar del saltapared, y en las segundas, con el grito ronco y destemplado del negro vendedor de charamuscas. Tenía las bolsas ó subterráneos del hábito atestados de reliquias, medidas, medallas, panecillos de San Nicolás, y primores para sus obsequios. Si penetraba en la cocina, dejaba consejos para la res, el pato en pesadumbre ó la chacualole, ó dulce de calabaza, ó guacamole con todas sus cosas de la despensa; salía con la boca llena de queso ó aceitunas, ó jamón, ó lo primero que encontraba; dabaá los chicos lecciones de crotalogía ó arte de tocar las castañuelas y, sobre todo, su literatura de perversión de verdaderas sociedades, alusiones á las flaquezas del cuerpo humano, y chistes que no podían escucharse sin llevarse el pañuelo á la nariz, eran el fuerte del

padrecito, quien así, así, tenía la confianza de las ancianas, las intimidades de las pollas, las comisiones pingües para funciones y misas, y encuendaduras de matrimonios que á otros hubieran parecido imposibles.

Blanco, copetón, chato, de color encendido y carrillos abiertos; boca de labios gruesos, y dentadura blanca, reir alborotador y ruidoso, voz melíflua; he ahí un tipo que pudiera pasar no sólo por ideal de las beatas, sino de toda la gente de buen gusto.

Entre hombres solos y calaverones de confianza, el padre contaba la leyenda de la madre Valdés, de Regina, y el rapto de la monja de la Concepción, el salto mortal de otra madrecita de la torre de Santa Isabel, y las intrigas, riñas, cuchilladas y asesinatos, provenidos de algunos capítulos de los frailes.

Con los rancheros era buen jinete y comedor de barbacoa, y con la baraja en la mano la corría desde el albur, el gallo y el entrés, hasta las palomitas, que era como quien dice el Omega de la ciencia de Birján.

En esta especie de aparador social y muestrero que describo, no pueden dejar de hacer su papel los catrines de la moda de la época, ni de figuras, esclavinas y barraganes, talmas y levitones; forzosamente tienen que aparecer pantalones de piel de tuza y colonia, chaquetas largas y chalecos cortísimos, huácaros y fracs de pico de gorrión, relegándose á la clase más de abajo la pana y la coletilla, la banda de burato, la camisa al descubierto y el ancho sombrero de panza de burro.

En ese aparador podía estudiarse al joven Burrifacio, mal tallado y bolsudo, silencioso, servil con su vieja protectora, á quien achacaban intimidades bien disimuladas, y que en un día de trueno resultaba seductor de la niña, hija de su bienhechora, y con derechos paternales con un viajero próximo á llegar á la playa mundanal.

Podrá fotografiarse á Toribio Barrena, plagio de Abelardo; de ojo verde, nariz de águila, color cetrino y mirar fijo, y embutidor apasionado de la sobrina del reverendo (permitiéndose sus paréntesis con las criadas y las figoneras de la esquina).

Descollaba en el grupo con universal prestigio Bisbis, el hombre de la ubicuidad, que servía á todos y para todos. Ayudaba la misa al capellán de San Juan, y era el *trait d'union* entre la madre contadora y su confesor, Fr. Lesmes; á las ancianas les hacía sus encargos de géneros, pagos y cobranzas; en una enfermedad era el primero que corría por el médico, y volvía triunfal con las cucharadas y la cazuela con la cataplasma; para las veladas de un enfermo no tenía rival, ni dejaba á nadie pegar los ojos con sus cuentos y chistes; en la mesa trinchaba, cosa bien singular entonces; disponía el orden del *menú*, y corría de la mesa á la cocina, vigilando sobre el buen servicio; en los bailes se le autorizaba para que ajustase los músicos, se proveyese de esperma, y dispusiera la mesa y los platones circulantes de puchas, rodeos, queso, ravioles, y aguardientes; comisionado para un entierro, se arre-

glaba con pobres del Hospicio y trinitarios, coches de duelos, cantores, sepulcro y epitafio. Aparecía Bis-bis en todas partes, oportuno, risueño, comedido; sabía medicinas y recetas de guisos; oraciones para maravillar, y versos para todas las situaciones de la vida.

Las *gatas* de entonces se reían maliciosas á su paso; las damas circunspectas veían en él al dueño de sus secretos; las viejas le citaban con misterio para sus encargos, y ciertas polluelas en sazón de amor bajaban los ojos, ruborizadas cuando les dirigía miradas de íntimo recuerdo.

Para charadas, adivinanzas, cuentos y juegos de prendas, no tenía gallo; y eso de adivinar el alfiler, remedar personajes notables, relacionar una procesión ó un coloquio, cuando él lo ejecutaba, tenía mil encantos.

Pero para mí, entre esta curiosa colección, quien me seducía y subyugaba, era un Magdaleno Contingencia, joven con ley de viejo; todo contradicciones y viceversas. Enamorado como Cupido y feo como Picio, que dicen era el ideal de lo feo. Cobarde como una liebre, y arriesgado como un yankee en el trapecio, pobre como Aznar, y con ínfulas y pretensiones de millonario, desdichado como Corula, ronco, y amigo de saraos y aventuras como el más pintiparado condecito. Maleno Contingencia podía apostárselas con lazarillo de Tormes ó Guzmán de Alfarache, con Gil Blas ó Periquillo en materia de aventuras.

Niño, se hizo célebre por el asalto á un caso de miel, suspendido en la despensa sobre una tabla colgante;

sus cómplices no le sujetaron la tabla, y desviándose el caso produjo una catarata de almíbar, que le bañó del pelo al pie, quedando en conserva, haciendo estupendo ridículo.

En el colegio de Letrán no se supo una cátedra jamás; pero escribía como amanuense el *Burro*, periódico satírico, que redactaba Rodríguez de San Miguel, y su recompensa era reconvenciones y palizas. Se unía á Pepe Carrasco, el mismo general Carrasco de la Frontera, para insultar á seminaristas y albiniacos, y salía descalabrado ó perniquebrado.

Convidólo á tomar chocolate y chongos el doctor Barrientos; acudió á la cita, pusieron una mesa espléndida: chocolate, mostachones, tostadas de mantequilla, y el gran platón de chongos con sus rajas de queso, que no había más que ver.

El chico sorbió el chocolate y devoró medio platón de bizcochos. Al servirle los chongos le sirvieron pocos y no hallaba cómo pedir más. La casualidad vino en su auxilio: el criado, al despavilar, apagó la vela, dejando á obscuras á Madaleno y al Rector.... Madaleno, sin miramiento alguno, dió á sus dedos el giro del platón y engulló chongos y queso á su sabor.... Al aparecer el criado con la luz, vieron cruzado el mantel por hebras de queso que partían del platón al asiento de Madaleno, y aquello fué un horror.

Era jugadorsísimo y concurría á un garito secreto y disimulado en la calle de la Pila Seca, donde pretextaban unas señoras tertulias y loterías.

Una noche, en lo más fervoroso del juego, anunciaron á la policía: unos corrieron, salvando azoteas; los otros se escurrieron entre los mismos esbirros; Maleno había quedado en medio de la pieza como tonto en vísperas. Entonces la señora de la casa lo dobló y colocó bajo un sofá, haciendo se sentase sobre él, para cubrirlo, una matrona rolliza de amplio vestido y de gravedosa catadura.

Al penetrar á la sala la policía, todo estaba en orden: unas señoras cosían, y otras, en una mesita, jugaban brisca. Pero entretanto, el tapado se ahogaba; hacia por contener la tos y no podía; por último, llevó su mano respetuosa á las piernas de la señora para que las desviara y lo dejase respirar.... la señora se hacía disimulada; él, asfixiándose, fué más exigente: entonces la señora, dando una torcida interpretación á las insinuaciones de Madaleno, no pudo resistir, y se levantó diciendo:—¡Ah pícaro! que se lo lleve á Ud. la policía, que primero es mi honra. Por último, y para cortar esta relación que haría interminable, me referiré á una de sus aventuras más características.

Enamoróse como un tuerto, como un burro prieto, de una chica adoradora de los valientes, una militara en toda regla, que traía en la punta del dedo las calaveradas de Miñon y Lascurain, Barbery y Pepe Miñ ..... Quería un novio que fuese una tempestad y había emplazado el sí de Madaleno para cuando se portase complaciente á su gusto.

Ya hemos dicho que Madaleno era un mandria de

primo cartelo, y así es que se pasaba de turbio en turbio los días ideando planes y compaginando lances que, sin comprometerlo, le diesen reputación de valiente. Ocurrióse ver á un amigo, de torva facha y modales bruscos, ranchero de uno de los pueblos de Guanajuato, á quien le dijo:—Yo tengo necesidad de fingir frente á una casa pleito contigo: te reconvengo; me contestas mal; te acometo, haces la farsa de abalanzarte, te dejas dar dos ó tres trompadas, y te ganas dos pesillos como soles. El ranchero, que mordía de hambre las paredes, cerró trato y acudió á la cita.

—¿Qué hace Ud. aquí?—le dijo Maleno.

—Una friolera.... lo que me pega la gana.

—Es que no lo permito.

—¿Es Ud. policía?

—La calle es de todo el mundo.

—Lo echaré á Ud.

—Veamos cómo.

Y empezó la frasca, empujones, sopapos de muertos, gritos... y la Dulcinea en el alto balcón gozando con los bríos del amante. Alentado éste con la impunidad, menudeó los golpes.... pero sea lo que fuere, derrepente, enojado el ranchero después de un golpe que le dolió,—¡Hola!—le dijo—¿con que va de veras? Y entonces aquello fué una granizada de cachetadas y trompones: rodó al suelo Madaleno, se alzó, y huyó despavorido, dejando tirado él sombrero y el amor en medio de las risas y la burla de la señora de sus pensamientos.

Cuando estaban en acción todos estos personajes,

se puede decir que se iluminaba un cuadro característico de la época.

La Academia de Letrán continuaba sus trabajos. Rodríguez Galván publicó en los Años Nuevos de 1838 y 1839 composiciones realmente notables por su belleza y corrección; había intentado no recuerdo qué absurdo dramático Manuel Payno, en que sin motivo y por la naturaleza del círculo estrecho de nuestra sociedad, le sonaron alusiones y sátiras y el nombre de un criado Loperena, omónimo de un guatemalteco favorecido en negocios de agio por la fortuna; hubo una zambra de chismes y disgustos de la que hasta ahora no me explico cómo salió ileso.

Con motivo de los ensayos de alguna de las obras de Rodríguez, creo que Muñoz ó el privado del Virrey, le sorprendió ó transparentó la pasión intensa de Rodríguez por Soledad Cordero, dama joven, discípula de Salgado, de escaso mérito dramático, pero muy querida del público por su conducta inmaculada y sus virtudes privadas.

Rodríguez, concentrado y taciturno, tímido como un niño para con la señora de sus pensamientos, vehementísimo al sentir á sus solas aquella pasión tan combatida por la posición de Soledad y la mala fortuna de Ignacio, acaso fué lo que más poderosamente influyó en determinar su salida dolorosa del país que le arrancó los desgarradores gemidos de

Adiós ¡oh patria mía!
Adiós, tierra de amor.

que dejó regados en nuestra mente como indicantes de su tumba en la Habana, donde falleció pobre, aislado y casi desconocido, en 25 de Julio de 1842.

Yo había recitado mi oda en la distribución de premios de 1837, y el Sr. D. Bernardo Couto, con ese motivo, me había hecho entusiastas alabanzas, que como es natural, escuchaba un si es noes satisfecho y pedantuelo.

Fernando Calderón había dado con éxito extraordinario sus obras á la escena, él mismo las ensayaba, porque representaba muy bien, y con ese motivo se hizo el consultor, el amigo íntimo, el todo, no sólo de actores y actrices sino de los criados más obscuros del teatro y hasta del apuntador que llevaba con garbo el apodo de «Hoja de lata» y que era una notabilidad en su género.

Así, como á la caída de la tarde, al retirarnos de un jardín delicioso en que el día nos ha brindado contentos y nos ha embriagado de placeres, al volver la cara vemos flores y arbustos, escuchamos los acentos lejanos de la música y los gritos y palmadas de los que quedaron en el festín, rodeándonos las sombras, medio borrándose y ahogándose en ella los objetos y dejando sobresalir en ellos el árbol corpulento y el mirador, la torrecilla y el asta con la veleta tornadiza, así percibo el crepúsculo de esta época sobresaliendo aislados recuerdos que tienen casi integridad de forma y colorido.

Entre estos recuerdos aparece el año de 1837, el 22 de Noviembre, el gran temblor de Santa Cecilia. Un abuelito lo describía diciendo: «La tierra se hacía como un hombre ebrio; las piedras se chocaban; las fuentes derramaban sus aguas; las campanas sonaban solas; las gentes aullaban pidiendo de rodillas misericordia; los sacerdotes se postraban besando la tierra, y los cuadrúpedos, temblando, espantados, abrían sus patas para apoyarse mejor.»

Muchas casas se desplomaron: la gran bóveda de Catedral se rajó, y se dijo, premeditadamente, que amenazaba ruina, para quitar de ella, y fundirla, la lámpara colosal de plata que se veía como sorprendente trabajo artístico y era objeto de universal admiración.

En el tazón ó fondo de la lámpara cabían cómodamente diez y ocho hombres sentados, quedando hueco para colocar la escalera en que se ascendía á iluminar el remate ó corona de la lámpara monstruosa.

Entre los recuerdos de que hablo, que se refieren al año de 37, brilla el de la translación de los restos del Sr. Iturbide.

Sea porque el Presidente Bustamante adoraba en la memoria del Jefe de las tres garantías, sea porque vivían militares influyentes y colocados en los destinos más pingües y respetables, la solemnidad fué magnífica, y no por el lujo espléndido de carruajes, de cirios, de cortinas, flámulas y gallardetes, sino por lo espontáneo, por lo sincero y por lo unánime del sentimiento universal. El silencio, lo fijo de los semblantes, lo in-

móviles de los cuerpos, lo pausado y grave de la gran procesión, daba al conjunto el aspecto de un panteón inmenso, en que los cadáveres á millares se habían puesto de pie para tributar homenaje eterno al ser extraordinario cuya memoria se honraba.

El cortejo fúnebre se dirigió á San Francisco, donde se dispuso una capilla ardiente, mientras se disponía lo necesario para colocar los restos venerados en la capilla de los Reyes de Catedral.

El año de 37, fué de los de aquel en que alcanzó más solemnidad la venida de la Virgen de los Remedios á México, y su visita en las noches á los conventos de monjas.

Los antecedentes milagrosos de la Virgen; las peripecias de su estancia bajo la tutela de Juan Bernardino, la investidura que se dieron las monjas de Jesús María y las numerosas y novelescas diferencias entre el Cabildo y el Ayuntamiento, hacían que el Regidor de Fiestas echara el resto, como se dice vulgarmente, en esas diversiones religiosas.

La Virgen recorría los conventos, y cada uno de ellos se esmeraba en obsequios espirituales para la imagen, y suculentos y positivos para los devotos.

Poníanse en las bocacalles gigantescos arcos triunfales, tapizábanse las paredes con espejos y pantallas, en los balcones resplandecían faroles y candelabros; y dinteles, molduras, mecheros y bordes de azoteas, eran fajas reverberantes de candilejas, trastos con brea, hachones, sin contar los numerosos candiles y las visto-

sísimas lámparas que se balanceaban con el viento y recibían los diluvios de flores que regaban el suelo al tránsito de la árbitra poderosa de las aguas.

Templos y teatros, grandes tertulias, cantamisas y procesiones, toros y entierros de grandes de la tierra, lides literarias y vagidos de escritores y poetas, todo esto pertenecía para mí á la superficie social.

He hecho mención especial de las visitas de Nuestra Señora de los Remedios, porque desde 1840 decayeron mucho, y porque se trata de una imagen legendaria, contrapuesta por la *gente piadosa* á la Virgen de Guadalupe, que, como es sabido, era y es mirada por muchos como especial favorecedora de los Insurgentes. Pero no se crea por esto que apocamos las luces, y mucho menos los ritos y las loas con que en los pueblos de los alrededores se celebraban á los santos patronos.

Imperdonable omisión sería callar la narración de las luces de San Agustín, de la Merced, de Portacœli, de Regina, de la Virgen del Pilar y otras convocaciones á los placeres, pábulo del pequeño comercio y de las industrias de poca fortuna é irresistible atractivo para los solaces furtivos de la concupiscencia callejera.

Luego que estaba en sazón el tiempo para el santo festejable, recorrían el circuito comprometido en la

fiesta, padres y sacristanes limosneros, recogiendo dádivas y repartiendo invitaciones en verso, en que se encarecía el riego y compostura de las calles; faroles y cortinas; cámaras y cohetes los días de la novena.

La iglesia, con ayuda de los vecinos, se convertía en una taza de oro y en un verjel; colgaban de las bóvedas bandas y gallardetes, lámparas y candiles; los santos de los altares aparecían en gran *tenu*, con sus rostros lavados y sus vestidos nuevos, y el presbisterio se convertía en un verjel, con barriles de naranjas, floripondios y granados, macetas con rosas y geranios, claveles y azucenas, y á la vez que los candiles con luces espléndidas, oscilaban sobre ramas y flores jaulas con aves canoras, que mezclaban dulcísimos trinos á los sonoros cánticos que acompañaba el órgano.

Las calles de los alrededores del templo se terraplenaban y componían las paredes y fachadas, se pintaban, restaurándose rubros, anuncios y muñecos, y todo cobraba aspecto fandanguero y seductor.

En las orillas de las banquetas se instalaban los puestos de naranjas y cañas, perones y plátanos, cacahuates y mezcal ó penca de maguey de mezcal.

Ladeábanse esos puestos con cajones de tapabocas y pasteles ó mesillas con *tepache* y algunas aguas lojas; la enchiladera tenía su lugar aparte, proximo, por supuesto, á la pulquería, y allí gritaban: «¡cómeme!, ¡cómeme!» los envueltos y chalupas, las quesadillas y las tortillas en su hojalata con manteca chillante, sus

ollas con salsas picantes, sus montones de cebolla picada, y su sal y pimienta, según lo requerían los potajes.

La enchiladera era mujer *experimentada;* trenza grande y cuello *laboreado* de gargantillas y relicarios, anillos de plata en las manos y aretes de calabacillas de corales.

Ojo listo, nariz chata, lengua retozona y fácil, y la palabra que interrumpía, la carcajada escandalosa, ó cortaba la injuria precursora del araño, la mordida y la *desmechadura.*

En la parte alta de los balcones flotaban cortinas blancas con listones y marcos de santos, y en el centro se veían arcos de tule, sembrados de flores ó de tápalos, pañuelos, fajas y colgajos que se mecían alegres con el viento.

Pero lo constituto de la fiesta eran las luces.

El cuadro que acabo de describir se animaba con inmenso gentío, y se iluminaba como produciendo un día de llama con faroles, hachones, candiles, candilejas, luminarias. En las puertas de las accesorias y casas de comercio donde no había faroles, era porque la *linterna mágica* convocaba á la gente ó porque se admiraba curioso altar.

En el concurso compacto que aparecía como espaciosa caja de pinturas con los panecillos revueltos, se distinguía compacto, completándose ó degenerando, el rebozo y el tápalo de china, el morrión del soldado y el sombrerote del lépero, la calzonera y la sotana, la

enagua de castor de la china y la lana deficiente de la india enredada.

De pronto cruzaban los aires con estrépito los cohetes *corredizos* con su cabellera de llamas; las músicas de los templetes aturdían; los vendedores se esforzaban en proclamar sus mercancías; los chicos saltaban entre las llamas de las luminarias y no faltaba una riña ó un fandango que comunicase interés dramático á la vistosa y animada escena.

Con motivo de estas festividades religiosas, todas las vecindades del templo, fuente á la vez del entusiasmo religioso y del alboroto profano, cada casa se aseaba y predisponía á la recepción de visitas; las fondas endomingaban á sus maritornes; las casas de comercio, tendejones, pulquerías y vinaterías, eran activas fábricas de contento, retozo, riñas y algazara, sazonándolo todo, tertulias y bailes, de escaleras arriba y al ras de la calle, fandangos y *cantidos* de *quebranta huesos*, como se llamaba el desenfrenado placer del *pópulo bárbaro*. En todo esto, lo indescriptible era y es ese espíritu que todo lo anima, ese gozo íntimo, esa palpitación general que como que verifica y derrama fragancia en el alma, y centuplica por todas partes el poder del sentimiento, así como llamarían los místicos *comunión de las almas*, que es como luz intelectual que ilumina y embellece cuanto alumbra.

Mi decidida afición por las leyendas y cuentos del pasado, me llevaba al centro de archivos vivientes, de tradiciones y consejas, y de ellos saqué, entre diluvios

de anacronismos, contradiciones y mentiras, lo siguiente, que adolece de los mismos tropiezos é inconsecuencias de narración que tuvo al nacer mi relación.

Poco antes de la independencia conservaban cierto verdor los minués, aunque aparecían disputándole el terreno el repicar de las castañuelas, el olé y el campestre para la gente encopetada, y para la *peluca* el Pan de Jarabe, no sabemos por qué llamado así.

Los cantos insurgentes fueron varios, y se distingue la Indita, que era como el canto de las tropas de Morelos.

Esparciendo luz, abriendo divinos horizontes á las almas, tronó por todos los ángulos del país:

¡Viva la Independencia!
¡Viva la Libertad!
¡Viva México libre,
Y viva la igualdad!

Y esto tan árido, y al parecer tan frío como apenas existente en el recuerdo, enloquecía de entusiasmo, porque era un pretexto cualquiera para desahogar en el alma la explosión de ese sentimiento que es la vida y el ser del hombre, y que se llama la libertad.

El jarabe, al que muchos eruditos asignan genealogía morisca, por poco que se observe, tiene que traducirse en ese albor de amor, flor de la Primavera, del corazón inmortal en su esencia, seductor y tierno hasta no más.

Es la invitación y el requiebro, el canto del ave y el piafar y el caracoleo del caballo salvaje.

Vedlos: se reconocen, se espían, se acercan y suena la copla:

Oigasté, güerita santa,
La de la mascada negra:
Dígale usté á su mamá
Que si quiere ser mi suegra.

Mientras dura el canto accionan los bailadores y se establece una corriente inmaterial de miradas, de caricias y besos capaz de incendiar un poste de cantería.

Durante el verso se subentiende la correspodencia y sigue el zapateo, que es como el acuerdo, la rabia y la convulsión del placer; se repican los pies, se descoyunta el cuerpo; el retembaleo es como la desarticulación del individuo que al fin, rendido, descansa en el éxtasis al murmurio de una música apagada y discreta.

El drama de amor termina con un estribillo epigramático y cancanesco que sirve como de caricatura al himno erótico:

Estaba una vieja
En su balconcito
Gritándole al gato:
Bichito, bichito....

para que hiciera aplicaciones y comentarios la malicia de los concurrentes.

La gran prueba de los buenos bailadores de jarabe, es que la parte superior del cuerpo se conserve rígida, agarrotada y sin inflexión, mientras los pies se desmorecen y desporrondingan en posturas increíbles, en

pespuntes y rasgueos, en el escobeteo y la cuchillada. Y para hacer visibles las condiciones mencionadas, había bailadores que llevaban un vaso de agua en la cabeza que sostenían sin derramar una gota, teniendo atados á los pies puñales y cuchillos que esgrimían con rara habilidad.

Por los años que estos recuerdos comenzaron, se bailaba el *dormido*, ó sean variantes del jarabe con su música, y representado *así como otros sonecitos del país (Trompito*, *Perico*, etc.). Para la gente de alto quirio ya eran conocidos, como hemos visto, los bailes de Pautret, y en los grandes salones aun dominaban las boleras, el wals del amor y complicadas contradanzas.

Con cierta chunga andaluza llegaron á México «La Petenera» y «La Manta.»

La Petenera, señores,
Nadie la sabe cantar;
Sólo los marineritos
Que la cantan en el mar.

—

¡Ay! remonona mía:
Si para devertir
Tú llevaras la manta,
Yo á la manta y á tí.

La *Cachuca* atravesó por los años de 30 oliendo á brea y el *Gato* picaresco que parecía saltar entre la gente de trueno:

Mamá mía, su gato me araña,
Con su cola peluda me asusta:
Digasté si será cosa justa
Que se vaya atrevido á mi cama.

En las canciones de estrado tomó asiento gravedoso el *físico* que la pedantería y la ignorancia estropeaban á porfía:

Soy físico, retórico y poético,
Astrónomo, geógrafo, hidráulico;
Y soy, sin duda, el hombre más científico
Si llego á enamorar.

Ya verán los maestros de la escuela moderna que esas grandes aspiraciones á lo científico vienen de tiempos muy atrás.

Arrebatando lauros, proclamando su dominio las pollas y los pollos, seguido de bandolones, jaranitas y flautas, apareció el Periquito adueñándose de corazones y pantorrillas:

Señora, su periquito
Me quiere llevar al mar,
Y yo le digo que no
Porque yo no sé nadar.
Pica, pica, perico:
Pica, pica la rama, etc.

En vano quiso sostenerse el *Trompito* para disputar al *Perico* su primacía; el *Trompito*, como otros sones, era bailado y representado. En el *Trompito*, cuando lo pedía la copla, se enredaba el trompo, se le cogía en la mano y se hacía ó figuraba que dormía con gestos y ademanes, *á sigún* la concurrencia:

Anda muchacho,
Vete á la escuela
Porque se enoja
Tu tía Manuela.

Él lo tiraba,
Él lo cogía
Y en la manita.
Se le dormía....

En la parte alta se lucían el «Zorcico» y el baile inglés, y se cantaban «La Posesora,» «El Ámbar» y «El Susurro,» canciones hechas adrede para almas románticas de *precios cómodos*, como diría un comerciantuelo de la época.

«La Posesora» se cantaba con los conocidos versos de Arriaza, entonces muy en boga entre nuestras damas; uno de los versos del «Susurro, según recuerdo, decía así:

En la noche, al susurro del viento,
Viendo opaca la faz de la luna,
Lamenté mi contraria fortuna
Con suspiros de amarga aflicción.

Formaba contraste esta queja de trovador melancólico con el «Malcriado,» que aún vivía, y se bailaba con sombreros anchos, mangas embrocadas, calzoneras y sables de vaina de acero que se arrastraban durante el baile, se sacaban y esgrimían en un momento dado, calentándose los combatientes y dando lugar á escenas grotescas.

Alborotando los barrios y salpicando accesorias y

casas de vecindad, de palmadas, risas y contento, guitarra en mano, hacían sus excursiones el *Artillero* y los *Enanos*, cantando:

Ay! qué bonitos
Son los enanos
Cuando los bailan
Los mexicanos.

El Atole:

Yo quiero beber atole
De enfrente de San Fernando:
El atole es de lo bueno,
La atolera se está agriando.

El Guajito:

Guajito. . . ¿á mí qué?
Agua del pozo no beberé
Con una de la Mercé . . . .
Guajito too—á mí no
Agua del pozo no bebo yo. . . .

El Palomo:

Una paloma me dijo
En la tapia de un convento:
¿Dónde estas, palomo mio?
¿Dónde estás, que no te tiento? . . . .

Señá Severina:

¡Qué Ña Severiana
Tan linda y tan bella!
Se puede sacar
Un retrato de ella.

—

Qué Ña Severiana!
La quiero tantito
Porque en ella tengo
Un Severianito.

El Durazno:

Me he de comer un durazno
Desde la raiz hasta el hueso....
Me muero por las casadas
Será mi gusto y por eso....

—

Aque no la lleva el *riyo*
Por mucha fuerza que traiga:
Y á que yo sí me la llevo
Con media seña que le haga....

—

Ay! dile que no....
Dile que cuando se baña....
Que se corte las uñitas,
¡Cuidado cómo me araña!....

Todas estas canciones y sonecitos que no puedo recordar, parece que traían en su reflujo la marea de San Juan de los Lagos, lugar de cita de todos los pueblos de la República, mercado animadísimo que llevaba la circulación vivificante del tráfico á los puntos más lejanos de la República y foco de civilización, de confraternidad y de enseñanza que refaccionaba el aliento y la vida del trabajo á todos los ángulos de la República.

Lo que en todos estos sones que forman parte de la fisonomía de un pueblo no puede marcarse, es la intension íntima, la inflexion del canto correspondiente á determinados afectos; la palabra de doble sentido, la alusión por el gesto á la costumbre, á la manera peculiar de sentir de la persona ó personas de que quiere ser comprendido el cantador.

La Balona, como procuraré explicar á su tiempo, tiene algo de la rapsodia griega; generalmente es el canto dolorido, la reminiscencia lacrimosa de un héroe, de un personaje popular ó de un suceso lastimero.

Es la lamentación que gime en la sabana solitaria, en círculo silencioso de arrieros ó de gente de trabajo ó vida aventurera, al amor de una fogata que se extingue y chisporrotea moribunda entre cenizas al aire libre en noche obscura ó de luna, al murmurar de la fuente cercana, al arrimo de unos paredones arruinados.

Aunque caiga en un anacronismo, que es lo menos de mi cuidado, copiaré la balona de Arias, personaje que calumniaron los serviles. (Aquí la Balona.) [1]

Antes de la Independencia y poco después, eran comunes los *hábiles ó chistosos* que representaban en los estrados, y remedaban, ya las canturrias de un entierro, ya una riña en una casa de vecindad, ya comedias infantiles como esta:

—¿Ya tomaste chocolate?
—Sí señor, y con canela.

OTRO ACTOR.

—Esta es jornada primera.

Música.

—Ya trajiste la escopeta?
—Sí señor, y con la funda.

OTRO ACTOR.

—Esta es jornada segunda.

1 Falta en el original *N. L.*

—Cuando fuiste por el vino quebraste el botellón.
—Pero aquí traigo el tapón.

VARIOS.

—Salió con una embajada.
—¿Qué haremos en este caso?

VARIOS.

—Matarlo con una espada.

UN ACTOR.

—Esta es tercera jornada.

Música.

Y aquellos eran aplausos y mimos á los niños, y motivos de estrepitoso placer.

Esos chistosos representaban, disfrazándose, el enfermo y el médico, la petición de novia, etc.

Algún chico despejado recitaba el *cuándo* ó el unipersonal de Otelo, con universales aplausos.

Señalábase como notabilidades sueltas entre la gente de buen gusto, el *Ciego de los palitos*. Ciego habilísimo que había labrado pequeñísimos trozos de diversas maderas y diferentes pesos, productores de varios sonidos, y con ellos formó un teclado sonoro que, tendido sobre una losa, sonaba como un piano. El ciego manejaba con dos palillos las teclas y tocaba que era un primor. Un Sr. Duarte, enclavijando las manos, producía sonidos de flauta melodiosa, y alguien con una hoja de naranjo ó una baraja en el labio inferior, remedaba el clarinete á las mil maravillas.

Pero lo que por entonces lograba muchísima boga, eran las representaciones caseras de pastorelas y coloquios, comedias y sainetes, que no había más que ver.

Era por lo regular un *calavera* cesante, achacoso y condescendiente, casado en segundas nupcias con una chica despejada y de ojo grande, espeso bozo y dentadura blanca, de hablar estrepitoso y lista de movimientos, protectora espontánea de amores y usurpadora de las ínfulas del marido filósofo.

Ninguno de los pollos, sus amigos, le llamaba por su nombre de Jesusita, neta, nacida en el día de los Dulces Nombres. Un pollo le decía Cuca, como en recuerdo de su traviesa soltería; otro, mamita, aludiendo á su afinidad con sus hijastras; aquél, madrina, porque le puso un escapulario; el de acullá, comadre, porque partieron juntos el piñón; y todos la camelaban, la atraían, se la asimilaban de cuantas maneras podían.

Persuadido Don Polinario de la necesidad de que las niñas tuvieran una distracción, y de no ser unos lirones, nacidos de la yerba, se abría la discusión sobre el local, pintores, trajes; todo con la mayor economía, y poníase en tela de elección la pieza representable, fijándose al fin en un coloquio, por la razón conveniente de que había modo de dar papel á varios diablos, además de Lucifer, como el Pecado, la Astucia, Asmodeo, etc., y ser de mucho efecto los vuelos, el infierno, la cena de pastores, etc.

Designábanse los aficionados de pintura, que hacían unos árboles como lechugas y unas perspectivas que

se confundían con armazones de tienda; con sus montañas como pilones de azúcar; unas llamaradas que chorreaban sangre, y unas aguas que nadie habría desdeñado para lana de colchón.

Por supuesto, que el pollo de más prestigio era Luzbel, y la muchacha más bonita, la Virgen; de donde resultaba que al freir de los huevos, Luzbel se empeñaba en hacer de María Santísima una chica de rompe y rasga, dando con esto lugar á escenas reales, de todo punto imprevistas.

Con rara atingencia se señalaba el papel de Señor San José al amo Don Polinario; al muchacho más insubordinado y audaz, el de San Miguel, y el de San Gabriel al del pacato chiquitín, adoración del señor de la casa.

El de mayores dotes de glotón y chistoso, era Bato; Gila la más batallera y parlanchina, y Cardenio, pastor prudente, algún gazmoño, mátalas á tientas, que era el Néstor pastoril.

Un tenor grave, literato inédito, que lee con mucha puntuación y sindéresis, es á la vez apuntador y director de escena.

Los ensayos que hierven en chanzas, chicoleos y peripecias, los celos entre pastores, diablos y pastoras, las agencias para el servicio de la escena, las empeñadísimas discusiones sobre vestidos, alas de los ángeles, bordados de lentejuela, caireles de los diablos, etc., forman un modo de ser en aquel gran círculo de actores que escapa al pincel más ejercitado y sagaz. . .

El día de la función es la mar, y los comentarios de tan gran suceso, pueden aún registrarse en los recuerdos indelebles de los que vieron ó fueron parte de aquellos solaces de familia.

Entretanto, volaban mis blancas ilusiones como parvadas de palomas que atraviesan el espacio, se remontan y se pierden entre pardas nubes.

Mi pobreza, mis trabajos constantes para la manutención de mi señora madre y de mi hermano hacían enojosas mis horas; pero la juventud es un festín íntimo del alma que interrumpe alegre, y cuando menos se piensa, duelos y quebrantos, y á mí me arrebataba, riendo, de las garras del dolor, para pasearme, ya entre muchachas de poca fortuna, ya entre damas opulentas, ya empujándome al cafecillo lleno de humo de tabaco de los *hojalateros* políticos; ya entre los holgazanes obreros, de bailes caseros, meriendas á escote; y ya entre literatos encerrados en su vanidad, que ostentaban polendas adquiridas, desmenuzando las odas de Horacio, y recitando de memoria los trozos más brillantes de las Geórgicas ó del Facistol de Boileau.

Esta serie de linternas mágicas en que figuraba yo, como Tenorio en unas, como protegido en otras y como versista decidor en todas, ampliaba el círculo de mis conocimientos y convertía en infinitamente variables mis estudios sociales.

De aquí nace la confusión inevitable de estos recuerdos que no he querido sujetar al orden cronológico ri-

guroso ni al cartabón de las fechas, porque entonces sería estudio, historia, reseña, anales, pero no memorias mías para imprimirlas; con la advertencia de que son una ensalada de Noche Buena, en que hay lechugas, cacahuates y confites, con aceite y vinagre, frutas de la estación y sus labores de confites, canelones, rábanos y jícama, lavados industriales.

Recuerdo, pues, que por aquellos tiempos, pared de por medio del año de 40, me impresionó hondamente el temblor de Santa Cecilia, ocurrido á las doce de la noche: las gentes dejaban el lecho medio desnudas y confesaban á gritos sus pecados en medio de la calle; los sacerdotes pegaban la faz contra la tierra ó alzaban las manos al cielo; bamboleaban las torres, sonaban las campanas como articulaciones doloridas, y las fuentes deponían sus aguas causando terror.

Aunque ese año de 1839 fué fecundo en acontecimientos políticos, ni esos acontecimientos ni sus comentarios eran obsequios serios de estudio ni siquiera atención detenida.

Los extranjeros veían los negocios por el lado de sus intereses, los sacerdotes, y en general los creyentes, se aferraban en sus creencias ó supuestas tradiciones, defendiendo la explotación del purgatorio y, rolaba el trajín y el movimiento político entre abogados sin clientela, gente ociosa y mal entretenida y canalla perdularia y viciosa por demás que se empeñaban con más ó menos fortuna en disputarse el botín de los empleos, negocios de agiotaje y otras vedadas industrias, hasta

justificar el «*quítate tú para ponerme yo*.... Ustedes ya comieron, váyanse que tenemos hambre.»

Así, cuando á J. Valente Baz se le hablaba de política, solía decir: ¡qué política ni qué ojo de hacha! Este es un mal figón invadido por unos audaces marchantes que agobian á la repartidora con pedidos y con impertinencias. Á la puerta del estrecho figón hay una multitud hambrienta que primero ve comer con silenciosa envidia, después se irrita y alborota; al último arroja á los que comían y se instala á satisfacer el apetito; pero no cuenta con que los que comieron, después de algún tiempo vuelven, y se repiten por las mismas causas las propias escenas.

Por supuesto que en estos cambios de escena hay su variación de decoraciones: por una parte aparecen cruces y ciriales, sombreros de tres picos, condes y marqueses con sus comparsas de monjas, beatos, cofradías, hermandades, etc., etc.; y por el otro, personajes de la Ponchada ó sean guardias nacionales; herejes improvisados, y cada patriotero con su plan y cada *sansculote* con su proyecto de destripar frailes, aniquilar monjas, sacudir telarañas de milagros y convertir el mismo cielo, después del destierro de santos, ángeles y serafines en un lugar de fandangos, borracheras y desórdenes después de haberlo declarado propiedad nacional.

La generalidad así se cuidaba de la política como del mal humor de los habitantes de la luna; las señoras y los hombres de negocios creían que se recomendaban diciendo que no entendían de política y, los em-

pleados y militares, con el mayor cinismo, cacareaban el «soy de quien me paga,» haciendo á un lado la conciencia y la vergüenza.

Los periódicos mismos, como la *Lima de Vulcano de los Escoceses*, escrito por D. Luis Espino (Espes in Livo); *El Mexicano*, por D. Pablo Sánchez, militar empleado en el Ministerio de la Guerra, etc.; pero con decir que cuando un periódico, de los muy contados, tenía doscientos subscriptores, veíase el hecho como un prodigio, se dará idea del empuje de la opinión y de la alta atención que merecían los acontecimientos políticos.

Mucho muy frecuente era, aun entre personas que no se podían contar personas de la ínfima clase, oir preguntar: ¿y en qué pararon aquellas guerras de los insurgentes? .... Sin contar con las referencias al Virrey y la extrañeza por que no llegaban las Bulas de los laticinios.

Dominaba sobre el fondo obscuro de la sociedad el fanatismo en alianza estrecha con el soldado y con el antiguo encomendero hecho soldado.

Las nociones científicas y de ciencias sociales alumbraban como por intermitencias en grupos aislados, ó mejor dicho, en individualidades separadas sin distinción y como tesoros enterrados, ó semillas encerradas en arcas infecundas. El saber se semejaba á una riqueza en barras de oro y plata que poseían varios particulares que puedan llamarse poderosos, cuando lo que se necesitaba era moneda circulante, no unos

cuantos ricos, sino una generalidad que tuviera para los cambios y sus necesidades precisas.... divulgar el saber, volver la riqueza moneda menuda.

***

La Academia de San Juan de Letrán había decaído lastimosamente: la política había surtido en su seno efectos de envenenamiento. Tornel se había separado del Ministerio. Pesado, al subir al Ministerio de Justicia, había tenido un rompimiento con sus amigos Ortega, D. Francisco Olaguíbel y Couto, antiguos compañeros en el periódico *La Oposición*, de ideas muy exaltadas. Payno había marchado á Matamoros y estaba bajo las órdenes de D. Manuel Piña y Cuevas, Administrador de aquella aduana marítima. Munguía tomaba el camino del cielo, como decía con gracia, porque en los de la tierra se lucra poco y se tropieza uno mucho.

Aguilar y Marocho ingresaba con aplauso con los «moderados» y estrechaba sus relaciones con Otero, con Cardoso y conmigo, haciéndose admirar por su talento, por su erudición y por su chiste natural.

Rodríguez Galván estaba á punto de partir para la Habana, donde le atajó los pasos la muerte

Alpuche emigraba, Iglesias se hacía notable en el turbulento estudio de Perdigón Garay, en que también estaba Julián Montiel y Duarte, por su retraimiento, por su estudio asiduo y por su memoria prodigiosa.

Pero la infancia inocente y florida había pasado; el amor platónico de la gloria se desvanecía, sonriendo en los horizontes en que dominaban la ambición y el interés....

Entre esos recuerdos, ni yo mismo me doy cuenta de por qué aparecen de mejor realce y mayor relieve la prisión de los Sres. D. Francisco M. de Olaguíbel, D. Ignacio Basadre, D. Juan Zelaeta, D. Joaquín Cardoso, D. Vicente Manero Envides, el Padre Alpuche y D. Valentín Gómez Farías: pasaron frente de mí serenos y graves; la gente les seguía con vivas muestras de simpatía, pero en silencio. Acusábase á estos señores de que conspiraban por el restablecimiento de la federación y de que todos ellos eran masones de los que no oían misa, ni usaban rosario, ni se confesaban.

Basadre sobresalía en el grupo por su aire marcial, sus grandes y expresivos ojos negros, por su continente majestuoso y cierta aureola novelesca que le tenía formada su fama de aventurero, por el estilo del Baroncito de Faublás, de político travieso y elástico y de conversador fecundo y ameno.

Zelaeta era uno de esos letrados, ádoración de las viejas, encargados de reconocimientos de hijos bastardos, soldador de matrimonios descompuestos, resucitador de litigios viejos promovidos por gente rabiosa de hambre, é ídolo de las muchachas á quienes favorecía en su «Baño de las Delicias,» de que era fundador propietario.

Envides era un viejecillo semicontrahecho, medio

torcido y corcobado, lleno de chistes, regadera de cuentos y epigramas, orgullo de los oaxaqueños sus paisanos, admiradores de su gran talento y lector asiduo, como todos los liberales exaltados, de su *Enciclopedia de los Sansculotes*, periódico resalao y pendenciero.

El Padre Alpuche, yucateco, era alto y enjuto, de cara avinagrada y biliosa, mordaz y áspero de carácter; era solicitado el sacerdote por su indulgencia y bondad como eclesiástico y como hombre de mundo y buena sociedad.

Al Sr. Farías me parece que ya le conocemos.

Otro de los acontecimientos que conserva cierta frescura en mi mente, es el del suicidio del coronel Yáñez, persona de cierta distinción, perfectamente recibido entre la gente de buena sociedad, y ayudante del Presidente de la República.

Alto, fornido, blanco y de fisonomía abierta y luminosa: se hizo notar por su lujo excesivo y sus amistades sospechosas; hombreábase con los próceres y aventuraba gruesas cantidades en los garitos; se le creía haber percibido en algún asalto de bandidos y ofrecer su fianza á algún reo famoso, como si se tratase de persona de su intimidad.

Su familia era irreprochable de virtud y compostura.

Era Prefecto de la Ciudad un Sr. Castro, valiente como un Cid y astuto como una zorra, que se escurría por la hendedura de una tabla y á un chisme le arrancaba al vuelo una pluma de la que formaba el

hilo de Ariadna para penetrar en el más intricado laberinto de la más complicada intriga de delitos ó crímenes. Era Castro terror de los malhechores, quienes á su vez le asediaban preparándole asechanzas peligrosas y enviándole, como obsequios, calaveras y puñales, símbolos de amenazas y venganzas.

Ocurrió un robo escandaloso que conmovió por sus circunstancias á la sociedad; sin sospecha ni antecedente apareció Yáñez como director y capitán de una numerosa cuadrilla de ladrones derramada por varios puntos de la República, en donde ejecutaban toda clase de horrores.

Formalizóse la causa, se acumularon pruebas, agotaron su elocuencia y sus relaciones los defensores de Yáñez; éste parecía impasible; fulminóse al fin la sentencia de muerte.... Yáñez, según dicen, se concertó con su médico, y la mañana misma de su ejecución, al entrar en su prisión, hallaron su cadáver.

La justicia dispuso que se expusiera el cuerpo de Yáñez en el patíbulo para ejemplar escarmiento.

En ese propio año de 1839, recuerdo que me impresionó la muerte del Sr. Gral. D. Ramón Rayón, por la profunda pesadumbre que mostraron sus numerosos amigos.

Sabía vagamente que Rayón había sido, en compañía de su hermano, el Lic. D. Ignacio, de los primeros años de la Independencia. Muchas veces me habían entretenido las narraciones de sus ardides en la guerra, de su habilidad para fundir cañones y de su saber

en materia de fortificación que aprendió por sí mismo.

Yo sólo conocí al Sr. Rayón de lejos, y era, á pesar de su mucha edad, un hombre atlético y de andar firme, tuerto y de alzado copete; de nariz larga y boca grande, con la dentadura blanca y con escasos claros.

Se le atribuía ó tenia fuerza extraordinaria, como era detener un coche en su marcha, agarrando el eje, y cosas por el estilo.

En la función solemne de la coronación de Iturbide, en Catedral, Rayón iba en la comitiva del Libertador: un lépero se aficionó del pañuelo que llevaba en el bolsillo de la casaca, y lo persiguió tenaz en medio de la muchedumbre. Rayón lo sintió, y sin darse por entendido, dejó obrar al lépero. Éste introdujo al fin su mano en el bolsillo, cogió el pañuelo; pero no pudo sacar la mano porque Rayón se la tenía afianzada y aprensada dentro la misma bolsa. A cada esfuerzo del lépero, Rayón apretaba con el mayor disimulo hasta que dejó de moverse la mano. Al salir de la iglesia, sintiendo aún Rayón la mano del lépero en su bolsa, se volvió para dejarlo libre; pero el lépero no podía: llevaba completamente triturada su mano.... Rayón le socorrió con la mayor generosidad.

En toda su plenitud disfruté ese año de las nueve noches de Posadas, con sus farolillos y sus cohetes, su música y sus cantores y cantoras, sus rezos, su bailes y sus piñatas retozonas y ruidosas.

Verificáronse estas posadas en una casa de esas que se llamaban industrialas, de bailecitos á escote y li-

bertad de uniones ya legítimas. ya clandestinas, con un cabeza de casa amigo y comodín de los frailes, y uña y carne de soldados calaverones. Con una esposa que la giraba en su tanto, ya haciendo aguas lojas por cuaresma y Semana Santa, ya fabricando tumbas de cartón y entierritos de garbanzo los días de Muertos, ya poniendo su mesa de alfeñiques por Noche Buena en que parientas y amigas golpeaban el almíbar, amoldaban los borregos con sus lanas, que no habia más que ver, y preparaban fuentes de caramelo como cristal, lo mismo, mismísimo que las monjas de San Lorenzo.

Si las niñas hacían primores de manos que ostentaban en fallitas, pecheras y pañuelos, había una Doña Moniquita que era una maravilla para velar enfermos, aplicar con pulso firme medicinas difíciles, encender las velas de reglamento á parturientas y agonizantes, encomendar el alma, vestir al muerto y llevar la batuta en los rezos á las ánimas y en la colecta de rifas de oraciones para conseguir indulgencias y gracias de la Iglesia.

Con el designio de ocupar á los lectores lo menos posible de mi insignificante personalidad, puse á estos recuerdos por título «Memorias de mis tiempos,» relatando más bien mis impresiones de las cosas que ocurrían á mi alrededor; pero tal propósito no podía llevarse á cabo en todo lo que muy de cerca me atañe. Así, pues, para no rendir homenaje á la hipocresía, diré un algo de mis aventuras de juventud en la alegre mañana de mi vida. Allá voy.

La casa de respeto en que en unos perseguidos amores solía ver á la señora de mis pensamientos y que yo frecuentaba, era una casa amplia y decente, con dos patios. El primero habitado por la familia de mi conocimiento y el segundo por una numerosa vecindad de viviendas interiores y cuartos bajos, con sus adminículos de ollas y macetas, muchachos, gallos, canes, tendederos con ropa, casera entrometida y regañona y estorbos sin clasificación sembrados por todas partes.

Al terminar la subida de la escalera, en el patio principal, y torciendo el paso, se elevaba una escalera de palo que conducía á un cuarto aislado, muy propiamente llamado de los embarazos, casi olvidado y en que era como osario de muebles viejos, tinas de hojalata, zahumadores, sillas desbarajustadas, trastos inválidos, gorros y vestidos antidiluvianos, cortinas, camas con y sin cabeceras, un guitarrón rajado y cuanto trebejo puede mencionar un baratillero aguerrido y experimentado.

La familia de que me estoy refiriendo se componía de un militar de alta graduación, feroz en su facha y con una tradición de tragabalas que horripilaba. El militar era viudo y casi nunca asistía á la casa: tenía encomendadas dos de sus hijas y una huérfana á su anciana madre, sorda como una calavera de muerto, y simple (raro en sorda) como nadie se puede imaginar.

Las chicas eran avispas y las criadas elegidas por ellas, botinas, ladinas y corriosas, como si hubieran

sido educadas en bodegón de barrio ó haciendo corretajes de voluntades toda su vida.

La concurrencia masculina la formaban antiguas relaciones de familia que eran recibidas antes y después de medio día y á prima noche, con toda finura y circunspección.

Pero fuera de esas horas y con los brevísimos paréntesis que abría el furibundo hijo de Marte que hemos dado á conocer, los tertulianos podían formar un racimo de frutas de horca sin el menor inconveniente.

Unos diputados en desenvuelta soltería, unos colegiales en vísperas de destripar, un lego glotón y pecaminoso, dos tenientes mugrosos, de nariz colorada y tacón torcido, un músico apasionado, un bailarín que sabía freir frijoles y preparar tortas alegres, formaban la corte de las chicas: nerviosa la una, francota y confianzuda la otra, glotona ésta, parlachina y obsequiosa la de más allá, pero todas alegres, juguetonas y complacientes, sin excluir la costurera y la recamarera intrusa, risueña y comunicativa como alambre telegráfico.

Las distracciones eran variadísimas: se jugaban prendas y se merendaba; por una parte se regaban piropos y por otra se sembraban sollozos; cruzaban casi á la vez relámpagos de celo y perfumadas brisas de alegría, y no faltaba momento en que imperase una confraternidad inverosímil, y entonces carcajadas y carreras, bailes y retozos mesurados hacían temblar el suelo al punto que la anciana sorda, encerrada en la pieza con-

tigua, gritaba despavorida arrodillándose: ¡que tiembla! ¡que tiembla! Kyrie leyson! ¡Kyrie leyson!

Entre las jóvenes de que me ocupo, había una profundamente enamorada de un tenientillo de caballería que padecía sus intermitencias de desdén, lo que sacaba de quicio á Cuca (era el nombre de la chica), que recurría á toda clase de arbitrios para volverlo al redil.

El teniente vivía en el segundo patio en compañía de un díscolo que era el Tenorio de todas las perras y un permanente en sesión perpetua de embriaguez, pero servidor incondicional de su adorado teniente.

Á la intrépida Cuca se le ocurrió volver al redil por mi medio á su belicoso amante, y para ello, y advirtiéndome su inocente ardid, me dió una cita á excusas y á la hora de la modorra de la siesta al «cuarto de los embarazos,» de que tengo dado conocimiento. Yo condescendí porque es imperdonable desatención un desaire á una dama y porque esos ensayos de aventura no se desperdician en la primera edad.

El concierto de la cita no sé cómo lo olfateó el asistente, quien por no exponer á su jefe, lo puso en conocimiento del señor de la casa, ofreciéndose á estar en perpetua vigilancia de mi persona.

Llega por fin el día, corro á la casa; todo se presenta propicio: subo de puntillas la escalera del cuarto consabido; Cuca, radiante de felicidad, me echa los brazos al cuello.... sobresalto, risas, palabras entrecortadas, todo se representaba frente á la ventana del rehacio amante.

Creímos oir un ruido metálico en el patio; Cuca espía por el agujero de la llave. María vuelve rápida y espantada, gritando: ¡papá! Corre y me deja encerrado á muerte en el diabólico «cuarto de los embarazos.»

Quedo como ratón en ratonera: quiero escalar las paredes, me asomo á la ventana como al borde de un precipicio; la altura es inmensa. Piedras sueltas, palos, ropa blanca tendida en el suelo.... En todas los cuartos gente.

Entretanto los pasos se acercaban, el acero de la vaina de la espada gruñía.... y mientras yo forcejeaba con la puerta, fuera de mí, la puerta no cedía; la chapa comenzaba á sonar floja, pero papá estaba á diez pasos ... Desesperado me ocurrió la idea de una barricada, amontonando muebles, trastos y cuanto encontrara á mi alcance contra la puerta, para que al abrirla el hijo de Marte hacer una avalancha de trastos, hojalatas, faroles y envoltorios, y bajar rodando las escaleras y así escabullirme. Pero á nada daba tiempo el crujir de la puerta, el sonar al desprenderse la chapa, y al alboroto exterior y al estado de mi espíritu. por fin cedió la puerta, y yo, rápido como el pensamiento me lancé por la ventana al techo del común cercano; pero me faltó la fuerza y quedé colgado de la canal siendo el espanto del segundo.... Ladridos, gritos, exclamaciones de «¡Jesús lo ampare!» «¡Jesús te acompañe!» se oían por todas partes.... yo veía un abismo á mis pies y mis brazos cedían, cedían hasta no poder soportarme; entonces hice un esfuerzo supremo, me estiré como la

cuerda de un arco.... y, ¡zas! á la azotea más muerto que vivo. Pero al tocar en tierra, ví en la azotea al formidable teniente de Cuca; con un fusil su asistente y no sé quiénes más.... Verlos, incorporarme, correr y saltar entre jaulas y enredaderas á un corredor vecino, fué obra de un instante.

—Muy buenos días,—dije á los habitantes pacíficos de la casa que salieron al ruido y me vieron estupefactos.—Ustedes perdonen, señores, esta manera de visitar; pero probando un maldecido papelote, dí un resbalón...

—Fatales resbalones son esos.... venga Ud. por acá,—me dijo el señor de la casa que era mi amigo;—me metió á su recámara, me tranquilizó, me limpió, me dió agua con magnesia y me detuvo hasta que desapareció todo peligro. Ocupémonos ahora de la otra aventura.

El otro suceso á que me referí, tiene mucho de grotesco y guardaría sobre él prudente silencio si no fuera porque en mi sentir tiene algo del colorido de la época.

In illo tempora nuestros viceversas y contradicciones sociales, nacidos de nuestro origen y de los caprichos de la fortuna, eran más acentuados; los progresos de la educación, el contacto con los extranjeros, la baratura de muebles y de géneros, etc., pero sobre todo los pronunciamientos, establecían encontradas corrientes, abatían eminencias coloniales, levantaban entida-

des inesperadas y como aparecidas y daban al conjunto un aspecto de mesa revuelta ó globo de lotería en que todas las bolas tuviesen distintos números y colores.

En una misma familia se podía marcar al tío, arriero ó carpintero, hecho general de bote y zumbido, de bigote y guantes, de cohorte y de influencia, y al hermano, labriego, de calzón de cuero y con unos *trujes y unos caibas* de desbaratarle la cara á la damita almibarada y bailadora de cuadrillas, y la mamá comiendo con los dedos, el túnico bajado del corpiño, sin medias y con la chancla sonante.

Otra lección social: se encerraba en sus hábitos antiguos, con las viejas criadas de armador, las niñas de fleco liso y de zorongo, comiendo su puchero, rezando su rosario y sujetas en un todo á las leyes supremas de las directoras.

Pero en el alto quirio, si bien deslumbraban aún los astros de la Iglesia y los luminares del foro de la medianía, y la milicia que habían quedado vivientes en en el nuevo régimen, estaban interceptados y confundidos por los advenedizos de la revolución.

Las prácticas monásticas observadas por muchas familias, la rigidez de la confesión en cortos períodos, el internado para los que seguían la carrera monástica y de las letras y otras causas, hacían que los chicos en lo externo, pacatos y ceremoniosos, buscasen sus solaces clandestinos con las parientas y criadas, y en lo externo con cómicos y bailarinas, toreros, picado-

res de á caballo y gente alegre, alejada de la tirantez cortesana.

Feliz el jovenzuelo de cierta ralea que lograba hospitalidad entre bailadores ó era recibido en el cuarto de una actriz.

Feliz el petimetre á quien dedicaban en un redondel un par de banderillas ó una flor, y sobre todos feliz el que salía de una corrida de toros ostentando unas banderillas, regalo del afamado capitán de la cuadrilla.

Estas relaciónes se estrechaban en fígones y coleaderos, bodorrios y fandangos, en que se verificaban enlaces fugaces que salpicaban en retoños aparecidos, con nombres retumbantes, la masa revuelta del *pópulo bárbaro*.

En el oleaje de ese conjunto desplegaba sus velas mi juventud. Así es que me consideré dichoso cierto día, que nada menos que el primer picador de la plaza de San Pablo me convidó para un bailecito casero, por el Tornito de Regina.

La espalda de la casa del baile daba á un callejón de vara y media de ancho que comunicaba la entonces extensísima plazuela de las Vizcaínas, hoy limitada por una manzana de casas, con la calle de Don Toribio.

Daban á ese callejón altas ventanas de la casa en que se verificaba el baile, ventanas por la estrechez del callejón, como asomadas á un gran corral, que servía de paraje de arrieros, mansión de burros, caballos y recuas, lleno de estorbos, aparejos, carros despedazados, pesebreras, etc.

La salita en que se verificaba el baile tenía sus ventanas para el callejón, con sus vidrieras completadas con papel aceitado para no interceptar del todo la luz, cuando era necesario.

Paredes blancas sin friso ni adornos, unas cuantas sillas en el estrado, y á los lados, la silla de montar en su caballete, á su lado una mesa con varios platos con puchas, rodeos y tiras de queso, entre botellas de *Rosolís*, catalán judío y vasos con sangría y chía, que reconocían por fuentes abundantes dos ollones colocados tras de la puerta, bajo la custodia de una vieja claridosa y de toda confianza.

En el fondo estaba la música, compuesta de dos bandolones, un bajo y una flauta.

La concurrencia era de lo más heterogénea: se componía de los parientes y amigos íntimos del picador, de los niños invitados que lo favorecían, algunos hijos de Marte, y unos sacerdotes de la Merced ó San Francisco, que eran como de la casa por el favor de la señora y las niñas.

Entre las damas, formaban caprichoso mosaico los túnicos de muselina y carranclán, las mascadas de la India y pañoletas, los caracoles y peinados de caracoles, y peinetas de olla, de teja y de las tres potencias, zapato de raso chino y media calada, con el rumboso castor, la enagua de mascadas, el desgote con retozo de fraile, la matacolas, gargantillas y aretes ó arracadas de oro.

Entre los galanes alternaban el vestido de charro del

niño, fino todo, bordados y galones; y el escurrido pantalón del escribiente, el frac de botón dorado y la chaqueta de indiana del artesano, la frazada, la esclavina y la capa en deliciosa confraternidad.

Ardía el fandango, el entusiasmo erótico invadía las fronteras del delirio, el polvo colorado de los ladrillos que levantaban los bailadores hacía aparecer las luces como al través de las nieblas.

Yo no sé cómo ni dónde estalló una disputa: de las insultantes palabras pasaron á las manos; los catrines formaron falanje al peladaje lépero; las mujeres se convirtieron en furias, y aquellas fueron granizadas de puñetazos, aguaceros de palos, tempestades de blasfemias y desvergüenzas; volaban en todas direcciones platos, botellas y vasos entre nubes de puchas, rodeos y tiras de queso. Las luchas se habían empezado de de cuerpo á cuerpo, á mí me tocó de contendiente un barbaján de cantería, con unos puños como de fierro. Yo me defendía luchando con todas las reglas; pero impaciente el jayán de no poder derribarme, me asió debajo de las arcas y me lanzó por la ventanilla descrita que daba al corral de las Vizcaínas.

Aquel estupendo é inesperado vuelo fué un vértigo para mí. Afortunadamente, después de mi escapada aérea caí en un montón de estiércol, pero desapareciendo como en un lago. Me ahogaba, salí á flor de estiércol, pero entre las risotadas de burla, escupiendo, asqueado y molestísimo, al extremo que un mes des-

pués no podía comer á mi gusto por el sabor maldecido que me dejó mi aventura.

No quiero concluir esta nota sin dar idea de otra clase de bailecitos de *medio pelo*, á los que era yo efectísimo.

Érase el año de 1840, y publicaba yo con el seudónimo de Don Benedetto, en el *Museo Popular*, los versos siguientes, tomados de mi comedia titulada «El Alférez.»

«No hace mucho concurrí
Con mi querida Matilde,
A un baile de gente humilde,
Y escuche usted lo que ví:
Pieza á medio blanquear
Era, donde una cortina,
Dividía la cocina
Del espacio de bailar.
Sentados los circunstantes:
Los más decentes en sillas,
Los de chaqueta en cuclillas
Y de plano los restantes.
En mesas de cien abriles,
Sostenidas con esmero
Por un oculto madero,
Estaban dos luces viles.
Pérfidos las resguardaban
Dos candeleros raquíticos
Que al sentir gente, impolíticos,
Las bujías ladeaban.
Junto al lecho hubo una luz
De una lamparilla escuálida,
Alumbrando la faz pálida
Del Redentor en la Cruz.
Haciendo papel decente
Por su petulante empaque
Un cantante badulaque,
Un fraile y un subteniente.

Escuchándose á la vez
Un perrillo que ladraba,
Algún chico que lloraba
Ó risotada soez.
Después de instancias y esperas
Un músico calvo y tuerto
Tocó, no con mucho acierto,
Unas alegres boleras.
Y de un obscuro rincón,
Con el frac corto de sisa,
Largo el cuello de camisa,
Más que corto el pantalón,
Corbata de esas pueriles
Llena de pliegues y lazos,
Y distantes los dos brazos
De sus agudos cuadriles,
Salió, con garbo gentil,
Haciendo mil contorsiones,
Y abriéndose los faldones
De su casaca ¿quién?—Gil.
Extiende la flaca pierna,
Suelta el palillo con curia,
Y habla, alzándose la furia
Con su compañera tierna.
Mil pies llevan el compás,
Ya se escucha poco ruido:
Pero, gritan: ¡el marido!
La niña no baila más:
Hay gritos ¡oh suerte impía!
Todos huyen por la ronda,
Y es preciso que me esconda
Hasta que asoma otro día.

FIN.

ÍNDICE

CAPÍTULO I.

Págs.

Impresiones de infancia.—Molino del Rey.—Un describir ó sea sólo mención.—Barbacoa.—Coleadero.—Herradero.—Rifa de compadres.—Posadas.—Compadrazgos.—Rifas de santos.—Gral. Victoria.—Primer ensayo oratorio.—Viernes de Dolores.—Coloquio.—Hazañas infantiles.—La Loba de Chapultepec.—Mis padres.—Escuela de D. Manuel Calderón.—Vida íntima.—Comidas.—Costumbres religiosas del hogar.—Cuaresma.—Semana Mayor.—Procesiones.—Ejercicios.—Desagravios.—Romerías.—Posadas.—Fiesta de Indios.—Señor de Chalma.—Los Remedios.—Toma de hábito.—Cantamisa.—Mi tía Juanita.—Recuerdo de Cardoso.—San Judas.—Milagros.—Educación.—Mi tía Doloritas.—Su muerte.—Mi miedo.—Cambio de vida.—Juegos de niños.—Mi abuelo.—Teatro.—Toros.—D. Javier Heras.—Toreros célebres.—Juego de pelota.—Grandes jugadores.—Los títeres.—Mi aventura con los titiriteros.—Grito de la Acordada.—Victoria y Pedraza.—Guerrero.—Saqueo del Parián.—Emigración.—Descripción del Parián.—Anécdota de Obregón.—Rendición de Barradas.—Bustamante.—Rasgos biográficos de Guerrero.—Muerte de mi padre.—Cambios de suerte.—Orfandad.—Examen de mi saber y esperanzas.—La señora mi madre.—Descubrimiento poético.—Ensayos.—D. Joaquín Heredia y Doña Anita Zuleta.—Tertulias.—Improvisadores.—Ejercicios de improvisación en la Alameda.—El barbero D. Melesio.—Fama de poeta.—Miseria.—Confidencia de dolor.—Ojeada á la prensa.—Pensador.—Bodegones.—Quintana Roo.—Entrevista.—Aduana.—Castaños.—Colegio.—Iturralde.—Casa de Quintana.

Págs.

—Heredia.—Zavala.—Músicos.—Beristain.—Baldovinos.—Ibarra.—Alejo Infante.—Payno.—Zozaya.—D. Carlos Medina Picazo.—D. Ignacio Pavón.—Lagartijos de la época.—Suárez.—Algara era la elegancia.—Lacunza.—Collado.—Casa de vecindad.—Colegio de Jesús.—Olaguíbel, págs. 1 á 77

CAPÍTULO II.

Guillermo Valle.—La protección de Santa-Anna y sus aventuras.—1833. Cólera Morbo.—Escenas dolorosas.—El Dr. Barrientos.—Expulsión de españoles.—Mi tío D. Domingo Ortiz.—Portal de Agustinos.—Café del Sur.—Lanzagorta.—El Lic. Borda.—Teatro.—Amador.—La Montenegro.—Cantantes.—Juana la Rabicorta.—Músicos.—Elízaga.—Bailarines.—La Gran Sociedad.—Café de Veroly.—Bodegas de la Madama.—Pulquería.—Fonditas al aire libre.—Portal de las Flores.—San Juan de Letrán.—Ferrocarril.—Banco Oriental.—Adolfo Theodore.—Café del Aguila de Oro.—Fernando Calderón.—El Padre Arrillaga.—Mi María.—Pradito de Belén.—Amores.—Casa de D. Francisco Ortega.—Martínez de Castro.—Antonio Larrañaga.—Ignacio Rodríguez Galván.—La Aduana.—Manuel Payno.—Veranear.—Pueblos de los alrededores.—Días de campo.—Las cuadrillas.—Juan Gamboa.—Bailes y tertulias.—Baile á lo casero.—Modas.—Sayas abiertas.—Baile á escote.—Compadrazgos y posadas.—Lucha del toro y el tigre, págs. 79 á 155

CAPÍTULO III.

Colegio de Letrán.—Callejón de López.—Lacunza.—Su cuarto.—Conversaciones y confidencias.—Lecturas.—La Academia de Letrán.—Juan Lacunza.—Ferrer.—Joaquín Navarro.—Quintana Roo.—Carpio.—Don Manuel y Don Alejandro.—Pesado.—Rodríguez Galván.—Ignacio Ramírez.—Aguilar y Marocho.—Munguía.—Fernando Calderón.—Juan N. Navarro.—Alcaraz—Tornel.—Gorostiza.—Collado.—Taller de Villanueva.—Mis relaciones con Fernando Calderón.—Reflexiones sobre la Academia.—

Págs.

Costumbres y obras originales.—Aduana.—Un ladrón que se denuncia.—Descripción de la Aduana.—Sus labores.—Edificio.—Dolores y gozos.—El empleado viejo.—Vida alegre.—Café del Véroly.—Ribot.—Requena.—Tola.—Cela.—Cartucheras al cañón.—Calaveradas.—Vinatero ó Gregorito.—Los frailes.—La Iglesia y sus bienes.—Fiestas mundano-religiosas.—Especulaciones, intrigas, educación.—El Tata Padre.—Monjas y milagros —Literatura mística.—Los conventos, págs. 157 á..... 251

CAPÍTULO IV.

Profesión de Monjas.—Patiño.—Gorostiza y la Opera.—Operistas—La Pautret.—Bailes.—Recuerdos antiguos.—Tonadillas.—Canciones y Tiranas.—Cantantes y actrices célebres.—Chata Munguía.—Teatro de los Gallos.—Montegrinos y Capuletos,—La Castelani.—Carnaval.—Máscaras obscenas.—D. Quijote y Sancho Panza.—Rodríguez y Calderón.—Guerra del francés.—Muestras extranjeras.—Guardia Nacional.—Villamil.—Gaona.—Rincón.—Labastida.—Godínez.—Títeres del Puente Quebrado.—Vivienda de la clase media.—Comedias.—Trajes.—Madame Adela.—Modistas.—Vestidos de hombre y mujer.—Géneros.—La China.—Jacales.—Miseria.—Lo lépero.—El lépero.—Ojeada política.—Corro D. Justo.—Muerte y funerales de Barragán.—Escuela de Medicina.—Dr. Licéaga.—Escobedo.—Jecker.—Becerril.—Guapillo.—D. Miguel Muñoz, págs. 253 á..... 307

CAPÍTULO V.

Médicos.—Boticarios.—Botica.—Estudiantes de Medicina.—Botica de Peñúñuri.—Confusión de recuerdos —El Corpus.—Sastres militares.—Zapateros.—Tertulia de ancianas.—Revista social.—Educación de hombres y mujeres.—Costumbres.—Casa grande.—Mesa de malilla.—Fr. Pingajo.—Burrifacio.—Hipócrita.—Barrera.—Abelardo.—Bisbís.—Magdaleno Contingencia.—Academia,—Años nuevos de 38 y 39.—Amores de Rodríguez.—D. Bernardo Couto.—Caldera en el Teatro.—

Págs.

Temblor de Santa Cecilia.—Translación de los restos de Iturbide —Virgen de los Remedios.—Las luces.—Cantos populares.—El jarabe —El Dormido.—Sonecitos.—La Petenera.—La manta.—El gato.—Perico.—Zorcico.—Baile inglés.—Valse del amor.—Contradanza.—Canciones —La Poo.—El ámbar.—El susurro.—Los enanos.—El astillero.—El atole.—El Guajito.—El borrachito.—El Palomo.—Severiana.—El Durazno.—Las Balmas.—El Bulaquito.—El Aforrado.—La Tuza.—El Muñeco.—El Telele.—El Tapatío.—Los patos.—El palito.—La cachucha.—La maroma.—El hacha —Chistosos de estrados.—El cuándo —El ciego de los palitos.—Pastorelas y coloquios —La Política.—Explicación de José Valente Baz.—Los periódicos.—Lima de Vulcano.—Civilización.—Academia de Letrán; decadencia.—Basadre.—Zelaeta.—Cardoso.—Manero.—Alpuche.—El Coronel Yáñez.—Castro.—Muerte de D. Ramón Rayón.—Posadas.—Recuerdos, pág. 309 á 376

MEMORIAS DE MIS TIEMPOS

GUILLERMO PRIETO
(FIDEL)

MEMORIAS

DE

MIS TIEMPOS

1840 Á 1853

LIBRERIA DE LA Vda. DE C. BOURET

PARIS.
23, Rue Visconti, 23.

MEXICO.
14, Cinco de Mayo, 14.

1906

Propiedad asegurada conforme á la Ley.

Tipografia de la Viuda de Francisco Diaz de Leon.

Esquina 5 de Mayo y Callejón de Santa Clara.

I

D. Ramón Pacheco.—Su carácter.—Su casa, familia y tertulia.—Semana Santa en Tacubaya.—Nombramiento de Sayones.—Descripciones y pormenores.—Prisión de N. S. Jesucristo.—Jueves Santo.—Lavatorio.—Viernes Santo.—Sentencia.—Sábado de Gloria.—15 de Julio.—Premios de San Juan de Letrán.—28 de Agosto.—Mi oración de premios.—Referencias al año de 1837.—La Policía.—Mi entrevista con el Sr. Bustamante.—Su descripción.—Diálogo.—Generosidad y colocación á su lado.—Sus costumbres.—Oseguera.—Secretario íntimo y redactor del Diario.—Gondra D. Rafael.—Su casa.—Rasgos biográficos.—D. Juan de Dios Cañedo.—D. Javier Echeverría.—Rasgos biográficos, familia, etc.—Almonte, rasgos biográficos.—Matrimonio.—Servicios militares.—Ministro de Guerra.—General Barrera.—Su esposa Alejita.—Juicio sobre la administración de Bustamante.—Mis amores.—Intimación á mi padre político.—Paseo al frente de su casa.—Persecuciones amorosas.—Aventuras.—Matrimonio.—Nueva vida.—Malilla.—Periodismo.—Interior del gabinete de Bustamante.—Visita á San Juan de Letrán.—Café de Veroly.—Ribot.—Miñon.—Leandro Mozo.—Rodríguez.—Barrera.—Diego Correa.—D. Manuel Canseco.—D. Manuel Payno.—Valencia.—Pronunciamiento de la Ciudadela.

—Quintana Roo.—Zavala.—Olaguíbel.—Couto.—D. Hipólito Rodríguez.—Balderas.—J. J. Baz.—Rasgos biográficos.—Acción del Puente de Jamaica.—Guadalupe Hidalgo.—Convenios de la Estanzuela.

Años de 1840 á 1845.

Saltando vallados, removiendo obstáculos, apartando estorbos de mi camino y barriendo basuras, toco los linderos del año de 1840 bajo el despótico dominio de los ingleses, como la India; con mucho amor á la gloria y dos camisas; popular como el frijol bayo y alegre como repique de Noche Buena.

Alboreaban en mi mente el interés de la política y eran objeto de mi admiración sus hombres prominentes; pero aunque mis inclinaciones mundanas se disputaban el terreno de mis aspiraciones, caían, como capas de hielo sobre esos campos de ilusión, mi vida monótona de oficina, mi obstinada pobreza y los crueles dolores que me causaba la enfermedad implacable de mi santa madre.

Aislada, flotante, como consuelo único, brillaba en mi nublado horizonte la Poesía como la aparición de una Hada seductora que á las nubes daba formas fantásticas de palacios, carros de fuego, guerreros y monstruos, que hacían modular á los vientos cantos de esperanza y comunicaban mayor valía á las penas de Cervantes y el Tasso que á las grandezas de los próceres más favorecidos de la fortuna.

Una de mis tertulias favoritas, ó mejor dicho, una de

las personas que me dispensaron más generosa acogida, fué Don José Ramón Pacheco, persona de presencia y maneras distinguidas, notable estudiante, nuestro Ministro en Francia, y cuya traviesa y chispeante conversación atraía en su torno una brillante sociedad.

El Lic. D. J. Ramón Pacheco era en aquel tiempo ornamento de la buena sociedad de México.

De estatura regular, airoso de cuerpo, cabello rubio y ojos chispeantes de malicia y de chiste. Vestía correctísimo, y sus modales eran de apuesta cortesía, andaba ligero, reía oportuno y su conversación era aromática como un ramo de flores y deslumbradora y valiosa como un aderezo de diamantes.

El Sr. Pacheco era nativo de Guadalajara enlazado con distinguidas familias y mimado por el aprecio desde sus más tempranos años.

Dió á conocer su vivaz ingenio desde el colegio. En una visita que hizo al establecimiento el Obispo de Guadalajara, con la pompa y honores de la época, se le presentaron á saludarlo muchos colegiales de todas edades. En el grupo en que estaba Pacheco preguntó el señor Obispo uno á uno:

—¿Tu, qué quieres ser?

—Yo, padre, Ilustrísimo señor....

—Y tú?

—Yo, sacerdote, con ayuda de Su Divina Majestad.

Llegó á Pacheco y le preguntó—¿Tú qué quieres ser?

—Yo, casado, Ilustrísimo Señor, porque con todos esos, se acaba el mundo.

Pacheco fué el primero que, trastornando las preguntas y respuestas del Padre Ripalda, compuso su Catecismo, espanto de los beatos y pretexto para zaherir á los fanáticos; pero en el que se convenía que había rasgos de ingenio despejado.

Cuando vino por la primera vez á México, viendo que nadie se ocupaba de él, puso á su levita solapa y vueltas encarnadas y así salió á la calle.—Pregunta la gente ¿quien es ese?—El Lic. Pacheco—y así se anunció.

En París se distinguió por la destreza con que manejaba el idioma, sus epigramas finísimos y su conversación chispeante. Tuvo entrada en la Corte y en los más distinguidos salones, publicando folletos sobre diferentes materias que acogió el público con aprecio.

Su casa en México (Santa Clara 6) era punto de cita de la gente de mejor sociedad, distinguida por su talento, por su posición social, etc. Dispensaba especial cariño á los jóvenes que comenzaban su carrera, procurándoles libros, relaciones y cuanto podía favorecerlos, y haciendo que en su casa gozaran de toda especie de estímulos y atenciones. Pacheco tenía para el infortunio, socorros y consuelos; para el talento, admiración; para la amistad, finezas; para la hermosura, donaire; para los niños, dulces, alegrías y complicidad en sus travesuras.

Su mesa era motivo diario de contento: allí se organizaban paseos y conciertos, tamaladas y expediciones alegres.

Distinguíanse en la constante concurrencia del Sr.

Pacheco, mujeres hermosas, letrados ilustres y jóvenes de la mejor sociedad.

Allí disertaba á su sabor, sobre política, Larrañaga, siempre al corriente de los sucesos del día; enemigo irreconciliable de Santa-Anna y los soldados; admirador de Farías, secuaz de Alpuche y amigo íntimo de Zerecero.

Rodríguez, que allí improvisó casi los lindos versos á la hijita de Pacheco y que se desmorecía por el latín que perfeccionaba en la tertulia de su tío D. Mariano Galván (Portal de Agustinos), adonde concurrían el Dr. Quintero, Couto, Pesado, Gaztañeta y otros literatos de la época, y señoras y señoritas de las familias de Jáuregui, Durán, Llerenas, Peña y Barragán, Castillos, Boscero, etc.

Pero lo característico de aquellas reuniones, lo que las convertía en típicas y excepcionales, era el *esprit*, el chiste, el buen decir, lo interesante de las narraciones, lo agudo de los epigramas, lo inesperado de las salidas y la animación, galanura y sazón de las más insignificantes conversaciones.

Era muy dado Pacheco á la frenología, que no sabemos hasta qué punto perfeccionaría en su parte científica; pero me consta que para él era una mina de agudezas, de chanzas, de adivinaciones que habrían vuelto loco al mismo Gall si las hubiese escuchado.

La afición de Pacheco á la música le hacía amigo de las notabilidades de la época, como Gómez, Fernanda Andrade ó Ruelas, esposa de Rodríguez de San Miguel;

de Chucha Coria y de Balderas, Camilo Bros, Escalante y otros que, bajo la presidencia de D. Basilio Guerra, desempeñaban la ruidosa Kalenda de Navidad que cobró tan grande y merecida fama. D. Basilio Guerra, andando los tiempos, fué en Europa activo agitador de la monarquía.... Era un bendito señor, según las personas que lo trataron.

Como literato escribía con chiste y *desenfao* público, por aquel tiempo, su célebre «Testamento del Difunto,» sátira llena de gracia, de observaciones y reformas oportunas.

El «Testamento» era la ficción de que el año se moría y dejaba encomiendas y legados á su hijo el año venidero. Tuvo ruidosa acogida el «Testamento,» así como su comedia «Andarse á las Escondidas,» refundición de una pieza francesa. Entre sus escritos diplomáticos, hay algunos de verdadera importancia, como es su Carta publicada con motivo de la invasión francesa, de que nos ocuparemos á su tiempo. No obstante el difícil y peligroso papel de chancista constante y los comentarios sobre su conducta pública y privada, le acarrearon no pocos enemigos.

Pasé la Semana Santa en Tacubaya, pueblo en que á pesar *de los avances de la impiedad*, se conservaba la tradición y las prácticas de los rancios y verdaderos cristianos.

Desde los primeros días de la Cuaresma el agudo sonido de un pito y el redoble de un tambor convocaban por todos los ángulos del pueblo á los sayones, fari-

seos, nazarenos, Judas y demás actores que debían representar el drama del Calvario.

En una casa apartada del pueblo verificábanse las juntas de carpinteros, herreros, carretoneros de los molinos, campesinos y gente fervorosa y beata para las fiestas cristianas. En estas juntas, aunque invisible, estaba competentemente representado el señor cura, sobre todo para la cuestión financiera.

Renovábase el programa de las funciones en la primera junta:

Domingo de Ramos.—Cantores y palmas.

Miércoles.—Prendimiento y aposentillo.

Jueves.—Lavatorio y monumentos.

Viernes.—Tres horas, Tres Caídas, Encuentro, Procesión de Pésame, Sermón de ídem.

Sábado.—Gloria, Judas, etc.

Seguíase á esta tumultuosa junta la distribución de papeles, entre risas, reyertas y gritos atizados con sendos tecomates de tlachique espumoso.

Los papeles principales eran:

Nuestro Padre Jesús.—El Centurión que pronunciaba la sentencia.—San Dimas y el mal Ladrón.—Judas.—La Virgen.—La Magdalena.—Espías.—Sayones.—Trompeteros.—flautas, etc.—velas, etc.

Las discusiones sobre cada una de las candidaturas eran escandalosísimas, anunciando victorias y derrotas, semblantes alegres ó iracundos, exclamaciones estrepitosas, lluvias de puñetes y picardías: todo con muy cristianos fines. Elegidos los actores y hechos los

nombramientos, cada personaje principal con su séquito, se entregaba al desempeño de su papel.

Vestían en carácter á nuestro Padre Jesús para que le llevasen preso á una casa particular, donde se preparaba con tiempo altar, aguas lojas, rezos, etc.

El Centurión convocaba á sus soldados, preparábales equipo y armas y se dirigía á un tinterillo desalmado que le hiciera la sentencia, libelo incendiario en que campeaban blasfemias de todo género y dislates capaces de escandalizar al mismo Satanás.

Procurábanse calzones verdes, como de baño, de raso para San Dimas y el mal Ladrón, y hacíase una leva rigurosa de beatas, viejas, niñas entumidas y gazmoñas, etc., etc., para la famosa procesión del duelo.

Por su parte, el cura con unos monaguillos y sendas charolas, hacían colecta de pingües limosnas para los gastos de Semana Santa, y excitaba á las devotas para que llevaran piano y tocasen en la iglesia, comprometiéndolas para el envío de pebeteros, macetas con flores, sembrados de trigo, chía, lenteja y alegría, y jaulas con pájaros cantores, que exhalaran sus trinos entre el ramaje; las velas encendidas, las naranjas con oro volador y las flotantes bandillas que caían de la bóveda, engalanando el monumento.

El lunes, y martes santo, unos embozados con determinadas precauciones, se acercaban al templo, y á una señal convenida sacaban á excusas, y como con disfraz, á nuestro Padre Jesús, que es una imagen colosal, de goznes y de rostro bellísimo.

Esperando aquí, corriendo acullá, avanzando, y como temerosos de un asalto, llegaban los de la comitiva á la casa de la ocultación, donde se recibía á Su Majestad con música y festejos.... llevándose á la vez con menos miramientos, y como á valedor del mismo pelo, á Simón Cirineo, á una casa particular, donde se le vestía de calzón corto, casaquín y gorrilla con pluma airosísima. Por supuesto, que el vestido y la gorra eran verdes como lechugas.

El Nazareno tiene en el escondite culto reverente, devotos asiduos, quienes le agasajan con letanías, cohetes, incienso y flores, recibiendo en compensación sendas jícaras de chía y orchata. Además del culto, Nuestro Señor tenía una guardia constante para evitar un asalto de los judíos; pero llega el miércoles, gente sospechosa aparece á las inmediaciones de la morada de Jesús, sus defensores se aprestan al combate, la gente se agrupa, y al fin aparece Judas con su farolillo y su silbato. Dáse la señal, principia el asalto á la casa. Los amigos de Jesús resisten, la lid se empeña, llueven los palos, enfervorízanse los cristianos y hay una zambra de los demonios.

Al fin, sale el Cristo para la iglesia, donde está la prisión, y velan los judíos en la iglesia, profanándola hasta donde les es posible como buenos judíos. Por supuesto, que el *Aposentillo* era motivo de rezos y fervorosas demostraciones de devoción.

Las tinieblas, con toda su pompa imponente, eran poco concurridas, y se reservaban las ostentaciones pia-

dosas. El lujo y el bateo eran para el Jueves Santo, en que la ruidosa matraca, al salir la luz, despertaba los bríos religiosos y mundanos, con todo fervor.

Concluídas las ceremonias, en un rincón apartado de la iglesia quedábase el piano suspirando sentidas armonías mientras la servidumbre de la iglesia disponía sembrados y flores, pájaros, candiles, velas y pebeteros para el Monumento.

Las calles, entre tanto, se llenaban de gente, toda vestida de nuevo, distinguiéndose las amas de las haciendas por sus sayas y mantillas; las familias de dependientes por sus túnicos lujosos; las de los peones por las enaguas rumbosas; y los hombres por sus calzoneras de botonadura de plata, sus toquillas de oro y de plata, y sus mangas dragoneadas de terciopelo y oro.

Los peones, los indios, los muchachos medio desnudos y los perros, eran como las sombras de ese cuadro de vivísimos colores, kaleidoscopio viviente y ruidoso que aturdía y embriagaba.

Cruzaban este mar, en que á distancia se veían frescos y verdes puestos de chía y figones de olorosos guisos, toda clase de vendimias que se voceaban en todos los tonos. *¡A dos rosquillas y un mamón! Un pan de alegría una cuartillita*, distinguiéndose en alto, palos con matracas de todas hechuras y racimos de judas con la mecha terciada sobre el pecho, y una estupenda bomba en el cuadril.

Entre una y dos de la tarde se verificaba el «Lavatorio» ó recuerdo de la última Cena.

Elegíanse doce pobres de solemnidad; se les sentaba en una mesa en el presbiterio, y los sacerdotes les lavaban los pies, dándoles después limosnas. Los Apóstoles iban á celebrar su dicha, generalmente, con una zorra de primer orden.

El programa para el Viernes Santo era altamente seductor. Rezos del Víacrucis, dentro y fuera de la iglesia, en grupos, dominados por un oficiante que se transladaba con su cauda inmensa de gente, de uno á otro punto.

La Asomada al balcón, las Tres Caídas, el Encuentro, la Gran procesión, el Descendimiento, el Pésame, la procesión de la Soledad.

Cruzaban el pueblo en todas direcciones judíos á caballo y judíos infantes, dando alaridos. Cada paso de la Pasión contaba con su sermón tremebundo para los que eran invitados, frailes de renombre, que supieran ponerse á la altura de la situación.

En el sermón de sentencia era indispensable que el Centurión fuera de voz robusta, buen jinete, y que montase un soberbio cuaco, diestro en arremeter, pararse de manos y respingar furioso cuando el caso lo requería.

Proclamábase la sentencia, corriendo el Centurión de un lado á otro, desaforado, y entre los atropellos y tumulto y retozos de la gente.

La sentencia era generalmente una obra maestra de un fraile, en colaboración del Centurión.

«Esta es la sentencia que *manda hacer* el Rey Pon-

cio Pilato contra Jesucristo, Rey de los Judíos, por felónico, por escandaloso, por jurtón de lo ajeno, por de altiro malo y sin concencia,» etc., etc., hasta llegar á desvergüenzas de arte mayor, que no me es dado estampar en el papel. El padre del sermón estaba en el púlpito y empeñaba diálogo; los ánimos se irritaban; el caballo del Centurión se alzaba de manos, y entre lloros, golpes de pecho, empellones, cantos de vendimias y riñas tremendas, se entregaba la sentencia, que el padre rompía, estrujaba y regaba por el suelo, en medio del aplauso universal.

En la gran procesión de Tres Caídas, la imagen de nuestro Padre Jesús estaba sobre soberbias andas, que lo soportaban con la Cruz á cuestas, y Simón Cirineo de apéndice, quien sin saber cuándo ni cómo, había recobrado su puesto.

En la procesión de las Tres Caídas salían á lucir San Dimas y el mal Ladrón, caminando con grandes cabelleras que les cubrían totalmente el rostro, y las espaldas desnudas al sol reverberante, durando este martirio dos y tres horas.

El sábado, los judíos se paseaban inquietos y acobardados alrededor del templo y en medio de la gente ansiosa.... De repente se enciende la gran llama del cirio Pascual; rásganse los velos de los altares; resuenan el órgano y los cánticos de gloria; retumban las cámaras ó cañones; repican las campanas; truenan los Judas entre ruidos de curiosos que se disputan, revolcándose, los panes, dulces, chorizos, etc., que arrojan

los Judas; corren despavoridos los perros; arman gresca los muchachos; los sayones corren, despechados, á las afueras del pueblo entre silbidos, y á las puertas de las pulquerías y vinaterías, y en las esquinas, se dan sendas golpizas cristianos y judíos, de puro gusto de ver que ha resucitado el Salvador del mundo.

El 15 de Julio de ese año amaneció profundamente conmovido México; corría de boca en boca la noticia de que el Presidente de la República había sido asaltado por una fuerza de los pronunciados, mandada por Urrea; que Bustamante aislado, pero intrépido y digno, resistió y echó en cara á Urrea su comportamiento.... que uno de los oficiales, señalando á Bustamante, grito: ¡Mátenlo!; que otro se opuso, gritando: «No; es el amigo y compañero de Iturbide.»

Quedó preso el Presidente; las balas llovían sobre el costado Sur de Palacio, rompiendo un balcón, quedando colgando como el girón de una cortina. Corría la sangre dentro de los salones de Palacio; fué herido uno de los custodios del Presidente, y éste le curó y vendó, recordando los estudios médicos.

Pero para el público, un pronunciamiento era un jubileo y un motivo de holgorio. Cerrábase el comercio; quedaban desiertas las oficinas; las calles solitarias resonaban con el galopar de los caballos; la gente se agolpaba á las esquinas para atravesar de un punto á otro, según los disparos de la artillería. De vez en

cuando atravesaban camillas con heridos que se conducían al hospital.

A los barrios lejanos se transladaba el movimiento, las tiendas tenían mayor tráfico, las pollas daban á luz sus vestidos domingueros, y los vecinos entablaban diálogos de balcón á balcón inquiriendo noticias.

Las calzadas que conducen á los pueblos de los alrededores, se llenaban de emigrantes á pie, á caballo, en carros, en coches, en burros; transportando colchones y jaulas, falderos y cuadros de santos; pero todo con aire de fiesta, entre carreras y cantos, comiendo y bebiendo .... é interrumpiéndose con ayes de dolor al oir lejano el estampido del cañón. Por supuesto que en los pueblos, el solaz era más expansivo y casi se temía el restablecimiento de la paz. Ésta en aquella vez se recobró, yéndose el Presidente triunfante al convento de San Agustín, mientras se reparaban los desastres causados por la revuelta en el Palacio Nacional.

Mis penas se multiplicaban, la enfermedad de la señora mi madre se había agravado á un extremo horrible, y sobre mis perseguidos amores soplaba huracán espantoso.

No obstante, el 28 de Agosto se acercaba, y era el gran día, el día de la distribución de premios del colegio, las candidaturas de oradores volaban en todas direcciones, formando partidos y provocando reyertas; los poetas templaban sus liras y prorrumpían en can-

tos, con la esperanza de obtener permiso de leer en los pueblos, sacudíanse mantos y bonetes, y penetraban al interior del colegio los criados para llevar los equipajes de los chicos, porque terminados los exámenes comenzaban las vacaciones.

Los muchachos designados para premio, se pavoneaban dándose importancia; los no premiados, censuraban á catedráticos y réplicas; achacaban á favores y serviles ocultos las preferencias, y los más saboreaban con anticipación los placeres de las vacaciones, mascando papel, haciendo con su masa muñecos que lanzaban y pegaban á las vigas, quedando danzando en el aire, y de cuya costumbre jamás pude alcanzar la significación.

Los premios se verificaban en el General de la Universidad, que era un espacioso salón ancho y con ventanas altas que derramaban bastante luz.

En el fondo del salón se extendía amplísima plataforma con gran dosel, severos sillones de terciopelo y vaqueta, y en el centro una gran mesa con su crucifijo y un gran tintero de plata en el centro, compuesto de tres piezas en forma de parrillas (tintero, marmaja y obleas) y coronado con una campanilla de plata. En la solemnidad que describo, la mesa la ocupa el Presidente de la República, y á su lado se veía al Rector del Colegio, al Secretario, y una mesa con libros, estuches y dibujos que era en lo que consistían los premios.

En los lados del salón, y en el centro, corría tras elegante barandilla una sillería rica, sobre la cual se os-

tentaban enormes cuadros de doctores y sabios pálidos, mal encarados y de trajes variados de dignidades eclesiástias forenses y médicas.

El centro lo ocupaban hileras de asientos dispuestas como las butacas de un teatro.

Pegado al muro, al frente de las puertas, dominante y majestuosa se alzaba la cátedra, que era como un enorme púlpito cuadrado, teniendo por techo un cuadró de madera con el símbolo del Espíritu Santo, entre ráfagas de oro.

En el fondo del salón, y alzada como cuatro varas sobre el piso, veíase la tribuna ó jaula cuadrilonga con sus celosías y cortinas, preparadas para las personas de la más alta distinción.

Aquel día reverberaba el salón con grandes uniformes, plumas y espadas, borlas de doctores, hábitos azules, blancos, carmelitas y negros con cruces rojas, y en el centro padres de familia, señoras de saya y mantilla y un hervidero de cabezas de niños de cabello peinado, vestidos con listones y bordados, y ojos curiosos en espera del espectáculo.

En las tribunas, los ojos lindos, los cuellos de alabastro, los rostros de ángel entre perlas, diamantes, plumas y gasas, embelesaban.

Al conjunto de lujo animadísimo é interesante, le daban realce las bancas de los premiados, situadas bajo las tribunas, al frente del sendero que corría hasta la mesa en que estaba el Magistrado Supremo, distribuidor de los premios. Dos músicas militares coloca-

das fuera del salón, completaban esta función tierna é inolvidable para los que la disfrutamos en la juventud.

Como decía poco antes, mi situación era desesperada, y yo deseaba á tuertas ó derechas salir de ella. Además de la Memoria sobre el estado del colegio, se designaban personas para discursos y versos; y una de estas personas fué Manuel Tossat Ferrer, buen chico, condescendiente y tímido, enemigo de darse á luz. Yo tenía hecho mi cálculo y me decía: á la primera que me toque, suelto una arenga de diez mil demonios contra el primero que me ocurra y, ó me persiguen, y esto me quita de acreedores, compromisos y empeños que me ahogan, ó me procura protección de alguno, y cátese Ud. á Periquito hecho fraile, como dice el refrán.

¡La persecución! ¡El odio del tirano! ¡El canto al son de la cadena y al través de las rejas de la cárcel!... ¡Aquello era divino! Las viejas y viejos: «no te expongas, ¡no des una pesadumbre á tu madre!» Los pollos: «¿quién fuera tú?» Los compañeros, con admiración y sorpresa de tener lado á lado un remedo de Pedraza y Rejón. ¡Sueños encantadores! Aspiraciones con mucho de disparatado y audaz; pero iluminadas por la gloria, por la sed del renombre, embelesado con el miraje de una mansión de amor y en contacto con aquellas inteligencias glorificadas por mi sincera admiración.

Con estas ideas abordé á Ferria, que así llamábamos á Ferrer por cariño, y le propuse me cediese su pues-

to para hablar en su lugar, dándole la mitad de las galas y gajes. Accedió Ferria gustoso, ya por su carácter, ya porque, cómplice venéreo de Juan Lacunza, no dejaba poner pie en postura á las actrices, bailarinas y coristas del teatro de los Gallos, en que imperaba Romana Manito, sin rival para las Magdalenas y manolas.

Ocupéme con ardor de la reparación de mi equipaje averiado y en situación decadente y ruinosa.

Me lavé, me empomadé, me convertí en el manequí de mis amigos, de los cuales, uno yergue mi corbata con un periódico, el otro restrega mis borceguíes hasta que quedan como espejos; aquel quiere peinarme con agua de linaza para amansar la rebeldía de mi cabello, mientras otro, con polvos de tortilla me invita á que restituya á mis dientes su blancura.

Yo era feliz con la pedantería consiguiente á mi escaso chirumen y pocos años: con un falso testimonio levantado á Aristóteles ó á Séneca, con tres versos rojos de Quevedo, una cita de Homero, otra de Virgilio, y poner de oro y azul al primero que caía en mis manos, fuera Shakespeare ó Corneille, el Dante ó Niceto de Zamacois, creía que no me daban al tobillo ni los siete sabios de la Grecia.

Compaginé mi discurso diciendo que el Gobierno, sin saber de la misa á la media, ni conocer la tendencia progresista, ni terapéutica, arquitectónico y funámbulo del siglo, nos estaba perdiendo, y era fuerza clamar muy alto contra el cetro del centralismo, y no sé cuántas blasfemias más.

La declamación, gesticulación y acción teatrales, las había dirigido Juan Lacunza, habituado á ensayar los coloquios de los diablos en el teatro de los Gallos.

Sonó la hora deseada; después de un golpe de música que dejó electrizados á los circunstantes ... y he ahí que me toca mi turno. Desde el principio me disparé como un energúmeno y embestí contra tirios y troyanos atropellando en mi furia armas y letras; Gobierno, Administración, Clero y cuanto á mis mientes se vino, con un gesticular, un manoteo y un ir y venir en la cátedra como un endemoniado.

El público comenzó curioso, siguió espantado, y, al último me tocaron al orden, y bajé entre miradas iracundas, risas reprimidas y estupefacción de mis catedráticos y compañeros; y no era murmullo confuso el que me seguía, eran exclamaciones, reproches é injurias, que al ser pedradas, me hubieran lapidado como á un San Esteban.

Al descender, muy bonitamente se me acercó el Jefe de la Policía ordenándome que al siguiente día me presentara, al obscurecer, al señor Presidente en su residencia de San Agustín.

Aquello fué el colmo de la felicidad. ¡Qué emoción para mi futuro suegro! ¡Qué chasco para mis ingleses! ¡Qué posición tan dramática para mi adorada y para mí!

«No temas, mi adorada,
Te cantaré en mis penas
Al son de las cadenas
Del bárbaro opresor.»

Era el Sr. Gral. Bustamante de mediana estatura, grueso pero esbelto, carirredondo, de ojos pequeños, frente ancha y cuadrada y los labios un tanto contraídos hacia adentro. Al andar ponía las puntas de los pies hacia afuera, comunicándole movimientos de garbo y zarandeo.

Hablaba como prolongando las palabras, y tenía la manía de darse con la palma de la mano golpecitos en el vientre.

Presentéme con cierto encogimiento á S. E.

—¿Qué hay, hombre?—me dijo—¿Qué se ofrece?

—Vengo al llamado de V. E.

—Vamos, amigo.... (después de examinarme un rato) ¿Realmente me cree Ud. ese gobernante cruel y descuidado de la instrucción pública?

Yo guardé silencio; pero no las tenía todas conmigo....

Como recordará el lector, el señor Presidente había transladado su habitación al Convento de San Agustín y ocupaba la celda del Padre Provincial. En aquellos momentos de silencio oía de un modo extraño el rodar de los coches, los gritos de las vendimias de la calle, pero como quien está delante de un toro.

Al ver mi silencio, me dijo el Sr. Bustamante con suma dulzura:—Quiero que esto de Ud. sea como si hablase solo para oir toda la verdad: nada tema Ud.

Alentado entonces, le hablé todo lo que había retenido de mejor en las conversaciones de mi maestro; muy respetuoso, pero sin encogimiento; muy enérgico

pero sin insolencia. La sorpresa, la ira contenida, la sonrisa de benevolencia aparecían en su semblante...

Cuando descendí á mi personalidad, no sé por qué se me vino á las mientes la musa jovial, y le pinté mis cuitas, mis suegros y amoríos: de modo que reíamos como dos colegiales y como si se tratara de confidencias picantes.

—Conque Ud.—me dijo—Ud. me cree ese Minotauro de que hablan los periódicos, y sin esperar respuesta gritó: ¡López! ¡López! (vino López.)

Este López era un negrazo alto, seco y pasudo, su asistente íntimo.

—Pone Ud. una cama en mi cuarto para el señor, Ud. le obedece y hace saber que se le obedece porque es como mi hijo (yo escuchaba asombrado) llame Ud. al Sr. Yari.

El Sr. Yari (griego de nacimiento) hombre muy serio, trigueño y semicalvo, era el secretario.—Presentóse.—Este joven (señalándome) queda aquí en la Secretaría á mis inmediatas órdenes y le da Ud. de lo mío cien pesos mensuales (como es natural, abrí tamaños ojos); además, pone Ud. un acuerdo para que el Sr. Jiménez le nombre redactor del *Diario Oficial*, con la dotación asignada (ciento cincuenta pesos)..... Bueno! bueno, hombre, y me tendió la mano.... Yo estaba anonadado queriendo llorar y hacer no sé cuantas barbaridades.

—¡López! López.. Vamos á almorzar, caballerito..

Yo estaba como soñando; salimos de la celda Pre-

sidencial y entramos á otra, fría, enlosada, desnuda, con una raquítica mesita de palo blanco con su mantel albeando y lujoso y el servicio de cristal y loza del Paraíso que era tan elegante como propia.

Cuando entramos al comedor, esperaban de pie D. Valente Mejía, Jefe de su Estado Mayor, moreno, cariredondo, chiquitín, alegre y franco; Fernando Urrea, ayudante, alto, seco, simpático, de acento veracruzano, tartamudo y gracioso; S. Yari y Dn. J. Tejada, ayudante de guardia muy pulcro, con sus charreteras y cordones, su gola reluciente y su sable marino de vaina de acero.

El Sr. Bustamante era callado pero afable, gustaba de promover conversaciones alegres de buena sociedad que interrumpía con algún chiste; hablaba con suma reserva de sus viajes, adoraba en el Sr. Iturbide y refería con naturalidad las hazañas de sus compañeros.

Comía poco; era, como se decía, muy afecto á los huevos tibios que saboreaba y revolvía con paciente curiosidad; no imponía su opinión jamás, se confesaba ignorante y tenía un ideal militar, según el Marqués de San Miguel, y le enamoraban los hombres de energía y resolución. Dudaba de sí, y si le persuadía el ajeno consejo, le exageraba con ardor convirtiendo muchas veces en crueles sus resoluciones.

Su probidad en materia de dinero llegaba al quijotismo.

Hablábase de que no era insensible á los atractivos de la beldad, y se decía que en la frontera quedaban

ejemplares vivos de su culto al amor, así como en París otro ejemplar al cuidado de Andrés Oceguera, su pariente, que era un tipo de que me ocuparé más tarde.

Terminado el almuerzo, me volví con el Presidente á nuestra habitación.

Lo mismo á la siesta que en la noche, el Sr. Bustamante dormía por intermitencias de cortísimos intervalos y seguía una conversación con el mejor humor del mundo.

—No sería malo, me dijo, hiciese Ud. una visita al Sr. Gondra, de quien tiene Ud. mucho que aprender y va á ser amigo y compañero... ¡Vamos, hombre! tome Ud. de allí dos ó tres pesos para la bolsita... (señalando en un ropero). Entre cuatro y cinco viene Ud. á comer.

Salí á la calle como quien despierta de un sueño, sin darme cuenta de mis impresiones, y pasaban como en remolino mis amores, mis esperanzas, mi vanidad. Ya me venían ímpetus de gritar á todo el mundo: «Aquí va el favorito del Presidente,» y me veía con mi cohorte de chicos alegres, de chinas zalameras y de viejas ladinas y curiosas; ya pensaba en mi María y mi madre contentas; pero con la adivinación de la ternura temiendo que entraran en una vida azarosa y llena de peligros.

Busqué al Sr. D. Isidro Rafael Gondra, y me dijeron que entre dos y tres de la tarde que comía en su casa (calle de Montealegre, hoy casa del Sr. Dublán), era la hora cierta de hallarlo.

Fuí á la casa, anuncióme, estaba comiendo con su familia; dije que esperaría y un criado salió á instarme para que entrase.

A la cabecera de la mesa estaba el Sr. Gondra con un alto de periódicos á la izquierda que parecía destinados á leer á la vez que comía.

Era entonces el Sr. Gondra un hombre de unos cincuenta y cinco á sesenta años, enjuto de carnes, pequeño de cuerpo como exprimido y encallejonado, con una levita negra que denunciaba cierto abandono.

Los ojos pequeños, la nariz abultada, los labios sin arte al saludarle cariñosos; su voz era dulcísima, y sus maneras apacibles. En el fondo de su aspecto, se distinguía tristeza profunda, que al mismo tiempo que le conquistaba simpatía, le alejaba de toda confianza.

En el curso de la comida pude notar al hombre fino y caballeroso, de mansedumbre grande y de aspiraciones bondadosas y llenas de cariño. Pero esas prendas estaban como realzadas en un hastío, en una indiferencia por todo, que helaba la sangre.

—Ud. perdonará, me dijo, que me haya tomado la licencia de llamarlo aquí; pero se me ha retardado el trabajo y ya Ud. lo ve, tengo que revisar, comiendo, los periódicos para que no se escape lo del día.

—Si Ud. gusta, yo leeré, para que coma Ud. con más libertad.

—Acepto el favor de Ud.

Tomé el primer periódico que encontré, y entre otras cosas, leí: —*El clérigo apóstata;* iba á pasar adelante,

y me dijo: no, lea Ud., eso es para mí. En efecto, era una tempestad de dicterios contra el redactor en jefe del *Diario*, con alusiones á su vida privada, con pinturas grotescas de su físico.... yo tragaba saliva y me detenía. Siga Ud., me decía impasible, y yo sudaba y me quería morir de vergüenza.

Un masón de bonete.—Eso es para mí también; y comía, comía aquel buen señor con inverosímil apetencia.

Yo tenía las lágrimas en los ojos, conocía que iba á entrar en ese martirio, y tal decepción caía sobre la carne viva de mis ilusiones.

Monigote griego.... También contra Gondra: aquello era horrible, y horrible porque en muchas ocasiones, fuera de la injuria, había razón. Gondra era un sabio, era un liberal eminente, de ideas luminosas y avanzadas, que la fatalidad, la falta de energía ó lo que se quiera le hacía defender lo que estaba acaso contra su conciencia, entregando á discreción su talento á personas que tenían menos instrucción y valía que él; pero comprendidas en los fueros de la ciencia infusa de los favorecidos de la fortuna y del poder.

Nada más llano para mí que el que pida remuneración un hombre por trabajar en apoyo de ideas acordes con la suya, esencialmente tratándose de política; pero alquilarse, venderse á los intereses contrarios á los dictados de nuestra conciencia, arguye desgracia suma ó perversidad punible.

Decíase que el Sr. Gondra había hecho brillantísi-

mos estudios encaminados á la carrera eclesiástica, hasta ordenarse de Evangelio. Circunstancias que no quise nunca profundizar, hicieron que pugnase por no seguir la carrera, é hizo esfuerzos por desligarse de sus votos; pero el poder inmenso del clero dió á sus gestiones carácter de apostasía y fué perseguido cruelmente; sufriendo prisiones, embarazando sus afanes para vivir independiente, escudriñando los más recónditos secretos de su vida íntima y envenenando estudios, afectos y hasta el aire que respiraba. Para escudarse contra las persecuciones, Gondra se hizo masón, se afilió en el partido exaltado y, al fin, buscando el arrimo del Gobierno, fuese el que fuese, fungía como redactor en jefe del *Diario*, cuando me le presenté.

La pasión dominante del Sr. Gondra era la instrucción pública, á la que prestó muy importantes servicios; tenía conocimientos variados en ciencias y literatura; pero, sobre todo, como encargado del Museo, recogió importantes manuscritos, hizo estudios arqueológicos preciosísimos y preparó materiales que han aprovechado después los dedicados al estudio de las antigüedades mexicanas.

En sus tareas sobre instrucción pública, colaboraba á los importantísimos trabajos de Espinosa de los Monteros, de Farías y de Buenrostro, siendo una verdadera calumnia el desdén con que, se dice, es visto este ramo por nuestros gobiernos.

La ninguna ó escasísima dotación de nuestros municipios y la centralización administrativa, son, en mi

juicio, las principales causas que producen ese atraso por mil títulos lamentable.

Despertaba en un mundo nuevo; mis recuerdos de hombres de campo y labradores ricos; mis relaciones de empleados y gente de poca fortuna; mi iniciación en el argot; las costumbres y las ceremonias públicas me hacían ver, como en sueños olímpicos, á esos hombres que pasaban del campo de batalla al Gabinete, y como quien adquiere por intuición, talentos, elocuencia, infalibilidad, disponían de la suerte de los pueblos y hacían de ellos cera y pábilos á su antojo.

Como era de rigor, me presenté al Sr. Lic. D. Juan de Dios Cañedo, D. Javier Echeverría, General Almonte y D. José María Jiménez.

El Sr. Cañedo, aunque de menos que mediana estatura, era bien cortado y enhiesto, la piel blanca y fina, el hablar sabroso é insinuante, la mirada indagadora y persuasiva, nariz larga y barba hundida, dándole tono su rostro lampiño y su gesto de anciana despejada y parlanchina.

En la tribuna, más que orador era un conversador fácil, luminoso y lleno de gracia; su inteligencia perspicaz y su mundo, así como sus trajes, le daban grande superioridad, y era de esos hombres que los conocimientos que poseen los amplían, acomodan y gastan con tan raro tino, que parecen caudales abundantes los recursos de que echa mano su inteligencia.

Era con los amigos, franco y festivo; con las damas,

de urbanidad exquisita, aunque se conocía el imperio que ejercía el sexo hermoso sobre su organización.

Pero lo que caracterizaba al Sr. Cañedo era lo fino de su crítica, lo delicado de su sátira, las salidas de su ingenio peregrino. En un día de Corpus en que era Ministro del General Victoria, le invitaron para comulgar dentro de la iglesia, y él dijo:....No, no lo acostumbro, con algún epigrama que le sacó del paso y le hizo célebre. Cuando se discutió la erección de un Panteón para los extranjeros, contestando á la oposición decía: ó los exportamos, ó los enterramos, ó nos los comemos. Y en cada una de estas suposiciones, llovían anécdotas, los chistes y agudezas, al extremo que no los votos, sino las carcajadas del público derrotaban á los adversarios del pensamiento.

En los teatros, en las cámaras, en las tertulias privadas había siempre un círculo alrededor del Sr. Cañedo, gozando, como de un agradable espectáculo, la conversación de aquel hombre notable.

La libertad y la democracia le debieron importantísimos servicios, y la probidad, unida al patriotismo, se han encargado de honrar su recuerdo....Cañedo mereció varias veces el honor de los encomios del partido clerical, al que conocía y del que se burlaba.

Contraste del Sr. Cañedo era D. Javier Echeverría. Alto, cargado de hombros, anguloso, rubio, de pelo lacio y tirante como el tallo del trigo; frente ancha y rostro encallejonado, mirada triste y recóndita, ropa holgada, las manos largas y huesosas, las piernas delgadas y

flojas de resorte. Su palabra breve y cortísima; pero aquel hombre era la bondad misma, próbido hasta realizar el ideal; generoso y recto, y de gran firmeza, cuando creía en su conciencia que defendía la justicia.

Sus conocimientos hacendarios eran escasos, pero aplicados con rectitud; era la educación del español económico y honrado, con el ojo al balance y la mira en el buen porte de los dependientes.

No obstante su educación en Veracruz y las tradiciones de aquel comercio, le procuraban aciertos en las cuestiones de comercio exterior y en el interior, comunicaban cierta pureza en las transacciones y cierta piedad con los pobres acreedores del Erario, que fueron muy benéficas al Gobierno del Sr. Bustamante.

La familia del Sr. Echeverría era distinguidísima, y de esa distinción que tiene por bases la probidad, la fina educación y el amor á lo bueno y lo bello.

Decíase que las señoras y señoritas le habían criado y educado en Jalapa, empapándose en aquella perfumada atmósfera de luz, de alegría y franqueza.

Tanto en la familia de Don Javier, como en la de Don Pedro su hermano, había estrellas de belleza de primera magnitud, y Rosarito Echeverría y su prima Javiera cintilan aún entre los recuerdos de galanes y trovadores de aquellos tiempos.

Cuerpo bajo y robusto, cabeza redonda y abultada, color moreno, ojos saltones, negros y penetrantes, tal era el aspecto del Sr. Lic. Don José Mª Jiménez, nativo de Puebla.

Lo que impresionaba al tratarle, era una voz dulcísima, que sabía modular de un modo simpático y persuasivo.

Las personas que le trataban íntimamente hacían grandes elogios de sus conocimientos en Jurisprudencia á la manera de Esteva, García y García, Conejo y Bocanegra; pero así como el soldado, por ilustrado que se le creyese, todo lo quería avenir al cartabón militar, y en todo remedar la ordenanza, así el jurisperito todo lo cortaba por el sistema forense, haciendo de los negocios litis, alegatos de las teorías políticas y pleitos en forma de las cuestiones económicas y sociales.

En lo interior de la familia era el Sr. Jiménez próbido, fino, obsequioso, inclinado á la charla punzante del colegial festivo y de sutil ingenio, leal en su proceder y firme en sus conocimientos.

Almonte, desnudo, hubiera pasado por una broma perfecta y acabada: el cuello erguido, los músculos robustos, los pómulos salientes, los ojos negros y la mirada dulce y triste. Acentuaba su palabra una boca llena de expresión y una dentadura que era el marfil luciente, engastado en púrpura.

El aseo y la corrección en el traje le distinguían, y no había movimiento ni actitud que no fuera como consultado por el buen parecer y la gracia. Hablaba Almonte mesurado y breve, sin entregarse jamás al entusiasmo loco, ni al encogimiento antipático. Cuan-

do tomaba una resolución, vibraba su voz con rara energía, percibiéndose resolución inquebrantable.

Frío, generalmente hablando, de una calma inverosímil en los más grandes conflictos, siempre sobre sí, y sin faltar á ninguna conveniencia, hasta en lo más recóndito, no faltaba nunca al papel que parecía haberse impuesto, ni á las reglas de conducta que tenía resolución de observar.

Exactísimo en sus tareas, tenía horas precisas para todo; era afectísimo á servirse por sí mismo, y en el despacho, en visita y en la mesa, tenía una pulcritud que habría parecido afectada si no la ejerciese con el mayor desembarazo y naturalidad.

Su talento era clarísimo; pero no de percepción pronta ni confiada; su estudio favorito eran la historia y la geografía, y su pasión, la instrucción de la juventud, para la que escribió libros elementales de bastante mérito para su época.

Como se sabe, después del famoso sitio de Cuautla, en que Almonte, de edad de trece años combatió contra las fuerzas de Calleja, fué conducido á los Estados Unidos, donde hizo su primera educación, poseyendo perfectamente las matemáticas, el francés, y sobre todo el inglés, que hablabá con toda perfección, según los inteligentes.

Hecha la Independencia, vino á figurar, en primer término, en el partido yorkino, y constituyó familia con su hermana Doña Guadalupe y su hermano Antonio, que realmente muy poco se le parecían.

El año de 1839 casó el Sr. Almonte con la Srita. Dolores Quesada, joven sentimental y bella, de un color apiñonado delicioso y dechado de virtudes domésticas.

A la vez que me entregaba con ardor á mis nuevas ocupaciones, no dejaba de asistir á las horas de comer á la mesa del señor Presidente, relacionándome con sus amigos íntimos los Coroneles Durán y Stávoli, Arista y Barrera, persona de su intimidad, contratista de vestuario, con empresas de teatros y toros; centro su casa de diversiones espléndidas y punto de cita de los personajes más á la moda de la época.

Habitaba el Sr. Barrera la gran casa que hoy ocupa la Lotería Nacional, esquina del Reloj y Cordobanes, y en sus grandes salones reverberando de lujo y elegancia, se verificaron las máscaras, los banquetes y los bailes más notables de la época.

Daba vida, comunicaba alegría, y llenaba de encanto la casa la Sra. Barrera, Alejita, á quien llamaban todos, quien á fuerza de talento y atenciones con las personas que la favorecían, adquirió títulos que, adversa la fortuna, le negó en su origen, objeto de los tiros de la envidia y la maledicencia.

En las conversaciones con el Sr. Bustamante en intimidades, de que realmente no era digno un muchacho de veintidós años, admiraba su fondo de lealtad y honradez inmaculada, así como su ausencia completa de convicciones políticas y su ignorancia.

Era cumplido caballero, según el ritual de la edad media: Dios y su dama, la mano en la espada y el buen

decir en los labios; la cortesía en las maneras y la ambición de ser el primero en los peligros.

Estaba muy distante del fanatismo; pero se mostraba reverente con las dignidades de la Iglesia, los obispos y doctores, de quienes, en casos dados, seguía el consejo, heredando en mucho las relaciones de Iturbide.

Como el Jefe de las tres garantías, odiaba el Sr. Bustamante á los insurgentes y creía acto meritorio tenerlos á la sombra y exterminarlos, dividiéndolos en dos clases: impíos y bandidos.

Admiraba el sabio sistema español, y lo que se entiende por tiranía feroz, se representaba á sus ojos como energía y severidad necesaria al bien.

Con estas ideas, en los negocios revolucionarios vacilaba, se desentendía de toda cuestión moral y seguía el dictado de las gentes que le rodeaban, pasando por verdaderas atrocidades con la mira de conquistar la paz y el imperio de la ley.

De esto dependía que la administración de Bustamante fuese sangrienta y justamente odiada, y que examinando al hombre privado se le encuentre tratable, sencillo, sin odios ni aspiraciones bastardas, sin instintos carniceros y sin deseo de dañar personalmente á nadie.

Escrupuloso hasta el quijotismo en materia de dinero, cauto y decente en sus relaciones íntimas, leal con sus amigos; creo que á su ignorancia y su ambición deben atribuirse sus errores, y á su servilismo pa-

ra con los hombres que le dirigieron, las graves faltas de su vida pública.

En una de mis conversaciones con el Sr. Bustamante, en que reía y se reverdecían sus años, con la relación de mis aventuras de colegio, mis campañas en el Ejido con los hermanos Robles y otros colegiales de Minería, mis industrias para conseguir dinero haciéndome confidente y secretario de los enamorados de mi ralea, á instancias del Presidente le conté mis amores en prosa y verso, con mis embestidas contra papá suegro, mis apuros para emolumentos de correos clandestinos, los reclamos de mi equipo deficiente y los encantos divinos y los ensueños de oro de mi primer amor, repitiendo con el poeta antiguo:

«Aquellas señas que espera,
«Que le señala la dama;
«Aquel *ce* con que le llama,
«Aquel decir que le quiere,
«Es cosa que poco vale:
«En los amores no tiene
«Contento que se le iguale.»

Reía el Sr. Bustamante de buena gana, repitiendo: ¡hombre! ¡hombre! y dándose golpecitos en el vientre como de costumbre.

—Ya ha hecho Ud. más de lo que yo podía esperarme siquiera; ya me puedo unir (por supuesto, después de poner á flote mi crédito) á la persona en quien cifro mi felicidad; y ya, á la futura parentela política la puedo domesticar sin grande esfuerzo, aunque por el

pronto quisiera hacerle patente mi cambio de situación.

—Vamos, hombre, francamente ¿qué querría Ud?

—Querría, que después de haber arado el frente de la casa sufriendo chubascos y soportando burlas de tenderos, recauderas y vecinos curiosos é inciviles; adulando criados, seduciendo aguadores y pagando mezquinos corretajes, me vieran pasar un día en el coche de la Presidencia, muy echado atrás, con mucho aplomo y donaire, y cuando unos salieran á las puertas y otros á los balcones, mandar pasar el coche y enviar frente á frente una misiva á papá suegro, diciéndole: ó me la das por esposa ó te mato á cóleras ....

El general se levantó de su asiento riendo contentísimo de tan extravagante puerilidad, y me dijo que á primera hora del día siguiente estaría el coche á mi disposición.

Como era de cajón, la noticia de mi cambio de fortuna atravesó como centella la casa de vecindad y el barrio; cayó como bomba en mi oficina, saltó plazuelas y callejones y retozó en los lugares en que galleaba mi persona y se cernían mis bríos poéticos.

Éste me veía torbo, como quien ve con el debido desprecio la elevación de un mequetrefe; aquél me sonreía, y como que simpatizaba con mi buena fortuna; quien, que en antes no me saludaba, me abordaba con desusada llanura; alguien me recordaba favores nunca recibidos; algunos me deletreaban con cierto respeto y admiración que me embarazaban, y chicas y chicos

allegados hacían experiencias de sus confianzas para conceptuar si se me *había subido* y retirarme su cariño y favores.

Y yo, lo confieso, conocía que me era forzosa cierta circunspección, cierta compostura y cierto alejamiento de mis relaciones predilectas; pero á lo mejor saltaban en mi pecho los instintos callejeros, respiraba mi ser el aire de la jarana y el regocijo plebeyo; vibraban jarabes y sonecitos en mis oídos, los ensueños poéticos cobraban formas, y como nubes despedazadas y atropellándose revueltas por el torbellino pasaban por mi mente castores y gorritos, músicos y beatas, sabios profundos y pelados analfabéticos, matronas, frailes y todos los personajes de un incandescente prodigio dramático.

Al siguiente día de la conversación que he referido, con el Sr. Bustamante, la estufa presidencial me esperaba resplandeciente de lujo y elegancia.

El alto pescante forrado de pana blanca con su fleco y sus borlones soberbios, los lacayos con sus escarapelas tricolores, y los altísimos frisones con sus chapetas y hebillas de metal blanco reluciente.

—¡A la Alameda, poco antes de llegar al frente de Corpus Christi!—dije al lacayo al penetrar en el carruaje y hundiéndome en los mullidos cojines de la testera.—Partió volando el coche....

La vista del carruaje, lo conocido para mi suegro del personaje que lo ocupaba, le dejaron realmente patitieso y con un palmo de nariz.... La señora de mis

pensamientos me sonreía á su espalda, asombrada pero triunfal y divina.

Yo llevaba prevenido un lápiz como una astabandera, y como había antecedentes muy hostiles de parte de papá, yo, de la manera más descortés, le escribí en una tira de papel:

«Sr. Caso: deseo casarme cuanto antes con su hija de Ud. Avíseme si sigue ó no en su oposición para tomar mis providencias.»

Llamé al lacayo, le señalé la casa, y éste, finchado y con largos pasos, se dirigió á mi suegro, el que por un tris no lo echó á rodar las escaleras.

Aquí se sucedieron escenas como la de la *Pata de Cabra:* el confesor y los amigos de respeto, las amigas oficiosas y las viejas compasivas. Llovían las peripecias; se hablaba de convento y de destierro, de entrada á ejercicios, y se entabló la lucha entre las partidarias de San Francisco Javier y las de San Judas Tadeo, según las gentes adversas ó propicias á mi matrimonio, hasta obtener como desenlace mi admisión en la casa como novio oficial una vez por semana.

Entré, pues, en un mundo nuevo; pues mi suegro y la familia ofrecían los tipos de los ricos hacendados de la época colonial.

Largo chaquetón de lienzo blanco, pantalón de bragueta de cuadril á cuadril, sombrero de jipijapa de anchas alas; al través de la camisa se veían sobre su pecho medallas y rosarios, y colgando de la pretina, la

cadena del reloj, teniendo en su extremo dijes y chucherías de oro.

La frente ancha y abovedada, los ojos pequeños y de agudo mirar, la nariz aguileña y la boca recogida y como contraída por la impaciencia de ser prontamente obedecido. Era mi padre político de talento natural, clarísimo é inculto, valiente, puntual y sincero en sus tratos, inteligente labrador y diestrísimo jinete.

Por la primera vez, de mi vida y con motivo de mi visita oficial, dirigí una mirada retrospectiva á mi traje y á mis recursos de tocador.... y aquello fué de romperse el corazón.

«Hombre pobre todo es trazas»—dice Calderón—y yo, á falta de inspiración propia, recurrí á los lagartijos de mi intimidad para remedar la moda reciente y flamante como cualquier tenorito, y acopié pomadas y polvos, aguas de olor de la industria del país, barniz de tinta de oficina y no sé cuántas cosas más. Un primo de elegancia de imitación me sugirió la camisola, es decir, una pechera con su cuello y su jareta en la base, que se quitaba y ponía con la mayor facilidad y era á propósito para reservarse para los golpes de teatro. Pero para mí todo lo falso, todo lo postizo, todo lo afectado y pretensioso ha sido no sólo repelente, sino imposible, llevándome tal condición al extremo opuesto, conceptuándome de zafio y abandonado y faltando á las debidas conveniencias sociales que son como el perfume de nuestras acciones.

Tales ideas han exagerado en mí siempre el contraste entre mis hábitos internos, mis costumbres domésticas y mi modo de vivir aristocrático con mi familia, guardando las tradiciones de mis padres, y mi amor al pueblo, mi deseo de estudiarlo y mi contacto con él á pesar de su falta de civilización, sus inconsecuencias y sus vicios.

La casita que mi suegro tenía en México no rayaba en la opulencia, era más bien de humildes muebles y cierta llaneza de la mediana fortuna; pero dejaba entrever la riqueza de los dueños el servicio de plata, la excelente comida y el número de sirvientes ladiños peripuestos.

El señor de la casa había tenido una viudez tempestuosa, y semejantes hombres cuando se convierten son rígidos y exageradamente celosos.

Así es que, la primera educación, inclusive el piano, la hicieron las niñas con maestras que costaban un dineral, y nada enseñaban á derechas.

Mi suegro madrugaba y se dirigía á la casa de sus abogados Olaguíbel ó Elguero, porque era forzoso tener encarnizados pleitos con colindantes y parientes que se enardecían, que se empeñaban y que daban á los clientes cierta instrucción macarrónica en que figuraba una nomenclatura forense, capaz de desequilibrar el cerebro mejor organizado.

Las señoras entendían en las graves tareas de riego de macetas, policía de jaulas, arreglo de casa; sentándose las niñas al piano, que era, á pesar de la fortu-

na de millonarios del hacendado, *un monacordio* que remedaba las gárgaras con exquisito primor.

La señora, entretanto, bordaba, ya un paño de cáliz para la iglesia, ya una toquilla de chaquira ó unos ataderos para la cuelga del marido; ya unos pañuelos para su padre confesor.

Al sonar la hora de comer, todo el mundo estaba listo, no faltando las dos sopas de ordenanza, el puchero con sus sabrosos y variados adminículos, el pavo asado, los chiles rellenos ó manchamanteles, ni el arroz de leche, ni la conserva de zarzamora ó durazno, regado todo con buen vino cascarrón y con pulque exquisito del embotellado que expendía la Sra. Adalid.

En la mesa poco se conversaba: un criado estaba constantemente á la espalda del amo; le servía, y al levantarse los mantales, se arrodillaba, besaba un trozo de pan y rezaba el Pan Nuestro y el Bendito, besando después la mano á los circunstantes.

Terminada la comida, cada quien se encerraba en su pieza; obscurecía la casa, y á poco se oía el respirar sosegado de la media noche, y lejanos los altercados y carcajadas de la gente que comía en la cocina.

Soñolientas y amodorradas las personas de la casa, se peinaban y componían, esperando el espumoso chocolate con huesitos ó ricos bizcochos de la casa de Ambrís ó de Santa Fe, esquina de Tiburcio y las Damas, y el Santo Rosario con las tres Ave Marías compuestas; siendo en tiempo de lluvias indispensable el Trisagio, quemando palma bendita; cuando lo requería el

tiempo; para los santos de rumbo las novenas correspondientes.

A las oraciones de la noche entraba la criada con las velas encendidas, diciendo: ¡Ave María Purísima! Santas y buenas noches, disponiéndose en seguida la mesita de la malilla, y preparándose las niñas para recibir las visitas que se retiraban al sonar la queda.

En medio de esa sociedad pacífica y apacible caí como llovido con mi algarabía literaria, mi pedantería política, mi índole insurrecta y mis ocultas inclinaciones al bureo y á la frasca; con mi motín de descarrilamientos callejeros, mis cómicos, mis museos, mis estudiantes perdularios y mi modo de ser voluntarioso y desgobernado.

Pero acaso esa misma novedad de mi nueva vida, aquel perfume de bosque virgen y de yerba fresca que exhalaba la nueva mansión en que se me recibía, me atraía de un modo sentimental como el gorjeo lejano de la ave, que escondida entre las ramas, canta en el llano solitario sus amores.

Aquella María, modesta, tímida, á quien alarmaba la caída de una hoja de rosa; con sus grandes ojos negros, con su conjunto de divinidad griega, tan resuelta y tan decidida por el pobre coplero sin familia y sin fortuna. El raudal de sentimiento que palpitaba en mí, que de mí brotaba como esas corrientes caudalosas, que al nacer hierven, corren, se arremolinan y se desbordan como queriendo infiltrar la vida, la alegría y la abundancia por donde, pasan me transporta-

ban á mundos de una luminosa pureza que me procuraba emociones desconocidas.

Mis visitas eran de cierta etiqueta ceremoniosa y mortificante, percibiéndose, por parte de mi suegro, incontenibles antipatías, aunque encubiertas con atenciones de exquisita urbanidad. Esta circunstancia se agravaba con la tarea afanosa para mí del cuidado de mi persona, no obstante los consejos y tretas de mis directores de modas.

Un incidente casual, no obstante, me abrió las puertas de la confianza en la casa, y me preparó las bondades generosas y paternales del que hasta entonces se estaba caracterizando de mi suegro.

Habían llegado las relaciones con mi novia al punto de permitírseme la entrada á la casa cada tercer noche.

Mi entrada era á las ocho, y ya encontraba sentados en la mesa de tresillo á mi suegra, mi esposa y dos ó tres personajes graves con un platito de porcelana para tantos y cartas sobrantes; al lado un plato con copas de anisete y de catalán para damas y caballeros.

Yo, que no he sabido en mi vida juego alguno, para quien ha sido siempre griego el lenguaje del naipe, y que por pobreza ó por lo que se quiera, me hostiga la baraja, habría sufrido un suplicio si una sonrisa, si una conversación furtiva, si una mirada no me hubieran indemnizado de mis sufrimientos.

Los que jugaban estaban cuidadosos con el triunfo y el chiquito, la contrabola y la bola, el arrastre y el codillo; los espectadores conversaban y esperaban á

que entre juego y juego se echase un *chilito*, esto es, un albur por cuenta del más adinerado de los jugadores.

El anuncio era un golpe eléctrico; ancianas y ancianos, niños y jóvenes, polluelas y cuidadoras, se ponían en movimiento; venía el albur, se apuntaban, altercaban, guardaban silencio al correrse el albur, y prorumpían en exclamaciones de gozo ó de enojo los favorecidos y los desdeñados de la fortuna.

Yo me preparaba á la visita, y para preparar el esplendor de mi camisola la guardaba en mi sombrero, y en cualquier zaguán próximo á la casa, me la embrocaba como cualquier monaguillo desparpajado su sobrepelliz.

La noche á que aludo, por una de las mil distracciones de que he sido víctima desde mi niñez, dejé la camisola en el sombrero, y dejé al descubierto mi camisa, nada pretensiosa por cierto en su pechera.

Estábamos en lo más silencioso y empeñado del juego, jugadores y circunstantes, cuando me vino en gana estornudar, acudí á mi pañuelo; no lo tenía, corrí entonces á mi sombrero, que era donde solía depositarlo, y sin advertirlo, volví sonándome con la camisola por su espalda.

Noté que los circunstantes me veían, y no hice caso, seguí sonando; reparé en que la novia estaba escarlata como la sangre.... y no supe á qué atribuirlo; en una de mis limpiadas de nariz, noté algo como una cuerda ó como un gusano debajo de ellas.... y noté

el extraño polvero.... estallando una carcajada general. Comprendiendo al vuelo mi situación, y ya con amor á la oratoria, dije:

—Diré á Uds. un verso que aprendí de un gachupín abarrotero, con un motivo semejante al presente:

«Causa de este y otros males,
«Digo á ustedes en *concencia*,
«No es falta de inteligencia:
«Es la falta de reales.»

Mi suegro me echaba al concluir los brazos con paternal ternura, mientras palmoteaban los circunstantes, y mi María ocultaba su carita entre las manos.

La escena que acabo de describir allanó como consecuencia graves dificultades....

Volviendo á mis tareas periodísticas, diré que batallaba como un desesperado contra los follones y malandrines de la oposición.

Comencé á iniciarme en el argot periodístico y á hacer mi arsenal, de *Oposición Sistemática*, *Ambición frustrada*, *Vendidos á intereses viles*, etc., así como tener á la mano al *héroe de Jico, el brazo fuerte de Iturbide*, el integérrimo Ministro (hablando de Echeverría), el vástago de un héroe de Almonte y Cañedo, ya Cicerón ya Quevedo.

Á guisa de sacristán con los santos que asea y compone, comencé á familiarizarme con próceres y ayudantes y á graduar en mi juicio la influencia de criados, de parientes favoritos, chismosos y aduladores.

Hacía conocimiento asombrado con esos palaciegos

que entran por las puertas excusadas, tienen encargos de uso interno y madrugan para disfrutar las confidencias del genio en mangas de camisa; asistía sin poder atinar con el compás á esos coros en que á tuertas y á derechas se da la razón al que manda, se le inventan talentos y perfecciones y se espetan al paño alabanzas como para que no las oiga. Me fijaba mucho en las palabras soltadas con aparente candor para sembrar una sospecha, despojar de un empleo, preparar un negocio y hacer al poderoso caer en errores ó ejercer injusticias.

Por último, seguía curioso la manera con que los nuestros pretendían combatir á nuestros enemigos averiguando que el uno era hijo sacrílego; que el otro estuvo en la cárcel por monedero falso, que aquél debía su fortuna al falseamiento de unas firmas en una testamentaría; que el que llevaba el apellido Rechupa era en realidad Gatera, hijo del Dean de la Catedral, y todas las indignidades á que se presta el amor ilícito guiado por la perversidad y la calumnia.

El Sr. Gondra era muy cauto; frío y astuto, defendía la administración y empeñaba polémicas científicas en que era muy diestro. Yo me arrojaba de bruces en la polémica acogiendo cuantas barbaridades me sugerían y dándome por muy liberalmente recompensado con que repitiese el Presidente cualquiera de mis frases, me sonriera el ministro defendido y me diera medio de oro el apóstata vindicado.

Pero en medio de mi ignorancia y de mi poco mun-

do echaba de menos un plan político, una mira social, un designio económico.... Cañedo y Almonte, federalistas exaltados, defendían la centralización y los fueros. Echeverría cuidaba de las economías y del buen manejo de los caudales públicos. Jiménez conservaba los antecedentes clericales y los embrollos de la justicia, y el Presidente, con mano férrea, y de la mejor buena fe, creía que sólo en sangre se ahogaban los trastornos, sin adhesión á creencias ni á principios determinados, aunque en el fondo con admiración profunda por el sistema español y por Iturbide.

Había banderas, luchas y facciones revestidas con diversos trajes políticos; pero estos trajes eran patrimonio de poquísimos propietarios. A los enemigos del Gobierno los animaba la idea de tirarlo para que lo substituyera otro que los empleara: «Quítate tú para ponerme yo,» era la fórmula y el programa de las revoluciones en su último análisis.

Con motivo de la carta de Gutiérrez Estrada encareciendo la monarquía, carta inspirada por el atentado del 15 de Julio próximo anterior, promovido por Urrea y por Farías, se habían engrosado las filas de los liberales y arruinado á Almonte, que un folleto elocuente había defendido los fueros de la soberanía nacional y de la República.

Entretanto el descontento se respiraba en la atmósfera; los conatos de pronunciamiento se centuplicaban, la prensa se envalentonaba, y esbirros, espías, delatores y truchimanes del escándalo hacían su Agosto.

Los avocados á figurar en el *nuevo orden de cosas*, eran obsequiados y considerados, y de las tiendas de empeño se exhumaban sables y charreteras, uniformes y distintivos, como que se aproximaba su exposición.

En los pocos momentos que me dejaban libres mis ocupaciones, hacía mis frecuentes visitas al Colegio, como las escapadas del marino próximo á entregarse al grande Océano, frecuenta los jardines, las plazas y calles de su país natal.

Quería que se me fijase bien el pasadizo de la entrada en que el Sr. Iturralde, devoto del amor como ninguno, recibía damas alegres y de juego libre, con edificación de los estudiantes: me detenía en el descanso de la escalera en que se situaba un ollón de agua caliente en que tomábamos solas tablillas de chocolate y extraíamos un lodo de cacao ó como de ladrillo que nadie podía pasar. Me estacionaba en la escalerilla contigua al segundo patio en que instalaba yo mi bufete sobre el escalón pelado, de cartas de amor y versos en cambio de bizcochos, dulces y cigarros; contemplaba la higuera del segundo patio, en que se balanceaba Carrasco, héroe después en la guerra americana; la banca de Rodríguez de San Miguel, el cuarto de Bros Camilo que abandonaba los estudios de jurisprudencia para inscribirse en el Colegio de Medicina.

Entraba á la cocina en que la vieja jorobadita sólo ponía manteca á los frijoles cuando había propina extraordinaria, y descansaba al fin en el cuarto de Juan Lacunza que componía sainetes, preparaba versos á la

Manito ó Cayetana, actrices del teatro de los Gallos, ó concertaba un juego de pelota.

¡Oh qué vida la del colegio! ¡Cómo adquieren colorido y encanto aquellas peripecias de la pobreza, aquellos amores de plan incierto, los celos y las reconciliaciones, aquel vender un *chantreau* para comprar un panecito, aquellas confidencias del chasco al tutor, el engaño á la vieja, el vestido prestado, el caballo de alquiler para la expedición campestre!.... Y todavía al recordar esos adioses á la juventud, pasan como en jardín en que destruye el invierno ráfagas tibias y perfumadas que parecen engañar á plantas y flores con las delicias de la primavera.

La vejez ha robustecido en mí la pasión de mi colegio á un punto que yo mismo me reprendo, porque amo sus piedras que quedan, me lastiman sus transformaciones, y cuando lo reconstituyo en mi memoria, me siento joven y feliz.

Sin abandonar mis afectos, sin dejar mis hábitos, ni privarme de mis excursiones al *Reino del brío*, habían cambiado las decoraciones de mi teatro y era mi centro y el lugar de mis nuevas relaciones el *Café de Veroly*.

El café de Veroly estaba donde hoy se encuentra el Café Inglés. Tenía tres puertas, dos exteriores que daban á las calles del Coliseo, y Coliseo Viejo y una interior que conducía á las entradas del teatro y se bifurcaba llevando una al pórtico y la otra al foro.

El patio del café se extendía bajo clara techumbre

de cristales, corriendo más sombrío bajo los corredores de la parte alta, subdividida en cuartos pequeños y salones para el servicio de la fonda.

Todo el patio y bajos de los corredores lo ocupaban en todas direcciones y á cortos trechos mesitas tripié de fierro y lámina barnizada y en que se hacía el servicio del café y se jugaba ajedrez y dominó. Cada mesita estaba dotada de una gruesa botella de vidrio y un enorme brasero de metal amarillo con ceniza y brazas para alimento del fuego *sacro* de cigarros y puros.

En el fondo del café, y teniendo por respaldo un gran espejo, estaba el armazón de cantina, trastos de servicio y el mostrador con charolas, pozuelos y tazas, servilletas, etc., para servirse café sólo y con leche, tostadas, molletes, roscas de manteca, te, copas de catalán y de licor, y á hora oportuna ponches ó refrescos.

En la parte superior del café, en cuartitos separados, con todos sus adminículos, estaba la fonda, citándose los concurrentes á su voluntad y ofreciéndose locales para servicio de familias.

La concurrencia al café la fomentaba el teatro y los actores que allí se estacionaban: eran como el pie veterano de aquella célebre negociación.

En la tarde, militares y empleados ociosos, vejetes calaveras, tahures empedernidos, niños finos y polluelos pretensiosos se envolvían en una atmósfera de humo de tabaco y formaban grupos en las mesas, ya de disputadores políticos, ya de obscenos oficiales que escupían por el colmillo y daban alas á la crónica escan-

dalosa; ya de gentes de estas que se dicen decentes, sin oficio ni beneficio, que viven de parásitos de su familia, de sus amigos y del Erario, que ven como capital enemigo al trabajo honrado.

Si al cuadro anterior lo anima la imaginación con el ruido de marchantes y transeuntes, las disputas aquí, las risas acullá, los criados corriendo por entre la gente y los concurrentes al teatro, con sus delantales al cinto y sus charolas en las manos, los curiosos agrupados de pie al rededor de las mesas de dominó y de ajedrez, fumando luengos puros; las palmadas, ruido de platos y destapar botellas de los comedores de la altura, apenas se formará idea del espectáculo que ofrecía el famoso café de Veroly.

En él podría hacerse conocimiento con el manco Ribot, jefe de marina, francote, manirroto, espléndido, célebre por su desafío con Lemanat; allí, Pepe Muñoz, el burlador de frailes y monjas que tuvo colgado á un lego de un balcón para divertir á la gente; allí Leandro Mosso, Rodríguez y Carigton, famosos jugadores de ajedrez; allí Alejo Barreiro, aplaudido por sus chistes y su mímica; allí Diego Correo, tartamudo lleno de talento y de chiste para la crónica; allí D. Joaquín Patiño, de luenga barba blanca y voz estentórea, de erudición asombrosa, de hablar autoritativo y brusco, de genio endemoniado y de un corazón noble y levantado; en una palabra, allí la flor y la nata de periodistas, músicos, danzantes, literatos, valientes y gente de rumbo y de trueno. En varios de esos grupos era yo

admitido, aunque en segundo término, pero alegre y confiado lanzando versos á roso y á belloso en improvisaciones calurosamente aplaudidas que en Dios y en conciencia merecía la mejorcita una pela de azotes.

Me arrancaba de la seductora concurrencia que acabo de bosquejar, para ascender á las altas regiones donde la inquietud crecía, los conatos revolucionarios mantenían la aptación, y la anarquía se hacía sensible en el mismo gabinete.

En la frontera el hambre y la actitud de descontento de las tropas forzaban al general Arista á tomarse licencias en la aduana que produjeron escándalos y determinaron la salida del Gabinete del Sr. Echeverría, reemplazándolo el Sr. D. Manuel María Canseco, empleado sufrido y tirante, resurrección del empleado de la época virreinal, monosilábico, cejijunto, de andar pausado, de mirada recóndita é interrogativa, de mucho ripio y mucha pauta de comisos en el chirumen, paliacate en mano y rosario de gruesas cuentas en el bolsillo.

Á D. Manuel Payno, Bustamante, D. Manuel María Canseco y D. Tranquilino de la Vega llamaban en la finanza los oráculos de la ciencia fiscal.

Yucatán era una cena de negros, Tabasco un Campo de Agramante; en todos los Estados cundía el descontento, y la prensa altercaba, reñía declamando en todos los tonos y sacudiendo con convulsiones peligrosas la combatida administración.

En Jalisco estalló al fin la rebelión disfrazada de

movimiento local, y como era de costumbre estar en estado de pronunciamiento, era como estar de frasca y de bureo.

Se resfriaban y desaparecían los mejores amigos; se aparecían con su corte los parientes y amigos de los pronunciados; llovían los anónimos, las escaseces de los empleados los hacían aullar contra el ministerio, y Gondra y yo tirábamos tajos y mandobles acarreándonos dicterios y odios acaso inextinguibles.

La revolución de Jalisco se ramificó por toda la República, y caracterizó su importancia Veracruz, cuyo peso se temía como decisivo en la balanza de los cambios políticos. Santa-Anna aparecía como medrador; pero todos comprendían que era la mediación de un lobo entre dos mastines que riñen.

Inesperadamente el general Valencia se pronuncia en la Ciudadela de México, y entonces, por primera vez asistía á ese comercio vil de hombres que hacen promesas de un lado y se venden al contrario; de los que se ofrecen como confidentes aquí y son espías del enemigo....

Por otra parte, hombres de armas como el Sr. Bustamante, hombres que arrostrarían peligros personales en que la existencia se jugara á un albur, se desconciertan y descaminan con la charla política, el kaleidoscopio de la opinión y las sombras de que suele rodearse la intriga.

Las circunstancias hicieron que á más del *Diario* se publicaran boletines para tener á México más al co-

rriente de los sucesos, y el Sr. Gondra, como muy conocedor del mundo, quiso hacerme el honor de que yo escribiera de preferencia aquellas hojas insultantes, que escribía con la más sincera vehemencia, puesto que defendía á mi bienhechor y á personas muy queridas de mi corazón como eran, entre otras, Almonte y Cañedo.

Pero lo que hería hondamente, lo que dejaba sangrando la carne viva de mi inexperiencia era la serie inaudita de traiciones que brotaban á mi alrededor, que tenía por increíbles aun palpándolas, y que aprendí entonces á conocer, como preludios del *sálvese el que pueda*, en las revoluciones.

Aquel General X*** que se levantaba de la mesa del lado del Presidente, llevándose, robados, datos para sorprenderlo y aniquilarlo impunemente.

Aquel R*** á quien tenía confiada su persona y secretos el Sr. Bustamante, que figuró en su contra como una aparición en el sangriento encuentro de la Viga.

Aquellos pretendientes de última hora pidiendo pagas, mejoras de empleos y certificados de lealtad.

Y aquella canalla que se precipitaba alrededor del Gobierno agonizante como aves de presa para disputarse sus despojos. Todo esto me lastimaba y me exponía á la burla de los aguerridos en estas escenas, de las que los veteranos políticos sacan partido.

Una noche supe que en el segundo patio de Palacio, cercano de la imprenta y vecino de las caballerizas, donde existía no sé qué almacenes de artillería, se

tramaba una junta para aprehender al Sr. Bustamante.... Yo me dirigí hacia allí, antes de que la reunión se verificase, y no sin riesgo, logré desbaratar aquella infame trama. Cuando volví triunfal á comunicar lo ocurrido á uno de nuestros defensores más caracterizados, me dijo:.... —Muy bien, chico; merece Ud. una espada de honor; y llevándome aparte, me dijo:.... No sea Ud. niño; este pobre *come huevos* no tiene remedio ... y recordando las palabras de cierta comedia política, muy en boga, llamada la «Escuela del Aspirantismo,» me decía:

«¡Pascual, Pascual! al que te sacó del polvo de la nada y te colocó en un trono de cristal, si lo ves caer, déjalo rodar.»

¡Yo, tonto! me separé de este hábil político con las lágrimas en los ojos.

Los corredores de Palacio estaban convertidos en cuarteles, con sus armas en pabellón; sus mujeres haciendo lumbre; cosiendo ó teniendo en las faldas las cabezas de sus soldados, y su trajín de ayudantes, próceres y sirvientes que entraban y salían á las piezas interiores.

Repentinamente, y por consejo é influjo del Sr. Almonte, el Gobierno se pronunció por la federación en medio de repiques, cohetes y regocijo del populacho que se entusiasmaba con los recuerdos de la federación.

Aunque los personajes prominentes del partido federalista eran en su mayoría patriotas, sabios y enten-

didos, el número era cortísimo, que educaba, por decirlo así, pequeños círculos que se aislaban ó tenían por vínculo la masonería yorkina.

En estos círculos, el pensamiento dominante, después de la Independencia, fué combatir los elementos clerical y español, y no se trataba de formas de gobierno, ni de programa alguno, de lo que se llamó Partido del Progreso. Así es que cada quisque de cierta ambición tenía en el bolsillo ó en la copa del sombrero su Virgen de Guadalupe y su plan *sin bases* para regenerar á la Nación.

No obstante, las masas instintivamente proclamaban y seguían á Farías, quien tenía un verdadero ejército de descamisados, que estaba á sus órdenes.

Entre éstos había pensadores profundos y hombres eminentes en las letras, como Quintana Roo, Zavala, Olaguíbel, Pesado, Couto, Mora, Rejón, Cerecero y otros. Pero éstos, en su mayoría, no eran hombres de acción, y éstos se hacían representar por *matones*, por hombres sin educación ninguna, analfabéticos, turbulentos y dañinos; pero no era posible otra cosa, porque los que mediaban con los infelices, los que estaban en posesión ó se disputaban sus intereses, no podían suicidarse con la adopción de las ideas liberales.

Estas ideas liberales andaban como escondiéndose, como temiendo la repulsión por todas partes, y apenas las acogían, en escondites contados, Olaguíbel, Don Hipólito Rodríguez, dueño de una pequeña fábrica de fideos, calle de las Escalerillas; Don Jose María del Río,

bizcochero muy entusiasta por Olaguíbel y Balderas, sastre; Díaz, zapatero, etc.

Desempeñó papel notable en este pronunciamiento por la federación, el Sr. Lic. D. Juan José Baz, quien se hizo célebre por su intrepidez, su odio á clérigos y soldados, y sus acciones de buen chico y franco y generoso compañero.

Era Juan José un muchacho rubio, delgado, ardiente, de estremecimientos, apasionado, de manos listas y de hablar imperioso, no obstante que su voz tenía un tiple poco simpático.

Baz pertenecía á una familia rica y muy distinguida de Guadalajara, y contaba en sus ascendientes títulos de alta y reconocida aristocracia.

En Baz todo era pasión: desde fungir de torero en los toros que los colegiales disponían en el Colegio Seminario, hasta los empeños de amistad ó los lances de amor. No sabía disimular ni mentir, y era excelente su corazón.

Esta misma impetuosidad de carácter, este no rehuir la responsabilidad que le atraían sus diabluras, le daba importancia en un partido, que á cada instante tenía que rifar el todo por el todo y atropellar con hábitos, creencias y preocupaciones que formaban el modo de ser de nuestra sociedad.

En la impaciencia que devoraba á Juan José por la realización de sus ideales, caía en lo arbitrario y tiránico, formando esos arranques contraste con rasgos de bondad suma y con actos caballerosos.

Una vez reconvino á un lépero por una infracción de policía. El lépero contestó, justificándose; Baz le impuso una multa; el lépero respondió refunfuñando que pagaría; Baz le dió un manazo; el lépero le contestó su golpe, enfurecido; los policías se lanzaron sobre él para amarrarlo; Baz se puso á su lado para defenderlo.... —Este hombre está en su derecho, dijo; yo, aunque Gobernador, tenía facultad para corregirlo, no para pegarle.... Queda Ud. libre para que tomemos armas iguales.

El lépero, muy encogido.... dijo que iría á pagar la multa, y Baz la pagó por él.

En los más grandes peligros no se le veía término, porque era muy valiente; con su fraquesito azul muy catrín y muy desembarazado; sus travesuras con sus amigos y sus cuentos colorados á que era muy afecto. Cegado por la cólera, cometía faltas que ó reparaba caballeroso, ó no dejaban rastro, ni daban entrada á la venganza en su corazón.

Baz nos quiere hacer felices á palos, decían muchos; y si esto no era evidente, tenía mucho de verdad.

Personajes como los que he mencionado, entraron como aparecidos al Palacio al verificarse la transformación del Gobierno que proclamaba la federación.

No obstante lo exótico del pronunciamiento, á pesar de traslucirse que se trataba de una comedia de circunstancias, los instintos del pueblo se manifestaban claramente por aquel cambio que no sabían aplicar con conciencia los que lo aceptaban.

Aquel recurso tardío fué de momentánea duración. El pronunciamiento aparecía triunfante en la Calzada de la Viga, aunque había tropas del Gobierno en Palacio.

Coches, vendimias, curiosos y paseantes, inundaban las calles, que conducían á la Viga, donde hubo un llamado combate que puso de manifiesto las traiciones de nuestros amigos y nuestra impotencia.

Los agiotistas de la época se jactaban de haber llevado recursos á uno y otro campo de batalla para prolongar la situación y sacar raja, preparando el terreno para que cada partido reconociese con creces las deudas del otro.

Al fin, como preliminar de los convenios que debían terminar la revolución, que tomaron el nombre de la Estanzuela por el lugar en que se firmaron, desalojó el Sr. Bustamante Palacio, y fué á habitar á la hoy Ciudad de Guadalupe Hidalgo, á la casa del canónigo Corona.

La víspera, las tropas fieles pernoctaron formadas, y en alarma, en la Plazuela de San Lázaro y *el Juil*, camino de Puebla.

Los empleados desertaban en bandadas, llevando muchos, de ellos como testimonios de adhesión secreta al Gobierno, cartas y documentos del enemigo; desempolvábanse retratos del héroe de Tampico y los exponían en tiendas y salones; brotaban como hongos parientes desconocidos del héroe vencedor de Barradas, y se puso de moda el desarre veracruzano, el hablar

como jarocho y los sones del Butaquito y la Petenera.

Los poquísimos empleados y jefes fieles al Sr. Bustamante se alojaron en las casas de los canónigos. Al Presidente le quedó una cortísima guardia, que no sabía qué carácter tenía ni qué misión desempeñaba.

Con este motivo, recuerdo una anécdota que fué para mí lección elocuentísima de la influencia de las vicisitudes humanas.

II

Una anécdota.—Los de Guardia; ¡el tío!—Caída de Bustamante. —Mí situación.—Dicho de Almonte.—D. Francisco M. Tagle.—Recuerdos.—Baile por el triunfo de Valencia.—Dejo el *Diario* y quedo en las cuatro esquinas.—El Ateneo.—Plaza del Volador. —La Kalenda.—Fernandete Ruelas.—D. Basilio Guerra.—Anécdota de B.—El Curioso parlante.—Recuerdos.—D. Benedetto.—Descripción de la ciudad.—El Siglo XIX.—Cumplido.—Pedraza. —Cardoso.—Luis de la Rosa.—Agustín Franco.—Payno.—Carrasquedo.—Iglesias.—Morales.—Gallo Pitagórico.—Visitador de tabacos.—D. Marcos Esparza.—Rasgos biográficos.—D. Bibiano Beltrán.—Rasgos biográficos.—Viaje á Zacatecas.—Llegada á Zacatecas, primeras impresiones.—Barrio del rebote.—Fandango de mineros.—Tertulia típica.—Casa de Beltrán.—Arostegui. —D. Bonifacio Gutiérrez.—D. Manuel González, minero.—El Lic. Rivero.—D. Manuel Cosío.—Luis Solano.—D. José Bolado.—Leyenda de descubrimiento de minerales.—Teodosio Lares.—Fernando Calderón.—Rasgos biográficos.—Anécdota del beaterio.—Visitas de tabacos.—El Fresnillo.—Descripción.—Anécdota de la zapatera.—Periódico de Vicente Hoyos.—Viaje á Jerez.—Hacienda de Víboras.—El Sr. Cosío, Administrador de tabacos. Sierra de las Palomas.—Vuelta á Zacatecas.—El Siglo XIX.—Arrrendamiento de Casas de Moneda.—Mis censuras.—Acto del

Instituto.—Vuelta á México.—D. Ignacio Cumplido.—Recuerdo de un viaje á Zacatecas —Redacción del Siglo.—Costumbres de sus redactores.—Pedraza.—Otero.—Payno.—Mi pieza de escribir.—Consideraciones del periodista novel.— Rasgos biográficos de Pedraza.—Riva Palacio.—Cosas del Sr. Pedraza.

La tarde que se firmaban los convenios de la Estanzuela, en una llanura contigua á la hacienda de Aragón, cercana á Guadalupe, el Sr. Bustamante salió á paseo.

Para todos, y más para la guardia, conservaba aún el carácter de Presidente de la República. Al salir el General el centinela de la puerta gritó: ¡los de guardia, S. E. el Presidente de la República! formándose los soldados tocando marcha y presentándole las armas.

Entre tanto se esparció la noticia de los convenios, se supo que Santa-Anna estaba en Palacio, y que todo había cambiado.

Al volver de su paseo el Sr. Bustamante, el centinela, que sabía lo ocurrido, no sabía qué hacer, y al descubrirlo, con el acento más desmayado y desabrido murmuró: «Los de guardia, el tío.»

Sonrió el Sr. Bustamante y dijo al oficial: mande Ud. á mi sobrino al calabozo.

Las cosas se precipitaron. En la habitación desierta del Sr. Bustamante se podía escuchar el parpadeo de un gato, y por fin determinó su viaje para el interior, después de publicar una proclama en que decía: «que la mano del tiempo pondría en su verdadero punto de

vista á los hombres y á las cosas,» y que fué redactada por mí.

Después de golpe tan contundente, quedé, como era de esperarse, mal ferido é peor parado, expiando con odios y desprecios mi imprevista elevación y restituyéndome la suerte á mi pobreza incorregible.

Como al despertar de un sueño recordaba los sucesos pasados, esparcidos en mi memoria á la manera de mosaico precioso hecho pedazos y que deja adornar en sus fragmentos el edificio ó paisaje que se representaba.

Concentrándome presenciaba el desfile de los personajes con quienes había hecho conocimiento, y veía la faz barbilampiña y la boca hundida de D. Juan de Dios Cañedo, inagotable en chistes, viendo que se producía espontáneo el vacío en su bolsillo, pulcro, enamorado y de gran valor civil.

Pasaba D. Luis Cuevas argumentador sutil, modesto y encogido, descubriendo al teólogo entre el político previsor.

A Echeverría, huesoso, serio, magnánimo á pesar de la rigidez del guarismo y del prestigio del tomín.

A Almonte, fino, sagaz, seductor, de maneras correctísimas en el vestir y en el hablar, amante fogosísimo del sexo bello bajo, sin máscara glacial y de ambición profundísima é imperceptible hasta para los que se trataban más íntimamente, como el Lic. Lazo Estrada y D. Juan N. Peredo, cónsul de Venezuela.

Recitándole un día no se con qué motivo cierto epigrama que dice, con alguna variación:

«Aquí yace un general
Que al acabar la jornada,
O César ó nada, dijo,
Y se salió con ser nada.»

Ese soy yo, me interrumpió con intempestiva exaltación Almonte, y no lo olvide Ud. jamás señor compadre.

Con motivo de mis recados á los miembros del poder conservador, conocí y hablé varias veces con el Sr. D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle, político influyente, orador celebradísimo, y en aquella época tenido como príncipe de nuestros poetas, causa por la cual le admiraba, le enaltecía y profesaba fanática admiración.

Era Tagle de mediana estatura, de cabeza byrónica, nariz curva, boca recogida y graciosa, y un mirar lleno de dulzura y penetración.

Sordo como tapia, hablaba quedo y le mortificaba que le gritasen. Educado en los usos y hábitos de la Colonia, su afecto y sus tendencias eran por todo lo español, aunque al hacerse la Independencia consagró cantos llenos de robustez y entusiasmo por los héroes de nuestra patria. Su voz campanuda y grave medía bien los versos, y en sus discuros tomaba todos los tonos de una elocuencia seductora. Amaba el campo, era tiernísimo con su familia, y su trato íntimo tenía mil encantos para cuantos le trataban.

Después del desfile que acabo de bosquejar, se me aparecía la ciudad presa del terror por los sucesos de Julio; las puertas cerrándose con estrépito, los caba-

llos de los dragones corriendo por las calles desiertas, las familias huyendo con trastos y muebles por las garitas, y los cadáveres de transeuntes que no tenían modo de escapar de la barbarie de los que los mataban para hacerlos felices.

A la luz risueña de recuerdos agradables reproducía mi imaginación el gran baile dado al Sr. General Bustamante en celebridad del triunfo obtenido por las fuerzas del Gobierno al mando del General Valencia, contra el pronunciamiento de la Ciudadela.

Salón magnífico profundamente iluminado por candiles y candelabros con bujías de esperma, cortinajes riquísimos y ausencia de flores naturales, de ramos y heno que son tan vistosos y que tanto se usan en el día.

Mecíanse y atravesaban deslumbradoras de belleza á impulso de los compaces de las danzas y contradanzas, walses, galopas y paso doble, las deidades de la época, con sus trajes de seda y encaje, guante de brazo y corpiño alto á la inglesa, con descote exagerado. Entre esas beldades sobresalían, Cubas y Escandones, Echeverrías y Villanuevas, Decós, Boseros, Pepita Leña, Luz Zozaya y otras, descollando sus cuellos de armiño y alabastro, engarzados en diamantes, perlas y rubíes; así como sus tocados de tirabuzones tembladores sobre los que oscilaban riquísimas plumas.

Como el lujo y la oficial alegría del baile formaban contraste con las circunstancias en que se encontraba la nación, tuvo motivo Rodríguez Galván para su lindísi-

ma composición «Bailar! bailar!,» en que había estrofas como esta: *

El buen gusto comenzaba á manifestarse en muebles y trajes, servicios de banquetes y útiles usuales en el interior de las casas: contribuían á ese perfeccionamiento, además del contacto con el extranjero y una que otra publicación de modas, las reformas introducidas en el teatro y sobre todo en la ópera, en que figuraban con aplauso la Pellegrini, Sirletti, Valle, Galli y otros, que se presentaban en la escena con mucha corrección y propiedad.

Repito, que aquellos cuadros se desvanecían como grupos de fantásticas nubes, y yo percibía negro mi futuro y sin que me guiara en mi camino ni pariente alguno, ni voz caritativa, ni afecto poderoso, ni nada que me detuviera en la pendiente rápida de la pobreza y el desamparo.

Cierto es que los padres de mi señora tenían cuantiosos intereses; pero yo rehusé con decisión ese arrimo, porque me hacen irresistible mal efecto los parásitos del amor.

Como mi resolución de dejar el *Diario Oficial* la expliqué claramente, manifestando mi odio á la dictadura y á los procederes de Santa-Anna, no hice aprecio de un despacho para Administrador de rentas de Pachuca, que podría haber sido asidero de mis esperanzas.

Tres sucesos se fijaron en mi imaginación, con tal exactitud y tales detalles, que parece que estoy asis-

* Falta en el original.

tiendo á ellos. Fué el primero, la instalación del Ateneo, plantel promovido por el Ministro español, en que se reunieron personas de todos los partidos, y en aquel terreno neutro, la admiración del arte y el culto al talento, ahuyentaban odios y prevenciones, y dulcificaban las pasiones políticas; Alamán era de los más activos socios de aquel plantel y más de una vez dió á conocer su vasta erudición, su posesión sabia del idioma español que hablaba y escribía con pureza, y sus opiniones en materia de letras ajustada á las leyes del más severo clasicismo.

La Plaza del Volador, situada á orillas de la calle Real ó Flamencos, en el grande espacio que dejan el costado Sur de Palacio, la Universidad y Portacœli, era un cuadrado de cajones ó jacales de tabla y tejamanil ennegrecido por las lluvias y los años, sucio, cenagoso y en el interior, de callejuelas estrechas y de difícil tránsito.

Del lado de Flamencos, llamaban la atención las celosías ó cortinillas encarnadas de los barberos, instalados con todos los adminículos del arte: es decir, la olla de sanguijuelas á la puerta, la piedra de amolar y el gallo á su pie; la guitarra con su moño de listón, colgada ó en ejercicio; á la vista el escalfador, el yelmo de mambrino, los frascos y el cepecillo que se ponía, al concluirse la raspa, en manos del marchante para que depositase sobre él la propina.

En la esquina del Volador que ve á la Plaza de Armas, había un rumboso estanquillo, con unos soldados

de infantería colosales, pintados en las puertas, considerados cosa dignos de honrar el arte de Apeles.

La plaza en su parte interior, y á pesar de marcarse de trecho en trecho, con los jacales, divisiones y subdivisiones regulares, presentaba sistemático desorden, abandonándose la venta de verduras, frutas, patos, mestlapiques, huevos, gallinas, quesos, etc., al sexo bello, y sirviendo carnicerías y tiendas el sexo poderoso.

A la espalda de las barberías y tiendas de la parte exterior, había cajones en que se vendía jarcia, sombreros de petate y trastos de loza, barro y cristal ordinario, como quien dice, mercancías de uso más generalizado entre gente que rayaba con la gente pulcra.

Algunos puestos de fruta poseían mostradores ó canastos en que se exponían los artículos de venta, y éstos aparecían con la verdulera ancha de cuadriles, bullebulle y verbosa, con la camisa descotada, el cuello y el pecho, casadera, pareciendo entre gargantillas de corales, relicarios, escapularios y medallas, el refajo en desván y las manos llenas de anillos, listas para el despacho y para soltarle una cachetada al pinto de la paloma.

Pero ésta era la parte escogida y aristocrática del mercado; el común de traficantes hacían su negocio á raíz del suelo, rodando frecuentemente, á la vez, manzanas, lechugas y rábanos.

Pero cuando llovía, la estrechez de las callejuelas, la multitud de transeuntes y la propensión de la gente de bronce á las apreturas, codazos, empujones y manoteos, hacían que se traficase en el fango, entre cás-

caras y plumas, despojos de aves y toda especie de desechos. La suciedad y pestilencia eran más notables en los puestos de frutas, mestlapiques, ranas, ajolotes, etcétera, y montalayos, tripa gorda, pancita, carnitas y otras carnes indecentes y medio podridas.

En medio de aquellos remolinos de cabezas, canastos, muchachos y canes, flotaban los vendedores de pasteles y empanadas, *chuchulucos* y quesadillas, indios vendedores de fajas y monteras, manta de Texcoco, listones, medallas y voceadores de papeles, sin faltar el recaudador tiránico del impuesto, ni el *logrero* que cobraba veinticinco por ciento semanario, con abonos diarios, ni el lego glotón y chancista que cautivaba corazones y asgaba al descuido cristianas beldades, con el auxilio de la Purísima Concepción ó de las benditas almas del Purgatorio.

Ese cuadro se iba á desvanecer, ó por lo menos á modificarse notablemente.

Aquel lugar que presenció espantado el auto de fe de la época del Obispo Rueda, con la media naranja y la cruz verde; el mismo que retiraba sus jacales con ruedas para algunas corridas de toros ejecutadas para agasajar á los Virreyes, iba á desaparecer para substituirlo con un gran cuadrado de calicanto, según el plano presentado por el empresario Oropeza y aprobado por el General Santa-Anna, quien colocó la primera piedra y en cuyo honor se erigió una placa que se colocó en una columna en medio de la nueva plaza y que derribó el pueblo el famoso 6 de Diciembre.

La *Kalenda* era una serie de composiciones religiosas, análogas al Nacimiento del Divino Salvador y organizada por D. Basilio Guerra, de cierta significación aristocrática, pero caserita.

Procuraba reunir el Sr. Guerra para la solemnidad, verdaderas notabilidades musicales y tal circunstancia, los ensayos y preliminares de la fiesta, producían reuniones, en que se adunaba deliciosamente lo temporal y lo eterno.

Entre las artistas de más nota, recordamos á Fernandita Ruelas, esposa de Rodríguez de San Miguel, pianista muy notable; á Chucha Cosío, gallarda y sentimental; á Antonio Balderas, bajo profundo que sacrificó su brillante carrera de médico á su pasión por la música; á Escalante, tenor dulcísimo que aun vive; á Palacios y á Camilo Bros, que abandonaba la carrera forense en que se había hecho muy distinguido y entraba á estudiar medicina, bebiendo los aires por la ópera, los conciertos y las reuniones filarmónicas.

Yo no traté ni pude conocer á fondo á Don Basilio Guerra; pero entre las personas imparciales gozaba la reputación de complaciente, cortesano, flexible y servicial con las damas y de buena conducta y maneras.

Perito en comidas y saraos, fanático como una beata, sin educación y retrógrado como un alguacil de la Inquisición, se hizo eco y propagandista de las ideas de Gutiérrez Estrada, publicadas por aquellos días, se sintió paladín ferviente de Dios y del rey, y se conquistó el cariño de gachupines intransigentes, frailes y

potentados de la Iglesia, ricos inflexibles y viejas y jóvenes conservadas desde el tiempo virreinal en los invernaderos de las sacristías.

En el fondo, la facha importante, el hablar campanudo, sus relaciones con varias personas distinguidas de Europa y, sobre todo, su chirumen de estrechísima cabida y sin luz propia, hicieron de Don Basilio, con el curso de los años, agente poderoso y activísimo de la monarquía.

A este propósito, y después de muchos años, mi amigo B., que fué expresamente mirado en aquellos tiempos por el partido conservador para entenderse con Hidalgo, Almonte y Don Basilio acerca de la elección del monarca, me contaba que después de agotar mil medios, y de que se frustraron las que parecían combinaciones más felices, se dirigió al Sr. Guerra, á exponerle la situación y el desamparo en que había quedado la causa.

Don Basilio oponía mil quimeras á los razonamientos de mi amigo, y urgido y acorralado parecía no encontrar salida; pero de pronto con aire triunfal y entonación de exaltado tribuno, le tomó de la mano, y poniéndole frente á un Santo Cristo, le dijo:....

—Vea Ud. á nuestro Caudillo; vea Ud. á quien tengo encomendados nuestros planes y la consolación de nuestro Rey, y dígame si le es lícito vacilar del éxito de nuestra empresa.... Ya verán los lectores que un hombre que discurre así, se pinta solo.

Como decía de mi caída y penalidades, aunque yo

no desconocí ni por un instante á mi gente de cierto pelo, ni á mis valedores é inclinaciones callejeras; el porrazo que me tenía desquebrajado en tierra, me hizo abrir tanto ojo, renovando mi apego y cariño á la gente de mi pelaje, á mis poetas queridos, entre los que contaba al insigne Ramírez, Lacunza, Calderón, Alcaraz, Collado, Navarro y otros; y á mis bienhechores constantes Quintana Roo y Cardoso; mis maestros Olaguíbel, Don Francisco Modesto, Carpio y Pesado.

Por aquellos tiempos llegaron á México, coleccionados, algunos artículos de «El Curioso Parlante,» comenzados á publicar en 1836.

Yo, sin antecedente alguno, publicaba con el seudónimo de Don Benedetto, mis primeros cuadros, y al ver que Mesonero quería escribir un Madrid antiguo y moderno, yo quise hacer lo mismo, alentado en mi empresa por Ramírez, mi inseparable compañero.

Emprendía mis paseos de estudio, tomando un rumbo, y fijando en mi memoria sus circunstancias más características.

Por el Oriente, en la calle de la Alegría, puede decirse que acababa la ciudad; que ya se escondía por la calle de las Moscas, ya en un recoveco de la pestilente acequia, que es como barrera del templo de la Soledad. A los alrededores del Santuario, como culebras y alimañas, se enroscaban callejones, se retorcían vericuetos, y saltaban aquí y acullá gazapos arquitectónicos y jacales despavoridos de indígenas infelices.

Casas bajas, accesorias con envigados truncos y ca-

si nadando; paredes llenas de tizne. En un rincón el brasero ó el *tlecuil;* en el otro, unos sucios petates y, al frente, ya el banco del zapatero, ya el rollo de tule, ya los arreos para entular y pintar sillas, ya un enclenque y angosto banco de carpintero.

A la espalda del templo, cuyas paredes forman ancones y escondites peligrosos, depósitos de inmundicias y manantiales de tifo y calenturas, se extendía la plazuela con las vecindades de Mixcalco, de lúgubre memoria; en último término, el «Juil,» pulquería famosa por sus juegos y riñas.

Al Sur, muladares y ruinas; al Norte, marañas de encrucijadas, que no calles, donde anidaban muñequeros de barro, candelilleros ó trabajadores en vidrio sutilísimo, y confeccionadores de charamuscas, jalea de membrillo y palanqueta de nuez ó jamoncillo de pepita.

Por este lado se veían acequias, lavaderos y lavadores desnudos, bajo los tendederos de sus ropas y los árboles, y al fin, jacales y la iglesita de la Resurrección que se animaba y atraía ruidosa concurrencia con las famosas misas de Aguinaldo ó sean fandangos á lo divino.

Al Norte, cerraban la regularidad de las calles: San Sebastián, el Puente de Cantaritos y salida á la plazuela del Carmen, lóbrega y con su cercado de ruinas.

Plazuelas y llanuras al Noroeste con costras de tequezquite, aridez suma, y en el confín, lagos y montañas.

Después de extraviarse en callejones sin salida, sin alumbrado, ni empedrado, ni banquetas, se encontraba uno, repentinamente, en una especie de aduar de jacales, dominado por la iglesia de Tepito, que como que se felicitaba dominando alegre una comarca que recordaba los tiempos más primitivos de la conquista.

Esta sección medio desencuadernada y esparcida en un terreno sin ordenación ni medida, daba paso á la vista de las montañas del Tepeyac y del Santuario de la Virgen madre de los mexicanos.

La arteria vigorosa de esa parte de la ciudad, era la calle Real de Santa Ana, sembrada de parajes y mesones, comercios de jarcia y semillas, bodegones y puestos de frutas y verduras, y arriería afanosa de caleros, ladrilleros, areneros, burros y mulas.

La Calle Real de Santa Ana dividía el barrio de Tepito del de el Tecpan de Santiago Tlatelolco y Garita de Vallejo, á cuya vecindad cultivaba sus escándalos la pulquería de tío Juan Aguirre, famosa por sus caldos escogidos y sus enchiladas, envueltos y chalupas. Toda esa parte eran muladares y zanjas, árboles y despoblado, marcándose lugares peligrosos como el Puente del Clérigo, espalda de la Parroquia y la Lagunilla, que habia quedado asolada y en ruina desde el cólera de 1833.

Interrumpo mis excursiones con un incidente que mucho contribuye á darle cierto colorido particular á mis estudios sociales.

En la amplísima y descuidada calle de la Verónica.

existía y aun existe la iniciativa ó ruina de un espacioso convento, á cuyo embrión ó esqueleto, principio ó fin, bien podría aplicársele, aquello de:

Oh tú, que mueres sin haber nacido
Tu ser equivocando con la nada.

Portería y claustros, celdas y dormitorios, estanques y lavaderos, podían señalarse, así como el vasto templo, sacristía, casa del capellán y servidumbre.

Pero todo esto, por aquí en cimientos, por allá sin concluir, por acullá convertido en cuartos ó viviendas con tabiques y tablas, lienzos y tejamaniles, tenía aspecto rarísimo al que daba sombras y matices la población más heterogénea del mundo.

El claro de techo que daba sol al corredor, la escalera á que se ascendía y descendía por tramoya, el tugurio que se exploraba á gatas, se prestaba á apariciones y desapariciones inesperadas poniendo en acción lo cómico, lo trágico y todo *género de literatura.*

El observador curioso podía ver en una rápida ojeada, la más perfecta infracción de los preceptos del decálogo, así como el triunfo más completo de los siete pecados capitales.

Mientras un grupo de chicos gritones y haraposos jugaban al piso, á la polla con huesos de chavacano, un resignado padre de familia veía salir á su esposa horonda y compuesta á la calle y él quedaba con el nene en brazos pendiente del quehacer doméstico.

Si por un lado un terceto de estudiantes arriesgados

bromeaba con las lavanderas, por el otro se organizaba un triduo ó se hacía colecta de pesos hasta completar un fondo para sacar una alma del Purgatorio.

Por aquí se escurre embozado hasta las cejas un personaje que viene á la casa chica, donde hay un niño que parece que le cortaron la cabeza al autor.

Por aquí un pistón ataranta la vecindad ensayando las cuadrillas del Eco; á dos pasos, infatigables guitarras pespuntean el lindo wals de la Rosita. Ya es una sotana colgada de un clavo, escudo del hogar casi eclesiástico, ya la gorra de un asistente da respetabilidad á un cuartucho que encierra tesoros para el dios Marte. De un cuarto salen los sabrosos alfajores que confecciona una señora que fué de muchos posibles, y del otro una canasta con zapatos de orillo que se venden como pan. Chicas desmelenadas y con desguise juegan al porrazo ó al entripado desde que Dios amanece, y tahures que pernoctaron en la *timbirimba*, vuelven sin blanca á reñir con sus consortes; por allí publica su pila un párvulo con gritos y berrinches, y por otro lado una corista de corta fortuna se desgañita derrengando un coro de Rosini ó Bellini.

El patio es amplio, le adornan multiplicados tendederos en que cuelgan camisas abiertas de brazos, pantalones danzantes, enaguas extendidas y medias que se escurren.

En la puerta se ve un anciano venerable de papujados ojos, cano, frentón y como hundida la fisonomía en vellones de pelo, por barba, cuello y pecho que descu-

bre la camisa desabrochada. A su frente está el banco de zapatero con la herramienta y el cabito de sebo, el gato rumiante á uno de sus lados y del otro el jarro enorme de pulque, complemento de los útiles de su trabajo.

Yendo y viniendo días, en una noche infausta en que alcoholes ó celos, trabacuentas ó piques de vecinas, había subido la temperatura, ó como se decía en el caló de la casa: la mostaza á las narices por un «me dijo» y «le dije», por un «quítame esas pajas» se arma la gorda, álzanse los gritos, llueven los palos; cachetadas y trompadas aboyan ojos y narices, eructan mechones de cabellos arrancados á los enfurecidos propietarios, ladran los perros, acuden los serenos con sus farolillos, sus pitos y sus chuzos, y en lo más encarnizado de la descomunal batalla, un hombre grita: ¡soy muerto! Entonces dominando el tumulto salió del cuarto del portero una voz tronante que decía: ¡Paso..... paso á un sacerdote! Era el propio portero que, con un hábito de mercedario, se presentaba en escena confesando al herido, absolviéndolo y dejando estupefacta á la concurrencia.

Hiciéronse las averiguaciones judiciales y se descubrió una interesante novela; pero en que la mujer ó mujeres perdidas resultaban parientas de próceres conocidos; los galanes perdularios, hijos bastardos de sacerdotes que pasaban por ejemplares; el fraile apóstata, portero, una antigua lumbrera de la Iglesia y su prole relacionada por trasmano con mi parentela y la de Ra-

mírez. Nos explicamos entonces por qué es tan difícil la comedia y escritos como los que proyectamos. No se describen tipos, se hacen retratos; no novelas, sino boletines de crónica escandalosa.

Así murió mi proyecto de escribir los Misterios de México.

Como esto de escribir para el público es una especie de manía, como la de comer tierra ó inyectarse con morfina; y yo había sucumbido de lleno á esa manía, buscaba arrimo en imprentas y redacciones, teniendo para mí irresistible atractivo la angosta y desbarajustada mesa de redacción, los papeles regados en el suelo, los periódicos colgados contra las paredes con sus alambres, los estudiantes disputadores, los poetas entusiastas, los merodeadores de la crónica, los azuzadores de incautos y los próceres habidos ó por haber que acuden al laboratorio de la fama ó el descrédito.

En aquel tiempo acababa de aparecer con desusado brillo *El Siglo XIX*, dando cierta entonación conveniente á la política, nutriendo con sana erudición las discusiones, y adunando la energía y la dignidad con elevadas miras patrióticas.

Poco antes se había publicado *El Mosaico*, periódico literario de poca originalidad, encargado á D. Victoriano Roa, periódico que compitió ventajosamente con *El Semanario de Señoritas*, que dirigía el Sr. D. Isidro Rafael Gondra, y en el que yo había publicado algunas poesías.

El Siglo XIX fué creado y planteado por el Sr. D.

Ignacio Cumplido, de distinguida familia de Guadalajara, impresor de oficio y especialmente protegido por los Sres. Rodríguez Puebla y D. Manuel Gómez Pedraza.

Talento claro, actividad vertiginosa, aspiraciones á elevación y dominio; ignorante, pero con buen sentido; culto y condescendiente, puntual en sus tratos y de ideas moderadas en política, sagaz para el lucro y tenaz para el trabajo, D. Ignacio, de suyo simpático y agradable, como cazador astuto y como horticultor hábil, rastreaba, inquiría, adivinaba los hombres que le convenía atraer á su negocio, los enamoraba y valuaba, y creaba un verdadero tesoro de inteligencias para su periódico.

De ese modo llegó á figurar en la redacción del *Siglo* una verdadera pléyade de hombres eminentes, entre los que figuraron Morales, Otero y Pedraza, Joaquín Cardoso y Luis de la Rosa, Agustín Franco y Carrasquedo, Payno y Castera, José María Iglesias y Zarco, el Conde de la Cortina, Lafragua, Orozco y Berra, sin contarme yo en la crónica porque no lo merezco, pero que trabajé arduamente en *El Siglo*, y tuve la honra de llamar mis compañeros á hombres tan distinguidos.

Cumplido veía á gran distancia el que le convenía, bien para la redacción, bien para que tratase algún asunto especial. Se hacía encontradizo, le hacía regalos delicados y lo conquistaba. Pero esto era con el pie veterano de las letras, los reclutas como sufríamos otra suerte y más que se nos asignó sueldo.

Pero no anticipemos los tiempos. Por aquellos días, sólo eran visibles en la redacción D. Juan B. Morales, D. Victoriano Roa y D. José María Castera, hombre de alguna instrucción y buen sentido, escrupulosísimo en esto de conservar la pureza del lenguaje y de corregir manuscritos y pruebas, y aunque en *El Siglo* aparecían artículos brillantísimos escritos por plumas diferentes, jamás se violó el secreto de la imprenta, porque en ese particular el Sr. Cumplido volvía punto de honor la guarda del más inviolable sigilo.

El Sr. Morales se hizo visible por su concurrencia asidua á la imprenta y porque él mismo, con osada franqueza, defendía donde quiera las opiniones del periódico. Pero él nos viene al encuentro, contemplémosle.

Es un viejecito pequeño de cuerpo, delgado y fino como una dama, sin ser amanerado.

Moreno, frente calva, nariz chata, ojos azules, un tanto saltones, boca grande y patilla de ralo fleco.

Andaba garboso, calzaba su pie brevísimo una babucha de paño negro, y empuñaba largo bastón con puño de oro.

Siendo, como era, sapientísimo, su conversación era de un hombre vulgar, afectísimo á las chanzas y admirador de las escolapiadas, amigo de las diversiones caseras y hasta juguetón y bromista en la intimidad del trato.

Negaba las caridades que hacía, para excusar que le dieran las gracias; alentaba á los estudiantes, y las

producciones ajenas tenían en él un panegirista y un defensor, exclamando: «valen la plata estos romantiquitos,» al tratarse de Calderón, Rodríguez Galván, Collado y otros.

Jurisconsulto esclarecido, Magistrado sin mancha, político modelo, de probidad y de firmeza de principios, el Sr. Morales era lo que podía desearse de más adecuado para dirigir y caracterizar un periódico de la importancia de *El Siglo*.

Yo, que fuí acogido con bondad extrema por aquel patriota venerable, tuve ocasión de admirar su sabiduría en las discusiones que se suscitaban en la redacción y de gozar de su trato en las tertulias de su casa, calle del Reloj, donde asistían las Sritas. Parres, Velázquez de León, y los jovencillos Rivera, Melo, Alcalde y Martínez de la Torre, que se distinguían por su elegancia y finos modales.

Allí el Sr. Morales alentaba á los tímidos, hacía de bastonero para el baile, obsequiaba á los músicos y dispensaba finas atenciones á los pobres y á sus discípulos, que amaba con fraternal ternura.

En su cuarto no se veía un sólo libro; escribía en una pequeña mesita de palo blanco, viendo á la pared, y los pies en una estera ordinaria.

Pero ese anciano, y en ese humilde aparato, forjaba los rayos que, desprendidos de su mano, confundían al tirano en medio de su ostentación de poder, y anonadaba á los cortesanos viles que se estaban enseñoreando de la Nación.

No puedo decir con certeza, si amigos ó enemigos me procuraron un empleo en Zacatecas, y héteme ahí con mi despacho de Visitador de Tabacos en la mano, disponiendo mi marcha.

Mucho me solazó la noticia de que Manuel Payno marchaba también como Administrador de Tabacos del Fresnillo y que nos acompañaban en el viaje el Sr. D. Marcos Esparza y el Sr. Lic. D. Bibiano Beltrán, personas de la primera clase de la sociedad de Zacatecas, donde residían.

Don Marquitos Esparza había sido colaborador y amigo inseparable del Sr. D. Francisco García, ídolo de los zacatecanos cuando llegó á su apogeo la prosperidad del Estado. Fino de maneras, risueño y condescendiente, moneda de todos los gustos, guante elástico Don de todas las manos, dadivoso y servicial cual no otro, Marquitos llenaba de huérfanos su casa y en compadraba con los de más humilde clase; hoy pide á una chica para casarla y mañana figura en una cantamisa.

Todas las puertas de su casa estaban abiertas, y los amigos cogían lo que querían sin que nadie les chistase. Manirroto como buen minero, su bolsa era nube que contenía lluvia para las necesidades y para los petardos, para lo supérfluo y para lo necesario.

Don Marquitos adoraba en su esposa y en su familia. La señora era alta, fresca, comunicativa, sincera y alegre. Constantemente ideaba paseos, banquetes y bailes agradabilísimos, y tal circunstancia, unida á la

buena posición del esposo, hacía la casa concurrídísima de toda clase de personas.

Ella se representaba constantemente en la casa del Sr. Esparza y la inverosímil fecundidad de la señora hacía que entre pilmamas, nodrizas, criadas, costureras, caballerangos, etc., constituyera la familia una verdadera población.

Gloria del foro zacatecano y honra de las letras era el Sr. D. Bibiano Beltrán, quien había desempeñado en el Estado y fuera de él elevadísimos empleos á que se consideraba era acreedor, por su talento despejado y rara y escogida erudición.

El Sr. Beltrán era un buen mozo en la extensión de la palabra, elegantísimo en el vestir y de aristocráticos y refinados modales.

Su casa era lujosa, su librería muy numerosa y escogida. Obsequiaba á sus amigos con exquisitos vinos; daba comidas en que competían la riqueza y buen gusto y, sin quererlo, acaso al través de su afabilidad, se percibía cierta elevación cortesana, cierto perfume de nobleza de alcurnia que hacía que solicitasen su amistad los ricos pretensiosos, á la vez que sus ideas liberales moderadas, no le alejasen del todo de la gente plebeya.

Pero el sesudo letrado estaba casado con una joven que era un terrón de amores y un tesoro de delicias. Blanca, chiquitina, rápida, adorable, toda generosidad y alegría, Lupita Letechipía era alma, regocijo, luz y amor de su casa; por aquí la siguen los chicos para

que promueba bailes y saraos; por allá le llaman los pobres pidiéndole socorros, y ya emprende viaje para asistir á una enferma desvalida, ya, en una pieza interior, cose con fatiga la camisita de un párvulo casi desnudo, y todo esto sin dejar de disponer los chocolates para las visitas, ni los licores para los comensales de confianza, ni las flores de papel para las velas, ni el champurrado para el compadre del Fresnillo que visitaba la casa los domingos.

Cada uno de los tres coches biombos que formaban el ruidoso convoy, habría necesitado, para comprenderlo, cicerone ó brújula, maquinista ó práctico.

Exteriormente y en la parte superior, sombrereras de cartón, jaulas, macetas, bancos y andaderas de los chicos. En la testera, tablita y parte del juego del coche, colchones, zaleas, botas colgando y trastos, de cuyo nombre no quiero acordarme. Inmediatamente abajo de las cajas, la hamaca que casi tocaba al suelo, con criadas y criados como en un nido, sacando, acongojados, las cabezas, y cuidando de la miniestra; trastos de cocina, la botella de la leche para un párvulo, la medicina de la anciana, la bola de las botas del señor y algunos juguetes estorbosos de los niños.

En el interior era otra cosa: colgajos del techo, con gorros y fallas, bebés y nodrizas, almohadas y canastos, que obligaban á exprimirse y agarabatarse á los concurrentes, entre quejidos, lloros, y algunas veces estrepitosas manifestaciones por una ladeada del coche ó cualquiera otro percance íntimo. El jefe de cada tri-

bu, muy serio y con su libro en la mano, era la única figura impasible en medio de aquel apogeo de la felicidad conyugal.

Entre llantos y adioses lastimeros, reyertas de aurigas y de sotas, tropiezos, detenciones y gritos, partimos y vencimos la primera jornada al mesón de Cuautitlán, á cinco leguas de la gran Tenoxtitlán.

El mesón lo componía corralón extensísimo con el piso de estiércol; burros y cerdos vagando dondequiera, y una serie de cuartos desmantelados y sucios, con un banco de piedra en uno de sus rincones, como suposición gratuita de que aquel era lugar de descanso.

El figón ó fonda adherido al mesón, era exposición perpetua de moscas y mugres, perros flacos, mendigos y niños con ó sin casa, desnudos.

Todo lo que tiene de más pestilente el cochambre, de más repulsivo lo rezagado y corrupto de los manjares y de más amenazante la degeneración culinaria, se encontraba allí, completado con maritornes pleitistas y retobadas, sucias y especuladoras que tiraban el estornudo y el bostezo.

Los veteranos de los viajes entablaban chancistas relaciones con el *huéspede* y fonderas; los pollos iban á dar su vuelta, y la mayoría propendía á solazarse, tendiendo los colchones en el suelo y tirándose incómodos en expectativa de una cena diabólica y de una reñidísima batalla con los enemigos invisibles que abrigaba el cuarto.

Las mulas se encerraban en otro extenso machero, y

los cocheros y criados en un rincón del corral, al amor del fuego, cantaban ó jugaban, bebiendo ó escuchando algún cuento de espanto ó la relación de los últimos momentos de un *afusilado*.

Hicimos noche en Tepeji al siguiente día, y rendimos nuestra tercera jornada en la parte baja de la posada de Arroyozarco, porque los altos habían cobrado el carácter de Hotel de Diligencias, merced al genio emprendedor de Don Anselmo Zurutusa, quien no sólo había improvisado salones, arreglado cuartos y dispuesto excelente fonda, sino que había dado á conocer espejos y lavamanos, baños é inodoros, llevando su celo al extremo de dictar un reglamento para el aseo de los concurrentes; atenciones para las señoras, y decencia y compostura en la mesa del comedor.

Pero la parte baja, la del común de mártires, era el mesón del tiempo virreinal, con su tizne y su grasa, sus criados ladinos y su figón lleno de humo estorbado por perros cascarrientos y animado por maritornes mugrosas, mechudas y de fisonomías que con sólo mirarlas ahuyentaba el hambre.

Cuartos mal envigados, paredes carcomidas, con letreros y figuras grotescas ú obscenas, chorreones de tizne y sebo de las velas que pegaban á la pared los viajeros; mesas surcadas en todas direcciones por letras, cifras, perfiles humanos y ensayos de grabado; una banca epiléptica, algún vaso de vidrio de ojo de moribundo.... Esta era la parte baja que mantenía in-

solente á la vista de la civilización de Zurutusa las raíces intactas de una barbarie primitiva.

Siguió nuestra marcha; lo que es hoy San Antonio Polotitlán, era apenas un punto de remuda de la diligencia, consistente en un corral de trancas y un cuartucho de tablas á la entrada del espacioso y magnífico llano del Cazadero. Pero la mujer hacendosa y limpia del auriga, servía allí café, chocolate y te á los pasajeros; después añadió unos huevos tibios al refrigerio... luego unas costillas y, en fin, un buen almuerzo. Al amor del lucro, se agolparon al jacal vendedores y traficantes, y fué el paraje de arrieros y luego el pueblo lleno de gente feliz y laboriosa.

San Juan del Río, fertilísimo, con su río bajo árboles frondosos, y adornado de flores con su calle real y su Señor del Sacro Monte, me fué muy agradable, y recordé al cura de aquel lugar, el famoso poeta Don Anastasio Ochoa, autor de las poesías de un mexicano.

Al ver Querétaro, me confirmé en la opinión que tenía formada de la Ciudad Santa de tierra adentro, y al paso quise recoger, pero no pude, noticia de los primeros años del Sr. Pedraza, de los escultores Arce y del célebre marqués de la Villa del Villar del Aguila, quien dotó de aguas para vivir y beber á la ciudad de Querétaro, conforme reza la leyenda.

Después de proveernos de dulces cubiertos y de puchas, especialidades de las monjas de la ciudad; confortado el avío, untado y reparado el coche, nos dispusimos á seguir la marcha, abandonando el mesón

de Berazaluce, que nos pareció mansión de delicias, después de los trabajos pasados.

Para penetrar al interior del país, quedaban dos caminos: el Real de Guanajuato y el de pueblos y haciendas.

El primero, lleno de recursos, pero intransitable en tiempo de aguas, que era en el que estábamos, y el segundo, un tanto más transitable pero accidentado y peligroso. Como no había mucho en qué escoger, nos determinamos por el segundo camino.

Increíbles parecían aun entonces las narraciones de viajeros del primer camino y paso de la *charca*, que cobró fama como el Golfo de Nápoles ó el paso de Calais.

Una diligencia había sido tirada y sacada del atascadero con bueyes; otra, hundida totalmente, tuvo tres días en su lecho á los náufragos, hasta que fueron por ellos en balsas. Un día desapareció una recua en la charca, y el otro, á fuer de famosos nadadores, se salvaban unos colegiales que tomaron un coche para venir á la capital. Y á la vista se exponía un cuadro con mulas y caballos hundidos en el lodo con sus cargas enterradas, arrieros desnudos, animales ahogados y gente pereciendo á la inclemencia por imposibilidad de marchar.

El camino de las haciendas se pintaba menos mal, como vamos á ver.

Al primero ó segundo día de esa marcha, hicimos conocimiento con la preciosa población de San Miguel Allende, llamado antes, con justicia, el Grande.

Suele observarse en nuestras serranías alguna colina que tiene cóncava la cima ó coronada de rocas que sirven como dique ó compuerta á la lluvia; pero cuando la lluvia es copiosa y hace empuje, salta sus barreras, y la agua depositada, saltando peñas, culebreando, arremolinándose, se descuelga y corre á la llanura, donde se esparcía sosegada y bella.

Tal idea me dieron desde la altura las calles de San Miguel, y sus corrientes de casas, saltando, escurriéndose, como descolgándose y extendiéndose después á la hermosa plaza, y viéndose en último término el paseo del Chorro, donde es fama que el señor cura Hidalgo tenía sus conversaciones con Allende, poniendo á cubierto con el ruido de las aguas aun sus involuntarias distracciones.

A la salida de San Miguel tuvimos los únicos trabajos serios de nuestro camino.

El río de Atotonilco estaba crecidísimo; sus aguas barrosas y llenas de fauna amenazante; del vado menos inseguro, sólo podían dar razón unos prácticos, recostados indolentemente y medio desnudos; prácticos que pedían las perlas de la Virgen, para guiar los coches, endilgar sus ruedas, gobernar sus mulas y sacarlo á uno sano y salvo del otro lado del río.

El espanto de las señoras, los lloros de los niños, los aprestos y baladronadas de mozos y cocheros, los rezos de *kirieleisón*, formaban conjunto imponente.

Con verdadera cortesía diplomática, Payno y yo nos

acercamos á los prácticos, adhiriéndose el Sr. Esparza. Don Bibiano se aisló en profunda reserva.

Lanzóse el primer coche á la corriente, después de desalojar á las criadas de la hamaca, y trepándose los criados al techo del coche.

Apenas entraron las mulas, desaparecieron, saliendo á flor de agua con ansias de ahogado; la corriente sesgaba coche y mulas; señoras y niños se agolpaban á las portezuelas, pidiendo socorro; los cocheros revoleaban sus látigos, dando gritos desaforados, y los prácticos, diestrísimos, pegados á las ruedas unos, con las riendas de las mulas otros, y otros zabulléndose para tantear el vado, lograron al fin el paso entre vivas y gritos de contento. Este era el coche de Don Marquitos, y así pasó mi coche. Pero Don Bibiano no quiso someterse á la tiranía de los prácticos, confiado en sus excelentes criados y en su buen avío.

Precipitóse su coche á las aguas. Los prácticos permanecieron inactivos y burlones á la orilla del río.

La travesía se hizo peligrosísima; las mulas se ahogaban; el coche ladeado estaba al sumegirse; en todos los semblantes se pintaba el terror por la evidencia de la catástrofe. Don Bibiano gritó á los prácticos, desde el medio del río. Uno se presentó.

—¿Cuánto quieres?

—El doble que los otros.

—¿Por qué?

—Porque no nos hizo caso, y hora es más trabajosa la salida.

—Yo no doy ese dinero.

—Pus hóguese.

Y no hubo remedio; los prácticos pidieron lo que quisieron, y se lo hicieron pagar en medio del río. El coche se salvó. Don Bibiano quería verse con los prácticos en tierra; pero ellos, desde las aguas, hicieron sus saludos, dejando con el alma ardiendo al grave Magistrado de Zacatecas.

En el Refugio, que era la última jornada para llegar á nuestro destino, los que regresaban á sus hogares, se compusieron y aprestaron sus vestidos de gala y sus novedades de la corte. A la vez, se pasaron revista á los juguetes, obsequios y agasajos que llevaban á amigos y parientes.

Yo recibí una carta cariñosísima de Fernando Calderón, avisándome que me tenía casa preparada en la Plaza, al lado de la Parroquia.

En efecto, Fernando, con una delicadeza, con una previsión y con una firmeza encantadoras, me había preparado casa en que nada faltaba de lo necesario, y en la que aún en lo supérfluo había manifestación de chiqueo y cariño.

Payno, con esa expedición y gracia que todos le confesábamos, improvisó un banquete que nos relacionó con las principales familias, de las que recibíamos toda clase de atenciones.

Era Gobernador y Comandante general de Zacatecas el General D. Fernando Franco, obscuro de piel, ojo negro y hundido, y unas cejas como tejados. En el fon-

do, ranchero, mañoso y suspicaz, celoso de la conservación de su puesto; pero conciliador y amigo de la buena armonía. De esa manera, aunque las divisiones de partido eran profundas, no se ponían en ejercicio grandes odios, ni el partido vencido hacía esfuerzo alguno revolucionario.

Por otra parte, algunas de las minas estaban *con buenos frutos*, el Fresnillo hacía remisiones de cuantiosos caudales y varias *catas* fomentaban pruebas, excursiones, ensayes... todos eran prácticos, á que se prestan las alucinaciones llenas de interés de los mineros.

En más alta escala que en los pueblos había, sus personajes eran descendientes de nobles condes y marqueses. Ricos arruinados con hábitos de grandes señores y merodeadores de empresas imposibles, y chascos y farsas que tienen mucho de ridículo.

El género de negocios constitutivos de la vida de aquella sociedad, producía á mi vista dos fenómenos que mucho llamaron mi atención.

El primero, cierta cultura de buen tono en la mesa, en los trajes y en el aseo y compostura de la servidumbre. En Veta Grande, por ejemplo, negociación de los Sres. Arvides, gozaba uno de todas las comodidades del más alto refinamiento de la ciudad, y aun más, porque muchos poderosos hacendados de México se daban en sus haciendas trato pésimo, y sus sirvientes eran ó gozaban menos que los esclavos de la Habana.

El otro motivo de mi admiración, era la poca influen-

cia que ejercía el cambio de fortuna en el trato familiar. Acaso porque la inconstancia de los productos de las negociaciones mineras hacen que el que tiene fortuna opulenta vague mañana arruinado, acaso por la comunidad de triunfos y peligros, entre criados y sirvientes; lo expuesto caracteriza de íntimo, de generoso y servicial, el trato doméstico que hace el de personas cultas, bondadoso y especialmente humano y caritativo.

Yo todo lo quería fotografiar en mi mente, y llegué á formar una galería curiosa de originales retratos, y una colección exquisita de cuadros de costumbres.

La pícara inclinación que me conocen mis lectores, me puso de correr y parar con la flor y la nata de la gente de trueno, del Rebote, el Bronce y otros pasajes de menos nombradía.

En sus fandangos, en que el mezcal y el colonche hacían papeles principales, en que el chito y el sabrosísimo chile verde regocijaban los estómagos y vigorizaban el baile, el barretero neto, el de calzoncillo blanco y *borrego* al cinto, se lucía, alentaba á la bailadora, le ponía su sombrero en el suelo para que danzase ó zapatease en su alrededor, y él, puro en boca, con los ojos entrecerrados, sentado en el suelo, en actitud beatífica, permanecía arrojando pesos á los pies de la bailadora hasta que se remudaba el sombrero ó descansaba la sílfide, quien desdeñosa se deslizaba del puesto sin volver los ojos, enviando á poco una criada ó un chico de la familia que recogiese su dinero.

La tertulia típica, la de buen tono por excelencia, la concurridísima por toda clase de personas distinguidas, era la de la casa de D. Bibiano Beltrán, calle de la Caja.

Salones variados con lujosos muebles, espejos y alfombras, biblioteca magnífica, comedor extenso y alegre. Todo perfectamente alumbrado.

La simple familia de D. Bibiano, era bastante para mantener, alentar y dar variedad á la tertulia. Bebés, pollos, señoritas, ancianos, todos se confundían y clasificaban, en sí mismos, en mesas de malilla y tresillo, en grupos de filarmónicos ó bailarines, en ruedas de muchachos juguetones, en retirados asientos de señores graves... Guadalupita, la Sra. de Beltrán, hacía los honores de la casa, y los criados atravesaban en todas direcciones, llevando en las manos charolas con chocolates y bizcochos, copas con licores y refrescos, cuando el tiempo lo exigía.

En el centro del círculo más bullicioso, en medio de la algarabía de las pollas más coquetas y de los muchachos más guerristas, en una mesita pequeña que tenía papel y tintero, la cabeza entrecana y vestido descuidadamente, se veía un señor con sus pies desnudos en una bandeja con agua fría, y escribe que escribe, ya chanceando con una chica, ya acariciando á tal muchacho, ya absorbido en sus ideas é inmóvil como de piedra.

Aquel señor, era nada menos que nuestro gran poeta Fernando Calderón, quien así escribía sus preciosos dramas, en medio de ese tumultuoso bullicio.

Y lo más raro es que en sus manuscritos, no hay un tacho ni reposición de versos, ni huellas de vacilación alguna. Su verba fácil y cristalina corría como en una pendiente de finísima arena, como si el vaivén de las flores de la orilla impulsaran y perfumaran su corriente.

En esas tertulias traté á D. N. Arostegui, tan económico de palabras, que llamaba al monosílabo charla, y el toser reservado, fingía entre sus labios, de discurso. Cuéntase que su único amigo con quien diariamente se paseaba era D. Bonifacio Gutiérrez, después Ministro de Hacienda y émulo de A. en cuanto á mutismo; atravesando los dos por la orilla de una hortaliza, Gutiérrez, señalando un camillón, dijo: *lechugas*.

Pasaron tres ó cuatro días. en uno de ellos volvieron por la hortaliza, Arostegui detuvo el paso, y señalando el mismo lugar de Gutiérrez, exclamo: *para ensalada*, y el prodigio de tan animada conversación, fué objeto de los más divertidos comentarios.

Tipo acabado de minero simpático era D. Manuel González, español rudo, de desparpajo nativo, impetuoso y bueno como el rocío de la mañana, regordete, chiquitín, con el cabello á los ojos, y mordiéndose los labios, su boca era una ametralladora de picardías. Cuando alguno llegaba á sus puertas á pedirle socorro, se ponía en jarras y le disparaba una andanada de desahogos que lo confundía... pero ¡qué! aquello era una turbonada de verano desahogado; se reponía, llevaba entre sus brazos al huérfano, habilitaba al artesano, daba para el enfermo y lloraba con el dolor

ajeno.....limpiándose los ojos, diciendo.....Yo soy un calabazo y un tonto, ¡Ave María Purísima! y su bolsillo era un manantial inagotable de consuelos y beneficios para cuantos le trataban.

Mucho gocé también con la amistad del Sr. Lic. D. J. R., jurisconsulto muy notable, literato de gran mérito y hombre de exquisita cultura y caballerosidad realzada, con una figura verdaderamente distinguida y aristocrática.

Pero tan notable persona, adolecía del gravísimo defecto de absorberse, de enajenarse, de perder materialmente el sentido en una mesa de juego. Era de verlo junto al tapete verde, con el sombrero á la nuca, y el cabello rubio sobre la frente, los ojos saltándosele de sus órbitas, inclinado al naipe, hablando solo, teniendo en su diestra la medalla de la Virgen de Guadalupe que sacaba de su seno.

—Ah! Madre Santísima, decía, Madre de los Mexicanos, ¡mira qué sota!.... te pido que venga moza.... ese dos de bastos, ni para descalzarla.

Si se ganaba el albur, devoraba á besos la medalla, y el mismo Juan Diego habría envidiado su lenguaje sentimental; pero si la Virgen, ensordecida á sus ruegos, dejaba que el albur se perdiese.... entonces llegaba á la blasfemia; negaba el milagro de la aparición; ponía de vuelta y media á Juan Diego y á Zumárraga, y era de taparse los oídos.....

Lo más singular es, que este amigo mío era el hombre más desinteresado, verdaderamente franco y generoso.

La familia del Sr. D. Manuel Cosío, ofrecía un cuadro de felicidad patriarcal, en que se admiraban en armonía perfecta, la dulzura y la majested paternal; el respeto debido al hogar y la alegría perpetua; el comer contentos y el solazarse en diversiones sencillas y familiares.

No obstante haber ocupado D. Manuelito (porque así se le llamaba como en familia) los primeros puestos, era llano su trato, y especialmente benévolo con los pobres. Amplia y larga chaqueta de dril blanco; pantalón de paño obscuro; sombrero de jipijapa; este era el traje de D. Manuelito, visitando el taller, reconociendo una casa y asistiendo á un día de campo; entonces discutía y cedía á la razón, procurando no humillar á nadie. Pero llamado á los negocios de gobierno, sus principios eran enérgicamente acatados; sus decisiones firmes, y tranquila la espera de sus consecuencias.

Pero en el trato íntimo, D. Manuelito era adorable; se le veía en el rostro su complacencia con que sus amigos pidieran, dispusieran y gozaran de cuanto le pertenecía.

En esa reunión traté al Lic. Acuña y al Sr. D. Luis Solana, de facha ingrata, bizco y vulgar; pero ese hombre al discurrir sobre un asunto serio; ya en el consejo; ya en la tribuna ó en el foro, su transformación era completa; su frase caudalosa y cristalina; su lógica inflexible; su erudición variadísima; esto, realzado con la dulzura de su voz, hacían de Solana un perso-

naje importantísimo, honra de las letras y sostén firmísimo de las ideas liberales.

Siendo como eran para mí, llenos de interés y de atractivo los estudios sobre una sociedad que tenía rasgos distintivos y marcados, no podía dedicarle mi tiempo, y se me borraban ó confundían sus rasgos fisonómicos.

Aquél tono de sincera confianza para los tratos, en que era desconocida la fianza, el pagaré y la obligación. Aquéllas invitaciones á comer y á beber, llevadas á lo increíble. Aquél D. José Bolado, con un sorbete largo y delgado, como el tubo de una chimenea; parado en la puerta de su tienda, y obligando al primero que pasaba á echar un trago de *judío*, y que siguiera su camino. Aquélla payita de enagua de bayeta encarnada, zorongo y zapatón; coquetuela y atrevida, con sus grandes ojos negros, alborotando espíritus, y con su ceño apaciguando tempestades.

Aquél tráfico frente á la Parroquia entre montañas de chile verde que tocaban en los balcones.

Aquél concurso de traficantes con sus vestidos peculiares; sus mercancías distintas; cada una expuesta á distinto modo, y con su vendedor análogo; la multitud de matices de ese concurso que se mezclaban, se entretegían y combinaban al acaso.

Las leyendas sobre los descubrimientos de las minas me entretenían como cuentos de Hoffman. Ya eran calaveras extraviadas en la montaña ,que claman á Dios, y éste les manda pernoctar en tal punto, en que hacen

lumbre, y la lumbrada deja entre sus cenizas una plancha de plata. Y en cuanto al carácter rumboso de los amos grandes, citaban el famoso bautismo en que desde la casa del padrino á la Parroquia, se tapiza el suelo con andaderas de barras de plata. Ya, por último, para dar á conocer el carácter soberbio y manirroto del minero, se cuenta que un barretero fué á un cajón á comprar una tela rica para un regalo.

El comerciante vió la facha del marchante, y le dió una tela cualquiera.

El barretero pidió mejor y mejor tela, que le pusieron al frente la suprema, con cierto tonillo incrédulo que pudiese pagar el precio.

—¿A cómo la vara de este *tisú*?

—Á veinte pesos.

—Corte cuatro varas. Pagó sus ochenta pesos, hizo la tela cuatro dobleces, salió á la puerta, le quitó la silla á su caballo, tiró los sudaderos y los substituyó con la tela, diciendo.....los grandes vestidos de ustedes apenas sirven para nuestros caballos.

Consultaba mis observaciones, y pasaba ratos muy agradables con D. Teodosio Lares, Director del Instituto, sabio modestísimo y hombre de gran probidad, quien tenía el grave defecto de no saberse oponer á nada de lo que disponían personas, en su juicio, de saber y respeto.

Nació en los Angeles, del hoy Estado de Aguascalientes, entonces unido á Zacatecas; tuvo muy buenos estudios y se recibió en Guadalajara. Volvió á ejercer

su profesión, por poquísimo tiempo en Zacatecas, y D. Francisco García le nombró Director del Instituto, cargo que desempeñó brillantemente con aplauso universal.

Lares era el estudiante en toda la extensión de la palabra, con su erudición asombrosa, sus teorías raras, su falta completa de mundo y su bondad juvenil.

Sabio en la cátedra, juguetón con sus viejos amigos, apasionado por sus discípulos, y con veneración profunda con los que él creía eran hombres superiores, el Director era para mí, muy querido, y me fué muy valiosa su amistad.

Nada de lo que he procurado bosquejar tenía más encantos que aquel rechoncho y popular vate, aquel desgobernado y divino Fernando Calderón. Por donde andaba, se iban haciendo como remolinos, de músicos, pidiéndole pesetas y coplas; cómicos que le arrastraban á su ensaye; y de sus soldados (porque fué Coronel de guardia nacional) que le vieron como paño de lágrimas; de una clientela de matrimonios mal averiguados; viudas abandonadas; huérfanos que nunca tuvieron padre ni madre, y parientes con y sin ejecutoria que le saqueaban sin piedad.

Calderón era con justicia adorado: regaba sus chistes, sus versos y sus pesos como al sacudirse una planta riega el rocío. Era inagotable en sus cuentos de legos que inventaba, espontáneo, en la conversación.

Horas enteras pasaba yo escuchando sus anécdotas del Beaterio y de un orador de la Parroquia.

Contaba del Director del Beaterio, que hostigado por la reincidencia de las ancianas penitentes, les dijo... —¡Eh madrecitas! mañana cada una de ustedes trae un algodoncito escarmenado para venir al sermón. Las beatas censuraron; pero llevaron el algodón. Ya en el púlpito el padre, después de persignarse, dijo á su auditorio....¿Traen ustedes el algodón?

Un bosque de brazos se levantó blanqueando con los algodones.

—Pues ahora, hijas mías, tápense un oído con algodón... porque si no por un oído les entra y por otro les sale lo que les digo.... Y comenzó el sermón.

Ese mismo sacerdote, ideando en otra ocasión medio para conmover á los fieles acerca de las penas de las ánimas del Purgatorio, se convino con el sacristán, para que cuando estuviere en el púlpito, se acercara para interrumpirle, dándole una carta que le entregó.

Llegóse el día, el presbítero comenzó una plática moral, sobre un tema cualquiera. De pronto, empujando gente, se acercó el sacristán al púlpito y entregó la carta al presbítero. Éste....¡Oh sorpresa! ¡oh asombro! exclamó...¿A que no sospechan ustedes siquiera, de dónde es la carta? ¡Atención! (Abriendo la carta y leyendo):

«Purgatorio, Julio 3 de 1842.

«Muy amado padrecito de nuestro corazón:

«Nos alegraremos que al recibo de ésta goce Ud. cabal salud, en compañía de Sra. Dª Cornelita y unos sobrinos de Ud.

«Nosotras seguimos, con el favor de Dios, ardiendo nuestras almas y sin más esperanza de socorro, que ese santo Beaterio, que es como quien dice, nuestro paño de lágrimas,» etc., firmas de las ánimas.

Como es de suponerse, la carta produjo maravillosos efectos y el capellán del Beaterio quedó por las nubes.

En cuanto al padre E., orador de la Parroquia, decía Calderón, que en una función solemnísima dedicada á Nuestra Señora de los Zacatecas, exponía el padre, que los sacerdotes eran los perros fieles del Santuario, y que así como á los amigos de la casa debía moverles la cola....(moviendo la parte posterior de la sotana) á los sospechosos (dirigiéndose á la puerta donde había unos lagartijos irreverentes) les debía ladrar por eso, y al decir con el Angel, Ave María, exclamaba, gua, gua, gua... paseándose, ladrando de uno al otro lado del púlpito como perro de azotea.

Con todo ese lujo de vida externo y de despilfarro de alegría, Calderón era tiernísimo en sus afectos íntimos.

Jamás olvidaré el cómo me refirió su decisión por cultivar la poesía, siendo proverbial aquello de que poeta y mendigo eran casi sinónimos, y que los sesudos señores decían en todos los tonos: «Del Parnaso al hospital no hay más que un paso,» y no era eso lo más, el poeta era un ser estrafalario, desaseado é inútil, que estaba á dos dedos de distancia de la casa de locos.

Luego que el padre de Calderón, Conde de Santa

Rosa, persona rica y entregada á importantes negocios de gobierno y comercio, sospechó la inclinación de su hijo, la combatió por todos los medios imaginables, como si se tratara de combatir una manía ó un vicio de los más perjudiciales. Cuidaba de que no llegasen á sus manos libros de la gaya ciencia; trataba de proporcionar á su hijo compañías con lo más pedestre y prosaico de la hacienda, y á ese paso Calderón se desbordaba en coplas á los llanos y á las montañas, á los ganados y á las aguas; pero, sobre todo, á las rancheritas frescas, juguetonas y florecientes de la hacienda misma y el pueblo vecino.

La única persona de importancia que escuchaba sus coplas religiosas era la mamá, que las encontraba bellísimas; pero encargando al poeta que abandonase la lira y diese gusto á su papá, haciéndose abogado cuanto antes.

Un cuento ó novelita cayó en las manos de Fernando, y en un dos por tres se apoderó del asunto y lo convirtió en drama mondo y lirondo.

Había en el drama su parte patética, su tirada de versos, en que se lucía el amor filial; su desafío por la honra de la madre y su plegaria á la Virgen, dándole gracias después del naufragio.

Como negocio diplomático preparó Fernando la lectura de su drama á su mamá y sus tías, consiguiendo la señora que el papá lo permitiese, aunque de mal grado, y retirándose á lo más apartado de las habitaciones, en concepto de Calderón.

Al fin estableciόse el auditorio; se colocó una mesita redonda con su velón frente al estrado, que se dispuso en la recámara de la señora.

Comenzó la lectura. A las primeras escenas, decía Fernando, creí notar somnolencia y disgusto; yo me esforzaba; tenía un nudo en la garganta; quería llorar.... Mi madre, sin duda, sufría más que yo, y como que intercedía con la mirada, porque se me tuviera indulgencia.

Llega la escena del amor filial; el protagonista, aunque perdidamente enamorado cuando pide á la novia, no puede soportar una alusión deshonrosa, que el padre de la joven hace á sus padres; atropella por todo y pide reparación del agravio, pintando con elocuencia arrebatadora todo el amor que merece un padre.

Mi voz temblaba; en el auditorio había silencio profundísimo; de pronto sentí que me ahogaban unos brazos y que inundaban mi rostro las lágrimas. Yo también lloraba; era mi padre, mi lindo y generoso padre, dominado por los sentimientos de su gran corazón.

El drama acabó entre galas y palmadas; mi madre no cabía en sí de gozo; hubo convite para el vate, que hizo en lo futuro su soberana voluntad.

Calderón dejó sin concluir el tercer acto de una comedia, que era la historia abreviada de mis amores con María.

Declaración de amores.—Resistencias por pobre y por poeta.—Representación de mi Alonso de Avila, y al llamarme á la escena el padre de la chica, conmovido, otórgame la mano de su hija.

Yo nada puedo decir de esa comedia; pero personas inteligentes sostenían que era de lo más tierno y más bello, producido por la pluma asombrosamente espontánea de Calderón.

A todo esto, mis deberes como visitador de tabacos, reposábanse, y era forzoso dar señales de vida. Emprendí, pues, mi primera excursión al Fresnillo, tanto por ser la Administración más importante, cuanto porque tenía encargo de mis jefes de hablar sobre negocios de la renta, y más que todo, por pasar dos ó tres días en unión de Manuel Payno, á quien siempre he querido con extremo.

La negociación del Fresnillo había tenido una regeneración completa; la bonanza de sus minas que dieron ser y conquistaron en la época de la federación el primer rango á Zacatecas, cobraba cierta regularidad en sus productos, no obstante que la bonanza había cesado, y ahora la riqueza reconocía por móvil el espíritu de orden, la severa economía, el saber y el tacto de D. José Echeverría, rubio, cegatón, de patilla espesa, breve en palabras, rígido en el mando; D. Pepe Echeverría, que en México no pasaba de un rico estimable de la mejor sociedad, en el Fresnillo era Administrador inteligentísimo, minero experto, padre de los pobres y sin igual educador de la juventud. Y hago tal reminiscencia, porque la negociación sustentaba un colegio de niñas para estudios teóricos y prácticos, donde aprendieron jóvenes muy notables y distinguidos en la ciencia y administración de las minas.

El conjunto de la negociación era opulento y grandioso. Aquel extensísimo patio de beneficio, con su arquería gigantesca que medía más de una milla por lado; aquellas varias oficinas en que reinaba el silencio y el orden, y aquellas habitaciones interiores en que después de los grandes trabajos se solazaba el ánimo. Con una mesa exquisita, abundante en frescos y sabrosos manjares, y se descansaba en salones en que la música, la conversación culta y los juegos de billar y ajedrez, únicos permitidos y á los que no faltaban aficionados.

Payno, conforme á sus espontáneos instintos, se había instalado como un gran señor en su Administración de tabacos, que era por cierto muy pingüe, á pesar de su aspecto de estanquillo cualquiera.

Alfombra y butacas; cama de pabellón y grandes espejos, sin faltar, según esos incontenibles caprichos de su fantasía en todos tiempos y ocasiones, una bata rusa, una chinela china, un lagarto pegado á la pared, un mono, sirviendo de candelero, ó una cafetera de última invención ó un aparato para cocer papas, porque como es sabido, Payno, dada su reputación de narrador fácil y elegante, de consumado jinete y de entendido economista, porque se le tenga de los primeros para sazonar unos macarrones ó preparar un asado con toda la propiedad de la cocina inglesa.

Con bondad caballerosa y fraternal, me recibió Manuel, y llenamos los deberes oficiales de la visita.

Payno no sólo se había ganado la buena amistad del

Sr. González Echeverría, sino su confianza y su protección decidida.

Como donde menos se piensa salta la liebre, y en el mejor paño cae la mancha, aquel claro de cielo lo anubló un incidente inesperado que abrevió mi visita, haciéndome regresar á Zacatecas.

Es el caso, que en uno de los extremos del portal de la Plaza atinó á establecer su comercio de zapatos, la chica más luminosa, la más saláa y la más encantadora del mundo. Comparada con ella, por la fuerza de las circunstancias, los ideales de Rafael y Murillo, podían considerarse mamarrachos y bufonadas sin atractivo ni cosquilleo, los propios tesoros de la gracia andaluza, que chorrea la privilegiada pluma de Bretón, cuando dice:

Ancha franja de velludo
En la terciada mantilla;
Aire regio, gesto crudo,
Soberana pantorrilla.... etc.

Más me he tardado en escribir el párrafo anterior, que Payno en ver á la chica, idealizarla y apasionarse de ella como un Macías, como un hidrófobo, como un jorobado. Obsequios, instancias, arrebatos, arrullos, todo lo empleó, porque mi amigo no es consuetudinariamente enamorado; procede en el amor como por ataques epilépticos. Le agobia, le subyuga y enloquece el acceso... pero pasa bien ó mal, por faz ó por nefas, y queda fresco como una lechuga, y muchas veces sin conservar recuerdo de lo pasado.

La zapaterita hermosísima resistió, rehusó, luchó, se encomendó á toda la corte del cielo para conjurar aquella tentación del demonio; pero le tocó un demonio muy astuto y muy superior en conocimientos mundanos á todos los santos de su devoción.

Para no cansar á mis lectores, en uno de los días que volvía yo de una pequeña excursión, cerca del Mineral de Plateros, encontré en el patio de la administración de Payno gran tráfico, mulas de carga, trajín de viaje.....pregunté qué era aquello, y me dijeron que Manuel partía dentro de media hora á visitar una oficina subalterna, en la que sospechaba había gran desfalco, y que Payno había ido á despedirse del señor Gobernador Echeverría. Yo quedé estupefacto, no sabía cómo traducir aquel arrebato de viaje.

Penetré cabizbajo en las piezas interiores, y en la más recóndita me encontré, con gran sombrero ancho, paño de sol riquísimo y manga de paño con galones de oro, nada menos que á la deliciosa zapaterita, lista para el viaje....Guardamos silencio....y yo, recién convertido al orden constitucional por mi matrimonio, y entrometido y pedante con mis ínfulas de jefe y hermano mayor de Payno...pinté á Pepilla (así llamaban á la muchacha,) los fugaces goces del amor; la acerba copa que nos sirve cuando nos despierta el desengaño, y cómo la mujer es una mariposa con la que juega un niño quitándole el esmalte de sus alas y convirtiéndola en rastrero gusano.

Dicho esto... .dejé á la chica y me largué á comer

con un Sr. Arrieta, que tenía unas hijas lindísimas y que me había convidado.

Entretanto, Payno volvió de la casa del Sr. Echeverría, dió sus últimas órdenes y el grito de marcha..., Pero le dijeron que la niña ya no iba.....Payno se puso frenético.

—¿Pero señorita, por qué no va Ud?

—Pus no se lo puedo decir á Ud.

—Diga Ud. y no haga que cometa una barbaridad.

—No voy, porque los hombres la despiertan con una hiel, y los goces se vuelven serpientes y (llorando) á las mujeres, ó les salen alas ó se vuelven gusanos....

—¡Esas tenemos!

—¿Quiere Ud. decirme quién diablos ha estado aquí?

—El señor Visitador.

—¿Dónde se ha ido?

—A la casa del Sr. Arrieta.

Estaba yo en lo más alegre y sazonado de mi comida, cuando pálido y descompuesto asomó á la puerta Payno, suplicándome le oyese una palabra. Salí á la puerta, y tartamudo de cólera me dijo: Ahora mismo vas y me desconviertes á aquella maldecida zapatera, ó te vuelo la tapa de los sesos....

Yo que conocía mucho á Manuel, ví que no era para chanzas el negocio; le ofrecí que daría mis excusas donde estaba comiendo é iría á *desconvertir* á aquella Elena tan aprovechada de mis lecciones. Payno se ausentó, y yo pedí caballos y criados al Sr. Echeverría, encargándole me remitiese mi avío....

Los pocos días después de esa primera visita los empleé en Zacatecas, concurriendo á su Instituto frecuentemente, comidiéndome á examinar chicos de las materias que conocía y aun de replicar en algunos exámenes, lo que me puso en relación con Solano, el Magistrado Ramón Talancón y otros.

Entre los estudiantes había dejado reputación el señor Farías, D. Luis de la Rosa y Vicente Hoyos, que publicaba sus primeras producciones.

No obstante la ninguna resignación de mi señora con mis ausencias, determiné mi viaje para Jerez. Circunstancias imprevistas retardaron mi marcha el día de mi salida y tuve que pedir posada en la hacienda de Víboras, edificio aislado á un lado del camino, con singular aspecto de aislamiento y bruteza.

Anochecía, en los alrededores de la hacienda no se notaba movimiento alguno de ganado, peones, ni el ruido en los campos precursor del reposo. El hondísimo silencio que nos envolvía, apenas se interrumpía por la caída de ruido monótono del derrame de una gran presa que se extiende á poca distancia de la hacienda.

Tocamos la puerta una y más veces y nadie respondió: espiamos por el agujero de la llave y no percibimos señal de vida; tocamos tercera vez y se oyeron los pasos de un hombre vestido de cuero que abrió una rejilla pegada á la puerta, y nos preguntó qué deseábamos.

—Queremos posada, por lo que valga, y dé Ud. mi recado al Sr. Hoyo, de parte de Guillermo Prieto.

Al momento apareció un señor notablemente pálido, de ojos de ictericia, y de aspecto que podría calcularse de feroz, si la enfermedad no le presentara desmayado y doliente, y su palabra y maneras distinguidas no dieran á conocer á primera vista al hombre, aunque retraído, de fina educación.

Díjome el Sr. Hoyos muy cortesmente: está Ud. en su casa. Se abrió á mi frente un salón con sillería de madera fina y damasco encarnado. En uno de los extremos de aquella pieza había una cama, de aquellas de cabecera y rodapiés con pinturas del incendio de Troya ó la Cena de Baltasar, y en el extremo opuesto, lavamanos con su bandeja de cobre, cepillos y útiles de aseo.

En el centro de la pieza había una gran mesa de pino, con recado de escribir; veladora y una charola con vasos y jarra con agua. Cuando volví los ojos de aquella revista, los avíos, los criados, las mulas y todo, había desaparecido, reinando profundísimo silencio, y hallándome como en un desierto.

Pasaron horas y horas en aquella mansión encantada, que en un momento dado, apareció una figura aérea y fantástica, que silenciosa traía luz.

A cierta hora, como las manos blancas de los cuentos, me trajeron de cenar; pero como digo, seres medios que no hacían ruido ni puede decirse de dónde brotaban.

La cena fué espléndida y servida con exquisitos licores. Yo, por horas, esperaba que se abriese una pa-

red y saltase un enano con una llave en la mano para conducirme por un subterráneo al palacio de una dama encantada de singular hermosura, que me confiase el secreto de su libertad.

¡Silencio! Silencio de sepulcro.

Esa noche llovió á torrentes y fué imposible continuar el viaje. En la casa reinó el mismo singular silencio, y con regularidad de cronómetro me sirvieron, sin decirme palabra, sin que ni de lejos percibiese ruido alguno; sin saber cómo explicarme aquella estupenda soledad.

En la noche anuncié á un criado que al día siguiente partía, y al amanecer todo estaba listo y, además, en una cajita había algunos obsequios con una tarjeta para mí.

Quise dar las gracias por la generosa hospitalidad, y no tuve á quién; salí de la hacienda, y la puerta se cerró sin ruido, siguiendo perplejo mi camino.

Jerez es una población preciosa del Estado de Zacatecas; la alegría salta en sus verdes alrededores y la animación recorre sus calles amplias y sus casitas bajas, cuyos patios alegran profusas enredaderas, pájaros y flores.

Sin pérdida de tiempo me dirigí á la Administración de Tabacos, y comenzó mi visita.

El Administrador era un Sr. Cosío, muy inteligente y de reputación inmaculada. La familia era lo más fino y simpático del mundo. Sus cinco chicuelos eran como serafines, llenos de jovialidad y de gracia.

A pesar de la tirante gravedad de que procuré investirme, aquellas señoras y señoritas eran la amabilidad misma: los chicos me llevaban flores; las chicas refrescos. A la hora de comér, chicos y chicas, se colgaron á mi cuello, y no permitieron que fuera al mesón.

Fernando Calderón me había recomendado en la casa ... Yo seguía inflexible en mi visita.

Por fortuna, las cuentas, los libros, las constancias de tabaco y caudales estaban muy en regla. Pero en descargo de mi conciencia, debo decir, que si así no hubiera sido.... yo no sé qué barbaridad habría cometido antes de cubrir de duelo á aquella familia, que me era ya tiernamente querida. En resumidas cuentas, valgo un pito para esto de las persecuciones.... y los golpes de energías.... tratándose, sobre todo, de niños y mujeres.

Antes de despedirme de Jerez, quise dar una ojeada á la llanura que limita la Sierra de las Palomas, justamente encarecida por su belleza.

La llanura se tiende magnífica como un mar, formando por todas partes dilatados horizontes. Al Sur, la encrucijada serranía se liga con la Sierra de Villanueva, encontrándose las corrientes y formando un remolino gigantesco é imponente.

La Sierra de las Palomas limita la llanura; pero no formando muralla ni barranca, sino secciones separadas, como la formación por hileras de la tropa, ó más propiamente hablando, como los bastidores de un teatro. Cada una de esas divisiones paralelas es una ca-

ñada fertilísima que reune encantos indecibles; aguas cristalinas que se despeñan de las alturas; árboles gigantes; enredaderas que flotan al viento; aves canoras; ardillas, liebres y conejos... oleros sombríos... deliciosas cambiantes de rayos de sol y sombras apacibles. Al descender el sol al Occidente, envía torrentes de luz por esas cañadas que se alientan, se estremecen, cantan, hablan y se entregan á todas las delicias del aura y de la luz, antes de decir sus adioses al padre del día.

Ese inmenso fondo de rayos reverberadores de sol; esa pompa exuberante de la vegetación; esas corrientes de luz en lechos de esmeralda; ese espectáculo sublime visto desde la llanura árida, silenciosa y muerta, forma un contraste que en vano quisiera hoy describir; pero que sí supe gozar, arrobado de admiración.

Volví á Zacatecas donde me esperaban mis amigos.

Al regresar de mi delicioso paseo á Jerez, me encontré con que preocupaba los ánimos, encendía las discusiones y despertaba mal dormidos odios, la actitud que tomaba el Congreso Constituyente, sin valerosa resistencia á las insinuaciones tiránicas de Santa-Anna, y la avidez con que se devoraba el *Siglo XIX*, periódico magistralmente escrito, de universal y merecida reputación.

Zacatecas era liberal hasta la médula de sus huesos; la Federación formaba su creencia íntima; D. Francisco García, hombre lleno de bondad, era su ídolo, y no perdonaba su desastre en los llanos de Guadalupe, obra de la fuerza brutal y de la ambición de Santa-Anna.

Tales antecedentes, unidos á la suspicacia y tenebrosas providencias del Gobernador y á desmanes de otros jefes, hacían que el descontento amontonara combustible, y que en México se viera con recelo lo que pasaba en Zacatecas.

La maledicencia ó la verdad pintaban á cierto general, que había metido la espada á un oficial, porque no quiso formar la guardia á su querida, querida que había quitado al marido, músico muy popular, á quien llamaban el *Pescadito* por su excesiva gordura.

Soto voce corría el rumor del arrendamiento de las casas de Moneda, venta de las Salinas del Peñón Blanco y otros negocios que se consideraban como desastrosos y como irritantes por los agentes que en ellos intervenían.

Sea de esto lo que fuera, el día de correo se esperaba con ansia el *Siglo*, y en cafés y tiendas, en zaguanes y plazas, veíase un hombre leyendo el periódico, en medio de una agrupación de gente, que se arrebataba con los discursos de Espinosa de los Monteros, de Pedraza, de Morales y de D. Luis de la Rosa, hijo del Estado y muy estimado por su talento clarísimo, su modestia y sus sentimientos humanos y generosos.

Sucedía frecuentemente, que entusiasmados los oyentes con los escritos del *Siglo*, me preguntaran sobre la vida y milagros; y yo, sea por vanidad de hombrearme con personas, sea porque así lo sentía, brotaba panegíricos, y ensalzaba entusiasta á los adalides de la libertad.

Un acto del Instituto en que se me descosió el chirumen en contra de la dictadura militar; una explicación con el Gobernador, que por milagro no me costó muy caro, y la espontánea protección, en aquella circunstancia, de personas de gran suposición, que pusieron á mi disposición favores y dinero.

Alguna de esás circunstancias ó todas juntas, en menos que canta un gallo, hicieron que se me separase del destino, con lo cual quedé con los lauros de víctima, pero en la bruja más tremenda y como acabado de salir de la escuela.

Así emprendí mi regreso á México, favorecido por los Sres. Cosío, D. Carlos del Hoyo y Fernando Calderón, inagotable en bondades para conmigo.

Para dar idea de la boga y de la estimación que gozaba en esa época *El Siglo XIX*, diré que en ese viaje tan dilatado y costoso que hice con familia, no gasté un solo centavo; por todas partes recibía agasajos y se daban por pagados con conocer á uno de los que, aunque en escala muy ínfima, formaban parte de aquella brillante redacción.

Hecho una lástima llegué á D. Ignacio Cumplido, quien me asignó quince pesos mensuales por dos artículos semanarios, y además siete pesos cuatro reales para el abono del teatro, quedando entendida mi obligación de hacer lo más que se me ordenase.

La redacción estaba espléndida: Pedraza, Morales, Otero y Luis de la Rosa llevaban la parte política. Cardoso se entendía, como él decía, con los cuitados

hijos de Apolo; Conejo D. Bonifacio, corregía pruebas y defectos de estilo y lenguaje, así como citas históricas, etc.; D. José M. Cabrera, notable por su erudición y buen juicio, Payno y yo éramos la parte cantante de esta compañía.

Fuera de la redacción, Cumplido, comunicativo y destrísimo para su negocio, tenía como consultores y amigos de su publicación á Rodríguez Puebla, Tornel, D. Luis Cuevas, Alamán y otras personas de diferentes matices políticos.

Cumplido, que era celosísimo de que nadie perdiera su tiempo, ni se divagase, ni parpadease, tenía á cada redactor en su cuarto, aislado, donde un curioso habría podido estudiar los caracteres de cada cual.

Pedraza escribía en actitud correctísima, con su sombrero al lado, sin más movimiento que el de su mano derecha; á distancia parecía una estatua.

Otero se ponía como de bruces sobre el escritorio, floja la corbata, desabotonados chaleco y pantalones, medio zafadas las botas; tenía siempre á mano dulces ó bizcochos, ó quesadillas ó muérdagos, porque era muy goloso.

Gustaba mucho del papel excelente, escribía una letra redonda y clarísima como grabada; y sus útiles, como reglas, compases, etc., eran de todo lujo.

En un lugar retirado del edificio, especie de pasadiso angosto y desmantelado, con puertas y ventanas cerradas, un velón ardiendo, una cafetera con la lámpara en acción, en angosta mesa de pino, se distinguía

á D. Luis de la Rosa, con su tez pálida, sus ojos grandes y llenos de dulzura, y su aspecto de indiferencia y abandono, vivo contraste con la firmeza de sus resoluciones, y su entereza para desafiar frente á frente la tiranía.

Payno vivía con el Sr. Cumplido, y escribía en las piezas que le tenía destinadas, en las que había figurines de moda, aperos de jinete, armas y libros, pomadas y licores, sin faltar, por supuesto, un gorro de Newton, unas despabiladeras de Sócrates, un ladrillo de Pompeya ni un chivo con dos cabezas ó una ardilla con cinco pies.

A mí me destinó el Sr. Cumplido una pieza en la azotea, que había reservado para la disecación de aves, que hacía con perfección. Tal distinción se me hizo por mi fama de parlanchín y amigo de perder el tiempo, y por la manía de que no me he podido curar, de hablar en voz alta, gritar, llorar, reir y armar bulla cuando escribo; y esta manía era á tal punto notable, que las lavanderillas que tendían sus ropas en aquella azotea, bajaron un día despavoridas á participar al Sr. Cumplido que un loco se había metido al cuarto, y estaba armando una algarabía de dos mil demonios.

En cuanto á mí, la vista de que disfrutaba era espléndida, y la propia concurrencia de lavanderitas me solía dar tema para mis estudios de musa callejera, siempre que podía sustraerme á la vigilancia del Sr. D. Ignacio.

Y hago esta salvedad, porque no es concebible la

ubicuidad, la presencia ó aparición de Cumplido en todas partes: ya podaba sus macetas y regaba un jardín precioso que tenía en la azotea, y que abastecía M. Tunel, que acababa de instalar el jardín llamado de San Francisco; ya se oía su voz en las caballerizas, regañando á los criados; aquí instruye cómo se vacía un cilindro de cola y acullá manda apretar los tornillos de una prensa; acude al escritorio á resolver una duda; socorre á una vieja; despide á un importuno; emplaza al sastre; va á la habitación á advertir que tiene convidados á comer....

En la parte intelectual siempre había servidumbre, y siempre se resentía el escritor del poco crédito del oficio de vivir de la pluma.

Pero así, como así, no puede negarse que para un muchacho pobre, desconocido, objeto de desprecio en su colegio, con porvenir dudoso, con sueños de gloria, era una transformación deslumbradora la de ver su nombre en letras de molde, hombrearse con los próceres, ser invitado á banquetes y saraos, fallar sobre hombres públicos, abatir á un cómico, ensalzar á un torero, hacerse el oráculo de algunos imbéciles.

Se agravaba más esta situación, si un ministro le excitaba para una conferencia, le iniciaba en una conversación, le inspiraba un artículo de circunstancias y le ofrecía al descuido un empleo pingüe ó una curul.

Entonces el muchacho dejaba los libros para charlar de todo; no acudía á un consejero, sino á un sastre; daba de mano á la dulcinea de la casa de vecindad,

estrechaba sus vínculos con literatos de la primera tijera, se hacía libre pensador, dejando á sus padres y á los viejos de su casa con un palmo de nariz, y confiaba su porvenir á su genio y á su vocación de salvar á la patria.

Por su parte, el editor no podía hacer más que presentar un cuadro de actores hábiles que le dieran honra y provecho; pero como este provecho estaba en razón directa de los subscriptores.... la prensa independiente.... tenía de *ocultis* la mano á folletos y hojas sueltas.... Memorias y gajes.... relacionados con independencia, y que no olían siquiera aquellos excitados hijos de Apolo que pastoreaba Cardoso.

Voy ahora á recordar cómo conocí y traté á los Sres. Pedraza, Otero y D. Luis de la Rosa, puesto que del Sr. Morales, ó sea el Gallo Pitagórico, ya me he ocupado con bastante extensión.

El aura vagabunda había llevado á mis oídos noticias ó consejas del Sr. Pedraza, como de otros hombres notables. Los que se preciaban de conocerle, le hacían descender de una gran señora, y que desde su nacimiento novelesco en la frontera estaba rodeado de misterios. Decíase que un fraile le había sacado en su manguillo de la alcoba materna, y que pasó en Querétaro los primeros años de su infancia.

Niño distinguido, emparentado con la familia del padre Zelaa y de Don Sabás Domínguez, de gentil presencia y talento clarísimo, fué dedicado á la carrera de las letras.

El jovencito era audaz, amante de aventuras y correrías peligrosas. Se cuenta, que por gusto, se subía á la elevadísima arquería de Querétaro y corría, espantando á la gente, por las orillas del acueducto, dejando flotar al viento su rubia cabellera.

Era diestrísimo jinete; aun anciano montaba soberbios caballos que sabía cuidar y curar como el más inteligente albéitar.

La guerra de Insurrección le hizo tomar las armas, y en el Sur hizo sus más importantes campañas, adquiriendo gran reputación de valiente y cumplido en el servicio militar.

Concurrió el Sr. Pedraza á la prisión del gran Morelos, á quien tuvo ocasión de admirar, y fué dueño de los impresos que encontraron en su equipaje y se tiraron por inútiles.

Pedraza revisó aquellos papeles con indeferencia; después leyó, volvió á leer; compró libros y estudió, y helo ahí convertido á las ideas liberales, y entregado á ilustrar su espíritu con cuanto le parecía digno de ilustrarlo de una manera concienzuda y profunda.

Sin que el Sr. Pedraza lo esperase ni supiese por qué casualidad, cayeron en sus manos los dos tomos de la Fisiología d'Alibert, y aprendió de memoria la historia del pobre Pedro, que aun en su vejez recitaba con exaltación.

Al hacerse la Independencia, se adhirió con vehemencia á Iturbide, y fué de sus últimos y más ardientes partidarios.

Antes y después de este tiempo publicó una serie de panfletos sobre materias políticas que le dieron á conocer muy ventajosamente como escritor, y por los cuales sus enemigos le llamaron el Dr. Panfleto.

Pedraza conservó siempre amor profundísimo á Iturbide, y á mí me lo describió como personaje épico y sobrenatural, cuando una noche de luna, en la esquina del convento de San Agustín, que da á la entrada principal de la Iglesia, le comunicó su resolución de proclamar el plan, que después se llamó de Iguala.

Yo conocía de vista al Sr. Pedraza, y me llamaba la atención su aseo esmeradísimo, sus ojos azules, su nariz correcta, su boca recogida y graciosa, su patilla cercana al labio y su cabeza ligeramente ladeada. Cuando la erguía se le veía con hilos de canas que semejaban á las corrientes de humo de un volcán al extinguirse.

Repito que no tenía la honra de conocer al Sr. Pedraza.

Cuando volví de Zacatecas, y me amparó el *Siglo*, publiqué algunos versos y artículos con mi nombre.

Una mañana entró en mi casa (Corpus Christi número 2) un señor á caballo; ordené á un criado tuviese el animal; quitóse el caballero su sombrero de jipijapa y me dijo: Sr. D. Guillermo, aquí traigo á Ud. este medio de oro, de gala de su verso.... Estudie Ud. mucho y observe más.

Ofrecí asiento al caballero, sacó un purito delgado, lo encendió y me dijo: No hay duda, la poesía, la verdadera poesía, es luz del alma... Yo jamás he podido

hacer un verso... ni lo he intentado.... porque me conozco... entonces me habló de sus estudios sobre elocuencia, con tal entonación, con tal grandeza, que aunque recordaba algo de Cicerón, de Mirabeau y otros, me parecía como descoloridos comparados con la vida, la energía y la sublimidad que les comunicaba el gesto y la voz de aquel hombre.

Lleno de respeto y admiración, le pregunté su nombre.

—Manuel Gómez Pedraza, me contestó con la mayor sencillez.

Desde ese día no dejé de frecuentar al Sr. Pedraza, ni de recibir constantes testimonios de su fraternal cariño y honrosa amistad.

En épocas de su retraimiento se inventaban rarezas de su carácter que yo no puedo acreditar.

Decíase que era tan severo en sus mandatos, que, habiendo ordenado á un criado, que cuanto encontrase sobre su cama lo diese á la lavandera, y habiendo dejado el Sr. Pedraza su *carricle*, capa valiosísima, el criado lo dió á lavar, y cuando volvió la cara el dueño, lo halló hecho una hojarasca.

Preguntando qué era aquello, se le contestó que el criado había cumplido sus órdenes, con cuya explicación no sólo quedó contento sino que gratificó al doméstico.

Contábase también, acerca de sus distracciones, que se le olvidó el día que estaba comprometido á casarse y que se le anduvo buscando para que se verificase la boda.

Próbido hasta la exageración, se expidió su licencia absoluta como general de División que era, porque, como decía muy sinceramente, no tenía ni los estudios, ni las aptitudes para ser un buen general.

Admirador entusiasta del mérito ajeno, ensalzaba aun á sus enemigos, encareciendo sus talentos, sus virtudes y su valor, sin dar lugar jamás á que se sospechase que le mordía la víbora rastrera de la envidia.

Su trato íntimo era de una modestia y sencillez adorables. Se levantaba al amanecer, montaba á caballo y paseaba por los alrededores de la Capital. Volvía á desayunarse á su casa, donde le esperaba su señora, á quien dispensaba siempre las atenciones más delicadas y respetuosas y á quien amaba tiernamente. Poco antes de morir, le dijo en un arrebato de dolor: ¡Ah, señora, quién fuera eterno, para amar á Ud. eternamente!

Con la señora, esperaban al Sr. Pedraza del regreso del paseo, sus amigos íntimos D. Manuel Terreros, hijo del Conde de Regla, liberal sin mancha, y de una generosidad sin límites; D. Lucas Balderas, ilustre y héroe esclarecido después del Molino del Rey; D. Manuel Madariaga, escribano, buen jinete y de popularidad inmensa con la plebe, á la que socorría, defendía y amparaba en sus tribulaciones, desafiando á la maledicencia y convirtiendo su prestigio en favor de sus principios liberales.

Por último, solía concurrir y amenizar la tertulia matinal el Sr. Lic. Riva Palacio D. Mariano, casado

con una hija del heroico general Guerrero y hombre de suma importancia en los cuerpos parlamentarios.

Era el Sr. D. Marianito bajo de cuerpo y enjuto de carnes, con un rostro encallejonado que podía caber en una cartera, frente regular y bien hecha, ojos negros, llenos de viveza y penetración, los dientes largos, pisando el labio inferior.

Aquel hombrecito, sin importancia á primera vista, que ni adulaba á los próceres, ni hacía ostentación de saber, aquel diputado mudo que vagaba como al acaso de uno en otro corrillo, era la personificación del buen sentido, el hombre de más mundo y de más abundantes recursos en el consejo, el más sutil y flexible para resolver dificultades, el más dulce y accesible de los hombres públicos.

Sus enemigos le llamaban Emilio el pastelero, alusión á un pastelero francés, por la habilidad de sus combinaciones.

Irreprensible en su conducta, formal en sus tratos, justiciero y próbido en el Gobierno, Riva Palacio era, sin duda alguna, uno de los miembros más importantes del partido moderado, que reconocía á Pedraza como jefe.

D. Marianito, en el trato íntimo, era adorable, su conversación estaba siempre rebosando en chistes, en observaciones y anécdotas que eran tesoros de ingenio, de travesura y alegría.

Tal era la tertulia matinal del Sr. Pedraza, que se sentaba alrededor de su mesa, mientras tomaba su

chocolate y convidaba de él á un periquito que vagaba sobre el mantel, asaltaba su plato y le pedía sopa, encantándose el prócer con el animalito.

En la tertulia se promovían conversaciones interesantísimas, y como en lo más acalorado de una discusión si se demostraba al Sr. Pedraza que no tenía razón, gritaba: *me apeo de mi burro;* aquel ejemplo se seguía sin que el amor propio atropellase los fueros del juicio y la razón. Tal cualidad del Sr. Pedraza en el grado eminente que él la poseía, no la he conocido en ningún otro de los hombres públicos con quienes he tratado.

Yo acompañaba á caballo constantemente al Sr. Pedraza: el rumbo que seguía con más frecuencia era el de San Cosme, San Antonio de las Huertas, San Juanico, Tacuba ó Azcapotzalco. En esos paseos inolvidables para mí, tuve ocasiones mil de admirar el don especial con que dotó la providencia á aquel hombre en su cualidad de conversador y narrador inimitable.

Frescura, colorido, ternura, gracia, oportunidad, todo bordaba y matizaba sus relaciones, haciéndolas seductoras y deliciosas.

Y á tal punto era este don, que al parecer el Sr. Pedraza ignoraba que en los puntos que tenía costumbre descansar para saludar á sus amigos y fumar un purito delgado á excusas de Pedraza, se reunían curiosos y esperaban á que hablase. Muchas veces no estaba de humor de hacerlo, y el auditorio se dispersaba desconsolado; pero cuando estaba de vena, hombres, chicos y señoritas rodeaban su caballo.

Más de diez veces refirió en mi presencia una anécdota que había leído en un periódico y era poco más ó menos lo siguiente:

Un honrado artesano inglés tenía una hijita, linda como la aurora, que era su encanto, el objeto de sus aspiraciones, premio de sus afanes, su cielo y el alma de su vida. Uno de los oficiales de su taller, disimulado y traidor, se hizo de confianza en la casa y el día menos pensado desapareció con la niña.

El artesano buscó, indagó, sacrificó su fortuna, fatigó los aires con sus quejas, derramó sus lágrimas y estampó sus huellas por todas partes.

Enloquecido de dolor, convertido en mendigo y empujado siempre por su sentimiento de amor y venganza, pedía limosna por calles y plazas, durmiendo al aire libre y en el último extremo de flaqueza y enfermedad.

Cediendo á su esclavitud de vagabundo, penetró una tarde en un corral de maromas, y entre el tumulto de la concurrencia, los vivas, gritos, palmadas y músicas, vió en alto á su hija, provocativa, disoluta, envilecida, desafiando el escarnio, derramando abyección y vileza.... Abajo, insolente, obsceno, estaba vestido de payaso el raptor.

Ver el viejo el cuadro, apartar la gente, derribar á la mujer y al monstruo y hundir cien veces el puñal en sus cuerpos, hubiera podido verse en un parpadear.

El reo fué conducido ante el jurado y allí habló.

Aquí el Sr. Pedraza, inventaba siempre una defensa

diferente, tan patética, tan buena, tan superior á lo que yo pudiera dar á entender, que cada vez me sorprendía más y nunca dejé de derramar lágrimas al escucharlo.

Lo mismo me pasaba cuando le acompañaba al templo, que era por lo regular San Cosme.

Dejábamos los caballos á la puerta y penetrábamos á lo más solitario y sombrío. Allí se arrodillaba y comenzaba su oración de esta manera:

«Señor: yo te adoro y me prosterno ante tí, vengo á rendirte el homenaje que la criatura debe á su Criador,» y continuaba tan elocuente y sublime, que muchas veces besé sus manos como si reconociera á un sacerdote del Altísimo.

Forzoso es que cambie mi decoración, porque no acabamos nunca, si diera suelta á mis recuerdos del Sr. Pedraza. Tengo conciencia de que me amó con ternura; pero yo siempre le amé más.

III

Presentación de Otero en la casa de Pedraza. — Otero, ragos biográficos.—Otero y Tornel.—Gran discurso de Otero. Su vida íntima.—D. Luis de la Rosa.—Sr. Trigueros, rasgos biográficos; su vida pública; vida íntima. — Bravo y Canalizo. — Substituye á Santa-Anna. —«El Siglo XIX.»—Santa-Anna y «El Gallo Pitagórico.»—Aduladores.— Schiafino, rasgos biográficos.—Anécdotas del ejército del Norte.—Badillo.—José Justo Alvarez.—Agustín del Río.—Alejo Barreiro.—Fernando Urriza. —Ribeau. — Angel Lascurain. — Miñón. — Maulía.—Correa.— Anécdota de Lascurain.—Corte de Santa-Anna.—Sra. Vallejo. —Pascua del Espíritu Santo.—San Agustín de las Cuevas, descripción.—Manuel Rodríguez.—Royuela.—Urrutia.—Santa-Anna.—Albures y Gallos.—Censuras.—Las cámaras.—Demolición del Parián.—Descripción del Parián.—Varios comerciantes.— Los chatos Flores.—Rico.—Comerciantes del Parián.—Vida y costumbres de los dependientes.—El Portal de Mercaderes.— Portal de las Flores.—Vendimias.—D. José Hidalgo.—El 6 de Diciembre. —Vísperas.—Orgía palaciega.—Bases orgánicas.— El 29 de Noviembre.—Alas y Llaca.—Pedraza.— Llaca.—Alas. —D. Luis de la Rosa.—Llaca, rasgos biográficos.— Alas, rasgos biográficos.—D. Pedro García Conde.—D. J. Joaquín de Herrera.—Pronunciamiento del 6 de Diciembre; descripción.—Nuevo Gobierno.—D. Luis Cuevas.—Riva Palacio.—Echeverría.— García Conde, Ministro.—Callejón de la Olla.—Folletistas.—Do-

mingo Revilla.—Juan N. Navarro.—Alcaraz.—Ramírez (a) el Nigromante.—Banuet.—Iturbe.—J. J. Baz.—Eulalio Ortega.—Papeleros.—Azotes á Revilla.—Episodio de Haro y Pedraza.—D. Joaquín Herrera.—Peña y Peña, rasgos biográficos.—D. Bernardo Couto.—Fernández del Castillo.—Pronunciamiento de Salas.—Paredes, rasgos biográficos.—Lafragua.—Rasgos biográficos.—Domingo Ibarra.—Comonfort.—Cardoso.—Otero.—Paredes, personal y familia.—Yo.—«El Tiempo.»—Redacción.—Bermúdez de Castro.—Tertulia de militares.—Valiente rasgo de García Torres.—«El Monitor.»—Su redacción.—Juan Navarro.—Alcaraz.—Torrescano.—Revilla.—Destierro de García Torres.—«Don Simplicio.»—Vicente Segura Argüelles.—Nigromante.—Payno.—Prieto.—Rasgos biográficos de V. Segura.—Mi aventura con Paredes.—Otra vez Santa-Anna.—Sierra y Rosso.—Mujeres hermosas.—Virginia Gourgués, modista.—J. Rincón Gallardo.—Paseo de la Reforma.—Descripción de México.—Pronunciamiento de la Ciudadela, de Salas.—Palo Alto y le Resaca.—Juan José Baz.—Secretarios de Baz.—Iglesias y yo.—Olaguíbel.—Basadre, rasgos biográficos.—Los motines.—Borda.—La Universidad.—Próspero Pérez.—Guardias nacionales.—Victoria.—Hidalgo.—Independencia.—Mina.—Junta de moderados.—Santa-Anna.—San Luis.—Los Polkos.—El obispo Irizarri.—Peña y Barragán.—Monterrey.—Americanos.—D. Pedro Anaya.—Martínez de Castro.—Cerro Gordo.—Redacción de «El Monitor.»—El 9 de Agosto.—Guerrilla de pluma.—Texcoco.—El General Valencia.—Campamento en Texcoco.—Salas.—Alvarez.—Valencia.—El Padre Cortazar.—Vista retrospectiva al Peñón.—Gran misa en el cerro.—Santa-Anna.—Hacienda de S. Antonio.—Vísperas de Padierna.

Se alza el telón.

La escena representa un amplio y bien amueblado salón, contiguo á una antesala de cristales.

Frente á la entrada del salón, una gran chimenea encendida, y á su alrededor tres sillas. Son las 5 de la tarde, y es una tarde de Noviembre, para poner en vergüenza al cielo, según lo destemplada y lluviosa.

Una de las tres sillas acabadas de mencionar, la ocupaba el Sr. Pedraza leyendo, la otra la señora ocupada en un tejido de gancho, y la otra yo, que me ponía en pie para atizar la chimenea.

—Me parece que oigo ruido en la antesala, dijo la señora.

D. Manuel.—Es algún muchacho que se divierte tocando el tambor en los vidrios.

Yo, levantándome, yendo á la antesala y volviendo.—Es un hombrazo que llega bien mojado y que dice desea ver á Ud.

—Pase, gritó el Sr. D. Manuel.

Y apareció un hombre, alto, grueso, desgarbado y encogido, con un amplio barragán azul forrado de balleta encarnada, unos pantalones de cotona blanca anchísimos, que se inflaban como una mongolfiera, y un levitón color de ladrillo, bajo el barragán.

La fisonomía de aquel personaje, era lo más dulce y simpática que pudiera imaginarse, con su cabello lacio y descuidado, su patilla de columpio, su boca fresca y expresiva, y sus ojos garzos, brillantes de inteligencia y bondad.

—Yo soy Mariano Otero, dijo el desconocido, tendiendo la mano con cortedad y respeto á Pedraza.

Este dejó el libro y abrazó con entusiasmo al des-

conocido. La señora se puso de pie y le abrazó también, yo fuí por una silla para el nuevo actor; al volver con ella, le dijo Pedraza, presentándome: nuestro Guillermo Prieto.

Otero dejó su sombrero en el suelo y me abrazó alzándome como una pluma.

Sr. Pedraza.—¿Pero D. Mariano, no escribí á Ud. que se viniera á casa y aquí se le asistiría?

—Sí señor, dijo la señora, porque somos sus admiradores, porque su discurso de 16 de Septiembre nos encantó, y D. Manuel lo leyó aquí á sus amigos llenando á Ud. de elogios.

Otero no hallaba qué hacer, ni dónde poner los ojos con aquellas descargas de alabanzas, hasta que volvió su brazo y ocultó en él su semblante como cualquier labriego.

—Ud. ha escrito algunos artículos literarios.

—Pocos señora, muy pocos, mi pasión fué por las matemáticas, pero antes de recibirme me dió unos trabajos el Sr. Escandón, y mi anhelo fué recibirme de agrimensor.

Sr. Pedraza.—Celebro el cambio, ¿y á qué se debió?

Otero.—A que mi maestro el Sr. D. Crispiniano del Castillo, me llevó á su estudio, me dió libros y me alentó en mis horas de desfallecimiento y pobreza.

La señora.—De esa época son sin duda los artículos literarios de Ud.

—Es cierto; una compañía de cómicos, entre los cuales había algún amigo, me forzaron á que hiciera

anuncios y juicios críticos de sus representaciones, me pagaban y yo escribía mil desatinos; pero que les tenían cuenta.... y entonces empezaron á hablar de mí.

—Bueno está todo eso; pero ¿por qué no se viene á mi casa?

—Porque no vine sólo, sino con toda mi familia. Por ahora vivo en la Estampa de Jesús María, en una de esas casitas incomodísimas de plato y taza, con una escalerita de caracol que comunica lo de abajo con lo de arriba y por la que paso con trabajo.... Pero ya me vió mi paisano el Sr. Cumplido y me ha proporcionado en la calle del Hospital Real núm. 6 una vivienda exterior, que gana poca renta y ofrece mayores comodidades.

Después de un rato en que se hablaron generalidades, se despidió Otero.... y dijo D. Manuel con sincero entusiasmo..... Este pájaro canta en la mano. Este es un hombre de mucho provecho.

Instalado Otero en la calle del Hospital Real y redactando el *Siglo*, su diversión favorita era el teatro, y concurría á Nuevo México, donde Pineda y Obregón, Concha López, la Pelufo y la Cañete daban la ley.

Pineda montaba la escena con esplendor; en el Trovador lucía una armadura de plata que deslumbraba.

Otero se aficionó de un modo irresistible á la manera viciosa de declamar de la Pelufo, y la imitaba, sin quererlo, en la conversación y en la tribuna.

El dejo de la voz de Otero era dulce y sonoro, con ese acentó tapatío metódico y como descuidado que

mucho halaga; pero unido á la declamación de la Pelufo, lo hacía casi extravagante. De ahí tomaron pie los estudiantuelos cócoras para ridiculizar á Otero, quien reía de sus burlas y correspondía chancista y alegre, como colegial aguerrido.

Entretanto las discusiones en el Congreso constituyente de 42, arrebataban la atención; el país podía contemplar con orgullo á sus hombres eminentes y á la tiranía militar en su deformidad brutal y repugnante.

En efecto, no es para pintar á vuela pluma aquel razonar, aquel exponer y aquella elocuencia fácil y natural de D. Juan José Espinosa de los Monteros, de humildísimo aspecto, con su capita azul y sus zapatos tapetados, y en la tribuna, gigante, irresistible, contundente.

Aquel Pedraza, Júpiter Tonante de la tribuna, arrancando sus lauros á la victoria entre truenos y relámpagos....

Se trataba de la federación; Tornel había quedado dueño del campo, con su figura arrogante, sus movimientos trágicos, sus imágenes hiperbólicas y retumbantes..... «Cavaremos un abismo, decía, en el que primero se llegará á la eternidad que al fondo.» Tornel, órgano del Gobierno, combatía la federación; Pedraza, Otero y Muñoz Ledo, eran sus más ardientes defensores.

Habló Tornel, como dijimos, y mientras duraban aplausos y felicitaciones, nosotros azuzábamos á Otero para que contestase....

—Anda Pelufito.... verás qué pita recibes.

—Dejen, dejen, voy á darle una cuereada, decía Otero.

—Pido la palabra. Púsose en la tribuna y comenzó con aquella declamación conocida.

La gente reía con desprecio.

De pronto se irguió, se abrochó la levita..... y se inclinó á nosotros, diciendo: ya lo verán.

Su discurso fué como el desplegarse, tenues primero; después, poderosas; al último, sublimes las ráfagas de una aurora boreal que inunda en oro y púrpura el horizonte....aquella voz como corriente cristalina murmuraba, se precipitaba ó rugía como torrente, como luz rielaba en una superficie de diamantes ó tendía sobre la nube negra los colores del iris el horizonte, desaparecía entre los esplendores divinos de su espíritu.

La galería se convirtió en una reunión de estatuas. Los diputados abandonaban sin hacer ruido sus asientos y venían á rodear al orador suspensos de sus labios.

Aquellas palabras dejaban al pasar algo de luminoso y perfumado; parecía que anonadada la carne, asistíamos á un gran festín de inteligencias...

Así, en aquella absorción, en aquel éxtasis, en aquella aparición de un mago que nos subyugó, duramos tres horas, sin un momento de respiro, sin una señal de impaciencia.... Terminó el discurso como desemboca al mar un río caudaloso rebosando vida, y terminando como quien triunfa.

Al descender de la tribuna, cayó en nuestros brazos, y él reía y jugaba y no tenía conciencia de que había ganado un renombre inmortal.

De allí le llevamos á retratar, y él con mucha inocencia decía.... no me pongan muy feo....

La casa de Otero era la casa de sus amigos. Se complacía en servirlos y agasajarlos, y mostraba satisfacción íntima cuando usaban en ella de la mayor confianza.

Su señora Dª Andrea Arce secundaba admirablemente á su esposo, previniendo sus deseos y consagrándose á su cuidado.

Era Otero muy goloso; por los guisos de su tierra tenía pasión, y eran motivo de festejo el garbancillo, el mole de pepita, los pescados de Chapala, etc.

La mesa de Otero era una insurrección de alegría, y cuando venía de la calle, le seguía una escolta de dulceros, fruteros, pasteleros y cuanto encontraba al paso.

Sus amigos más íntimos eran: el Sr. Pedraza, Mariano Yáñez, notable por su saber y su lucidez de percepción; Cardoso D. Joaquín, sabio profundo y manantial de gracias; Comonfort, juguetón, servicial y condescendente; Cosme Torres, alianza de candor y sabiduría agradabilísima; Payno, escurridero original, admirable para los juegos de prestidigitación, con sus aspiraciones de cocinero, con sus leyendas de la frontera que rehacía á su capricho, con Guillermo Valle, de fecunda inventiva y tan diestro, que él mismo creía en sus mentiras como si fueran sucesos ciertos.

Y tal reunión que fué influyente como ninguna otra en los asuntos políticos de la época, en un momento dado, se volvía una reunión de colegiales guerristas que salían al campo á hacer guerra de manzanas, jugar á la pelota ó á los bolos, ó comer tamales en un llano del modo más campestre del mundo.

Espiemos ahora, como de paso, y como quien dice, por el agujero de la llave, al dulcísimo Luis de la Rosa, que ni se apercibe de que lo queremos retratar: tan absorto así está en esos ensueños poéticos que formaron el urdimbre de su vida entera.

D. Luis de la Rosa nació en Pinos, del Estado de Zacatecas; hizo sus estudios brillantes en Guadalajara, donde se distinguió en el partido liberal exaltado, redactando, con otros, la *Estrella Polar*, y publicando escritos que llamaron sobre él la atención pública.

Pero á estas agitaciones de la vida pública se entregaba por convicción y como obligado por las circunstancias, su gran pasión era por la historia natural; conocía profundamente la botánica; se deleitaba con la ornitología, y hacía costosas expediciones para hacer una averiguacion geológica.

Bajo aquel aire modesto y aquellas costumbres apacibles, sus pasiones políticas eran vehementísimas, aunque repetía constantemente que era necesario ser manso como la paloma y cauto como la serpiente.

La intervención que tuvo en la testamentaría de un

sacerdote que dejó una gran biblioteca de libros místicos y una excesiva imposición para misas y las ánimas, hicieron que D. Luis abriera un remate de breviarios, misales y santos padres en cambio de misas y preces, con lo que la testamentaría se salvó, y los herederos tuvieron pingües ganancias. También mandó decir misas á España, donde le costaban muchísimo menos; con todo lo cual saldó las mandas testamentarias, dejando á los padrecitos mexicanos ardiendo sus almas.

En el Estado de Zacatecas, D. Luis colaboró eficazmente á los trabajos de D. Francisco, adquiriendo merecida fama de inteligencia y de probidad sin mancha.

Rosa odiaba profundamente el militarismo, y decía frecuentemente que de un soldado todo puede hacerse, menos un hombre razonable y útil.

Llegado á México cobró lugar, en primer término, con el partido de la oposición, en el que Alas, Boves, Olaguibel y otros, eran los de más acción.

Rosa, sin estrépito y con disimulo impenetrable, preparaba sus redes; las tendía en silencio, esperaba; sufría resignado las contrariedades; se acercaba como con pies de seda á su casa, y en un momento la casa encima, sin que se le pudiera escapar; así preparó la acusación de D. Ignacio Trigueros, á quien enloquecía la persistencia y la frialdad con que aquel enemigo consumaba su ruina.

Y decíamos frialdad, porque Rosa no era un hombre de discusión ni disputa. Raras veces salía de su casa.

En las ventanas y balcones había plantas y flores, lo mismo que en el corredor. Por un lado, en una grande ánfora de cristal, pescados de colores, y sobre su bufete, en jaulas primorosas había colibrís, que él mismo alimentaba con agua de azúcar.

Su mayor delicia era rodearse de ramos de flores y de pajaros, y llamar á su hija Julia á que tocase la cítara, lo que hacía la niña con dulzura angélica, mientras Rosa, con los ojos cerrados, sorbía á pequeños tragos café sin dulce á que era afectísimo.

Rosa era al extremo callado, su andar era pausado y como oscilante, sus ojos hermosos pero amarillentos y tristes.

En la tribuna no levantaba la voz ni le comunicaba colorido; lanzaba las acusaciones más tremendas como si las estuviese leyendo en otra parte, y la rechifla ó el aplauso los veía como dirigidos á persona que ni él conociese.

En la redacción del *Siglo*, era Rosa humilde, y profesaba á Morales, á Otero y á Pedraza veneración profunda.

Rosa escribía deliciosas miniaturas, su inspiración era como una flor que se dejase llevar por una corriente cristalina, ó como celaje de oro que se meciese bajo el azul del cielo. Hablaba de flores y de cielos, del arpa de una cuerda, y del querubín, pero iluminando todo con una sensibilidad exquisita, con una ternura inexplicable: su pluma era la vara mágica que tendía sombras, encendía hogueras, lanzaba el rayo y

dominaba el lago sobre la yerba para que le cantase quejosa á la caída de la tarde la tórtola viuda. Rosa era un gran poeta que escribía en prosa.

Favor espontáneo y generosísimo del Sr. D. Ignacio Trigueros, Ministro de Hacienda, conmutó mi destino de visitador, por otro de inferior categoría, en la Renta del tabaco, y Payno, siguiendo mi ejemplo logró colocación en la Administración de tabacos.

El Sr. Trigueros era el tipo del costeño, pero el costeño embellecido con cierto barniz de elegancia, franqueza y buen tono, que lo colocaba en primer término de la culta sociedad.

De cuerpo regular, moreno, ojos negros vivísimos, blanca dentadura, cabello crespo, la fisonomía alegre, los modales prontos, aseado hasta la exageración.

Se contaba que era hijo de un honrado carpintero; pero que inepto para el oficio, fué á servir á una casa de Alvarado, donde se había transladado el comercio, con motivo de la permanencia de tropas en Ulúa, después de la Independencia.

Trigueros sólo por sí mismo, y cumpliendo con sus obligaciones de ínfimo sirviente, perfeccionó su letra, se dedicó á la contabilidad, y aprendió el inglés, escribiendo, como podía, las palabras que oía y acopiándolas en la memoria hasta llegar á poseer el idioma con soltura y propiedad.

Fué entonces solicitado como dependiente de la ca-

sa de Hargonis; en poco tiempo fué el dependiente principal, viajó, negoció, tuvo parte en los intereses de la casa; su hermana Juanita casó con uno de aquellos opulentos comerciantes, y ahí tienen Uds. á Trigueros, capitalista, hombre expedito para los negocios, y un gentleman hecho y derecho.

Por lo mismo que su origen había sido muy humilde, estudiaba el modo de aparecer correctísimo en todo, y modelo de la más exquisita urbanidad.

A sus parientes pobres y á sus humildes amistades de infancia, los favorecía y protegía con largueza.

Dotado de un corazón en que la bondad y la caridad dominaban, aprovechando su encargo municipal en Veracruz, construyó el mercado, hizo fuentes públicas, y en los establecimientos de beneficencia dejó tiernos recuerdos de su presencia generosa.

Bajo tan felices auspicios, vino Trigueros á México como diputado, y tuvo amigos en todos los partidos, y los infelices tuvieron en su casa un lugar de amparo y un bienhechor.

Yo le acompañé á sus primeras visitas al Hospicio de pobres, que se encontraba en el mayor abandono, no obstante los esfuerzos y el espíritu de caridad evangélica del Sr. Canónigo D. Agustín Carpeña.

Patios llenos de arena, con yerba crecida á las orillas de los caños, rejas arrancadas, ladrillos sueltos en los corredores, pedazos de techo hundidos; en el comedor hambre, en la cocina humo, tizne y huesos su-

plantando á la carne. En el departamento de mendigos, mugre, frío y esqueletos vivientes....

Trigueros emprendió la reforma, gastando de su peculio sumas considerables, aseó el edificio, anuló contratas onerosas, destruyó con suma energía la corruptela que se había introducido *de dar* jóvenes á las fábricas de hilados para que allí sirviesen como operarias, y corrigió, afrontando odios y calumnias, los abusos de que era presa establecimiento tan importante.

A Trigueros se debe la estatua del Capitán Zúñiga, fundador del Hospicio.

En el interior de la casa, Trigueros era magnífico y el lujo se adunaba con lo sencillo y útil.

Tenía una extensa pieza con estantes para su ropa blanca, medias y corbatas, las camisas eran incontables, las mudaba dos veces al día y cuando por casualidad la manchaba levemente, corría á su casa á relevarla al momento.

Su comedor cambiaba de decoración en invierno y verano: en la primera estación, le revestían alfombras, ardía la chimenea, abundaba el cristal de Bohemia y se servían manjares suculentos, ponches y vinos calientes.

En verano se ostentaban jarrones con flores, esteras chinas, hielo, frutas en abundancia y helados exquisitos.

Concurría á la casa de Trigueros la flor y la nata de la sociedad veracruzana, disputadora, manirrota, audaz é irrespetuosa como el demonio.

Podía admirarse en esas mesas, la verba inagotable, el memorión estupendo y el talento clarísimo de Jorge de la Serna, el chiste seductor de Ituarte José Luis, el dejo jarocho de Mosquera, las salidas de Pancho Lezama, la brusca nobleza de Zamora etc.

Además, Trigueros tenía en su intimidad hombres de mérito á quienes llenaba de obsequios. Entre otros recuerdo á D. Carlos María Bustamante, con sus pantalones de dril, su guácaro de indiana, su capita color de pasa; muy viejecito y muy coloradito, con sus enormes anteojos de plata, cabalgando sobre su roma nariz.

Yo era muy especialmente favorecido por el Sr. Trigueros, quien me amparaba del círculo Santa–Annista que me odiaba, lo mismo que Santa–Anna á quien ni de vista conocía, exceptuándose como defensores míos, los tres Lombardo, Basadre y el Sr. Tornel por un poco de tiempo.

La redacción del *Siglo* ardía en discusiones vehementes, al calor de esas discusiones acudían hombres de acción á ofrecer servicios y dinero.

Santa–Anna había mandado llamar al Sr. Morales para amonestarlo y reconvenirle por sus escritos. Morales guardó silencio; pero en un momento le dijo con marcada resolución:

«Yo he de seguir escribiendo como hasta hoy, y ten-«ga Ud. muy presente, que cuando comencé esta tarea, «me convencí de que en lo más que puedo parar, es «en cuatro velas y un petate.»

Otero y Pedraza fueron presos después. Yo escribí

entonces en la parte política y tenía como vergüenza de no estar preso, ni padecer nada por una causa que me parecía tan hermosa.

Mientras el ilustre General Bravo anublaba sus glorias haciéndose instrumento ciego de la tiranía grosera y de las arbitrariedades de Santa-Anna, mientras lo relevaba Canalizo en su tarea ingrata de servir de manequí al déspota, mientras se hundía Yucatán y en México llovían negocios desastrosos, gabelas y préstamos, el círculo de favoritos del poder y de lacayos del héroe improvisaban fortunas opulentas, aparecían en la escena advenedizos viciosos, soldados matones, tahures insolentes, galleros provocativos, deudos espúreos y cuanto puede tener de más asqueroso una sociedad corrompida.

Y aunque todos los labios cortesanos ensalzaban la paz, y hoy se erigía una estatua y mañana se anunciaba la planteación de un ferrocarril, á la vez que se publicaban los loores de las potencias extranjeras al héroe del Pánuco. El resorte oculto de tal empleo, el secreto de tal contrata, la historia de tal regalo, el influjo de tal meretriz y los repetidos ultrajes á la justicia y al honor, desmentían la cómica imitación de la grandeza monárquica y envilecida, la nación amontonaba combustible con la esperanza de castigar ejemplarmente un día al sátrapa que conculcó sus derechos y correspondió con villanía á la confianza que depositó en su desmentida probidad.

Entre los Ayudantes de Santa-Anna había un joven

gallardísimo que se distinguía por su talento, por su figura aristocrática y por su chispa y travesura inagotables.

Moreno, ojos verdes, cabello de seda, gran bigote, serio, pero como conteniendo las sonrisas, valiente, enamorado, franco y chispeante, de donaire y originalidad.

Hijo de un barbero ó maestro de escuela obscuro, pero desde niño con levantadas aspiraciones, rompió un día con toda clase de preocupaciones, se echó la capita al hombro y anda y anda y anda, hasta hacer pie en la frontera del Norte, y no sé en qué artes, figurar en la familia del General Arista. Conoció este hábil general sus aptitudes, le confió comisiones importantes, y campechano, alegre y compartido con sus amigos, entre los que figuraba Payno en primer término, conquistó un lugar realmente distinguido en el heroico ejército del Norte.

Schiafino nada sabía á fondo; pero todo lo comprendía, lo embellecía y le comunicaba cierto sello de buen tono muy simpático.

Preparaba un banquete y disponía un menú sorprendente. Pedía luz, flores y beldades y creaba un baile olímpico; y para intervenir en la pompa de una recepción oficial, no tenía precio.

Se acicalaba como una dama y vestía cuan lujosamente podía para entrar en campaña, y á todos admiraba su jovialidad en lo más reñido del combate.

Dióse á conocer su aplomo y sus recursos oratorios en un baile de Matamoros.

Los oficiales estaban á la cuarta pregunta, y no obstante, dominaban por sus maneras, su bien hablar y sus tipos elegantes. Celosos los tenderos polizones que daban el baile, de la preponderancia de los advenedizos, y conocedores del mal estado del interior de su equipo... en cierto momento gritaron: «¡fuera casacas!» y así se acostumbraba á cierta hora, ya por el calor excesivo, ya como pretexto para lucir camisas de ricos lienzos con bordados lujosos, botones y mancuernas de diamantes.

«¡Fuera casacas!» gritaron los abarroteros enfurecidos; los oficiales resistieron: se instó, se acaloraron los ánimos, las señoras estaban en espectativa temerosa.

Schiafino se adelantó al medio de la sala:

Señores, dijo; es notoria la miseria que sufre el ejército á que tenemos la honra de pertenecer; pero esto no obsta para que estemos orgullosos de defender aquí la independencia nacional, y para que procuremos hacernos dignos de damas tan hermosas y llenas de virtud, y de caballeros tan cumplidos... «¡fuera casacas!» se ha dicho, demos gusto á todos.

Y diciendo y haciendo se quitó la casaca, puso de manifiesto los girones de su camisa y el cuello pretensioso, tieso y aristocrático.

Todos quedaron estupefactos; las señoras se pusieron en pie, obligando á Schiafino á cubrirse, y al siguiente día el comercio abría una subscripción para dotar de abundante ropa blanca á los oficiales.

Pero en lo que no tenía rival Schiafino, era en su

manera de recitar sus aventuras, adulterándolas con su inagotable inventiva, aunque dejándoles un fondo de verdad.

Ya urgido por el hambre, entraba á un tendajo en Matamoros con un compañero de buena fe, y sin que lo advirtiese fué extrayendo unos huevos del mostrador y depositándolos en las bolsas de los faldones del camarada..... Ya se había consumado el robo, pero el compañero carabanista hace un saludo para despedirse, topa con la pared y una catarata de claras y yemas lo denuncia.

Ya aborda una mesita en que se venden tortas compuestas y se confabula con un amigo que le cubra los ojos diciéndole: ¿me conoces? mientras él coge las tortas; pero el amigo pone mal las manos y Schiafino, que va confiado y con mucho tiento á tomar una torta cuando le agarran la mano gritándole, ah! pícaro!

Ya le sorprende un ranchero en una excursión nocturna con sus ribetes de erótica y le grita ¿quién es Ud.?

—Soy somnámbulo.

—¡Qué sonambo ni que sonambo; Ud. es Don Chafino, y ya lo verás con el general.

Pancho, sin afectación tenía los hábitos de gran señor: batas de seda, chinelas chinas, joyas deslumbradoras, arnés militar espléndido, caballo arrogante. En su cuarto de hotel nunca faltaban vinos exquisitos para obsequiar á sus amigos, ni puros de Regalia de los que costaban una peseta cada ejemplar.

Como debe suponerse, tanto boato no estaba en ar-

monía con sus recursos de simple capitán de caballería; pero el deficiente lo cubría con planes y salidas de lo más superior á lo que se pueden inventar.

En cierta ocasión, la propietaria del hotel en que vivía, que era una hermosa francesa, en vista del recargo de su deuda le urgía para el pago; Schiafino para eludirlo, ideó declararse rendido amante de la patrona, y ni Macías, ni Abelardo, ni D. Juan Tenorio ni nadie, tuvo jamás lenguaje más sentido ni rasgos más apasionados que nuestro héroe.

Parecía dulcificarse la Dulcinea; se cruzaron miradas eléctricas y dintinciones delicadas. Al fin logró mi amigo una entrevista misteriosa. . . .Silenciosa noche de luna. . . palpitaciones de corazón. La beldad, aparece circundada de luz . . . . el capitán se lanza en sus brazos, diciéndole ¡yo te amo! . . .Ella retrocede trémula, y tendiéndole la mano, le dijo con voz solemne. . . Oye tú Chafín. . . ¡siempre me pagas!. . .y me pagas mi dinero, con lo que se desvaneció.

Lo singular de todo esto, es que muchas anécdotas eran verdaderas, otras no, sino creadas para hacer agradable su presencia en muchas reuniones.

Me he detenido tanto en la fotografía de este caballero, porque era un tipo del calavera de la época; alegre, manirroto, valiente, enamorado, caritativo y generoso, sin que el positivismo del tomín le degradase, sin que la aspiración política le pervirtiese, ni el *lacayismo* que le desarrolló después, entrase en los cálculos de su fortuna.

Sin los apuros pecuniarios en los ardides ingeniosos para cubrirlos entre esos calaveras de buen tono, no el ternerón ni los otros calificados por Fígaro, se contaban á Miguel Badillo, todo jovialidad, consecuencia y chispa; á Pepe Alvarez, oficial correctísimo y de figura distinguida, á Agustín del Río, franco, caritativo y protagonista en empresas inverosímiles, á Alejo Barreiro, movedizo de ardiente imaginación y estuche de cuentos y gracias; á Fernando Urriza tartamudo y especialidad para remedar á todos los grandes tenores y á otros muchos que daban colorido y como que caracterizaban la época con sus perfiles de tunantes.

Los calaveras de alto vuelo giraban en esferas menos inocentes, y de ellos se contaban anécdotas características de la preponderancia militar; del desconocimiento de toda ley; de esa lógica peculiar del soldado que formuló el axioma de «Cartucheras al cañón.»

Pancho Ribeau, Angel Lascuráin, Miñón, Mauliá, Diego Correa, etc., eran otros tipos que podían dar idea de aquella sociedad.

De los dos primeros personajes, uno, capitán de marina, otro, comerciante rico de Veracruz, se contaba que el segundo de estos señores vino á México, precedido de gran fama, y encontróse con Ribeau en el café de Veroly:

—¿Ud. es el loco Lascuráin?

Lascuráin hizo buche con el chocolate que estaba tomando, y arrojándolo á la pechera de la camisa del capitán, le respondió:

—El mismo, servidor de Ud.

Ribeau quedó contentísimo de su nuevo conocimiento é invitó á Lascuráin á un paseo en quitrín. Llegóse el día; el quitrín tenía un caballo fogosísimo; salieron fuera de garita, y en una de las calzadas, quitó cabezadas y riendas al caballo, y comenzó á azotarlo con furia, hasta caer con el quitrín hecho pedazos. Ribeau tenía abrazado á Lascuráin, diciéndole: quería que nos diésemos, después de esta prueba, un abrazo de amigos.

Pasaron algunos días; fué Ribeau á Veracruz; Lascuráin, que era muy conocedor del mar, presintió un norte. Convidó á Ribeau á un paseo en bote. Era un cayuco que se bamboleaba como un ebrio. Lascuráin se hizo mar afuera.... estalló el norte ... el peligro era inminente....

—¿Qué hace Ud., Angel?

—Estoy celebrando con este bailecito nuestro abrazo de amigos.

En efecto, Lascuráin y Ribeau fueron en lo futuro, Pilades y Orestes.

Las condiciones peculiares en que se encontraba nuestra sociedad, unidas á la tradición colonial, hacían que siempre que se centraba el poder, la vida entera se refugiaba en México, fuente de empleos y favores, manantial de negocios, lugar de diversiones y de modas, punto de cita de los ricos de todas partes y repertorio en que la civilización exponía sus adelantos y tesoros.

La corte de Santa-Anna tenía ese brillo, y aunque en los departamentos reinaban el descontento y la mi-

seria, alrededor del dictador se multiplicaban los bailes; eran cuotidianos los banquetes, y las reuniones en San Angel, casa de la Sra. Vallejos, podían figurar entre lo mejor y más escogido que había visto México.

Por supuesto, que todo se calculaba y amoldaba á los gustos del árbitro de los destinos del país.

Donde podía presentar un cuadro, en que en una rápida ojeada se diera á conocer México, era en la Pascua de Espíritu Santo, en que se verificaban las fiestas de San Agustín de las Cuevas.

Grandes funciones de iglesia con repiques, cohetes, chirimías y cámaras.

Fondas, neverías, hospedajes y tiendas por todas partes; carcamanes y ruletas, bisbís y bolitas de colores.... juegos en todas sus multiplicadas combinaciones y trampas. Banderas en las pulquerías y cantinas; tiras de heno de azotea á azotea, con anuncios de todas clases.

En las afueras de la población, y bajo los árboles ó entre los jacales, asnos, caballos, coches, bombé y carretones con toldo, conductores de gente retozona y de la vida airada.

Y todo lo que se percibe en las banquetas y en medio de la calle, está cercado, inundado y como nadando en un mar de gente vestida de todos los colores; calzoneras, levitones, sombreros tendidos, sombreros acanalados de clérigos; redondos de algunos frailes y de petate del pópulo bárbaro.

Había partidas ó montes como el del Hospicio, que

ostentaba como una gran plancha de oro los montones de onzas, y tenía un fondo de cien mil pesos.

El salón de la partida daba á un verjel delicioso, lleno de frondosos árboles frutales y flores exquisitas, circundado de fuentes de aguas cristalinas y juegos hidráulicos encantadores.

Bajo los árboles se veían mesas con licores y refrescos, y en el senador del fondo se servían constantemente almuerzos y comidas magníficas, chocolates, café, dulces y cuanto se antojaba al apetito de los opulentos tahures.

La gala consistía en arriesgar sumas enormes á un albur, viendo la pérdida con marcada indiferencia.

Así se contaba de Manuelito Rodríguez, (?) que con el producto de la venta de unas tijeras, ganó en una Pascua doscientos mil pesos, jugando á la dobla; de D. Matías Royuela, se decía, que una vez conversando, conversando, puso un albur de veinte mil pesos, y cuando se le anunció la pérdida no interrumpió un momento la relación interesante con que entretenía á sus amigos.

Lo más granado de la sociedad, lo eminente en el foro y en la Iglesia, en los destinos públicos y en el comercio, se entregaba al culto de Birján.

Los curas de almas, con todo y prole, rodeaban la carpeta verde, lo mismo que el padre de familia y el comerciante celoso de su crédito.

Había hacendado que se condenaba á privaciones todo el año para darse el gusto de perder cuarenta ó cincuenta mil pesos en la Pascua de San Agustín.

El centro de esta orgía era la plaza, en que el grande edificio contenía nevería, fonda, partidas públicas y reservadas, y en el fondo, la gran plaza de gallos, en cuyas peleas se aventuraban cuantiosas sumas.

Santa-Anna era el alma de este emporio del desbarajuste y de la licenciatura.

Era de verlo en la partida, rodeado de los potentados del agio, *dibujando* el albur, tomando del dinero ajeno, confundido con empleados de tres al cuarto y aun de oficiales subalternos; pedía y no pagaba, se le celebraban como gracias trampas indignas, y cuando se creía que languidecía el juego, el bello sexo concedía sus sonrisas y acompañaba á Birján en sus torerías.

En el juego de gallos era más repugnante el cuadro, con aquellos léperos desaforados, provocativos y drogueros, aquellos gritos, aquellas disputas y aquel circular perpetuo de cántaros y cajetes con pulque.

Allí presidía Santa-Anna, diciendo que proclamasen la chica ó la grande, cuidando que estuvieran listos los mochilleres y de que saliera vistosa la campaña de moros y cristianos.

Conocía al gallo tlacotalpeño y al de San Antonio el Pelón ó Tequixquiápam, daba reglas para la pelea de pico, y revisaba la *botana* para que estuviesen en orden las navajas de pelea.

Había momentos en que cantor de gallos, músicas, palmadas y desvergüenzas se cruzaban, en que los borrachines con el gallo bajo el brazo, acudían al Jefe

supremo, y éste reía y estaba verdaderamente en sus glorias en semejante concurrencia.

Á la caída de la tarde, en caudalosísimas corrientes se desprendía la gente, brotando del centro de callejones y vericuetos llenos de árboles y flores, y se dirigía al Calvario ó las Fuentes, á pie, á caballo, en carros ó carruajes elegantes.

El Calvario es una cuenca de verdura, dominada por una pequeña colina, con su capilla pintoresca.

Las Fuentes las forman la gradería de las extensas lomas de Sur y Occidente que forman casi anfiteatro magnífico que ciñe un prado extenso y risueño rodeado de huertas, de chozas de labradores y de casitas que blanquean entre las enredaderas, las *uñas de gato* y los cortinajes de *manto de la Virgen*.

En la gradería se instalaba el pueblo alegre, que amenizaban muchachos y vendimias en son campestre.

A la orilla de llanura tendíase elegante sillería con lugares de distinción. En una altura conveniente estaba la música.

Las grandes damas, los jóvenes garridos, los heraldos del buen tono y la moda, rompían el baile sobre el verde césped....y aquello era delicioso....Mientras cuadrillas, galopas, etc., formaban remolinos de seda y encajes, á la orilla del llano se convenían carreras saltan y travesean los muchachos y se ajustan partidos que nada tienen que ver con las partidas.

En la noche era el gran baile en la plaza de gallos.

Las sombras comunicaban proporciones colosales

á la orgía y servían de disfraz á la desvergüenza y al desenfreno.

Rimas, cantos, amor callejero, embriaguez repugnante .... y más en la sombra el dependiente de la casa de comercio que había jugado el dinero del amo, el padre de familia que había perdido el pan y la honra de su familia, y gente *non santa* que esperaban de la estafa y el robo la reparación de sus fortunas.

Mientras el pueblo se solazaba, y en torno del héroe todo era holgorio, aunque muy en voz baja la maledicencia llamaba *quince uñas* al César, aludiendo á su amor al dinero; en las Cámaras se organizaba como desapercibida una oposición decidida y concienzuda, reivindicadora del derecho y del honor que al fin sirvió de mucho á los buenos patriotas hasta producir la revolución gloriosa del 6 de Diciembre.

Por aquel tiempo se ordenó y llevó á cabo la demolición del Parián, grande cuadrado que ocupaba toda la extensión que hoy ocupa el zócalo, con cuatro grandes puertas, una á cada uno de los vientos, y en las caras exteriores, puertas de casas ó tiendas de comercio. En el interior había callejuelas y cajones como en el exterior, y alacenas de calzados, avíos de sastre, peletería, etc.

En un tiempo los parianistas constituían la flor y la nata de la sociedad mercantil de México, y amos y de-

pendientes daban el tono de la riqueza, de la influencia y de las finas maneras de la gente culta.

La parte del edificio que veía al palacio la ocupaban cajones de fierros, en que se vendían chapas y llaves, coas y rejas de arado, parrillas y tubos, sin que dejaran de exponerse balas y municiones de todos calibres, y campanas de todos tamaños. Una de estas tiendas, la de mayor nombradía, era la de los *chatos Flores*, D. Joaquín y D. Estanislao, ricos capitalistas, con fundiciones de cobre, haciendas, y qué sé yo cuántas propiedades.

Al frente de Catedral había grandes relojerías, á las que daba el tono D. Honorato Riaño, personaje singular del que se contaban mil curiosas anécdotas, y persona tenida en mucho entre los pintores de la época.

La contraesquina de la 1ª calle de Plateros y frente del portal, la ocupaba la gran sedería del Sr. Rico, en que se encontraban los encajes de Flandes, los rasos de China, los canelones y terciopelos, y lo más rico en telas y primores que traía la nao de China.

A poca distancia del Sr. Rico se veía la gran tiraduría de oro de D. José Núñez Morquecho, compañero de mi padre grande el Sr. D. Pedro Prieto, quienes mantenían cuantioso comercio con Filipinas y el Japón, haciendo envíos de cientos de miles de pesos en galones, canutillo, hilo de oro, flecos, rieles, etc.

Viendo á la Diputación, se hallaban, los cajones de ropa de los Sres. Mecas, las rebocerías de Romero y Mendoza, y la gran mercería de D. Vicente Valdez, cu-

ya sucursal de la calle de la Monterilla, hacía cuantiosísimas realizaciones.

En el interior, principalmente, los cajones de ropa eran de españoles, como los Sres. Izita, Iturriaga, y no recuerdo quiénes más.

Aquella reunión de comerciantes tenían costumbres casi conventuales: el dependiente acudía con las llaves que guardaba en un bolsón de badana, vivía con sus amos, y su primera asignación era de ocho pesos mensuales, comía en la casa del amo, rezaba el rosario á la oración y se retiraba al entresuelo á conciliar el sueño.

No se le permitía al dependiente fumar, ni que le visitaran amigos, ni recargarse de codos en el mostrador.....ni que se separase de su puesto....

Yo tenía muchos recuerdos del Parián, sobre todo los referentes al saqueo, y desde esa época, no sólo para mí, sino para muchos, tenía algo de triste el edificio, que sin duda aminoró el pesar, que de otro modo hubiera producido su destrucción.

Entre los parianistas había sobresalientes jugadores de damas, como Riaño y Rico, jugadores de ajedrez, como D. Manuel Rodríguez y Romero, rival de Carigton, y jugadores de pelota que se perdían de vista.

El Parián cerrado en la prima noche, en la parte frontera al portal, servía de lugar de tráfico á zapateros y sombrereros de lance ó sea *del Brazo fuerte;* y allí, borceguíes y zapatones se medían, teniendo por tapete las frescas losas de la banqueta y auxiliando el

semi vivo becerro del artefacto, con pedazos de papel ó grasa, para la fácil internación del pie.

A las ocho de la noche variaba la decoración.

Las puertas de los cajones del Portal de Mercaderes y las alacenas se cerraban, y en los quicios de las puertas tomaban asiento caballeros, señoritas y señoras, á ver pasar la concurrencia.

Los solterones comodinos se encaramaban en la parte saliente de las alacenas cerradas, cercándolos de pie los tertulianos, porque cada agrupación era una tertulia. La acera del Parián del frente, era el complemento del paseo, sin mas diferencia, sino que los quicios de las puertas eran para gente de baja ralea, entre la que se contaban las hijas vagabundas de la noche.

En el Portal de las Flores se vendían chorizones, pollo, fiambre, donoso, pasteles y empanadas, y otras olorosas meriendas; allí, en los quicios, y en amplios petates, se servían los manjares á la parte de la concurrencia más despreocupada, refugiándose, para las comilonas, la gente decente, en la parte del Parián que ve al Sur.

Todo este cuadro nocturno estaba pésimamente alumbrado por faroles alimentados con aceite, rompiendo, de trecho en trecho, las sombras, haces de ocote ó trastos de barro en grosero tripié, alumbrando la desaforada cara del proclamador de la mercancía, que gritaba con todos sus pulmones:

A cenar! á cenar
Pastelitos y empanadas;
Pasen, pasen á cenar!

Aunque en el horizonte político se agrupaban día por día las negras nubes de la revolución, en la corte se veían los sucesos con luz color de rosa, y los que no teníamos importancia, la pasábamos lo mejor posible; en esa carrera de empleado en que se frustra del todo aquello de «vivirás con el sudor de tu rostro.»

Uno de los compañeros de oficina, con quien trabé más estrecha amistad, fué D. José Hidalgo y Esnaurrízar, joven de finas maneras y bien aceptado entre la gente de buen tono.

El mérito especial de Pepe Hidalgo, como le llamaban generalmente, era ser sobrino de D. Antonio María Esnaurrízar, Tesorero general de la Nación, personaje de altísimas polendas, severo, erguido, de gran corbata y bastón con borlas, lujoso coche de caballos moros, á quien, por su rigidez y majestad, llamaban los palaciegos virrey embalsamado.

La familia del Sr. Esnaurrízar era muy estimada por su posición y virtudes; Hidalgo, huérfano de padre, era considerado como hijo de la familia, y esto le abrió las puertas de los empleos y excelentes relaciones.

Alto, delgado, barbilampiño, de ojos negros y algo de infantil en la expresión, Pepe era estimable; pero su instrucción en todas líneas era muy mediana, y su talento (si es permitido hacer esos valúos á quien no conoce el género) no pasaba del trabajo de munición con que la naturaleza obra en la gran mayoría de los hijos de Adán.

Las pretensiones de Hidalguito á la nobleza y á los

títulos de sangre azul, no tenían límite y, no obstante ser empleadillo con una dotación mezquina, declaró su Dulcinea, y aun creo pensó enlazarse con la hermosa joven D. O., una de las beldades que tenía en tortura mayor número de apasionados corazones.

Hidalgo era hijo de un honrado militar; pero no sé por qué calumnia, se le suponía favorecido por el barbero que acompañó á México al Virrey Venegas y fué el primero que cultivó en la gran Tenoxtitlán el copete y la patilla, derrotando vergonzosamente la coleta.

La revolución del 6 de Diciembre, aquella que puede llamarse la popular por excelencia, la que partió de los centros más obscuros del populacho y cobró raíces en los más elevados asientos sociales, fué, por decirlo así, preparada, madurada y determinada por Santa-Anna, por un cesarismo á la vez ridículo y sangriento y por ese militarismo estúpido que da á la fuerza bruta preponderancia sobre los derechos sagrados del hombre.

Y lo de notar es, el vaivén y cambio de colores de los hombres que se creían de principios, y si esto dependía en gran parte de suma ignorancia, dependía también de que Santa-Anna, que era un Proteo, tomaba todas las formas y se alistaba á todas las banderías, acompañándose inconsecuente, ya con los hombres de nuestra aristocracia y los fueros, ya con los liberales que proclamaban la igualdad, la tolerancia de cultos y las ideas de Farías, sin comprenderlas á derechas.

La orgía palaciega, el despotismo de los sátrapas, el

robo con la careta del agio, la meretriz, el tahur en la escala y con el colorido que andando los tiempos entregó al escarnio la lira Juveneciana de Offembach; todo determinaron, como hemos indicado, aquella célebre revolución.

Ardía el descontento por todos los ángulos del país, las propias reticencias de la prensa encadenada eran como aceite que sin gran ruido atiza una hoguera. Canalizo, que era el estafermo de Santa-Anna, autorizaba todas las arbitrariedades, hasta la de tomar el mando del Ejército, con atropello de las bases orgánicas, mandar recoger las llaves de las Cámaras y ordenar que se protestase obediencia al úkase de 29 de Noviembre, preliminar del golpe de estado.

La Cámara cobró una actitud resuelta y llena de prestigio, Alas y Llaca acusaron al Sr. Canalizo y á Santa-Anna.

La agitación cundió violentamente, los mismos empleados del Gobierno y los propios soldados, eran propagadores de la revuelta... el poder se arrastraba con convulsiones impotentes, y Santa-Anna, en medio de su embriaguez de suficiencia y de mando, persistía en su desprecio al pueblo y en su confianza absurda en la fuerza.

Los personajes más notables y visibles en aquella revolución, fueron: Pedraza, á quien ya conocemos; Llaca y D. Manuel Alas, Rosa y otros, ya habían preparado admirablemente la operación. El *Siglo XIX* pudo considerarse como el protagonista de este movimiento glorioso.

Llaca era de una familia distinguida de Querétaro, donde hizo sus primeros estudios. Aunque de clarísimo talento, no se hizo notable como estudiante, y sea porque tenía bienes de fortuna ó por otras causas, ejercía la profesión perezosamente, y á pesar de ser joven, se alejaba de la sociedad.

Cuando vino á México nombrado diputado, tendría de treinta y seis á cuarenta años.

Alto, huesoso, de pelo un tanto rojo, pecoso y carilargo, con una patilla rala y de á dedo de ancho, una mirada triste, un conjunto de cansancio y enfermedad.

Generalmente usaba una capa muy larga con su cuello de nutria, y cuando se despojaba de ella para hablar en la tribuna, se señalaba su cuerpo flaco entre los pliegues de su levita negra. Al hablar, llevaba su mano derecha á la boca del estómago y apoyaba la izquierda en la barandilla quedando medio doblado.

Llaca, observado, era mucho más expresivo escuchando ó meditando en silencio, que hablando. Al escuchar, pasaban por sus miradas relámpagos de intensas pasiones como si se pudiera ver desde una altura las olas de lava prontas á desbordarse y azotar todo lo que encontrasen á su paso.

Como tengo dicho, la voz de Llaca era apagada, sin colorido ni inflexion alguna, como si fuera la cubierta de figura humana de otro que hablase por dentro.

Eran de verse los corredores de palacio llenos de militares y de aduladores del poder y de esbirros, las galerías hirviendo en una concurrencia amenazadora, el

salón ó recinto de los diputados, silencioso, con un hombre alto y pálido que parecía rezar y decía:

«Se ha pedido razón de lo ocurrido al señor Ministro de la Guerra; pero es sabido que el señor Ministro (Basadre) ama más la carpeta verde que su cartera; he tratado no ya de hablar de intereses políticos sino del decoro y la vergüenza de ciertos funcionarios; pero bien veo que predicaba en desierto.»

«A poca distancia de nosotros, decía en otra ocasión, en la residencia del Primer Mexicano de la Nación, puede verse como en miniatura lo que es y debe esperarse de la situación actual.»

«A la entrada, mendigos, mutilados, huérfanos y viudas de hombres aumentativos de miseria.»

«En el salón de recepción, ministros extranjeros, hombres emplazados para tratar lo más conveniente á la honra del país, impacientes por hablar al César.»

«Más adentro los ayudantes gurupies de juego, corredores de amor, y ahí se habla cochero, se inventan hasta crímenes á los hombres de oposición, se proyectan palizas á los diputados.... Al último, en la pieza más recóndita, la verdadera Corte: tahures, galleros, agiotistas de vil ralea, portadores de obsequios que sirven de anzuelo á grandes negocios y..... la mujer pública, declarada viuda de un coronel que jamás existió, y el clérigo que va á pedir su pitanza por sus buenos oficios para con Dios.»

Así hablaba Llaca, impasible, la galería se estremecía, se retorcía, solía estallar frenética en aplausos ó

dicterios. El orador callaba, recobraba su asiento y se envolvía en su capa, extraño de todo punto á lo que pasaba en su alrededor.

Alas, chiquitín, pálido, activísimo y valiente, hablaba y obraba á la vez, buscaba el acuerdo de los hombres de acción, y se ponía á la cabeza de las combinaciones más peligrosas para derribar aquel oprobioso orden de cosas.

Canalizo había amordazado la prensa y mandado cerrar el Congreso; Santa-Anna, al frente del ejército, dictaba órdenes tiránicas, y los más leves accidentes tenían resonancia poderosa al anunciar la aurora del 6 de Diciembre, la gran revolución popular.

A la noticia del pronunciamiento, Canalizo, que era temerario de valor, dió orden para que volase Palacio, orden que no se llevó á cabo, por la eficaz mediación de un jefe del ejército llamado Falcón, que prestó con riesgo de su vida tan eminente servicio.

Las contestaciones se volvieron tumultuosas en el interior de Palacio; en el atrio inmenso de San Francisco se reunían paisanos armados de fusiles, escopetas, pistolas, sables, y se formaban entusiastas en son de guerra; en un zaguán de la calle de San Francisco estaban el General D. Pedro García Conde y el General D. José Joaquín Herrera, Presidente del Consejo.

Las corrientes de gente se engrosaban por momentos hasta hacer desaparecer el suelo, saltar sobre las rejas de las ventanas y columpiarse en los pies de gallo de los faroles del alumbrado.

Semblantes desaforados, ojos de locura, aullidos de fiera, carcajadas de orgía, sombreros de petate y sorbetes agitándose en el aire, cabelleras desgreñadas, ruidos indefinibles, todo como que surgía en borbotones entre un bosque movedizo de palos, fusiles, espadas, martillos y no sé cuántas cosas más.

Diputados y senadores seguían luciéndose.

La multitud rabiosa se dirigió al teatro y demolió en un instante la estatua de yeso erigida á Santa-Anna.

Corrió furibunda al Panteón de Santa Paula y con ferocidad salvaje exhumó la pierna de Santa-Anna, jugando con ella y haciéndola su escarnio; giró entonces para la Alameda, y obstinándose el alamedero en no abrir, arrancó de cimientos las puertas de fierro que giraron como las ramas de un árbol caído en un torrente impetuoso.

A la estatua de Santa-Anna que estaba en la Plaza del Volador, la pusieron en tierra, apeándola sin saberse cómo de su alta columna.

Cerca de las cuatro de la tarde, y en medio de aquella imponderable inundación, comenzó el desfile de diputados y senadores de San Francisco para Palacio. La gente que coronaba azoteas y balcones, lo mismo que la que corría por las calles, entre caballos y carruajes, que como que navegaban en un río alborotado, cercaban á los padres de la patria, proclamando sus nombres, agitando en el aire sus sombreros, arrojándoles flores desde las alturas.

—Mira, aquel flaco descolorido, es Llaca.

—¡Que viva Llaca!

—Ese que anda medio ladeado ¿quién es?

—El gran Pedraza.

—¿Y aquel?

—D. Luis de la Rosa.

—¡Que viva el Lic. Alas!

La comitiva llegó á Palacio.—La multitud se esparció en todas direcciones, y un inmenso grupo penetró á la Cámara, donde los diputados tomaron sus asientos, mezclados con los senadores.

El pueblo quiso lanzarse á despedazar un gran cuadro que representaba la rendición de Barradas en Tampico, obra del pintor París, en la que figuraba en primer término el General Santa-Anna.

Llaca se opuso, por tratarse de una gloria nacional, y el pueblo, con una docilidad encantadora, obedeció á Llaca y le siguió lleno de mansedumbre y bondad, como un caballo fogoso al sentir en su cuello la mano del dueño que le acaricia.

En la noche hubo gallos y alegrías, sin que se lamentasen robos, riñas, desórdenes.

Santa-Anna, desde Querétaro, lanzaba anatemas contra los rebeldes, en medio de una lluvia de adhesiones al Gobierno que se establecía en México.

Pedraza, Otero, Cuevas, Morales, prohombres del partido moderado, habían, con suma habilidad y sigilo, ordenado y dirigido aquel movimiento, y del seno de aquel partido salía el Gabinete del Sr. Herrera, per-

fectamente recibido, ante todo por la intachable probidad de sus miembros.

D. Luis G. Cuevas, Ministro de Relaciones; de Justicia, Lic. D. Mariano Riva Palacio; de Hacienda, D. Pedro Echeverría; Guerra, D. Pedro García Conde.

A los Sres. Cuevas y Riva Palacio ya los conocemos.

Echeverría era el hombre austero y retraído, callado siempre y enemigo de charla y bromitas, quijote en el cumplimiento de su palabra y caritativo en alto grado, negando con enojo los beneficios que hacía. Sus grandes y espesas cejas, velaban casi sus ojos azules llenos de bondad.

Tendría D. Pedro García Conde cincuenta ó cincuenta y dos años cuando entró en el Ministerio de la Guerra. Ya era ventajosamente conocido como ingeniero y hombre de ciencia, y como Director del Colegio Militar que puso bajo un pie excelente y produjo bajo su cuidado sazonados frutos.

Era un hombre el Sr. D. Pedro, moreno, alto y pálido, de nariz acaballetada y ojos verdes. Su voz tenía el dejo de la gente de su tierra, Arizpe, de donde salió muy niño.

En su trato interno era dulcísimo, y se ocupaba constantemente en mapas y plànos que fueron muy útiles y estimados.

Santa–Anna no le perdonó jamás su participación en el 6 de Diciembre y le perseguía tenaz y enconosamente.

Murió en 1851, y hubo la particularidad que después

de una vida tan azarosa, de tanto viaje y peripecia, fuese á morir al país de su nacimiento, en los brazos de su nodriza y á pocos pasos del lugar en que vió su primera luz.

La ciudad estaba declarada en estado de sitio y había la actividad consiguiente para depósitos, reservas de provisiones, forrajes, combustibles, etc.

Una reunión de señoras de la más alta distinción, ofrecieron sus servicios para los hospitales de sangre, y como donde van ellas van ellos, las reuniones exigían una excitación que se desfogaba en sonrisas ó miradas tiernas ó en celos y tempestades, que por fortuna no dejan rastro, cuando se saben ajustar con habilidad unos buenos tratados de paz.

En una casuquita del callejón de la Olla, pliegue, encarrujo, mueca ó divieso de la Alcaicería, se apiñaron como moscas á pilones de azúcar, literatos bélicos, adalides de pluma que tienen la crónica escandalosa en la punta de los dedos, que se hacen los confidentes de los próceres, fingen recados, conquistan policías, dan comisiones á viejas patrioteras mal averiguadas y zurcen un párrafo incendiario en la punta de una aguja de Cambray.

Entre estos patriotas, en primer término debo poner á Domingo Revilla, minero rico, pasante aprovechado de jurisprudencia, que emplazaba su examen por imponerse de marchas y maniobras de los cuerpos de ejército, hacerse amigo de los jefes y hacerse *amateur* de la vida de cuartel y campamento.

Juan N. Navarro, estudiante de medicina, de talento privilegiado, con una cara casi de bajo relieve de templo egipcio; Ramón I. Alcaraz, estudiante de medicina también, apasionadísimo al estudio de Santos Padres, poeta sentimental y correctísimo, de pasiones profundísimas y muchas veces caprichosas, que abandonó la carrera porque calculó de impotente la llamada ciencia, para curar á una joven á quien amaba tiernamente.

Ramírez era el ahuizote de Alcaraz; un día le saludó de lejos, diciéndole, adiós compañero de desgracia.

—¿De qué desgracia habla Ud.?

—Qué mayor desgracia, que la que seamos los dos tan feos.

Alcaraz se molestaba, por ser de suyo encogido y huraño.

En la casuca mencionada, los chicos ya nombrados, Banuet, Iturbide, Payno, J. J. Baz, Eulalio M. Ortega y no recuerdo cuántos más, forjaban folletos diabólicos escritos con hiel de víboras y con ácido prúsico contra Santa-Anna y los suyos, dándolos por un bledo á los papeleros que recorrían las calles enfurecidos gritando:

Los crímenes de Santa-Anna pidiendo están su cabeza.

Santa-Anna fué siempre malo, desde el vientre de su madre.

Santa-Anna ante los veteranos de la Independencia, y otros libelos que habrían hecho la reputación del propio Satanás, habiendo algunos notables por los talentos innegables de personas que escribían. La grita,

el barullo, los comelitones y disputas de escritores, papeleros y secuaces del escándalo, no son para contados.

Del corazón de esa falanje de plumas salió Domingo Revilla, por su cuenta y riesgo á verse con el Gral. Inda, heroico defensor de Puebla, contra las fuerzas de Santa-Anna que ocupaban el Cerro de San Juan.

Ya hemos dicho que Revilla era hombre vigoroso y resuelto, jinete diestrísimo y *amateur* del combate y los peligros.

Domingo era la adoración de sus amigos, su dinero estaba en la palma de su mano para socorro de los desgraciados... Violento y nervioso, cualquier cosa le sulfuraba, pero volvía en sí inmediatamente, y entonces raudales de bondades borraban las ligeras huellas de sus impaciencias.

Al llegar á las inmediaciones de Puebla, Revilla fué denunciado á Santa-Anna, y sin proceso ni causa, ni prueba alguna de culpabilidad, mandó que se le diesen doscientos azotes, suplicio que se verificó y sufrió nuestro amigo con entereza dignísima, guardando silencio sobre este suceso, y no profiriendo contra Santa-Anna una sola queja.

Otro acontecimiento que conmovió profundamente los ánimos, fué el de la prisión y condución á Palacio y las Cámaras, á D. Antonio Haro y Tamariz, quien acababa de fungir como Ministro de Hacienda.

Llevaba al Gobierno de México, en compañía del General D. José María González de Mendoza, proposicio-

nes de paz de Santa-Anna. Resguardado por un salvoconducto del Sr. Gral. Bravo, General en Jefe de las fuerzas que perseguían á Santa-Anna.

Era D. Antonio Haro un hombrecito como de filigrana, pequeño de cuerpo y esmeradamente vestido. Modales adamados, voz melíflua, y á primera vista un tipo de esos que lucen en una Canta Misa ó dirigen con acierto unos lanceros.

Educado con los jesuítas, y en la sociedad monástica de Puebla, era ceremonioso y pulcro; pero cuando daba suelta á sus pasiones políticas, era valiente hasta la temeridad, tenaz hasta lograr sus fines, y astuto como un hijo predilecto de Loyola.

En la Garita de San Lázaro fué aprehendido Haro; la noticia corrió como tizón arrastrado sobre un reguero de pólvora, y en instantes se alzó la gritería. Se incendió el tumulto, y sobre la triple muralla que formaban á Haro policías y soldados de infantería y caballería, se azotaban las olas del pueblo enfurecido, arrojando piedras y pidiendo á gritos la cabeza del audaz ministro de Santa-Anna. Aquel inmenso gentío se dirigió á Palacio, penetró en la Cámara, y Haro se refugió bajo el dosel. El pueblo rugía enfurecido. Se discutía lo que debía hacerse con Haro, vistas sus circunstancias excepcionales....La inquietud, el rugir sordo del enano parecían dominarlo todo: de pronto se escuchó una voz... ¡Silencio! ¡Silencio!

Como si aquella voz hubiera sido un soplo poderoso que hubiese apagado una tea, así se extinguió el

vocerío ...Volvimos la cara. Pedraza estaba en pie, erguido como de mayor talla....habló....

Recuerdo que decía, ese hombre es un villano, trae el corretaje de la afrenta de su suelo natal, de aquel suelo en que se meció su cuna y en que reposan las cenizas de sus padres...La tierra nativa es la madre que nos nutre y nos mima...es el huerto en que...se abre en la mañana de la vida la flor de nuestros primeros amores y ...así escarnecerla, así humillarla, así arrastrarla como á vil ramera....Ese hombre es un monstruo, en nombre de los sentimientos más honrados del hombre, en nombre de la sociedad indignada, en nombre de mi patria tan grande y digna de respeto...Antonio Haro y Tamariz.. yo te maldigo, yote maldigo... La emocion tenía como petrificado al auditorio.... el terror formaba como silencio de panteón....

Después de una pausa continuó: trae la palabra de nuestro representante, de nuestro general en Jefe que será respetada. ¿Establecemos una lucha de perfidias? ¿El grande, el honrado pueblo mexicano...descenderá al asesinato y la traición por un miserable?..eso no será, y Haro protegido por nuestra generosidad volverá á decir á su amo lo que vale este pueblo de que se constituyó verdugo.....

La impresión que esta escena produjo en Haro, le preocupaba constantemente. A mí me decía, con una voz pavorosa y de espanto....

«¿Qué le dió á D. Manuel por echarme aquella maldición, que hace la desgracia de mi vida?

Antonio Haro y Tamariz, maldito seas....¡oh! no lo soporto....

Las muy acertadas providencias del Gabinete Cuevas, la inmaculada pureza de sus miembros en su conducta pública y privada, y lo espontáneo de la adhesión de los pueblos al programa del Gabinete, comunicaban alegría y bienestar á las clases todas de la sociedad.

Juan Navarro, Escalante y Alcaraz, compusieron un himno que se convirtió en fórmula del triunfo de la moral y de la ley.

El astro de la gloria,
Ya luce, mexicanos,
Cayeron los tiranos,
Triunfó la libertad.

No obstante los elementos felices de reorganización que mencionamos, la herencia de inmoralidad, de desorden y de hábito por los negocios pecuniarios, en que los agiotistas tenían comprometidas grandes sumas, hacían muy difíciles las circunstancias, agravándose éstas con los avances de los tejanos, la actitud de los Estados Unidos y las intrigas del general Paredes, representante apasionado del círculo monarquista, y en toda exageración servil, prohombre de los partidos clerical y militar.

El Sr. Herrera fué electo Presidente, y su Ministerio renunció para dejarle en libertad de nombrar un nuevo Gabinete.

El Sr. Herrera, por sus ligeros estudios, por haber tomado parte activísima en la Independencia y por

convicciones, era liberal; pero su modestia suma, su primera educación y el prestigio que tenían sobre él personas como Otero y Pedraza, lo sujetaban en el partido moderado, siguiendo dócilmente sus inspiraciones.

Consecuente con ellas, nombró el siguiente Ministerio:

Relaciones, Sr. Peña y Peña.

Justicia, Bernardo Couto.

Hacienda, Fernández del Castillo.

Guerra, General Pedro Anaya.

El Sr. D. Manuel de la Peña y Peña era considerado como una gloria del foro y como uno de esos monumentos que se transmiten de una á otra edad, con cierto prestigio y veneración.

El Sr. Peña y Peña, como algunos letrados de su tiempo, era abogado y sólo abogado, viendo si no con desdén, sí con frialdad, ramos de literatura que cultivaban con brillantez los hombres de su tiempo.

Corpulento, ancho de espaldas, severo de facciones, detenido y campanudo en el habla, ceremonioso y esmerado en sus maneras.

Sus relaciones eran con personas de alta posición y con dignidades de la Iglesia, porque era cristiano ejemplar, sembraba su conversación de latines y se pagaba del respeto con que le veían sus discípulos, entre los que se contaba el Sr. Riva Palacio. Las lecciones de práctica forense del Sr. Peña y Peña son vistas, aun hoy, como obra de un jurisconsulto de primer orden.

Pequeño de cuerpo, de modales compasados y gra-

ves, frente convexa llena de bondad é inteligencia, ojos encapotados pero penetrantes, cabello como púas, retraído, silencioso, con pasos afectadamente largos, D. Bernardo Couto, habría pasado por una persona vulgar si no se le hubiera escuchado en la tribuna.

En ella el Sr. Couto, apartándose de la escuela viciosa de los malos imitadores de Chateaubriand, de la frase rimbombante y de la metáfora de bomba que estaban en boga, era conciso, correcto, lógico, inflexible, verdaderamente elocuente.

Literato distinguido, conocedor como pocos de nuestra historia, jurisconsulto eminente, dado á conocer muy ventajosamente por el Dr. Mora como hombre de la más alta importancia, Couto no se envanecía, y en su trato era dulce y comedido.

Su intransigencia, y acaso cierto cambio en sus opiniones liberales, dependía de sus escrúpulos religiosos.

Acaso á esto contribuía su salud muy delicada: el Sr. Couto dormía de tres á cuatro horas sentado en su estudio, comía muy poco, y sus nervios se resentían de la más ligera emoción.

El Sr. Fernández del Castillo era un buen empleado de Hacienda, hecho y derecho de la estirpe legítima de Bandolon y Unzueta, de Canseco y Payno y Bustamante.

Alto, grueso, expedito, jovial, sumiso con sus jefes, mientras fué subalterno, benévolo con sus empleados cuando fué jefe.

Apegado á las leyes de Álas y á la Ordenanza de Intendentes, con la recopilación de Arrillaga en la punta de los dedos, y D. Pedro Muchada como autoridad, el Sr. Castillo llegó á Tesorero General, y ocupó el Ministerio de Hacienda con aplauso general, por su finura y probidad.

Fué como una aparición en el Ministerio de la Guerra la presentación del Sr. D. Pedro Anaya, según se decía, por influjo y recomendación especial del Sr. Gómez Pedraza.

El Sr. Anaya tuvo una carrera muy obscura, aunque muy joven sentó plaza de cadete. En 1821, en calidad de capitán, tomó parte por la Independencia, y hasta 1833 no se hizo visible.

Nombrado para la expedición de Guatemala, contrajo amistad íntima con el Sr. Filisola, cuya fama reconocía como suya, recibiendo y dispensando toda clase.... (sic.)

Pálido, tieso, malmodiento, huraño, con salidas bruscas y poco afecto á ceremonias y circunloquios, hubiera sido Anaya repelente, si no se percibiera en él á primera vista, el hombre que no sabía mentir, el hombre inmaculado en cuanto á manejo de intereses, y el hombre valiente y lleno de generosidad para sus enemigos, especialmente.

Este Ministerio sucumbió por el pronunciamiento de D. Mariano Salas, militar á la antigua, valiente y fanático, caserito y alegre en la paz y entre las damas, severo é inflexible en la guerra; tan útil para dis-

poner una diversión casera como para dar lustre á una toma de hábito y una Canta Misa.

Su casa era centro de escogida sociedad, y su señora, Pepita Cardeña, una matrona llena de virtudes que ejercía poderoso influjo sobre su esposo, á quien era muy superior en cuanto á inteligencia.

A Salas sucedió Paredes en el poder, á consecuencia de su conducta criminal de pronunciarse en la Hacienda de la Pila (San Luis Potosí) contra el Gobierno que había confiado á su honor aquella fuerza para defender la Independencia, combatiendo contra los tejanos.

Mientras esos cambios se verificaban, los importantísimos cambios que apenas indicamos, los partidos se agitaban con demasiada efervescencia.

Al lado del General Salas, y con visibles tendencias al restablecimiento de la federación, se encontraban Lafragua y Farías, el primero fino, moderado, colegialito aplicado de Puebla, familiar del Obispo, poeta correcto y frío, pródigo, y en todo minucioso y simétrico.

Vivía solo, dirigía la casa como una inteligentísima ama de gobierno. En su sala, en primer término, estaban su bonete y su beca. A sus libros los empastaba por colores y tamaños, como los caballos de un regimiento. Tachábasele de mezquino y se le concedían los honores de la inmortalidad á un paletó café que había crecido con él desde que estudiaba gramática.

Y no obstante de que no es posible asignar un primer puesto entre los personajes influyentes de la época, tuvo participación activa en los sucesos, por su

amistad íntima con Domingo Ibarra, Comonfort, Cardoso y el círculo en que dominaban Pedraza, Otero y Mariano Yáñez.

Con el Gral. Paredes se entronizaba resuelto en el poder el partido anti-independiente, el de las clases, el del trono y el altar, y se entronizaba resuelto á plantear el sistema monárquico con una organización que parecía indestructible.

Paredes, como casi todos los generales, era ignorantísimo; su admiracion por el sistema español, profundo, y su odio á la canalla, invencible.

Pequeño de cuerpo, de roma nariz y ojos pequeños, pelo lacio, erguido y pretensioso, la figura de Paredes, bien aprovechada, podía servir para recaudar boletos á la puerta de un teatro, ú ordenar una procesión de desagravios. Pero su reputación de valiente era justamente adquirida y de su rectitud.

El Gral. Paredes, enlazado estrechamente con los Condes del Valle, con altísimas dignidades eclesiásticas y relacionado con casas nobilísimas de España, tenía motivos de profesar veneración profunda al señor Alamán, Padre Arrillaga, Padre Nájera, Castillo Lanzas, Bonilla, Jáuregui, Baldomero, Miranda y otros prohombres del partido conservador.

Por otra parte, la familia del Sr. Paredes era una familia ejemplar, en que lucían, á par de las virtudes, los usos más correctos y pulcros de la buena sociedad. La Sra. Doña Josefa Cortés de Paredes era distinguidísima matrona, pertenecía á una familia rica de Guada-

lajara, y tenía ese tono de franqueza que distingue á las familias aristocráticas de aquella parte de la República.

Pero á pesar de su reserva y de su educación esmerada, la señora era lo más intolerante, lo más apegado al clero, y lo más poderosamente decisivo en el consejo del Sr. Paredes, y no tanto, en mi juicio, por la parte política, sus combinaciones y conveniencias de familias, no, sino por el principio religioso que la señora creía altamente comprometido con los liberales, que según ella, ampliaban día por día los dominios de Satanás contra Dios y contra toda la corte celestial.

La señora, á quien por lo dicho, le llamaban los liberes Madame Sàn Dizié, recordando al Judío errante, era centro de poderosísima acción, que se extendía en el corazón de las familias á lo más granado de nuestra sociedad.

Bandera y guía, consejero y símbolo de fe era *El Tiempo*, periódico semi-oficial, establecido para la propaganda de la monarquía y en el que escribían Alamán, Bonilla, Elguero y Tagle más visiblemente, pero en el que daban sus pinceladas Don José Dolores Ulíbarri, Aguilar y Marocho, Nájera y algunos otros.

Este periódico estaba elegantemente escrito, con doctrinas evidentemente retrógradas expuestas con todas las galas del bien decir, y con esa flexibilidad hipócrita que pone lo más santo de parapeto para conseguir los más indignos fines.

Se suponía amigo y protector de este complot al se-

ñor D. Salvador Bermúdez de Castro, Ministro de España, literato y poeta notable y hombre de grande atractivo por su porte y sus finezas en el trato social.

Paredes se había instalado en el Correo, que existía entonces en la calle de San Francisco, donde hoy existe el Palacio de Cristal. El grande edificio se dividía en dos grandes secciones: una, ocupada por las oficinas, la otra, habitación de los jefes, la fué á ocupar el Sr. Paredes con su familia, compuesta de la señora, tres niñas y frecuentemente el Sr. Dr. D. Luis Muñiz, casado con la hija mayor del general, persona en quien competía, la gracia la belleza y la bondad.

El Correo era lugar de cita de beatas, beatos, mayordomos de monjas, sacristanes, demandaderos, sobrinos devotos y pecadores arrepentidos, que se alistaban en las banderas de la fe para salvar sus almas, procurando el viaje á los apretados infiernos, de los enemigos.

La prensa, haciendo un esfuerzo supremo, combatía al poder, señalándose el *Monitor Republicano*, cuyo editor D. Vicente García Torres sostenía en todos los terrenos las doctrinas del periódico.

García Torres era natural del Estado de México, de una familia muy pobre. Vino á la Capital y tuvo un acomodo subalterno en la casa del Marqués de Vivanco. Marchó con sus favorecedores á Inglaterra, donde aprendió inglés y francés y contrajo matrimonio con una suiza, honrada y económica, que de sus ahorros formó una pequeña fortuna.

No sé bien, por qué conjunto de circunstancias, á su regreso á la República, se empeñó en hacer la edición de un tratado completo de diplomacia, publicación que algunos creyeron tan estéril é inoportuna como si se tratase del Korán.

Por una singularidad inexplicable, aquella publicación tuvo éxito asombroso entre matanceros *(sic)* y gente de escaleras, y de hay nació *El Estandarte*, *El Monitor* y otras publicaciones liberales.

García Torres, no sólo no tenía educación literaria, ¡pero ni elemental perfecta!; sin embargo, tenía instintos generosos en favor del pueblo, y tuvo el tino de aconsejarse de Cardoso, Olaguíbel y Lafragua, comprometiendo sin vacilación su persona y su fortuna.

Don Vicente no tenía vanidad alguna, confesaba su ignorancia y tributaba respeto á las personas de saber.

Valiente, buen jinete, arriesgado en los lances revolucionarios y sabiendo asumir la responsabilidad de sus actos, se hizo apreciable y conseguía se convirtieran en gracias sus salidas de hombre del pueblo.

Al *Monitor* se refugiaron para escribir en contra de Paredes, Iturbide D. Sabás, Juan Navarro, Alcaraz, Castillo Velasco, Torrescano, Revilla, Francisco Banuet y otros de menor importancia, entre los que tengo el honor de contarme.

El que escribía el artículo, lo firmaba y se disponía á sufrir las consecuencias.

García Torres fué llamado por el Sr. Paredes para

hacerle agrias reconvenciones por su periódico; pero D. Vicente, lejos de retractación y disculpa, echó en cara al Presidente su mal manejo, y ardió Troya. García Torres salió desterrado para Monterrey, dejando su familia y sus intereses en malísima posición; pero recomendándonos continuar en la lucha hasta el último cuadratín de la imprenta.

Aquélla redacción ardía y se comunicaba con otras redacciones y confocos revolucionarios en continua agitación, porque es de advertir, que en el fondo, la política podía describirse con *el quitate tú para ponerme yo*, como se había repetido desde el famoso motín de la Acordada.

Ramírez y yo habíamos pensado y madurado el establecimiento de un periódico satírico.

Payno tenía una imprenta en compañía de D. Juan de la Granja, generosísimo español, amigo de México é introductor en la República del telégrafo que funcionó por primera vez en la calle de las Damas, núm. 9, esquina del Puente Quebrado.

Sedujimos á Payno, dejándole todo lo que fuese ventaja y lucro; invitamos á Vicente Segura á que nos acompañase, se adhirió á nosotros un pintor lleno de talento, y gracias á nosotros, y el día menos pensado, derramando chistes, alborotando conciencias, burlando masones y alarmando bribones, salió á luz *Don Simplicio*, esgrimiendo su látigo en busca de peligrosas aventuras.

Ramírez adoptó el seudónimo de Nigromante, Vi-

cente Segura el de Cantárida, y yo, primero, el de Zancadilla y después el D. Simplicio.

Me es preciso dar á conocer á Vicente Segura, por el papel importante que representó después en el bando conservador y por su muerte trágica.

Guapo chico era Vicente Segura, rechoncho y expedito, franco y campechano, muy valiente y sin presunción alguna como literato, no obstante tener talento despejado é instrucción, aunque desordenada, bastante notable.

Segura era liberal moderado; pero sean reminiscencias de educación, sea que en el personal del partido exaltado había verdaderos y capitales defectos, Segura odiaba á los puros y afrontaba disgustos particulares con mucha frecuencia.

Por otra parte, Segura había nacido y se había creado en un círculo cristiano timorato y apegado al sistema colonial, y esto, y la influencia de personas como Pesado, Carpio y Couto determinaron su cambio con la exaltación que vimos, porque en Vicente todo era pasión.

Don Simplicio tuvo una fortuna estupenda; el lugar que supo conquistarse fué en primera línea, y contribuyó no poco á su prestigio un incidente que pinta la época.

Como hemos dicho, el Sr. Paredes vivía en el Correo, y allí hacía su despacho.

En el Correo había un gran salón, de quince á veinte varas, con sillería corriente, y á la cabecera una pequeña mesa con su carpeta verde.

El salón se mal alumbraba al caer la noche, y sobre la mesita aparecía una botella, que tomó el nombre de cucharadas de Vanderlinden, jefe del Cuerpo Médico Militar, y cuyas cucharadas, según los maldicientes, recordaban más á Noé, que á Esculapio.

A las oraciones de la noche iban llegando uno á uno los jefes de la guarnición, los coroneles de los cuerpos, los asesores, los amigos íntimos del general.

El conjunto era de esos matones cabelludos, con el pescuezo hundido entre los hombros, ó bien despersonados rancheros, de piernas de paréntesis, y un dedo menos ó un brazo como arco de violín.

A cierta hora salía de las piezas interiores el general, con su gorrita de terciopelo bordada y emprendía conversación con sus amigos.

Por supuesto, que todos estos amigos llevaban su tiempo en el sombrero; suspiraban por el rey, y dejaban caer sus calumnias contra los pícaros demagogos.

El general se lamentaba de que ya no hubiese hombres; refería que en su tiempo llovían las palizas sobre los insolentes escritores, y aquello era una de delaciones de chismes y bravatas, sobre toda ponderación.

Ramírez y yo, habíamos compaginado una letrilla de circunstancias, cuyo coro decía:

Con bonete anda el soldado,
Y el clérigo con morrión,
La cruz y la espada unidas
Gobiernan á la Nación,
¡Que viva la bella unión!

Gran boga tuvieron estos versitos. Algún malquiriente provocó en la junta nocturna conversación, y se comprometió á dar á mi costa un buen rato á sus amigos.

A mí me llamaron de parte del señor Presidente; yo concurrí, y cuando volví la cara, estaba en medio de un círculo desconocido; con *Don Simplicio* al frente é instándome todos de la manera más provocativa é irónica á que leyese.

—Ya verá Ud., mi general.... el joven lee con garbo; va Ud. á ver.

Yo titubeaba.... no hallaba qué hacer.

—Cómo! ¿tiene Ud. miedo? dijo alguno....

—Lea Ud., amigo, dijo imperativo el Sr. Paredes...

Entonces yo, echando el pecho al agua, levanté la voz. y acentuando bien la sátira, repetí, en medio de aquellos esbirros llenos de entorchados y de odio la libertad:

Con bonete anda el soldado, etc.

A medida que hablaba, los rostros se ponían más y más sombríos.... y le veía al Presidente ímpetus de arrebatarme el papel de la mano y cometer una tropelía.... en efecto, hubo un momento en que el prócer se disparó; pero yo, que lo esperaba.... me refugié en las piezas de la habitación del Sr. Paredes, donde su familia me llenó de atenciones y favores, empeñando para siempre mi gratitud.

Por ese tiempo, llamaron un tanto la atención en la prensa, el joven D. Agustín A. Franco y Lic. General D. Ignacio Sierra y Rosso.

El primero, era un joven, ornato de la juventud y joya de la moda. Hijo de un empleado subalterno del Estado de México; por su educación y virtudes se relacionó con la mejor sociedad, y proporcionó á Agustín esmerada educación.

Franco era arrogante mozo; de ojos negros lindísimos, pelo de azabache, fino y esmeradamente cuidado, una boca, que en su interior la hacía luminosa su dentadura blanquísima, y un conjunto verdaderamente artístico y escultural. Estas perfecciones que él conocía y cultivaba con soberbia, estaban contrabalanceadas y como obscurecidas con el defecto de la cojera, era cojo de una sola pierna, y una muleta, aunque la manejaba con destreza, perdía la figura; y le mortificaba al extremo.

Nimio y pulido en el tocador, Franco se cegaba con su belleza, y sacaba partido de su quietud forzada, estudiando asiduamente, y perfeccionando el inglés, el francés, el latín y el italiano, en que era sobresaliente.

La capacidad de Franco no era extraordinaria; pero él aspiraba en todo á los primeros lugares, sin cuidarse de creencias ni convicciones políticas, y yo creo que su alistamiento en el partido retrógado, fué debido á que no encontró asiento en la primera línea de los prohombres del partido liberal.

Enamorado, valiente y espléndido en sus gastos, sin

medios competentes para cubrirlos, se hizo redactor del *Diario del Gobierno;* embistió furioso contra los enemigos de las clases privilegiadas, y se preparó el camino á que fué llamado después.

. Con motivo de haber publicado en su periódico la novela de Balzac, titulada *El Père Goriot*, se le quedó como apodo, Père Goriot, sin que tuviese, maldita la conexión, la novela de que hablamos, con la vida y circunstancias de Franco.

D. Ignacio Sierra y Rosso era otra cosa; jalapeño, festivo y *bon vivant;* colegial de mediano empuje; pero popular por lo servicial y buen chico, desde muy temprano se adhirió al general Santa-Anna, de quien era, como él decía, fanático adorador.

Grandes ojos, como una enorme papa la nariz, boca de amplia entrada y aguanosa, patilla de hilo negro con grandes claros, D. Ignacio se declaró el Homero de Santa-Anna é hizo de su lira una escala, con la que llegó á los más altos destinos.

Santa-Anna distinguía á su coplero, y le procuraba pingües colocaciones: ya como general del ejército en la artillería, ya en la Dirección General de Rentas, ya, por último, como Ministro de Hacienda.

En las solemnidades cívicas, en los banquetes, en los días de campo, el chatito Sierra se distinguía, y era el devoto más ferviente del general Santa-Anna. Decía en una octava:

Vista muy dulce en calurosa tarde
Es del Océano la templada brisa,
Y dulce al joven amador cobarde
De su amada en los labios ver la risa;
Pero más dulce al corazón y arde
Dentro el pecho latiendo más de prisa,
Cuando el aura feliz repite ufana:
¡Viva el excelso general Santa-Anna!

No siempre el César era amable con su cantor, y estando en el Ministerio, empleaba para con él el lenguaje soez y cuartelero, hijo de su depravada educación.

—¡Bruto!—¡poetastro!—¿Cuándo se va Ud. del Ministerio?

Sierra callaba; y cuando Santa-Anna se alejaba, decía: ¡qué chanzas tiene el señor Presidente! me quiere como á hijo.

Debo decir, en obsequio de la verdad, que en los tiempos de prueba, Sierra no abandonó á su bienhechor y lo defendió con entereza, como caballero reconocido.

La agitación política, las discusiones perpetuas, el acecho contra los manejos de los monarquistas, apenas me dejaban excursionar, no ya por mis barrios y los ajenos, sino por la sociedad distinguida, donde brotaba una nueva florecencia de hermosuras, encantando las miradas y avasallando los corazones.

En las aristocráticas tertulias de la Sra. Agüero y del Ministro español, lucían las Sritas. Sáyagos, la señora de Obregón, que aunque reputado de avaro, el marido, gastaba lujo deslumbrador. La familia Lasquety, con

su noble tradición de conde del Venadito, las Sritas. Zozayas, distinguiéndose por su belleza Lucesita, de cuyo rostro se decía copiado el de la Purísima; de San Francisco, así como el de la Dolorosa de la Profesa, de Paz Villamil, hija de la célebre güera Rodríguez, la lindísima Hipólita Urruchua y Escobedos, Gómez, Lamadrid, Royuelas y otras.

La sacerdotisa de la moda encargada del vestido y adorno de estas deidades, era Virginia Gourgués, atendida y considerada de las principales familias, al punto de casarse su hijo Octavio con una hija del general Paredes, percance democrático que no sabemos cómo recibiría la familia.

Y ya que hablamos de modas, diremos que el peinado consistía en grandes cuencas de cabello junto de las sienes, las crenchas abiertas en la parte posterior de la cabeza, y profusión de alhajas que expendía Tenier, platero, que hizo en muy poco tiempo gran fortuna.

Entre los jóvenes que pintaban en el ocho, hacían raya entonces Joaquín Rincón Gallardo, á quien por su apostura llamaban el Vizconde de San Remy; Peña y Barragán, Félix Galindo, que tuvo brillante manejo en la guerra americana, Benlegui y otros que no recuerdo.

En cuanto al *pópulo*, nada era comparable á la creación ardiente, fecunda época y casi sublime del Gran Paseo de la Retama, obra de D. José Román, conocido con el nombre del Señor del Veneno, como chanza tierna de la gente de humilde pelaje.

Román fué un genio que quedó en borrador, porque no hubo tiempo para copiarlo en limpio.

Lanzándose á la izquierda de la frontera de Necatitlán, y como quien se zabulle en un túnel, se penetraba en un callejón que tenía más de estrecho acueducto que de tránsito, y más de cañón de escopeta que de lugar habitado; escurriéndose y limpiando graduado de escobellón aquel tubo, se abrían paso las paredes como para hacer una cabriola, y saltando de una ruina en otra de trechos despejados y trechos con yerba crecida. . . . en una pared blaquísima, con letras coloradas se leía: *Gran Paseo de la Retama.*

Anuncio tan gigantesco coronaba una puertecilla pequeña y angosta, en donde se tenía que entrar ladeado y poco menos que á gatas.

Inmediatamente tras de la puerta, y con atrevidas pretensiones de puente, había una viga movediza é inquieta protectora de difíciles equilibrios, y una vez que otra conductora infiel de los concurrentes al paseo.

Al tocar la tierra firme la viga, el camino se bifurcaba, conduciendo por dos senderos diferentes al *Departamento de las Musas y gente fina*, y *al departamento* del pueblo soberano, todo anunciado con letreros laboriosos en que las Q eran sirenas, las S serpientes y las Aes unos polichinelas abiertos de piernas, verdaderos milagros del pincel callejero.

El todo del paseo era un corral inmenso con una zanja en su centro, y arbolillos dispersos en varias direcciones, con uno que otro conato de sembrado, á la

orilla de la acequia, de chícharo, rosas, retamas y maravillas rojas y disciplinadas.

En primer término, y á la entrada del Recreo, como le llamaba, se encontraba el propietario D. N. Román, erguido y serio como militar de los educados por D. Juan Andrade.

Fotografiando al Sr. Román, podían verse sus grandes ojos, su cabello cerdoso pero combatido con grasa y cepillo, cubriéndole la frente; el moreno de la cutis con visible aproximación á lo negro; su bigote como enredadera á la entrada de gruta, y el todo de su fisonomía joco-serio de picaresco embozado ó pecador arrepentido. D. J. Román era el gran cicerone para visitar su establecimiento, el primero de su género.

En el centro de la sección de la gente fina, se alzaba una rotonda ó edificio circular sostenido por columnas de madera que descansaban en poyos de piedra que servían de asientos.

Cada uno de los pilares estaba revestido de un lienzo que representaba una musa ó su equivalente, en concepto del Sr. Román.

Melpómene con su puñal y su máscara; Talía con su lira; el Cura Hidalgo con su estandarte de la Virgen de Guadalupe; Cupido con sus alas y su arco; el Emperador Iturbide y no recuerdo qué más.

De uno á otro pilar flotaban bandas ó cortinas con inscripciones en honra del trabajo, en encarecimiento del amor á la patria y en recomendaciones á la concurrencia que decían: «Gozar sin abusar.»

Aquella mansión de las musas, de los héroes y del amor, servía para almuerzos y cenas de carácter privado, de palenque de gallos con todo su trágico grito y accidentes, y de salón de baile, á su tiempo, en que sobresalían Castañeda y Alejo Infante, los Bernalitos, hijos de Isabel Rendón, y algún descarriado de los grandes bailes de Pautret.

A corta distancia de la mansión de las Musas, se encontraba un salón sin friso ni ladrillos, que servía en una mitad como sala de armas y en la otra como lugar de gimnasio, marcado con un brazo con el puño cerrado, y arriba este letrero, «Fuerza de Brazo,» y en una pieza muy retirada, con su techo de vidrios del país, peinazos, mesas y útiles de imprenta, oficina que servía á D. Román para dar vuelo á sus producciones poéticas, y prestaba á sus amigos para la propagación de sus ideas, como yorkino rematado.

En el departamento del pueblo soberano, se agitaban, girando por todas partes, dulceros, pasteleros, vendedores de palanquetas, ponteduros y garbanzos, saltando sobre puestos de naranjas y cañas, cacahuates, pinole, aguas lojas y todos los bebestibles y comestibles que se pueden imaginar.

Este trajín era como el acompañamiento y atractivo de los diversos juegos que ponía en acción el pueblo, entre risas y gritos, que consistían en columpios, voladores, sube y baja, treta, rayuelas, pítima y retozos que unidos al baile, realizaban el ideal del Edén Callejero.

Entre los decentes, la música de viento alternaba con la de cuerda, en contradanzas, cuadrillas, valses y una que otra pieza como el Ondu y la Manflorina. En esos bailes lucían los chicos levitas de cutica (*sic*) cortadas por Galma ó Gómez, y pantalones de piel de tuza ó paño del país, y las damas, túnicos de muselina, tápalos de coco y burato, zapatito bajo con cáliga delgada sobre la media de seda ó de finísimo hilo de Escocia.

El pueblo soberano empleaba toda clase de matices, cuero y pana, coleta y manta blanca, sombrero de petate y de panza de burro, y la china, la enagua de castor y de mascada de seda, de estampados del Portal de Prado y de jerguetilla de Querétaro.

Los muchachos eran el desastre, sin más excepción que tal cual párvulo vestido de frailecito en cumplimiento de alguna manda, ó de soldado como anuncio de su procedencia de algún militar encumbrado á la charretera, desde recluta bien aleccionado y amanzado por cabos tiránicos.

El pronunciamiento de la Ciudadela puso en evidencia la importacia y los recursos de la monarquía, los actores de ese drama mal ensayado aparecieron como polichinelas sorprendidos fuera del salón en que el carnaval se celebra.

Entre tanto, los acontecimientos de la guerra se precipitaban; Palo Alto y la Resaca, sangrando en la frontera, clamaban vengarse. En las cámaras se arbitraban

medios de defensa y se ponía la mano en las arcas del clero.

Entonces, y con una celeridad que podía hacer aparecer como perezoso al rayo, se extendió, cundió, se filtró y penetró por todos los poros del cuerpo social, el encono y la alarma por la presencia de Farías en el poder.

Monjas, frailes, sacristanes, devotos, mayordomos de monjas, cantores y dependientes de las catedrales y oficinas con rezos y preces, con triduos y lloros, desataron odios y anatemas, rompiendo los vínculos más sagrados de familia y presentando la misma traición á la patria, como pruebas de amor á Dios y méritos para alcanzar la gloria.

Farías inflexible, pugnaba por llevar adelante la ocupación de los bienes del clero; renunciaron varios empleados, y la casualidad hizo que pasase por la plaza Juan José Baz, entonces muy joven, pero dado á conocer por su vehemencia de carácter y sus opiniones aticlericales.

—Ve Ud. ese muchacho que va por allí á caballo, desapercibido....

—Sí le veo dijo Farías.

—Pues ese será el Gobernador que publique, sin observación, el bando de manos muertas, y no cejará ante ningún inconveniente.

Llamaron á Baz, se presentó con sus calzoneras color de haba, y su aspecto despierto y entendido.

Se le ofreció el Gobierno.

—Acepto con gusto....y trabajaré lealmente.

A José María Iglesias y á mí, nos llamó para que le sirviéramos como secretarios los primeros momentos cumplió su palabra trabajando sin descanso y desafiando todo género de peligros.

A la noticia del plan de la Ciudadela, Santa-Anna se puso en camino desde el lugar de su destierro, acompañado de D. Antonio Haro, D. Manuel Crescencio Rejón, Gral. D. Ignacio Basadre y D. Juan N. Almonte.

Conocemos ya á tres de los viajeros. El Lic. Rejón era patriota yucateco exaltadísimo, de claro talento, de hablar atropellado y fogoso, con el marcado tipo del mulato y la audacia del indio montaraz. Su instrucción le hacía muy superior en el círculo en que figuraba, unido á Farías, Olaguíbel, Navarro, Suárez, Iriarte, y los agitaderes del pueblo que eran contados; pero tenidos en mucho, como gente de acción, la imaginación de Rejón, se solazaba con avidez entre las tempestades de la revolución francesa, y la realización de su ideal eran los Estados Unidos en que soñaba con la voluptuosidad que un musulmán en el paraíso del Profeta.

Basadre era un caballero legendario; grandes ojos negros, porte dramático, palabra seductora, archivo de anécdotas y aventuras del gran mundo; ornato de la culta sociedad europea.... en el fondo, el arbitrista, el esclavo de Birján, el émulo del baroncito Faublas y de Gustavo el calavera.

Basadre se había filiado á tiempo en el partido yorkino, y disfrutaba de la confianza de personas de alta su osición.

Había viajado mucho, y siempre creando novelescas aventuras, contábase que tenía marcada semejanza con D. Carlos de Borbón, y esto le había procurado altas y bajas singularísimas.

La conversación de Basadre era amena, pintoresca, salpicada de joyas de erudición y gracia. La crónica escandalosa en sus labios, adquiría la belleza poética del poema.

Esta pequeña comitiva realmente no marcaba color político respecto de Santa-Anna, que llegó á México, donde Sierra y Rosso y D. Anastasio Zerecero le hicieron los honores.

En estas circunstancias surgieron los *meetings*, reclamando la atención pública, y espantando á los serviles que no habían visto nunca frente á frente y en actitud resuelta á los enemigos del retroceso y de la servidumbre.

Los *meetings* se promovieron para contrabalancear la cábala, la intriga y los manejos del partido clerical que enervaban la acción del Gobierno en nombre de Dios y de su santa religión.

Un Lic. Borda, lleno de talento y de deudas y enredos, con una cicatriz en el labio inferior y unos ojos de desvelo en juego, propagó la idea en el café, y pronto formamos con él la Junta Directiva, Ramírez, Juan José Castillo Velasco y yo, pidiendo y obteniendo para las primeras sesiones, el salón del piso superior de la Universidad.

Anunciόse el *meeting*, y la concurrencia fué inmen-

sa, distinguiéndose tenderos, militares francos, colegiales entusiastas, carniceros y verduleras.

Baz usó la palabra, expuso la conducta del clero, reveló sus maquinaciones, y en el desbordamiento de su verba puso como chupa de *Domine* al Papa y á todos sus secuaces y allegados.

Algunos interrumpieron á Baz, otros, lo apoyaron; muchos querían gresca, sin atinar de qué se trataba, y al fin, se acordó que una comisión se acercase á los padres de la Profesa, pidiéndoles auxilio para armar á la guardia nacional.

Los principales de la comisión fuimos Baz y yo... Expusimos nuestra comisión al padre Prepósito, que con los ojos bajos, las manos enclavijadas sobre el pecho y la voz quejumbrosa, nos dijo que no tenía recursos; que aunque los tuviera no los daría, porque su misión era de paz. Que él Dios de los ejércitos nos daría la victoria si implorábamos su auxilio como verdaderos cristianos.

Baz respondió á esta arenga, diciéndole que él lo haría servir á Dios con un fusil al hombro; y que los verdaderos cristianos no eran hipócritas ni traidores... y así se exaltó, se exaltó, al punto que por momentos me esperaba una desmocha contra todos los hijos de Loyola....

El *meeting* en que debíamos dar cuenta fué numerosísima; los padres hicieron su recluta, que acudió á la Universidad. La concurrencia se desbordó del salón á los corredores, y se precipitó como una catarata

al patio, rodando las escaleras, cayendo unos, nadando otros, y encrespándose en las columnas alrededor y sobre el caballo de Troya.

Borda hizo proposición para que se alistaran á los frailes en los cuerpos de guardia nacional.

La discusión saltaba del patio á los corredores, á las escaleras.... al salón.

Vino la noche; algunos trajeron hachas, otros, cabitos y mechas que fluctuaban en la obscuridad, en aquel mar de gente.

Se propuso que la votación se gritase y que hubiese tres personas que decidiesen por la intensidad del ruido, cuál era la mayoría.... y aquello fué el día del juicio.

Había un tribuno del pueblo llamado Próspero Pérez, de cierta facilidad para hablar, que decía cada blasfemia como una montaña.... Los cristianos eran bastantes; los puros muchos y ardientes. Santos y diablos tenían viva apetencia de llegar á las manos, y si había grandes descarríos en las masas, la predicación de sus derechos producía sus frutos, y el sentimiento á la patria se desenvolvía y robustecía el amor á la Independencia.

Porque quiero advertir, antes de pasar adelante, que los hombres que podían explicar los principios, eran unos cuantos, y que éstos arrastraban legiones salvajes, hombres de hábitos groseros y viciosos, gente que se arrancaba al fanatismo por creer que así ampliaba los caminos de su prostitución.

De aquí nacía que había liberales que repugnaban el personal de los que proclamaban tales principios, y había liberales que se apartaban de sus amigos en ideas, porque creían comprometer sus creencias cristianas. Estas divisiones hacen muy difícil la clasificación de partidos y el señalamiento de las causas determinantes de cada evolución social.

Concurrían con todos estos motivos de poderosa agitación, la creación y organización de guardias nacionales.

Desde que se crearon esos cuerpos por circunstancias de educación, espíritu de compañerismo ó de familia, reunión de recursos, etc., se prescindió del carácter popular de los cuerpos, y se crearon agrupaciones como familias, con intereses no en armonía con el gobierno.

Victoria se compuso de comerciantes, en su mayoría; pero había medicos, diputados, hacendados, al mando de D. Pedro Torrín, capitalista semimisántropo, rígido como barra de fierro y retrógrado como el calzón corto.

Hidalgo.—Cuerpo compuesto de empleados de todo género, pobres y alegres, decidores y acomodaticios. Lo mandaba, con sus caravanas y condescendencias, D. Pedro Fernández del Castillo, á quien sucedió D. Félix Galindo.

Independencia.—Cuerpo brillante, de gente de acción, escogida, artesanos, hombres fuertes y expertos en el manejo de las armas, al mando de D. Pedro Ana-

ya y D. Vicente G. Torres. En ese Cuerpo se alistaron, Otero, Lafragua, Comonfort y otros personajes que le daban gran prestigio. En ese Cuerpo fungía el Lic. Revilla, Pedriguera, chiquitín entusiasta y justamente querido por su franqueza y amor á sus compañeros; y eran oficiales Otero, Lafragua, Castañeda y Nájera y Navarro.

Mina.—Mandado por Balderas, el tipo popular por excelencia, siempre riendo, sano, expedito, admirable jinete y tirador de espada.

Bravos.—Cuerpo de tabaqueros, alentado y educado por Gorostiza y en el que influía poderosamente Manuel Payno como Mayor.

Todos estos Cuerpos cobraron cierta distinción por la fuerza de las circunstancias, y los otros Cuerpos en que había gente de menor fortuna, los censuraban y ponían en ridículo, llamándoles *polkos*, alusivo á un baile de moda, soldados de *¡Ay mamá!*

Ya hemos dicho los manejos que se pusieron en juego por la ley de manos muertas. El Sr. Farías exageraba su energía sin consideración, y el clero lanzaba excomuniones, hacía rogativas que parecían alaridos de venganza, y convertía cada púlpito en punto avanzado, que clamaba alerta contra los enemigos de Dios.

En lo secreto, tenían juntas los prohombres del partido moderado: en el Hotel de la Bella Unión, Pedraza se entendía con Basadre, representante de Santa-Anna, y el Lic. Covarrubias, hermano del Provisor, se unía á

Otero y Pedraza. Los moderados querían forzar á Farías á que renunciase, y éste, con unos cuantos guardias nacionales y la lealtad de D. Pedro Lemus, se mostraba cada vez más firme y más entero para contrarrestar al clero.

Santa-Anna, desde San Luis, urgía por recursos. El descontento de los Cuerpos de la guardia nacional provocó la orden, é hizo correr la voz de que se procedía á desarmar los Cuerpos de Hidalgo, Victoria y Mina, á la vez que se daba la orden para que el Cuerpo Independencia marchase á Veracruz.

El amago del desarme se explotó, como si se tratara de ultrajes insoportables, y al fin convirtieron á México en un campo de batalla.

Los *polkos*, transformados en soldados de la fe, se presentaban llenos de amuletos y medallas, con escapularios y reliquias. Las monjitas veían con arrobamiento cristiano, en sus conventos, á jóvenes galanos que en honra y gloria de Dios les sonreían con halagos mundanos, y nunca la profanación de una creencia fué más vituperable que la que improvisaron los intereses del clero.

Y con todo, el pronunciamiento era tan criminal, por estar el invasor en nuestras aguas, que el pronunciamiento se estancó y estuvo á punto de fracasar con escarmiento de sus sostenedores.

Los moderados, que á la sombra favorecían el movimiento, pero sin afrontar las consecuencias de sus maquinaciones, dispusieron un cambio, y para que se

verificase fué designado el Gral. Peña y Barragán, nombrándome su secretario.

Cada uno de los cuarteles se volvió un centro de diversiones, en que los cristianos se esmeraban en ostentar los bienes de la gracia, traducidos en almuerzos, meriendas, refrescos, entre lluvias de aguas benditas, medallas, aleluyas, palmas, glorias, rosarios, ternezas de ancianas y arrullos de palomas de las almas consagradas á Dios.

Entre tanto, había sordo rencor contra el proceder de los pronunciados; los moderados escaseaban sus juntas, los recursos del clero desaparecían.

Las miradas todas se volvieron al Gral. Santa-Anna que estaba en San Luis, para que pusiese término á aquel orden de cosas violentísimo.

En el intervalo fuí comisionado por el Sr. Peña y Barragán para tener una explicación con el Sr. Arzobispo Irizarri, que desconocía totalmente los compromisos contraídos con los pronunciados.

El Sr. Irizarri vivía en su casa de la Ribera de San Cosme, caserón escondido en una huerta, con grandes fresnos sombríos, emparrados, estanques cenagosos y ruinas por todas partes.

Penetré en aquella habitación y saludé respetuoso al prelado. Era un hombre pequeño, de tez blanquísima, manos delicadas y conjunto humilde, y un tanto vulgar.

Estaba sentado en su mesa con el tintero al frente, y tras él, un Santo Cristo colosal entre dos velas de cera.

Expuse mi misión á su Ilustrísima, quien me escuchó con los ojos cerrados y como si estuviera en un profundo sueño.

Cuando concluí me dijo:—Realmente, mucho de lo que Ud. me dice no lo comprendo; si Ud. me lo permitiera, le suplicaría que no continuásemos hablando de este asunto, porque Ud. conocerá que se opone abiertamente á mi carácter.

—Yo no entro en esas cuestiones, á mi me mandan inquirir de Ud. si cumple sus compromisos con los jefes de la revolución.

—Yo no puedo tener compromisos mundanos, mi misión es de paz; y no puedo sino repetir «amaos los unos á los otros.»

—Ya lo he visto, señor; por eso nos han puesto Uds. las armas en las mano, para que nos matemos los unos á los otros!

—Es Ud. muy fogoso, joven; Dios tranquilice su espíritu...

—¿Y el dinero?

—La Iglesia está muy pobre, y tiene muchos enemigos; diga Ud. á su general que le ayudaremos con nuestras oraciones para alcanzar el favor divino.....

No quiero recordar todas las impertinentes palabras que se me ocurrieron en la hondísima impresión que me hizo aquella escena del Tartufo clerical.

Aunque se tomaron muy eficaces providencias para que no se trasporara la incalificable retractación del Sr. Irizarri, la miseria se hacía sentir en los *polkos de*

verano, como llamaban á los Cuerpos de Balderas é Independencia en que había mucha gente pobre.

En tales circunstancias, el anuncio de la venida de Santa-Anna se vió como una esperanza de salvación.

El Sr. Peña y Barragán ocurrió al círculo moderado para pedir instrucciones, y algunos de sus hombres respondieron que ellos eran esclavos de la ley y que no tenían, sino palabras de reprobación, contra aquel escándalo que merecía los anatemas del patriotismo y de la Historia.

Peña y Barragán se había educado en Europa, gozaba una opulenta fortuna, y era recibido en la sociedad más distinguida.

Carirredondo y barbilampiño, con un parpadear constante por defecto de vista, rechoncho y algo de napoleónico en sus actitudes. Abandonó sus lucrativos negocios por la política, en la que era bisoño, haciéndolo recomendable su valor, su generosidad y sus hábitos de cumplido caballero.

Ya se deja entender el desairado desenlace del movimiento de los *polkos*, y la vergüenza y humillación con que debe cubrirnos á los que arrojamos ese baldón sobre nuestra historia en los días de más angustia para la Patria.

Otro alegaría su poca edad, su inexperiencia, el influjo poderoso de entidades para mí venerandas..... Yo digo que aquella fué una gran falta....que reaparece más, más horrible á mis ojos, mientras más veces me fijé en ella.....

En la casa del Sr. Pedraza, se decía, sin fundamento alguno, que se había fraguado la conspiracion de los *polkos*. El hecho no es cierto; pero sí lo es que esa vergonzosa revolución fué hija del partido moderado, y que figuraron como directores ocultos, Otero, Pedraza, Lafragua, el Lic. Covarrubias, el Gral. Rangel, Arzobispo Irizarri y otros personajes menos activos y visibles. Luego que la opinión se pronunció, con justicia, contra el ignominioso movimiento, desaparecieron los directores, recayendo toda la responsabilidad en el Gral. D. Matías de la Peña y Barragán, de quien era yo secretario íntimo, y tenía su cuartel general en San Hipólito, hospital de dementes, como sangriento epigrama contra nuestra locura.

La vuelta de Santa-Anna á México desenlazó aquella vergonzosa revolución, escondiendo, no haciendo desaparecer rencores y vergüenzas.

A la vuelta de Santa-Anna, se tuvieron detalles sobre los contratos ruinosos y las orgías de San Luis, sitio de Monterrey, batalla de la Angostura y retirada desastrosa.

Resaltaban en ese cuadro como astros de esperanza, los nombres de Moret con su espada rota rechazando en Monterrey á los enemigos; á Nájera, que era un muchacho del mundo elegante, todo decencia y finura; á los hermanos Robles; Luis á quien por cariño llamábamos Ludovico, y Manuel á quien por defecto orgánico de lengua, le decíamos *tleinta y tles*, porque así pronunciaba; á Michiltorena, sabio astrónomo con cando-

res deliciosos y valiente hasta ignorar el peligro en lo más sangriento de una batalla.

Doce días estuvo solamente Santa-Anna á su regreso de San Luis y su marcha para Cerrogordo.

Le sucedió D. Pedro Anaya, quien, con notable actividad, reunió fuerzas, arbitró recursos, y trató de poner á su lado á todos los hombres de patriotismo y buena voluntad.

En el Ministerio de Relaciones, Baranda, D. Fernando Ramírez, Luis Martínez de Castro, Torrescano y el que esto escribe, formaron una sección de publicaciones en inglés con el objeto de hacer conocer los derechos de la República, principalmente á los irlandeses.

Ramírez, el sabio arqueólogo, el historiador eminente, dió á luz producciones elocuentísimas lo mismo que Luis Martínez de Castro, joya y decoro de la juventud mexicana.

Martínez de Castro era hijo de D. Pedro Martínez de Castro, Presidente de la Corte de Justicia, y dependiente de las familias más honorables de México; hizo su primera educación en la casa de D. Manuel Calderón y Somohano, y estudió matemáticas é inglés en el Colegio de Minería.

Abrazó, al concluir esos estudios, la carrera del comercio, entró á servir como dependiente á la casa de Manning y Mackintosh, donde su conducta inmaculada, sus claros talentos y sus sobresalientes virtudes le ganaron la confianza de sus superiores, llegando á los primeros empleos en la casa.

Cultivaba como á excusas, y con suma modestia, la literatura, y á su pesar publicaron sus amigos los artículos de su pluma, que le dieron justa celebridad. Entre esos artículos, están los titulados: *D. Pomposo Rimbomba contra D. José María Tornel*, que hicieron la más palpitante caricatura de aquél personaje, y le quedó como apodo el segundo bautismo de Martínez.

Chico de cuerpo, serio al extremo, ojos saltones y pocas palabras, tal era Luis; aunque mucho dulcificaba la impresión que producía, su porte distinguido y su excelente educación.

Alistado en el batallón de Independencia, al partir éste para Churubusco, avisó á sus patrones que dejaba el destino y que nombraran persona que recibiera los intereses que tenía á su cargo. Sus generosos patrones no admitieron su separación, le dieron licencia y dinero para que fuera á cumplir con sus deberes de mexicano, é hicieron todos los buenos oficios que con un hijo.

Vida tan llena de honor y de virtudes, fué coronada por la gloria de los héroes, en la defensa de Churubusco.

Voy á darte ahora cuenta, punto por punto, y hasta donde me sea posible, de lo practicado por el Ayuntamiento, que yo sepa; aunque te creo bastante instruído, porque mucho de lo que voy á decirte se ha publicado en los periódicos, que he tenido buen cuidado de enviarte y mucho lo debes saber por correr en boca de

todo el mundo. En fin, allá va mi relación, y salga el sol por Antequera.

Luego que se tuvo noticia de la derrota de Cerrogordo, donde murió heroicamente «Cara de Burro» (apodo indigno, aplicado al heroico Gral. Vázquez, por su fealdad) se sintieron en la capital los primeros estremecimientos del pánico y en el Ayuntamiento se agitaron sordamente cuestiones sobre el próximo conflicto de la Ciudad.

El Gral Tornel, personaje á quien mucho conoces, desempeñaba en el Ejército el papel de Cuartel Maestre, y fungía como Gobernador D. Manuel Reyes, densamente obeso y naturalote, juguetón en el trato familiar, habitualmente con su chaquetón de indiana amarilla ó de color chillante, su capa española y su sombrero blanco de anchas alas.

Se le creía sencillo y honrado, y realmente merece los dos calificativos; tenía su título de Coronel que lucía como joya en los momentos supremos, y cuando fué Alcalde, le levantaba el testimonio la malignidad de que para no calentarse la cabeza, hacía que los contrincantes apostaran á cara ó armas con un peso que arrojaba al aire, haciendo á la suerte, que pronunciase sus más importantes fallos.

Entre los personajes que figuraban en el Ayuntamiento, se contaban á D. Juan María Flores, tipo virreinal, de cabeza cana y modales compasados y graves, D. Urbano Fonseca, netamente jurídico, afable y caballeroso, y como Secretario el Lic. Cástulo Barrera,

de buen talento y finas maneras, rubio, barbilampiño y reposado por circunspección y cojera. Fué discípulo del Dr. Aguirre y casó con una señora Anievas, familia muy protegida del Gral. Santa-Anna.

Pero la persona más saliente de esta corporación, era el Lic. Zaldívar, enlazado con una de las familias más nobles de México; chico de cuerpo, enjuto de carnes, cacarizo y de ojos pequeños, de fácil y enérgica palabra y á pesar de ser sordo rematado, listo y valiente como el solo.

Comunicóse al Ayuntamiento el plan de defensa de la Ciudad. Los concejales lo censuraron y Santa-Anna, colérico, acusó al Ayuntamiento de cobarde y traidor.

Espantados con aquella acusación y amenazas, se escondieron el Presidente y la mayor parte de los Concejales, quedando sólo, para hacer frente á la situación, los Lic. Zaldívar, Foura y el Secretario Barreda, con Reyes Veramendi á la cabeza.

Al seno del trunco Ayuntamiento acudió Tornel á exponer sus planes y esperanzas, exornando en peroración bélica con aquella pompa y aquel énfasis que le eran característicos.

Zaldívar escuchaba con trabajo, encorvándose y poniendo en hueco su mano en el oído. Cuando acabó Tornel augurando lauros y triunfos, exclamó Zaldívar:

—Y si perdemos?

Insistió Tornel en sus profecías de triunfos, y Zaldívar volvió á preguntar:

—Y si perdemos?

Así se prolongaron arengas y réplicas, hasta que Tornel dió amplias facultades al Ayuntamiento, en nombre del Presidente, y le encomendó del orden, de la seguridad y de recabar del vencedor garantías, en caso necesario, para los habitantes de la ciudad.

Entonces, con sorprendente actividad, se puso en acción el Ayuntamiento, se abrieron fosos, se arbitraron recursos, se hicieron depósitos de semillas, se proveyeron cárceles y hospitales, se mandaron quitar las cajas de los coches para que, convertidos en carros, condujeran la madera de la plaza de toros que se desbarató para blindajes y en todo fué tan patriótica y acertada la conducta del Ayuntamiento, que obligó á Santa-Anna mismo á que le tributara los más entusiastas elogios.

Después de la derrota de Cerrogordo, los acontecimientos se precipitaron; el Gral. Santa-Anna ocupó la presidencia de nuevo. En Mayo, se decidió que se defendería la Ciudad á toda costa y hasta que no quedase piedra sobre piedra, y las proclamas oficiales, y los gritos de venganza de la prensa como que electrizaban la atmósfera y difundían el entusiasmo.

Las guardias nacionales, como para borrar los recuerdos de su pasado, presentaron un conjunto típico patrio, lleno de sublime grandeza y bravura.

El prócer, el mendigo, el joven lleno de vida, el anciano, el niño, cargando la cartuchera del padre enfermo, la gran señora conduciendo la canasta para las

medicinas del hijo, todos obedeciendo á un sentimiento único: la patria; á una aspiración: su gloria; á un objeto divino: su honra.

Y al ver aquellas filas, no uniformadas, no recortadas ni fundidas en un molde, no con los movimientos mecánicos de los títeres sino con la dignidad del hombre, con su fisonomía de pueblo, con su positivo carácter de patria, se engrandecía el alma y se sentía algo más que el orgullo de la victoria, la satisfacción poderosa del acatamiento al derecho.

México entero era una plaza de guerra; las gentes pacíficas hacían en silencio sus provisiones fuera del centro; buscando las calzadas, salían sin estrépito carros con muebles y familias deseosas de ponerse á cubierto de los horrores de la guerra.

Sin distinción de colores políticos, sin diferencia de edades, sin graduación de fortunas, voceando, escribiendo, publicando; los unos, versos entusiastas como Félix María Escalante, Bocanegra y otros; desparramando la musa callejera, injurias y pedradas, relances y envites. Sólo algunos que se acogían á una nacionalidad extraña y el clero..... pero no estoy de humor de embriagarme con hiel.

En la Redacción del *Monitor* habíamos agitado la cuestión de á dónde marchábamos á cumplir con nuestros deberes, y lo discutíamos con la mira de alejarnos del Gral. Santa-Anna por tener cual más cual menos, testimonios de su mala voluntad.

A nuestro frente estaba D. Vicente García Torres,

que se había provisto de un magnífico caballo frisón, ataviándose de rico dormán, banda encarnada y calzonera con botonadura de plata. Y D. Vicente no se contentaba con dar lleno á su deber como segundo jefe de Independencia, sino que servía donde había peligro, se arriesgaba á lo más peligroso, abría su bolsa á los necesitados, ayudaba á cargar á los heridos y se batía como un diablo cuando se ofrecía.

Los amigos del *Monitor* nos reunimos y decidimos marchar á ponernos á las órdenes del Gral. Valencia, á quien se había conferido el mando del Ejército del Norte.

Vencidas á fuerza de drogas y combinaciones inverosímiles nuestras dificultades de presupuesto, nos declaramos listos para partir á toque de marcha. Pablo Torrescano, Ramón Alcázar, Castillo Velasco, algún otro que no recuerdo en este momento y yo.

A las 3 de la tarde, el 9 de Agosto, el prolongado y gemebundo clamor de la campana mayor de Catedral anunció la proximidad del enemigo, y el clamor; como que difundía sombra y silencio de sepulcro en la ciudad estremecida.

En la noche el eco de la campana se parecía al trueno lejano que pide socorro en el naufragio.... Cesó el ruido de vida de las grandes ciudades; se oía sólo rumor de soldados transeuntes, golpear de herraduras de caballos, y en la noche el alerta vibrante y prolongado del centinela.

La guerrilla de pluma que hemos visto preparada en son de marcha, tomó soleta en cinco caballos, de tan

descuadernado empaque, de tan cínicas figuras y de andar tan descompasado y caprichoso, que más parecían hijos de sus jinetes, que animales empleados á su servicio; pero el entusiasmo era tan grande, la esperanza del triunfo tan risueña y la juventud tan vivificadora, que tal parecía que el destino salía á darnos posesión de llanuras y volcanes, bosques y lagos.

En Texcoco había tres divisiones que mandaban el Sr. general Valencia, el general Salas y el general Alvarez con la caballería.

Nosotros nos dirigimos al Sr. Gral. Valencia, que se encontraba instalado en la casa del Sr. D. Manuel Campero, rico capitalista de México.

De estatura regular, anchas espaldas y levantado pecho; ojos garzos, gran bigote, y el cuello corto, medio hundido entre los hombros; el aspecto del Sr. Valencia era duro y dominante, más porque creía estar así en carácter, y que este era el tipo militar, que porque tal papel le acomodara.

Ignorante y arrebatado, sus primeros ímpetus eran incontenibles; pero pasados los arranques de la ira, era humano y generoso, franco y leal, considerado con el soldado, y en el peligro, ambicioso de figurar en primer término, y celoso de que nadie le excediera en arrojo.

En su trato íntimo era el hombre apegado á su familia; como un niño adoraba á su esposa, afecta á las diversiones y al boato; su casa era una tertulia constante y un centro variado de diversiones.

Aunque el origen de la familia había sido obscuro, la posición del general le dió pase para el buen tono, que disimulaba algunas incorrecciones de etiqueta, porque era título para el bien parecer en aquella sociedad.

Los alegres paseos en San Ángel, las espléndidas recepciones de máscaras, los bailes de compadres, los padrinazgos de bautizos y de bodas, todo cobraba brillo y popularidad en la casa del Sr. Valencia, y mucho más, después del 15 de Julio, del movimiento de Urrea, en que puede decirse que en realidad á Valencia se le consideró como árbitro de los destinos del país.

Es de advertir que á estos hombres que exaltaba la revolución, se les tenía que suplir con algo de prestado y de postizo; lo necesario para decidir de las altas cuestiones gubernativas, administrativas y diplomáticas, y que no podía desconocer este actor que desempeñaba los primeros papeles, al mite pariente de la esposa, al parte por medio compañero de juventud; al corista, con quien compartió penas y placeres de subalterno.

Y me ocurren estas reflexiones, no precisamente por el Sr. Valencia, sino por ser un elemento de que no se podrá desentender el que quiera afocar con exactitud nuestro modo de ser social.

El Sr. Valencia con benevolencia suma, con tono paternal nos acogió, distinguiéndome especialmente por una aventura particular.

En los días de más tremendas luchas de *Don Simplicio*, cuando se vociferaba que por sus sátiras se ha-

bían precipitado los sucesos y se había perdido la batalla de la Angostura, algún mal queriente supo comentar mis versos y escritos tan desfavorablemente, que hubo por todas partes amagos de palizas y contrariedades de todo género. Pero á quien se pintaba más implacable en mi contra y más resuelto á *corregirme* personalmente, era al Sr. Valencia.

Obligado por amenazas y acechos de los amigos, ó mejor dicho, aduladores del general, espié sus pasos; supe que á las oraciones tomaba chocolate en la casa de su cuñada esposa del general Lombardini, señora llena de bondad, talento y gracia, y un día en que el general tomaba solitario su chocolate en un gabinete de la entrada de la casa (callejón de Santa Clara) me le fuí apareciendo como caído de las nubes, á decirle como en los juegos de prendas: aquí me tienes, bien mío; mándame lo que quisieres.

El Sr. Valencia tuvo unos instantes de perplejidad, y me dijo:

—No lo creía á Ud. tan atrevido.

—Me da valor la bondad de Ud.

—Siéntese Ud.

—Hablamos de la situación... le pregunté cómo veía las cosas, y al retirarme me tendió la mano y me dijo: Guillermo. ¿Amigos?

—Sí señor, le contesté; me abrazó, y después fué para mí un noble favorecedor.

Cada uno de los tres jefes acampados en Texcoco, tenía su círculo característico.

Con Valencia estaban los restos de ese heroico ejército del Norte, valiente, sufrido, exaltado en su patriotismo hasta la pasión, hecho comitiva de dolor y esperanza de la Patria herida y ultrajada. En esas filas estaba Parrodi; el monosilábico caballero Jáuregui; el delicado y severo Francisco Mejía, y como ayudantes, y en el Estado Mayor, Arrieta, Silva, Feliciano Rodríguez, Grimarest, Agustín Iturbide, Barreiro, Segura, general Mendoza y no recuerdo quiénes más.

Con el Sr. Gral. Salas había soldados y jefes del antiguo régimen, mucho amigo clérigo y mucha ordenanza.

Y en una hacienda vecina, el Sr. Alvarez con su círculo patriarcal y la caballería.

Me consignaron, para alojarme, á un padre Cortazar, que servía de cura; con su cuerpo de pipa, su rostro encarnado, su boca siempre abierta, con un colmillo en medio, como una columna; comedor insaciable, bebedor inverosímil.... y sensible de corazón.

No obstante los aprestos de guerra, en el curato se cantaba, se jugaban juegos de prendas y se representaba una especie de apoteosis, en que muy modestamente se comparaba al padre Cortazar con nuestro Señor Jesucristo, resultando, por supuesto, el padre mucho más alto que el Redentor del Mundo.

Antes de presentarnos al Gral. Valencia en Texcoco, asistimos á la solemnísima instalación de los Cuerpos de guardia nacional, en el Peñón Grande, uno de los espectáculos más conmovedores y grandiosos que he presenciado en mi vida.

Los Cuerpos de guardia nacional de que acabo de hablar, estaban compuestos de lo más selecto de la sociedad; arrancaban, por expresarme así, del corazón de las familias; era la familia que combatía en defensa del hogar grande que se llama Patria. Las mujeres, limpiándose sus ojos al lado de los soldados; la matrona arrastrando sus sedas, con los ojos acariciando al hijo; en grupos, todos en procesión entre las músicas y los vítores de la plebe.

En el Peñón, en las llanuras que rodean el cerro, carretones, carruajes, caballos, burros, traficantes agobiados con canastos y tercios, y reverberando en hervidero inquieto; sombrillas, sombreros, toldos, ramas, vestidas con todos los matices y todos los colores imaginables.

En la base del cerro, tiendas de campaña, barracas, jacales enramados; más en alto, animando matorrales y peñas, fajas, fajas bordadas de tropa con sus fusiles, reverberando, haciendo como pirámide de luz ondeante y blanquísima.

En la cima, en el centro de un inmenso cuadro, el altar con sus paramentos de oro, sus altos cirios de llamas pálidas ante el sol. La cruz de la creencia y la esperanza, dominando sublime.

Desde aquella altura, cegaba, embebecía, se agrupaban en panorama mágica, lagos, volcanes, bosques, llanuras como mares, horizontes á que comunicaban proporciones de infinito, lo romanesco y lo ideal.

El Gral. Santa-Anna se había situado en la hacienda de San Antonio por considerarla punto estratégico para atender á Tlalpan, ocupado por los americanos; á Padierna, en que se encontraba el general Valencia, y México con el convento de Churubusco, que se encuentra en el camino antes de la garita de San Antonio Abad.

La moral del ejército del Norte estaba levantadísima; los viejos soldados de la frontera y el desierto revivían enérgicos al convocarlos el clarín de la gloria; sonaban las músicas, flotaban las banderas, piafiaban los caballos de los oficiales, y se alzaban sobre sus estribos los dragones como para aligerar el empuje de sus corceles.

El anuncio de la presentación del enemigo lo dió Alejo Barreiro.

Como el Sr. Valencia me honraba con comisiones importantes; como tenía especial cuidado á título de mando de exponerme lo menos posible á los peligros, designándome los lugares menos inseguros, y como los muchachos ayudantes eran mis amigos, me citaron la víspera de la batalla para hacerme sus encargos. ¡Oh! qué noche; ¡oh! qué tiernas y apasionadas confidencias; ¡oh! qué riqueza de áurea de angelical poesía la de aquellos hombres, que desprendidos de la vida por el sentimiento del deber, volvían los ojos á lo que dejaban de más amado en el mundo.

—A mi padre, le das mi reloj, Guillermo; dile que me perdone, que es mi viejo de mi corazón.

—Oye (aparte) ¿la conoces? No le digas nada; deja que pase tiempo; vuélvele este relicario ... no se cómo no lo he fundido con mis besos....

—Ya está grande mi María.... te oirá, háblale de mí. Tú me vas á ver; deseo distinguirme, deseo morir para dejarle mi nombre que le dé orgullo....

¡Oh! aquella juventud, aquella aspiración á la gloria, aquellas confidencias que tenían como invisibles testigos á la muerte, no se borrarán jamás de mi memoria.

IV

Agustín Iturbide.—Rodríguez.—Agustin Zires.—Simavilla.—Batalla de Padierna.—Auxilio pedido á Santa-Anna.—Vuelta al campo.—El 20 de Agosto.—Derrota.—García Gutiérrez.—Comisión del General Valencia.—Churubusco.—Cuautitlán.—Viuda de Frontera—Tepatlaxco.—Toluca.—Licenciado Zozaya.—Casa de Alamán.—Su vida íntima.—Molino del Rey.—Balderas.—Arrivillaga.—Margarito Suazo.—Miguel Echegaray.—Chapultepec.—8 de Septiembre de 1848.—D. Juan Cano.—El Gral. Pérez.—Bravo Saldaña.—Xicotencatl.—Episodio del soldado de Xicotencatl y Santa-Anna.—Retirada á México.—Las Calzadas.—El Gral. Rangel.—Junta de Guerra.—Peña y Peña.—Marcha á Querétaro.—Cartas de los Americanos en México.—Mi vida en Querétaro.—Los Reneponts.—Apuntes para la historia.—Autores de los apuntes.—D. Pedro Mª Anaya.—Congreso de la paz y de la guerra.—Diputados y Senadores que votaron en pro y en contra.—Galería de personajes.—Atristain.—D. José Mª Jiménez.—Ponciano Arriaga.—Manuel Doblado.—D. José Mª Cuevas.—El Congreso de Querétaro.—Salón de sesiones.—Micheltorena.—Junta de Gobernadores.—Continúan las sesiones.—Notable discurso de D. José Mª Cuevas.—Los tratados de paz.—Descripción de México después de la guerra.—Casa de Payno.—Calles de Santa Clara y Plateros.—La huera Rodríguez.

En la obra intitulada «Apuntes para la Guerra entre México y los Estados Unidos,» de que me ocuparé á su

tiempo, me tocó describir con todos sus pormenores y con cuanta imparcialidad me fué posible, no indicandos ino muy someramente algunos pormenores, porque así lo exigieron las circunstancias; pero después de pasados tantos años puedo repetir, con la mano en mi conciencia, que lo que asenté fué la verdad imparcial y severa.

Independiente de la narración á que acabo de aludir, conservo impresiones horriblemente dolorosas de la saña, de la envidia, de las pasiones personales de Valencia y Santa-Anna, las hostilidades de sus círculos; las calumnias y chismes rastreros que tienen pajas encendidas, volaban á las alturas y producían desastres y ruinas.

Recuerdo también las ilusiones y las esperanzas de victoria, tan sinceras, tan nobles de la generalidad, y tan dolorosamente desvanecidas.

El momento en que el joven Agustín Iturbide se puso al frente del Batallón de Celaya gritando: «¡Conmigo, muchachos, mi padre es el padre de nuestra independencia!» me conmovió hondamente.

González Mendoza, lanzándose como un torrente sobre las cabezas enemigas, cantando con sus oficiales el Himno Nacional, era magnífico!

El asalto á Padierna, la llegada allí á los yankees, el encaramarse uno á la astabandera, derribarla, desgarrarla, repisotearla orgulloso, fué horrible; yo lo veía á través de mi llanto y aullaba como una mujer....me dolía la sangre, gemía algo dentro de mí

que me espantaba..... la muerte hubiera sido como agua pura y fresca para mi alma sedienta.

Un instante, un sólo instante, que apenas se habría podido medir, con la luz del relámpago tuvimos una alucinación de victoria.

Un oficial obscuro, de Celaya, pequeño de cuerpo, delgado, de movimientos rápidos y con estridente risa, se caló su sombrero ancho forrado de tela, empuñó su espada, dirigió unas cuantas palabras á los soldados que lo rodeaban y prom, prom, prorrom, marchó, arrostrando cuantos obstáculos se oponían á su paso hasta Padierna ... Allí asaltó, mató, aniquiló cuanto se le opuso.. ...se asió á la astabandera, se encaramó y derribó hecho trizas el pabellón americano.. y restituyó á su puesto nuestra querida bandera de Iguala, que parecía resplandecer y saludarnos como un ser dotado de corazón y grandeza.

Todas las músicas prorrumpieron en dianas; todos los estandartes, guiones y banderas se agitaron en los aires, y todos vitoreamos con lágrimas varoniles aquel instante robado á la fatalidad de nuestro destino.

Chuabilla, que así se llamaba el hermoso oficial autor de la hazaña que acabamos de referir, quedó mortalmente herido.... y en los últimos días que atravesó acompañado de la música, sufría aún las consecuencias de aquel arrebato que coloca su sitial y su fama en un lugar tan distinguido en nuestros fastos militares.

La muerte gloriosa de Frontera, la impasibilidad del

Gral. Salas, la herida de Blanco, todo haría detener á mi memoria, si no la embargasen los últimos momentos de esa batalla.

El declive de la loma que ocupaba el Sr. Valencia, que era como base de una sección de la serranía del Sur, estaba circundado de *Mal País* y hondísima barranca, cuyos bordes, en semicírculo, daban al norte ó límite del pueblo de Coyoacán.

Los americanos habían circunvalado la loma, penetrando por el *Mal País* y la barranca hasta tener y como abrazar nuestro campo. Pero á las alturas de Coyoacán se había mandado como auxilio, pero sin orden de batirse, la brillante división del Gral. D. Francisco Pérez que se situó perfectamente para coger entre dos fuegos al enemigo.

Entonces la confianza en el triunfo fué completa, llovieron felicitaciones, se expidieren despachos y se entregaron á los más increíbles delirios los hombres de aquella benemérita división.

Creo de toda justicia mencionar al Jefe D. Agustín Zires, que por dos veces desalojó á los americanos de Padierna con heroica bravura; al Sr. García que perdió una pierna en la acción, y al Capitán Feliciano Rodríguez, que aunque Ayudante del Sr. Valencia, se lanzaba con ardor á los mayores peligros, en auxilio de sus compañeros de armas.

Pero cayó la noche, se suspendió toda correspondencia entre las filas del Gral. Santa-Anna y las nuestras. En la obscuridad se sentían los avances del enemigo

cabalmente del lado que nos creíamos protegidos. El Gral. Valencia mandó expertos exploradores del terreno, los que volvieron diciendo que todas las fuerzas del Gral. Santa-Anna se habían retirado, dejando abandonados los puntos más importantes y quedando nuestras posiciones encerradas y sin salida á discreción del enemigo.

El Gral. Valencia conoció lo comprometido de tal situación y nos comisionó á D. Luis Arrieta y á mí para que fuésemos á San Angel á hacer presente al Sr. Santa-Anna nuestra posición.

El Sr. Santa-Anna se encontraba en San Angel en la casa del General Mora y allí acudían en el tropel consiguiente á las circunstancias, políticos, soldados, jefes, agiotistas, arrieros, etc., atropellados por correos que entraban á caballo hasta el patio, en que se apiñaban mujeres, ordenanzas, chimoleras y gentes de la servidumbre; era el patio un laberinto de piernas, tablas, canastos y estorbos de esos que se escapan al inventario más perspicaz.

El General, rodeado de sus favoritos, daba sus órdenes junto de una mesita redonda alumbrada por un quinqué y rodeada de escribientes.

Penetramos á la estancia Arrieta y yo, y Arrieta, que era muy pulcro y bien hablado, le expuso la situación que guardaba el Gral. Valencia.

—No me diga Ud., no me diga Ud., ese es un ambicioso insubordinado que lo que merece es que lo fusilen... ¡Borrachón!

—Señor, V. E. hará lo que crea justo; pero ese ejército no puede sacrificarse....

—Ud. no debe darme lecciones... ¡estamos! no empiece yo mis escarmientos por Uds... Auxilio! auxilio! y exponer yo mis tropas á la lluvia, al desvelo.. por un....(aquí no es posible repetir las palabras que saltaron de los labios de S. A.) mis soldados á la intemperie... ¿qué dicen Uds? (dirigiéndose á mí).

—Es que aquellos soldados no están bajo de techo.... ni divirtiéndose—observé yo.

—Eh silencio! lárguense Uds. de aquí...Fuera...malditos....y nos salimos llenos de rabia y de dolor....

La noche estaba obscurísima, llovía tupido, constantes relámpagos alumbraban la serranía y se reflejaban en las corrientes que descendían de las lomas.

Tuvimos que hacer un inmenso rodeo casi á la espalda de los montes de Zacatepec y la Campana.

Después de una penosísima travesía llegamos al campo....ni una avanzada, ni un rumor, parecía un desierto....la tiniebla espesísima, las fogatas apagadas, el ruido de la lluvia, percibiéndose en las hojas y ramas de los árboles que aparecían y desaparecían como fantasmas con los relámpagos.

Llegamos á la tienda del General, quien nos recibió en la puerta.....

—Qué dice Santa-Anna? le preguntó á Arrieta.

Este en buenas palabras le dió cuenta de nuestra comisión.

Entonces, como una explosión, desencajado, loco,

perdido en tempestades de ira.....gritaba Valencia: ¡Traidor, nos han vendido, nos entregan para que nos despedacen y acaben con la Patria!... A esos gritos en la negra sombra, surgían como fieras, grupos que se sospechaban.... Al relampaguear se veían soldados huyendo en varias direcciones, se oían como aullidos de mujeres.... estallaban truenos de fusil y de pistola, corrían caballos sueltos desbarrancándose en la ladera ..... Realmente la derrota estaba consumada en aquel momento.

Al amanecer el 20 de Agosto, los americanos, volteando nuestra posición por movimientos efectuados con la velocidad del relámpago, inclinaron su artillería y la nuestra sobre las fuerzas dispersas que huían por el descenso de las lomas y quedaron regueros de cadáveres; heridos que se arrastraban moribundos; carros hechos pedazos y mujeres enloquecidas de aullar, con los brazos levantados y los ojos de lobas perseguidas.... Aquella avalancha rodaba, se escurría loca, espantosa, en dirección de Churubusco.

En la hondonada de una loma, tendido en el suelo, en mangas de camisa muy ensangrentada se encontraba un joven como de veinticinco años, de notable apostura. Un hombre lo atendía con diligencia cariñosa conociéndose sin esfuerzo al facultativo diestro y experimentado. Acerquéme al grupo y reconocí en el cirujano á mi ilustre amigo Antonio García Gutiérrez, autor del Trovador y honra de las letras españolas.

—Antonio, ¿qué es esto? ¿qué haces aquí?

—Guillermo, mi raza, mi raza....!

Y en efecto, García Gutiérrez fué un ángel de caridad en aquellas circunstancias, y yo cuando columbro entre sus laureles su recuerdo, le veo con gratitud, resplandeciente de bondad para con los defensores de mi patria.

Me precipitaba como todos en dirección de Churubusco, cuando me alcanzó un dragón de los que tenía el Gral. Valencia como ordenanzas de mucha confianza. Emparejó con el mío su caballo, y me dijo que nos apartáramos de la corriente, que tenía que hablarme de parte del general.

Yo vacilé, porque sabía las órdenes terribles que había recibido el Gral. Peña y Barragán, de fusilar á Valencia donde lo encontrase, sin más formalidad que la identificación de la persona. El soldado me mostró una contraseña para mí inequívoca, y lo seguí por senderos llenos de precipicios... Debajo de un árbol, con una manga morada y desfigurado totalmente, encontré al Sr. Gral. Valencia. Estaba á su lado Jose Mª Velázquez de la Cadena, llamado en el ejército el «chico;» mi compañero de colegio, oficial inteligentísimo, y con gran partido en la buena sociedad por su finura y tacto de hombre de mundo.

Nos dijo el general á dónde partía, las precauciones que teníamos que tomar para encontrarlo, el nombre de Ferrer que adoptaba y las comisiones, las de Cadena, referentes á asuntos íntimos de familia, y las mías, cerca de personas que se hallaban al lado del Gral.

Santa-Anna y con las que deseaba diligenciar garantías para su juicio ó su salida del país.

Con profunda amargura nos despedimos del General, después de protestarle el cumplimiento fiel de sus encargos. El General mostraba tristeza hondísima; más que todo por no seguir peleando por la Patria.

La familia del Sr. Valencia estaba viviendo en Cuautitlán, y allá nos dirigimos haciendo un rodeo inmenso por las lomas del Rey, los Morales y tierras de Santa Mónica y Tizapán.

Nuestros asistentes nos acompañaban contentos, y en menos que canta un gallo cambiaron de trajes bélicos por sombreros de petate y calzoneras abiertas, sillas de arriero y adminículos campestres.

Las negras nubes que entoldaban nuestro espíritu, cedían el paso á algunos rayos de luz de esperanza y dejaban que cantaran las ilusiones á nuestro alrededor.

Este Pepe Cadena, con sus ojos verdes, su nariz de águila, su pelo rubio y sus manos tan expresivas como su lengua, era un archivo precioso de crónicas escandalosas, un almacén de chistes, una colección de genealogías subterráneas de próceres y dignidades eclesiásticas y un mosaico precioso de escritos, amores ilegítimos y falsificaciones de todo género.

De clarísimo talento, mucha lectura y principios científicos, le hacía lugar distinguido, entre soldados que de oída citaban lo mismo á Napoleón que al Moro Muza, lo propio á Voltaire que á Chateaubriand, y que

se creían á la altura del propio Julio César, cuando sabían de memoria algún capítulo de la Ordenanza.

Pepe era consultado para las intrigas revolucionarias, se le escuchaba al disponerse un banquete ó recepción, y hombres de cierta importancia como Basadre, Juan Peza Requena y otros, lo aceptaban en su aprecio é intimidad.

Burla burlando caminamos algunas leguas y pardeando la tarde entramos en Cuautitlán, dejando á Cadena fuese en busca de la familia del Sr. Valencia y citándolo para la salida del pueblo.

Atravesaba paso á paso la calle real, exánime de hambre y de sed, cuando en un balconcillo á raíz del piso de la calle, llamaron mi atención los ojos más lindos, más luminosos y más seductores que se pueden imaginar. Yo no me precio de combustible; pero aquello era mucho para un corazón con ciertas propensiones á lo frágil, como el mío.

Acorté el paso, compuse mi postura, y con voz llena de comedimiento pedí á aquella hermosa dama un vaso de agua.

La señora, con exquisita cortesía, dió las órdenes y me instó para que descansase, con tanta señoría como finura. Dejé los caballos á la puerta, entré en un saloncito muy limpio con sus ladrillos colorados, con sillas de tule y un gran cuadro con una Dolorosa en la cabecera de la sala.

—Mucho deben haber sufrido Uds. con su derrota....me dijo la señora.

—Pero ¿quién le ha dicho á Ud?

—Oh! luego se conoce!.... y Uds. deberían extraviar camino.....¿vinieron á ver á la familia de Valencia?

Guardé silencio.

—No quiero ser imprudente; pero parece que veo el desastre. ..Valencia y Santa-Anna, cada cual por su lado cometiendo desaciertos.... Pérez voluntarioso, la caballería sin poder obrar con jefes..... ineptísimos....

Me arrebató la cólera y puesto de pie la dije:

—Señora, eso es injusto; la caballería ha sido heroica principalmente en el encuentro de San Jerónimo.

—¿Quién la mandaba?

—El Coronel Frontera.

—Lo mismo que todos....

—Señora, por Dios, no diga Ud. eso. Yo le he visto caer acribillado á balazos y esforzándose por avanzar bañado en sangre, vitoreando á México.

Entretanto, la señora se alzaba pálida como una muerta, avanzó, entró á la recámara, salió con sus dos hijos....como dos ángeles...los puso frente á la Virgen, y con un acento que encerraba todos los dolores, clamó, dirigiéndose á la Virgen.....¡Madre Santísima, ampara á estos niños que ya no tienen padre.....y cayó al suelo como herida por un rayo.

Yo salí precipitado de aquel lugar con el corazón hecho pedazos.

Entrada la noche me reuní á Cadena y emprendi-

mos nuestra marcha por la asperísima serranía de la Bata y Tepatlasco, camino de Toluca.

El terreno es de una desigualdad horrible, empinados cerros y y profundas cañadas, ondas de lomería y quiebras erizadas de peñascos, el suelo rojo con un lodo tan resbaladizo, que á cada paso caíamos sin poder avanzar; en la serranía, había dispersos jacales, silenciosos como macizos bañados por la lluvia.

Rendidos de golpes y fatiga, pedimos posada en un jacal. Después de mil instancias, nos franquearon con suma desconfianza una cocinita; pero ni mostrando el dinero pudimos adquirir ni una tortilla, ni un huevo, ni nada para alimentarnos.

Transidos de frío, medio atizando algunas brasas que morían entre la ceniza, Cadena comenzó á recordar algunos episodios de nuestra derrota y algunas peripecias de nuestro viaje.

La gente del pueblecito advertida de nuestra llegada, rodeó el jacal ocultándose y escuchando al través de los carrizos.

Cadena seguía hablando y yo le interrumpía completando su narración.

Aparecían algunas caras en la cocinita.... La narración seguía.... Una vieja puso una cazuela en la lumbre; yo dí vuelo á la narración de la batalla.... algunos trajeron pan y botellas..... Cadena narraba como un Lucano las hazañas de nuestros héroes; algunos nos brindaban mezcal, eran nuestros amigos.... cenamos opíparamente.

El Sr. Valencia estaba oculto en Toluca, en la casa del Sr. Zozaya, donde nos recibió acompañado del valiente y fiel Capitán Feliciano Rodríguez. Redacté el manifiesto que dió á la Nación el General y nos dió nuevas instrucciones, con las que volvimos á México.

El 9 de Agosto, en medio de la agitación y de los toques de alarma de la ciudad, mi familia dejó mi casa de México, y en carros con muebles dispuso su translación al rumbo de San Cosme. Mi señora muy enferma con tres niños, uno de ellos recién nacido y el resto de la familia achacosa y llena de cuitas, buscaba en vano una casa en qué guarecerse y no encontraba arrimo.

Inesperadamente de una casa de rica apariencia, salió un criado á ofrecer habitación á los viajeros, diciéndoles que se arreglarían después sobre precio y condiciones del arrendamiento.

La familia accedió y ocupó un departamento cómodo y decente de aquel amplio edificio.

Cuando yo tuve lugar de ver á mi familia, supe que vivíamos en los bajos de esa casa, propiedad del Sr. D. Lucas Alamán.

El hospedaje me fué altamente desagradable por mis hondas prevenciones políticas por el Sr. Alamán, contra quien había publicado todo género de dicterios y á quien me pintaba mi fantasía como á un Rodín, tenebroso, sanguinario y espanto del mismísimo Satanás.

Aquella casa era como una casa encantada: reinaba constantemente en ella un silencio profundo.

Criados respetuosos, con sus chalecos negros; cria-

das ancianas de armador, delantal y chiquiadores.... toques en la Capilla para misa y rosario; á medio día el ruido de la cadena del zaguán, mientras duraba la comida. Antes de las diez de la noche todo dormía.

La pieza que yo ocupaba comunmente en los bajos, daba al jardín que estaba esmeradamente cultivado, con sus calles de arena, crecido arbolado y fuentes primorosas.

El Sr. Alamán, á la caída de la tarde, pasaba por el frente de mi cuarto, con su sombrero de paja de grandes alas, su grueso bastón y su levita de lienzo.

Era el Sr. Alamán de cuerpo regular, cabeza hermosa, completamente cana, despejada frente, roma nariz, boca recogida, y como de labios forrados, con dentadura blanquísima, fina, cutis fino, y rojo el color de las mejillas. Al pasar por mi cuarto me decía:

—Sr. D. Guillermo ¿damos una vuelta por el jardín?...

Yo contestaba brusco y de mala manera, porque como he dicho, tenía fuertes prevenciones contra aquel señor.

Pasaron días y más días, y siempre se repetía la invitación que era perpetuamente rechazada.

La señora mi madre, mortificada por mi conducta, en una de las invitaciones, me puso mi sombrero en la mano y dijo al Sr. Alamán:—Allá va, señor.

Esa tarde hablamos de cosas indiferentes y de algunos oradores españoles. Al siguiente día nos empeñamos en discusiones literarias, á los quince días

buscaba yo al Sr. Alamán, por el encanto de sus narraciones de viaje, su versación profunda en las literaturas latina y española, sus tesoros de la historia anecdótica de la Francia y la España. Por supuesto que no había en estas conversaciones la más leve alusión á la política.

Creía entonces, como creo ahora al Sr. Alamán, un fanático cerrado en política, que creyó inmatura la independencia, y como una insurrección de criminales el grito de Dolores, y estaba persuadido de que eran una serie de delirios sacrílegos y peligrosos, los principios que proclamó como dogmas la revolución francesa.

Y estas creencias eran tan obstinadas en el Sr. Alamán, que aunque él, el primero, denuncia en su historia abusos, y censura prácticas funestas, encarece el sistema colonial, cerrando los ojos á la verdad y condenando como charla impía la propaganda de la libertad.

En lo interior de la familia del Sr. Alamán, todo era virtud, regularidad, decencia y orden.

Se levantaba con la luz, y se lavaba y componía. Escribía en la sala que va á la calzada de la Tlaxpana, con unos cuantos libros á la mano. Su escritorio elevado le hacía escribir de pie, y su manuscrito lo asentaba en un libro como de caja, sin una mancha, ni una borrada, ni una entrerrenglonadura, ni ceniza en las hojas, porque no fumaba. Al escribir guardaba suma compostura y casi no se le veía la cara, porque la visera de la cachucha que usaba le hacía sombra.

A las doce del día en punto se servía la comida á la que asistía toda la familia, haciendo los honores la señora Dª Narcisa su esposa, matrona adorable, de trato finísimo y de bondad angélica. Un sacerdote á quien llamaban tata padre, creo que hermano del Sr. Rodríguez Puebla, bendecía la mesa, y al concluir la comida rezaba el Pan nuestro besando el pan, y pidiendo la mano los criados á los amos.

Se dormía siesta y se dejaba campo para el chocolate y el rezo del rosario á la oración.

Yo merecí á esa familia la honra de que me admitiese en su seno, recibí distinciones del Sr. Alamán que me hacen grata su memoria, y ante todo, empeña mi gratitud el afecto con que siempre me trató y respetó mis opiniones, no obstante la acritud y suficiencia tonta con que á veces combatí las suyas.

Cuando terminó el armisticio que se negoció después de la batalla de Churubusco, yo me había presentado á mi Cuerpo de Hidalgo, que se encontraba de Belén á Chapultepec á las órdenes de D. Félix Galindo.

En el Paseo Bucareli estaba situado el Batallón Victoria, y allí se distinguieron por su bravura heroica, Carrasco; que venía luchando desde Palo Alto. Torrin, Bensegui, Urquidi y Muñoz, diputados distinguidísimos.

En la garita de Belén se veía al venerable general Torrens, quien fué injusta y villanamente maltratado á fuetazos por el Gral. Santa-Anna, en uno de sus arrebatos brutales que deshonran á un hombre.

En la Casa Colorada, llamada también de Alfaro, es-

taba el hospital militar de sangre, con el Gral. Vanderlinden y el Dr. Luis Carreón á la cabeza.....Era aquello un horror....

A Santa-Anna se le veía constantemente atravesar la calzada, ya ordenando una marcha, ya reconociendo lugares peligrosísimos, con valor temerario; ya riñendo á unos arrieros, ya dando gritos y emprendiendo campaña con unos carreros, ya en fin, dando acuerdos ó conferenciando, con interrupciones, con algunos jefes y empleados.

Parece que le veo con su sombrero de jipijapa y su fuete en la mano, su paletó color de haba y su pantalón de lienzo blanquísimo. Despilfarraba su actividad, desafiaba temerario el peligro, y así como no podía llamársele traidor, no podía sin injusticia considerársele como buen general, ni como hombre de Estado, ni como personaje á la altura de su situación.

Para podernos formar cabal idea de la acción del Molino del Rey, sería necesario presentar con toda fidelidad un cuadro en que se destacaran tres líneas ó escalones extensísimos, corriendo de Sur á Norte, desde la espalda del Arzobispado, en la parte alta de Tacubaya, hasta el Rancho de Anzures á la espalda de donde está hoy el Monumento de esa batalla, y tiene por límite la casa Mata y el rápido descenso á la Calzada de Anzures que desemboca en la Verónica.

La primera línea en alto abrazaría el descenso de la

loma. La segunda la formaría un carril amplio y recto, y la tercera la línea formada por los edificios unidos del Molino de Harinas y la Pólvora, con una hundición de terreno, y al frente del primer Molino la era extensísima, y del Molino ó Fábrica una barranca con su puente. Por toda esa retaguardia corre la arquería altísima de un agotado acueducto.

Las fuerzas americanas tenían por punto de partida el Arzobispado, las nuestras ocupaban el edificio primero con el Gral. Balderas, la parte exterior con el Gral. León, el punto donde está hoy el Monumento, con el 3° de infantería al mando de Echeagaray, y la Casa Mata y sus vecindades, con el Gral. Alvarez mandando la caballería.

Al tremendo empuje de las fuerzas americanas, se empeñaron tres acciones. El arranque en la parte alta; en la línea intermedia, combate infructuoso de las ininfanterías, sobre los edificios; en la tercera línea y el acueducto, fuego nutridísimo. Todo envuelto en humo, truenos y gritería espantosa.

En los Apuntes para la Historia de la Guerra con los Estados Unidos se da idea bastante exacta de la batalla á que aquí ahora me refiero; pero mis impresiones personales hacen que reaparezcan en este momento á mi presencia, León, Balderas, Arrivillaga, Margarito Suazo. Gelaty y Miguel Echeagaray.

León, alto de cuerpo, muy trigueño, recio de carnes, serio al extremo, se siente herido, lo disimula, y cuando cae se anima, levanta la voz y vitorea á México; le

conducen en una camilla, y habla de que le hagan pronto la curación para volver al combate.

Balderas, arrastrándose con la espada en alto, alienta á sus soldados, desangrándose hasta caer en los brazos de su hijo Antonio. ¡Qué escena de dolor! partían el alma: el padre moribundo, entero y valiente, el hijo trémulo, anegado en llanto, tratando de hacer su voz serena. Fué conducido á una choza cerca de la iglesita de Chapultepec, donde expiró.

La historia de Arrivillaga tiene para mí algo de curioso.

Arrivillaga era un relojero feicito, fofo de carnes, de ojo travieso, boca risueña; el chico más alegre, servicial y honrado que pueda imaginarse.

Tan pronto confeccionaba una chicha sabrosísima, como alistaba una caja de música, ayudaba á adornar una mesa, un salón de baile ó un altar de Viernes de Dolores.

Frecuentaba una tertulia de personas apreciabilísimas, á que concurrían, entre otros, Balderas y Manuel Balbontín, modelo de caballeros y patriotas. En esa tertulia llamaban á Arrivillaga el *chato*, unas veces, y otras, el *capitán*, alusión á un noble mastín así nombrado; pero que no tenía dientes, y esto se refería á la dulzura de carácter y á lo inofensivo de Arrivillaga. Este se aficionó apasionadamente á Balderas, y cuando el general marchó para el Molino del Rey, se declaró su compañero, su asistente, sus pies y sus manos, como suele decirse.

Balderas cuidaba de no exponerlo á peligro alguno. El *chato* guardaba del equipaje, disponía la comida, velaba por el orden, tenía listas las armas y el caballo del jefe, y se hacía querer de todos por su generosidad y finura.

Al empeñarse la batalla del Molino, seguía ansioso al jefe; cuando fué herido estuvo á su lado al caer; arrojó las ropas y medicinas que tenía en las manos; recogió una espada de un muerto, la empuñó, é incontenible, frenético, sublime de coraje y bravura, se puso al frente de un grupo de valientes, y embistió al enemigo; tan grande, tan ardiente y tan irresistible, que restableció el orden de la batalla, y acribillado de heridas, verificó su transformación en héroe de aquella gloriosa jornada. Arrivillaga murió de relojero de Palacio, y dejó un hijo, digno heredero del nombre de su padre.

Margarito Suazo era un artesano humildísimo, que se hizo querer en su Cuerpo de Mina, por su subordinación y bondad, y así se le nombró abanderado.

El día de la acción, Margarito se excedió en el cumplimiento del deber. Atropellado por un gran número y hecho una criba á bayonetazos, quedó por muerto, asido á su bandera. Sintiendo que moría, se incorporó, se despojó de su ropa, enredó su bandera á su cuerpo que chorreaba sangre, y expiró.

Pero á más de Gelaty, de Colombris y de Norris, el héroe de aquella jornada fué Echeagaray.

¡Oh, si yo fuese pintor! Si fuera pintor presentaría aquel adalid, épico, glorioso, con su cabello rubio, flo-

tando como un resplandor de oro, alzado en los estribos, con su espada fulgente; avanzar entre nubes de humo y metralla al retumbar de los cañones; pisando cadáveres, avanzar, dispararse, arrojar la espada, abalanzarse á los cañones que nos habían quitado los enemigos, restituirlos, soberbio, festejoso, radiante, á sus filas, obligando á la gloria á que diera á la misma derrota las grandiosas proporciones del triunfo.

Echeagaray murió pobre, olvidado, con un anatema inmerecido; duerme en un sepulcro casi ignorado. Yo le amé con toda el alma; yo le defendí con ardor. Yo acato y ensalzo su memoria, henchido de dolor por las injusticias del destino.

La víspera del bombardeo de Chapultepec, tuve motivo de recorrer los puntos ya ocupados por los enemigos, como preliminares del asalto y toma de la llamada fortaleza. En los molinos de trigo y de pólvora hormigueaban las fuerzas de Pillow, ciñendo á poca distancia la parte Occidental del cerro. Al Sur se destacaba formidable artillería, y se veían escalones para trepar la cerca y descender como en trampolines al interior, y mucha fuerza en la hacienda de la Condesa, al frente de un hornabique, defendido por soldados mexicanos.

En la puerta del Bosque, que daba á la Calzada, estaba el Gral. Santa-Anna con su numerosa comitiva

de ayudantes, jefes, oficiales y cuantos se acercaban á pedir instrucción y recibir sus órdenes.

A mi regreso de los puntos que acabo de describir, hablé con el coronel Juan Cano, uno de los que después fué heroico en aquel asalto en que perdió la vida.

Cano era un hombre de treinta ó cuarenta años, su cabeza germánica, yucateca, pálido, carirredondo, de unos ojos penetrantes y alegres; una boca llena de chiste y risa. Estatura regular, rechoncho y listo de movimientos.

Su trato era fácil, cortés y franco; le mortificaba la farsa y la ceremonia. Aquel hombre que á primera vista hubiera pasado por un colegial alegre ó un tertuliano de buen humor; aquel, afectísimo á comer al aire libre y á las bromas de buena sociedad, era reflexivo y estudiosísimo; la exactitud misma en el cumplimiento y el más respetable por lo caballeroso y decente. llámaba á sus amigos, como signo de confianza, badulaque, badulaquillo, y sólo cuando lo requería su obligación, daba á conocer sus vastos conocimientos militares y el aprovechamiento de sus brillantes estudios hechos en París.

El Sr. Quintana Roo, su tío, le inspiró sus excelentes estudios en literatura, y á mí me encantaba cuando en sus ratos de solaz, me traducía elegantemente á Tácito y se deleitaba con Virgilio.

Yo tuve ocasión de conocer la rara energía del carácter de Cano, por un grave disgusto que estalló entre él y los Grales. Tornel y Santa-Anna.

Abandonado, como se sabe, el Gral. Bravo, víctima de la envidia y de los caprichos de Santa-Anna, dejó mal defendida la parte alta del cerro. El Sr. Cano le mandó pedir cañones.

Santa-Anna le mandó al Gral. Tornel y á otro general no facultativo; pero igualmente de lengua fácil. Cano no logró hacerse comprender, y cuando se retiraron los generales, dijo en tono sarcástico: yo pedí al general, cañones, y me mandó faroles... Súpolo Santa-Anna; llamó á Cano para reconvenirle, y éste, con sumo respeto, pero con energía incontrastable, le echó en cara su conducta indigna y poco patriótica en aquellas circunstancias.

Cano murió, dando ejemplo de valor sublime, alentando, sereno y grandioso, á los que quedaban defendiendo á la patria, en la parte alta del cerro. Allí murió también el Gral. Pérez, hombre modestísimo, que ejecutaba casi desapercibido actos de valor y abnegación, que por silenciosos no ha podido encarecer la Historia.

Como he dicho, yo estaba en la puerta del Bosque cerca del Gral. Santa-Anna; pero éste, afrontando los fuegos á pecho descubierto, y nosotros guarecidos por la casa del guardabosque, por esta razón he podido rectificar que en lo llamado jardín botánico había familias de alumnos, cuyos clamores y angustia difundían el espanto; puedo asegurar que lo más reñido del combate fué donde ahora se encuentra el monumento, y que la muerte de Xicotencatl, excelso, y de sus incli-

tos soldados, fué un tanto fuera de la tapia y cercano adonde está hoy el edificio con la maquinaria para la conducción del agua.

A propósito de los soldados de Xicotencatl, no olvidaré en mi vida un episodio que se impuso, trágico y sublime á mi corazón de joven.

Habían muerto, luchando como leones, Xicotencatl y sus soldados. El Gral. Santa-Anna seguía con ansiedad las peripecias de aquel encuentro formidable. De pronto vió venir hacia la puerta á un soldado de Xicotencatl; le pareció un desertor, un cobarde; el soldado daba pasos largos y precipitados; estaba pálido, y brillaban sus ojos como llamas.

—¡Bribón! ¡Cobarde! le gritó Santa-Anna, fuera de sí de ira.—¿Dónde está tu coronel?

El soldado hizo alto; vió á Santa-Anna; sin decir palabra, rodaron dos lágrimas de sus ojos; quitó la mano de sobre su pecho despedazado por las balas, y cayó muerto frente al General.

No asistí, ni puedo dar cuenta de lo ocurrido en los diversos puntos en que se empeñó el combate, particularmente del lado del Sur y Suroeste. La posición que yo ocupaba, me permitía oir los partes repetidísimos que daban al Sr. Santa-Anna, el retumbar los cañones; redoblar las descargas de la infantería; los gritos de los soldados, los ayes de los heridos, el desgajarse con estruendo las ramas de los árboles y el trajín

de los que acudían á diversos puntos con parque y con camillas.

Santa-Anna estaba entero y valiente, queriendo atenderlo á todo, no atinando; pero dando ejemplo de valor temerario y alentando á los soldados.

—Los del Sur asaltan. Los detiene Xicotencatl.

—Ya avanzaron Pillow y Quillman.... Las escenas *(sic)* se frustraron.

—Vea Ud., están en la azotea del Castillo.

Y aquella congoja despedazaba mi alma, al extremo de que creía que me iba á matar el dolor.

Y mi bosque, mi encanto, nido de mi infancia, mi verjel de niño, mi recreo de joven, mi templo de hombre.

Cada árbol guardaba un recuerdo mío; á cada tronco me había arrimado como al pecho de un abuelo; cada arbusto me había mecido como en los brazos de una nodriza. Cuando en el silencio de la noche atravesaba esos sitios, alumbrados por la luna, se me figuraba recorrer una región etérea, que se comunicaba con la eternidad.

Y así humanizado ese precioso Bosque, verlo lastimado, herido, atropellado por el invasor, me atormentaba como si viera pisoteado y ultrajado el cuerpo de mi padre.

Terminado el combate, como si rodaran repentinas las penas, que contenían un torrente, nuestras tropas revueltas, hirvientes, se precipitaron por las calzadas de la Verónica y de Belén, en un tumulto, en un atro-

pello, en una gritería y confusión tales, que es más fácil imaginar que describir.

Apenas recuerdo en ese espantoso remolino de hombres, armas, caballos, rugidos de desesperación y muertos, al capitán Traconis, con su cabeza rizada y sus ojos frenéticos al lado de Barreiro, á quien llamábamos el *gachupín*, por su modo de hablar, y recuerdo á Comonfort, sereno; á García Torres y á D. Antonio Haro al lado de Santa–Anna, comportándose con una bizarría superior á todo elogio.

Santa-Anna pensó acudir á la garita de San Cosme; pero ese punto lo cuidaba el Gral. Rangel.

Rangel era un hombre rubio, esforzado, de algunos conocimientos científicos. No pudiendo en la juventud seguir sus estudios, se hizo impresor en la imprenta de Palacio; [1] allí le conoció el Sr. Tornel, quien le expidió un despacho de oficial, lo alentó en su carrera.

Dirigióse á la Garita de Belén Santa–Anna, le parecía abandonada por el Gral. Terrés, y allí le ultrajó y le cruzó la cara con su fuete.

Carrasco, en la fuente de Bucareli, hizo prodigios de valor, así como Béistegui, oficial del Batallón Victoria, fué asombro de intrepidez en una batería de Belén de las Mochas, hoy Cárcel de Belén.

La tropa, la Ciudad, las familias que emigraban, los trenes de guerra y las acémilas, las camillas de am-

1 Situada entonces donde ahora están las caballerizas, contigua á la entrada al jardín, en aquel tiempo jardín botánico á cargo de D. Miguel Bustamante.

bulancia, y el oleaje inquieto de gente vagabunda, todo presentaba la imagen del caos.

Santa-Anna había renunciado la Presidencia; le había substituído el Sr. Peña y Peña, quien nos dijeron que estaba en Toluca, de paso para Querétaro, y que allí se reuniría el Congreso.

Muchos diputados, y yo entre ellos, esperamos el resultado de una junta de Guerra, citada por Santa-Anna, á las oraciones de esa noche en la Ciudadela, y en cuya junta debía decidirse si se defendía ó se abandonaba la Ciudad. A la junta concurrieron: como Presidente, el Sr. Santa-Anna, el Sr. D. Lino Alcorta, Ministro de la Guerra, los Grales. Pérez, Carrera y Betancourt y el Sr. Olaguíbel, Gobernador del Estado de México.

Ya se sabe que semejantes juntas, por regla general son comedias; se hace siempre lo que quiere el Jefe, y el Jefe quería evacuar la Ciudad, á pesar de las juiciosas y patrióticas observaciones del Sr. Olaguíbel.

Sin atender á consideración alguna, ni disponer nada, Santa-Anna pernoctó esa noche en Guadalupe, á donde le llevó en su coche D. Ignacio Trigueros.

El resto de nuestras fuerzas tomaban el 14 el camino de Querétaro, al mando del Gral. Herrera.

Quiero aquí interrumpir mi narración abriendo un extenso paréntesis, para aprovechar las varias cartas que recibí entonces sobre la entrada de los america-

nos á la Capital, y que en mi juicio dan idea de aquella época de un modo no considerado hasta ahora por ningún cronista, con la extensión debida.

Abramos el paréntesis y no olviden mis lectores que quedamos en marcha para Querétaro.

1847.

«Guillermo querido:

«Al separarnos el 13 de Septiembre dejándome encargada tu casa y la translación de tu familia á Tlalnepantla, casa del Sr. Lic. Carlos Franco, (?) me encargaste con encarecimiento te refiriese lo que ocurriera en la Capital, por el natural interés que excitaba la situación crítica en que quedó la ciudad.

«Hasta ahora puedo cumplir con tu encargo, y eso, muy imperfectamente, porque ha sido tal la situación de mi espíritu, tan varias y atropelladas mis emociones y tan multiplicados é incoherentes los acontecimientos, que me parece más fácil hacer un retrato dando carreras y haciendo machincuepas el original.

«Noche horrible la del 13; la ciudad estaba completamente á obscuras, se escuchaban tiros en todas direcciones y reventaron tres ó cuatro bombas que difundieron el terror.

«Al amanecer el 14, comenzaron á entrar las tropas, las gentes aparecían en las azoteas y en las bocacalles, curiosas, amenazadoras y rugientes.

«Ya recordarás que Tornel había dispuesto que des-

empedraran las calles y se amontonaran las piedras en las azoteas, y esto favorecía las intenciones del pueblo, de hostilizar á los invasores.

«Las fuerzas comenzaron á entrar de un modo regular, entre siete y ocho de la mañana.

«Yo sólo ví á tres de los principales jefes, Pillow, alto, seco, mal encarado, y Twis, viejo, fornido, cano y chato, con unos ojos sirgos de malísimo efecto. Scott, alto, gallardo, entrecano, de buena presencia.

«La fuerza de línea, con sus uniformes azules y sus cachuchas, aunque en marcha desgarbada y bausana, no llamó la atención; pero los voluntarios, que eran muchos, formaban una mascarada tumultuosa, indecente, sobre toda ponderación. Muchos habían hecho como á modo de paletó, con sarapes y jorongos; otros, calzaban botas enormes sobre pantalones despedazados y, en materia de sombreros, eran sombreros incontenibles, indescifrables de arrugas, depresiones, alas caídas, grasa y agujeros; ¡oh! los fraques eran una iniquidad.

«Estos demonios de cabellos encendidos, no rubios, sino casi rojos, caras abotagadas, narices como ascuas, marchaban como manada, corriendo, atropellándose y llevando sus fusiles como se les daba la gana.

«A la retaguardia caminaban una especie de galeras con ruedas, con abovedados techos de lona, llenos de víveres y de soldaderas ebrias, lo más repugnante del mundo.

«Lo más notable en esa entrada, fué la entrega de la

Ciudad por el Presidente del Ayuntamiento, el Sr. Lic. Zaldivar, al Sr. Scott; esa entrega fué acompañada de una arenga, tan digna, tan levantada y patriótica, que servirá de título de honor á aquel teniente que supo en circunstancias tan desgraciadas, defender los derechos de México.

«Un motivo ó pretexto cualquiera, que ni es fácil ni preciso adivinar, encendió los ánimos, cundió rápido el fuego de la rebelión, y en momentos invadió, quemó y arrolló cuanto se encontraba á su paso, desbordándose el motín en todo su tempestuoso acompañamiento de destrucción.

«Llovían piedras y ladrillazos de las azoteas, los léperos animaban á los que se les acercaban, en las bocacalles provocaban y atraían á los soldados que se dispersaban. Aquellos negros, aquellos ebrios que gritaban y se lanzaban como fieras sobre mujeres y niños matándolos, arrastrándolos; aquello era horrible!

«Se calculan en quince mil hombres los que sin armas, desordenados y frenéticos, se lanzaron contra los invasores, que realmente como que tomaban posesión de un aduar de salvajes.

«Por todas partes heridos y muertos, donde quiera riñas sangrientas, castigos espantosos.

«Vagaban como manadas, hacían fuego donde primero querían. Su manera de comer es increíble.

«Cuecen perones en el café que beben, le untan á la sandía mantequilla y revuelven jitomates, granos de

maíz y miel, mascando y sonando las quijadas como unos animales.

«Al principio, estuvieron cerradas las iglesias, después abrían un postigo, y el sacristán, porque no sonaban campanas, daba aviso de la hora de las misas. Abiertas después las iglesias, los yankees se metían en ellas con los sombreros puestos y elegían de preferencia los confesionarios para dormir allí y roncar como unos lirones.

«Se repartieron en muchas casas alojados que las trastornaban de arriba abajo. En los balcones se veían hileras de patas de los yankes que allí se solazaban.

«México es un inmenso muladar, por todas partes hay montones de basuras y perros que cosechan suciedades.

«Estos voluntarios son brutos sobre toda ponderación: un pelotón de éstos se posesionó de la portería de Santa Clara, se encerró á piedra y lodo, arrancó tablas á montón, vigas, hizo fuego y se acostaron á dormir. Al siguiente día, sacaron muertos á aquellos bárbaros.

«He escrito mucho, otro día será más largo.

Tu *N.*

(Otra carta.)

«Pillow, es alto, seco, apergaminado, muy serio; anda á caballo con su paraguas abierto. Twis, es cuadrado, chato, como con cara de mastín feroz, embestía contra los paisanos con la espada y mató á algunos.

«Los oficiales andan en la calle llevando en la mano, á guisa de bastones, unos espadines muy delgados; con ellos ensartan al primero que les choca, con una sangre fría que espanta.

«Los extranjeros guardan reserva; algunos, así como señalados mexicanos, han puesto banderas en sus casas, en señal de paz.

«El bajo pueblo no aminora su odio á los yankees, hasta ahora, ni con ver que le brindan con dinero, ni que comparta con la plebe de sus abundantes víveres.

«Lo dicho no es una exageración; el maíz se conducía en carros, que dejaban regueros de grano en su tránsito, que se agolpaba á recoger la multitud, sin que nadie les dijese palabra de reconvención; de manera que al cabo del tiempo, se amoldaban las gentes á la situación, con alarma de los patriotas.

«De la carne y el pan, también hacían repartos.

«A los indios no les regateaban, y ellos corrían gozosos en pos de los *damies*.

«Las mujeres también les son en lo general hostiles; pero en mi juicio, las prevenciones se fomentan por la cuestión religiosa, por su desacato á los sacerdotes y los templos; otro carácter tendrían muchos si los yankees fueran gazmoños y se fingieran creyentes.

«La buena sociedad de México no ha dado entrada ni á jefes ni á oficiales, y una casa del Sr. A., en que se han admitido visitas de yankees, es censurada acremente, y está como excomulgada.

«Hace algunos días unos cuantos lanceros se apare-

cieron en son de guerra por el rumbo de Santa María. Al momento se dispuso una fuerza con dos piecesitas de montaña para batirlos. Los dragones, arrojadísimos, rechazaron la fuerza, y los yankees corrieron como gamos á refugiarse en el Colegio de Minería. Dos dragones seguían á la tropa desbandada. Lances por el estilo producían enojo y rencor contra Santa-Anna, que dejó al pueblo agotar su bravura en esfuerzos estériles.

«Con motivo del temblor habido en estos días, tuve ocasión de ver el espanto que produjo en estas gentes.

«La casa del Director del Colegio, Sr. Tornel, está convertida en hospital; allí, entre otros, se cura el oficial que primero plantó en Chapultepec la bandera americana, y que salió gravemente herido.

«Al sentirse el temblor, sacaron á ese oficial al balcón, allí le tendieron la cama y allí lo han tenido á los cuatro vientos, hecho un santo entierro.

«Las ocurrencias que pasan con motivo del idioma, son muchas; pero yo, por ahora, quiero referirme á una para cerrar mi carta:

«Estaba yo de charla en la botica del Reloj, cuando entró á ella un yankee, burdo y jayán, con su cara de sol y su facha grosera y desgobernada.

«Pidió *soda water*, y yo de intruso y de patriota, le dije al boticario, chancendo: póngale, si puede, polvos para que reviente; refresco estricnina le daría yo, de mil amores.

«El yankee bebió su soda, la pagó, limpió los labios,

y en un castellano pulcro y correcto, como el de Jovellano, me dijo:

—«¿Por qué quiere Ud. que me envenen, caballero? ¿qué mal le he hecho á Ud?....

«El buen boticario, mi amigo, no sé cómo me sacó de aquella situación.

«Recibe expresiones, etc.

M. Z. G.

(Otra carta)

«Ya te he dicho que estos yankees ocuparon México como país conquistado, como aduar de salvajes, comiendo y haciendo sus necesidades en las calles, convirtiéndolas en caballerizas, y haciendo fogatas contra las paredes, lo mismo del interior del Palacio, que de los templos, fuego en que cocinaban y comían alrededor.

«En las casas de los alojados se cometieron mil atropellos. Pero donde hubiera podido formarse idea de estos *comanches blancos* y su cultura, es en sus bailes, haciéndose notables, entre todos, los de la Bella Unión.

«Allí lucían, como no es posible explicar, *las Margaritas*, así bautizadas por los *yankees* las mujeres perdidas, que se multiplicaron extraordinariamente, porque sus favorecedores regaban para ellas el dinero. Todo era en aquel salón chillante, intenso, febril. Sus vivísimos hombres desmelenados, con las levitas

y chalecos desabrochados, mujeres casi desnudas; todo lo que tiene de más repugnante la embriaguez, de más asqueroso la mujer desenvuelta, de más repelente el grito y la carcajada de orgía, se veía allí presentando un conjunto de degradación que habría podido servir para sonrojo del salvaje y de la bestia, y dejo á la sombra mucho de este cuadro, porque aunque ésta sea carta íntima, así lo exige la decencia.

«Punto menos que estos bailes, eran las escenas representadas en los juegos á que también se entregaban con frenesí.

«El dinero y el maíz parece que son para estos caribes los medios de seducción de nuestra plebe, y que mucho consiguen.

«Pagan francamente lo que compran y gratifican con largueza á los que les sirven. El bajo pueblo y los indios han aprendido maravillosamente el sistema decimal y el *daime* les es tan familiar como el tlaco.

«Al transitar los carros del maíz de la tropa, va dejando en el suelo espeso reguero de maíz que recogen los pobres, sin que nadie los moleste, y esto hace que en mucho, entre el bajo pueblo, disminuyan los odios, que se concentran y recrudecen entre la clase media y la rica.—Tuyo, etc.

M. M. Z.

(Otra carta.)

«Nada me irrita más, ni me enloquece de ira, que los azotes.

«Para la primera ejecución, se tomaron muy serias precauciones y, sin embargo, no pudo verificarse por la actitud resuelta y amenazadora del pueblo. El cuadro de tropa que formó en la plaza, se deshizo, emplazándose la ejecución para el día siguiente.

«Ese día, que fué el 8 de Noviembre, se verificó la ejecución. Cubrieron las avenidas de la plaza por la Monterilla y Plateros, como mil quinientos hombres, contando algunos trozos de caballería.

«Las víctimas eras tres: un tal Flores y otros dos cuyos nombres no recuerdo.

«Fijaron en el centro de la plaza tres barras de hierro, del alto de tres varas, con palos atravesados haciendo tres cruces. En ellas colocaron á los acusados que descansaban en el suelo con los brazos abiertos sobre los palos, como crucificados, desnudos totalmente de medio cuerpo arriba.

«A una señal comenzó la ejecución.

«Es de advertir que el chicote, instrumento de la ejecución, era de esos chirriones de goma, gruesos en el puño y corriendo en diminución al descender, de suerte que á la vibración ó sacudida, se centuplica la fuerza de un modo espantoso, y el extremo ó pajuela se convierte en un instrumento que se hunde y raja como si fuera acero.

«Los azotes los aplicó un verdugo como un Hércules, y descargaba su látigo con frenesí.

«A los primeros azotes fueron aullidos desesperados los de Flores, después ronquidos sordos, al últi-

mo.... aquellas espaldas era una torta informe que se deshacía en sangre.... al acabar, cayó el ajusticiado sin sentido, y el terror y furia hacían espantoso el silencio. Los otros dos fueron ejecutados como Flores, y así se martirizaron á muchos mexicanos.

«Al yankee que quiso izar la bandera de Palacio, el día de la entrada de los americanos, le mataron de un balazo, pero por más esfuerzos que hizo la policía, no pudo averiguar quién fué el matador. Pero espantan por su barbarie los tormentos que preparaban al asesino.»

San Angel, Noviembre 1843.

«No pude soportar vivir en México, y me vine á este pueblo, con tía Angelita, á quien sabes que considero como á mi segunda madre.

«Mi tránsito á San Angel fué entre familias de gente que se guareció como pudo, en jacales, ranchos y rancherías, cadáveres insepultos, caballos muertos, carros rotos, gente llorando errante, despojos, sangre y todos los rastros de la destrucción y de la muerte.

«La casa del Sr. Mora, en San Angel, se había convertido en hospital de sangre, y allí á los Dres. Gabino Barrera y Juan N. Navarro, atendiendo con suma diligencia y caridad á los heridos.

«A la entrada de los americanos á San Angel, las generosas señoras de la familia, quisieron ocultar á los heridos, é instaron, tijera en mano, porque los doctores se tuzaran los bigotes; pero éstos se resistieron y

desafiaron frente á frente el peligro. Los americanos dispensaron todo género de atenciones á médicos y á heridos, lo que da alto mérito á su civilización y humanidad.

«Lo que ha dejado en mí, profundísima impresión, fué el suplicio de los prisioneros irlandeses de San Patricio. Como sabes, esos infelices pertenecían al Ejército Americano, y fueron en mucha parte seducidos por la influencia religiosa, porque todos eran cristianos, y por los escritos elocuentísimos de Martínez de Castro Luis, dirigido por los Sres. D. Fernando Ramírez y Baranda.

«Los de San Patricio se habían creado vivísimas simpatías por su conducta irreprochable y por el valor y entusiasmo con que defendían nuestra causa.

«A la noticia de la ejecución de los irlandeses, cundió la alarma, se movieron todo género de resortes, se aprontó dinero y se pusieron en juego todo género de influencias.

«Por último, las señoras más distinguidas y respetables, hicieron una exposición sentidísima á Scott, pidiendo la vida de sus prisioneros.

«Nadie se arriesgaba á llevar la solicitud al General en Jefe americano, por la manera cruel con que había tratado á los portadores de semejantes pretensiones, pero un fraile Fr..... ofreció llevar el escrito y abogar hasta el último trance por aquellas víctimas, fuesen los peligros que fuesen.

«Ni ruegos, ni lágrimas, ni respetos humanos fueron

capaces de ablandar aquel corazón de hiena, y se dispuso fuese llevada la orden terrible de muerte á puro é ineludible efecto.

«Detrás de la plaza de San Jacinto, á la espalda de las casas que ven al oriente, se pusieron de trecho en trecho y se macizaron gruesos vigones con trabas gruezas, tendidas horizontalmente en la parte superior, colgando otras reatas verticales de espacio en espacio.

«Los prisioneros fueron puestos en carros distribuidos según los claros de las vigas; á cierta distancia, entre gritos y chasquidos de látigos ataron con soga corrediza el extremo de los lazos colgantes al cuello de los prisioneros.... y en medio de gritos hicieron correr á los caballos que tiraban de los carros, quedando balanceándose en los aires entre horribles convulsiones y muestras de dolor aquellos defensores de nuestra Patria....

«Por supuesto que la agonía de aquellos mártires duró mucho tiempo..... Los cuerpos de las víctimas fueron sepultados en el florido pueblecito de Tlaquepaque, situado entre Mixcoac y San Angel.»

Creo conveniente cerrar aquí el paréntesis que anuncié, porque me esperan impacientes de ver la luz, mis recuerdos á la llegada á Querétaro, en donde acababa de instalarse el Gobierno, presidido por el Sr. D. Manuel de la Peña y Peña, Vicepresidente de la República, según la ley, como Presidente de la Suprema Corte de Justicia.

Formaban su Ministerio: Lic. D. Luis de la Rosa, en-

cargado de las Secretarías de Hacienda y Relaciones Exteriores; Gral. D. Ignacio Mora y Villamil el Ministerio de la Guerra, y no recuerdo exactamente al Ministro de Justicia.

Fungía Zarco, que había sido hasta entonces escribiente oficial muy secundario del Ministerio de Relaciones, y yo despachaba como oficial menor de Hacienda la Secretaría del ramo, aunque por ser diputado y no estar reunido el Congreso para pedir la licencia, no tenía título oficial.

Al descender la pedregosa y precipitada *Cuesta China* la caudalosísima corriente humana que había salido de México, y destacarse bajo tendidos horizontes cercada de empinadas serranías y dominando verdes llanuras, el inesperado contrasentido de carruajes y caballos; trajes cortesanos, sombrillas, toldos, sorbetes y accesorios de lujo, confundiendo colores, equivocando conjeturas, provocando enigmas y patentizando dolores, no puede describirse.

Próceres y sirvientes, empleados y vagos, pispiretas alegres y madres de familia agobiadas con el niño que llevaban en brazos, la maleta y el plumero, el anafre para improvisar comida, y la guitarra, como esperanza muda de futuro solaz.

Allegados al inmenso desbordamiento, y matizando su colorido de un modo especial, marchaba en dispersión y como ganado trashumante enjambre de mendigos, vendedores de tortillas, bizcochos, frutas, etc.,

aparecidos de á pie y á caballo, y de indios que parecían brotar de entre la jarilla, las quiebras del terreno y las peñas.

Así penetramos á Querétaro, y las vertientes de aquella inundación se arremolinaban en las plazas, se escurrían por callejones y vericuetos, y estancaban en los suburbios de la ciudad, que conmovida y como convulsa de sorpresa, abría los brazos hospitalarios á los huéspedes, y encendía el tráfico y el ruido hasta sus últimos rincones.

Los mesones, las casas particulares, las accesorias y las chozas, hervían en forasteros, y viéndose que muchos quedaban sin abrigo alguno, se dispuso de los conventos, y aquellos santos retiros entraron, en un decir *¡Jesús!* al holgorio y al trato mundano.

El Gobernador, alto, pálido, ceremonioso y seco, con sus ínfulas políticas y de mayordomo de monjas, procuró local para las habitaciones del Presidente y Ministros, y también para oficinas y cuarteles.

La casa de diligencias, entonces perfectamente servida y atendida, fué el centro de las personas más visibles y acomodadas, como Godoy, Muñoz Ledo, Cardoso, etc.

Otros próceres, con fama de rigorosamente económicos ó de corta fortuna, ocuparon el Carmen, marcándose entre los primeros Lacunza y Lafragua, y siendo de los segundos, Comonfort, Talavera y algún otro.

Los ricos de Querétaro hospedaron en sus casas á sus amigos de México, y los palacios, que así pudie-

ran llamarse, de D. Cayetano Rubio, Figueroa, Samaniego, Domínguez, etc., se declararon en festín perpetuo, obsequiando á los huéspedes.

Fondas y bodegones, puestos de comistrajo y chimoleras, se multiplicaron en las plazas de arriba y abajo, calles centrales y camino de tierra adentro.

Los pollos cortesanos, fingiéndose turistas, aguerridos, valentones y campestres; las pollitas escrúpulosas y asustadizas, con los modales de los *payos*, la burla de las encogidas queretanas, el tono del potentado labriego, la insolencia del fraile, molesto con la presencia de los irrespetuosos libertinos; la infinita variedad de trajes que formaban mosaicos caprichosos; la manta y el cuero, el *huipil* y la manteleta; el sombrero de petate y el sorbete; el pito y el tamboril del músico silvestre, la jaranita y el bandolón; el voceo del carcamanero y el quejumbroso grito de los tamales cernidos, todo formaba un conjunto sólo para visto.

Por la naturaleza de las cosas se formaron dos agrupaciones políticas, exageradas sin ser hostiles; pero en agitación continua.

Una de estas agrupaciones era la de la Paz, que se creía del Consejo é intimidades del Gobierno, y otra de la Guerra.

En la primera, sobresalían Lacunza y Lafragua, á quienes llamaban *príncipes de la Paz* y formaban tertulia en la casa de D. Víctor Covarrubias, personaje de cierta aristocracia, rumboso, sociable y obsequioso. Allí iban Lacunza y Lafragua á reforzar sus con-

vicciones con suculentas meriendas, aromático chocolate y bizcochos de los afamados de la población.

La Casa de Diligencias era el asilo de los partidarios de la guerra y ardía en disputas, y la imaginación y el patriotismo forjaba planes, ideaba batallas y otro Sinaí hacía resplandecer el derecho entre truenos y relámpagos.

En otra casa, Ponciano Arriaga, Pradel y Gabino Bustamante, y Villanueva D. Pío gozaban particular estimación como redactores del periódico que defendía la guerra.

A la vez que aquellos focos de sabiduría y patriotismo llamaban la atención de la República entera, como á obscuras, en una callejuela mal compaginada y estrecha que lleva el nombre de la calle de la Palma, en una casita baja, reducida y mal ajuareada, vivía yo con mi familia, si no rayano en la miseria, muy en estrechas con la escasez, las cuitas y las enfermedades.

La casuca tenía á la entrada un cuartito largo y angosto como caja de sombrilla; brillaban las paredes por su desnudez y blancura, y la puerta y ventanilla que daba á la calle, cuyo alféizar solía usarse de sillón de lectura, por la falta de marcos, bastidores y vidrios restrictivos de las libertades del viento.

Toscas sillas de tule, como incrustadas en el muro, un ancho tablón habilitado de mesa con mapas, papeles y libros, vasos con agua pura y ordinarios candeleros con bujías apagadas. He ahí el ajuar de Fidel y

el paradero de políticos fervientes en ciernes, militares científicos de uniformes raídos y mugrosos y próceres generosos y encumbrados que asistían benévolos á aquella tertulia que iluminaba la inteligencia y perfumaban los más delicados sentimientos del patriotismo.

La tertulia era matutina, la presidía el Sr. Pedraza, fumando y haciendo rodar su purillo entre el índice y el pulgar; Otero asistía con una provisión de bizcochos en los bolsillos del pantalón; Iglesias cabizbajo seguía á Otero, rascándose con el dedo meñique su calva precoz.

Alejo Barreiro, con su mímica expresiva, daba batallas; Segura, á quien llamábamos la Mayenza, trazaba un plano en el ala de un mosquito, y Manuel Payno zurcía una leyenda fantástica y llena de sal, de un estornudo ó del alarido de un comanche ó del suspiro de una monja desesperada.

Con frecuencia se refería cada una á sus aventuras y campañas, y esto dió origen á la formación de los *Apuntes para la Guerra de los Estados Unidos*, allí engendrados, allí corregidos y de allí desplegando sus alas vigorosas para recorrer el país sobre los recientes campos de batalla, produciendo á sus autores amarguras, duelos, quebrantamientos de huesos y odios entre la benemérita clase y el inmortal $^{3}/_{4}$, como llamaban los tunos al Gral. Santa-Anna.

La boga de que disfrutaba el Judío Errante de Eugenio Sué, lo conocido de todos y la manía de mucha-

chos de poner nombres á todo, venga ó no venga el caso, hizo que se acomodaran los nombres de la novela varios de los redactores de los apuntes y que se llamaran «La familia de Renepont».

A los testigos presenciales de los hechos se encomendaron las relaciones de batallas, y á los que intervinieron de algún modo en los trabajos de otro género, de relaciones que eran examinadas, discutidas y aprobadas ó reprobadas con la mayor imparcialidad.

Así es que los artículos ó secciones de la obra, pueden dividirse así:

Introducción, Prieto.

Origen de la guerra, Iglesias.

Rompimiento de hostilidades etc., Iglesias, con datos y mapas de Barreiro, Segura, Carrasco, y archivo, Arista.

Monterrey, Prieto, con datos de Manuel y Luis Robles, Ampudia y P. Llano.

Permanencia del Ejército en San Luis, Schiafino.

Abandono de Tampico, etc., Iglesias, Prieto, con datos de J. Barreiro.

Retirada del Ejército, Angostura, Prieto, con datos de Schiafino, Barreiro, Alejo Segura, Micheltorena.

Polkos y Puros, Payno.

Batalla del Sacramento, Urquidi y Muñoz.

Veracruz, Castillo Velasco.

Cerro Gordo y Orizaba, Urquidi, que fué el Ayudante de Santa-Anna.

Abandono de Perote y Olla. Urquidi, etc.

Presidencia del Gral. Anaya, Prieto.
México el 9 de Agosto, Prieto.
El Peñón, Prieto.
El Ejército del Norte, Iglesias, con datos de Schiafino, Barreiro y Segura.
Padierna, Prieto.
Puente de Churubusco, Saborío.
Convento de Churubusco, Saborío y Schiafino.
Armisticio, Iglesias.
Molino del Rey, Prieto,
Chapultepec, Garitas, etc., Prieto.

De los autores de los otros artículos, no tengo certeza, porque habiéndose hecho el Sr. Payno cargo de la conclusión y publicación de la obra, él coleccionó los últimos artículos, con los datos que le seguimos suministrando todos.

Trajín é instalaciones de familia por una parte; por otra, reuniones de patriotas incandescentes; por aquí, la miseria solicitando arrimo; por acullá, la juventud ideando placeres, por todas partes brotando industrias, celebrándose tratos, estableciéndose relaciones y atizando la extraordinaria galvanización que alentaba á la Ciudad Santa de tierra adentro, así llamada por sus muchos y magníficos templos.

Instalóse el Sr. Peña y Peña como Presidente, y aunque mucho muy sigilosamente se reanudaron las negociaciones de paz, comisionando al Sr. D. Luis Cue-

vas y al Lic. D. Miguel Atristain para que tuviesen sus conferencias en la Villa de Guadalupe con Mr. Trist comisionado por los Estados Unidos, de los que Mr. Polk era presidente en aquellos momentos.

Ahora es forzoso dar un paseo por la galería extensa, en que figuran los personajes que se hicieron visibles en este memorable desenlace de la paz y la guerra.

Era el Sr. Peña y Peña personaje monumental, y como quien dice, la encarnación de la ciencia jurídica.

Furia simétrica, rostro virreinal por lo ancho y gravedoso, pecho fornido, ojos meditabundos, blanco y de colgante patilla y un continente lleno de majestad y compostura.

Su voz pausada, su toser imperativo y sus ceremoniosos modales, hacían de él un tipo que exigía veneración de los hombres del altar y del trono.

Visiblemente adherido á la paz, porque así se lo inspiraba su recta conciencia y la exagerada opinión del poder americano, sus consejeros predilectos eran: Pedraza, Lafragua, Lacunza, Riva Palacio y Rosa.

El círculo en que se hallaba le era extraño, su atmósfera había sido de abogados y clérigos. sus grandes autores, el Rey D. Alfonso Justiniano, y las Pandectas, y sus ideales de Gobierno, de Fr. Payo de Rivera y el Conde de Revilla Gigedo.

Sin malicia y sin mundo, sin luz bastante en su cerebro para afrontar la situación, mantenía el poder como una ascua, pronto á soltarla.

Era fanático el Sr. Peña, y su presencia en una cantamisa ó monjío constituían una solemnidad, por lo mismo, sus relaciones con gente de iglesia eran numerosísimas.

El Sr. Peña y Peña nació en el humilde pueblo de Tacuba en 1789, hizo brillantes estudios en el Seminario, y ocupó puestos elevadísimos desde sus tempranos años. Casó con la Sra. Osta, hija de D. Miguel, de distinguida familia, y vivió muchos años en la calle del Calvario, frente á la Alameda.

Murió el Sr. Peña y Peña en 1850, y se le hicieron suntuosísimas honras.

En la vida íntima, era Peña y Peña dulce y amoroso; el Sr. D. Mariano Riva Palacio, que fué su pasante, le debió favores de padre.

Amaba con pasión á los niños y le encantaban sus travesuras, inclusive que se lanzaran á la fuente que estaba en el patio de su casa, calle de Corpus Christi, con todo y vestido.

D. Pedro Mª Anaya.—Carnes como sólidas, rígidas y enjutas, alto, anguloso, seco, cutis amarillo y abolsada la piel del rostro, nariz roma, boca grande, lampiño como pergamino mojado, penetración y severidad en los negros ojos, pómulos salientes, franqueza y altas prendas pintadas en su ancha y elevada frente.

Una vez me preguntaban quién era D. Pedro Anaya y yo respondí, casi sin pensarlo, es un hombre de palo con un corazón de Angel.

Era serio y monosilábico; pocas veces, muy pocas,

se le vió reir. Se conocía cuando se conmovía, en una tosesilla seca que le era peculiar, y sonaba entre sus labios sin descomponer su fisonomía, como los acentos de un zorro de cartón.

Nació en Huichapan en 1795, sentó plaza de cadete en 1815, y apenas era capitán en 1821, al proclamarse la Independencia. Fué designado para la expedición de Guatemala, donde contrajo relaciones, y dejó un hijo. Era la personificación del honor y la probidad, de firmísimas ideas liberales; se separó de la carrera en las administraciones de Bustamante y Paredes, firmó el decreto de manos muertas, como Presidente del Congreso, en 1847, y conquistó lauros inmortales en Churubusco.

El Sr. Peña y Peña, á nuestra llegada á Querétaro, era el personaje culminante, á pesar de que su duración en el poder debía ser muy corta, y él, con su buena fe, la aceleraba procurando á toda costa y con diligencia suma la reunión del Congreso.

De mis apuntaciones de aquellos días, que copio en seguida, resulta que los personajes á quienes yo graduaba de más influyentes en el desenlace que iban á tener los sucesos, eran los siguientes, es decir, en lo ostensible para el público, en mi esfera, y según mi modo de juzgar las cosas:

D. Manuel de la Peña y Peña y D. Pedro Mª Anaya, Presidentes.

Lic. Miguel Atristain y D. Luis G. Cuevas, Comisionados para el tratado de Guadalupe.

Comisión de Relaciones, encargada de dictaminar por la paz ó por la guerra (Cámara de Diputados).

Lics. José Mª Jiménez, Teodosio Lares, Mariano Macedo, J. M. Lacunza.

Hablaron por la Guerra:

Lics. Manuel Muñoz, de Chihuahua; Trinidad Villanueva, de Jalisco; Ramón Pacheco Jalisco; Rodríguez, Prieto; Doblado, Guanajuato; Arriaga, San Luis; Cuevas D. José María.

Hablaron por la paz:

Gral. Micheltorena, Lares, Lacunza, Gral. Mendoza, Payno, Lic. Hilario Elguero.

Votaron por la negativa:

Aguirre, Arriaga, Dr. Juan N. Bolaños, Cañedo Anastasio, Cardoso, Cuevas, Doblado, Prieto, Urquidi, Valle Guillermo, Silicco, Fernández del Campo, Granja, Herrera, Zavala, Mariscal, Pe Jesús Ortiz, los diputados que hablaron por la guerra. *(sic)*

En el Senado sólo votaron por la guerra:

Lic. Octaviano Muñoz Ledo, Fagoaga, Ramírez Fernando, Morales, Robredo, Otero. D. Bernardo Flores, D. Miguel Atristain. Muy poco conocí y traté al señor Atristain. Rubio, pálido y de cabello lacio, los ojos espiando tras gruesos anteojos de oro, boca grande y nariz tosca y aguda.

Hablaba mal y monótono, y se distinguía por su probidad y circunspección.

Nació en Oaxaca, y tengo idea de que estudió en San Ildefonso, sin distinguirse como estudiante.

Cierta celebridad le vino de ser representante en los grandes negocios que tenían las casas de Mackintosh y la de D. Francisco Iturbe con el Gobierno, y de su matrimonio con una hermana del Sr. Canónigo Berazueta, de poderoso influjo en el clero.

Los intereses que representaba le ponían en contacto con el Gobierno, y de ahí nació su ingerencia con los tratados de paz. Santa-Anna le cobró particular afición y confianza, y dejó en su casa á su esposa, al emprender sus operaciones contra los americanos.

Hilario Elguero.....

D. Luis Cuevas.....*(sic)*

El Sr. Jiménez era nativo de Puebla.

Moreno, cabeza voluminosa, ojos saltones, anchas espaldas, cuerpo regular y macizo. Profundísimo en jurisprudencia y teología, hablaba pausado y metódico, con voz dulce y recalcando la *ll* como buen poblano.

En la tribuna distribuía lógico su discurso, encadenaba sus silogismos y producía su palabra reminiscencias de púlpito. En el trato familiar era chancero é ingeniosísimo, y con los amigos fino y obsequioso.

D. Teodoro Lares, carirredondo, pelinegro, coloradito, de anteojos y risueño, nació en Aguascalientes, hizo sus estudios en Guadalajara y se radicó en Zacatecas como Director del Instituto.

Grande era su erudición, escribía correcto y hablaba con acento pronunciado de payo, debilísimo de ca-

rácter y muy admirador de los prohombres del partido conservador, cayó en el imperio y le tocó representar papeles principales, siendo en realidad un colegial bien educado y sin mundo.

El Lic. Macedo, un *dandy*, un petimetre, un dije sin mancha ni arruga, afiligranado y como vaciado en un molde de perfecta elegancia.

Tez morena, mirada que dulcificaban los anteojos, negra y delgada patilla, voz dulcísima.

El primero en el acatamiento á las damas y personas de respeto.

Era el Sr. Macedo, á quien todo el mundo llamaba D. Marianito, por cariño, nativo de Guadalajara, y no tenía el más leve resabio de payo, por el contrario, alguien le tachaba de atildado y ceremonioso, y que andaba de puntillas. Creyente cerrado, sus relaciones eran de gente de Iglesia y próceres políticos.

En la tribuna era metódico y templado; en los negocios de cálculo certero, y en el trato íntimo de finura incomparable.

Netamente pertenecía Macedo al partido moderado; pero tenía amistades íntimas que sabía conservar con exquisito tino y circunspección.

El bufete de Macedo era acreditadísimo, y cuando figuró en el Congreso, ya tenía gran reputación, aunque los exaltados le inculpaban injustamente como conservador, porque aunque liberal no seguía nunca bandería ni gustaba comprometer su independencia.

Ponciano Arriaga: al levantar el velo para exponer

este retrato, me siento incapaz por dos razones: la primera, porque soy parcial, parcial como con Cardoso, como Ramírez, como todos los que eran rayos de luz de mi misma alma y sangre de la vida de mis más íntimos afectos. Eso de «quien á feo ama hermoso le parece,» y cuando se ama lo hermoso ¿qué sucederá?

Por otra parte, las fases de la inteligencia y de las facultades de Arriaga eran muy varias, y me acontece lo que al pasar por una galería de cuadros de distintos asuntos de autores eminentes: se ríe con los borrachines y los tunos de Goya, se deleita con las Madonas de Rafael y Murillo, se pone nervioso con las batallas de Salvator Rosa, tiembla con el naufragio de la Novara y se espanta con los fatídicos frailes de Zurbarán.

Así yo con Arriaga en su estudio, meditando silencioso, le admiro. En Guanajuato, desafiando á Arista, me espanta; contrariando el golpe de Estado de Comonfort, me arrastra y subyuga; me alegra en los fandangos de chinacates; en la tribuna me encanta; como patriota, es un bello ideal; como amigo, sin tipo con qué compararlo ni ternura con qué encarecerlo.

Nació Ponciano en San Luis, hizo allí sus estudios y desempeñó catédras con grande lucimiento.

Entusiasta por la Independencia y apasionado por todo lo mexicano, dióse á conocer en unos toros de aficionados en que se formaron dos cuadrillas de toreros, una de españoles y otra de mexicanos.

En trajes de capitanes, en mil pormenores, se esta-

bleció cierta competencia que empeñó vivamente el amor propio de los unos y los otros.

Dióse la corrida: cada toro tocaba á cuadrilla diferente. El público se convirtió en facciones que aplaudían frenéticamente.

La cuadrilla de españoles, por su riqueza y por lo bien elegido de bichos y de diestros, estaba por las espumas.

Llegó su turno á los mexicanos, y picaron y capearon admirablemente, lloviéndoles flores, galas y agasajos de las lumbreras.

Al poner unas banderillas Arriaga, el toro matrero le siguió y acometió á la mala; iba á correr el banderillero, cuando oyó algún silbido de los españoles: entonces se volvió Arriaga contra el toro, con tal arrojo, con tal furia, tan inesperadamente, dándole con las banderillas y arrojándose sobre él, que el toro corrió espantado, gritando los espectadores ¡¡Viva México!! en medio de los palmoteos y las dianas.

Tal circunstancia le dió tal popularidad, que los más infelices tenían orgullo en ser amigos de D. Ponciano, quien siempre les servía con el mayor cariño y desinterés como abogado gratuito y como valedor incomparable.

Al estallar la revolución de Religión y Fueros en 1833, Ponciano estableció un periódico vehementísimo con otros estudiantes, y se hizo el periódico más decidido y sangriento cuando ya Arista estaba en Guanajuato prevenido contra las iras de Santa-Anna. El

periódico de los pronunciados le dijo á Arriaga intimidándole que esperaba que repitiera sus bravatas frente á los cañones de Guanajuato. Arriaga se alistó en la guardia nacional, marchó á Guanajuato, y en lo más empeñado de la sangrienta toma de Guanajuato, luchando temerario, gritó desde una trinchera: Díganle á Arista que aquí está Ponciano Arriaga el de las bravatas del periódico de Guanajuato.

Arista supo este rasgo de Arriaga á quien no conocía, y desde entonces conservó por él profunda estimación.

Alto, flaco, anguloso, de ojos pequeños, con rastros de viruelas en la cara, barba rala y cabello que descubría por hileras su calva, voz que salía dulcísima y vibrante de su dentadura blanca.

Era en extremo nervioso: subía á la tribuna desgarbado y vacilante, temblaba al entrar en acción como Marsena y pasaba su diestra sobre la frente como para arrancarle las ideas; pero insensiblemente su voz se aclaraba, su cuello se erguía, volvía el rostro á los lados y se encaraba con su auditorio: entonces no corría sudor, ni se precipitaba su elocuencia, procedía como por explosiones y pausas; pero en ideas tan enérgicas, tan contundentes, como el ariete que á cada golpe parecía derribar con estrépito el muro en que se defendían sus enemigos.

Y ese mismo hombre, entre sus amigos, condescendiente y humilde, alegraba la tertulia, animaba el baile y convocaba á los pobres para darles de comer en sus fiestas domésticas. Arriaga con Gabino Bustaman-

te y Pradel redactaban el periódico de la guerra en Querétaro.

Lic. D. Manuel Doblado. *Se alza el telón.* Al pie de una alta loma un pueblecillo juguetón y contento, su río de turbias aguas y sus manantiales numerosos, su torre estirando el cuello para ver la llanura y sus casitas bajas de puerta y ventana pintadas de blanco y con el frente empedrado.

Vese aquí y acullá un retazo de banqueta como anuncio de casa de polendas y uno que otro farol cuyos vidrios verdes parecen más bien cárceles que asilos de la luz. En las solitarias calles, transeuntes de calzón blanco, arrieros y mayordomos en caballos flacos y cuellos largos, tal cual hacendado con su manso caballo de silla guarnecida de plata, algún señorito en su cuaco brioso y relancista, y por Corpus y San Juan un coche de camino presidido de la remuda, con su camisa, flotando sus colchones y envoltorios en la tablilla y sus criadas debajo de la caja, en la hamaca, sacando las cabezas como nido de golondrinas.

Por poco que conozca nuestros pueblos el que esto leyese, completará el cuadro con cerdos vagabundos recorriendo las calles, asnitos sueltos en paseos tranquilos ó dando suelta á eróticos rebuznos y grupos de canes en solaces. Una que otra carreta que rechina al rodar trabajoso, un atajo de burros ó de mulas que arma polvareda.

En este teatro, allá por los años del Señor, de 1833, gallaba un chicuelo pobrísimo, pero de honrada fami-

lia, tan ágil para el piso, como listo para la riña, tan primer lugar en la escuela, como sin segundo para relatar la vida y milagros de Pedro de Urdimalas, como para monaguillo de la parroquia ó encantar á las ancianas oficiando el Víacrucis ó el rosario.

La pobreza había caído de plano sobre la familia de Doblado, al extremo de ocupar al chico en trabajos muy secundarios, y por los días en que voy hablando, su ocupación era cuidar una era en que tenían sus padres una poca de cebada y frijol.

Por ese tiempo hacía su visita y pasó por aquel pueblo, que no era otro sino San Pedro Piedra Gorda del Estado de Guanajuato, el celebérrimo Obispo de Michoacán D. Juan Cayetano Portugal, vecino de allí, á quien presentaron al jovenzuelo Doblado, como un fenómeno de talento y aplicación. Hablóle el Sr. Portugal, le hizo preguntas sobre sus estudios y acabó por darle algunas monedas, diciéndole: yo te bendigo en el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo; tu serás uno de los hombres más eminentes de mi patria!

Aquella profesía elevó al quinto cielo la reputación de Doblado, de suerte que, cuando, en virtud de una ley del Estado de Guanajuato, se pidió á Piedra Gorda al niño pobre que saliese de la escuela con mejores calificaciones, sin titubear se designó á Doblado, quien montado en un rocinante tísico y averiado de las patas y del lomo, dejó el hogar paterno, en medio de las bendiciones y lágrimas de sus deudos.

A poco de estar en el Colegio, el bendecido niño de

Piedra Gorda ocupó el primer lugar en su cátedra, y se distinguió por su facundia en juegos y travesuras, su complicidad en robillos de despensa, su complicidad en amoríos y su tipo reservado, audaz, ambicioso, sutil y manirroto.

El colegial avanzaba rápido en sus estudios; era, sin pretenderlo, consultor y caudillo; pero la escasez le tullía, la hambre le acogotaba, y aunque despejado y arbitrista, no le hallaba punta á la hebra del socorro de sus necesidades.

Una noche que brillaba la luna, alumbrando el juego de pelota del colegio donde se hallaban varios muchachos, oyendo contar cuentos, pasó sin duda una inspiración singular, tras el cristal de la sorprendente inteligencia de Doblado, y exclamó, oyendo algo estupendo....eso lo pasé yo la quinta vez que me morí.

—Cómo andamos ahí; dijeron algunos.

—Lo que Uds. oyen, mucho más extraordinario.

—¡Cuenta! ¡cuenta!....

—Con dos condiciones.

—Veamos cuáles.

—La primera, que al primero que interrumpa con impertinencias se le expulse de la rueda.

—¿Y la segunda?

—Que si agradare mi relación y quieren que siga, me han de dar algo para mis gastos, correos y papeles que necesito. ¿Convenido?

—Convenido.

—Pues atención.

Y los chicos formaron rueda en el suelo, y enmudecieron, oyéndose en el más profundo silencio los gritos y ladridos lejanos de fuera de las tapias del colegio.

—Yo realmente desconozco mi origen, ni sé quienes fueron mis padres; presumo que vengo del polo Antártico y me consta, como probaré á su tiempo, que Dios me concedió el don especialísimo de resucitar después de sepultado, en otra tierra, con otro nuevo nombre y en nueva infancia, juventud y vejez, corriendo en cada renacimiento nuevas y maravillosas aventuras, con la facultad de recordar lo pasado con toda claridad, como lo van Uds. á ver, si me prestan atención; de suerte que los prodigios, el viento y las tempestades, sus arcanos, la tierra, sus milagros, las aguas y sus intimidades, cavernas y subterráneos, me han confiado. En estas variadas faces de mi vida, he sido trovador y guerrero, sacerdote de sectas distintas, marino y aeronauta, ajusticiado por perverso, y á las puertas de la canonización por santo milagroso. Amante apasionado, esposo feliz, viudo inconsolable.....En fin, lo he sido todo y de todo quiero informaros... cesando por ahora porque me encuentro fatigado, y algunos recuerdos anublan mis ojos de lágrimas y embargan mi voz....Doblado calló, y el silencio sobrevino á su mutismo.

Al principio, los chicos quisieron interrumpir burlones, después escucharon, luego conmocionados cercaron al narrador. Su palabra era tan fácil, el colorido de

la narración tan bello y tan interesante, su aplomo tan grande, que aun los persuadidos de que se trataba de una fábula, se asombraron de aquella maravilla de improvisación.

Abrazaron á Doblado, le emplazaron para la noche siguiente y llovieron en su mano las monedas, empeñándole á que continuase su historia.

A la siguiente noche todos los chicos acudieron puntuales y curiosos de escúchar á Doblado, tendieron sus capotes en el suelo en semicírculo al frente de la *botadera*, asiento prominente del narrador.

Restablecido el silencio, anudó de esta manera el cuentista su relación pendiente:

—«Uno de mis nacimientos, ó mejor dicho, el que mejor recuerdo, me representa un ánade blanco como espuma, que no sé con qué motivo se entraba por un gran salón como Pedro por su casa; tenía el lomo muy ancho el ánade, y tambaleaba al andar; pero lo singular era que lloraba como criatura y casi articulaba palabras humanas de idioma desconocido.

«Los concurrentes de ambos sexos que ocupaban el salón, eran singularísimos: en las cabezas de los hombres se veían como pequeños arbustos de menudas y verdes ramas que sombreaban los rostros, y en las cabezas de las mujeres flores preciosísimas en sus tallos, que eran adorno delicioso y defensa de sus cabezas.

«A la presencia del ánade maravilloso, todos los circunstantes mostraron asombro; uno, compadecido de los dolientes gritos, desenvainó su puñal y rajó con él

el lomo del ánade; al abrirse en medio de la sangre que caía sobre las blancas plumas convertidas en hojas de clavel, apareció, sonriendo, un niño blanco, rubio, risueño, tendiendo sus preciosas manecitas á una de las damas que era nada menos que la reina, quien lo llenó de besos y caricias.

«Casi sin intervalo de tal escena, la reina se hundió en el suelo con todo y su nueva adquisición, y lo mismo sucedió con otros personajes prominentes, á mi juicio, por la riqueza de sus trajes, y era que aquel salón era un punto avanzado de Palacio en que se recibía y comunicaba subterráneamente por salones lujosísimos con las habitaciones reales, habiendo en el pavimento cotillones y tramoyas por donde se verificaban aquellas mágicas y repentinas desapariciones.

«Los ejercicios gimnásticos en aquella mi patria, comenzaban desde la edad más temprana, y consistían en trapecios y columpios elevadísimos y que se sujetaban á vaivenes más ó menos impetuosos, según el parecer de los maestros.

«Había voladores como los de los aztecas y, por último, pequeños globos que sostenían á un niño á poca distancia con velocidad extraordinaria.

«Todos estos ejercicios los motivaba, que los que allí fungían de cabalgaduras eran avestruces gigantescos domesticados y enseñados como nuestros caballos; esas inmensas aves servían para los viajeros y para las tropas, no permitiéndose el caballo sino para las cercanías de las ciudades y para los paseos, de suer-

te que los grandes viajes eran por el aire con la mayor violencia y comodidad, y los caballos en los aires tenian cierto carácter de grandeza y majestad imposible de describirse.

«Las grandes hileras de aves colosales perdiéndose en las nubes, los estandartes y banderas, los aparatos para conducir los heridos y descender á tierra, las músicas, todo era inesperado y fantástico.

«Por supuesto que había sus sabios muy conocedores que fijaban los días de combate para que no un aguacero ó una granizada trastornara los planes de guerra.

«Después de mil maravillosas aventuras y de ocupar puestos muy eminentes en el Estado, mataron en una batalla al narrador que tenía el nombre de Kerchuffs, y á quien mandaron retratar en un gran papelote que se elevaba en los aires los días de gran formación de las tropas en el espacio.»

Al dar por terminada su relación esa noche el narrador, el entusiasmo se desbordó, le pasearon en triunfo por todo el colegio y se pronunciaba el nombre de Doblado con fanática admiración, lloviéndole propinas, obsequios y consideraciones.

Al acercarse los exámenes, suspendió sus pláticas nuestro amigo, quien sacó los primeros premios, y cuando las vacaciones llevaron á todos los ángulos del citado á los chicos al seno de sus familias, se difundió la fama de aquel colegial extraordinario, abismo de gracia y elocuencia.

Al rector del Colegio había llegado la noticia de las milagrosas aventuras de Doblado, y cuando volvieron á continuar sus estudios los chicos, promovió la continuación de los cuentos de aquel nuevo Guzmán de Alfarache ó Lazarillo de Tormes.

Doblado organizó las reuniones cuidando de sus propinas y comenzó por una de sus mil transmigraciones, con el nombre de *Motetes*.

Este era un muchacho crespo, moreno, de ojos negros, de movimientos listos, valiente y dadivoso, hijo bueno y excelentísimo amigo; pero con una inventiva tan estupenda para las maldades y diabluras, que ni en los pasados ni en los presentes tiempos se le reconocía rival.

El sombrero con la parte superior averiada, la camisa en descote insolente, el pantalón clareado y suplido con un paliacate....en una bolsa pan y queso, en la otra un trompo ó un celemín de huesos de chavacano.

En una vez le asaltó un perro enorme, y al abalanzársele, Motetes se puso en cuatro pies y le ladró ó guiñó al perro, de modo que el can volvió grupas y echó á correr espantado.

En una riña que tuvo con un boticario, éste le siguió con un palo, el chico saltó sobre el mostrador y parado en él grito al enemigo: «Ni un paso más porque barro y derribo todo el botamen de la botica,» con lo que el boticario entró en transacción.

Llamaba á un vendedor por la calle, y después de

ver el efecto proclamado, le preguntaba si vendía....

—Sí, niño....

—Pues consuélese Ud., porque otros no venden, y echaba á correr.

Ya se vengaba de un músico que le perseguía, untando sebo en las cuerdas de su violín, con lo cual quedaba sin tocar y el artista con derrame de bilis.

Ya introducía un trozo de hielo en una trompa que sonaba destemplada.

Ya se ponía á comer limón gesticulando frente á un flautista, que con la boca aguanosa no daba tonos.

Una ocasión se introdujo al coro de una iglesia, y con suma sutileza y disimulo rajó los pliegues de los fuelles del órgano. Cuando el caso lo requirió trató de dar un lleno el órgano y produjo un ronquido ruidoso y ridículo que hizo carcajear á todos los fieles cristianos.

Ya se entraba á una mercería muy serio, á preguntar si había herraduras para mosquitos ó pistolitas para matar pulgas; ya les gritaba *tostadas* á las molenderas de chocolate, injuria alusiva á la lumbre que se ponían debajo del metate y les tostaba el vientre.

Para atar un cohete á la cola de un perro, y prenderlo haciendo que corriese desatinado; para poner zapatos con cáscaras de nuez á un gato de modo que anduviese trastravillando; para atar un papel á la cola de otro gato y verlo dar vueltas enloquecido; para esto Motetes era único en su género.

Y á tanto llegó el entusiasmo de sus oyentes, que se le quedó á Doblado el nombre de *Motetes*, que conser-

van hasta el día los pocos compañeros de colegio que le sobreviven.

El Rector se decidió á escuchar á Motetes, disponiendo las cosas de modo de confundirse con los otros colegiales, y así lo verificó.

Hablaba esa noche Doblado, de la condensación ó consolidación porosa de una nube, que habitada se convirtió en isla flotante, y donde acontecieron cosas estupendas.

Y era tal la gala del estilo, tan profundo el interés que dió á la narración, tan vivo y poético el colorido de su leyenda, que el buen rector estuvo á punto de declarar sobrenatural *al niño sublime*, para plagiar la calificación que se hizo de Víctor Hugo.

Con verdadero asombro, y en conversación familiar, habló el Rector de Doblado con una gran señora, tan opulenta como bella, y tan inteligente como generosa.

La rica matrona comprometió al Rector á que la disfrazase y la colocara de modo de escuchar á Doblado.

Esa noche, en no sé cuál de sus vidas se pintaba Doblado, huérfano, doliente, recogido por unos audaces marinos y navegando en mares tempestuosos.

Ocurre un tremendo naufragio, que describe divinamente el narrador, como lo hizo Byron en D. Juan; como Pereda, como el poeta de inspiración más valiente. Rendido, reluchando con las olas, perdió el sentido... al volver en sí, se halló en medio de un silenciosísimo arenal, sin un árbol, sin agua, sin un accidente cualquiera que ofreciera vida.... El náufrago estaba

totalmente desnudo y había quedado en su cuello una medalla de la Virgen María, recuerdo de su santa madre.

Quitóse la medalla del cuello, la puso en la arena y se arrodilló para besarla; al poner los labios en ella, el suelo se hundió, precipitándose de cabeza Motetes al fondo de un pozo profundísimo, tentando las paredes de aquel abismo; cayeron unas piedras y tendiendo la mano, se persuadió que estaba en la primera de las gradas de una escalera de caracol.

Subió entonces intrépido, comenzó á percibir débiles y blanquísimos destellos, subió más y más, y de pronto y vestido por arte de milagro, se halló en el centro de un delicioso verjel, lleno de árboles frondosos y bellos, con cascadas risueñas y lindas flores, con frescura en el ambiente perfumado en que revolaban pintadas mariposas, y se oían los cantos dulcísimos de aves melodiosas.

Del seno de una fuente de clarísimos cristales, sin siquiera rastros de humedad, salió una joven tan deslumbradora de belleza, tan dulce de mirar y tan enamorada de acento, que hubiera requerido una alma *ad-hoc* para admirarla y para amarla.

Llamó al joven y le dijo: toma esta llavecita de oro, busca una peña que está frente á mí, y en que está incrustada la chapa de esa llave, abre la peña, se convertirá en puerta que da á la habitación que te doy en premio de tu amor á Dios, á tus padres y tus talentos, lo mismo que á tu noble ambición de ser útil á tu patria y á tu familia; yo nunca te abandonaré.

Practicó el niño lo que dijo el Hada, después de decirle palabras tan tiernas y sentidas, que apenas se oía al narrador entre los sollozos de los circunstantes.

La gran matrona compañera del Rector, se retiró sin decir palabra, suplicándole á su amigo que el domingo próximo enviara á Doblado, con cualquier pretexto á su casa.

Fué en efecto el afortunado colegial, lo llevó la señora á su sala, y le dijo: Yo soy sirviente de la Hada que vió Ud. en la fuente, y ésta (mostrándole una llave) es la llave de la habitación de Ud.; sígame.

Siguió Doblado los pasos de la dama y encontró un departamento perfectamente amueblado, con estantes y libros, útiles de aseo y cuanto se pueda imaginar para comodidad y bienestar de un joven.

—Esta es la casa de Ud., aquí vivirá, aquí concluirá Ud. su carrera y encontrará una segunda madre. Así ingresó Doblado á aquella opulenta familia, así encontró una generosa protectora á quien amó y reverenció toda su vida y así fué su entrada en el gran mundo.

Ocasión tendremos de ocuparnos más detenidamente de este personaje. Cuando fué al Congreso de Querétaro tenía treinta años.

Era rubio y de ojos azules y pequeños, pero vivísimos; de boca pequeña y labios finísimos, de cuerpo mediano pero ágil y bien hecho, muy pulcro en el vestir y con los hábitos de gran señor con uno que otro dije de payo que le agradaba.

El Sr. Lic. D. José Mª Cuevas. La familia de los se-

ñores Cuevas es originaria de Lerma, el padre ó abuelo de D. José Mª fué dueño de la hacienda riquísima del Mayorazgo, de donde se colige su opulenta fortuna, influencia y relaciones.

Hizo brillantísimos estudios en el Colegio de San Ildefonso, y decía que le habían educado los jesuítas á quienes profesó toda su vida profunda admiración, y cuyas máximas morales ó de conducta en el recto sentido de la palabra, citaba frecuentemente en su conversación familiar.

Moreno, hermosa y amplia frente coronada de escaso y disperso cabello, nariz proporcionada, ligeramencurva, boca recogida, de finos labios y movimientos graciosos, alguna barba que sombreaba su rostro sin comunicarle aspereza.

Constantemente andaba con la cabeza inclinada, era cargado de hombros, y en su asiento parecía doblado y como al dormirse.

Abordaba la tribuna con cierta timidez que se parecía al miedo, su voz era opaca y como que reclamaba atención y silencio.

Su decir era con espontaneidad elocuente como corriente clara bajo sauces; tenía la manía de estirarse el cuello de la camisa y de repetir, como aparte, cortando su peroración: «pues señor, pues señor.»

Jamás se dió por entendido de aplausos ó signos de reprobación; nunca se dirigió á sus contrarios, nombrándolos por su nombre: era el Bayardo de la tribuna.

En sociedad era afable y le encantaban las reminis-

cencias de colegio, no conocia la vanidad y refería sus derrotas en el foro de un modo sencillo y franco.

Aunque en exterior engañaba con algo de enfermizo y monástico, era cazador notable, manejaba las armas con destreza y tenía bien sentada su reputación de jinete.

Casó el Sr. Cuevas en temprana edad con la Srita. Estanillo, mujer hermosísima y de virtudes angelicales.

En el hogar era el Sr. D. José Mª sincero y obsequioso con sus amigos, franco y cariñoso, caballero y galán con su señora y de ternura sin igual para con sus hijos.

Observaba sin gazmoñería las prácticas religiosas é hizo de su familia el ornamento de nuestra sociedad.

Realmente, el Sr. Cuévas era un liberal moderado, es decir, que estaban en su convicción los principios liberales, menos en las que creía heridas sus creencias religiosas y las inmunidades de la Iglesia.

La decisión y firmeza con que defendía esos fueros, hacían que los exaltados lo considerasen como filiado en el partido conservador ó enemigo de la independencia, lo que era altamente injusto, y desmintió con pruebas su patriotismo.

General Lino José Alcorta..... ....

General Mora y Villamil.....

El salón en que el Congreso reunido en Querétaro celebró sus sesiones, estaba situado en el edificio llamado la Academia, viendo á un costado del opulento templo de San Francisco.

Era, propiamente hablando, un galerón ovalado con una sola puerta y sin ventana ni tragaluz; el cielo de bóveda de piedra, el pavimento enlosado y una ventanilla en el fondo con su reja de fierro.

Contra la pared, y descendiendo al suelo, había después de un amplio tránsito que recorría la mitad del óvalo una tosca gradería de cal y canto en que se colocaron sillas para los diputados.

Parece que estoy viendo el salón: en el centro de la gradería superior se colocó el dosel, la mesa para el Presidente y los Secretarios que tenían de frente un gran Santo Cristo con el enorme tintero de plata al pie de la cruz.

Veo bajo el dosel el busto del Sr. Jiménez Caberón, moreno, ojos saltones, con lo que debía ser blanco de los ojos, rojo.

A la izquierda de la fila, en primer término, Doblado, de pelo gris, ojos chicos, barbilampiño y nariz apericada; allá al frente, Elguero, blanco, chupado de carrillos, con sus hermosos ojos negros y su boca grande de dentadura de marfil; acullá el Padre Madrid, Obispo, con su sotana morada, flaco, de anteojos, y rostro monjil amarillento y enfermizo; Cuevas D. José Mª hecho una & hundido en el cuello de la camisa, con su mano apoyando su mejilla y sus obscuros anteojos verdes que parecían aislarlo del mundo.

Permanecía en la sesión silencioso y cabizbajo, viéndosele como coronilla sacerdotal la calva.

Arriaga, en chirlos el cabello, dejando al descubrir

la calvicie; frente abierta y franca, ojos pequeños, negros, de atrevimiento indecible, hoyoso de viruelas, boca húmeda y dentadura alegre y luciente; era como el adalid de la gracia.

Micheltorena se sentaba no lejos, con su cabellera pachona como de duque de comedia de capa y espada, abullados rizos entrecanos sobre las sienes, finísimo y adamado, se recordaba su valor por su indolencia al hablar de los grandes peligros, y su ciencia por la divagación con que constantemente veía al cielo, porque la astronomía era su pasión favorita.

No correspondía con su natural modestia su modo de hablar pomposo y retumbante, hasta en la conversación familiar.

—¿De qué será bueno, le preguntaban, un monumento para Hidalgo, señor general?

—De mármol duradero ó de bronce eterno, respondió con la mayor naturalidad, como diría una cocinera de un guiso en aceite y vinagre ó con salsa de mostaza.

Era valiente Micheltorena hasta olvidarse de la muerte. En lo más recio de la batalla de la Angostura, no se levantaba de su catre en donde estaba. Distraído tomó un libro y no lo soltó sino hasta concluir un capítulo, envuelto casi por los enemigos.

El público se agolpaba á las anchas puertas del salón, de pie y haciendo olas las caras y cabezas.

No había salón de desahogo, ni cosa que se le pareciera, de suerte que los diputados descansaban de pie

contra la pared, y allí eran sus conversaciones, consultas y altercados.

Antes de pasar adelante, quiero referir un incidente que influyó mucho en el ánimo de los que vacilaban de buena fe, entre votar por la paz y la guerra.

Al llegar el Gobierno á Querétaro, el Sr. Peña y Peña provocó una junta de Gobernadores para que expusiesen los recursos que los Estados podían poner á disposición del Gobierno, dado el caso que el Congreso se decidiese por la guerra.

La junta se instaló con el número que pudo reunirse de Gobernadores, presidiéndola uno de los ministros, y fungiendo como secretarios Zarco y yo.

Algunos de los Gobernadores estaban representados por personas elegidas por ellos.

Se hicieron notables en aquella junta, Ocampo por Michoacán, el Lic. Adame por San Luis Potosí, y el Sr. Mesa, Gobernador de Querétaro.

Los elementos de que podían disponer los Estados, eran realmente exiguos, todos ellos sufrían por causa de la guerra; las rentas apenas podían cubrir las necesidades más precisas, los giros estaban en completa parálisis, los campos abandonados, los caminos desiertos.

No obstante, Guanajuato, Michoacán, San Luis y otros Estados, manifestaron que se esforzarían, exponiendo las conveniencias de la guerra y lo muy justificado de los grandes sacrificios de la Nación.

Tocó su turno al Gobernador de Querétaro, persona

de grandes polendas y oráculo del alto clero Queretano. Era el Sr. Mesa alto, flaco y enhiesto, como formado de un tablón.

Corbata blanca y grueso bastón con puño de oro, paliacate curiosamente doblado, y caja de oro de rapé. Hablaba pausado y campanudo, mostrando en acciones y palabras mucha ceremonia y circunspección.

Comenzó su discurso el Sr. Mesa con una estadística de Querétaro, llena de primores, en que se escapaban verdaderos chistes, dichos con la mayor formalidad.

Concluyó ofreciendo sus preces por el acuerdo del Gobierno; preces que, como decía Zarco, no podíamos inventariar en el material de la guerra.

Sea que el mismo Sr. Mesa no quedase contento de su contingente de preces ó cualquiera otra cosa, hizo un acto reflexivo y dijo:

—Podía ofrecer á la junta una hermosa pieza de artillería, que no dudo sería utilísima; pero es el caso, que se tuvo que cargar con piedras hace tiempo, y le quedó la boca un si es no es ladeada, de suerte que se tira á la derecha y de fijo pega la bala en la izquierda.

Aquella explicación, que tenía todas las trazas de ridícula, indignó profundamente á Ocampo, que sin poderse contener me dijo:

—Ponga Ud., señor Secretario, que el estado de Querétaro contribuye para la guerra con la carabina de Ambrosio.

La junta se disolvió á poco, sin éxito alguno, sir-

viendo sólo para los alegatos de los que opinaron por la paz.

Las contestaciones de los comisionados de Guadalupe, aunque trasporadas, incompletas y como en fracciones, avivaban la inquietud y ponían al descubierto temores y esperanzas.

Entre los partidarios de la paz, había ricos finos y egoístas, que lamentaban la pérdida de sus comodidades, su teatro, su paseo y los halagos de su posición.

Estos nos pintaban ruines y sin crédito, impotentes, cobardes y asustados, exagerando la altura de sus caballos y el alcance de sus espadones. A los yankees les suponían manazas como de gigantes, bocas en que desaparecía medio toro como una soleta, y pujanza hercúlea y sobrenatural.

—No es posible, es una temeridad esa lucha; es que se nos sacrifique estérilmente.

Los partidarios de la guerra pintaban nuestros recursos para la lucha y nuestra pérdida inmensa. A estos se unían los *tragabalas*, los *matasietes*, los espadachines y fanfarrones, y cada centro de conversación era un campo de agramante.

Por fin, las sesiones del Congreso reunido se abrieron, convirtiendo las circunstancias y el silencio religioso, en solemnísimo aquel acto.

El medio óvalo de gradas estaba ocupado por los diputados; de pie y hasta la puerta de la calle, se agolpaba la multitud, ordenada, silenciosa; los hombres con las cabezas descubiertas y atentos como en misa.

De los oradores que tomaron la palabra, recuerdo sólo á D. Hilario Elguero, que habló en pro de la paz y á D. José Mª Cuevas, que se declaró por la guerra.

Ya hemos descrito al Sr. Elguero; estaba, por los días en que habló, enfermo. Abordó encorvado la tribuna, pálido, y con el brazo derecho sobre el estómago, que era su padecimiento.

El metal de la voz de Elguero era dulcísimo y con vibraciones delicadas y expresivas. A medida que hablaba, su fisonomía se coloraba ligeramente, y sus hermosos ojos acentuaban, realzaban y embellecían su pensamiento.

El orador tenía sus pretensiones, sabor ciceroneano en sus discursos, sin duda por la versación en los escritores latinos; pero sus imágenes eran resplandecientes y de grande originalidad.

Con imperceptible artificio, presentó su decisión por la paz, como arrancada á sus afectos, á sus convicciones, á su manera personal de sentir; tenía que limpiar su orgullo de mexicano de su frente y que enjugar sus lágrimas de humillación para sacrificar todo al bien de su patria.

Cada párrafo, cada inflexión de voz del orador, la seguía estremecida la multitud, y como que saltaba conmoviendo al auditorio... y al pintar á la Patria, de rodillas sobre los despojos de sus glorias y de sus hijos, parecía que gemía el aire y que lloraban los muros de la Cámara. No era una elocuencia arrebatada, ni tampoco una debilidad femenil, era el sentimiento

sincero del patriota sensible de grande corazón y bondad; pero extraviado por la alucinación del poder, quizá exagerado de los enemigos.

Cuando se discutió el tratado de paz, el Sr. Lic. D. José María Cuevas, que había opinado constantemente por la guerra, se encontraba enfermo en la cama, y aun así suplicó al Presidente, por medio de un enviado, se le concediese la palabra, en contra, protestando que asistiría cuando le llegase su turno; el Presidente lo apuntó para el fin del debate, en debida consideración á su enfermedad.

El debate tocaba á su fin, un día al concluir la tarde.

El local de la Cámara estaba muy sombrío, con sus paredes lisas y su maciza bóveda. El escaso número de bujías se había distribuído, por la configuración del salón, de manera que sólo se percibían los rostros de los diputados como exhumándose de abismos de tinieblas, la multitud que estaba agolpada del medio del salón á la calle, se percibía como un muro que rugía animado, y como que comunicaba sordo acento á lo tenebroso y lo desconocido. El silencio imponía terrible majestad á aquel cuadro.

Inesperadamente, y sin el más leve ruido, se abrió el muro que obstruía la puerta del salón y dió paso á una camilla, con su lecho blanco como de mármol, y sobre él á una persona envuelta como en una mortaja, en una profusa capa con su cuello de nutria, del que se destacaba una hermosa cabeza como de bronce, con su pelo ralo, su frente augusta y sus anteojos verdes,

que comunicaban á sus facciones cierta inmovilidad cadavérica. Aquel cuerpo tendido en el lecho, era el Sr. Lic. D. José María Cuevas.

Todos los diputados se pusieron en pie.

La camilla se depositó cerca de las primeras gradas, y el espectro descendió de aquella especie de ataúd y quedó de pie á su cabecera.

El Presidente dijo, después de tomar los diputados asiento:

—Tiene la palabra el Sr. Cuevas.

El Sr. Cuevas abordaba, aun sano, la tribuna, con cierto encogimiento; su voz era apagada y con cierto dejo catarral; tenía la manía de estirarse, hablando, el cuello de la camisa, y repetir muy frecuentemente, «pues señor, pues señor,» todo esto en el orden común; pero al exaltarse se transfiguraba, su voz era vibrante y sonora, y sus manías desaparecían.

En medio de un silencio sepulcral, comenzó su discurso el Sr. Cuevas, y fué robusteciéndose, animando, hasta estallar en desbordamientos de ideas, en tempestades magníficas de conceptos sublimes, en inspiradas, en increíbles revelaciones de patriotismo.

Aquella especie de fantasma tenía entre sus labios lo subyugador y lo sublime.

La Cámara escuchó primero atenta, después asombrada, al último enloquecida con aquel mapa de elocuencia. Los diputados dejaron sus asientos y rodearon al orador á su lado y de pie en las gradas.

El orador, alto, erguido, omnipotente, con su pala-

bra recorría toda la extensa gama de los sentimientos, ya dulce y persuasivo, ya terrible, ya quejoso y doliente como el desamparo.... Oh! no, en mi vida he asistido á una ostentación de la palabra que me haga más honda impresión.

Los diputados, pálidos, con los ojos brillando de lágrimas, los labios entreabiertos ansiosos, los cuerpos trémulos, escuchaban como sombras que obedecían una evocación mágica. Concluyó de hablar el orador y cayó como exánime sobre la camilla.... entonces, como si tratara de un padre por el amor y de un niño ó un ser de cristal, se le rodeó, se le abrigó y se le prodigaron cuidados al hombre que se había hecho adorable.

Los diputados se disputaron el honor de llevarlo á su casa en hombros y sin saber cómo se armó una procesión de cirios y hachones que acompañó al orador hasta su casa.

Los tratados de paz se ratificaron y aprobaron al fin, y regresaron á la Capital los emigrados con mayor contento y ansiedad que los que habían tenido al llegar á Querétaro.

Yo, que por una quimera, que sin escrúpulo puedo llamar irracional, me suponía al salir de México, pasando la vida á salto de mata, sin hogar fijo, y rodeado de peligros por algunos años, ví mi vuelta como una resurrección, y me instalé siguiendo mis plebeyas inclinaciones, en el corazón, en el cogollo, en la *mera flor* del barrio de Regina, ó sean las calles de Mesones;

es decir, las de la *casa del Pueblo* y el mesón del Chino, el pecaminoso callejón de los Gallos. Las calles de los músicos Campuzanos y el médico Becerril, del boticario Ceballos, calle del Tompeate, de D. Marianito Chapela, [1] el mejor licorista y el más cristiano de los vinateros y, sobre todo, la panadería de Horcasitas, ya citada, con motivo de mi pasión por los títeres, pasión que se arraigó en mí, y que tanto me ha durado, que he acogido con verdadero cariño en mi edad madura á muchos títeres, que me han costado serios desengaños.

Andando los tiempos, el Gral. Vicente Riva Palacio, me hablaba de su pasión por los títeres cuando era niño, al extremo de hacerse empresario, y llevar vida, en cuanto lo permitió su elevada posición, como de titiritero.

Contaba con chiste particular de una representación de su Compañía, en que en lo más estusiasta y aplaudido, se suspendió, sin saberse la causa, la función; hubo carreras, gritos y riñas; se averiguó la causa, y tuvo que salir al escenario Riva á noticiar que la función terminaba, porque se había tragado el pito el encargado de su manejo. Como se sabe, el pito es el alma y el verbo de los títeres.

No vuelve, con más tiernas emociones, el anciano á ver los lugares de su infancia, en que se abrieron sus ojos á la luz, y su corazón al aura de los primeros amo-

1 Se hizo célebre por repartir cada día 1°, gratis y con profusión, el canto á la Divina Providencia del Pensador Mexicano.

res; no encuentra inesperadamente con mayor regocijo, el avaro, el tesoro querido, centro de sus afectos apasionados; no tropieza, sin pensarlo, con mayor delicia el viajero sediento con el arroyo cristalino y fresco que le brinda sus aguas.

Y á semejanza de como la madre recorre y palpa el cuerpo de su hijo, tras una caída que pudiera lastimarlo, así yo emprendí la revista de la Ciudad, rodeándola, introduciéndome en sus callejones y vericuetos más intrincados; empadronando en mi mente sus nuevas habitaciones, recreándome en sus paseos, y sombreándome en sus calzadas.

Ceñían aún á la Ciudad grandes trechos del todo despoblados, cruzados por ciénagas y zanjas, embarazados por muladares. El Norte, desierto, aislándose Tepito, [1] y haciendo de frontera el Puente Blanco. Al Noroeste, vecino de Santa Ana, como árboles viejos, circundados de raíces carcomidas, los templos de Santiago, los Angeles y Santa María, los dos primeros animados febrilmente cada año por las tumultuosas fiestas populares, y el último, mal y escasamente acompañado por el callejón del Ratón, costado de las Bonitas, y vericuetos de mala cara y peores hechos.

Ni rastro, ni intento, ni adivinación había de las Colonias de Guerrero, hoy tan animadas, y del Boulevard de San Cosme, que terminaba en la garita, hoy cuartel. Al frente se hallaba la casa del mayorazgo Basoco, primera huerta en que se plantaron olivos después

1 Dios azteca de los domésticos (Tepitoton).

de la Conquista. No seguían esas opulentas hileras de palacios, sino edificios miserables, en que sobresalían las casas de Irizarri, casa de los *Mascarones*, en ruina; de Bassoco, D. Juan de Dios Alamán, y otros al frente de la casa del Pino y de la de Isita, que tenía fama por sus huertas y olivar.

En la acera de la casa de Bassoco sobresalía, como hoy, la famosa casa de Pérez Gálvez, y antes la casa de Rodríguez Puebla, notable por su lago navegable en chalupas. En ese sitio, hoy Tívoli del Elíseo, estuvo primero la plaza de toros del Paseo, y después la fonda de Monsieur Fortunet, notable cocinero francés.

Al Occidente puede decirse que la Ciudad terminaba en el Paseo; un farol sobre una viga junto del teatro de Nuevo México, indicante de que hasta allí llegaban las casas.

En lo general las calles centrales eran como hoy, amplias, con buen empedrado algunas, con atarjeas y banquetas, aunque estrechas, cómodas; pero en los barrios eran el lodazal y el caño inmundo, la ausencia de alumbrado y las miserias humanas, entregadas á la más cínica publicidad.

A todos los vientos, las corrientes regulares de calles y casas, se interrumpían por tumultuosos laberintos de vericuetos, callejones, encrucijadas y marañas de pocilgas en ziszás, escondrijos y madrigueras de bípedos, no tomados en cuenta por la historia natural.

Al Oriente, los callejones de Susanillo, la Santa Escuela, etc.; al Sur, la Retama, San Salvador, hasta el

Caballito ó lugar de entierros clandestinos, que eran un horror; al propio Sur el Manco y las salidas á las calles del Niño Perdido; al Occidente, Chiquihuiteras, San Antonio y adyacentes; del lado opuesto Juan Carbonero y Tarasquillo, con sus jacales primitivos y sus costumbres como en las serranías más lejanas. Al Norte, alrededores de San Sebastián, Plazuelas del Carmen, Muerto, Golosas, Locutorio, Vázquez, etc. El hambre y la miseria, la llaga y el harapo, lo deforme y lo repelente, tenían allí su imperio. En las zanjas de los alrededores de la ciudad, y en algunas que daban á las calles, veíanse mujeres lavando y bañadores desnudos; los cerdos vagaban sin custodia por algunas plazuelas, y en los laberintos descritos algo indescriptible de gentes extrañas, de mendigos, de tipos patibularios, de ejemplares cadavéricos, de desenterrados, de anómalos y terribles, tenían su mansión, que dejaban muy atrás la Corte de los Milagros, iluminada con luz espantosa por la pluma de Víctor Hugo.

Puede decirse que hasta en los centros más habitados de la Ciudad, existían estos embrollos de callejones; esta retacería de construcción habitable de vericuetos sin salida como la Alcaicería, de la que quedan en pie los callejones de la Olla, de la Cazuela, etc., lado á lado de las amplias calles del Cinco de Mayo y prolongación de la calle de la Palma.

Las accesorias de esas casas eran regularmente pulquerías, bodegones, atolerías, y abrigo de gente pobrísima y sucia, que por la estrechez de la localidad esta-

ba constantemente llena de basuras y derrames que convertían el ambiente en peligro para los transeuntes.

Otras de estas marañas habitadas eran Tarasquillo y Cuajomulco, que han sufrido completa transformación, desapareciendo los callejones del Huerto y de Frías, la capilla de nuestra Señora de los Dolores y de lo que queda en pie el callejón de Salsipuedes y el de las Damas. No quedando ni remoto recuerdo de los jacales de indios carboneros otomiés, que ocupaban en amplia plazuela el costado de la capilla, y permanecían acostados sobre la tierra ennegrecida por el polvo del carbón, como si habitaran con toda seguridad sus aduares en Chihuahua ó Nuevo México.

Yo recorría esos lugares, y si los recuerdo, atropellando las reglas del buen decir y las conveniencias de la narración, es para hacer forzosa la comparación entre lo adelantado por la Reforma y lo que antes de ella existía.

Tales eran mis paseos; en mi andar al acaso me detenía como para interrogar á los edificios, para cerciorarme que eran ellos y que me conocían.

Por Peralvillo revivía en mi mente el activísimo tráfico de areneros, caleros, etc.; mesones, corredores de semillas, y en la garita, llamada en los tiempos pasados del Pulque, por hacerse por allí las grandes introducciones del licor de Xochil; las jamaicas y toros en los corrales que servían para que esperasen el registro los atajos de las haciendas de los Llanos de Apam.

Se encontraba en el mismo Estado, en la Estampa de San Lorenzo, la casa del célebre padre Marchena, comisionado por cierto Ministro de Relaciones para que espiase á Iturbide en Liorna y á quien se encontró asesinado, á su regreso al país, en el callejón del Ratón.

La esquina de Santa Catarina y los Parados traía á mi memoria la tradición del rapto de una de las damas de nuestra alta sociedad, en pleno día y yendo la señora con su esposo.

En medio de la plazuela de Santo Domingo, había una gran fuente que tenía en su centro una columna coronada de una águila.

La barda que rodeaba el edificio era maciza, de cal y canto, haciendo más triste el vecino edificio de la Inquisición, convertido más tarde en prisión de reos políticos *confinados al patio de los Naranjos.*

Alguien me ha asegurado, y yo no tengo datos para afirmarlo, que el Sr. Lic. D. Vicente Riva Palacio ha hecho estudios y posee documentos preciosos de la ex-Inquisición.

Ya me detenía en mis paseos al frente de la casa número 30 de la calle de Donceles, donde vivía siendo Ministro de Guerra D. Juan Almonte, en unión de su hermana Dª Guadalupe, de su hermano D. Antonio y de la bella y simpática Lola Quesada, esposa del general.

Ya registraba con la vista el número 21 de la calle de Tacuba, donde vivía el Sr. Gómez Pedraza y se le presentó Otero.

Esas disparatadas reuniones de pocilgas, casucas y jacales, tenían no se qué de anómalo como las personas: ya formaban incorrectas hileras, ya se aislaban dos ó tres como para conversar, ya espiaba la de más allá como en observación, ó se abrían como para armar plaza, ó parecían amenazarse ó acometerse, ó como que se escapaban en los callejones obscuros y tortuosos, ó se precipitaban en las acequias que encontraban á su paso y como para impedir su fuga.

En la calle de las Escalerillas número 2, me salían al encuentro los recuerdos del Sr. D. Francisco Ortega y familia, casa en que nació la aurora de la fama de Luis Martínez de Castro, Rodríguez Galván, Larrañaga, el Padre Silva y otros literatos insignes como Eulalio Ortega, Francisco, médico eminente y Aniceto, médico notable y músico, inspirado autor de la Marcha de Zaragoza.

Avanzando, ó retrocediendo al acaso, me parecía ver salir del número 6 de la calle de Santa Clara á D. José Ramón Pacheco, fino y esbelto, con su nariz roma, sus ojos garzos, su cabello lacio y rubio y su boca expresiva, entre cuyos labios parecían jugando el epigrama y el chiste.

En la casa de Pacheco vivió algún tiempo en su compañía D. Crispiniano del Castillo, jurisconsulto jalisciense de alta nombradía, Ministro de Santa-Anna, pequeño de cuerpo, con la risa en los labios y á quien llamaban el *maestrito* por su tamaño y por haber sido maestro de Otero y otros jaliscienses ilustres.

En la misma calle de Santa Clara número 26 vivía Payno, cuando la literatura, el arte culiniario, la ópera y la política formaban sus delicias.

Tratábase como gran señor, y allí se veían como montadas al aire y en exposición perfecta las singularidades de su carácter.

Su esposa era un dechado de gracia y talento, chiquita, ojos negros, agudísima en la conversación, la misma finura para hacer los honores de la casa.

Vivía en compañía de Payno Domingo Revilla, patriota entusiasta, instruído como *amateur* en la ciencia militar, amigo de todos los jefes de reputación, conocedor de todos los combates y sus peripecias, adorador de la crónica de cuartel, impetuoso y de corazón más noble y caritativo que puede imaginarse.

El cuarto en que Payno escribía estaba materialmente tapizado de cuadros, algunos de ellos de mérito exquisito.

Las cuatro paredes se hallaban cubiertas de estantes con libros, y en la parte superior había aves disecadas de gran tamaño, monos, ídolos, lagartos y cuanto le ocurría de raro y curioso.

Por todas partes, sobre libros y mesas, se veían figuras de trapo y de cera, curiosidades recogidas en sus viajes, y objetos históricos, más ó menos apócrifos; pero sobre los cuales Payno sabía ó inventaba deliciosas leyendas.

Cuando la pasión culinaria agitaba á mi hermano, aquello era estupendo; el mechado y la trufa, los pi-

kles y los hongos, el asado y la fritura, competían, y al recibir el bautismo de las más atrevidas innovaciones, resultaban confecciones sorprendentes, muchas de las cuales podían figurar entre los tósigos mortales sin las adiciones y agregados que las hacían sabrosas y sanas.

Payno, con su vestido adecuado, su delantal albeando y su gorro bombacho de bretaña, en esas faenas no se habría cambiado por los sabios ó guerreros más aplaudidos del mundo.

La parte que ve al Este del Paseo, estaba del todo despoblada, lo mismo que los alrededores de la ciudadela. Por Nuevo México se comenzaron á instalar varios obreros franceses que emparentaron *sans façon* con mexicanas, amigas de la civilización europea, y viéronse en breve transformaciones curiosas; entraron de rondón por las desmanteladas accesorias, la camita con cortinas y el reloj de palo, la escoba de palma y la parrilla, la cafetera y el tarro para la cerveza. La china aceptó sin repugnancia el túnico, el gorrito, y supo decir *Monsieur porte-vouz tres bien y güi*, y el francés se desmorecía por el pulque, el sombrero ancho y las desvergüenzas de los léperos.

Como por encanto se abrieron cantinas francesas y cafés y los domingos sonaba el pistón, se chocaban vasos y copas, se bailaba y desternillaban de contento Baco y la madre Venus.

La población creció poco á poco, viéndose salir de atolerías y *fonduchas*, güeritos como en el boulevar

de San Antonio; apercibiéronse franceses de buen gusto de lo propicio del terreno para construcciones sanas y de hermosa vista, y sacaron la cabeza á la sombra de arbustos graciosos y de alegres flores las Quintas de Voltaire, de Rouseau; otras finquitas preciosas, nidos de familias trabajadoras y felices, y por remate un Sr. Nafeguí, poliglota y arbitrista instaló su fábrica de gas, con tan buen éxito, según malas lenguas, que hizo pasar los tubos de las cañerías por cañones de fusil, con lo cual se decía que hizo un negocio bárbaro.

Del lado opuesto, campeaba D. Sebastían Pane, introductor en México de los pozos artesianos según el sistema de China y de no sé cuántas regiones desconocidas, existentes sólo en el extenso mapa de su fecunda imaginación.

Era Pane italiano, según barrunto, de una talla de poco más de vara, rostro desproporcionado y como vaciado en un molde para hombre corpulento; ojos de relámpago, nariz exagerada, frente piramidal y, sobre todo, con una jiba que duplicaba su busto que podría pasar por baúl visto de canto, por trastienda, por apéndice y por adherencia estorbosa en toda circunstancia. Pero Pane era el hombre más emprendedor, más listo, más insinuante, más vivo de cuantos mortales he conocido.

Su movilidad era perpetua, sus recursos inagotables, su verba fascinadora, su elasticidad inverosímil y su arranquera obstinada y mordente como un cáustico.

Improvisó en el llano desierto una choza á lo Ro-

binsón; del fondo de una caldera de cobre hizo una caja para carretela, y de palos anónimos y con el auxilio del primero que pasaba formó el juego é hizo que se apareciese un caballo que parecía haber estado guardado por años enteros en un libro infolio, para servirse en la mejor ocasión.

Con un sorbete casi de la talla del propietario, un levitón color de café que le daba en las tabas, un chicote interminable y una creación en la cabeza, subió al carruaje para recorrer triunfal los accidentados vericuetos del crédito.

Trampa adelante fué su divisa; pero no para vicios ni caprichos; para hermosear esa lindísima parte de de México y darle un testimonio de cariño á su ciudad querida.

Con su plan en la cabeza formó unos tanques á los que llamó Alberca Pane.

Los baños de agua fría por aquellos días estaban vistos como patrimonio exclusivo de los caballos y de la gente ordinaria, de suerte que el lujo se desplegaba en pro de los cuadrúpedos, teniendo un lugar muy separado la raza humana.

El baño del Sol, de Rivera, frente al costado del entonces Belén de las Mochas y hoy prisiones; el baño de las Delicias, del Lic. Zelaeta y algún otro muy al natural y primitivo como el Espejito, la Coyuya y el Niño Perdido, eran los sitios de recreo hidroterápico.

Pane se dedicó á acreditar su establecimiento y comenzó por seducir pilluelos holgazanes. Formada

clientela y hecha la propaganda, dió aviso de que admitía como moneda para el baño, panela, azúcar, muñecos, juguetes, cabos de vela y lo que pudiera estar al alcance de un muchacho, sin llegar al robo; brindó su baño gratis á algunas escuelas de niños pobres y se constituyó en calidad de orador apologista del agua fría y sus excelencias.

Una vez acreditada la alberca entre gente de mayor edad, se asoció Pane con personas conocedoras del pueblo y sus costumbres; acudieron músicos y danzantes, enchiladeras y vagabundos alegres, y en un día de San Juan Bautista, día de verbena en que se cantaba:

La mañana de San Juan
Hace el agua gorgoritos
Porque se van á bañar
Todos los cinco negritos.

Desplegó Pane todos los primores acumulados en los bailes entre músicas y bailes, almuerzos y solaces de natación; presentándose el baño con sus aguas cubiertas de flores, sus vejigas para los aprendices y sus corambres para ejercicios de las eminencias del arte.

Entre tanto, lo s pozos artesianos cobraban fama. Pane dispuso de fondos, compró terrenos, abrió calles, sembró árboles y verificó la transformación de esos deliciosos lugares de las albercas.

De vastísima instrucción, caritativo como muy pocos, complaciente con los niños y amante de México

como el que más, yo á Pane le erigiría una estatua como digno coronamiento de su obra.

Partiendo del principio del Paseo de Bucareli para la Plaza Mayor, se encontraba abandonada la capilla en que depositaban los cadáveres de los ajusticiados, y era como una dependencia de la cárcel de la ex–Acordada. Al costado de la capilla se hallaba el célebre jardín de Tolsa, con su amplísimo tanque para bañadores, sus calles de flores y sus cenadores propicios al baile y al amor.

En ese jardín, y por un precio módico, se disponían almuerzos, comidas y fiestas, que fueron el encanto de nuestros mayores.

El frente de la Acordada estaba despoblado, y pegado á las paredes de San Diego una zanja y árboles á su orilla. Después de la Reforma, el convento se declaró del padre Davis, de la familia del Mariscal de Castilla, por línea materna, y por la paterna de M. Davis Brambusen, inglés que vino á México con la expedición de Mina, y fué heroico como sus compañeros. La Alameda estaba rodeada por sus cuatro costados de una ancha zanja, y en su parte interior, al borde de la zanja, una corrida banca de piedra y su banqueta enlosada.

Casi la mitad de la calle del Puente de San Francisco era de casas entresoladas. En una de ellas vivía la célebre cantatriz llamada la *Chata Munguía*, repertorio de gracia y zandunga de chiste y jaleo, y que en sus tiempos llevaba en su pos una brillante cauda de amartelados admiradores.

Tenía la *Chata* cuatro hijas: Guadalupe, Joaquina, Anita y Marusa.

En la casa se hacían los honores á las visitas con la mayor finura. Se tenían en las puntas de los dedos las biografías de Luciano Cortés, actor lleno de inspiración; Amador, de buenos estudios de latinidad; Salgado, de una familia muy distinguida; Castro, discípulo aventajado de Gorostiza é Higinio Castañeda, que comenzó por bailarín y concluyó por ser un gran actor. En esas tertulias tuve la honra de tratar á Miguel Balbontín, oficial de artillería, todo pundonor, caballerosidad y decencia; á Lucas Balderas, comedido, modesto y servicial como pocos; al ciego Dueñas, eminente músico, gran tocador de guitarra, de clarísimo talento y de una versación en el gran mundo, que le dió merecida celebridad.

Enderezando mi excursión para la Plaza, me encontraba á la derecha con la tapia altísima del convento de San Francisco, que ocupaba al Norte media calle, y toda la parte Sur al Poniente.

Casi en la esquina Norte espiaba á los transeuntes una ventanilla correspondiente á la celda del padre Olmos, y al Occidente la Puerta Falsa, ó sea la puerta de las poridades de la santa comunidad.

En esa parte alta se instalaron los defensores de la patria, al mando de D. Fernando Escandón, y allí hice mis primeras campañas, que señalaron tamaladas, meriendas y bureos. En esa época estuvo allí prisionero el célebre padre Alpuche.

A los pocos pasos de la Puerta Falsa, estaba la fría y dilatada galera de la escuela, escuela típica frailuna, con sus letreros de Roma y Cartago, para excitar la emulación de los chicos, y que llevaran su entusiasmo hasta romperse las cabezas, romanos y cartagineses. El aro, productor de Aguinaldos á la vista, en un rincón amenazando la calma, la palmeta sobre la mesa, y junto al enorme tintero de plomo, erizado de plumas de ave, en un clavo, escurriendo, la disciplina con la extremidad de sus ramales, forrados en pergaminos, y en alto, grotescas, burlonas y terribles, las orejas de burro, maquinita indecente para aniquilar la vergüenza del niño desde su primera falta.

Al frente, casi de la puerta principal de San Francisco, se hallaba la Plazuela del marqués de Guardiola, cuyos últimos vástagos, como los de otros muchos nobles, acabaron en la miseria.

Lado á lado de la Plazuela de Guardiola se veía la célebre casa de Azulejos, cuya historia ha trazado con la maestría que acostumbra mi querido amigo González Obregón.

En esa casa, y como palpitante después de los muchos años pasados, se recuerda la tragedia en que tuvo ó se supone que tuvo parte D. Lorenzo Zavala.

A Zavala se atribuyó el asesinato del conde del Valle, por haber ocurrido su muerte el año de 1828 en los momentos del tumultuoso pronunciamiento de la Acordada, en el que Zavala figuraba en primera línea como uno de los jefes del partido yorkino, siendo el

conde miembro notable del partido escocés; pero el hecho, tal como lo refiere la tradición y los papeles de la época, acaeció como sigue:

Un obscuro oficial de artillería, llamado Palacios, enamoró y pretendió casarse con una hija del conde del Valle. Al plantear sus pretensiones, pidiendo al conde la mano de la joven, fué rechazado bruscamente, echándole en cara su pobreza y su origen plebeyo. Mediaron con este motivo enconosas contestaciones, y engendráronse odios profundos. Tal era el estado de las cosas, cuando estalló el pronunciamiento de la Acordada.

En medio de la confusión, la gritería y los balazos, Palacios se introdujo, espada en mano, á la casa del conde, vomitando injurias y desafiando gente.

A los gritos del patio, la familia, que se hallaba en los corredores, manifestó su espanto.

El conde acudió, descendió resuelto la escalera, y en el descanso le encontró Palacios, hundiéndole la espada y dejándole muerto á sus pies.

La causa de Palacios duraba hasta 1830, año en que la familia del Conde instó por la conclusión de la causa y castigo del asesino, quien fué desaforado y ahorcado en garrote vil en la cochera de la casa del Conde, contigua al Callejón de la Condesa que después fué Pulquería y después barbería de D. Antonio López. En los entresuelos de esa casa vivieron algún tiempo: Escudero, célebre diputado yucateco y D. Manuel Barbachano, erudito y correcto escritor de costumbres, men-

cionado con estimación en los libros del distinguido literato D. Francisco Sosa.

Se contaba entonces que la Sra. Berrio de Moncada, creyendo próxima su muerte, teniendo más de 700 mil pesos en caja, quiso asegurar la fortuna de su hijo, á quien no conceptuaba apto para el manejo de tan gran caudal, y mandó hacer á un afamado arquitecto dos casas suntuosas: la primera el conocido Hotel Iturbide, la segunda Puente del Espíritu Santo y Calle de Capuchinas, donde hoy existe el Banco Nacional; el hotel tuvo de costo trescientos sesenta y tantos mil pesos y trescientos mil el Banco.

El hotel se vendió á los Sres. Zurutuza, después á Landa, y al último, en menos de 200 mil pesos á D. Felipe Iturbe.

Una casa chaparrona de tosca arquitectura y balcón corrido, era la habitación del Conde de Santiago y su familia.

Era el Conde insigne bienhechor del Convento de San Francisco, donde gozaba especiales honores y prerrogativas especialísimas. Había en el Convento una sala interior en que estaban con gran pompa y culto los sepulcros de los Condes.

La casa del Conde era como sucursal del Convento, allí se confeccionaban funciones y se discutían capítulos. Allí las señoras estaban en perpetua tarea para bordar paños de cálices y frontales, preparar vestidos para los santos y atender en un todo al decoro y lucimiento del culto, en lo que gastaba la familia gruesas sumas.

La casa era muy opulenta, el servicio de la mesa de plata, lucían en las paredes espejos venecianos de altísimo precio, los tapices chinos de riquísimos bordados lucían por todas partes, y valiosísimos tibores chinos, biombos con paisajes y figuras de oro, muebles de linaloe y caoba con incrustaciones de concha y trastos chinos hermosísimos, ponían de manifiesto la antigua grandeza de la casa y el buen gusto de los propietarios.

Y así, siguiendo en cada paseo, me decía: allí en aquella casa contigua al Hotel Iturbide, donde por algún tiempo se trasladó el Colegio de Minería, siendo su Director D. Francisco Robles, padre de D. Manuel Robles Pezuela, murió el sabio padre Nájera, lumbrera de la Iglesia, honra de las letras y oráculo del partido conservador.

Más adelante, reconocía la gran casa de Borda, cuyo arco interior se admira en el patio como un primor de arquitectura.

Según la tradición, Borda no se llamaba así cuando vino al país, sino de la Borde, de origen francés que castellanizó en México su apellido. Borda estuvo radicado por algún tiempo en Zacatecas, donde emprendió el laboreo de una de aquellas minas que le dió su primera y rica ganancia.

Andando los tiempos se trasladó á México, y después fué á radicarse á Taxco, donde tuvo la estupenda bonanza de que se conserva memoria.

Con los productos de esa bonanza fabricó el magní-

fico templo de Taxco, verdaderamente opulento, al que dotó con la espléndida custodia que formaba la principal joya de nuestra Catedral.

No sé con qué fundamento se dijo en un tiempo que Borda empeñó á los Canónigos la custodia en trescientos mil pesos, y que en esa cantidad se les quedó. Pero en los inventarios de la Catedral consta la custodia comprada á Borda en cien mil pesos, advirtiendo que valía mucho más.

Respecto á la casa esquina del Coliseo y San Francisco, se dijo que el intento de Borda fué comprar la manzana entera y rodearla de un gran balcón corrido en la parte superior y otro en el entresuelo; pero el proyecto se frustró y quedó siempre una balconería de grande extensión.

Borda murió en Cuernavaca el 30 de Mayo de 1778.

En la esquina del frente, vivió el célebre marqués de Vivanco, militar de reputación universal, emparentado con las más distinguidas familias, y dueño de la riquísima hacienda de San Antonio de las inmediaciones de la Capital.

En el centro casi de esa calle y viendo al Sur, revivían en mi memoria, las tertulias de la Sra. Zozaya con su Doctor Puchet; el famoso criminalista, de conversación amenísima, su Nacho Algara, graciosísimo y sin igual para remedar; cómicos y cantores de iglesia, personajes típicos y damas de moda, con su Garayalde pulcro, su Fernando Calderón espansivo y sus enjambres de muchachas deliciosas.

En el reducido entresuelo de esa casa habitaba con sus hijas la modesta y virtuosa madre de D. Leonardo Márquez, que según creo se mantenía de sus costuras.

Frente por frente de la Profesa pasó sus últimos días, casada con D. Juan Manuel Elizalde, la Güera Rodríguez, llamada la Venus Mexicana por su soberana hermosura que ensalzó en su obra el Barón de Humboldt.

La Güera no sólo fué notable por su hermosura, sino por su ingenio y por el lugar que ocupó en la alta sociedad, emparentando con el Conde de Regla y el Marqués de Guadalupe.

La amistad que le profesó Iturbide, se decía, tuvo grande influjo en la Independencia.

Este influjo era tal, que aseguraban los contemporáneos, que habiéndose determinado muy formalmente que la entrada del Ejército Trigarante se hiciese por la Calle de Tacuba, no se verificó sino por las de San Francisco y la Profesa, porque así lo quiso la dama favorecida por el caudillo de las tres garantías.

Las hijas de la Güera fueron lindísimas; una ellas (Pepita, esposa del Conde de Regla) murió en los Estados Unidos, y la otra fué madre de Joaquín Rincón Gallardo, Guadalupe y Rosa. Para hacer el elogio de la belleza de la señora de Rincon, se mostraba la hermosísima Virgen de los Dolores de la Profesa, cuyo semblante sé es un retrato suyo.

V

La Profesa.—Anécdotas.—Joyería de Baric.—Tienda del Borrego. —Balderas y Laforgue.—Platerías.—El Capitán José Martínez Negrete.—Aguascalientes.—El Padre Jarauta.—Lagos.—Doblado. —Biografía del Padre Jarauta.—D. Carlos Mª de Bustamante. —El país después de la guerra americana.—«El Universal;» sus redactores.—«El Siglo XIX;» sus redactores.—Impresores.— García Torres.—Cumplido.—Rafael Rafael.—Prisioneros de Tampico.—Aniversario en Churubusco.—Gral. José González de Mendoza.—Honras en Santa Paula.—Ministros.—D. Bonifacio Gutiérrez.—Críticas.—Su hermano Felipe.—Muerte de D. Manuel de la Peña y Peña.—Los conservadores y Arista.—Asesinato de D. Juan de D. Cañedo.—Terrible huracán.—Incendio en la calle del Sapo.—Pánico.—D. Matías de la Peña y Barragán.—Casa de Otero.—Comidas en el café de Veroly.—Comonfort.—Lic. D. Manuel Rioseco.—Genialidades.—Arista, Presidente de la República.—Robles Pezuela.—Lic. José Mª Aguirre.— Pronunciamiento de Guadalajara.—Actitud de Arista.—Mis estudios de economía política.—Mi entrada al Ministerio de Hacienda.—Mi labor de Ministro.—Costumbres de Arista.—Media paga.—Renuncia de Arista.—D. Juan B. Ceballos.—Agitación en las Cámaras.—Golpe de Estado.—Sesiones.—Múgica y Osorio. —D. Marcelino Castañeda.—Gral. D. Manuel Mª Lombardini.— Bum, Bum.—Serviles y clérigos.—Santa-Anna.—Entusiasmo artificial.—El Lic. D. Joaquín Ruiz.—Su discurso á Santa-Anna.

—Nobles de pega, soldados, fanfarrones y agiotistas.—Alamán. —D. Manuel Escandón.—Entrada de Santa-Anna á México.—Ministerio.—Muerte de Alamán.—Diez de Bonilla.—Aguilar y Marocho.—Santa-Anna en Tacubaya.—Muerte de Tornel.—Persecución á la prensa.—«Arcos triunfales.»—Artículos de «El Calavera.» —Prisión.—Ante Santa-Anna.—Destierros.—Mi casa en Tacubaya.—Mi prisión.—Escándalos en el palacio de Tacubaya.—Aberraciones de Santa-Anna.—Descripción del baile de la Lonja.—Tres puntos negros de la administración de Santa-Anna.—Paréntesis á estas memorias.—Mis «Viajes de orden suprema.»—Apéndice.

En la fachada de la Profesa, que ve á San José el Real, se percibe sobre la puerta un gran retablo de bajorelieve, que figura una batalla de moros y cristianos, y en el centro un guerrero á caballo, pasando un puente, y una inscripción que dice: *Al pasar el puente perdió la vida.*

La tradición más autorizada del retablo es, que en gran parte la obra de la Profesa se debió en un principio al marqués de Villa Puente, y el retablo alude á su escudo de armas, del que es traslado el retablo.

En la época virreinal ocurrieron dos hechos curiosos, dignos de que los consigne la historia: uno de ellos por haber servido de asunto para un hermoso romance de nuestro esclarecido poeta el Sr. D. Juan de Dios Peza.

La Casa Profesa, además de los recuerdos religiosos, tenía otros históricos de mucha importancia, como fueron las juntas de Iturbide, precursoras de la Indepen-

dencia; la entrada á ejercicios de éste y la poderosísima influencia de los Jesuítas.

Además, no hay uno de aquel tiempo que no recuerde los cuadros espantables de la portería, en que todos los pecadores andaban á maltraer, y en que los diablos de garra corba, cola vibrante y cuernos retorcidos, se daban gusto, martirizando á los que resbalaban en el plano inclinado de la gracia.

Había sobre todos, un cuadro en que por ocultar sus travesuras un penitente en la confesión, arrojaba por la boca sapos y culebras.

En esa portería se exhibió á Napoleón I con cuernos y con cola, lo mismo que cualquier ciudadano del infierno; pero la verdadera importancia de aquella comunidad dependía de los hombres eminentes que encerraban sus claustros, y de sus amigos y adheridos, comenzando por las entidades eclesiásticas, políticas, militares, mercantiles, etc., y el bello sexo de la alta sociedad.

El padre Segura, tenido como gran pensador; el padre Gómez, orador y poeta distinguido; el padre Villaseñor y otros, sin contar las antiguas eminencias que le comunicaron prestigio. Como íntimamente unidos con los felipenses, se contaban al Dr. Aredechederreta, pariente de D. Lucas Alamán; Dr. Tirado, Dr. Monteagudo, capellán de Capuchinas, etc.

Las funciones de iglesia de la Profesa, eran como la cita de lo que la riqueza, el poder, la hermosura, la ciencia y el arte conocían de más espléndido.

Las festividades de San Ignacio y Nuestra Señora de las Nieves; el gran monumento del Jueves Santo, reverberando cornisas, pirámides y aparadores de plata y oro; las Tres Horas famosísimas, con sermón vehementísimo y música rumbosa. Todo daba cierto esplendor á ese templo, que esclavizaba á los devotos que veían en él la antesala del mismo cielo.

Sólo una vez fué motivo de escándalo, de horror y miedo, lo sucedido en la Profesa.

Cinco jóvenes de las más distinguidas familias de la capital, no impíos, no viciosos, no perdidos, sino más bien atolondrados y calaveras, quisieron poner en evidencia á la legión de beatos que les desacreditaba y perseguía, con su mañita, sus delaciones y sus recursos de gazmoñería jesuítica.

Los enemigos de los chicos acudían al templo de la Profesa en las noches y á puerta cerrada. Había en el templo pláticas fervorosas y después disciplina, descargándose los fieles azotainas furibundas, en descuento de sus pecados.

Por supuesto, que esa pela mística se verificaba con el templo casi á obscuras, con lo que á sus anchas podían los siervos de Dios arreglar sus posturas y desnudeces, según las inspiraciones de su fervorosa penitencia.

Los chicos á que me he referido, dispusieron unos aparatos de pirotécnica, con luces intensísimas; penetraron en el templo, y los colocaron en los lugares más oportunos, con severísimo sigilo.

Llegó la noche fatal, comenzó el rezo en medio de imponente devoción, siguió la plática.

Los circunstantes, que eran muchos, y de lo más distinguido de México, fueron ocupando sus lugares favoritos. En un momento dado, se extinguieron las luces, quedando en medio de la iglesia, ardiendo lúgubre, una lámpara en complicidad misteriosa con las tinieblas.

Comenzó el aguacero de azotes, y aquello era un horror.

En lo más encarnizado de la tunda, brotó espléndida la luz, como si fuera la mitad del día.

No es para descrita; pero sí para imaginada por la malicia, la galería cómica que presentaron los más encopetados personajes en aquellos momentos.... estupefacción, espanto, risas reprimidas, idiotismo de sorpresa.... Pero la reacción fué espantosa....

Por desgracia, tres de los jóvenes se aturdieron y cayeron en manos de los sacristanes, que los atormentaron como furias.

Llovieron quejas y protestas al Presidente de la República, á los Tribunales, á la policía y á la Comandancia general. Se hicieron rogativas y procesiones.

El *Chisme* y el *Lápiz* hicieron preciosas caricaturas de los personajes más venerables, y no se podía ver á uno de ellos en la calle, sin que le siguiera la risa y la chunga.

Era Comandante general el Sr. D. Melchor Alvarez, quien dispuso que se abriese la causa con el mayor ri-

gor, dándose cuenta día por día al Presidente de la República de lo que se actuase.

Pero, segundo del Sr. Alvarez, era el general Miñón, notoriamente apasionado de los muchachos calaveras.

Felizmente, cerca del general Alvarez, y con muy inmediato parentesco, vivía un joven complicado en la sacrílega fechoría, y éste se dió tales trazas, empleó tales ardides, y puso en juego maniobras tan hábiles, que el día menos pesado la causa se perdió y no hubo medio de que se repusiese, quedando los fieles cristianos, y sobre todo, los venerables disciplinantes, con un palmo de nariz.

Para terminar mi paseo por la calle de Plateros, diré que me detenía en la esquina del Espíritu Santo, casa vetusta, primero de Sebastián Lerdo, hoy magnífica joyería, y allí obscura, solitaria y silenciosa estaba la joyería de Baric, anciano judío de largo paletó negrusco, gorrilla de terciopelo y paliacate, y caja de polvos en mano; las tiendas y cajones de ropa, en escaso número, tenían mala catadura, mostradores de palo blanco y dependientillos del tres al cuarto; creo recordar alguna tienda de modas, creo de la afamada Virginia Gurgües, las zapaterías de Zopfi y el Mahonés, la acreditada peluquería de Montauriol y una fonda montada á la europea que servía M.

En la esquina de Plateros y Alcaicería, que ha desaparecido, estaba la tienda del Borrego, de D. Domingo Cagarabilla, teatro antes de un voraz inextinguible incendio, que aniquiló los techos y dejó en pie paredes

ennegrecidas por las llamas y el humo, con sus ventanas de rejas de hierro y asidos á ella, carbonizados, esqueletos humanos que daban horror.

Aun se veía en esa calle de Plateros, cerrada y como de duelo, la sastrería del heróico Lucas Balderas, sastre favorito de los militares, en decadencia por el advenimiento de D. Pedro Laforgue, que en unión de Colard, encumbraron la elegancia de los hijos de Marte, eclipsando la sastrería vecina de D. Manuel Gómez, equiparador de empleados del tres al cuarto, zurcidor de desheredados, transfigurador de piezas compradas, heredadas en vida, y un lince en esto de abonos, acomodamientos y consuelos para la gente de presupuesto y escasa fortuna.

En la contraesquina del Borrego y calle de la Palma, había una pulquería en que tras de las puertas se jugaba su rentoy, y tras de las tinas se corrían sus alburitos de vez en cuando.

En escaso número, pero ostentosas y rebozando orgullo, quedaban algunas platerías con dos pupitres contra las hojas de las puertas, en que el patrón ú oficiales trabajaban, teniendo á su lado colgados cajones con sus vidrios, en que había sobre terciopelo negro, aretes de plata y gargantillas, tumbagas y tacitas, relicarios con cera de *agnus*, medallas de la Virgen de Guadalupe, tenacillas para fumar y braserillos de plata, platos, cubiertos y otras mil baratijas, entre las que sobresalían los milagros, es decir, brazos, piernas, ojos, figurillas arrodilladas, etc., que se ofrecían á los santos, aludien-

do á las enfermedades y peligros de que se habian salvado por su intercesión.

De mil amores habría seguido estos paseos; pero la inquietud política me interrumpía bruscamente y la efervescencia de las pasiones, con motivo de los tratados, hacían que como que se percibiera en la atmósfera algo de envenenado y amenazador, que contaminaba y convertía en zozobra la convalecencia de la guerra.

Al concluirse los tratados de paz, y comenzar en Querétaro la solemne discusión sobre su aprobación ó reprobación, varios jóvenes oficiales de distinguidas familias, resolvieron llenos de entusiasmo patriótico, pronunciarse por la continuación de la guerra, que había proclamado el Gral. Paredes en Aguascalientes, señalándose el capitán D. José Martínez Negrete, hijo de una familia honradísima y rica de Guadalajara.

El padre del joven Negrete, español de carácter severo, bondadoso, y amigo de México, bien hubiera querido dedicar al hijo á su comercio, pero era el joven resuelto, impetuoso, de índole independiente y patriótica y hélo ahí haciéndose notable desde sus primeros pasos en nuestro ejército.

Para lograr sus intentos contra la paz, pidió primero su licencia absoluta, después la ilimitada, y negándose el Gobierno, al fin obtuvo licencia temporal.

Viéndose libre, se dirigió á Aguascalientes en busca del Gral. Paredes, que había esternado sus opiniones en contra de la paz, logró su acuerdo y comprometió al Sr. Cosío D. Felipe, Gobernador de Aguascalientes,

á que le fiase alguna tropa, como para apaciguar los pueblos del Rincón.

Con menos de cien hombres se dirigió Negrete á Lagos, asaltó el cuartel y se apoderó de la plaza en compañía del Padre Jarauta, sin mando y como su acompañante.

Publicaba entre tanto su plan el Gral. Paredes, proclamando la guerra, y comprometía en su empresa al Lic. Doblado, que había opinado por la guerra y que era muy popular en el Estado de Guanajuato.

En vista de estos movimientos alarmantísimos, nombró el Gobierno al Gral. Miñón para que á la cabeza de cuatrocientos hombres batièse y escarmentase á los rebeldes.

Paseábase Martínez Negrete en la plaza de Lagos, cuando le dijeron que Miñón estaba á la vista con cuatrocientos hombres, con caballería y artillería.

El resuelto capitán, no obstante contar con menos de cien hombres, como hemos dicho, los colocó y parapetó en las torres, y se dispuso á la defensa.

Miñón le intimó á Negrete que se rindiera, y éste le contestó soberbio, como si estuviera mandando un ejército formidable.

Rompió su fuegos Miñón sobre la plaza, la batalla se hizo sangrientísima; pero á Miñón se desmuñonó la mejor de sus piezas, y entonces Negrete rompió el sitio saliendo casi en triunfo.

Después de varias peripecias que no recuerdo bien, Doblado fué proclamado Gobernador de Guanajuato, y

aquella plebe valiente le auxilió al punto de haber podido resistir por veintidós días á la fuerte División que al mando del Gral. Bustamante envió el Gobierno contra Guanajuato.

La lucha en la ciudad mencionada fué terrible; Doblado acreditó su talento, su energía, su valor personal, y su tino y perspicacia en las circunstancias más difíciles.

Lo más recio de la pelea fué en el Cerro Trozado, defendido por el impávido Martínez Negrete y el Cerro de la Gritería, donde cayó prisionero, después de luchar con esfuerzo heróico, el Padre Jarauta, y aquí me voy á permitir una interrupción, para que no se me escapen los recuerdos que, aunque confusos, conservo de ese notable personaje.

Nació Jarauta en Aragón y allí hizo sus estudios, donde cursó filosofía y humanidades, tirando los libros para seguir á Cabrera, que era en aquel tiempo su bello ideal.

Concurrió como soldado valiente á varias acciones de guerra, hasta que Cabrera fué derrotado por Espartero.

Jarauta huyó de España y fué á radicarse en la Habana, donde el día menos pensado, y como por ensalmo, resultó figurando como corista en un teatro.

Pero desde el primer momento de su nueva carrera mostró disposiciones tan diabólicas, tal fertilidad en gallos y desentonos, que tuvo que abandonar el arte divino, aunque estaba en la *chilla* más espantosa.

Entre la sociedad que frecuentaba no faltaban sus beatos mundanos, apreciabilísimos entre la gente perdida, y éstos, recordando sus estudios y viéndole fuerte en achaques de Musa Musæ, le alentaron para el sacerdocio, y en un abrir y cerrar de ojos, vistió sotana, se abrió corona y cantó misa, dejando como sordos en concierto á cuantos le conocían.

A dos dedos de la gloria eterna y con su espíritu emprendedor, atrapó al vuelo un Curato en un pueblo de Veracruz, y desde los santos padres hasta las ánimas benditas se desternillaron de risa con la vista de aquel siervo singular de Nuestro Señor.

En lo más fervoroso del ejercicio de su Ministerio se le atravesó en su camino un *yankee* poco respetuoso; hubo su altercado, y por vía de caridad evangélica le voló la tapa de los sesos al hijo de Guillermo Peen.

Desapareció por algún tiempo Jarauta, hasta que le denunciaron sus hazañas como guerrillero en el Estado de Veracruz.

Solicitó protección del Sr. D. Cayetano Rubio, éste parece que no quiso tener contacto con el guerrillero, quien por ese motivo le profesaba un odio mortal, y juró matarle luego que se presentara la oportunidad.

Con tal designio, abandonó la costa y vino á México, de donde partió para Aguascalientes á ponerse á las órdenes de Paredes, quien lo veía con marcada repugnancia.

Preso en la toma de Guanajuato, en el cerro de la

Gritería, como hemos dicho, le trasladaron á la mina de la Valenciana, donde fué pasado por las armas.

Era el padre Jarauta bajo de cuerpo y robusto, estaba constantemente rasurado, dejando adivinar una barba recia y obscura. Su nariz era aguileña y sus ojos foscos y encapotados; usaba una zamarra lanuda de piel de borrego, y cuando hablaba metía los dedos en las bocamangas del chaleco, quedando como en jarras á lo majo ó *endino*.

1849.

En 1849 falleció D. Carlos Mª Bustamante, quien no ha sido imparcialmente juzgado por la Historia, porque la preponderancia del partido servil y clerical, dueños de la prensa, árbitros para desfigurar los hechos y para ser los únicos que sin rectificación pudieran hacer dominantes sus imposturas, no han dejado percibir en su verdadera luz el retrato de este patriota distinguido. Bustamante, al dejar una excelente posición en Oaxaca y abrazar la causa de la Independencia, lo hizo con ardor ciego y patriotismo sincero. Durante mucho tiempo fué el único defensor de los derechos del pueblo, el que puso en evidencia las maldades de los gobernantes españoles en su mayoría; se esforzaba por aniquilar el fanatismo, como lo hizo con la aparición milagrosa de la palma de Zitácuaro, formada por las nubes; reivindicó los nombres de los héroes, y cosa singular, Alamán mismo, jefe del partido conservador, aprovechó toda clase de noticias dadas

por Bustamante para formar su historia y presentar muchas veces, sin quererlo, el conjunto inconsecuente de sus opiniones.

Bustamante, como el Pensador Mexicano, como el Payo del Rosario (Villavicencio), como Cerecero y Envides, escritores liberales, fueron perseguidos á un mismo tiempo por los anatemas de la Iglesia, por el ridículo, por la censura literaria y por los diferentes disfraces de los intereses que hería. Creyente hasta el fanatismo, adolecía su carácter de muchas de las preocupaciones vulgares sobre la creencia; como su estilo desaliñado y sin trabazón se prestaba á comentarios que favorecían á los que lo desacreditaban en su decrepitud; la creencia infantil en toda especie de monumentos que le presentaban de mala fe como antiguos, hicieron y han hecho su carácter difícil de analizar. Ya decrépito se entregó á la devoción fervorosa, vestía un saquito de indiana, un pantalón de cotonía, su zapato bajo y su capa española color de café; se le veía atravesar de su casa de la calle de Santo Domingo á la iglesia del mismo nombre y de ésta á la casa del Sr. Trigueros, calle de Chavarría, donde encontraba consuelos y auxilios en aquel Ministro su protector.

A la consumación de la paz y vuelta de los Poderes á México, el cuadro que presentaba la República puede decirse que era el del desencadenamiento de la anarquia.

Pululaban por todas partes, como mal apagadas chispas, que sobrevivían á la destrucción del incendio, guerrillas de patriotas, partidas de bandoleros y grupos de descontentos. El Erario estaba totalmente exhausto, las rentas de los Estados aniquiladas, el ejército disperso y en completa desmoralización, y los partidos alentados con esa mala posición del Gobierno, luchaban encarnizadamente en la Capital, eligiendo por campo de batalla el Congreso, y por pretexto ó motivo la elección del Ayuntamiento, hecha anterior á la ocupación de la Capital ó la verificada después. Insolentado el partido conservador desde años antes, atizaba con furia la discordia. En el periódico *El Universal*, que era su órgano y se decía redactado por Alamán, el Padre Nájera, Aguilar y Marocho, D. José Dolores Ulibarri y otras notabilidades que ocultaron cuidadosamente su nombre y á las que no se podían negar talentos eminentes. No obstante, haciendo mal uso de ellos en el periódico, se injuriaba á la Independencia, se calumniaron groseramente á sus héroes, se pusieron sus nombres en la escarpia del escarnio, y llevaron la irritación de los patriotas al último extremo por su mala fe y sus villanías y mentiras. Una de las personas que más se atrajeron los odios fué Aguilar y Marocho, hombre de levantado ingenio, afiliado en el partido liberal, redactor de *El Siglo*, quien tránsfuga de su partido, ingresó al conservador con la nota de todos los traidores. Organo del clero *El Universal*, aceptaba todos sus recursos, aun los más absurdos, como

el milagro de las escamas de un pescado maravilloso que confundían á los herejes, por lo cual se llamó el periódico de las escamas. Combatían á *El Tiempo* con enérgica elocuencia, entre otros, el *Siglo XIX* y *El Monitor*. En el primero escribían Otero, Luis de la Rosa, D. Juan Bautista Morales (Gallo pitagórico), Cardoso, D. Joaquín Payno, Castera, Agustín Franco y yo. En *El Monitor* escribian Castillo Velasco, Alcaraz, Banuet, Sabás Iturbide, el Dr. Juan Nepomuceno Navarro, y valientes agregados como Pablo Torres Cano y el muy erudito y distinguido liberal D. Francisco Modesto de Olaguíbel. Había algunos otros periódicos batalladores con menor gravedad pero con igual entusiasmo, ya en prosa, ya en verso, ya en guasa popular y ya con irresistible lógica por el primero de sus redactores Ignacio Ramírez, quien se puso por pseudónimo el Nigromante, que le ha conquistado para la historia un renombre inmortal. Escribía en ese periódico, como apasionado liberal, Vicente Segura, después uno de los más vehementes partidarios de los conservadores, y cuya trágica muerte fué uno de los episodios más sangrientos de la guerra de Reforma. Payno y Guillermo Prieto redactaron también ese periódico, particularmente el último que se quedó con Ramírez á su frente, luego que por la persecución dejaron de escribir sus compañeros.

Los impresores de más nota en la época eran D. Ignacio Cumplido, García Torres y Rafael Rafael; el primero, oriundo de Guadalajara y de una familia distin-

guida, se dió á conocer como simple prensista en el periódico titulado *El Cosmopolita*, redactado por D. Juan Rodríguez Puebla, D. Manuel Gómez Pedraza y otros prohombres del partido moderado. Su simpática figura, su viveza genial y sus buenas maneras le atrajeron la protección de Pedraza y Rodríguez Puebla, le establecieron, fomentaron su negociación con valiosas impresiones del Gobierno, haciéndolo establecer el *Siglo* y procurándole otras varias relaciones, y su constancia y puntualidad en el trabajo, una pingüe fortuna. Cumplido era infatigable en las labores á que se dedicaba, y puede decirse que estaba á punto de descubrir por su actividad el movimiento continuo. Recompuso y transformó varias veces la parte del edificio del Hospital Real que le estaba asignado, tirando paredes, reponiendo pisos, fabricando altos, abriendo y cerrando puertas y acomodando á sus necesidades ó caprichos cuanto encontraba á la mano. En la azotea, con macetas y cajones, improvisó un jardín primoroso de flores exquisitas, al lado edificó una galera para disecar aves, hizo su casa de habitación, contigua á la imprenta que ocupaba vasto terreno, con departamentos de redacción, peinazos, prensas y maquinarias, así como braseros, tubos y útiles para los cilindros con que se tintaba la letra. Primero emprendió el Sr. Cumplido *El Mosaico Mexicano*, bajo la dirección de D. Victoriano Roa, y sucesivamente se publicaron como periódicos literarios, *El Museo Mexicano*, *El Album*; y sus famosos calendarios que le dieron gran boga. Do-

minaron en el *Museo* los nombres de Rosa, Payno, que firmaba con el seudónimo «Yo,» y Guillermo Prieto ó Fidel, que presente está. Se me olvidaba decir que Cumplido intentó establecer una Escuela ó Colegio de impresores, que funcionó por poco tiempo y sin duda no le tuvo cuenta. Las excelentes relaciones que se supo procurar Cumplido con cierto tacto *sui generis*, no sólo le dieron entrada en la buena sociedad y asiento notable en el partido moderado, sino que le invistieron de cierta importancia política que le procuraron mucha honra y mucho provecho. Entre tanto, á pesar de escribir en el *Siglo* hombres como Otero, El Gallo Pitagórico, Rosa, y después Carrasquedo, Iglesias, Lacunza, Ramírez y Zarco, los emolumentos que disfrutaban estos hombres eran realmente mezquinos, no pasando ninguno de ellos de cien pesos, con excepción de Zarco, que quedó casi al fin de su vida como redactor único, ganando cerca de quinientos pesos mensuales. Payno y yo, que escribíamos pocas veces en la parte política y en la crítica de teatros, teníamos veinte pesos inclusive el costo de nuestra luneta. Cumplido era en su trato íntimo afable y servicial; su familia frecuentaba poco la sociedad, y se zuzurraba que tenía carácter áspero con su esposa, que era de un nacimiento obscuro y que tenía una familia inferior al rango que él ocupaba.

De García Torres se vociferaba que era oriundo de un pueblo cercano á Pachuca, que vino á México en calidad de sirviente ó dependiente del Marqués de Vi-

vanco; que por su honradez y buena conducta se le consideró como hijo de esa ilustre familia, que emigrando á Europa el Marqués de Vivanco, le llevó consigo á Inglaterra donde aprendió el inglés, el francés y se perfeccionó en las maneras cultas y en los usos de la buena sociedad. En el extranjero casó con una suiza muy laboriosa y llena de virtudes, la que cuidaba diligente á su esposo, le dirigía con su buen juicio y fué móvil poderoso del lugar distinguido y de la buena posición que ocupó después. El carácter de García Torres era abierto y sincero como el de muy pocos: gastador, enamorado, valiente y liberal, lleno de sinceridad y abnegación. A tan preciosas cualidades no pudieron obscurecerlas ni los resabios de su primera educación, ni su ignorancia supina, ni los arrebatos de un genio fogoso, pero en el fondo, lleno de bondad. Por cierto delicado instinto que conservó hasta sus últimos días, supo elegir para sus consejeros, para sus amigos y para los redactores de su periódico, personas de raro mérito como Olaguíbel, Lafragua, Banuet, Alcaraz, el Dr. Navarro, Sabás Iturbide, Castillo Velasco, Arriaga, Guillermo Prieto (que se excluye de ese alto mérito) y otros de firmes creencias y de resoluciones probadas. En los peligros de la prensa, siempre participó de los primeros, como lo comprueban sus prisiones y destierros. Con las armas en la mano, su proceder en la guerra americana, fué verdaderamente heroico, y cuando se trataba de la defensa de sus principios, olvidaba como ninguno de los impresores, su vida y

sus intereses por no degradar ni desfigurar sus opiniones. Por elevada que fuera la persona y por comprometida que fuera su situación, no traicionaba á sus sentimientos; yo le escuché decirle al Gral. Paredes que hundía al país en un abismo y que era indigno proteger el proyecto de la monarquía.

Arista le llamaba su periódico de oposición, á pesar de que García Torres le amaba con extremo; y á Juárez le decía con mucho respeto: «Señor, no vengo á ver á Ud., porque me parece muy mal lo que está Ud. haciendo,» cuando alguna cosa no le parecía.

Las genialidades de García Torres, ciertos arranques que podían calificarse de candores y cierto desparpajo no siempre oportuno, le atrajeron críticas que tendían á ponerlo en ridículo, como el brindis «Vamos haciendo tan, tan.» «Vamos levantando cisco, etc., etc.» Cuando se le pidió en una tertulia el consonante de Adonis y repentinamente y sin vacilación gritó: «Anís» y los brindis para un banquete que publicaba después de dos ó tres días de verificado, con un encabezamiento igual ó parecido al que sigue: «Brindis que debió haber pronunciado D. Vicente García Torres, con ocasión de etc., etc.» También sobre el nombre de García Torres, corrieron á su vuelta de Europa algunas versiones. Parece que se estableció con sólo el nombre de García, con una imprenta de mala muerte, en una de las calles del Rastro. En otra calle del mismo nombre, distante, existía otra imprenta de igual pelaje llamada de Torres.

La vecindad de los dos reclutas de Gutenberg no dejaba de presentar los inconvenientes de la competencia, así es que en cuanto murió Torres, García, que era avisado, hizo una fusión tipográfica y tomó el establecimiento el nombre de García y Viuda de Torres. Andando los tiempos, y sin saberse la causa, se modificó el nombre y la imprenta fué llamada García y Torres. En esto, espichó la viuda; García compra y arregla la imprenta y quitando el tabique de la composición, quedó el establecimiento y el propietario con el nombre de García Torres que le conocimos.

Lo expuesto lo refieren muchos como una conseja, hija de la imaginación; pero otros muchos lo afirman como ajustado á la verdad.

García Torres era audaz en sus empresas, y al nacer su industria imprimió un Tratado de Diplomacia, que tuvo un éxito asombroso, atendida la época. Las pocas relaciones del editor y los subscriptores, en su mayoría carniceros y gente de tráfico de abarrote pedestre Sin embargo, la obra de Diplomacia se le señala como el primer escalón de la fortuna del rico propietario del *Monitor Republicano.*

Rafael Rafael nació en Cataluña, donde pasó sus primeros años, é hizo su educación aprendiendo los oficios de impresor y grabador, oficios en que era muy hábil.

Noticioso de sus aptitudes D. Ignacio Cumplido, y previo contrato, envió por él, y se radicó en su establecimiento en la calidad de grabador en madera.

Era Rafael Rafael tipo neto de su raza y su pueblo; cabello cerdoso y tupido, barba recia, nariz roma, ancha espalda, piernas fornidas y movimientos ágiles. A poco de estar en la imprenta de Cumplido Rafael Rafael, se notaron mejoras extraordinarias en el arte tipográfico, y le granjearon cierto nombre que le hizo codiciable para esa clase de negociaciones. Separado de Cumplido, al que sirvió cerca de dos años, estableció una pequeña imprenta en la calle de Cadena, en compañía de un alemán, cuyo nombre no recuerdo. Allí fué solicitado por D. Lucas Alamán, de quien se granjeó el afecto, y quien le protegió muy generosamente toda su vida.

Muy confusamente recuerdo, que triunfante el partido liberal, cayó prisionero en Tampico al huir de la República, en unión de otros conservadores de nota, entre los que se encontraba D. Teodosio Lares, Fernández de Jáuregui, Aguilar y Maracho y otros. Cayeron estos prisioneros en poder del implacable general D. Guadalupe García, quien los mandó fusilar inmediatamente. Pero sólo tengo noticias ciertas de la muerte de Jáuregui, por tener un carácter particular. García era de un genio indomable y feroz; al ver á los prisioneros les lanzó injurias tremendas, particularmente con Jáuregui, á quien befó, desgarró con sarcasmos crueles, y trituró y remolió su amor propio, con rabiosa crueldad. Jáuregui era un hombre anciano, seco, carilargo, moreno, desdentado, y con un mirar resuelto y profundo. Al oir las amenazas de García, y no

pudiendo soportarlas, le gritó: ¡Alto, soldado fanfarrón! venga Ud. á ver cómo muere un hombre, y se dirigió con paso majestuoso al cuadro de soldados que lo fusilaron lleno de entereza, y mirando con altivez despreciativa á su verdugo. Esto me lo ha referido, punto por punto, una persona que presenció la ejecución, y de la que no me es posible dudar.

Rafael Rafael, enterado en lo más íntimo en los secretos y maquinacionnes del partido conservador, se convirtió en su instrumento activísimo; entró en las más arriesgadas conspiraciones, y cobró rango entre los hombres de más acción. Alamán y los suyos siguieron protegiéndolo, hasta formarle regular fortuna y darle una gruesa suma de pesos, para cierto proyecto de colonización, que se envolvió en la sombra en que desapareció este personaje, que fué á morir del otro lado del mar.

Sea que el despecho buscase desahogo, sea que el rencor inspirara reproches indirectos contra los traidores, la demostración del aniversario de Churubusco fué espléndida; se rodeó el convento de gallardetes con crespones negros; se señalaron los sitios en que murió Peñúñuri, el en que fué herido mortalmente Luis Martínez de Castro, el punto de la trinchera en que declamaba Villamar sus versos vehementes contra los enemigos, el sitio á que se hizo conducir Anaya después de haber cegado por el incendio del parque. Se

levantó un gran tablado y una tribuna en medio de los sepulcros y montones de tierra que cubrían á los que murieron en el combate, y autoridades, empleados, carruajes y carros, arremolinándose y seguidos por la multitud, hacían desaparecer el suelo. Las poesías y discursos que se pronunciaron, encontraban repercución, colorido y creces de elocuencia en el sentimiento universal que todo lo engrandecía. Excitado el entusiasmo por esta ceremonia fúnebre, se dispuso entre el ejército y los jefes de guardia nacional, reunidos, hacer con la mayor pompa los honores fúnebres á los patriotas que murieron con las armas en la mano en todo el Valle de México, y sobresalió, como dirigiendo esta función, el Sr. general D. José González de Mendoza, de quien creo nos hemos ocupado en otra ocasión. Cabello negro y emborrascado cubría sus ojos; relámpagos de pasión é inteligencia despedían sus miradas, y su tez morena, sus ademanes violentos, su voz vibrante y sus arranques extraños, hacían verdaderamente singular este personaje.

De talento clarísimo, de erudición rica y variada, y de extravagancias inconcebibles; ya le recomendaba la admiración y ya le acogía la lócura, según el punto de vista en que se presentaba. Decía que había pertenecido su alma á un griego que pereció en un incendio. Intentó enseñar á nadar á sus soldados, teniéndolos boca abajo en un llano, para que se enseñaran á dominar los precipicios; los hizo atravesar una viga altísima, apoyada en dos postes distantes, atando á los

que mandaba una argolla al cuello, pendiente de un lazo, para que quedaran colgados si se caían; por último, dejó en su testamento un buen legado, para que compraran á los niños pobres, el día de San Juan, cornetas, tambores, uniformes y armamento infantil, para que se dieran gusto en semejante día.

En los campos era de los primeros en valor y en conocimiento; en la tribuna tuvo numerosos triunfos su elocuencia, y como caballero cumplido, no dejaba que desear su bondad y su decente comportamiento.

Mendoza tomó á pecho la comisión de las honras fúnebres, y formó un programa que dejó profundísimos recuerdos en nuestra sociedad. Salió la comitiva de la Iglesia de Jesús, anexa al hospital del mismo nombre, y atravesó la ciudad entera, hasta el cementerio de Santa Paula, situado en la calzada de Santa-María, y que podía contener entonces de seis á ocho mil personas con todo desahogo, merced á las diligencias y esfuerzos de su fundador D. Vicente García.

Dispúsose que la concurrencia toda vistiese de negro en su mayoría, con excepción del ejército que conservó sus uniformes con un luto especial. Al frente de las autoridades que presidían, marchaba una bandera negra, altísima, de gasa extraordinariamente delgada y de extensión extraordinaria, al punto de cubrir, y casi envolver á la sección distinguida que encabezaba la función. Con profusión se repartieron grandes hachones entre los concurrentes; de trecho en trecho se levantaban los retratos de los héroes al través del

crespón negro y las orlas de laureles. Por un capricho singular, y aconsejado por alguna persona experta, las músicas se proveyeron de oficleidos y otros instrumentos adecuados para composiciones realmente patéticas y terribles; al punto, que había momentos en que parecía que la Ciudad aullaba dolorida, y como derramando en el delirio su angustia quejosa. A los campaneros del tránsito ordenó Mendoza tocasen en cierta consonancia con la música, de suerte que, por lo menos, á mí me produjo un pavor horrendo, que me sobrecoge cuando lo recuerdo.

En el centro del inmenso panteón de Santa Paula se levantó un grandísimo tablado, como de cincuenta varas en cuadro, cubierto de inmensa lona y adornado con crespones, gasas, bandas y adornos fúnebres; y en el tablado se colocaron el Presidente de la República, el Ilustrísimo señor Arzobispo, canónigos, generales, diputados, y cuanto tenía de más rico y distinguido México.

Entre la concurrencia ardían gruesos cirios y grandes lámparas de llamas verdes. Un tanto saliente del tablado se colocó la tribuna enlutada, y allí se pronunciaron elocuentes y sentidos discursos, y yo tuve la honra de recitar una poesía, tributando reverente mi homenaje de gratitud y ternura á los héroes de mi Patria.

Al concluir la ceremonia, el señor Arzobispo me llamó, y me bendijo la cabeza con notable emoción. El general Mendoza, maestro de ceremonias, en términos

brevísimos, llenos de pasión y sentimiento, ordenó con mucho orden la sepultura de los restos de Frontera, Balderas y otros héroes que en este momento no recuerdo.

Prescindo hablar de la situación política y de los frecuentísimos cambios de Ministerio que se sucedieron en este tiempo, en que las crisis financiera y de guerra ocuparon lugar preferente.

En el Ministerio de Hacienda se sucedieron Riva Palacio, Lacunza, Yáñez, Piña y Cuevas, D. Marcos Esparza y algún otro menos importante; pero en realidad, los mejor intencionados nada pudieron hacer, más que dictar medidas del momento para hacer practicables algunas reformas fundamentales.

Riva Palacio sólo atendía á libertar del agio los dineros de la indemnización. Yáñez, talento privilegiado, y tan honrado como su antecesor, trató con toda energía de establecer la moralidad en los negocios y ahuyentar los vampiros del tesoro, que amenazaban devorarlo todo.

Piña y Cuevas, con sagacidad inaudita, quiso poner en evidencia la federación y centralizar las rentas, lo que no permitieron los Estados, y sólo procuraron derrotas y descrédito al Gobierno; en una palabra, el Sr. Esparza, de buena inteligencia, laborioso y honrado, no conocía México, ni sus hombres, ni las intrigas palaciegas, ni la bambolla diplomática; de suerte que creía

haber alcanzado grandes triunfos con las caravanas y el énfasis de su grande y buen amigo Mr. Falconet, representante de los tenedores de los bonos de la deuda inglesa, aunque esas exterioridades más probaran el candor del Ministro, que el conocimiento de los negocios de gran trascendencia que tenía entre manos. La figura desgarbada y fofa del señor Ministro, su capita café, que no le abandonaba; su cabello alborotado y su sombrero á medio cráneo, le hicieron realmente juguete de los oradores de oposición, á pesar de ser reconocida generalmente la probidad, la decencia y otras excelentes cualidades del Sr. Esparza.

Ocupó por entonces el Ministerio de Hacienda el Sr. D. Bonifacio Gutiérrez, después de algunos cambios; este personaje, dependiente de comercio primero, después empleado obscuro, y luego levantado por su silencio y aparición oportuna en los grandes negocios, merece una mención particular. Era de alta talla, derecho y delgado como un pararrayo; la fisonomía acallejonada y larga, ojos sin expresión ninguna y movimientos regulares y compasados, como los de un autómata al que se le acaba la cuerda. Su ocupación incesante fué, durante muchos años, la formación de estados minuciosos de todo género y la acumulación de datos para las historias de la deuda interior y exterior. La primera de estas ocupaciones era de todo punto inútil, puesto que versaba sobre asuntos frívolos y sin bases científicas. Los aristarcos, para ponerlo en ridículo, inventaban estados que decían: «Estado que manifiesta

los hombres, mujeres y niños que han entrado por las garitas de la ciudad, de tal á tal fecha, y según se expresa, hombres, su color, su edad y su modo de vivir probable; mujeres doncellas en apariencia, ídem desocupadas, ídem en estado interesante.—Nota. No es posible la indagación de niños de legítimo matrimonio y niños sueltos.»

«Estado curioso de los niños sacrificados en la famosa degollación de Herodes, etc.»

Estos trabajos resultaron inútiles, no así el acopio de datos para la liquidación de las deudas interior y exterior, que ahorraron muchos miles de pesos al Erario y dieron á este Ministro merecida reputación de honradez y lealtad en el cumplimiento de sus deberes. Sea con el objeto de dar garantías á los acreedores del Erario, ó de introducir la moralidad en él, ó de consolidar el crédito, poniendo á su frente personas de indisputable respetabilidad, creó el Sr. Gutiérrez una junta de crédito público que en realidad desmembraba al Ministerio, le tutoreaba y coartaba su acción. Como no es mi ánimo sino escribir para mi solaz las Memorias que me ocurren, sin tener por guía á la política, ni la hacienda, ni nada sistemático y forzado, diré que abandono el Palacio para seguir al Sr. Gutiérrez en su trato y carácter familiar.

De cuantos hombres he conocido en mi vida, ninguno he tratado, con más completa ausencia de imaginación, que el Sr. Gutiérrez. Elogiándole un día la belleza de las torres de la Catedral de Morelia, dijo con su

voz fría y sin acentuación, que le era habitual: «En efecto, me han parecido dos mazorcas.»

Después de una ausencia de seis ó siete años de su hermano Felipe, que era tan original como él, éste llegó á la capital cerca de las oraciones de la noche, preguntó por D. Bonifacio el Ministro, y le dijeron que á esa hora regresaba de la Alameda de su paseo á pie, y fué corriendo en su busca.

Vióle venir D. Bonifacio, le reconoció, y sin más saludo, tendiéndole la mano, le dijo: «Supongo que no habrás bebido chocolate, vamos á casa.»

Tenía un amigo en Zacatecas, que se llamaba Aróstegui, con el que se paseaba en silencio completo todas las tardes por aquel mineral.

En uno de esos paseos, y casi fuera de la ciudad, distinguió un pequeño sembrado, é interrumpiendo el mortal silencio Aróstegui, señalándole el pequeño campo le dijo: *Lechugas.* Gutiérrez guardó silencio, y al siguiente día, pasando por el mismo lugar, le dijo á Aróstegui: *Para ensalada*, y esto fué todo lo que hablaron en más de seis meses de paseo.

Sorprendieron á D. Bonifacio unos ladrones en la Cuesta China, lo tendieron en el suelo como á otros pasajeros, al terrible grito de *azorrillense*, y quedaron todos boca abajo, como era de rigor, mientras duraba el desbalijamiento; de pronto Gutiérrez levantó un brazo; los ladrones corrieron á ver lo que se ofrecía, y él dijo á uno de ellos: «vea Ud. si hay alguno que me preste su lumbre para fumar este cigarrillo.»

Lo más singular de todas estas reformas intentadas sin éxito y por hombres en su mayoría de singulares talentos, es que aunque las personas que sirvieron los Ministerios, ni se habían dedicado á la Economía Política, ni conocían la estructura financiera del país, descubrían las llagas del cuerpo social é insistían en sus remedios.

El Sr. Piña y Cuevas, entre otros, se decidió por las ventajas de la contribución directa, intentó establecer un banco, é ideó una combinación de zonas fiscales para corregir el contrabando, que hubiera tenido buen éxito.

El Sr. Yáñez, en las Relaciones Exteriores, pugnó por aniquilar lo que se llamaron conexiones diplomáticas, con tal olvido del Derecho Internacional privado, y muy trascendentales perjuicios al Erario.

En Guerra, el Sr. Arista había querido ante todo la purificación del ejército, expulsar de su seno hombres viciosos y envejecidos abusos que encubrían escandalosos robos, quería una fuerza corta, pero bien dotada y colocada en las fronteras y puntos, que dejasen toda la libertad de acción en los Estados, en su régimen interior, y sobre todo, un cuadro económico que se llenara, según las circunstancias, conciliándolo ante todo con las necesidades del tesoro, porque podía repetirse lo que había dicho Tornel en cierta ocasión á D. Antonio Haro delante del Gral. Santa-Anna: «nuestro sistema de gobierno está reducido á que el Sr. Haro Ministro de Hacienda busque dinero para que yo lo tire,

como Ministro de Guerra.» En cuanto al contingente de los Estados, habían pasado de rango de fábulas, no siempre divertidas.

En los primeros días de 1850 murió el Sr. D. Manuel de la Peña y Peña, quien ocupó los más altos puestos en el foro y en la judicatura. El saber del Sr. Peña y Peña era profundo, y se había encerrado en él con tesón y excluyendo casi otros que hoy se creen indispensables para un hombre de Estado.

Reverente y apasionado del gobierno español y de la organización que dió á la colonia sus ideas, aunque de tendencias liberales, se encontraban contrariadas constantemente por sus hábitos, su educación y preocupaciones.

Nació en Tacuba á fines del siglo pasado y falleció de poco más de sesenta años en 1850. Sus funerales fueron magníficos; la buena sociedad de México se llenó de luto y todos los hombres próvidos, de todos los partidos, con su condolencia honraron su memoria.

Ya hemos hablado de los desórdenes en las cámaras y del papel ardiente que se propuso desempeñar *El Universal* en aquella crisis política.

En 1850 continuó con más fervor el esfuerzo de los partidos, alentados por la prensa y por la infirme convalecencia en que había quedado el país á causa de la guerra.

El Sr. Arista era el blanco de los tiros del partido conservador, y no perdonaron la injuria y la calumnia,

ni su fortuna, ni sus antecedentes militares, ni su vida privada, ni su limitada instrucción, ni sus hábitos íntimos, ni nada de lo que pudiera perjudicar su persona y su nombre.

El divorcio del Sr. Arista de la viuda del Gral. Barradas, su esposa, y sus relaciones contraídas en Monterrey con una persona casada que lo siguió á México, dieron pasto á la maledicencia más enconosa, no obstante que esas relaciones, si acaso ejercían influencia en el Gobierno, era desapercibida y cosa de poco momento.

Fomentó esta terrible grita el asesinato inesperado del Sr. D. Juan de Dios Cañedo, opositor al Sr. Arista y personaje notabilísimo.

El encono contra Arista intentó echar sobre él la responsabilidad del asesinato, al que fué de todo punto extraño.

Invocaré mis reminiscencias para fijar algo de este suceso.

Era el 28 de Marzo de 1850. La Iglesia celebraba con pompa extraordinaria el día sagrado de la última cena de Jesucristo; las campanas de los templos habían enmudecido; ni carruajes ni caballos se veían por las calles, y grupos procesionales de familias se dirigían con recogimiento á los templos á presenciar los divinos oficios; soplaba un aire frío, todas las puertas del comercio estaban cerradas, y el sol amarillento y como enfermizo, añadía tristeza al silencio que reinaba en la ciudad.

Yo estaba en la casa de Otero, á quien visitaba de

mañana, porque era cuando tenía más desahogo; repentinamente escuchamos en el patio de su casa. calle de las Damas núm. 4, pasos precipitados y alguna voz descompuesta que preguntaba por Otero, que era entonces senador. «Señor, señor, le dijo: han asesinado al Sr. Diputado D. Juan de Dios Cañedo, allí está en su cuarto de la Gran Sociedad, tirado en un mar de sangre, y ya tiene conocimiento del hecho la policía y la justicia.»

Con el terror en las almas y el espanto en los ojos, salimos de la casa de Otero, corrimos al Hotel de la Gran Sociedad, atravesamos atropellando el gentío y nos encontramos en el lugar de la trágica escena. Era un cuarto amplio del primer piso, cuyo ancho balcón daba á la calle del Coliseo Viejo; en uno de los rincones se encontraba el catre del difunto, en el otro un perchero con su ropa, y en uno de los lados una amplia alacena que estaba media abierta. En el centro de la pieza había una amplia mesa redonda, un tintero y rastros del lugar en que se escribía.

El asesino ó los asesinos de Cañedo le sorprendieron sentado, infiriéndole varias tremendas heridas, hasta que cayó en medio de esfuerzos desesperados, derribado de la silla que ocupaba. Los facultativos que reconocieron el cadáver, aseguraron que un hombre de estatura gigantesca y de fuerzas extraordinarias, era el asesino.

Cañedo era un hombre de unos sesenta y dos á sesenta y cuatro años, lampiño y de un cutis como de

porcelana; era delgado y pequeño, de una mirada penetrante y de cierta malicia burlona en la fisonomía. Nativo de Guadalajara, é hijo de una familia opulenta y distinguidísima, dió á conocer sus claros talentos; escribió sobre la historia de Roma, con erudición bastísima; brilló en el foro; en las Cortes españolas se señaló entre los oradores más eminentes en 1813, defendió los derechos y prerrogativas de las colonias frente al trono con extraordinario valor y sabiduría.

El foro, la tribuna, la prensa, fueron órganos de sus talentos admirables; fué honra de las letras, se sirvió de la diplomacia para honra de su país, y en las crisis difíciles su valor civil mantenía la entereza del Gobierno y daba solución benéfica á las mayores dificultades.

En su trato íntimo, Cañedo era amabilísimo, y el chiste y la sátira aguda y delicada eran armas de que se servía felizmente, en la sociedad familiar y hasta en el parlamento.

Se cuenta que como Ministro de Victoria, se le obligó á asistir el jueves santo á la comunión, que era uno de los deberes oficiales; Cañedo se acercó al comulgatorio, y al brindarle el sacerdote con la hostia y el vino, le dijo con toda formalidad: «No lo acostumbro, pase Ud. adelante;» urgiéndole otra vez, como Ministro, para que se presentase en la Cámara el Ministro de Hacienda, lo que no era conveniente en el estado en que se encontraba el tesoro, que creía el diputado de oposición que estaba en escandalosa abundancia,

desatendiéndose gastos muy preferentes, dijo con mucha frescura: «El señor Ministro de Hacienda se presentaría; pero se ocupa en estos momentos en muy serios estudios sobre el vacío.»

La fama de los chistes de Cañedo levantando en torno de su nombre gran popularidad, robaron mucho á su reputación merecida como jurisconsulto, sabio orador eminente y escritor galano y correcto.

Esta es la suerte reservada á hombres que tienen la unción de la gracia; así sucedió á Quevedo en España, así al notabilísimo Lic. D. Joaquín Cardoso y lo mismo al inmortal Ignacio Ramírez, llamado el Nigromante.

Marzo de 1850.

Despertó el día como despertamos después de una horrible pesadilla, el siguiente al asesinato del Sr. Cañedo. La luz parecía como vestida de luto, el sol tenía un amarillo de cadáver.

El aire corría como por avenidas heladas que se engrosaban y tomaban fuerza con otras corrientes que empujaba el Sur. Poco á poco el aire arreciaba. Las cortinas de los balcones, aunque enrolladas, se azotaban á las paredes, los vestidos talares se adelantaban arrastrando á sus dueños, volaban los sombreros; en lo alto se arremolinaban piezas de ropa de las suspendidas en los tendederos de las azoteas, abriendo sus brazos las camisas y danzando grotescas, enaguas y cal-

zoncillos. De pronto, y de una manera inesperada é impetuosísima, rugió desencadenado el huracán.

Las puertas y ventanas se abrían y cerraban con estrépito, caían rompiéndose ruidosamente los faroles del alumbrado y las vidrieras de puertas y balcones, los transeuntes se arrimaban á las paredes, los ancianos se apoyaban infirmes en sus bastones y los niños espantados abrazaban las piernas de sus padres, bamboleaban las cajas de los coches como las cabezas de los muy ebrios.

Las campanas de todas las iglesias tocaban rogativa, remedando quejidos de angustia indescriptible.

Dominando el sordo clamor de la multitud, corrió la palabra *fuego* de boca en boca y la avenida humana se precipitó al Occidente de la Ciudad, á la calle del Sapo, donde en una herrería estalló el incendio furibundo.

La policía y parte de las tropas acudieron al lugar del siniestro, con el estrépito y la gritería del desorden.

Formóse como cerco, se reventaron fuentes y cañerías, se obligó á los circunstantes, sin distinción de sexos ni edades, á que acarreasen agua. Caían derribadas por cientos de zapapicos las paredes vecinas, llenando con sus escombros el suelo inundado por los que acarreaban el agua.

Pero la invasión del incendio había sido instantánea, incontenible y aterradora. El techo de tejamanil de la herrería, que era extensísimo, se volvió un mar de llamas, y el aire furioso arrebatando los pedazos de

techo á medio arder, los esparcía á grandes distancias, como si legiones de demonios propagasen el azote del cielo.

Entonces había muchas casas, establecimientos y jacales con techos de tejamanil, así es que en la dirección que corría un fragmento de techo encendido, volaba la gente gritando despavorida; ¡quemazón! ¡quemazón! ¡Jesús nos ampare! ¡fuego! ¡fuego! hasta apoderarse el pánico de la ciudad en toda su extensión y formar gritos, carreras, rezos y clamores de campanas, con indecible delirio.

El incendio que convirtió la herrería del Sapo en gigantesca hoguera, se comunicó al teatro de Nuevo México, que ardió retronando de un modo terrible.

Las casas de las vecindades se desocupaban á toda prisa, rodando muebles y colchones por todas partes y aprehendiéndose con escándalo los mil ladrones que ejercían su profesión.

Cerca del teatro de Nuevo México existía una pensión de caballos que se incendió. Los cuadrúpedos, al verse envueltos por las llamas que á grandes distancias extendían sus olas inmensas, se esforzaron por arrancarse de sus argollas y se retorcían, no ya bufando, sino como lanzando gemidos humanos hasta achicharrarse y quedar sus pieles tostadas y sus carnes despedazadas hasta descubrir en trechos sus esqueletos.

No se apaciguaban ni el trajín ni el terror de los estragos espantosos del voraz incendio, cuando se levantó como explosión de volcán una poderosa dispersión

de llamas en la plaza de toros, situada en la calle de la Mariscala. Entonces el frenesí llegó á su colmo. Cada chispa que volaba en los aires se creía conductora de la destrucción y mucha gente, fuera de sí, abandonaba sus casas dejándolas abiertas, huyendo y dando gritos por las garitas.

. . . . . .

Agosto de 1850.

—¿Quién es ese caballero tan pulcro, tan distinguido, que sirve á las señoritas y está al principio de la mesa?

Esto preguntaba yo á cierto amigo en un convite que daba el Sr. D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle.

—Ese caballero es D. Matías de la Peña y Barragán, sobrino del Presidente de la República.

Fijéme en el individuo objeto de mi curiosidad, y era un hombre como de treinta á treinta y cinco años, blanco, carirredondo y de un cutis liso y sedoso como el de una doncella. Vestía, aunque elegantemente, pero sin afectación, y sus manos pequeñas y cuidadosamente aseadas, revelaban una persona verdaderamente distinguida. D. Matías gesticulaba cerrando sus ojos pequeños y vivaces, por su falta de vista ó por manía.

—¿Y sabe Ud. algo de la familia de ese joven?

—Sé por unas parientas suyas ancianas y de *muchos papeles*, como suele decirse, que descienden de

altísima nobleza, nada menos que de personajes que figuraron en la edad media, en el trono de Jerusalén, con los nombres de Lino ó Licio y Dª Berenguela, después condes de Brena.

—¿Y de dónde eran los padres de ese señor?

—El padre de D. Matías era español, residió muchos años en Guayaquil, donde casó, y dueño de una inmensa fortuna vino á México con sus hijos Matías y Angel, en 1823, y aquí acreció extraordinariamente sus bienes en el comercio. Pero el año de 1828 sufrió, como otros españoles, la expulsión del país donde Angel y Matías recibieron su educación.

—¿Y los demás hijos del Sr. Peña?

—Pancho y Pepita nacieron en Acapulco, Ignacio, Manuel y Juan en México.

Tales fueron mi conocimiento y mis primeras impresiones respecto del Sr. Peña. Supe después que por los años de 1834 ó 35 vino de París D. Matías y sus hermanos y establecieron una gran casa de comisiones en la calle de la Palma, donde ganaron mucho dinero. A poco de arribar D. Matías á México, casó con una señorita de la muy distinguida familia del Sr. Lic. Azcárate, familia á que pertenecía también el Sr. D. Manuel Gómez Pedraza. De este enlace nació Manuela Peña, esposa de D. Alfredo Bablot.

Andando los tiempos, como diré en su lugar, ingresó á la familia el Gral. Bazaine. Como decía antes, por los años de 35 ó 36 la casa de comercio de los hermanos Peña se encontraba en todo su auge; jóvenes,

elegantísimos y manirrotos para darse buen trato y obsequiar á sus amigos, la casa esa un festín perpetuo, la mesa espléndidamente servida refrendaba mañana, tarde y noche á los convidados, y la tertulia, el baile y el proyecto de paseo, se disputaban la preferencia para solaz de los dueños de la casa y los convidados.

Los hermanos menores de D. Matías, valientes calaveras de buen tono y muy galantes con las damas, se hicieron notables y eran recibidos con aplauso en todas partes, contrayendo las mejores relaciones.

El Presidente D. Miguel Barragán, tío de D. Matías, lo hizo Coronel y entró en el ejército haciendo papel importante en varias comisiones honrosísimas, en la campaña de Yucatán, en la del Molino del Rey, no teniendo nada que obscureciese su carrera más que el pronunciamiento de los polkos, que fué el doloroso remordimiento de sus últimos días.

Este personaje fué quien murió en Jalapa y cuya pérdida me fué extraordinariamente sensible, por las santas cualidades que revestían á este hombre, á quien presenta la historia las más veces con injusticia.

Figuraos una casa alegrísima en que la tierra y el aire campeaban libremente, con su patio amplio y enlosado, sus corredores con pájaros, naranjos y muchas macetas con flores. Niños contentos corriendo por todas partes, criados listos y aseados.

A la entrada de las piezas, el gabinete del letrado

con sus elegantes sillones, sus extensos libreros de caoba y su mesa escritorio con los más preciosos útiles del pendolista y del dibujante entendido.

Al lado opuesto al salón, se percibía el comedor al través del gran tabique de cristales, con su extensísima mesa y aparadores llenos de loza y cristal.

El comedor era un depósito de viandas exquisitas, de vinos riquísimos y de todo lo que puede provocar el apetito y de tener de más seductor el capricho gastronómico y la gula.

Así era la casa de Otero. Sus placeres los encerraba en agasajar á sus amigos, á quienes amaba con ternura.

Franco hasta rayar en el despilfarro, la caridad y las necesidades del hogar compartían las creces de su fortuna.

Su familia era distinguida y bien acomodada; pero su padre que era, si mal no recuerdo, un médico de nota, murió cuando Otero, nacido en 1817, estaba en el colegio. Vino á pobreza extrema; pero su maestro, que fué D. Crispiniano del Castillo, jurisconsulto eminente, conocedor de sus talentos le dispensó generosa protección, fomentó sus estudios y le llevó á su lado.

Otero tenía mil trabajos para vivir, se ayudaba escribiendo y haciendo planos, en que era entendido; un compañero de corta fortuna le recomendó con un empresario de teatros para que copiara los papeles de los actores, porque tenía muy clara y muy buena letra española.

Entonces en Guadalajara se acostumbraba en los avisos de las funciones teatrales dar idea de la obra anunciada, acompañándola de algunas palabras de juicio crítico.

Otero se ofreció para este nuevo trabajo, donde luego mostró tanta capacidad, tal competencia de juicio, tan escogida erudición y tan acabado buen gusto, que á poco se buscaban los avisos como piezas literarias, saliendo á luz con merecido aplauso. Esta circunstancia y una comisión que recibió del Sr. D. Manuel Escandón para levantar como ingeniero unos planos en la costa, le hicieron notable, y divulgó su fama la oración cívica que se le encomendó en tiempo del Gral. Paredes, Gobernador de Guadalajara, que le valió el cariño y la amistad de D. Manuel Gómez Pedraza y le abrieron las puertas de la Representación Nacional. En sus días de pobreza y de prueba, había recibido Otero favores y distinciones de personas ilustres, á quienes pagó con un amor profundo, con veneración y culto por sus talentos y virtudes.

El Lic. Ignacio Vergara, el Dr. Tamés, Jesús López Portillo, el padre D. Jesús Ortiz, D. Joaquín Angulo, eran personas de su fanática admiración, así como era panegirista vehemente de los hombres notables de otro tiempo, como el Dr. Maldonado, Prisciliano Sánchez y otros sabios y patriotas.

Otero casó muy joven con una Srita. Andrea Arce, de bellísimo carácter, bien amorosa y risueña que cifraba su contento en dar gusto y en ver alegre á su marido.

Al venir los consortes á México, no cambiaron sus costumbres, y el amor á Guadalajara no conoció límites.

Retratos perfectísimos de Tonalá en la sala, *equipales* en los corredores, figura de *chinas* y de *bagres*.

Se veían en el comedor panelas y *asaderas*, cecina y banquitos *(sic)* con mezcal de Tequila ó del famoso de Romero Gil.

En la comida no faltaban botellones y preciosos jarros de Guadalajara, en que siempre se servía agua muy fría destilada, se guisaba el sabroso frijol garbancillo y nunca faltaban los celebérrimos calabazates plateados y dorados, placer de la vista y delicia del paladar. Por supuesto que toda esta riqueza nacional se mezclaba con tino y oportunidad á las galas de la cocina europea, como lo requería la posición del gastrónomo dueño de la casa. La tertulia la animaban á prima noche, con excepción de domingos y fiestas de guardar, que eran de pleno holgorio, personas en su mayoría muy notables, como Comonfort, Yáñez, Joaquín Navarro, Joaquín Cardoso, Domingo Ibarra, Lafragua, González de Mendoza, etc.

El Sr. Pedraza hacía sus visitas muy de mañana, de calzonera y sombrero de jipijapa, al terminar su paseo á caballo.

¡Oh y cómo viven en mi alma los recuerdos de aquella casa! ¡Oh y cómo se impregna de frescor y bondad el corazón con el espectáculo de una familia venturosa porque el amor la alienta, la concordia la estrecha á su seno y las virtudes la hacen florecer!

Como al través de una claridad triste pero dulce y bella, pasan en mi mente aquellos recuerdos y repiten como misterioso fonógrafo las sentencias de Yáñez, los epigramas agudísimos de Cardoso, la voz apacible de Comonfort, en canto de los niños en los cuentos, y de los ancianos en sus reminiscencias del pasado.

La tertulia generalmente era de broma, de juegos de colegiales, porque esos hombres graves en sus solaces, ajustaban para el campo partidos de pelota y de bolos, juegos de barra, guerra de manzanas, etc.

Otero era al extremo olvidadizo de la compostura: su señora le mandaba hacer vestidos, las más veces injuriosos á la moda, levitones llenos de arrugas, chalecos amarillos, pantalones *del otro jueves*.

Muy grueso y de alta talla, andaba desgarbado y bobeando con indolencia. Si veía al paso fruta ó dulce que le gustase, lo compraba y comía en la calle; tardaba á veces tres y cuatro horas en ir admirando en las calles de Plateros lienzos, gorros, muñecos y juguetes con gran placer, oyendo las cajas de música, siguiendo los movimientos de un autómata. Volvía á su casa cargado de golosinas y juguetes á recrearse con el júbilo y las sorpresas de sus hijos.

Una tarde de 1850, y en los días en que la epidemia del cólera invadía barrios y gente infeliz, volvía Otero de una comisión del Senado, relativa á la deuda pública.

Volvía como siempre contento, y sus hijos corrieron á recibirle; de pronto sintió alguna molestia y se reti-

ró á las piezas interiores. A poco gritó: tengo el cólera y me muero: que llamen al Padre León.

México entero se conmovió con la noticia del peligro del orador insigne. El mal avanzó con rapidez suma. La sala en que agonizaba Otero fué invadida por personas de todas clases de la sociedad. El lecho del moribundo estaba rodeado de sus amigos, que trémulos de angustia veían que se extinguía sin remedio.

La esposa del grande hombre y sus hijos que le acariciaban, desgarraban el corazón.

Pocas horas duró la agonía del jalisciense ilustre, quien falleció á los treinta y tres años.

Se rompió con su sepulcro la copa de sus días, llena de glorias y de esperanzas.

Los tertulianos de la casa de Otero teníamos una vez á la semana una comida en los altos del café de Veroly, en que había una fonda perfectamente servida. En esas comidas había muchas veces las expansiones más íntimas, y á la luz de la confianza solían presentarse al desnudo los caracteres de algunos concurrentes.

Comonfort refería las pobrezas de su primera edad, cuando le admitieron como *Berrendo* en un colegio de Puebla. Llamábanse berrendos cierta especie de colegiales á quienes se daba educación gratuita en cambio de fungir como sirvientes distinguidos. El trato que sufrían aquellos infelices era inicuo: el hambre perpetua; un fideo perdido en un océano de agua grasosa... costaba sudores; garbanzos de gutapercha, piltrafas anóni-

mas, y á pesar de esto, Comonfort sufría impasible, auxiliaba á sus famélicos compañeros y los defendía de la crueldad de sus superiores; así es que se hizo amar y se distinguió en el colegio. Abandonó éste por sus circunstancias; permaneció en el campo y en otros destinos, y yo le conocí como Prefecto de Tlalnepantla, empleo en que fué inteligente, próbido y benéfico.

En Tlalnepantla contrajo relación con el Sr. Gómez Pedraza, quien, conocedor de su mérito, le dispensó su amistad y favor. Después le nombró Administrador de la Aduana de Acapulco, puesto que desempeñó con honradez é inteligencia, estrechando sus relaciones con el Gral. Alvarez, quien lo amaba como á su hijo.

Era Comonfort diestrísimo jinete y muy notable en el manejo de las armas.

Hombre naturalmente dulce, pacífico y de educación la más pulcra y delicada, parecía nacido para el cultivo de los inocentes goces domésticos.

La pasión profunda y la veneración por la señora á quien llamaba madre, hacían que la acompañase frecuentemente, creando en él el hábito de tratar con señoras ancianas, mimar y condescender con los niños y ser un tesoro para las intimidades de familia.

Ya arreglaba los tirantes de un papelote, ya competía en el trompo con otros chicuelos, ya se lucía en la polla ó la tuta, hablaba con las pollas de bailes y de modas, daba su voto en confecciones de guisos y postres y oía los cuentos y los milagros, con atención sostenida.

Su transformación era realmente increible al entrar en discusiones sobre gobierno, sobre materia hacendaria y asuntos de guerra.

Entonces se descubría al hombre perspicaz, al patriota ardiente; pero al hombre de principios infirmes, al que no podía desprenderse de la educación mística y disimulada del poblano de su época; en una palabra, el vaivén del moderado, el zig zag del conciliador, el tira y afloja de los que quieren un medio sí y un medio no, como decía Ocampo.

La transformación de Comonfort era más notable en el trato con altos personajes y enviados diplomáticos; entonces parece que había pasado su vida entera en los centros de la etiqueta más refinada. No faltaba á ninguna de las fórmulas, parecía habituado á la vida de los grandes salones y los regios banquetes.

Pero donde totalmente se desconocía á Comonfort, era en el campo de batalla; allí se le admiraba previsivo, se veía astuto, activísimo, y sobre todo, de una serenidad imponente y tranquila cuando rugían á su alrrededor las balas y temblaba el suelo sembrado de cadáveres por el tumulto de la lucha. Así se le vió al frente de Puebla, en Ocotlán y en la estrecha calle del Puente de San Francisco, al frente de la batería de la Acordada, mandada por el valiente Miramón.

Entre los amigos de Otero había un Sr. Lic. D. Manuel Rioseco, su paisano, cuya singularidad de carác-

ter me impresionó hondamente y á quien quise de una manera entrañable.

Una tarde del mes de Septiembre, por los años de 49, tocó las manos Otero en el patio de mi casa, calle de Corpus Christi núm. 2, como lo tenía de costumbre, para que bajase y saliésemos á paseo; éste no fué á pie como todos los días, sino que en la puerta esperaba un coche de sitio y dentro de él, inmóvil como una estatua se hallaba un hombre muy flaco y cuellilargo, el pecho y los brazos como de madera, muy blanco, una fisonomía arrojada y agresiva como la de un animal de presa, ojos pequeños y hundidos, nariz aguda, con el pico hacia abajo y boca recogida como á propósito para lanzar un escupitajo ó una desvergüenza. Medio envolvía á este poco simpático personaje un barragán verde caído á la mitad del cuerpo y envolviendo la otra mitad los pies del propietario.

Se dijo al cochero que nos llevara á la procesión de la Merced, y en ella, á pesar del bullicio, músicas y cohetes, cortinas y lluvias de flores, arcos de papel, de pañuelos y tápalos, y no obstante el lujo de la procesión con sus niños vestidos de inditos cargando sus huacales, inditas primorosas de *huepillis* bordados, de ramos de flores en las manos, ángeles y santos, compañía de granaderos de escolta con sus respectivos escapularios, oficiales y soldados, lluvias de versos, tráfico de vendedores, ruido de cohetes y algazara universal, el personaje de que me ocupo no desplegó los labios.

Otero, después de que vimos la procesión, endilgó al áuriga á la casa núm. 5 de la calle del Hospital Real en que vivía. Descendimos del coche y Otero nos invitó á que bajásemos.

—*Nó*, dijo Rioseco, que era el nombre del personaje de quien hablamos.

—Yo no bajo y aquí me quedo á dormir y permaneceré encerrado toda la vida hasta que se le antoje á este canalla de cochero.

—Pero ¿qué es esto, qué pasa?

—Que ese bribón de mala fe me ha cogido el capote con la portezuela porque quiere tenerme preso y voy á darle gusto.

—Pero hombre de Dios, esa ha de haber sido una casualidad.

—No hay casualidad que se tenga; este pícaro me ha visto lo payo y quiere darme un chasco.

Con miles de trabajos persuadimos á Rioseco á que se abriese la portezuela y quedase libre con todo y capote.

Sin que nadie lo pudiese detener, fuese Rioseco á su hotel y yo me quedé como burro en maitines.

Otero entonces me impuso de que se trataba de un hombre altamente instruído y bondadoso, pero con arranques tales de bílis y de arrebato, que muchos le creían loco.

Para satisfacernos de quien hablo, de su desatención, nos convidó á comer, y al criado se le olvidó poner el pan en la mesa; guardamos silencio, pero los

canes de la fonda, socorridos por Rioseco, le cercaban é importunaban.

De pronto, y no pudiendo contenerse, corrió al mostrador de la fonda con una gran servilleta y pidió un peso de pan.

—Pero señor, ¿un peso de pan? ya va á reparar su falta el criado.

—Un peso de pan; replicó fuera de sí. Y llevándolo á su asiento, arrojó la mitad á los perros y la mitad reservó para nosotros, siguiendo la comida como si nada hubiese pasado.

Para corresponder á su obsequio le convidamos á que almorzase con nosotros en San Angel, y Otero, además de lo dispuesto en aquel pueblo, llevaba en el pezebrón del coche *bombé* de colleras y de tres tiros, botellas, frutas y golosinas para alegrar el almuerzo. Caminábamos alegres, y habríamos andado más de una legua en plática divertida y sabrosa, cuando repentina é inesperadamente golpeó Rieseco la portezuela y gritó sacando por ella la cabeza:

—Alto, cochero maldito, alto; y de un salto descendió del coche como si hubiera percibido una invasion de bandidos.

—¿Qué le ocurre á Ud., dijo Otero, Sr. D. Manuel?

—Me ocurre que me han mareado y no puedo soportar esos olores asesinos que han metido Uds. en el pesebrón, y no hay remedio, ó ellos ó yo seguimos el camino.

Ya se figurarán los lectores en los apuros en que nos

puso tan desastrada resolución. Fué necesario detenernos una hora para ajustar un viajero que nos aligerase de la carga y que siguiese el invitado en nuestra compañía.

En otra vez le llevamos á Catedral á unos maitines de gran solemnidad; nuestro amigo iba negligentemente vestido; pero al reverberar de las mil luces de la Catedral, al oír el órgano y los cánticos que resonaban en las bóvedas, volvimos la cara, buscamos por todas partes y lo encontramos materialmente soterrado en un rincón obscuro.

—Vamos á seguir andando, Sr. D. Manuel—le dijimos.

—No señores, yo no puedo estar aquí, sino en calidad de ratón, por eso no abandonaré este lugar.

Caminábamos una vez á tres ó cuatro leguas de la Capital, y en punto dado, el camino se bifurcaba, tomando un ramal para un rumbo y otro para otro. Rioseco se comidió á inquirir cuál era el sendero que nos llevara al punto de nuestro destino. Después, al andar mucho tiempo, conocimos que andábamos equivocados y Rioseco se adelantó á una ranchería á tomar lenguas; regresó y nos dijo que teníamos que volver á nuestro punto de partida. Allí buscó Rioseco á la persona que tan mal le había guiado y le dijo: «Párese Ud. ahí y tenga cuidado con lo que voy á hacer;» y diciendo y haciendo, dejando atado el freno á la cabeza de la silla, se dió él mismo una tunda de cachetadas que se puso moro, exclamando: Vea Ud. cómo me castigo por ha-

berle dado crédito á Ud., con esa cara de bruto que no puede hacer dos cosas buenas.

Cuentan que aborrecía mortalmente á su suegra y que cada vez que entraba á la casa le costaba un derrame de bilis, pero guardaba silencio; no pudiendo contenerse cierta vez al ver entrar á la señora en la sala, se volvió á una hermosísima Virgen de Dolores que era de su devoción, hincándose de rodillas y levantando á la Virgen las manos, gritó: Madre Santísima, por la Sagrada Pasión y Muerte de tu divino Hijo, que se vaya esta maldita vieja de mi casa porque me está anticipando las penas del infierno.

Y no obstante lo expuesto, este hombre era un caballero en toda la extensión de la palabra, lleno de talento y de buen juicio en la Cámara, la caridad misma, la honradez personificada.

En las elecciones para la presidencia de la República, compitieron los Grales. Almonte y Arista; pero no teniendo ninguno mayoría absoluta, decidió el Congreso por el Sr. Gral. Arista. Hizo la resignación del mando el Sr. Herrera con noble y sencilla grandeza, dando un testimonio honrosísimo de su respeto á la ley. Las Cámaras continuaron los trabajos para cubrir el presupuesto, y para los proyectos de crédito público el Ministerio de Hacienda realmente estaba tutoreado por la junta de crédito público que administraba las aduanas marítimas.

El Sr. Arista, con una rectitud, una asiduidad y un

buen sentido admirables, se dedicó al estudio de los ramos de la Administración. Al rayar la luz estaba en pie. Se aseaba, y le esperaban D. A. Zambrano y un Sr. Pardo, persona de su confianza.

Su sistema rigoroso era no pensar en nuevos impuestos sin haberse establecido las más estrictas economías; con esta conciencia se dedicó á la revisión de los gastos de guerra, en que pululaban los abusos, y barrió cien gratificaciones, agregados y supernumerarios, fondo de *masita, (sic) blanco*, etc., reparación de armamento, gastos exagerados de papelería, combustible de invierno, etc., creándose numerosos enemigos.

La revisión, aunque cauta y silenciosa, de los falsos títulos con que se gravaba al Erario, empeoró la situación; y por último, el establecimiento de pagadores, que desterrando á los habilitados abolía el comercio, los préstamos y empeños entre los jefes de los Cuerpos y sus subalternos que distribuían los haberes, dieron á Arista el carácter de enemigo del ejército, pecado nefando que mantenía á la Administración en perpetua inquietud, y minaba, minuto por minuto, la existencia del gobierno.

Si á todo esto se añade el conocimiento del personal del ejército y la rudeza con que expresaba la cobardía del uno, la causa de la herida en una borrachera del otro, los robos del de más allá, se verá que no eran los que cito elementos de prestigio en una institución tan profundamente viciada como la del ejército, en aquellas épocas.

El contrabando en la frontera, las licencias á que dió lugar el establecimiento de la zona libre y las consignaciones de las deudas vigiladas por la junta de interesados que componían la junta de crédito público, así como los *fondos especiales*, tenían al gobierno exangüe, y sin más elementos de vida que los rendimientos de la Aduana de México, que apenas alcanzaban para el escasísimo socorro de la guarnición.

D. Manuel Robles Pezuela, con una probidad y una energía superiores á todo elogio, secundaba al Sr. Arista en sus tareas patrióticas de regeneración.

Era D. Manuel Robles miembro de una distinguida y rica familia de Guanajuato. Su padre, nombrado Director del Colegio de Minería, trajo con él á su familia. Sus hijos mayores, Manuel y Luis, á quien llamábamos *Ludovico*, se inscribieron en el colegio como alumnos.

Manuel hizo sus estudios todos de una manera brillantísima, ocupando siempre los primeros lugares, y realzando su mérito la posición de su padre, á quien adulaban los profesores, exagerando los talentos y el saber de su hijo.

Robles era obeso, de vientre prominente, de cabeza enorme, casi sin cuello, por tenerlo pegado casi al pecho; ojo grande, inteligentísimo; nariz ancha y abierta como la de un león.

Tenía el notabilísimo defecto de pronunciar la erre como l, y esto le mortificaba al extremo, y le hacía susceptible, porque su defecto dominante, el que un mo-

mento obscurecía sus excelentes prendas y las dotes de su corazón noble y generoso, era la soberbia, al extremo de cegarse, de tener terribles ímpetus, y de ver todo pequeño y despreciable cuando trataba de sostener su razón ó su capricho.

Esto le hacía repelente para los jefes superiores, ignorantes y déspotas, á quien veía Robles sobre el hombro, por su sobresaliente instrucción, finura y representación social.

Así en el sitio de Monterrey fué el censor intransigente de Ampudia, y así en la fortificación de Cerro Gordo insistió, á pesar de los reproches de Santa-Anna, á la fortificación del cerro del Telégrafo, falta que hizo decisiva nuestra derrota por el alarde de la ignorancia de aquel despótico caudillo.

La soberbia y suficiencia de Robles hacían que se humillara con cualquiera superioridad, y mientras permaneció de simple subalterno, sufrió muchísimo; pero su capacidad era extraordinaria, su acierto para las graves decisiones, innegable, y su lealtad, una vez empeñada su palabra, reconocida por todo el mundo desde niño; su espíritu de suficiencia era tanto, que siendo colegial de Minería y jugando en una llanura contigua al Paseo, llamada el Ejido, á saltar zanjas, queriendo competir con uno de sus compañeros, que era muy ágil para los brincos, siendo él torpe por su obesidad, cayó en una zanja, en la que se hundió casi hasta el cuello, y en aquella posición gritaba: no hay cuidado; no se *apulen* Uds., que yo soy muy *homble*; cuidado

quien se *acelca*; así salió con mil trabajos, sin consentir auxilio, del atolladero.

El Lic. D. J. M. Aguirre, natural del Saltillo, residente en San Luis Potosí, era Ministro de Justicia de Arista, de erudición poco común, de talento clarísimo, de elocuencia arrebatada y de un valor civil superior á toda ponderación, desempeñaba su encargo con ardiente celo; pero que fuese su educación primitiva descuidada, sea su roce en la frontera con gente brusca y atrevida, su vestir, sus modales, y sobre todo, la desnudez de su palabra, herían á los políticos cortesanos, todo exterioridades y mentira; con ideas liberales que sabía sostener con su saber y valentía; se lanzaba á sus contrarios, no como quien discute, sino acometiendo impetuoso como quien golpea, sin atender á razones; discutiendo en el Senado contra el Sr. Rodríguez de San Miguel, que era también biliosísimo, le arrebató la palabra, y le llamó á la puerta del salón, donde los dos padres de la Patria se dieron una safacoca de manazos y puntapiés, para cantar el credo.

Al Illmo. Sr. Garza, que había sido su maestro, y era en el fondo un santo, solía decirle con su rudeza de costumbre: Señor: á su vida de Ud. le ha faltado algo de calavera, correr la tuna, sufrir por las bellas y alegrarse en bureos y parrandas, con lo que el santo Arzobispo quedaba sin saber qué decir.

Acusado ante la Cámara, por haber suspendido arbitrariamente la libertad de imprenta, yo fuí uno de sus defensores, y satisfecho de haber conseguido algo

en su favor, abandoné la réplica de un diputado impertinente; pero el Sr. Aguirre tomó la palabra y destruyendo cuanto yo había dicho, exclamó: olviden Uds., señores, cuanto ha expuesto el Sr. Prieto y sus frases tan sentidas, tan bonitamente dichas; aquí no se trata de la mujer que llora, del niño que canta y del pájaro que vuela; se trata de la defensa del gobierno contra la revolución; y la verdad, señores, que yo fuí el culpable y así debe declarárseme, sí señores, yo soy el reo, y mi gran culpa es haber permitido que sigáis en esos asientos, en que tan débiles os mostráis; sin vosotros el gobierno hubiera procedido más desembarazado, y la revolución se habría aniquilado totalmente. El valor, la grandeza de alma y la actitud resuelta de Aguirre dominaron al Congreso, y declararon absuelto al Ministro por una notable mayoría.

A Monseñor Clementi, Nuncio Apostólico del Papa, le traía á las vueltas, y cuando descubría alguna de sus intrigas, le decía al Sr. Arista: señor, facúlteme Ud. para conjurar ese espíritu. Era muy delgado y pálido Monseñor Clementi. Como decíamos, el Sr. Piña y Cuevas, sólo trataba de poner en evidencia la federación, y dar gusto al partido servil, de que era en el gabinete representante é instrumento. Arista, en los Estados Unidos se había convertido á la causa del derecho; consideraba en mucho al pueblo, daba mucha importancia á las cuestiones económicas, reconocía que el clero viciado y el ejército corrompido eran llagas cancerosas que amenazaban la vida del cuerpo social, pe-

ro Arista no podía desprenderse de sus antiguas relaciones, tenía una especie de consejo en ciertos amigos íntimos, enemigos de sus Ministros, y esto lo hacía aparecer sin motivo como falso, é infundiendo la desconfianza y debilitando los resortes de la seguridad de poder.

Pero la Administración hizo mejoras notables; en todo veía siempre por el bien público, y en materia del pureza de manejo, desprendimiento y honra como gobernante, debe colocarse en primera línea á todo el gabinete del Sr. Arista.

D. Francisco Arrangoiz, que odiaba personalmente á Arista, le pinta como un tránsfuga y acumula sus pasados errores con inquina rencorosa; pero el traidor crítico está muy abajo del hombre que se quiso sacrificar y abandonar el poder antes que atropellar la ley.

En Julio de 1851 estalló en Guadalajara un pronunciamiento en contra de Jesús López Portillo, Gobernador entonces del Estado de Jalisco. Encabezaba el pronunciamiento un sombrerero llamado Blancarte, Jefe de guardia nacional. El movimiento al parecer tenía un carácter puramente local, pero rápidamente tomó grandes proporciones. Los conservadores se aprovecharon de la ocasión, modificaron el plan que aceptó Morelia, contra Ocampo. Le hicieron nuevas modificaciones y se presentó amenazante contra el Gobierno de la República.

Las confidencias que hizo el Sr. Arista sobre un proyecto de organización del ejército con un cuadro de

oficiales para tiempo de paz y un régimen de fuerza adecuado á las necesidades de la guerra y con residencia principalmente en la frontera, uniformaron la opinión en contra de Arista, formada por la insurrección de los intereses lastimados por los vampiros del Erario.

En las luchas parlamentarias, en las revueltas peripecias de este agitadísimo período, yo había tomado parte muy activa, sosteniendo hasta donde mis fuerzas alcanzaban los buenos principios y á los hombres próbidos que los defendían.

Yo hacía algunos años me había dedicado al estudio de la Economía política, teniendo por maestro al Sr. Dr. Gálvez, muy entendido en la materia. Pero ese estudio se veía como el de la magia y casi nadie lo tomaba á lo serio.

El Sr. D. Manuel Payno, padre, haciéndome aprender de memoria á Canga, Argüelles y á Flores Estrada y el Sr. D. José Ignacio Pavón, mi jefe, fijándome en Smith y Say, me habían alentado en mis estudios. Pero ante todo, mi práctica en lo concerniente á la Aduana y á la dirección de Rentas, me hacían creer con la pedantería y suficiencia de la édad, capaz para escupir en rueda de personas entendidas en finanzas.

No rebajaban estas pretensiones ni aun mis descarrilamientos á la vida alegre, mi devoción á las chinas y mis distracciones con estas pícaras musas que me encontraba donde menos lo pensaba. En una palabra, ingenuamente aspiraba al Ministerio por amor al re-

nombre, por fanfarrón ú ostentación de lo que sabía, que era muy poco, y que lo creía mucho, y porque se viera que un hombre pobre y salido de la miseria, tenía valor bastante para desenmascarar pícaros y corregir inveterados abusos. Todo esto habría sido imperdonable en una edad menos temprana que la mía.

Me llamó el Sr. Arista al Ministerio y yo acepté contento y sin fingida modestia.

Había antes trabajado y colaborado á los trabajos de los Sres. Riva Palacio, Aguirre, Yáñez, y sobre todo, del Sr. Payno, muy inteligente, muy práctico y entendido en materias de Hacienda pública, como el más entendido de los discípulos de su ilustre padre el Sr. D. Manuel Payno y Bustamante.

Es un error y una grosera ingratitud con el pasado desconocer los esfuerzos y antecedentes de cada mejora, y en Hacienda la incorregible vanidad de los Ministros, ha hecho y hace que cada uno que entra de nuevo, se persuada que tiene el *fiat lux* entre los labios y que es el descubridor de mundos desconocidos y no es así, porque las más luminosas ideas sobre crédito público, las más eficaces indicaciones sobre la corrección del contrabando, las más luminosas doctrinas sobre las deudas contraídas con súbditos extranjeros que tomaron el nombre de convenciones diplomáticas, zonas fiscales, bancos, etc., etc., todo se había pensado y ensayado; ¿pero quién es el estúpido que pretende se siga una narración reposada y lógica en medio de las interrupciones de un motín? ¿quién es quien pretende

la marcha recta y segura de un pasajero sobre cubierta cuando el buque lucha con la borrasca? ¿quién, en fin, intenta siquiera la regularidad de un retrato fotográfico cuando el retrato estipula de dolor *(sic)* y sufre horrorosas convulsiones? Tal ha sido el pasado y tan fatuos los que ahora lo desconocen y desprecian.

A mi entrada al Ministerio distinguí el caos, y mi primer intento fué sondear las disposiciones de ánimo del Sr. Arista para afrontar la terrible disipación que teniamos delante.

Mi primer trabajo, antes de emprender trabajo alguno, fué aclarar en lo íntimo con el Sr. Arista hasta qué punto veía peligrosa la situación y hasta dónde era capaz de afrontarla; para esto provoqué una seria conferencia.

El Sr. Arista tenía el hábito de considerarme como dócil y aun sumiso á sus indicaciones, como estudioso y franco, alegre convidado y poeta que andaba por las nubes en pos de la música celestial.

Por mi parte yo consideraba al soldado ignorante y brusco, en el fondo al hombre honradísimo y de intenciones rectas, al patriota sincero, á pesar de sus antecedentes políticos; pero de alta estima á muchos serviles ponzoñosos y al impetuoso militar compañero de Durán de Stávoli, Miñón y otros tipos *sui-generis* del ejército.

Arista fué calavera valiente en su juventud; se recordaban sus lances de joven temerario y sus rarezas, como la de tener por cabalgadura, para andar en

las calles un becerro que él propio había amansado y no olvidaba su bravura.

Con estos antecedentes me encontré en mi conferencia, y al tratar serios asuntos, con un hombre de claro talento, de muy sólido juicio, de sosegada reflexión y de una probidad superior á toda ponderación.

Su viaje á los Estados Unidos había producido en é una revolución completa; su respeto al derecho rayaba en fanatismo; su amor al trabajo tenía mucho de ardiente y religioso, y la máxima de que los gobiernos son para los pueblos y no los pueblos para los gobiernos, no se despegaba de su labor.

Pero estos benéficos y patrióticos principios se contraponían sin poderse hacer conciliables con cierta veneración á los vicios de la administración colonial y, sobre todo, con su altísimo concepto de conservadores testarudos, ignorantes y preocupados, con la prosopopeya cómica y fastuosa de la época virreinal.

Estas contradicciones hacían que Arista, ya filiado en el partido moderado y con aceptación de su programa, pugnase por llevarlo á cabo con Piña y Cuevas, enemigo de la federación, vacilando en su Consejo entre Alamán y Pedraza, Otero y D. Fernando Ramírez, su enemigo, etc. Aunque siempre respetando á sus Ministros é inclinándose á las decisiones de su conciencia.

Alguna vez y en lo íntimo de la confianza, preguntándole la causa de este hábito de tolerancia que se semejaba á la debilidad, me dijo: esto lo heredé de mi padre.

—Era mi padre, prosiguió, un español de polendas, grave y silencioso, ojos muy grandes, cara larga y nariz aguileña. Tuvo encargos de intendente en San Luis Potosí y Puebla. Yo nací en San Luis lo mismo que mi hermano Juan. Al estallar el grito de Dolores, mi padre estaba retirado á la vida privada y pocos años después se estableció con toda su familia en Tacubaya. Mi hermano y yo servíamos como cadetes en el ejército, con la notable diferencia de que Juan, consecuente con su sangre y su rey, odiaba á los insurgentes, y yo, no pudiéndome contener, era insurgente de corazón y ansiaba por luchar al lado de los padres de nuestra Independencia. Esta diversidad de opiniones se hizo ostensible, nuestros ánimos se agriaban y truenos de injurias, relámpagos de amenazas y nubes de rencores nos cercaban, en cuanto nos separábamos de la vista de mi padre.

Llegaron las cosas al punto que, temiendo mi hermano y yo un desenlace funesto, resolvimos hacer juez á nuestro mismo padre de nuestras diferencias y nos comprometimos á acatar su mandato.

Fuimos, pues, á su presencia, le expusimos nuestro conflicto, á nuestra vez nos esforzamos por defender cada uno nuestra causa, y el venerable anciano, frío y en imponente actitud, no dejaba percibir el más leve indicio de su propio parecer.

Acabamos de hablar; y nuestro padre, dominando severo su íntima convicción, nos citó para que oyéramos su parecer, á la misma hora del día siguiente.

En efecto, al siguiente día asistimos puntuales á la cita.

El señor mi padre se dirigió primero á Juan y procuró sondear si estaba fijo en su decisión y sus principios seguían el dictado de su conciencia.

Nuestras respuestas fueron decisivas y resueltas, aunque sometiendo nuestra conducta á lo que el honrado español ordenase.

Este guardó silencio profundo por algunos momentos; después, con una voz levantada y solemnísima, dijo: Nada hay más susceptible en el mundo que los dictados de la conciencia. Juan, sigue defendiendo tu bandara y Dios te bendiga.

Mariano, abandona las filas de los realistas y ve á servir con honra á los que luchan por que tengas patria.

Nada hay más respetable en el mundo que la decisión de la conciencia. Este es el origen de mi respeto á la conciencia de los demás.

Vivamente satisfecho y casi con veneración de la honradez del Sr. Arista y de su reconocimiento á la justicia, emprendí mis trabajos.

Como es natural, ante todo, me preocupó la presencia de un deficiente, relativamente enorme, y que formaba el caos en la administración. Los revolucionarios incendiando los pueblos, las convenciones diplomáticas amenazando al Gobierno, la insubordinación en los cuarteles, el hambre aturdiendo con sus gritos y difundiendo el descontento, los salvajes devorando

nuestras fronteras, la usura y el agio devorando con avidez la sangre de los condenados á la miseria. Tal era el débil bosquejo de lo que en realidad representaba el cuadro de la Nación, al hacerme cargo del Ministerio por la bondad del Sr. Arista.

No obstante, resuelto éste á destruir los abusos, establecer la moralidad y reducir al orden al país, no daba tregua un solo instante á sus trabajos, á los que como yo cooperaba enérgicamente con fe y entusiasmo, no solo proyectando reformas sino planteándolas de luego á luego con una energía tal, que han servido hasta el día y pueden señalarse como punto de partida para el decreto del 2 de Octubre, de la Deuda Inglesa, la fijación del carácter de la deuda exterior como el derecho internacional privado, la baja de aranceles que después se conoció con el nombre de «Arancel Payno,» las bases sobre contribuciones después desnaturalizadas por D. Matías Romero, la creación del franqueo previo llevada á cabo á costa de mil sacrificios y consumada por mí en 1856, la liquidación y libertad del tabaco origen de su libertad benéfica y trascendental, y hasta revolución é importancia del establecimiento de ferrocarriles, se ven en los planes del Gobierno del Sr. Arista á quien tuve la gloria de adherirme, con toda la sinceridad y con el ardor de los años que contaba, á remisión de títulos y despacho para el cobro de haberes.

El establecimiento de pagadores hecho por el Sr. Payno y mejorado mucho después por el Sr. Gral. Díaz,

la anulación de contratos fraudulentos, etc.; esto no era popular y acumulaba en favor de los revolucionarios elementos que hacían vacilantes y desacreditaban la marcha del Gobierno; los ingresos del Erario apenas llegaron á ocho millones de pesos; las necesidades más apremiantes importaban once millones, de suerte que la administración, aun reduciendo como redujo sus necesidades vitales á cosa de 600,000 pesos, tenía que arrastrar una vida congojosísima.

No obstante, se purificaron los presupuestos, eliminando de ellos agregados, excedencias y pagos privilegiados; no se proveyeron destinos sino á falta de cesantes que los sirvieran, se abolió la junta de crédito público, institución involucrada en el Ministerio que lo ponía bajo la tutela de los acreedores, y se dió tal publicidad por la prensa á las operaciones todas del tesoro, que con mucha razón acreditarón al Sr. Arista de uno de los más próvidos y rectos de nuestros Gobernantes.

Luego que este señor entró al Gobierno, dispuso por inspiración propia que los Ministerios formaran presupuestos mensuales de sus gastos. Se reunían los Ministros cada uno con sus presupuestos y se valuaba la importancia de las necesidades, anotando el Ministro de Hacienda las sumas, más ó menos preferentes, conforme á los recursos. Este fué un sistema de orden que reprimía toda arbitrariedad.

Quedó hasta impreso el proyecto sobre dividir la administración de la Hacienda pública en tres depar-

tamentos: el Directivo, radicado en el Ministerio del Ramo; el administrativo en la Tesorería general, y el de responsabilidades ó judicial.

A pesar de los increíbles esfuerzos para el establecimiento de la partida doble, no se pudo conseguir, en parte por la preocupación del Sr. Payno en su contra, por las raíces de la rutina y por una ignorancia tan suprema que reinaba en lo inverosímil.

Todos estos benéficos pensamientos se entorpecían, se truncaban, quedaban delegados á la quimera, los más á causa de las circunstancias.

De todas maneras, el que esto escribe, puede decir con toda verdad y en conciencia á la Nación, al ser arrojado del puesto con el Sr. Arista por la revolución iniciada en Jalisco, lo siguiente:

«En hacienda le mostrará á V. E. la experiencia que todos los negocios se convierten en personales, y que se atribuye á favor ó animadversión del Ministro, sus resoluciones en pro ó en contra de los negocios. Yo que escribo estos reglones, en cumplimiento de mi deber, ni entraré en polémica, ni leeré siquiera las inculpaciones que nazcan del interés ofendido; pero á V. E. suplico, como especial favor, que en lo que hallare duda me pregunte, que en lo que crea percibir la más ligera sombra la esclarezca, y obre todo sin la más mínima consideración personal, porque en negocio alguno tuve ni tengo interés propio, ni ahijado, ni pariente, ni nada que afecte mi individuo.»

Las costumbres de Arista en la presidencia eran

constantes, monótonas y como si estuvieran sujetas á los toques militares. Despertaba al rayar la luz, se afeitaba cuidadosamente y alisaba su cabello lacio y azafranado sobre su frente, se aseaba con extremo; pero rechazando todo afeite y cuidando conservar en todo su aspecto varonil; su ropa de paisano y su uniforme eran holgados, aunque fuese en desacuerdo con la moda.

Evitaba andar de puntillas, y cuando llovía y estaba la calle llena de charcos, prefería mojarse á danzar evitando la humedad, porque decía que esos remilgos eran indignos de un soldado.

Sólo usaba los guantes en rigurosa ceremonia, porque le mortificaba no encontrar guantes que eran delicados y.....

En toda época y á las seis de la mañana ya estaba vestido como para una visita de etiqueta, y se ponía al trabajo en compañía del Sr. Pardo, empleado expertísimo de la Tesorería general y del Sr. Zambrano, infatigable en materia de números que centuplicaba con afán prodigioso.

Tenía el Presidente letra pésima; trazaba renglones desiguales y torcidos, forjaba letras truncas y palabras incompletas, pero con escrupulosa puntuación y siempre dando suma claridad á sus pensamientos.

Después de la tarea con Pardo y Zambrano, seguía conmigo el trabajo, y no puedo explicar todo lo que estudiaba de bueno, de patriótico, de levantado en cuanto meditaba y deseaba plantear. Porque no hay que du-

dar; al funcionario quien lo califica más exactamente es el subalterno, obscuro testigo de sus acciones y palabras, á él se descubren los resortes ocultos de tal acción, las prevenciones contra tal persona, el amor, el miedo, los respetos y los móviles de la conducta recta ó torcida del que manda; el que logra la opinión de hombre honrado para sus subalternos puede afirmarse que realmente lo merece.

En la vida íntima era el Sr. Arista dulce y sufrido; se recreaba con las flores, personalmente cuidaba á un canarito que tenía en su recámara, cuya jaula aseaba y adornaba con hojas de lechuga, limpiando los trastecillos del alpiste y el agua.

Su pasión por la esgrima y el manejo de las armas era extraordinaria, sobresaliendo en la esgrima, en el tiro al blanco, y sobre todo en el manejo de la lanza, en que su arrogante figura, su destreza de jinete, su agilidad y sus aptitudes le transformaban en una figura llena de grandeza.

Sobria, al extremo, era su comida, y tenía empeño en que todos sus sirvientes fuesen como él. Siempre tomaba agua, y cuando por compromiso gustaba licor, tenía á prevención unos pedacitos de cáscara de naranja para que no se percibiera en su aliento el tufo del licor.

En las conversaciones era reservado y oía con atención, gustando de que fuese la charla animada y franca.

Gustaba, en la conversación familiar, de los cuentos intencionales, que siempre tenían malicia intencional.

Hablando de un informe confuso é indescifrable contaba que tenía un ayudante turbio de entendimiento, á quien pidió una noche en campaña fuera á explorar el campo, para que le dijese qué era algo que se veía á lo lejos. El ayudante salió diligente, tardó largo rato y volvió afanoso y satisfecho. diciéndole: «Mí general, lo he visto todo, y una de estas tres cosas ha de ser forzosamente; un troncó, un comanche ó un fraile mercedario;» con lo que quedé, como ustedes deben suponer, con el convencimiento exacto de lo que había visto mi ayudante.»

Le impresionaban profundamente los hechos y dichos notables. Me contaba Manuel Payno, que en la acción de Santa Rita de Morelos, á la hora de una carga terrible, el oficial que la mandaba, llamado Aznar, marchaba pálido al extremo. Arista le gritó: «señor oficial, Ud. lleva miedo.»

El oficial continuó avanzando con resolución; pero cada vez más pálido. «Señor oficial, Ud. lleva miedo,» volvió á gritar Arista.

Marchando imperturbable el oficial, le contestó:

—Sí señor, llevo miedo. Ud. con la mitad del que á mí me sobrecoge, ya habría corrido.

Arista vió en esta respuesta el triunfo del honor, y desde entonces Aznar fué su amigo y favorito.

En efecto, Aznar era el tipo perfecto del hombre de honor.

Respecto de sus hechos en la frontera, recuerdo lo siguiente: Una vez, en una cita con los comanches, en

el corazón de la sierra, tuvo ocasión Arista de probar su aptitud para el manejo de la espada y el sable, destreza y agilidad para el caballo. Después de esto, Arista despidió la escolta y se internó en el bosque lejano con los indios. Éstos, prendados de las dotes de Arista, si no de la confianza en ellos, le dispensaron toda clase de honores y atenciones, ajustando uno de los más ventajosos tratados de paz.

Pero en lo que el Sr. Arista no creo que haya tenido superior en el poder, si se exceptúa á Juárez, era en su acatamiento á la razón en medio de sus arranques más impetuosos. Cuando estaba desbordándose en la ira una discusión, solía yo decirle:

—Señor, no tiene Ud. razón.

—¿Cómo? ¿por qué?- me replicaba.

Entonces Yáñez, Aguirre ó yo, le explicábamos nuestro pensamiento. Quedaba unos momentos reflexivo y decía: «Me apeo de mi burro;» es decir, que desistía de lo sostenido, acatando con docilidad suma lo justo, sin atender á su amor propio, á sus influencias ni afecciones.

Era tal su dominio sobre sí mismo, que una vez por un conducto que me pareció, y era en sí humillante é irregular para el Gobierno, me envió un acuerdo de cierta letra femenina que no tenía por qué figurar en lo oficial. El acuerdo era injustísimo. Yo le recibí, y con aquella necia suficiencia de los pocos años rompí el acuerdo y le mandé decir al Presidente que no sabía de quién ni de qué se trataba.

Llegó la hora del acuerdo con todos los Ministros.

Estábamos en el baluarte sur, frente á la mesa del Presidente. Éste, ahogado por la cólera, habló de mi conducta. Al acabar, se puso de pie á mi espalda, apoyándose en las perillas del sillón, que eran de bronce labrado, sin duda para no verme la cara. El Sr. Yáñez, después de reprochar acremente mi falta de respeto y de urbanidad, afeó con tanta vehemencia el acuerdo irregular, puso tan de manifiesto la deshonra del Gobierno y el atropello á la dignidad de su puesto, que yo temí algo de terrible. Escuchaba á mi espalda la respiración del león y no hallaba qué hacer.

De pronto se puso Arista en medio de todos, y me dijo:

—Sr. Prieto, perdóneme, quiero que me perdone, soy un bárbaro.

Alcé los ojos y ví que sangraban las palmas de las manos del héroe, de estar comprimiendo las perillas de mi sillón para contener su ira. Yo me lancé á su cuello y le estreché con entusiasmo á mi corazón, asombrado de la grandeza de aquel hombre.

En los días de miseria más extremada y cuando la vida del Gobierno era realmente precaria y congojosa, dispuso el Ministerio de mi cargo se redujesen á una mitad los sueldos de todos los servidores de la Nación. La grita fué espantosa; los periódicos vomitaron á torrentes las injurias contra el Ministro, recordando su pobreza, su obscuridad, sus parientes pobres y cuanto se encontró de más humillante para él, á quien llamaban por apodo, *Media paga*.

El descontento fué tal, que se reunieron en la Ciudadela varios oficiales de influencia en el ejército, con el objeto de pedir la derogación de la orden de *media paga* y pedir la destitución del Ministro.

La junta fué insidiosa y tumultuaria, descendiéndose en ella hasta examinar lo más recóndito de la vida del Presidente, sus gastos, sus hábitos, sus dádivas, excediéndose hasta formar el inventario más escrupuloso.

Un oficial de caballería ronco, patizambo y áspero de voz y maneras, dijo:

—Yo conozco al güero, porque he sido desde su asistente; y en esto de manos limpias no tiene gallo; pero veamos si en eso de la *media paga* hay ventaja, representémonos, y si no, punto en boca.

Se renovó el examen, y el resultado fué una exposición al Sr. Arista, apoyando la medida por qué se había acatado la justicia y la más perfecta igualdad.

En los pagos, Arista era siempre el último que recibía sus haberes.

La exposición de los oficiales de que hablé, la recibió el Sr. Arista con notable satisfacción, diciéndome que era la más lisonjera de sus victorias, aquella manifestación.

La revolución tocaba las puertas de la Ciudad. En las Cámaras se tramaban las intrigas y eran vehementes y amenazadoras las discusiones.

Los íntimos del Sr. Arista le instaron para que diese un golpe de Estado y .... y yo en el Gabinete lu-

chábamos con vehemencia por defendernos, hasta el último instante. Yo le gritaba en la última de las discusiones:

—Señor, más vale ahogarse en un lago de sangre que en un charco de inmundicia.

Arista tenía tomada su resolución é hizo su renuncia entregando el mando al Sr. Lic. D. Juan B. Ceballos, Presidente de la Suprema Corte de Justicia.

Admitida por el Congreso la renuncia del Sr. Arista, entró al ejercicio del mando en el poder Ejecutivo el Sr. Lic. D. Juan B. Ceballos, Presidente de la Suprema Corte de Justicia.

Ceballos era un hombre de mediana estatura, delgado, blanco, de ojos negros limpios é inteligentes, modales caballerosos, y en sociedad de educación cimentada.

Ceballos era nativo del Estado de Michoacán, y en su voz se parecía algo al acento del foráneo campesino.

Profesaba ideas netamente moderadas, y sus amistades eran del círculo de Pedraza y Otero, círculo que ya procuramos describir.

Pero la transformación de Ceballos era completa cuando sus padecimientos del hígado se exacerbaban, entonces no sufría réplica, le exasperaba la contradicción más ligera y se hacía obedecer, más por la irritación del enfermo que por las convicciones del hombre de juicio.

Al siguiente día de la toma de posesión del Sr. Ceballos, Arriaga y yo nos dirigimos á su casa con el objeto de darle informes de asuntos de mucha gravedad.

El Sr. Ceballos nos recibió cuando se estaba vistiendo, y sin duda había tenido algún disgusto antes de nuestra llegada, porque nos recibió de mal talante.

Arriaga le expuso el objeto de nuestra visita, y Ceballos dijo con rudeza:

—Yo todo eso me lo sé.

Arriaga le dijo:

—Yo creía que sólo los fatuos se creían con ciencia infusa; y nos retiramos ardiendo nuestras almas.

Ceballos perdió la brújula por hacer papel de tragicomedia en el poder; avanzaba y retrocedía con furia, como quien anda quemándose los pies.

En los recintos de las Cámaras de Diputados y Senadores, la agitación era extrema y las sesiones prometían ser borrascosas. Así aconteció, y el Sr. Ceballos mandó llamar al jefe de Marina, D. Tomás Marín, á cuya persona dió instrucciones y puso á su disposición cien hombres para que disolviese las Cámaras, al verificarse la sesión de la tarde.

La intimación á la Cámara de Senadores no ofreció gran resistencia, pero en la de Diputados, al oir descansar las armas de los soldados en el corredor, varios diputados protestaron con ardiente energía; el jefe militar entró sólo al centro del salón, ordenando que desalojasen sus puestos los diputados. El Presidente de la Cámara, D. Ezequiel Montes, desapareció, y hubo un momento de confusión indescriptible; entonces el Licenciado D. León Guzmán, hombre pálido, enfermizo y amarillento como una momia, que era el Vicepresi-

dente, ocupó el asiento supremo, agitó la campanilla y pretendió, con extraordinaria decisión, restablecer el orden, entonces la tropa penetró al interior de la Cámara, y los diputados, en su mayoría, salieron de ella, presidiéndolos los padres Valdovinos y Miranda, de quienes tendré ocasión de hablar, pero hubo otros diputados que quisieron resistir, y hubo un momento de crisis peligrosa.

Eran cerca de las oraciones de la noche. En la plaza mayor, en que había varias gentes curiosas y excitadas, se formaron grupos de diputados y senadores, en tumultuosa discusión.

Los diputados resolvieron continuar su sesión en la casa del Sr. Ocampo, casa de la familia de Partearroyo, calle del Hospicio de San Nicolás; y los senadores en la casa del Sr. Francisco Olaguíbel, callejón de Canteros.

El salón-biblioteca de la casa de Olaguíbel, se convirtió en senado; se dispuso sillería, mesa y Cristo, y comenzó la sesión con la mayor solemnidad. Hablaron sobre las circunstancias varios senadores.

El Sr. Tornel, que estaba enfermo y había abandonado el lecho para concurrir á la sesión, se hizo muy notable.

Parece que le veo envuelto en su ancha capa con cuello de nutria, con su talla elevada, su grande frente, sus abiertos y expresivos ojos negros, levantarse, y en medio de un silencio profundo, pronunciar el discurso más apasionado y elocuente. Era el discurso, la flagelación terrible al proceder brutal de Ceballos.

El Sr. Ceballos, en medio de la confusión y del desorden más completo, había nombrado Ministerio, que á derechas no fungía, y se resentía de trunco y discordante.

La guarnición estaba visiblemente adherida al Plan de Jalisco, y sólo obedecía á Uraga. Varios Estados se manejaban por su cuenta y riesgo, como «moros sin señor;» los partidos se dividían y subdividían en varias fracciones, según sus intereses, en medio de la multitud inquieta, que se arremolinaba tumultuosa, sin saber de lo que se trataba, ni aspirar á más que al alboroto y al desorden; en tales circunstancias, apareció el Gral. Lombardini, primero como jefe de las fuerzas de la capital, y después, como el depositario del poder supremo.

Las Cámaras, expulsas en medio de este caos, nombraron al Sr. Múgica y Osorio, Gobernador de Puebla, Presidente de la República, y al Sr. D. Marcelino Castañeda, portador de su nombramiento, comisión especial para acompañarlo á protestar en México.

Por más que se perjudique el interés de esta narración, quiero dar idea de los dos personajes que acabo de nombrar.

Era D. Juan Múgica y Osorio persona de excelsas virtudes, de carácter amabilísimo, listo de movimientos, sencillo y popular como un tendero de tienda de abarrotes.

Su talla mediana, su cabello á la frente, sus ojos azules y su nariz prolongada, le daban cierto aspecto

comunicativo que, unido á su genio de incomparable amabilidad y á su corazón bueno y generoso al extremo, le hacían muy popular. Los que le conocían íntimamente, tenían pruebas de sus profundas convicciones, de su carácter enérgico para desafiar á los peligros, y de su vacilación y modestia para resolver los grandes negocios.

Su falta de ambición y su desinterés, eran proverbiales, lejos de lucrar con el poder, todo el mundo sabía que había sacrificado su cuantioso caudal á las necesidades de la Administración y en socorros á los menesterosos. Llamábanle con cariño los poblanos D. Juanito, y él, más se semejaba al padre de una gran familia, que á su gobernante.

Bonachón, sincero, naturalote y risueño era D. Marcelino Castañeda; alto de talla, recio de espaldas, cariancho, de patilla curva y papada colgante. carabanista y obsequioso, de integérrimas virtudes y de una inocencia inverosímil en materias de mundo, su virtud y su carácter le hacían simpático y fueron los que en la realidad le elevaron en el concepto público y á los más altos puestos.

En la tribuna hablaba con naturalidad, pero por descuido ó por manía hacía dilatadas pausas que convertían muchas frases en doble sentido, como por ejemplo: Señores, todos Uds. se han pronunciado en contra de los asesinos de Cañedo, yo no quiero (larga pausa) discrepar de esas opiniones.

Ha dicho un señor Diputado que son distintas de las

mías sus opiniones respecto de la clase de mujeres, ellas me gustan (larga pausa) pero sería bueno modificar tales opiniones.

Los diputados reían y recibía el Sr. Castañeda la hilaridad como si fuera aplauso.

Recibió el Sr. Múgica la embajada del Congreso con reconocimiento pero vaciló primero y después rehusó obstinadamente.

En tal virtud, Uraga y Robles modificaron sus planes, y resultó en medio de la barahunda universal, el señor Gral. D. Manuel Mª Lombardini depositario del poder Ejecutivo, mientras se llamaba al puesto al señor Gral. Santa-Anna, residente entonces en Turbaco.

Aunque era de una familia muy decente el Sr. Lombardini, debió su visibilidad á su parentesco político con el Sr. Gral Valencia quien lo favoreció, le elevó en su carrera y le colocó en puestos muy importantes; fiel con su amigo y favorecedor y cumplido militar gozaba generales simpatías y abría la puerta del favor á las personas menesterosas de todas clases porque era excelente su corazón

Rechoncho de cuerpo, de voz ronca y estentórea, de andar descompasado y soberbio, á primera vista habría aparecido á algunos el original del *Bum Bum* de la gran Duquesa, pero acercándosele y tratándosele se veía un hombre de muy buena educación, caritativo, obsequioso é incapaz de hacer mal á nadie; pero sin malicia alguna, sin experiencia y extraño á los conocimientos políticos y sociales, tenía una conducta indecisa é irre-

gular, teniendo por objeto principal conservar el puesto para el Gral Santa-Anna. El carácter transitorio del Presidente que hacía inseguro y como flotante y entregado á vaivenes caprichosos, este período, hace que no se le pueda examinar con detenimiento. Entre tanto, varios conservadores con D. Lucas Alamán á la cabeza, se habían puesto en contacto con Santa-Anna. Los moderados no podían apoyarlo porque se habían desprendido del núcleo que formaba Arista, y los liberales exaltados llamados puros, se convirtieron en más y más intransigentes, alentados por la anarquía y por la relajación total de los vínculos que unían á las entidades federativas con el centro.

El grupo de serviles y de clérigos que tomó el nombre de partido conservador, entonces reconocía por principal agitador de la revuelta á D. Antonio Haro, y por director político á D. Lucas Alamán; estos enviaron al general Santa-Anna, al Coronel Escobar que escribió en un tiempo, con el nombre de Cabos y Sargentos, en un periódico de Veracruz, defendiendo con vehemencia la tiranía y todos los desmanes del ejército. Este fué encargado de pintar la situación á Santa-Anna, según su modo de ver y conforme á las miras del partido retrógrado.

Determinada la elección de Santa-Anna, se agolparon como animales sedientos al caudillo que tenía en sus manos los destinos del país; y todos los egoístas, todos los destineros, todos los vagos, todos los clérigos conspiradores de la política, todos los mil ladrones que ha-

bían vestido con el traje de negocio y de servicio el robo y la desvergüenza, formaron grupos encontrados, y apararon todos los medios de adulación para atraerse al dictador. Alamán con perspicacia sutil había enviado al encuentro de Santa-Anna á D. Antonio Haro, llevándole una especie de carta-programa para su gobierno, que se reducía al aniquilamiento de toda institución popular, centralización del poder, exaltación del clero, preponderancia del ejército, distribución por la mano del dictador hasta de los haberes de los municipios, aniquilamiento de las libertades de comercio, adoptando el sistema prohibitivo en los aranceles; en una palabra, el odio á todas las libertades, el atropello á todos los derechos del hombre y la recrudescencia de los recuerdos de los peores tiempos de la Colonia y los Virreyes; y no obstante lo absurdo, lo inconcebible de tal programa, la influencia del clero, la de los agiotistas y la de los vagos y politiqueros sin principios, no sólo le presentaban como hacedero, sino que le dieron partidarios en casi toda la República, con muy honrosas excepciones.

Se centuplicaron las fábricas de entusiasmo para recibir al desterrado de Turbaco; proclamas, poesías, musicos, retratos del héroe, exhumación de parentescos, aparición de apasionados, amonestaciones á la policía para cortinas, cohetes, y ensayos de comisiones de felicitación, en suma, lo imponderable, lo inconcebible, lo prodigioso y contranatural se pusieron al servicio de la lisonja. Envióse una comisión hasta Turbaco á traer

al ilustre desterrado, compuesta de D. Ignacio Basadre, D. Teodosio Lares, D. Miguel Lerdo de Tejada, D. José Ramón Pacheco y el Sr. García, mosaico heterogéneo, que en realidad no representaba sino lo indeciso y lo inconsecuente de las opiniones dominantes. La recepción de Santa-Anna en Veracruz, fué estupenda, y con esas fórmulas cómicas, caricaturas siempre de los honores rendidos á los soberanos, varios Estados enviaron embajadores, y todos se esforzaron por colmar de alabanzas y ensalzar las glorias del héroe de Tampico. Una nota discordante, que desde entonces se quiso envolver en el olvido, y que sin embargo fué muy significativa: ella se refiere al discurso del Sr. Lic. Joaquín Ruiz, enviado por Puebla y de cuyo incidente quiero hablar con alguna detención.

El Lic. D. Joaquín Ruiz era, según opinión común, de una familia obscura, de raza indígena; sus padres, labradores con algunos bienes de fortuna, pusieron al hijo en el Colegio luego que tuvo edad competente y después de haber aprendido las primeras letras.

El joven se distinguió desde luego por su constancia en el estudio, su circunspección y reserva, y por su aislamiento que unos atribuían á orgullo y otros á una naturaleza débil y enferma.

Recibido de licenciado, circunstancias particulares dieron crédito á su bufete, y algunos negocios que tuvieron roce con la política, dieron á conocer la firmeza de sus opiniones liberales, su independencia de carácter y su saber profundo.

Con tales dotes, y tratándose de una población semi-levítica como Puebla, aunque Ruiz parecía alejarse de la sociedad, era solicitado por los pocos liberales que allí existián, y contado como hombre de gran valía en el partido moderado.

Sus costumbres irreprochables y sus creencias y prácticas cristianas le hacían respetable del clero y sus adeptos y le afirmaban en la opinión como hombre de alta importancia.

De esta manera fué el elegido para ir á Veracruz á felicitar á Santa-Anna para exponerle con toda verdad su situación y la del país.

Ruiz aceptó tan delicada misión y casi desapercibido fué á Veracruz.

Santa-Anna se hallaba entre el estrépito de la recepción, en el gran salón en que flotaban los cortinajes, brillaban los espejos colosales en el remolino de estandartes, banderas y entorchados lujosos y del pueblo que llenaban el salón.

Llamáronse por turno á varios comisionados, y llegada su vez, se acercó tímido y desgarbado al *solio* el Sr. Ruiz.

Era este un hombrecillo de talla menos que mediana, flaco y de pronunciado color trigueño, encogido de movimientos y de conjunto vulgar de tinterillo de pueblo.

Acercóse á Santa-Anna que le vió con menosprecio lo mismo que sus ayudantes y los próceres que le rodeaban.

—Esta pompa señor, le dijo; ese exagerado entusias-

mo que os rodea es la irrisión de la verdad. La nación no cree ni puede tener esperanza en vos, que la ha sacrificado siempre á su ambición y su capricho.

A estas palabras, Santa-Anna se volvió iracundo, y reprimiéndose, le mandó continuar.

—V. E., viene de la mano del partido enemigo de la independencia, enemigo del progreso del país, órgano de las clases privilegiadas, ladrón de los intereses del pueblo, y á V. E. le creen un manequí á quien hace sumiso la ambición de mando.

Santa-Anna dijo medias palabras, mostrándose furioso en contra de Ruiz; pero éste, impasible, continuó:

—Yo he sido enviado para decir á V. E. la verdad. V. E. no tiene principio alguno político, es el ídolo del clérigo relajado y del soldado prostituído.

Santa-Anna no quiso oir más y mandó que sacaran del salón á Ruiz; éste se propuso proseguir, hasta que lo arrancaron del salón, cuando le decía: De V. E. no espera el pueblo mas que males, haga porque se le engaña.

Ruiz fué una pesadilla de Santa-Anna.

—¿Quién es ese indio indecente? preguntaba; y le perseguía, desterraba y molestaba, sin que ni por un instante Ruiz solicitase gracia, ni mostrara arrepentimiento de su conducta patriótica y valiente.

Tres entidades se disputaban la posesión y dirección de Santa-Anna; los conservadores (nobles de pega, soldados fanfarrones y agiotistas), los clericales y los merodeadores intrusos y vagos explotadores del desorden.

Pero en lo más profundo se distinguían dos influencias más, representadas por Alamán, es decir, antiguo partidario de las clases privilegiadas y otra de D. Manuel Escandón y otros negociantes, representantes ante todo, de los negocios de agio.

El primero puso á Haro cerca de Santa-Anna y le tenía subyugado al partido conservador.

El segundo casi inapercibido y como á excusas, había preparado sus redes como extraño á la política, halagando los gustos y regando dinero sobre los resortes íntimos de sus pasiones más recónditas, con astucia y habilidad admirable.

Santa-Anna entró á México con inusitada pompa, entre repiques, vítores, cohetes y músicas. Tomó posesión de la Presidencia, y á poco nombró su Ministerio compuesto de D. Lucas Alamán, D. Antonio Haro y Tamariz, Teodosio Lares, Joaquín Velázquez de León, Bonilla D. Manuel y José María Tornel.

En el sentido del programa de Alamán, se emprendieron con resolución todas las reformas que propuso Alamán, destruyendo los pocos recursos de los pueblos, agravando la leva, insolentando al clero, etc., tratando de retrogradar á una época imposible.

Santa-Anna, como siempre, se rodeó en lo privado, de la corte viciosa y rastrera que le hacía atmósfera.

Alguna familia que no quiero mencionar, se hizo centro y parodia de la familia Real. Aparecieron como brotando de debajo de la tierra, tahures condecorados, rufianes, contratistas, galleros, próceres, horizontales,

pensionistas y canalla que no había podido figurar ni entre los personajes del Manolo.

Pronto se hicieron de moda los cabildos, el ejército y los favoritos; y las casas tomaron un aspecto grotesco, ostentoso, heterogéneo y ridículo.

Pero la influencia poderosa la ejercían Escandón y los suyos.

La influencia del grupo industrial financiero había sido tal, que no obstante las filípicas de Alamán, los odios de Haro y la predicación constante contra los vampiros del Erario, como llamaban á los agiotistas, y á pesar de haber intervenido entre la baja servidumbre de Santa-Anna, espías y obstáculos de sus viejas amistades, los negociantes se filtraban, y en el regalo del mueble, en el fomento del vicio, en la alhaja preciosa, en todas partes, estaban representados con tal maña y sutileza que al entrar en Guadalupe Santa-Anna, vino en la carretela de Escandón, quien había ordenado todo lo concerniente al viaje y mandaba en el interior doméstico de Santa-Anna, como si fuese la persona principal de la familia.

Era Santa-Anna semejante á ciertas mujeres de malos hábitos, que entregándose á devociones piadosas exteriormente, cultivan en reserva sus malas costumbres y peores instintos.

La muerte del Sr. Alamán acaecida en Junio de 53, desbarató como con un soplo el alcázar de naipes de la centralización y de la monarquía, refaccionando po-

derosamente el valor de la camarilla antigua de Santa-Anna que le precipitó en el 6 de Diciembre.

El Sr. D. Manuel Diez de Bonilla y el Sr. D. Ignacio Aguilar y Marocho aparecieron en el Ministerio figurando el primero, como reemplazo del Sr. Alamán y el segundo, en el lugar del Sr. Bonilla; pero esta modificación era de todo punto ineficaz para reparar los males de las circunstancias que desde los últimos días de Alamán se agravaban y producían aquella atmósfera malsana, productora del desprestigio y de la muerte de los gobiernos. La modificación del Ministerio poco ó nada influyó en el cambio de la política; con Alamán había muerto la importancia del partido ó sea el grupo colonial de soldados ignorantes y déspotas, fanáticos, estúpidos, abarroteros enriquecidos, muchos de ellos con el contrabando, y empleados comodines y egoístas.

Quedaban influyendo los filibusteros del contrabando y los merodeadores del tesoro, unidos á los favoritos aparecidos con orgullo por arrobas y hambre y sed de figurar y enriquecerse.

Diputados y senadores habían huído como pájaros con el estrépito de las armas de fuego. Caían de sus empleos los que ayer fueron próceres y brotaban á pelo de tierra, chicos, hablando como jarochos, fumando su tabaquillo y regando picardías por todas partes.

En los entresuelos de la Presidencia se alojaron los ayudantes, y las escaleras de los patios interiores estaban transitadas por valentones desastrados, galleros,

buscavidas é insolentes, horizontales graduadas de viudas y pensionistas y ahijadas de tal ó cual clérigo contemporizador y mundano.

Santa-Anna vivía en Tacubaya en el Palacio Arzobispal; los bajos de ese Palacio estaban ocupados por tropas, asistentes y servidumbre turbulenta; por la parte exterior había chimoleras, vendimias, concurrencia extraordinaria de pretendientes en coches particulares y de sitio, en suma, un conjunto abigarrado en holgura y bebiendo para aligerar la pesadez de la espera. La parte superior del Palacio, estaba dividida en dos partes: á la izquierda la habitación del Presidente y las piezas corridas de los ayudantes y visitas de Su Alteza.

No es mi ánimo alzar el velo que cubría la parte íntima de la vida del Presidente, ni del desorden en la Administración, producida por la irregularidad en los negocios y trámites entre México y Tacubaya.

La muerte casi repentina del Sr. Gral. D. José María Tornel, Ministro de la Guerra, produjo como siempre, caída de encumbrados favoritos, derrumbamiento de fortunas dudosas, eclipses de beldades, desengaños de aspirantes y fiebre de aspiraciones insolentes.

La prensa fué especialmente perseguida, y Don Ponciano Arriaga y yo, refugiados en el *Monitor Republicano*, con Francisco Banuet, Sabás Iturbide, Alcaraz, Torres Cano, y otros que no recuerdo, disparábamos con frenesí nuestros tiros á aquella dictadura brutal y ridícula, teniendo á la cabeza á nuestro valeroso editor D. Vicente García Torres, quien con decisión

heroica aventuraba intereses y vida en cada uno de los artículos que se publicaban, aunque firmados con nuestros nombres; uno de los artículos que más llamaron la atención se titulaba «Arcos triunfales» y se refería en gran parte, á la entrada triunfal del Presidente, pero con tal vehemencia, con tan intensa hiel de sarcasmo, que se le señaló como primera de las víctimas, después de haber lanzado una orden de destierro tremenda, en contra de D. Vicente García Torres, quien salió escoltado para Monterrey, como un criminal, después de haberse cometido inauditos atropellos en sus intereses y familia. Los redactores del periódico resolvimos entonces, constituirnos responsables por turno, uno de cada número del periódico, comenzando por D. Domingo Revilla, quien fué amonestado por la policía lo mismo que los otros redactores.

Con motivo del día onomástico de su Alteza Serenísima, se publicaron en un mismo día dos artículos de felicitación, uno en el *Calavera*, periódico que redactaba D. Eufemio Romero y otro en el *Monitor* firmado por mí.

Ambos artículos se habían escrito con ponzoña de alacranes, con la diferencia de que el de Romero era en realidad una queja de los liberales por la preponderancia de los conservadores, y el mío, sarcástico y desvergonzado, celebrando la frustración que presumía de las esperanzas del partido retrógrado, deslizándome á marcar algunos rasgos del carácter tornadizo del desterrado de Turbaco.

No tardaron ni cuarenta y ocho horas en producir

sus efectos enconosos de aquellos artículos, pues antes de ese término habíamos sido conducidos á la presencia del Dictador.

Era Romero un verdadero mendrugo de carne humana, negro y machucado, con sus lustres de charol de grasa y sus nudos y frunzones para conservar la forma del maltratado vestido; y, sin embargo, aquel hombre era estudioso, liberal de principios, firme en sus convicciones, y sorprendía su talento y tino para las cuestiones, tanto más, cuanto que formaban una especie de contraste con su triste figura y su estudiado encogimiento.

Eufemio Romero era natural de Veracruz, hermano de D. José Romero, favorito de Trigueros y debía su pobreza y aislamiento á la dignidad con que rechazó siempre todo favor de Santa-Anna; éste no lo conocía mas que de nombre y por las señas, así es que, al vernos en su presencia, se dirigió impetuoso á Romero, señalando el artículo en cuestión, y le dijo con la voz sorda de la cólera:

—Eh! dígame Ud. de quién es este artículo para arrancarle la lengua!

—*En estos casos*, respondió Romero con frialdad extraordinaria, se hace la denuncia al Juez, se ve quién firma el artículo y se procede como la ley manda.

—¡Yo lo he llamado á Ud., so escarabajo, para oir de sus labios, quién es el infame que ha escrito el artículo! y contestó Romero con la misma imperturbable sangre fría que antes:

—En estos casos, señor, se hace la denuncia al Juez, se ve quién firma el artículo y se procede como la ley manda.

—¡Indecente!, continuó Santa-Ana, ¡haga Ud. lo que le digo!

—Pues señor, en estos casos....

—¡Silencio, quíteseme Ud. de delante!

Romero se aprovechó del iracundo pasaporte, y puso pies en polvorosa.

Santa-Anna, todavía excitado por la cólera, se volvió á mí, y me dijo:

—¿Ud. es el autor del artículo del *Monitor?*

—Sí señor.

—¿Y no sabe Ud. que yo tengo muchos calzones?

Yo como había escrito en tono sarcástico, aunque con miedo, quise seguir la broma, y le respondí:—Sí señor, ha de tener Ud. más que yo.

—Me parece que es Ud. insolente, y yo sé castigar y reducir á polvo á los que se hacen los valientes; eso lo ejecuta cualquier policía, pues Ud. ó se desdice de sus injurias y necedades ó aquí mismo le doy mil patadas. ¿Qué sucede?

—En esas estoy, en ver lo que sucede.

A estas palabras, Santa-Anna, apoyándose en una mesa que allí había, y levantando el bastón, se acercó á mí, y yo, por una puerta excusada, me escurrí violentamente; no sé si más temeroso ó iracundo de la entrevista con el Dictador.

La muerte del Sr. Tornel, acaecida en esos días, im-

primió á la política mayor tono de intolerancia y persecuciones.

A Ruiz se había confinado á un destierro en no sé qué pueblo de la República, y á la vez se expidieron iguales órdenes en contra del Lic. D. Miguel Buenrostro, D. Melchor Ocampo, el Lic. Ponciano Arriaga y yo.

Yo vivía en Tacubaya en una pequeña casita, á la subida de lo que llaman el empedrado, y tenía entonces por vecindad la preciosa quinta que formó Bardet, y después fué propiedad de D. Martín Castillo, á quien la compró últimamente D. Manuel Romero Rubio. Mi casita era muy pobre, en ella habitábamos, María, mi primera esposa, y mis dos hijos Manuel y Francisco, que eran muy pequeños. La casa estaba ubicada á la entrada, digámoslo así, del camino que conduce al Arzobispado, residencia entonces de su Alteza Serenísima. Por supuesto, aquel era un punto de tránsito de Ministros y próceres, potencias militares y pretendientes de todo género, coches, caballos, vendimias y centro de vida activísima de toda clase de personas.

El día menos pensado, (29 de Junio de 1853) á la entrada de la noche y con grande aparato de fuerza, se vió rodeada mi casa de policías y soldados; el que los mandaba puso una orden de destierro en mis manos, y fuí arrancado del seno de mi pobre familia, que quedó sumergida en la miseria y en el desamparo. Entre tanto, los negocios de gobierno parecían seguir viento en popa.

En el palacio de Tacubaya se sucedían sin interrup-

ción, banquetes de próceres y favoritos, tertulias en que brillaba con la alegría la hermosura, y lances carnavalescos, que ponían como en relieve los vicios constitutivos del carácter de Santa-Anna, y el acaso caprichoso á que se entregaba el gobierno.

La crónica escandalosa, con ciertos ó supuestos fundamentos, hablaba de escenas verdaderamente asquerosas, de rapiña, de juego, de seducción y de maldades, y villanías que en último resultado costeaba el gobierno, hospedándose en el presupuesto hijos de viudas seductoras, advenedizos oficiales, nombrados ó ascendidos en las batallas de las sobremesas, y favoritos beneficiados con comisiones, trabajos oficiales, encargos secretos; pero aunque muchas de estas acusaciones eran inventadas por el rencor y el interés de partido, otras muchas eran ciertas, formaban opinión, y determinaron una propensión á la revuelta incontenible, convirtiéndose en tentación poderosa de toda clase de descontentos; Santa-Anna, verdaderamente ebrio con las adulaciones de la prensa, con las exageradas ponderaciones de su talento, y su heroísmo, se creyó como con una especie de ciencia infusa para no pedir consejo en materia alguna, decidiendo, según las inspiraciones de su soberbia, de su suficiencia y de su ignorancia. Las personas que le trataban muy de cerca, decían que del sólo libro que podía dar razón, aunque imperfectamente, era «La Casandra,» y en su conversación cuando decía *demagos* por demagogos, *sección de la cámara* por sesión y *dracma* por drama, y otras bar-

baridades; se conocía que en el poder había olvidado aun lo aprendido en la escuela. Basadre, que era de sus más íntimos, solía aleccionarlo para que no se pusiera en evidencia en las cuestiones graves.

No obstante las grandes paradas y las funciones teatrales, los banquetes y las diversiones en el campo, señaladamente en San Angel, hacían aparecer á la República toda en gran prosperidad. La ostentación de los caballeros de la orden de Guadalupe, los tratamientos oficiales, las distinciones á los que fuerón en un tiempo títulos de Castilla, sobre todo, la preponderancia de la gente decente, daban á las tertulias y saraos cierto tinte monárquico, y aun personas sensatas de la buena sociedad, concurrían á las grandes reuniones con la salvaguardia de la moda; para dar una idea de uno de esos grandes bailes, copio en seguida la descripción que hizo el poeta español Asquerino, de uno de ellos dado en la Lonja, según lo prevenían los Estatutos de aquella institución. Los versos de Asquerino dicen así:

1853.

GRAN BAILE A SANTA-ANNA.

(Descripción del poeta español Asquerino.)

I

Si con la aurora brillante
Dios hace que empiece el día,
no extrañaréis que galante
con Aurora Bustamante
comience la historia mía.

Ostentaba esta belleza
un traje de brocatel
glasé, color de cereza;
y un adorno en la cabeza
de tilos, rosa y clavel.
Por los lados el vestido
iba abierto y guarnecido
con blondas, que si no miento,
eran del Renacimiento.
bello, elegante prendido!
No se ostenta más preciosa
la flor que su cáliz abre
al beso del alma hermosa,
como arrogante y graciosa
se ostentó Elena Basadre. [1]
Que queriendo completar
aquella belleza rara,
no teniendo ya que dar
le puso Dios un lunar
en el cielo de su cara.
Llevaba un traje rosado
que sú buen gusto retrata,
á la duquesa bordado,
preso el cabello poblado
con mil listones de plata.
La venia á su esposo pide,
pues con sobrada terneza
va á hablar mi labio atrevido:
que es la esposa de Cumplido [2]
una cumplida belleza.
Si en los ojos se contiene
del alma la imagen franca,
mal con su espejo conviene
que tenga una alma tan blanca
quien ojos tan negros tiene.

1 Véase el apéndice.

¡Negros son; negros tan bellos!
y de comprender no acabo
contemplando sus destellos,
que siendo los negros ellos
otro ha de ser el esclavo.

No nace el alba radiosa
bañando su vestidura
en vivas tintas de rosa,
más gentil y esplendorosa
que aquella árabe hermosura.

Mas los ojos contemplando
de una esbelta Guadalupe,
los de Carmen recordando
su semejanza admirando
ya distinguirlos no supe.

Y mi alma en la duda insiste
hasta reparar el tul
que á Guadalupe reviste;
que Carmen de rosa viste,
y la otra viste de azul.

Cual de la rosa temprana
el columpiado pimpollo,
así gentil, pura, ufana,
del candor diosa galana
fué Margarita Gargollo. 3

Y era blanco su vestido
orlado de niveas blondas,
y de flores el prendido
del cabello, confundido
en las abundosas ondas.

Creación enamorada
y poético diseño,
de Fidias, Venus torneada,
como á un rosal asomada
sonreía Pepita Leño. 4

Que era su traje rosado,
y rosas su encantadora
cabeza lució; extasiado,
ángel juzgué tal dechado
ó imagen fiel de la aurora.
Es un paraíso en pequeño;
Liño se llama y no he visto,
y lo busqué con empeño,
mejor que ese, más que el leño
de la cruz de Jesucristo.
Y cual silfe vagarosa,
ó del Valle Mexicano,
delgada palmera airosa;
risueña, viva y graciosa
contemplé á Ignacia Arellano. [5]
De azul iba, y no me espanta;
que es el color de los cielos
cuyos ángeles encanta,
y al oirla lloran de celos.
Y ví á la de negros ojos,
que más negros no los hay,
la de frescos labios rojos,
que al clavel causando enojos
iba Teresa Garay. [6]
Y aun el alma se figura
ver aquella aérea figura
que es de encantos un tesoro,
y su blanca vestidura
con franjas de fuego y oro.
Pensamientos encarnados
llevaba con profusión
á su cabello apresados:
de pechos enamorados
enseña esas flores son.

II

Parece que germinaron
en su mente, y florecieron,
y que tanto la llenaron,
que en su cabeza brotaron
y entre el cabello salieron.
Mensajeros de tristeza
esos pensamientos son:
nardo que á entreabrirse empieza,
que cual llenan tu cabeza,
no llenen tu corazón!
Como una blanca paloma
que al pensil florido llega
donde todo es luz y aroma,
así ufana y bella asoma
al salón, Damiana Vega. [7]
Sólo otra vega encantada
compite con su gentil
hermosura delicada:
y es la Vega de Granada
con su Alhambra y su Genil.
Y ví á Carolina Prado [8]
con traje casi enlutado,
y hubo quien dijo importuno
si lo usaba por alguno
que murió de enamorado.
Que cruzaba aquella hermosa
por las esplendentes salas,
como entre selvas de rosa
va una negra mariposa
tendiendo sus tristes alas.

De las de Belaunzarán
los lindísimos semblantes
causaron más de un afán:
por ellas queriendo están
mil desdeñados amantes.

¿Quién de los cielos al coro
esa pareja arrebata
imágenes del decoro?
fué la una de blanco y oro,
y la otra de azul y plata.

También contemplé arrobado
tres capullos hechiceros:
que un color á otro casado,
blanco, y rosa, y encarnado,
ostentaban las Elgueros.

Como la plácida estrella
que el alba amoroso envía,
tal compitiendo con ella
en lo cándida y lo bella
asomó Pepa María.

Pluma que mecen los vientos,
en galanos movimientos,
mariposa de aquel valle
cubría un cendal su talle
blanco cual sus pensamientos.

Yo un arcángel la creí
mal embozado entre espumas,
como sin alas le ví
de blanco cisne prendí
á su cabeza dos plumas.

De Sofía Buch, la esbelta,
como un cisne entre el ramaje,
ligera, y leve y resuelta
de blanco gró el lindo traje.

¿Quién en los nardos dorados
del cabello no repara,
y en los volantes cruzados,
que estaban como picados
por no poder ver su cara?
Iba al alma dando luto
con sus seductoras trazas
y su dominio absoluto,
una á quien todas las zarzas
de amor rindieron tributo.
Blanca es su falda y de rosa,
su blondo cabello peina
con mil botones, graciosa:
más galana y majestuosa
no va de un Harem la reina.
Y este portento soñado,
esta deidad hechicera,
esto lucero argentado
que aun recuerdo enamorado,
Catalina Barron era. [12]
La majestad que derrama,
entre mil palmeras reales
alcanzará eterna fama
y hay quien por reina la aclama
aunque la sobran rivales.
Manuela Osio, la azucena [13]
de aquel pensil encantado,
con la mirada serena
de sus ojos; cuánta pena
llevó á un pecho enamorado!
Rasgados ojos tan bellos
que dan al lucero enojos:
que al contemplar sus destellos
amor le rasgó los ojos.

No está la abeja, brillante
botón de oro, entre el tomillo
más rica, alegre y triunfante,
que esta hermosura arrogante
con su vestido amarillo.
Llevaba con gentileza
Carmen Goríbar, que mata [14]
á quien mira con terneza,
flores de oro en la caboza,
y traje *moiré* de plata.
En sus rosadas mejillas
dejó sus galas Abril
que envidió sus maravillas;
pues vale más de mil villas
la esposa de Villamil. [15]
También de blanco iba airosa
como de la nieve el ampo
una viuda apetitosa,
rozagante, fresca, hermosa:
la de Martínez del Campo. [16]
La flor que entre el aura crece,
cuando su caliz no mece
cae marchita y sin colores.
y una viuda sin amores
es flor que pronto perece.
Para un corazón de peña
es vana toda porfía,
y en seguir sola se empeña;
aunque su boca risueña
más de un amador ansía.
¡Cómo al deleite provoca
un no sé qué que nos mata
en una risueña boca,
que el pensamiento sofoca
y el corazón arrebata!

Y una gala de la fiesta
no extrañaréis que recuerde,
torneada, pura y modesta:
llevó en su cabeza enhiesta
lindo adorno de oro verde.
Y flanca falda ligera
celaba el contorno avara
de Lola Barrio hechicera: [17]
¡quién en tal barrio habitara
aunque en la intemperie fuera!
Nunca el pie de monistrol
coronando el Monserrat,
se ve tan brillante el sol,
cual ví, estrella entre arrebol,
á Estefanía Labat. [18]
De aquella alma candorosa
rosa era la falda leve:
¡qué mucho, si el alba hermosa
siempre en celajes de rosa
bate sus alas de nieve!
También con pompa galana
como de un lago á la orilla
frondosa palmera ufana,
ví una deidad soberana
la majestuosa Bonilla. [19]
De blanco iba, y si ella diera
al viento el rico tesoro
de su rubia cabellera,
no hay quien verla no creyera
cubierta de un velo de oro.
Como entre nieve en el prado
se alza encendido un clavel,
con un prendido encarnado
y un bello traje nevado
brilló Mariana Tornel. [20]

Y en las redes de su hechizo
mil almas prendiendo ufanas,
con plumas ornando el rizo
iban de rosa y pajizo
las dos Sáyagos hermanas. [21]
Y una es Luz, luz argentina
no ama tanto el caminante
perdido, la luz vecina,
como á esa Luz vespertina
adora más de un amante.
Fuente fresca, albo destello
del sediento peregrino,
desde la planta al cabello
yo no ví tipo más bello
que Adelaida, ángel divino.
Y la Morán, nadie tema [22]
que á mi memoria se esconda;
celó su belleza extrema
un traje color de llama
con sobreveste de blonda.
Cual la paloma galana
extiende al nacer el día
sus blancas alas ufana,
su traje de tarlatana
Teresa Schneider lucía. [23]
Que iba esbelta cual ninguna,
de dos razas tallo hermoso,
destello de amante luna,
silfe de sombría laguna,
tierno Irasfil de candores!
Sus bellos ojos radiantes
quemando los corazones,
llevaba Carmen Cervantes [24]
traje blanco con volantes.

Llevó un traje la Quijano [25]
(que cuando mira amortaja)
bordado de paja ufano;
que siempre el dorado grano
lució mejor entre paja.
Y galas de los Abriles
tarro de esencia de amores,
iban las flores gentiles
que no puede haber pensiles
en donde faltan las flores.
Luciendo su encanto extraño
iban las Cuevas iguales, [26]
y bien puede año tras año
cualquier sombrío ermitaño
habitar en cuevas tales.
Y si aun la inclemente pena
su alma combatida troncha,
cual golondrina en la almena,
que esconda su alma serena
de esa Cuevas en la concha.
Nido bello de ilusiones!
lucía un traje amarillo,
algo abierto, con cordones,
y su hermana con listones
del mismo color, sencillo.
Y aun tierno á Pepa Osio estoy
recordando con afán,
la Garroni, Gil, Morán, [27]
las Ibáñez, la Godoy,
la Grumbach, y Ayestarán.
Que con trajes hechiceros
bellas ví de todas razas,
de amor y virtud veneros:
la Geaves, y las Trigueros, [28]
Pérez Palacios, é Icazas.

Tales, pues, fueron las bellas
que yo contemplé extasiado,
—Harto pronto el labio sellas
porque aun faltan muchas de ellas,
contestó el Tiempo enojado.
El Tiempo que ansioso oía
la relación del Verano;
y sintió tanta alegría
que sollozaba y reía
á la par el pobre anciano.
¿Dónde están mis hijas caras
de cuyos rostros serenos
mis huellas espanto avaras?
aun tu injusticia reparas
como las nombres al menos.
¿A la Marquesa gentil
de la Rivera entre mil
amoroso no admiraste?
—Tal vez á su encomio baste
su nombre, Aurora de Abril!
Con moños, lindo vestido
ostentó de brocatel
color de rosa encendido:
todo el cuerpo guarnecido
con encajes de brusel.
Nunca de sus triunfos harta
embellece cuanto toca,
y entre su cabello ensarta
de gruesa perla una sarta
que cruza bajo la coca.
Dudo si alguien competía
de Octavia con los primores,
ornamento y alegría
de la hermosa Andalucía,
paraíso de los amores!

Onda de Guadalquivir
que sus espumas de plata
mira entre flores bullir,
y brillante de zafir
un cielo puro retrata!
Graciosa cual la palmera
que besa su fresca orilla,
bella cual su Primavera;
rico albor, rosa hechicera
de encantadora Sevilla.
Pero, ay! que el sentido pierdo
(siguió diciendo el Verano)
cuando sus gracias recuerdo
y ya de otra no me acuerdo
y replicó el Tiempo cano:
—¿Cómo con clara razón
será la ruina aclamada
de aquel brillante salón
si á unas nombraste en montón
y de otras no has dicho nada?
—Veré la que más descuella
y que entre todas blasona
por más virtuosa y más bella,
triunfante será para ella
del Verano la corona.
Y esforzando sus razones
ante mi Solio vendrán
meses, y años, y estaciones,
y entre danzas y canciones
la reina coronarán.

III

Ya del Tiempo rigurosa
la corte toda se apresta,
y á su trono poderoso
con rico traje ostentoso
acude como de fiesta.
Y entre danzas y canciones,
bajo sus plantas triunfantes,
humillaron sus perdones
los años, las estaciones,
las horas y los instantes.
—Acudid, el Tiempo dijo:
y yo que os presto mi aliento
y vuestro vuelo dirijo,
ante mi presencia os fijo:
párese el mundo un momento!
Vamos del baile á aclamar
por su gracia seductora,
por su virtud singular
y por su ingenio sin par
á la reina triunfadora!
Mas el Verano primero
gusto es que á todos recuerde,
fallar en justicia quiero,
pues hasta el Tiempo severo
la conciencia le remuerde.
Y es más culpable heregía
que las de Lutero y Arrio;
no hablar de la lozanía
y belleza y gallardía
que ostentó Manuela Barrio.

Que de Rafael tipo bello,
trazó en su cintura breve;
de amor iba este destello
con plumas en el cabello
y airosa falda de nieve.

O del traje los colores
confundiste sin cautela,
aumentando tus errores,
ó la de Osio que es Dolores
bautizaste de Manuela.

Y aun otra mis ojos ven,
ligera, graciosa, vaga
mariposa del Edén;
de traje blanco también
fué Dolores Elizaga.

Me espanta que no recuerdes
de aquel pensil una Dalia
y otros tres pimpollos verdes;
á la Hoppe y á las Monterdes
Angela, Jesús y Amalia.

Y de la misma manera
cómo olvidaste no atino,
á la Bocero hechicera
y á la Joaquina Barrera.
y á la González del Pino.

¿Quién olvidarse podría
de los tocados sencillos
y elegantes á porfía,
de las hermanas Castillo
Luisa, Adelaida y María?

—Bien las recuerdo! el Verano
contestó con faz nublada;
que no se miran en vano
glorias tales. Y el anciano
siguió con voz alterada:

—¿Es que el amor las esconde,
ó dónde estaban, en dónde
las bellas que tanto quiero:
las hermanas García Conde
y María Barrio Campero.
María Barrio qué brillantes;
lleva en cada ojo un Vesubio:
las Benítez arrogantes,
la Cosío y las Cervantes,
Luz Zaragoza y Carmen Rubio?
Las Gómez Madrid, dó están?
dónde tanto ángel divino?
la Más, Soledad Guzmán,
Lola Peña, la Terán,
y María Rubio Cancino?
De la Collado qué hacías?
luz de las selvas umbrías,
esencia de tamarindos!
dónde con sus ojos lindos
las primas Echeverrías?
Tórtolas puras del monte,
del mexicano horizonte
astros de limpio reflejo,
qué se hizo Concha Vallejo
y la Angela Pedamonte?
Dónde están las Pimenteles,
las Paradas y Obregones?
las de Wilson, que de Apeles
asombraron los pinceles!
dónde, en fin, las Escandones?
De todos esas ninguna
acudió, dice el Verano,
ciega de amores á alguna
el bullicio le importuna
y fuese al campo lejano.

Y alegres cual la que más,
otras hubo que quizás
ansiaron ir al salón;
á veces, qué injustos son
los inflexibles papás!
Y tal vez otras faltaron,
porque así sí lo ofrecieron
á los que su alma robaron:
y unas celosas no fueron,
y otras de celos lloraron.
Y algunas por indolencia,
y otras por su negra suerte
que excusaron su asistencia
ya de un esposo la ausencia,
ó ya de un padre la muerte!
—Pues bien, el Tiempo replica:
si alguno en vano suplica
y de ir á otro baile deja,
la trueco, de linda chica,
en la más horrible vieja.
Y que el más veloz instante
que mis decretos recibe,
mi orden escrita; arrogante,
en los pechos de diamante
de los papás respectivos.
Debe abrirse la sesión,
midiendo con fiel compás
á las que más bellas son:
votando por la que más
se acerque á la perfección.
Citaremos la más bella;
y de las que no nombramos,
eligiendo otra doncella,
verémosla que descuelle
y por reina la aclamamos.

Sólo hay dos tipos marcados
que al hombre quitan las penas;
blancas, de rostros rosados,
ó de semblantes tostados;
las rubias y las morenas.
Doy la palabra al Verano,
y entre en la cuestión de llano,
que yo cantaré de plano;
pues nos hallamos en pleno
congreso republicano.
Comienza pues, mozo ardiente,
que ya se apresta un rival
á batirte frente á frente;
porque hablando francamente
lo hiciste bastante mal.
—Ser imparcial me propongo,
El Invierno con cordura
dijo, y á todo me opongo:
y así al congreso propongo
le dé un voto de censura.
Y el Verano puesto en pie,
con abrasado semblante
contestó: no lo extrañé,
que siempre conmigo fué
el Invierno intolerante.
Brota á la ocasión primera
de sus ideas del retoño:
y fija su muerte fuera
á no estar la Primavera
entre ambos con el Otoño.
—A un lado la digresión,
contestó el Tiempo tirano
que preside la sesión:
y que fije la cuestión
el diputado Verano.

—Nunca mi opinión fué terca,
y siempre lo más selecto
tuve de mis fuentes cerca:
y así mi gusto se acerca
al bello ideal más perfecto:
Ligera, fugaz, esbelta,
me dió una niña el flechazo:
ya está la cuestión resuelta:
que me llevó á cada vuelta
del corazón un pedazo.
Tipo bello, sorprendente
es mi morena hechicera!
—No temo que se presente
de mis rubias frente á frente,
contestó la Primavera.
—Su nombre! Entre mil murmullos
clamaron.—Y así el Otoño
dijo entre blandos arrullos!
flores quiero, no capullos,
voto en contra del retoño.
—De negros ojos rasgados
yo proclamo una morena;
—de dulces, enamorados,
bellos ojos azulados,
una rubia el alma llena.
—Sí, sí! el Invierno contesta,
rechazo la fruta verde
que suele ser indigesta;
más práctica que modesta
la quiero: que así se acuerde.
Mírese bien que quizá
acreedora del imperio
alguna jamona habrá:
que hubo allí cada mamá
que valía un hemisferio.

—La cuestión, que ya se exalta,
tal vez mi consejo aborda;
una entre todas resalta,
ni muy baja, ni muy alta;
ni muy flaca, ni muy gorda,
—Un gusto medio cabal,
—Encontrarle es un error,
—Es un fantasma ideal,
—Es que pertenezco al par-
tido conservador.
Todos lo mejor queremos!
—Alta es como una palmera
mi reina—la juzgaremos!
—Ese está por los extremos
que es absolutista! afuera!!!
—Suspéndase la sesión!
Pido que de nuevo se abra
una franca discusión,
—Y yo pido la palabra
para una interpelación.
—Al orden! si ya hacer vemos
de insultos tales acopios,
á qué abismo no corremos
cuando á enumerar entremos
méritos y nombres propios!
—Los nombres.—Es imposible!
—Sus nombres! haya concordia,
ó una güella estalla horrible:
nadie suelte la terrible
manzana de la discordia!
Pues todos me dan tributo
y el volcán reventar siento
que ha de causar tanto luto,
vuelvo á ser rey absoluto:
disuélvase el parlamento.

Pues no pudísteis saber
en vuestro delirio loco
cuál debe la reina ser,
en uso de mi poder....
yo no la elijo tampoco
Que aunque de verdades fuente,
yo de tan altas deidades
no puedo hallar francamente;
que aunque dichas dulcemente
siempre amargan mis verdades,
En la más pura y hermosa
cada cual constante fije
la fe de su alma amorosa;
y así la reina gloriosa
de su corazón elige.
Que si en uso la nombrara
quizá el mundo se enojara,
y mi acción calificara
de un feroz golpe de Estado.
Otra vez discutiremos
con imparcial interés
si en otro baile las vemos:
y esa corona pondremos
de nuestra reina á los pies.
Con el cariño más santo
esas bellas Estaciones,
guardad, en que adoro tanto;
y que el más leve quebranto
no hiera sus corazones!
Yo á la vez delante de ellas
detendré las breves alas;
que son mis flores más bellas,
mis más fúlgidas estrellas,
mis más orgullosas galas!»

—Tal dijo el Tiempo prudente
que canas tan viejas peina:
que no hay reina? el Tiempo miente,
que dibujada en la mente
lleva con fuego esa reina!
nunca su nombre diré,
mis penas las cantaré,
y de mi constante fe
los dulces ecos oirá.
Que del brillante salón
en la viva confusión
descolló cándida y bella,
como entre nardos descuella
de la azucena el botón. [1]

México, Julio de 1853.

Los tres asuntos que quedaron dominando la atención pública, provocando el espíritu de rebelión, y preparando los planes que ya habían concebido cierto número de patriotas, fueron: la invasión del conde Raousset de Boulbon á la República, el fratado de la Mesilla en que se toleraron groseros atropellos á los derechos de la Nación, en que tan mal figuró D. Francisco de P. Arrangoiz, y quien pasa como sobre ascuas sobre este negocio en su historia; hechos que no debía haber olvidado, puesto que le quedó como adherencia á su apellido el de *La Gota de agua*, aludiendo á la aplicación que se hizo por sí y ante sí de los dineros de la

1 Véanse las notas del Apéndice.

indemnización. El tercero de los negocios era el de ciertas revelaciones á cerca del establecimiento de una monarquía en México, hechas con audacia increíble por el Ministro Bonilla, y sin conocimiento de Santa-Anna.

El examen de cada uno de estos negocios, requiere examen prolijo que pertenece á la historia, y mi ánimo al indicarlos es dar á entender á mi salida al destierro el estado que guardaba la opinión en las vísperas del plan de Ayutla. Por lo que respecta á mis *Memorias*, me es indispensable incluir en ellas el tomo no concluído de mis *Viajes de orden suprema*, que contiene todos los personajes que figuraron en la época en primer término; todos los accidentes de mi destierro, y aún particularidades de mi vida, que si bien insignificantes por tratarse de mi persona, fehacientes para dejar viviente el colorido de los cuadros que en vano hoy, después de cuarenta y tantos años quisiera reproducir. (En este lugar debe comenzarse á copiar mi libro de viajes basta su conclusión.)

APENDICE

Notas á los versos de Asquerino.

1. Hija del Gral. Basadre, que casó después con D. Gregorio Cortina, comerciante de Tampico.

2. Carmelita Ituarte de Cumplido, fué la segunda esposa del impresor D. Ignacio Cumplido, con la que tuvo dificultades de familia, que no es nuestro ánimo averiguar.

3. Esposa del Sr. Manuel Gargollo, distinguida matrona, madre política de D. Casimiro del Collado.

4. Pepita Leño era una joven llena de gracia y talento.

5. Nachita Arellano. como se le llamaba, era una joven, en que más que la belleza, brillaba la gracia. Su familia dió entrada en su casa á varios jefes americanos, y esto le enajenó las voluntades. Ramon Alcázar fué su adorador secreto; cantaba divinamente; murió en la flor de la vida, y Alcázar y Aduna le dedicaron la canción del Cisne.

6. Teresa Garay.

7. Damianita era una jovencita.

8. Hija de D. Manuel Prado, compañero de negocios de D. Ignacio Loperena, adjudicatario del colegio de Santos.

9. *(sic).*

10. Hermanas del ilustre jurisconsulto D. Hilario Elguero, y muy notables por sus virtudes y modestia.

11. Sofía Buch.

12. Catalina Barron.

13. Las Sritas. Osios, Trinidad y Lola, eran de notable belleza; Trinidad, frondosa, rosagante, de ademán altivo, y un negro bozo, que mucho le agraciaba; se decía que el Ministro Bermúdez de Castro era devoto de sus gracias, aunque en términos los más decentes y legítimos. Lolita Osio, pálida, sentimental y de lindísimos ojos, era señalada por D. José Hidalgo y Esnaurrízar; Pepe Hidalgo, como se le llamaba entonces, empleado obscuro del tabaco, tirante y pretensioso como un lagartijo del día.

Estas Sritas. Osios tenían parentesco inmediato con D. Ignacio Allende.

14. Carmelita Goríbar era de una familia de hacendados riquísimos de tierra caliente; á esa familia perteneció D. Jesús Goríbar, casado con la bellísima é inteligente Marianita Tornel, y D. J. Goríbar que acaba de morir millonario; pero la dama que llamaba más la atención de esta familia, era Ruperta Goríbar, notabilísima por su gracia y talento; yo tuve la fortuna de tratarla en la casa de mi maestro el Sr. Quintana Roo,

y puedo asegurar que no eran exagerados los elogios que de esta señorita se hacían.

15. *(sic.)*

16. La Sra. Urruchua, viuda de Martínez del Campo, honorable y opulento comerciante, brilló en un tiempo en primer término en nuestra sociedad, y para caracterizar el lujo que gastaban, mencionaban unas popularísimas posadas en que se distribuyó la colación en valiosos platitos de plata. En la casa del Sr. Martínez del Campo comenzó á hacer su fortuna con su trabajo, honradez é inteligencia, el Sr. D. Ricardo Sáenz.

17. *(sic.)*

18. *(sic.)*

19. La Sra. Espada de Bonilla era realmente una matrona llena de majestad y de belleza. Su origen era guatemalteco, y casó con el Sr. Bonilla cuando éste tuvo el desempeño de una comisión en Guatemala. La casa de Bonilla ostentaba en su lujo, en sus costumbres y sus relaciones un refinamiento de etiqueta, que aunque le valían no pocas censuras, era el encanto de nuestro gran tono.

20. Marianita Tornel era la hija menor de D. José Mª Tornel; las otras dos, Guadalupe y Victoria casaron: la una con D. Ramón Garay y la otra con D. Sebastián Segura, literato cristiano que se hizo sacerdote después de enviudar. Marianita se hizo muy notable por su belleza y talento singular, y casó con D. Jesús Goríbar, rico capitalista de tierra caliente. Marianita falleció en Tacubaya.

21. De familia distinguida y rica, cuyo padre había adquirido cierta celebridad política por el robo que hizo Iturbide á una conducta de caudales que debió haber salido para Acapulco, confiada á la custodia del mismo Iturbide.

22. La Sra. Morán, de la familia del muy célebre marqués de Vivanco, muy notable en el ejército; de esta familia también era la hermosa Anita O'Gorman, que se consideraba como hija de la casa.

23.

24. De la familia de los condes de Santiago, de antiquísima nobleza y opulenta fortuna. Angelita casó con Ignacio Algara, y de ese matrimonio tuvo varios hijos que aún viven.

25. Esposa del Gral. Benito Quijano, cumplido caballero, que hizo su primera educación en España, y figuró en el ejército mexicano como modelo de decencia y caballerosidad.

26. La familia Cuevas, entre la que había y hay damas de grande hermosura y de incomparables virtudes, nacía de dos ramas principales, y alguna otra que no recuerdo; la primera era de D. Luis Gonzaga Cuevas, enlazado con la familia Molinos del Campo, y la otra del Lic. D. José Mª Cuevas, casado con la Srita. Estanillo, de avasalladora hermosura y clarísimo talento.

27. No tengo suficientes datos, ni me es posible particularizar á alguna de estas damas ó señoritas, y sólo sospecho que la Sra. Garroni sería la esposa del afamado médico Garroni.

La Sra. Godoy, esposa del Magistrado D. José Mª Godoy, liberal distinguido, y muy querido y popular, á pesar de su inmensa fortuna.

Y las Sritas. Ayestarán, bellas y de finísima educación; uno de los hermanos de estas jóvenes fué uno de los íntimos amigos de Miramón, en épocas muy posteriores.

La familia Gelves era de educación y costumbres severamente inglesas; tenía pocas relaciones de mexicanos, y sólo se exhibía en casos extraordinarios como el presente.

La Sra. Dª Petra Barrero de Trigueros, esposa del Sr. D. Ignacio Trigueros; era una de las mujeres más caritativas, bondadosas y dulces que he conocido; era positivamente amada de cuantos la conocían, y su casa podía presentarse como modelo de lujo, de elegancia y de hospitalidad perfecta; se seguía en todos sus ápices la moda sin ostentación, ni de un modo afectado, y la mesa de Trigueros, como la del conde de la Cortina, Fagoaga y Maalvon, podían presentarse como translado embellecido de la civilización europea. Las hijas del Sr. Trigueros, Margarita, Petra y Teresa, eran adorno como otras jóvenes de la mejor sociedad de aquellos tiempos.

Hasta aquí dejó escritas, verdaderamente en borrador, sus interesantes *Memorias* el Sr. D. Guillermo Prieto. El desorden en que él tenía habitualmente sus papeles y la manera de hacer sus apuntamientos, dificultaron mucho la coordenación de ellos, quedando algunos puntos dudosos y alguna que otra imperfección, que el inteligente lectór fácilmente notará. Algo se habría subsanado, introduciendo mies ajena; pero eso, ni yo lo habría hecho, ni la señora su viuda lo habría permitido,antes bien recomendó lo contrario.

Los « *Viajes de orden suprema*, » continuación ó complemento de estas Memorias, se publicarán próximamente, completándose, hasta donde sea posible, con otras hojas manuscritas que últimamente han aparecido, y contienen narraciones de los sucesos acaecidos hasta fines del año 1876.

La señora viuda del popular Fidel quiso honrarme entregándome todos los manuscritos de su finado consorte, y dejando á mi arbitrio todo lo concerniente á su publicación. El laborioso é inteligente editor, Sr.

Raoul Mille, representante de la casa «Viuda Bouret» en México, me ofreció todos sus recursos para ello, y así auxiliado he llevado á buen término mi comisión.

Son mis deseos haberla desempeñado á gusto de mis favorecedores y del público en general.

Dr. N. León,
Profesor de Etnología en el Museo Nacional.

ÍNDICE

CAPÍTULO I.

D. Ramón Pacheco.—Su carácter.—Su casa, familia y tertulia.—Semana Santa en Tacubaya.—Nombramiento de Sayones.—Descripciones y pormenores.—Prisión de N. S. Jesucristo.—Jueves Santo.—Lavatorio.—Viernes Santo.—Sentencia.—Sábado de Gloria.—15 de Julio.—Premios de San Juan de Letrán.—28 de Agosto.—Mi oración de premios.—Referencias al año de 1837.—La policía.—Mi entrevista con el Sr. Bustamante.—Su descripción.—Diálogo.—Generosidad y colocación á su lado.—Sus costumbres.—Oceguera.—Secretario íntimo y redactor del Diario.—Gondra D. Rafael.—Su casa.—Rasgos biográficos.—D. Juan de Dios Cañedo.—D. Javier Echeverría.—Rasgos biográficos, familia, etc.—Almonte, rasgos biográficos.—Matrimonio.—Servicios militares.—Ministro de Guerra.—General Barrera.—Su esposa Alejita.—Juicio sobre la administración de Bustamante.—Mis amores.—Intimación á mi padre político.—Paseo al frente de su casa.—Persecuciones amorosas. Aventuras.—Matrimonio.—Nueva vida.—Malilla.—Periodismo.—Interior del gabinete de Bustamante.—Visita á San Juan de Letrán.—Café de Veroly.—Ribot.—Miñón.—Leandro Mozo.—Rodríguez.—Barrera.—Diego Correa.—D. Manuel Canseco.—D. Manuel Payno.—Valencia.—Pronunciamiento de la Ciudadela.—Quintana Roo.—Zavala.—Olaguíbel—Couto.—D. Hipólito Rodríguez.—Balderas.—J. J. Baz.—Rasgos biográficos.—Acción del Puente de Jamaica.—Guadalupe Hidalgo.—Convenios de la Estanzuela..... 1

CAPÍTULO II.

Una anécdota.—Los de Guardia; el tío.—Caída de Bustamante.—Mi situación.—Dicho de Almonte.—D. Francisco M. Tagle.—Recuerdos.—Baile por el triunfo de Valencia.—Dejo el Diario y quedo en las cuatro esquinas.—El Ateneo.—Plaza del Volador.—La Kalenda.—Fernando de Ruelas.—D. Basilio Guerra.—Anécdota de B.—El Curioso parlante.—Recuerdos.—D. Benedetto.—Descripción de la ciudad.—El Siglo XIX.—Cumplido.—Pedraza.—Cardoso.—Luis de la Rosa.—Agustín Franco.—Payno.—Carrasquedo.—Iglesias —Morales.—Gallo Pitagórico.—Visitador de tabacos.—D. Marcos Esparza.—Rasgos biográficos.—D. Bibiano Beltrán.—Rasgos biográficos.—Viaje á Zacatecas.—Llegada á Zacatecas, primeras impresiones.—Barrio del rebote.—Fandango de mineros.—Tertulia típica.—Casa de Beltrán.—Arostegui.—D. Bonifacio Gutiérrez.—D. Manuel González, minero.—El Lic. Rivero.—D. Manuel Cosío.—Luis Solano.—D. José Bolado.—Leyenda de descubrimiento de minerales.—Teodosio Lares.—Fernando Calderón.—Rasgos biográficos.—Anécdota del beaterio.—Visitas de tabacos.—El Fresnillo.—Descripción.—Anécdota de la zapatera.—Periódico de Vicente Hoyos.—Viaje á Jerez.—Hacienda de Víboras.—El Sr. Cosío Administrador de tabacos.—Sierra de las Palomas.—Vuelta á Zacatecas.—El Siglo XIX.—Arrendamiento de casas de Moneda.—Mis censuras.—Acto del Instituto.—Vuelta á México.—D. Ignacio Cumplido.—Recuerdo de un viaje á Zacatecas.—Redacción del Siglo.—Costumbres de sus redactores.—Pedraza.—Otero.—Payno.—Mi pieza de escribir.—Consideraciones del periodista novel.—Rasgos biográficos de Pedraza.—Riva Palacio.—Cosas del Sr. Pedraza..... 61

CAPÍTULO III.

Presentación de Otero en la casa de Pedraza.—Otero, rasgos biográficos.—Otero y Tornel.—Gran discurso de Otero. Su vida íntima.—D. Luis de la Rosa.—Sr. Trigueros,

rasgos biográficos; su vida pública; vida íntima.—Bravo y Canalizo.—Substituye á Santa-Anna.—«El Siglo XIX.» —Santa-Anna y el «Gallo Pitagórico.»—Aduladores.—Schiafino, rasgos biográficos.—Anécdotas del ejército del Norte.—Badillo.—José Justo Alvarez.—Agustín del Río. —Alejo Barreiro.—Fernando Urriza.—Ribeau.—Angel Lascurain.—Miñón.—Maulía.—Correa.—Anécdota de Lascurain.—Corte de Santa-Anna.—Sra. Vallejo.—Pascua del Espíritu Santo.—San Agustín de las Cuevas, descripción.—Manuel Rodríguez.—Royuela.—Urrutia.—Santa-Anna.—Albures y Gallos.—Censura.—Las cámaras.—Demolición del Parián.—Descripción del Parián.—Varios comerciantes.—Los chatos Flores.—Rico.—Comerciantes del Parián.—Vida y costumbres de los dependientes.—El Portal de Mercaderes.—Portal de las Flores. —Vendimias.—D. José Hidalgo.—El 6 de Diciembre.—Vísperas.—Orgía palaciega.—Bases orgánicas.—El 29 de Noviembre.—Alas y Llaca.—Pedraza.—Llaca.—Alas —D. Luis de la Rosa.—Llaca, rasgos biográficos.—Alas, rasgos biográficos.—D. Pedro García Conde.—D. J. Joaquín de Herrera.—Pronunciamiento del 6 de Diciembre; descripción.—Nuevo Gobierno.—D. Luis Cuevas.—Riva Palacio.—Echeverría.—García Conde, Ministro.—Callejón de la Olla.—Folletistas.—Domingo Revilla.—Juan N. Navarro.—Alcaraz.—Ramírez (a) el Nigromante.—Banuet. —Iturbe.—J. J. Baz.—Eulalio Ortega.—Papeleros.—Azotes á Revilla.—Episodio de Haro y Pedraza.—D. Joaquín Herrera.—Peña y Peña, rasgos biográficos.—D. Bernardo Couto.—Fernández del Castillo.—Pronunciamiento de Salas.—Paredes, rasgos biográficos.—Lafragua.—Rasgos biográficos.—Domingo Ibarra.—Comonfort.—Cardoso.—Otero.—Paredes, personal y familia.—Yo—«El Tiempo.»—Redacción.—Bermúdez de Castro.—Tertulia de militares.—Valiente rasgo de García Torres.—«El Monitor.»—Su redacción.—Juan Navarro.—Alcaraz.—Torrescano.—Revilla.—Destierro de García Torres.—«Don Simplicio.»—Vicente Segura Argüelles.—Nigromante.—Payno.—Prieto.—Rasgos biográficos de V. Segura.—Mi aventura con Paredes.—Otra vez Santa-Anna.—Sierra y Roso.—Mujeres hermosas.—Virginia Gourgués, modista.—J. Rincón Gallardo.—Paseo de la Reforma.—Descripción de México.—Pronunciamiento de la Ciudadela, de Salas. —Palo Alto y la Resaca.—Juan José Baz.—Secretarios

de Baz —Iglesias y yo.—Olaguíbel.—Basadre, rasgos biográficos.—Los molines.—Borda.—La Universidad.—Próspero Pérez.—Guardias nacionales.—Victoria.—Hidalgo.—Independencia.—Mina.—Junta de moderados.—Santa-Anna.—San Luis.—Los Polkos:—El obispo Irizarri.—Peña y Barragán.—Monterrey.—Americanos.—D. Pedro Anaya.—Martínez de Castro.—Cerro Gordo.—Redacción de «El Monitor.»—El 9 de Agosto.—Guerrilla de pluma.—Texcoco.—El General Valencia.—Campamento en Texcoco.—Salas.—Alvarez.—Valencia.—El Padre Cortazar.—Vista retrospectiva al Peñón.—Gran misa en el cerro.—Santa-Anna.—Hacienda de S. Antonio.—Vísperas de Padierna..... 129

CAPITULO IV.

Agustín Iturbide.—Rodríguez.—Agustín Zires.—Simavilla.—Batalla de Padierna.—Auxilio pedido á Santa-Anna.—Vuelta al campo.—El 20 de Agosto.—Derrota.—García Gutiérrez.—Comisión del General Valencia.—Churubusco.—Cuautitlán.—Viuda de Frontera—Tepatlaxco.—Toluca.—Licenciado Zozaya.—Casa de Alamán.—Su vida íntima.—Molino del Rey.—Balderas.—Arrivillaga.—Margarito Suazo.—Miguel Echegaray.—Chapultepec.—8 de Septiembre de 1848.—D. Juan Canó.—El Gral. Pérez.—Bravo Saldaña.—Xicotencatl.—Episodio del soldado de Xicotencatl y Santa-Anna.—Retirada á México.—Las Calzadas.—El Gral. Rangel.—Junta de Guerra.—Peña y Peña.—Marcha á Querétaro.—Cartas de los Americanos en México.—Mi vida en Querétaro.—Los Reneponts.—Apuntes para la historia.—Autores de los apuntes.—D. Pedro Mª Anaya.—Congreso de la paz y de la guerra.—Diputados y Senadores que votaron en pro y en contra.—Galería de personajes.—Atristain.—D. José Mª Jiménez.—Ponciano Arriaga.—Manuel Doblado.—D. José Mª Cuevas.—El Congreso de Querétaro.—Salón de sesiones.—Micheltorena.—Junta de Gobernadores.—Continúan las sesiones.—Notable discurso de D. José Mª Cuevas.—Los tratados de paz.—Descripción de México después de la guerra.—Casa de Payno.—Calles de Santa Clara y Plateros.—La huera Rodríguez..... 212

CAPÍTULO V.

La Profesa.—Anécdotas—Joyería de Baric.—Tienda del Borrego.—Balderas y Laforgue.—Platerías.—El Capitán José Martínez Negrete Aguascalientes.—El Padre Jarauta.—Lagos.—Doblado.—Biografía del Padre Jarauta.—D. Carlos Mª de Bustamante.—El país después de la guerra americana.—«El Universal;» sus redactores.—«El Siglo XIX;» sus redactores.—Impresores.—García Torres.—Cumplido.—Rafael Rafael.—Prisioneros de Tampico.—Aniversario en Churubusco.—Gral. José González de Mendoza.—Honras en Santa Paula.—Ministros.—D. Bonifacio Gutiérrez.—Críticas.—Su hermano Felipe.—Muerte de D. Manuel de la Peña y Peña.—Los conservadores y Arista.—Asesinato de D. Juan de D. Cañedo.—Terrible huracán.—Incendio en la Calle del Sapo.—Pánico.—D. Matías de la Peña y Barragán.—Casa de Otero.—Comida en el café de Veroly.—Comonfort.—Lic D. Manuel Ríoseco.—Genialidades.—Arista, Presidente de la República.—Robles Pezuela.—Lic. José Mª Aguirre.—Pronunciamiento de Guadalajara.—Actitud de Arista.—Mis estudios de economía política.—Mi entrada al Ministerio de Hacienda.—Mi labor de Ministro.—Costumbres de Arista.—Media paga.—Renuncia de Arista.—D. Juan B. Ceballos.—Agitación en las Cámaras Golpe de Estado.—Sesiones.—Múgica y Osorio.—D. Marcelino Castañeda.—Gral. D. Manuel Mª Lombardini.—Bum, Bum.—Serviles y clérigos.—Santa-Anna.—Entusiasmo artificial.—El Lic. D. Joaquín Ruiz.—Su Discurso á Santa-Anna.—Nobles de pega, soldados, fanfarrones y agiotistas.—Alamán.—D. Manuel Escandón.—Entrada de Santa-Anna á México.—Ministerio.—Muerte de Alamán.—Diez de Bonilla.—Aguilar y Marocho.—Santa-Anna en Tacubaya.—Muerte de Tornel.—Persecución á la prensa.—«Arcos triunfales.»—Artículos de «El Calavera.»—Prisión.—Ante Santa-Anna.—Destierros—Mi casa en Tacubaya.—Mi prisión.—Escándalos en el palacio de Tacubaya.—Aberraciones de Santa-Anna.—Descripción del baile de la Lonja.—Tres puntos negros de la administración de Santa-Anna!—Paréntesis á estas memorias.—Mis «viajes de orden suprema.»—Apéndice. 319

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET